LOS ETRUSCOS

PÓRTICO DE LA HISTORIA DE ROMA



Federico Lara Peinado

CÁTEDRA

Federico Lara Peinado

LOS ETRUSCOS

PÓRTICO DE LA HISTORIA DE ROMA

CÁTEDRA
HISTORIA. SERIE MAYOR

1.ª edición, 2007

Ilustración de cubierta:
Sarcófago de los Esposos, necrópolis de Banditaccia, Cerveteri (Museo del Louvre, París)
© Erich Lessing / Album



Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
Depósito legal: M. 6.349-2007
I.S.B.N.: 978-84-376-2364-1
Printed in Spain
Impreso en Anzos, S. L.
Fuenlabrada (Madrid)

En recuerdo y memoria
de Manuel Peni Ríos, historiador,
editor y, sobre todo, excelente amigo

Abreviaturas

CIE. *Corpus Inscriptionum Etruscarum.*
CII. *Corpus Inscriptionum Italicarum.*
CIL. *Corpus Inscriptionum Latinarum.*
ET. *Etruskische Texte.*
FGH. *Die Fragmente der Griechischen Historiker.*
FHG. *Fragmenta Historicorum Graecorum.*
ILS. *Inscriptiones Latinae Selectae.*
NRIE. *Nuova Raccolta di Iscrizioni Etrusche.*
REE. *Rivista di Epigrafia Etrusca.*
ThLE. *Thesaurus Linguae Etruscae.*
TLE. *Testimonia Linguae Etruscae.*

Prólogo

Con el propósito de contribuir a la producción historiográfica española relativa al mundo de la Etruscología, se ha redactado el presente libro que intenta aportar una visión globalizadora de lo que fue aquella portentosa civilización —pórtico, sin duda, de la romana— y que, incluso, como ha demostrado la Arqueología española, llegó a proyectarse también, debido a su pujanza, en el Levante y sur de nuestra península.

El trabajo que el lector tiene en sus manos es deudor en muchos aspectos de las lecciones magistrales recibidas de los eminentes profesores A. Neppi Modona, G. Devoto, L. Banti, A. J. Pfiffig y M. Pallottino, a quienes el autor pudo seguir hace ya bastantes años en las Universidades de Perugia y de Roma. De todos ellos guardamos el mejor de los recuerdos, dada su capacidad académica e investigadora y, en particular, su accesibilidad en el trato personal. Mención aparte debemos hacer de M. Pallottino, maestro de estudios etruscológicos, quien tuvo la gentileza —un mes de julio, ya envuelto en el recuerdo— de acompañarnos y servirnos de *cicerone* en un recorrido arqueológico por la Roma antigua.

Aquellas inolvidables lecciones, con el paso de los años, han ido completándose constantemente con numerosas lecturas especializadas y visitas a ciudades italianas y a los más importantes museos de contenido etruscológico, y madurando con la impartición por el autor de numerosas clases de Historia de Roma y cursos monográficos de Doctorado (en el área etruscológica), tenidos en la Universidad Complutense de Madrid de la que es profesor desde 1976.

Nuestro interés con la presente obra es el de presentar una visión actualizada y lo más científica posible de la historia de los etruscos, cuyo estudio goza de total autonomía dentro del campo de las Ciencias de la Antigüedad, tras haberse dejado afortunadamente a un lado los tan llamativos presupuestos míticos, ya esbozados en autores antiguos y que tan poco han contribuido al conocimiento de la verdadera historia de aquel pueblo. Hemos querido ser fieles en todo momento a la visión más documentada de cuanto ha ido publicándose sobre los etruscos con el deseo de ofrecer una síntesis orgánica de aquella civilización que tanta incidencia tuvo en el devenir y posterior desarrollo de la Roma clásica.

Y para finalizar este breve Prólogo sólo nos queda por manifestar nuestras gracias a cuantas instituciones, especialistas y colegas universitarios nos han facilitado el acceso a excavaciones, museos y bibliografía, así como a Ediciones Cátedra por haber acometido la publicación de la obra.

CAPÍTULO PRIMERO

La protohistoria de Italia

La alargada península itálica, de unos 1.350 km de longitud por 120 km de anchura —su amplitud máxima es de 225 km—, constituye la central de las tres penínsulas que se adentran en el mar Mediterráneo. Está bañada por los mares Adriático al este, Jónico al sur y Tirreno al oeste. La cordillera de los Apeninos, desde el collado de Cadibona, al norte, hasta el extremo occidental de la isla de Sicilia, la recorre en toda su extensión a modo de gran espina dorsal entre los mares Adriático y Tirreno.

Italia está regada por tres principales ríos: el Po, el Arno y el Tíber, y se halla separada del resto de Europa por los Alpes, barrera que nunca supuso ningún obstáculo insalvable, pues cuenta con diferentes pasos accesibles que la vinculan al continente. Por debajo de tal barrera se halla la gran llanura del Po (conocida usualmente como «llanura padana»), de forma triangular, abierta al golfo de Venecia.

La Italia peninsular está atravesada por los precitados Apeninos, una cadena alpina joven, cuya morfología varía de norte a sur, formando a su vez diferentes sucesiones montañosas: Apenino septentrional o tosco-emiliano, Apenino central —aquí con la máxima altura de todo el sistema, el Gran Sasso (2.921 m), en el macizo de los Abruzos— y Apenino meridional (lucano y calabro), casi en contacto con el mar.

Un rasgo original es el vulcanismo, que todavía permanece activo en el Vesubio y en las islas itálicas, con el Stromboli y el Etna, éste en Sicilia, isla de gran personalidad y que recibe todavía las últimas estribaciones apenínicas (montes Nebrodi).

La isla de Cerdeña, asimismo montañosa, y situada por debajo de la de Córcega, completa la Italia insular.

Desde tiempos muy remotos la península itálica ejerció una gran atracción para numerosos pueblos, dada la facilidad de sus accesos, tanto terrestres como marítimos, sus riquezas naturales en bosques, pastos y minerales, su agradable clima —aunque no uniforme— y la feracidad de sus tierras. La destreza y la aplicación al trabajo de las gentes que en ella se establecieron sucesivamente pudieron suplir la falta de precipitaciones y hacer frente a la accidentada orografía de muchos de sus sectores peninsulares.

Tal particularidad orográfica favoreció, desde sus orígenes, la formación de ámbitos geográficos específicos, aunque no aislados del todo, lo que motivaría la carencia, durante muchísimo tiempo, de sentimientos de unidades supraterritoriales y un ancestral apego a particularismos, lenguas, usos, costumbres e instituciones locales reacias a tendencias unificadoras.

El ámbito geográfico etrusco

Uno de aquellos ámbitos geográficos específicos fue Etruria o, si se quiere, *Tyrrhenia,* cuyos límites territoriales estuvieron situados por el norte en el río Arno, que la separaba del área de los ligures, y por el sur y el este en el río Tíber, frontera natural de los etruscos con los latinos, sabinos y umbros. Por el oeste Etruria limitaba directamente con el mar Tirreno, que de ellos tomó su nombre.

El amplio territorio de Etruria conoció distintos paisajes que podemos englobar en tres subzonas geográficas perfectamente definidas y delimitadas.

La primera se halla en el sur de tal ámbito etrusco, caracterizada por sus suelos tobosos, consecuencia de antiquísimas erupciones volcánicas, con abundancia, por lo tanto, de cráteres considerables, convertidos en zonas lacustres (lagos Bracciano, Martignano, Monterosi, Vico Mezzano y Bolsena, por citar los más importantes), que se alternan con riquísimos valles y llanuras. Allí, encaramadas en alturas montañosas y siempre cerca de los cursos de agua, surgieron notabilísimas ciudades, de poderosa historia: Veyes, Caere, Tarquinia, Vulci y Volsinii, entre otras.

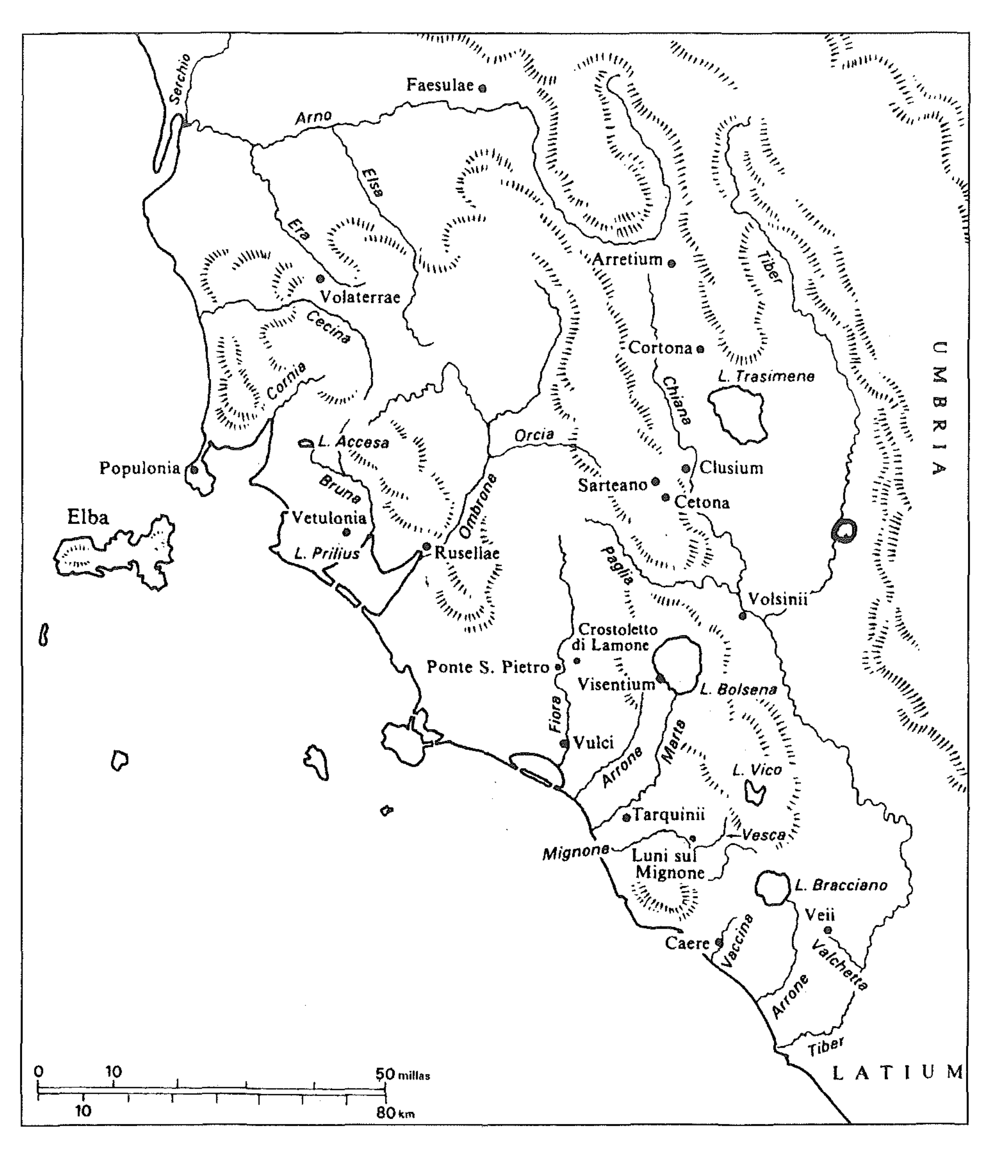
Por el oeste, y a lo largo de la costa, desde Fregenae hasta Pisa, puede aislarse la segunda subzona geográfica. Aquí el paisaje cambia totalmente con respecto a la anterior. Pequeñas colinas y llanuras de aluvión, en tiempos remotos de muy poca salubridad, y dos cursos de agua —el Cecina y el Ombrone— son los definidores de su relieve. Se trata, de hecho, de dos áreas: la llamada *Maremma,* esto es, la «Marisma», ámbito que acogió importantes puertos etruscos (Pyrgi, Alsium, Gravisca, Regisvilla), y la Etruria septentrional costera, con Vetulonia, Populonia y Volterra —ésta en el interior— como centros de mayor significación.

La tercera subzona abarcó, más o menos, lo que hoy es la actual Toscana interior, así como una pequeña prolongación territorial que se introducía en el espacio de los umbros. La geografía de esta subzona es mucho más desigual que la de las anteriores, con climas más contrastados y con menos posibilidades agrícolas, aunque no forestales ni ganaderas. Sus paisajes están formados por diferentes macizos montañosos (Amiata, Chianti, Pratomagno), numerosas colinas (entre ellas, al oeste, las genéricas *Colline Metallifere),* valles fluviales, tributarios del Tíber y del Arno y de otros ríos secundarios (Chiana y Elsa), y por un gran lago de origen tectónico, el famoso Trasimeno. Arretium (Arezzo), Cortona y Clusium (Chiusi), junto con Perusia (Perugia), fueron sus ciudades más señaladas.

Sin embargo, Etruria llevó muy pronto sus asentamientos más allá del territorio que sucintamente se acaba de reseñar. Por el norte, tras rebasar el Arno, ocupó la llanura padana (valle del río Po), alcanzando Piacenza, Milán y el territorio de los vénetos. Asimismo, por el sur traspasó el Lacio y el río Tiber, asentándose en la riquísima llanura campana (región de la Campania), cuyo centro principal era Capua.

Las poblaciones neolíticas y la Edad del Bronce

La península itálica, dada su favorable y abierta posición geográfica, estuvo ya habitada desde las épocas más remotas del Paleolítico, según se sabe por el diverso material, sobre todo achelense, musteriense y auriñaciense, que ha sido recuperado en



Asentamientos, ríos y lagos etruscos.

diferentes depósitos y estaciones arqueológicas y estudiado, entre otros, por A. Palma di Cesnola.

El Neolítico y el Eneolítico

Sería, sin embargo, durante el Neolítico (hacia el 6000 a.C.) cuando se instalarían en ella poblaciones perfectamente evolucionadas (pueblos del «sustrato preindoeuropeo), que utilizaron la piedra pulimentada para su instrumental, la cerámica, el hueso y practicaron algunas rudimentarias técnicas agrícolas, pesqueras y venatorias.

Aunque continuaron habitando en cavernas, chozas y fosos, aquellas poblaciones no permanecieron aisladas, sino que muy pronto recibieron influencias tanto orientales —Sicilia por su situación geográfica fue visitada por gentes prehelénicas— como del centro de Europa, sobre todo de las áreas alpinas.

Pasados algunos milenios, y ya en época Eneolítica (alrededor del 2500 a.C.), unas nuevas gentes, tal vez procedentes de Europa central, que utilizaban el cobre y el oro y practicaban la agricultura —representadas especialmente por las estaciones de Remedello di Sotto, Rinaldone y Gaudo—, conocedoras también del vaso campaniforme y sin permanecer ajenas a estímulos orientales, hicieron su aparición en Italia.

De aquellas gentes, que lograron mantener su civilización hasta bien entrada la Edad del Bronce, han llegado algunos enclaves que tuvieron un claro carácter funerario: Guardistallo, cerca de Cecina; Monte Bradoni (Volterra); Battifolle (Cortona), y Corano (Grosseto).

La zona meridional italiana, por su parte, y además de su desarrollo propio, quedó ligada a las influencias mediterráneas, que recibió de Tesalia e incluso de Creta.

La Edad del Bronce

Entre el 1800 y el 1600 a.C., Italia entró en la Edad del Bronce, conociéndose la técnica, manejo y empleo de tal metal tanto en las zonas sureñas (Sicilia, entonces viviendo su segundo período sículo, según la clasificación de P. Orsi) como en las septentrionales. El modo de vida, según ha testimoniado el material arqueológico que se ha podido recuperar, fue muy similar en ambas zonas, dedicándose las gentes, que vivían, bien en cabañas de pequeños poblados de altura o de ladera, bien en estaciones de grutas, a la ganadería y, en menor grado, a la agricultura. Conectándose entre sí por la cadena de los Apeninos, sus poblaciones se irían a homogeneizar, dando con ello paso a la *cultura apenínica,* estudiada en su día por S. Puglisi.

Por su parte, en los valles del Po y del Adigio se desarrollaron, a partir del 1600 a.C., las civilizaciones de las *terramare* y de los *palafitos,* venidas del norte de los Alpes. La primera civilización aludida recibe el precitado nombre de *terramare* (del italiano *terra marnosa,* «tierras grasas», ricas en sustancias orgánicas) por la especial disposición de sus poblados, levantados en tierra firme sobre estacas o terrazas artificiales a fin de defenderse de las avenidas e inundaciones de los ríos. La segunda, la de los *palafitos* (del italiano *Palaffito,* «poste hincado en el suelo»), por haber levantado sus aldeas sobre estacas, hincadas en zonas pantanosas o a orillas de lagos, para evitar así el barro y la humedad.

Aunque exteriormente *terramare* y *palafitos* presentaban un aspecto muy parecido, ambos sistemas constructivos respondían a necesidades de dos tipos de sociedad muy concretas, en absoluto idénticas, y circunscritas a sus específicos ámbitos geográficos.

Entre las *terramare* hay que hacer alusión a las estaciones de Castione dei Marchesi y de Castellazzo di Fontanello, ambas en la provincia de Parma. El ejemplo más ilustrativo, por otro lado, de *aldea palafítica* tal vez lo sea Peschiera, ubicada en la orilla meridional del lago Garda.

Debe indicarse que la civilización de las *terramare* influyó muy poderosamente en la *cultura apenínica,* de estructura económica mixta, más pastoril que agrícola (ésta

siempre de subsistencia), y por ello seminómada —el poblado de Luni sul Mignone, descubierto por C. E. Östenberg, tuvo, como excepción, carácter de enclave permanente—, con ritos funerarios de inhumación, que muy pronto serían sustituidos por los de incineración, cambio al que contribuyó en buena parte la llegada de gentes indoeuropeas, ya presentes a finales de la Edad del Bronce. El cuadro social descansaría en gentes unidas por lazos tribales, entre las cuales la acumulación del ganado y el control del metal marcaban las pautas de riqueza.

Diferentes materiales micénicos (sobre todo cerámica), hallados en las costas italianas meridionales, sicilianas y sardas y también en yacimientos apenínicos de Apulia, Lucania y Campania, así como en la zona sureña de Etruria (montes de la Tolfa) —como ha señalado M. Torelli—, fechados entre los siglos XIV y XII a.C., demuestran que, además de contactos comerciales de intercambio indirecto, la península italiana fue objeto de atención por gentes del otro lado del Adriático, deseosas no sólo de productos agrícolas, sino también de ámbar, alumbre, esclavos, moluscos —la especie *murex,* sobre todo— y, especialmente, de los recursos mineros itálicos.

La presencia micénica se vería reflejada muchísimo más tarde en los recuerdos de la llegada de héroes helenos a Italia, que la habrían visitado mucho antes de que se produjese la gran colonización griega.

La presencia indoeuropea en Italia

Hacia finales del segundo milenio (alrededor del 1200 a.C.), la aparición de nuevas técnicas, entre ellas, las posibilitadas por el empleo del hierro, originó consecuencias de gran alcance, motivadas en muy buena parte por la serie de desplazamientos de pueblos coincidentes en el tiempo con la manipulación de tal metal. Tanto el Próximo Oriente como el Mediterráneo se vieron convulsionados por la irrupción de unos pueblos, etiquetados por los estudiosos con el nombre de *indoeuropeos.*

Las fases subapenínica y protovillanoviana

En Italia, la presencia de aquellas gentes, ya a finales de la Edad del Bronce y comienzos de la del Hierro, no sólo modificó el cuadro arqueológico y étnico, sino que también provocó la desaparición de las *terramare* y el nacimiento de dos nuevas fases culturales, de muy difícil estudio por la precariedad de la documentación llegada: la *subapenínica* —en realidad, las últimas manifestaciones de la *apenínica*— y la *protovillanoviana,* debida ésta a nuevas gentes establecidas al norte y al sur del Apenino tosco-emiliano, cuyo gran centro prehistórico (Villanova di Castenaso), cerca de la actual ciudad de Bolonia, dio, a partir de 1856, nombre a tal civilización.

Durante el desarollo de estas dos nuevas fases, que fue lento y progresivo, no cesaron de arribar a tierras italianas gentes de la Europa central y del ámbito egeo que aportaron nuevas ideas y logros materiales que se manifestaron en multitud de aspectos: en el hábitat (viviendas de mayores dimensiones, caso del gran edificio o *anaktaron* de Luni sul Mignone), en el desarrollo de un nuevo armamento (hacha de aletas, espada larga), en la cerámica (nuevo repertorio decorativo), en los sistemas de producción de bienes materiales (acumulación de riquezas) y también en el modo de entender la vida de ultratumba (túmulos de Crostoletto di Lamone).

En efecto, el nuevo rito de la incineración de los cadáveres, ya practicado esporádicamente en época eneolítica en Italia, ahora tomaría carta de naturaleza. Numerosas necrópolis, con abundantes vasos de cerámica de formas bicónicas, que contenían la ceniza de los difuntos, depositados en fosas, aparecieron en las cercanías de los asentamientos humanos. De hecho, desde el norte de la península ibérica (Cataluña interior) hasta los Balcanes, los llamados «campos de urnas» *(urnenfelder)* testimoniaron nuevas mentalidades, nuevos tiempos, que han sido asociados por los historiadores a la presencia de los primeros pueblos indoeuropeos, que bien pronto iban a definir el mapa étnico y cultural de Italia.

Entre los asentamientos más significativos de aquellos momentos de finales del Bronce e inicios del Hierro se hallan los de Frattesina, en el Véneto; los de Monte Rovello, en el macizo de la Tolfa; en Crostoletto di Lamone, al noroeste de Vulci; y en el poblado de Luni sul Mignone, enclave éste típicamente protovillanoviano.

Por supuesto, la agricultura había progresado, la ganadería se había mantenido en cuanto a su número y especies y los grupos humanos pasaron a quedar controlados por una especie de «jefe», propietario cada uno de ellos, en sus enclaves, de una gran mansión y de una tumba verdaderamente principesca.

Culturas itálicas de la Edad del Hierro

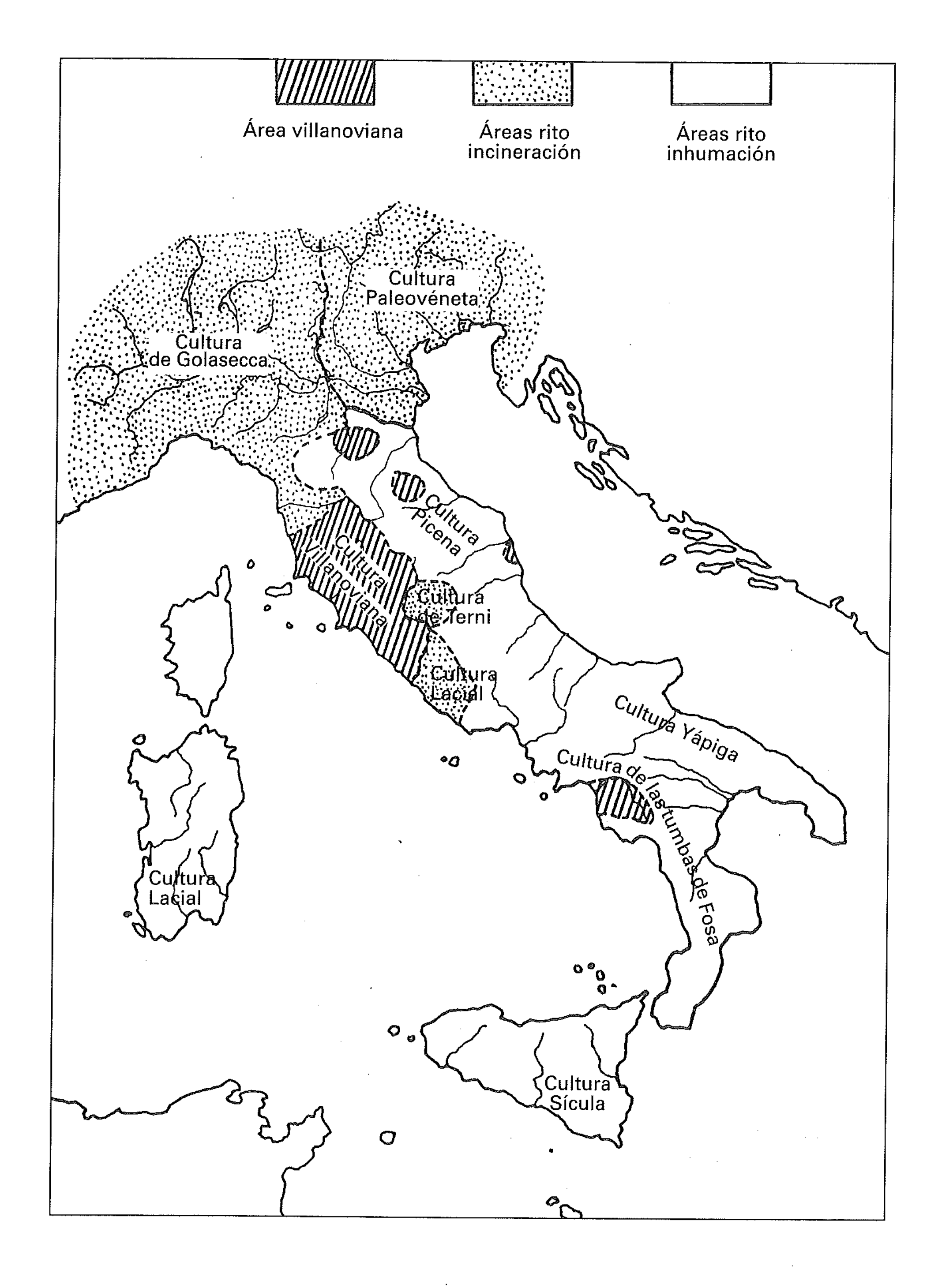
Una serie de culturas locales se fueron estableciendo en Italia a finales del siglo X y principios del IX a C., que dieron lugar a un incipiente proceso de diferenciación cultural —si se quiere, de «regionalismos»—, rompiendo así la relativa uniformidad y homogeneización de las anteriores culturas *subapenínica* y *protovillanoviana.*

En tales culturas locales hubo de reflejarse la crítica situación sobrevenida en el Mediterráneo oriental, motivada por la decadencia micénica y por las últimas consecuencias de los movimientos centrífugos de los llamados «Pueblos del Mar» que tantos interrogantes presentan.

En todas aquellas culturas, determinadas circunstancias económicas, sociales, culturales, étnicas y lingüísticas, que no siguieron el mismo ritmo de desarrollo, modificaron la evolución histórica de Italia, preparando así, aunque muy lentamente, el nacimiento del *ethnos* etrusco o, si se quiere, de la «nación etrusca», posibilitada —junto a otros factores externos— por la serie de novedades que aportó la *civilización villanoviana,* sin duda, la más importante de cuantas se originaron durante la primera Edad del Hierro, y que constituyó un fenómeno unitario, pero manifestado en ámbitos geográficos diferenciados, en opinión de M. Zuffa.

Característica de todas ellas fue el empleo del hierro con el que primeramente hicieron pequeñas fíbulas y objetos de lujo y luego ya herramientas y armas, así como la especial manera de practicar los ritos funerarios que, aunque no de forma uniforme ni generalizada, se centraron en la incineración de los cadáveres (áreas del norte) y en la inhumación (centro y sur).

Entre estas culturas, en las que no nos podemos detener, deben citarse por el norte y en su parte más occidental, extendida a lo largo del golfo de Génova, la *cultura ligur,* conectada con la *cultura de Golasecca,* propagada ésta en el sector ponentino del valle del Po y cuyos grupos culturales se desarrollaron en tres fases cronológicas. En este mismo valle también tuvo su asiento la *cultura atestina* (actual provincia de Venecia), que estuvo emparentada con las de las zonas alpinas e incluso danubianas.



Áreas culturales de la Italia del siglo IX a.C.

La civilización villanoviana

Por debajo de éstas, geográficamente hablando, se desarrolló la *villanoviana* (área de la actual Bolonia), antes citada, que conoció varios períodos en su evolución. Así, el «período del arcaísmo», representado por las fases de *San Vitale, Benacci I, Benacci II y Benacci III;* el de «apogeo», centrado en las fases *Arnoaldi* y *Stradello della Certosa;* y el de «decadencia», documentado en los últimos momentos de *Arnoaldi, Stradello della Certosa* y *Tagliavini.* A estas tres fases siguió la *civilización della Certosa,* motivada en buena parte por el impacto etrusco y que, de hecho, se presentó como una síntesis de las formas culturales transapenínicas, de las de la *koiné* mediterránea orientalizante y de las específicas de tradición local.

Para M. Pallottino y otros autores que no aceptan la sistematización anterior por sus tintes muy localistas, la *civilización villanoviana,* en la que, desde luego, se distinguieron claramente diferentes agrupaciones regionales, hubo de evolucionar en tres grandes etapas cronológicas.

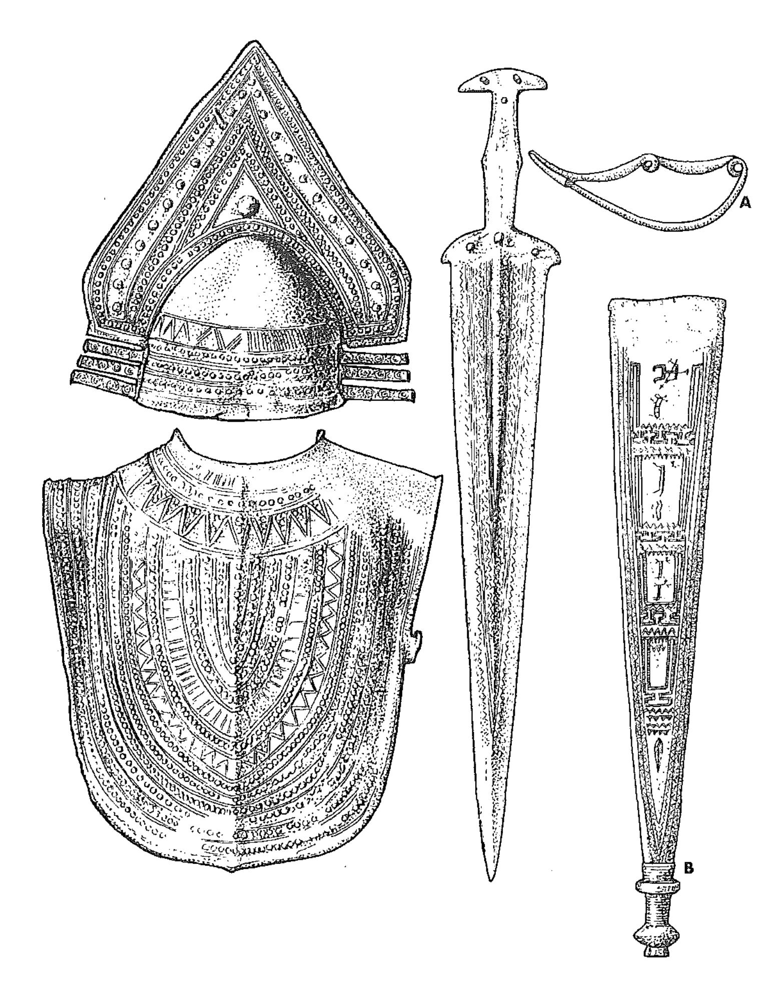
La primera, que podría llamarse *villanoviana típica* (950-820 a.C.), se caracterizó, como elemento de base común, por la práctica de la incineración funeraria, desarrollada de modo exclusivo. La siguió una segunda, *villanoviana evolucionada* (820-770 a.C.), en la que junto a los enterramientos de incineración aparecieron los de inhumación. Otro elemento de la fisonomía de esta etapa fue el progreso de una metalurgia artística y la aceptación de claros influjos civilizadores sobrevenidos a causa de la incipiente colonización griega. A estas dos etapas siguió una última, conocida como *orientalizante,* y que se desenvolvió en dos subfases: una, la *protoorientalizante* (770-700 a.C.), con el predominio de la inhumación en la Etruria meridional, la construcción de tumbas monumentales y la importación de productos orientales; y otra, la *tardoorientalizante* (700-535 a.C.), caracterizada por la difusión de la cerámica corintia y la transición a la civilización etrusca arcaica del siglo VI a.C.

Otras culturas itálicas

La *civilización villanoviana,* fuertemente homogénea y que había provocado nuevas realidades económicas y sociales —que no podemos analizar aquí—, quedó, por otra parte, separada de la *cultura adriática* (llamada también *picena)* por el macizo de los Apeninos, cultura ésta extendida por lo que hoy es provincia de las Marcas, y que, a su vez, conectaba con la *cultura apulo-salentina* (formada por las culturas locales *daunia* (Abruzos), *peucética* (Molise) y *mesápica* (Apulias).

Junto a esta última, y tocando al golfo de Tarento, se desarrolló la *cultura enotria* de la Lucania meridional, separada, también por los Apeninos sureños, de la llamada *cultura de las tumbas de fosa,* la cual por el occidente ocupaba una gran franja de la costa tirrénica (hoy provincias de Calabria y Campania), y que evolucionó muy directamente de las anteriores culturas locales inhumadoras. Por encima de ésta se originó la *cultura lacial,* formada por protolatinos que mantuvieron claras afinidades con sus culturas vecinas.

En Sicilia, por su parte, los sículos originaron la *cultura sícula,* la cual eliminó a otra anterior, fundada por los sicanos.



Yelmo, corselete, puñal y fíbula de época villanoviana. (Tomado de E. MacNamara.)

Se puede decir que el complejo *fenómeno villanoviano* cubrió una gran área geográfica, que se extendía desde las llanuras del Po hasta Potenza, ocupando, pues, los dominios que los autores clásicos atribuyeron al «imperio» etrusco. Además de dominar del Po al Tíber, también se «mezcló» en el Lacio y en Campania con las culturas allí desarrolladas.

Etnias y lenguas

En tiempos protohistóricos, cuando la civilización etrusca comenzó a tener verdadera carta de naturaleza, junto a ella se desarrollaban, o estaban finalizando su *cursus* histórico, otras *culturas itálicas,* de significado muy local, que, como característica común, tuvieron el entenderse y comunicarse mediante lenguas de un mismo tronco idiomático: el indoeuropeo.

Mapa étnico

El mapa étnico —y, por supuesto, lingüístico— de la antigua Italia aparecía así muy complejo, con una serie de pueblos sin cohesión aparente: *ligures,* sobre el golfo de Génova y los Alpes meridionales, que englobaban a los *friniates, veiturios, ingaunos* y otros grupos; *retios* en los valles del Trentino y del Adigio; *vénetos* en el Po; *umbro-sabélicos, oscos* y *latinos* en el Apenino central y el Lacio; *picentinos, vestinos, marrucinos, frentanos, marsos* y *pelignos* en las costas adriáticas y centro de la península; *volscos* y *ausones* en las costas tirrénicas y en zonas del interior; al sur, *samnitas* y *lucanos; bruzzios* en Calabria, divididos en *morgetes* e *itali* (de ellos quizá derivaría el posterior nombre de Italia); *yápigos,* repartidos en tres tribus, que ocuparon el sudeste itálico; y *sículos, sicanos* y *elimeos* en Sicilia.

Las lenguas habladas

Respecto a las lenguas habladas por este complejo conglomerado de pueblos itálicos, conocemos distintos idiomas que pertenecieron a la familia indoeuropea y a otros troncos lingüísticos, y que estuvieron en vigencia en aquellos tiempos.

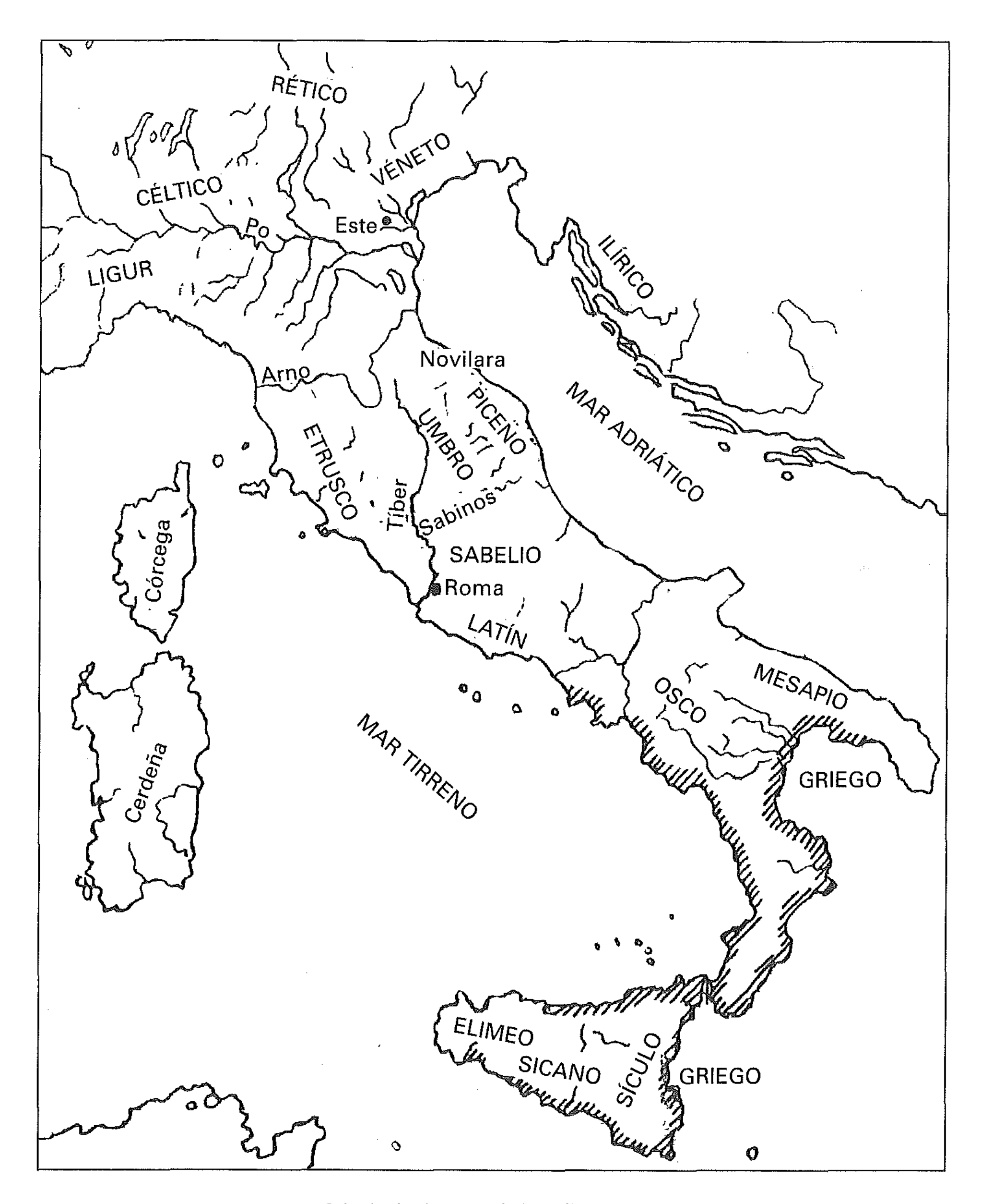
Gracias al estudio de diferentes filólogos (G. Devoto, A. Ernout, M. Lejeune, F. Altheim, R. L. Palmer, V. Pisani y P. Kretschmer, entre otros) se ha podido conocer un buen número de determinadas lenguas del grupo indoeuropeo, que se hablaron en la Italia primitiva, anterior al desarrollo de Roma como gran Estado. El problema de su introducción en Italia es altamente complejo, tal como señaló hace años H. H. Scullard.

Pueden citarse el falisco, el véneto, el mesapio, el sabelio y el umbro. En esta última lengua tienen capital importancia las siete grandes tablas de bronce, descubiertas en 1444 en Gubbio, y conocidas como *Tabulae Eugubinae.* A las anteriores lenguas podemos añadir el osco y el latín, éste con dos variantes (el latín de Preneste y el de Roma).

Además, pueden señalarse una serie de interesantes dialectos (volsco, piceno, marso, sículo, etc.), así como otras lenguas, no pertenecientes al indicado grupo indoeuropeo, y que se hablaron, sobre todo, en las zonas norteñas itálicas: el ligur, el leponcio, el yápigo, el etrusco —cuya área fónica coincidía con la ocupada desde el siglo IX a.C. por la civilización villanoviana—, el rético —éste muy afín al anterior— y el idioma de las inscripciones de Val Camónica.

La presencia de este complejo número de pueblos, junto con la variedad de sus lenguajes, ponen en evidencia las grandes dificultades que se plantean a la hora de abordar el estudio de la etapa prerromana de Italia. Junto a ellos la presencia de pueblos colonizadores (fenicios y griegos) complica aún más, si cabe, el historiar la etapa protohistórica de la antigua Italia.

Otra cuestión importante la constituye el bilingüismo etrusco-latino, tanto el bidireccional (latinos ↔ etruscos), que debe situarse mucho antes del siglo IV a.C., como el unidireccional, fijado éste a partir de la captura de Veyes (396 a.C.), tendencia en la cual el latín se fue imponiendo cada vez más en las capas sociales etruscas, hasta quedar prácticamente incorporadas al mundo romano, tendencia que acabaría por eliminar al etrusco como lengua hablada prácticamente a finales de la República romana.



Principales lenguas de la Italia antigua.

Aun cuando no se han estudiado en profundidad los contactos políticos, económicos y culturales que existieron entre etruscos y latinos, es evidente que Etruria y Roma habrían mantenido relaciones lingüísticas para resolver tales contactos. Sin duda alguna, un cierto número de personas de las dos comunidades llegaron a conocer ambas lenguas, hecho demostrado por las referencias onomásticas llegadas y por la serie de inscripciones tanto latinógrafas (latinas por su alfabeto, pero de lengua

etrusca), y no muy numerosas, como bilingües etrusco-latinas que han llegado a nuestros días, en número de 32, al decir de J. Hadas-Lebel.

La problemática de la arqueología y de las fuentes históricas de todos aquellos pueblos que se asentaron en Italia ha generado una vastísima bibliografía, entre la cual destacan, especialmente, los trabajos de G. Devoto, M. Pallottino, L. Homo, G. Bartoloni, R. Scarani, A. Boëthius, G. Camporeale, G. V. Gentili, M. Zuffa y M. Torelli, entre otros.

Pueblos colonizadores en Italia

Algunas fuentes clásicas, así como determinadas tradiciones locales, sitúan la presencia de pueblos colonizadores en Italia en épocas remotas. La Arqueología (restos sobre todo de cerámica) ha venido a confirmar que los cretenses, hacia finales del siglo XVII a.C., y un poco más tarde los micénicos llegaron no sólo a las costas italianas sino también a diferentes enclaves del interior en busca de metales y productos agrícolas, dejando como contrapartida suficientes elementos civilizadores que originaron, además de determinados mitos, formas de vida más evolucionadas en los ámbitos indígenas contactados.

La zona sur de la península itálica, la costa occidental de Sicilia y las islas Lípari fueron focos de gran atracción. Sin embargo, hacia el año 1200 a.C., debido a la conmoción producida en toda la zona del Egeo por los «Pueblos del Mar», se perdió prácticamente toda actividad comercial, que no se volvería a reanudar hasta finales del siglo IX a.C.

Los fenicios en Italia

Si hemos de creer a Tucídides (VI, 2) y Diodoro de Sicilia, ambos historiadores griegos, los fenicios tuvieron diferentes establecimientos comerciales en Sicilia e islotes circunvecinos anteriores incluso a la llegada de los griegos a Italia. Por otra parte, que sepamos, no se tienen referencias de que tales fenicios hubiesen colonizado la península itálica, aunque sí mantuvieron con ella importantes contactos comerciales, especialmente a partir de la segunda mitad del siglo VIII a.C.

Parece ser que, al hundirse la actividad comercial micénica, el vacío económico dejado por aquellos griegos en ámbitos meridionales itálicos fue ocupado por los fenicios (caso del promontorio de Monte Vico en la isla de Pitecusa), cuya presencia, sin embargo, se detectaba de manera poderosa en las costas africanas (Lixus, Útica) y aun de la península ibérica (Gades), ya desde el siglo XII a.C. No pudieron, sin embargo, recalar en las costas tirrénicas debido a las alianzas existentes entre Etruria y Cerdeña, cuyos intereses económicos no eran concomitantes con los de los fenicios. De hecho, y durante largo tiempo, diferentes princesas sardas estuvieron desposadas con señores etruscos, como lo testimonia una tumba de la necrópolis de Cavalupo de Vulci, del siglo IX a.C., con rico ajuar, alguno de cuyos componentes fue fabricado en Cerdeña, y en el que abundan las fusayolas, objeto típico en las deposiciones funerarias femeninas.

Tiempo después, Cartago, fundada en el 814 a.C., aglutinaría la resurrección de lo fenicio, oscurecido por serios problemas políticos y económicos sufridos en las

metrópolis. Gracias al impulso de sus dirigentes, Cartago lograría reforzar y acrecentar de modo espectacular el poderío de las antiguas colonias fenicias y de las que la propia Cartago iría, a su vez, fundando sistemáticamente.

La actividad fenicia en Sicilia se limitó, en líneas generales, a transacciones comerciales con los sículos, muy pronto alteradas por la presencia de colonos griegos. Éstos obligarían a los fenicios a retirarse a puntos más ocidentales de la isla, concentrándose en diferentes enclaves, de los que destacaron tres: Mozia *(Motye),* Solunto *(Soloeis)* y Palermo *(Panormos).* Desde todas aquellas colonias, aparte de controlar una amplia zona y comerciar con los nativos elimeos, podían conectar rápidamente, en caso de necesidad y por vía martítima, con Cartago.

Frente a lo que señalan las fuentes antiguas escritas, la Arqueología no ha detectado en Sicilia estratos fenicios anteriores al siglo VIII precristiano, aunque sí algunos hallazgos esporádicos, por lo que lo más correcto, y que históricamente se puede aceptar, es sostener que tras unos incipientes contactos comerciales entre fenicios y nativos de Sicilia, además de los mantenidos con Malta, Cerdeña y otros puntos de Italia (costas tirrénicas y Lacio), serían los cartagineses quienes establecerían desde Cartago los primeros enclaves comerciales de manera estable.

Restos arqueológicos, documentos epigráficos y diferentes topónimos confirman la presencia fenicia y púnica en Italia, cuya influencia sobre Etruria y Roma (sin entrar en consideraciones de tipo político ni militar de los púnicos con las potencias itálicas) iba a ser eminentemente de carácter práctico (administración, religión, técnicas) y comercial (manufacturas, objetos orientales de lujo, quincallas).

Buena parte de toda la problemática de la presencia fenicia y púnica en Italia ha sido bien estudiada, entre otros y sin olvidar los lejanos trabajos de J. I. S. Whitaker, por G. Pesce, F. Barreca, G. Garbini, S. Moscati, V. Tusa, D. Harden y E. Acquaro.

Los griegos en Italia y en Sicilia

Dejando a un lado la presencia y el significado de materiales micénicos en diferentes puntos de Italia —por supuesto, también en lo que sería el corazón de la futura Etruria— que demuestran los contactos mentenidos con dicho pueblo, la iniciativa colonizadora griega en zonas itálicas, consecuencia del movimiento colonizador que se emprendió por todo el Mediterráneo, se debió a los calcidios y eretrios de la isla de Eubea, los cuales, a través del estrecho de Mesina, muy pronto descubrieron las riquezas que podía facilitarles la zona de Campania, tierra en donde se asentaron en el siglo VIII a.C.

Tras recalar, hacia el 770 a.C., en la isla de Pitecusa (en donde establecieron los *empória* de Ischia y Prócida), pasaron luego a tierra firme para fundar Cumas (740 a.C.), primera de las colonias griegas en Italia, según el geógrafo Estrabón (V, 4), y punto desde el cual iban a hacer llegar a etruscos e itálicos numerosísimos elementos civilizadores.

La razón de la fundación de tal colonia en suelo itálico hay que buscarla, ante todo, en bases económicas, entre ellas, la posibilidad de un acercamiento territorial a las fuentes de las riquezas mineras de Etruria y de la no lejana isla de Elba, así como la creación de nuevos mercados y la apertura de rutas comerciales.

Desde Cumas los griegos fundaron, en consecuencia, nuevos enclaves para controlar las costas itálicas (Nápoles, Dicearquía), los cuales les facilitaron gran cantidad de materias primas (metales, cereales, pesca).

Por otra parte, un gran conjunto de griegos de variadas procedencias (aqueos, locrios, focidios, etolios, mesenios) se habían desplazado también ya durante el siglo VIII a.C., aunque eludiendo la zona de Mesina por razones geoestratégicas, hacia el golfo de Tarento en busca de tierras fértiles para alimentar a buena parte de su población, desplazada de sus metrópolis de origen por causas económicas, sociales y también políticas.

Alrededor del año 720 a.C., los aqueos iniciaron la colonización de la fachada meridional itálica fundando primero Síbaris y poco después Crotona, colonias que a su vez originarían otros enclaves. En el 706 a.C., los espartanos crearon Tarento, lugar de gran vitalidad económica, que a su vez fundaría la colonia de Heraclea. Entre el 680 y el 670 a.C., los jonios de Colofón levantarían Siris, pronto desaparecida, y casi coetáneamente a ella los locrios fundarían Locres Epicefiria, colonia esta que lograría volcarse hacia la vertiente tirrena, colonizando Metauro, Medma e Hiponio.

Asimismo, la isla de Sicilia contó con la presencia de los griegos, quienes se establecieron en su costa oriental a partir también del siglo VIII a.C., buscando en ella no sólo enclaves agrícolas, sino también puntos geoestratégicos para controlar la ruta del estrecho de Mesina. En la isla tuvieron que enfrentarse, sin embargo, con los elimeos, sicanos y sículos y, por supuesto, con los fenicios, si bien éstos se retiraron a los sectores occidentales y norteños insulares, eludiendo los enfrentamientos armados.

Se sabe, por otra parte, que los calcidios, dirigidos por Tucles, instituyeron en Sicilia la colonia de Naxos (734 a.C.), que, aunque no tuvo mucha importancia económica, sirvió, sin embargo, de base para la fundación de otras dos colonias (Leontinos y Catania) en ricas zonas trigueras. Por aquellas mismas fechas, los propios calcidios crearían Zancle, en Sicilia, y Rhegion, en Italia, a fin de controlar desde tales puntos el tráfico comercial del estrecho.

El dominio del estrecho de Mesina y de sus correspondientes franjas costeras posibilitó que los calcidios establecieran en el sur itálico un gran imperio comercial, marítimo y territorial, desplazando así del mar Tirreno los productos corintios, al tiempo que se erigían en los verdaderos intermediarios económicos de los productos griegos en Etruria.

Por su parte, los griegos de Megara habían fundado en Sicilia, unos años antes, en el 750 a.C., Megara Hiblea, colonia que a su vez originaría Selinunte, en la costa sudoeste de la isla, ciudad que ha proporcionado los mejores ejemplares del arte colonial griego de Sicilia.

En el 734 a.C., Corinto fundó Siracusa, que llegaría a ser la más rica de las ciudades griegas de la isla, asentada en un formidable puerto. En la costa sur, los rodios y cretenses darían nacimiento, a su vez, a Gela, y los siracusanos a Acre, Casmene y Camarina.

Muchos años después, hacia el 580-570 a.C., fueron surgiendo, pero ya en las costas itálicas del mar Adriático —que había quedado fuera de la gran acción colonizadora— otras fundaciones griegas (Epidamno, Apolonia, Adria, Spina), de las que fueron protagonistas fundamentalmente las ciudades de Corcira y Corinto, atraídas por las tierras cerealísticas de la desembocadura del valle del Po y por las posibilidades comerciales que se podían dar con los etruscos y con otros pueblos de las rutas norteñas continentales.

Consecuencias de la colonización griega

Las consecuencias del impacto colonizador griego sobre Italia y, en especial, sobre Sicilia y el sur peninsular itálico, ámbito conocido como *Magna Grecia* a partir de Polibio (II, 39), motivaron que los pueblos de la Italia prerromana se acogieran muy pronto a las nuevas corrientes civilizadoras. Mención especial merece, por citar tan sólo un caso, la impronta griega que puede observarse en la célebre escultura del arte indígena itálico conocida como el *Guerrero de Capestrano,* obra con toda probabilidad de finales del siglo VI a.C., hallada en la necrópolis de tal ciudad y hoy atesorada en Roma. Estudiada hace unos años por G. Moretti y V. Basanoff, tal ejemplar artístico sintetiza muy bien lo local con lo extranjero.

Las nuevas formas civilizadoras, sobre todo culturales, religiosas y técnicas, resultantes del contacto de los colonizadores helenos con lo puramente autóctono meridional, se abrieron rápido camino hacia la Italia central, influyendo hondamente en Toscana —por entonces en sus últimas etapas *villanovianas*— y originando la llamada «fase orientalizante» de tanta trascendencia histórica.

Merecen especial atención la introducción y difusión del alfabeto, la aceptación de determinadas divinidades y formas religiosas, la asimilación de nuevas técnicas y la excelente acogida de diferentes productos manufacturados (cerámicas, bronces, tejidos). Todos estos elementos, muy del agrado de la nobleza etrusca, iban a determinar en buena medida la personalidad de Etruria.

Los estudios de T. J. Dunbabin, L. Bernabò Brea, J. Bérard, R. Van Compernole, G. Vallet, G. Buchner, J. B. Ward-Perkins, J. Heurgon y J. Boardman, entre otros muchísimos, ponen en sus exactos términos los estados de la cuestión de la presencia griega en Italia.

Las invasiones de los galos

La presencia de gentes de origen celta —creídas por Éforo (según cita de Estrabón, IV, 4) como el pueblo más grande de Occidente—, llegadas a Italia a partir de finales del siglo VII a.C., y en diferentes oleadas, a través de los Alpes occidentales, en unos casos, y de los pasos del Brenner o San Gotardo, en otros, testimonian las diferentes migraciones que de tales gentes recibió la península itálica.

No obstante, antes de aquellas migraciones la presencia de celtas en Italia —sus tiempos y modos de difusión son muy difíciles de determinar a partir de mediados de la Edad del Hierro— se hallaba en conexión con la cultura de Golasecca (Lombardía), según han testimoniado la investigación arqueológica (tumbas tanto de la propia Golasecca como de Sesto Calende) y la presencia de un dialecto céltico, evidenciado en los llamados «textos leponzios».

Aquellos celtas, a partir de su «formación», comenzaron a participar en los grandes fenómenos culturales de la Italia antigua, entre ellos, la adquisición de la escritura a impulsos de los etruscos de Bolonia, como han demostrado las inscripciones de Castelletto Ticino en el área de Golasecca y las de Lezzo de Este para la atestina o paleovéneta.

Durante muchos años los contactos comerciales y sociales entre celtas golasequianos, villanovianos, etruscos y vénetos hubieron de ser usuales, encuadrados en



Estela tipo felsina. Siglos V-IV a.C. (Museo Cívico Arqueológico, Bolonia.)

movimientos de amplia permeabilidad en el interior de grupos que acogían con facilidad a individuos de otras áreas (necrópolis gálicas de Bolonia y de Casalecchio di Reno, documentación onomástica de celtas en Spina, Mantua, Rubiera y otros lugares).

Sin embargo, por razones demográficas o por la atracción de las nuevas tierras itálicas comenzaron a movilizarse a principios del siglo VI a.C. miles de celtas transalpinos, originando diferentes invasiones.

El relato de tales invasiones puede seguirse, con sus variantes, en Polibio (II, 17 y ss.), Dionisio de Halicarnaso (XIII, 10-11), Tito Livio (V, 33-35), Aulo Gelio (XVII, 13), Apiano *(Céltica,* II, 1), Cornelio Nepote y Trogo Pompeyo, éste a través de Justino *(Epit. hist.,* XX, 5). De hecho, existen dos versiones acerca de la invasión gala: una centrada en un acontecimiento anecdótico, y otra en una explicación lógica, argumentada en una infiltración de gentes que acabaría convirtiéndose en invasión.

La leyenda recogida por Tito Livio, Dionisio de Halicarnaso y Plutarco *(Camilo,* XV y ss.) indica que los galos fueron inducidos a atravesar los Alpes por Arrunte de Chiusi, hombre ya anciano, quien les hizo conocer el vino de su tierra para acostumbrarlos a su dulce sabor. De esta manera les despertaría el deseo de conquistar las tierras que producían aquel vino. La realidad escondida era el deseo que Arrunte tenía de vengarse de un tal Lucumón, rico propietario chiusino (o jefe etrusco), seductor de su esposa, o —según la variante— del hijo del citado Lucumón, quien lo había confiado a la tutela de Arrunte.

Esta leyenda que sitúa la acción a principios del siglo IV a.C. fue decantándose hasta finales del siglo II a.C., momento en que la recogió Catón el Censor en sus *Orígenes de Roma* (II, fr. 36, ed. Peter), obra hoy perdida.

La versión oficial romana, por su parte, venía a narrar que el pueblo celta de los *bituriges,* debido a un exceso de población, se había visto obligado a enviar a sus gentes en dos grandes expediciones hacia el valle del Danubio y hacia Italia. Una de aquéllas, la que se encaminó a la península itálica, iba dirigida por Belloveso, el sobrino del rey celta biturige Ambigato, al frente del pueblo de los *insubros.*

Belloveso, sobre quien existen serias dudas acerca de su historicidad, después de atravesar los Alpes, pudo derrotar a los etruscos no lejos del lago Tesino y luego fundar la ciudad de Milán *(Mediolanum),* al oeste de la cercana Melpum, que había sido destruida. Otros pueblos celtas —que serían luego, todos ellos, llamados *galos (Galli)*

por los romanos— vendrían a continuación. Así los *cenómanos,* con su jefe Elitovio, que se instalarían en la región de Brescia y de Verona; y los *libuos* y *saluvios,* en las inmediaciones del Tesino. De hecho, cuando una nueva oleada, formada por los *boyos* y los *lingones,* arribaron a la Transpadana, la encontraron toda ella ocupada por los pueblos celtas antes citados. Por ello se vieron obligados a atravesar el Po, al parecer no tanto en busca de tierras cuanto de botín, debiendo enfrentarse a los umbros y a los etruscos (ataques a Felsina), a quienes lograron derrotar, ocupando así toda la Emilia.

Por su parte, los *senones,* otro de los pueblos celtas que habían arribado hasta las costas del mar Adriático, pero que no habían podido domeñar a los vénetos, se convirtieron, por su especial ardor guerrero y su deseo de fácil botín, en la vanguardia de todo el movimiento celta que se iba a extender hacia el sur.

En el año 391 a.C., si aceptamos lo dicho por Diodoro de Sicilia (XIV, 113), lograron atravesar los Apeninos y se presentaron ante la ciudad etrusca de Clusium (Chiusi), a la cual le exigieron tierras. Aquel enclave etrusco, desde la conquista por Roma de la Etruria meridional, se hallaba en la esfera de influencia romana. Por esa razón, allí tomaron contacto por primera vez galos y romanos. Éstos no dudaron en prestarse a actuar de intermediarios entre los recién llegados —los galos *senones*— y los etruscos de Clusium. Al fracasar las negociaciones y también la toma de Chiusi, los galos, dirigidos por su caudillo Breno, marcharon contra Roma.

Después de una sangrienta escaramuza, cerca de Fidenas *(Fidenae),* en el río Allia, en la que salieron derrotados los romanos, los galos pusieron sitio a la propia Roma, desguarnecida y con gran parte de su temerosa población refugiada en Veyes. Roma, saqueada e incendiada luego de una dolorosa derrota, habida el 18 de julio del 390 a.C. (o del 387 a.C. como fecha más probable), pudo recuperar su libertad a cambio de pagar un fuerte botín, consistente, según cuenta Polibio (I, 6; II, 18) y Diodoro de Sicilia (XVI, 115-116), en mil libras de oro, suma pactada por el ex tribuno militar S. Sulpicio Camerino para obtener la retirada gala. Los objetos sagrados, que se habían podido salvaguardar en su totalidad, fueron llevados por las Vestales, bajo el control de L. Albinio, a la ciudad etrusca de Caere (Tito Livio, V, 40).

Los *senones,* por su parte, ya aculturados bajo influencias helénicas, y con territorios propios en áreas costeras del norte del Adriático, al decir del *Periplo de Scylax,* y estructura política articulada, pactaron con Dionisio I el Viejo, tirano de Siracusa y controlador del área adriática. El pacto y la connivencia darían sus resultados, pues no se explican muchas de las acciones de tal tirano, entre ellas, el saqueo del santuario de Pyrgi, en la costa tirrénica.

Entre los años 367 y 348 a.C., Tito Livio cita al menos siete ataques de los galos contra Roma, galos a la sazón presentes en asentamientos de Apulia y Campania. No obstante, los romanos pudieron mantenerse a la defensiva, logrando detenerlos y acordar con ellos una paz en torno al año 335 a.C. (Polibio, XIX, 1). También en el área yapigia se instalaron contingentes galos, destinados a servir como tropa de apoyo a los tiranos de Siracusa y a defender el Adriático de la piratería ilírica y etrusca.

Finalmente, la Italia que casi en su totalidad había sido ocupada por los galos, según Justino (XXVIII, 2), pudo expulsar a tales pueblos tras derrotarlos en la decisiva batalla del cabo Telamón, en el litoral toscano (Polibio, II, 27-31). Allí, en el 225 a.C., los ejércitos consulares romanos de L. Emilio Papo y de C. Atilio Régulo, con su victoria, lograron detener y acabar con algunas tribus galas. Las restantes, en años sucesivos, serían desalojadas de toda la Galia Cisalpina.

A continuación comenzó la etapa colonizadora romana por todo el valle del Po, estableciéndose dos importantes colonias militares, Piacenza y Cremona. Sin embargo, por aquel entonces —y desgraciadamente para Roma—, Aníbal se hallaba franqueando los Alpes.

La presencia de los galos en Italia finalizaría diluida bajo dos resultados diferentes. Los pueblos celtas establecidos en el valle del Po y en el litoral adriático, en contacto con los ligures y etruscos, acabaron en buena parte por aculturarse y fundirse con ellos. Se convirtieron en pueblos agricultores y adoptaron usos y costumbres etruscas, no dudando en incorporar a su cultura toda la tecnología local, según evidencian los ajuares y restos de las necrópolis de Castiglione delle Stiviere (región del lago Garda), Montefortino y Filottrano (región de Ancona) y de Ornavasso. En ellas, junto a espadas típicamente de La Tène y a collares celtas *(torques),* aparecen vajilla, candelabros y espejos etruscos.

Por el contrario, los galos que atacaron la Italia peninsular, y que habían continuado con su tipo de vida más propio de salteadores y de aventureros, acabaron o por ser expulsados o por incorporarse como mercenarios de los etruscos y de otros pueblos itálicos.

Capítulo II

El problema etrusco

El primer capítulo con personalidad propia de la historia de la península itálica lo inician, sin duda alguna, los etruscos, que fueron llamados *tyrsenoi* y *tyrrhenoi* por los griegos, y *tusci* y *etrusci* por los latinos, pero que a sí mismos se llamaron *rasna,* transcrito *rasenna* por Dionisio de Halicarnaso (I, 30).

Según C. De Simone, un cáliz de *impasto* negruzco, localizado en Pontecagnano, fechable en la segunda mitad del siglo VII a.C., con la inscripción incisa *mi mulu venelasi velchaesi rasuniesl,* recogería en su gentilicio la más antigua mención del nombre étnico de los etruscos, conectado con el vocablo *rasenna,* al que antes hemos aludido, confirmando así lo dicho por Dionisio de Halicarnaso.

Tal pueblo, el etrusco, muy diferente de todos los demás, no sólo por su lengua, sino también por su género de vida y sus costumbres, al decir del precitado autor griego, presenta todavía sin resolver una serie de interrogantes que en su conjunto constituye lo que se ha dado en llamar por parte de la historiografía *el problema etrusco.*

Este *problema,* que hoy día tiende a considerarse como algo secundario en los estudios etruscológicos, puede centrarse en dos aspectos muy concretos: el desciframiento de su lengua y el origen geográfico. Quizá, resolviendo el problema lingüístico, se desvelaría la patria originaria del pueblo etrusco, que se halló constituido históricamente en Italia sólo a partir del siglo VIII a.C., alcanzando una civilización mucho más evolucionada que la de todos sus vecinos itálicos.

Fuentes de estudio

Las fuentes para el estudio de los etruscos presentan peculiaridades que hacen distinguirlas de las de otros pueblos de la Antigüedad.

Ante todo está, como se ha dicho, el *problema de su lengua,* la cual aunque se ha podido leer con facilidad desde hace mucho tiempo, sin embargo se resiste a ser traducida. Le sigue el de sus textos, que son en su mayoría de corta extensión, muy poco significativos y, por lo general, de carácter funerario. A ello debe añadirse la pérdida total de su literatura, que, por desgracia, pasó al olvido más absoluto cuando la historia etrusca tocó a su fin.

Privados de sus grandes textos y sin conocer exactamente su lengua, las dos únicas vías de estudio con que contamos son la Arqueología y las referencias escritas que de tal pueblo dejaron algunos autores griegos y latinos. El cultivo de estas dos fuen-

tes ha constituido una ciencia histórica autónoma, denominada Etruscología y que empezó a desarrollarse, aunque parezca paradójico, ya desde la propia época clásica grecorromana.

En efecto, se sabe que Aristóteles redactó unos *Tyrrhenon Nomima* —muy pronto perdidos—, que hubieron de contener datos sobre las costumbres de los etruscos y que copiaría su discípulo Teofrasto en su obra, también perdida, *Peri Tyrrhenon.* Y que Sóstrato de Nisa compuso unos *Tyrrheniká* con noticias geográficas y mitohistóricas, asimismo desaparecidos. Por su parte, el escritor de época augústea Marco Verrio Flaco compiló a partir de las *Tuscae historiae,* que circulaban por Roma, sus *Rerum Etruscarum libri,* que muy pronto, lamentablemente, también se perdieron. Es un dato, asimismo muy divulgado, que el emperador Claudio (10-54), siendo todavía príncipe, se había casado con la etrusca Plaucia Urgulanila, hija de la influyente Urgulania, descendiente de una estirpe real caeretana y amiga íntima de Livia, la esposa de Octavio Augusto, circunstancia que puso al astuto príncipe —a pesar de su fama como «idiota de la familia»— en contacto directo con documentación original etrusca, lo que le permitió escribir en griego una monumental obra en 20 libros, perdida en su totalidad, sobre antigüedades e historia etrusca, titulada *Tyrrheniká.*

Sin embargo, ante la pujante civilización romana, muy celosa de sus propias peculiaridades, pronto dejó de interesar el estudio de aquel pueblo, que desapareció así totalmente del recuerdo histórico.

Si se exceptúan las *glosas etruscas,* conservadas por los lexicógrafos Hesiquio (siglo VII), San Isidoro de Sevilla (siglo VII), Papias (siglo XI) y en el *Diccionario Enciclopédico* de Suidas, de gran éxito en tiempos medievales, habrían de transcurrir muchísimos siglos de silencio hasta que se reanudaran las investigaciones sobre los etruscos. Ni siquiera el descubrimiento, en el año 1444, de las siete tablas de bronce de Gubbio en lengua umbra, pero escritas en parte en alfabeto latino y en parte etrusco, conocidas como *Tabulae Eugubinae,* despertó el menor interés por aquel resto del pasado.

Historiografía etrusca

El pionero en los estudios etruscos fue el teólogo y astrólogo dominico Giovanni Nanni, llamado Annio de Viterbo (1432-1502), autor de una voluminosa obra, publicada en Roma en 1498, sobre asuntos variados relativos a las antigüedades. En ella *(Antiquitatum variarum volumina XVII)* intentaba descifrar la lengua etrusca, a la que creyó de raíz semita, conectándola con el arameo *(sermo aramaeus).*

A principios del siglo XVI, un tal Segismundo Tizio, natural de Siena, recopiló numerosas inscripciones etruscas de Chiusi, Siena y la Maremma. Incluso intentó reconstruir el alfabeto etrusco y pergeñó un vocabulario con 21 palabras. Tal obra manuscrita se halla atesorada hoy día en la Bibliteca Vaticana *(Cod. Vat. Chig., G, I, 31. Historiarum Senensium).* En 1517, el franciscano Mariano de Firenze, autor de numerosas obras de tipo religioso, redactó un *Tractatus de origine, nobilitate et de excelentia Tuscie,* conservado también manuscrito en Florencia junto a otros de sus trabajos *(Arc. Prov. dei Frati Minori di Toscana,* Sign. 334, I, 334F, 16), tratado en el que mezclaba las noticias históricas, hasta entonces conocidas, con planteamientos bíblicos para ensalzar de hecho la política cultural medicea.

En 1540 se fundó la Accademia degli Umidi, que muy pronto se llamaría Accademia Fiorentina. Su máximo exponente fue Pierfranceso Giambullari, cultivador y defensor del habla toscana, el cual la conectaba en parte con la etrusca, a la que seguía considerando de origen arameo, siguiendo las teorías de Annio de Viterbo.

Hacia 1550, un español, llamado P. Ximenes, tuvo ocasión de relacionar en un manuscrito, hoy en Londres *(Sloane M.S. 3524)*, una serie de descubrimientos relativos a antigüedades etruscas, entre las que destacaban la copia de 54 textos. Según una antigua obra de O. A. Danielsson *(Etruskische Inschriften*, Upsala, 1928), el citado manuscrito portaba el título, en el francés de la época, de *Les lettres hétrusques que don Diego de Mendoza, ambassiadeur de Lempreur à Rome ma envoyé P. Ximenes hispanus. 1552.*

Tras los trabajos de Guillaume Postel (1510-1581), autor de la primera obra que trató exclusivamente de Etruria y que dedicó a Cosimo I, duque de Toscana, siguieron los del veronés Leonida Pindemonte *(Geografia della Toscana e buon compendio delle sue Historie*, 1596), y del barón escocés y docente de Jurisprudencia en la Universidad de Pisa Thomas Dempster (1579-1625), catalogado éste en vida como «una gran biblioteca parlante». Escribió sus *De Etruria regali libri septem*, que, sin embargo —y a pesar de haber sido dedicados al Granduca Cosimo II, de los Médicis—, no serían publicados hasta un siglo después, en Florencia, entre 1723 y 1736, por parte de Filippo Buonarroti, quien añadiría un apéndice y un aparato gráfico de 98 tablas fuera de texto. Tal obra, aunque plagada de fantasía, suscitaría de inmediato, durante todo el siglo XVIII, un gran interés por todo lo etrusco.

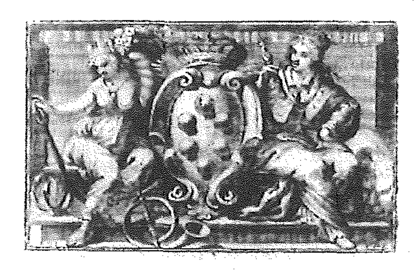
La etruscomanía dieciochesca

Dicho interés desembocó en Italia en una verdadera etruscomanía, con cultivadores como el abate Onofrio Ballelli, quien, a iniciativa de los hermanos R. y M. Venuti, fundaría en 1726 la Academia Etrusca de Cortona; Anton F. Gori, autor del *Museum Etruscum* (1737-1743) y promotor de la edición en diez tomos del *Museum Florentinum* (1731-1752); Giambattista Passeri, autor de las *Picturae Etruscorum in vasculis* en tres tomos (1767); y el también abate Mario Guarnacci (1701-1785), éste natural de Volterra y fundador en el año 1750 del que hoy es Museo Cívico de tal localidad. Guarnacci, de vasta erudición, publicó en tres volúmenes, en la localidad de Lucques (1767-1772), una obra titulada *Memorie istorico-etrusche sopra l'antichissimo regno d'Italia.*

Después de otras manifestaciones de la etruscomanía —incluso aceptada por J. J. Winckelmann, el fundador de la Historia del Arte antiguo—, un sabio francés, Nicolas Fréret (1688-1749), en sus *Recherches sur l'origine et l'ancienne histoire des différents peuples de l'Italie* (París, 1753), lanzó la teoría del origen continental nórdico de los etruscos, que sería aceptada por el abate Luigi Lanzi (1732-1810), autor de una obra que puede considerarse ya científica, titulada *Saggio di lingua etrusca e di altre antiche d'Italia.* En tal obra, publicada en dos volúmenes en Roma, en 1789, y republicada en Florencia en 1824, se recogía cuanto en su época se sabía acerca de los etruscos tanto en epigrafía y en filología cuanto en historia, arqueología y arte. Lanzi determinó que el etrusco era una lengua distinta del resto de las itálicas.

A finales del XVIII, y gracias a las ilustraciones de P. F. D'Hancarville en su obra *Antiquités étrusques, grecques et romaines tirées du Cabinet de M. Mailton à Naples*, se difundió por numerosas residencias aristocráticas europeas el gusto por el decorativismo

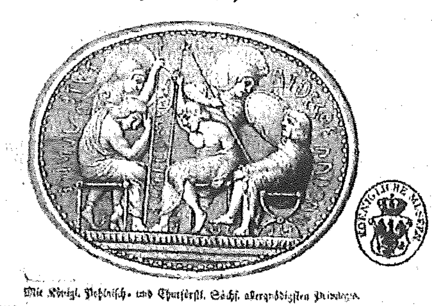
THOMÆ DEMPSTERI
DE
ETRURIA REGALI LIBRI VII.
NUNC PRIMUM EDITI
CURANTE
THOMA COKE
MAGNÆ BRITANNIÆ ARMIGERO
REGIÆ CELSITUDINI
JO: GASTONIS
MAGNI DUCIS ETRURIÆ.



FLORENTIÆ. MDCCXXIV.

Frontispicio del libro de Thomas Dempster (edición de 1724).

Johann Winckelmanns,
Präsidentens der Alterthümer zu Rom, und Scrittore der Vaticanischen Bibliothek,
Mitglieds der Königl. Englischen Societät der Alterthümer zu London, der Malerakademie
von St. Luca zu Rom, und der Hetrurischen zu Cortona,
Geschichte der Kunst
des Alterthums.
Erster Theil.



Mit Königl. Pohlnisch. und Churfürstl. Sächs. allergnädigsten Privilegio.

Dresden, 1764.
In der Waltherischen Hof-Buchhandlung.

Frontispicio del clásico libro de J. J. Winckelmann (edición de 1764).

del llamado «estilo etrusco». Debido a ello, pinturas, muebles, porcelanas y bronces se adecuaron a pautas pseudoetruscas.

La Etruscología del siglo XIX

La teoría del origen continental de los etruscos que planteó Fréret fue aceptada y reforzada por otros dos estudiosos alemanes, Christian Heyne (1729-1812) y Berthold G. Niebuhr (1776-1831), renovador éste de la historia de la Roma antigua *(Römische Geschichte,* Berlín, 1811). La autoridad científica de Niebuhr caló en otros estudiosos alemanes, entre ellos, el famoso filólogo Karl O. Müller (1797-1840) y los historiadores Albert Schwegler y Théodor Mommsen (1817-1903). Matizando algunos aspectos de lo expuesto por Niebuhr, aceptaban el origen nórdico de los etruscos.

En Italia, Giuseppe Micali (1769-1844), en sus dos obras *L'Italia avanti il dominio dei Romani* (Florencia, 1822, 2.ª ed.) y *Storia degli antichi popoli italiani* (Florencia, 1832, en tres volúmenes con un atlas), sostenía la autoctonía del pueblo etrusco.

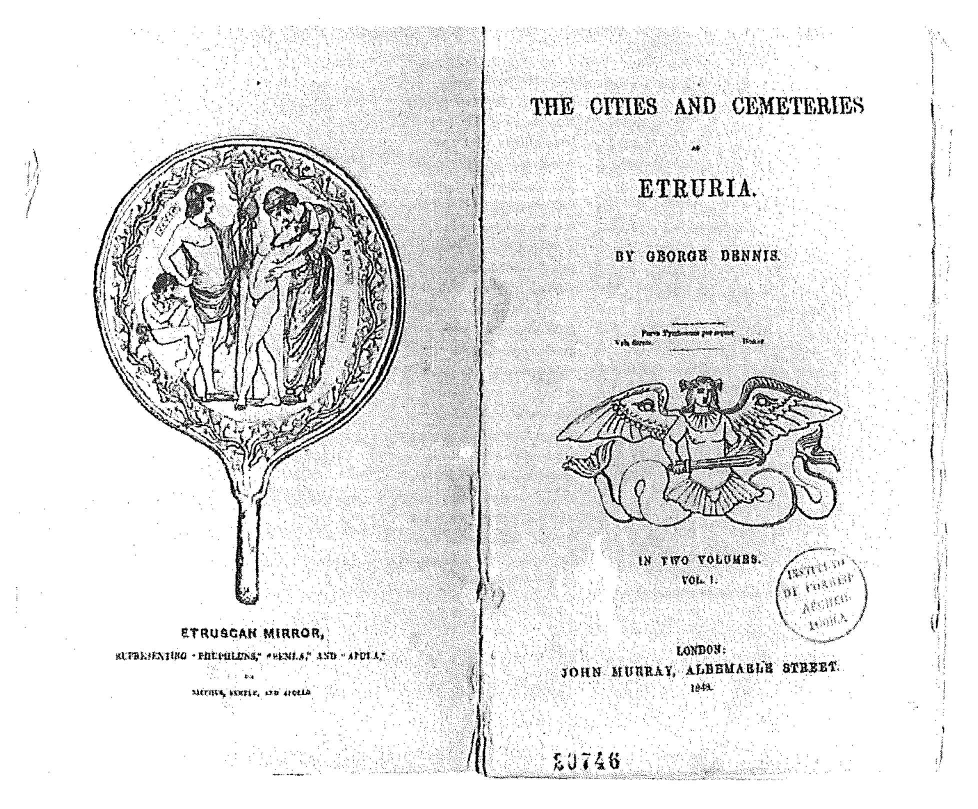
Otros dos grandes sabios italianos continuaron aportando su saber a la Etruscología: Francesco Inghirami y Luigi Canina. Al primero se le deben los diez volúmenes de los *Monumenti etruschi o di etrusco nome* (Fiésole, 1820-1826), y al segundo una obra en cuatro tomos, titulada *Antica Etruria Marittima* (Roma, 1846-1851).

Una serie de importantes hallazgos arqueológicos, sobrevenidos entre 1820 y 1850 en importantes ciudades etruscas (Tarquinia, Vulci, Caere, Perugia, Chiusi), así como

la recopilación de materiales en diferentes museos italianos y la formación de colecciones privadas (entre ellas, la del hermano menor de Napoleón, Luciano Bonaparte, príncipe de Canino, y la del banquero G. P. Campana), continuaron despertando el interés por el estudio de aquel pueblo, pero ya con sólidas bases científicas, tanto filológicas como arqueológicas, cuya expresión fue acogida en las páginas de importantes revistas editadas por el Istituto di Correspondenza Archeologica, fundado en Roma en 1829. La creación en 1837 del Museo Gregoriano Etrusco, anexo a los Museos Vaticanos, bajo el pontificado de Gregorio XVI, en buena parte como consecuencia del descubrimiento de la *Tomba Regolini-Galassi,* significó un nuevo e importantísimo paso en la difusión de la Etruscología.

Además de K. O. Müller, autor de una obra de conjunto sobre los etruscos *(Die Etrusker,* Breslavia, 1828), E. Gerhard, G. Korte y A. Klügmann, deben ser citados también W. Gell, G. Dennis —éste con un libro famoso, en dos volúmenes, titulado *The Cities and Cemeteries of Etruria,* Londres, 1848—, A. Nöel des Vergeres (1848) y Ariodante Fabretti, editor del monumental *Corpus Inscriptionum Italicarum* (1867), publicado en Turín, constituido por tres suplementos y un Apéndice de F. Gamurrini (1880). Casi 20 años después, Karl Pauli y Olaf Danielsson, entre otros, afrontaban el primer volumen del meritorio *Corpus Inscriptionum Etruscarum* (1893-1902), al que seguirían una serie de fascículos, publicados en Italia y en Alemania.

La edición de la monografía de W. Corssen *Die Sprache der Etrusker,* en dos volúmenes, entre 1874 y 1875, significó el inicio de la discusión crítica moderna sobre el



Frontispicio del libro de George Dennis (edición de 1848).

4583 Ossuarium Dempster (Fa. 2000), Conest. 480, marmoreum Dempster (Fa. 2000), in lapide Fa. 1920 Conest. 363, quem anticam ossuarii fuisse puto; delineatum exhibet Dempster; olim Perusiae apud Ansideos Dempster (Fa. 2000), ubi extet ignoratur Conest. 480, apud Io. Paulum Ansidei in villa Pastene Tranqu. (Fa., Conest. 363).

ven

De ex Dempstero.

Dempster I tab. LXIX no. 2, unde Fabretti no. 2000 et Conestabile IV 480 no. 666 = CMXCIV; Tranquilli ms. fol. 45, unde Fabretti no. 1920 et Conestabile IV 363 no. 510a = DCCCXXXVIII a.

Fa. 2000, Conest. 480; Tranq. (Fa. 1920. Conest. 363).

4584 Operculum ollae fictilis Vermiol. bis, Fa., Conest.; ubi extet ignoratur Conest.

naχ

Vermiglioli *Iscr. Perug.* [1]210 no. XX = [2]324 no. 20, unde Fabretti no. 1972 et Conestabile IV 371 no. 525 = DCCCLIII.

In prima Vermiglioli editione potius videtur esse *nal* quam *naχ*, ita ut fortasse sit finis tituli in *-nal*, cuius principia evanuerunt.

4585 Operculum ossuarii Fa.; litteris prominentibus Fa.

AN·↓

an·χ

Fabretti no. 1884 (ex descriptione Detlefsenii 17. iun. 1862 missa).

4586 Lapis Conest., Fa., potius antica ossuarii parieti insertum Pa. (long. 0,245; alt. 0,21 Pa.); litteris (alt. 0,088 Pa.) in fronte Pa. insculptis; in museo publico Perusino Conest. (Fa.), ubi adhuc (1886) Da., (1896) Pa.

śe

Descripsimus et Danielsson et ego; do ex ectypo chartaceo (Da.).

Conestabile IV 400 no. 586 = CMXIV (ex sua descriptione), unde Fabretti suppl. I no. 261.

4587 Ossuarium Vermiol., Fa., Conest., Da.; litteris (alt. 0,07—0,1 Pa.) in fronte Pa. insculptis; in museo publico Perusino Vermiol., Fa., Conest., ubi (no. 267) adhuc (1886) Da.

etera

Descripsit Danielsson; do ex ectypo chartaceo (Da.).

Vermiglioli *Iscr. Perug.* [2]631 no. 393; Fabretti no. 1694 tab. XXXVII (ex ectypo chartaceo); Conestabile IV 323 no. 399 = DCCXXVII (ex sua descriptione).

Quod operculum in museo nunc positum est in hac urna cum titulo no. 4243 = Fa. no. 1577, ad eam non pertinet.

4588 Cippus Fa., Conest., Da., Pa. quadrangularis Conest., Pa. (alt. 1,45; lat. 0,55; crass. 0,27 Fa., Conest.) ex lapide tiburtino Fa., Conest. delineatum exhibent; litteris (alt. ca. 0,012 Conest.) in latere anteriore (*A*) et in latere sinistro (*B*) insculptis; repertus a. 1822 Fa. in agro Perusino Fa.; in museo publico Perusino Fa., Conest., ubi adhuc (1886) Da., (1896) Pa.

(Satis mihi visum est hic citare tres testes principales, i. e. Vermigliolium, Fabrettium, Conestabilium, cum cippus adhuc ab omnibus aspici possit.)

A

eulat·tan na·larezul
ame vaχr lautn·velθinaś·e-
śtla afunaś sleleθ caru
tezan fuśleri tesnś teiś
raśneś ipa ama hen naper
XII velθinaθuraś araś pe-
raś cemul mlescul zuci en-
esci epl tularu
auleśi·velθinaś arznal cl-
enśi·θii·θil·ścuna·cenu·e-
plc·felic larθalś afuneś
clen·θunχulθe
falaś·χiem·fuśle·velθina
hinθa·cape·municlet·masu
naper·śranc·zl θii falśti v-
elθina·hut·naper·penezś
masu·acnina·clel·afuna vel-
θinam lerzinia intemame-
r·cnl·velθina·zia śatene
tesne·eca·velθinaθuraś θ-
aura helu tesne raśne cei
tesnś teiś raśneś χimθ śp-
elθ uta ścuna afuna mena
hen·naper·ci cnl hareutuśe
(sive hare utuśe)

B

velθinaś
atena zuc-
i enesci·ip-
a śpelane-
θi·fulumχ-
va śpelθi
reneθi·est-
ac·velθina
acilune·
turune·sc-
une·zea·zuc-
i·enesci·aθ-
umicś·afu-
naś·penθn-
a·ama·velθ-
ina·afuna
θuruni ein
zeri unacχ-
a·θil θunχ-
ulθl·iχ·ca·
ceχa ziχuχ-
e

Descripsit Danielsson; do ex ectypo chartaceo (Da.).

Página del *Corpus Inscriptionum Etruscarum.*

etrusco, a pesar de haber incluido tal lengua en el ámbito indoeuropeo. Un ejemplo de ello podría verse en cómo interpretó y tradujo las palabras numerales (del uno al seis) incisas en las caras de los famosos dados de marfil de Tuscania, aunque provenientes, en realidad, de Vulci. Así, *mach, thu, zal, huś, ci, śa* los leyó como una frase única: *mach uzal huth ciśa,* traduciéndola como *Magus donarium hoc cisorio (fecit).*

No se hizo esperar la reacción de algunos estudiosos, entre ellos, el alemán W. Deecke, quien en una recensión demolió los argumentos de Corssen. Finalmente, hay que reseñar al francés Jules Martha, autor del primer tratado orgánico del arte etrusco *(L'Art étrusque,* París, 1889).

MANUEL
D'ARCHÉOLOGIE
ÉTRUSQUE ET ROMAINE
PAR
JULES MARTHA
PARIS
A. QUANTIN, IMPRIMEUR-ÉDITEUR
7, RUE SAINT-BENOÎT
NOUVELLE ÉDITION

Frontispicio del libro de J. Martha.

La Etruscología moderna

Ya en el siglo XX la floración de grandes etruscólogos —cuya relación nominal sería larga— ha permitido conocer muchísimos aspectos de la historia etrusca, al haberse centrado en publicar no sólo estudios filológicos, repertorios generales de textos y materias concretas (espejos, terracotas, pintura, tumbas, medicina, vida cotidiana, etc.), sino también trabajos monográficos alusivos a cada una de las ciudades etruscas.

El siglo se iniciaría con diversos trabajos de S. P. Cortssen, E. Fiesel, F. Skutsch, W. Schulze, A. Trombetti y G. Buonamici. A los mismos se les sumarían el descubrimiento del Apolo de Veyes y notables reuniones científicas *(Primo Convegno Nazionale Etrusco,* Florencia, 1926), así como la edición de la fundamental revista *Studi Etruschi* (1927), todavía en curso de publicación. Asimismo, en 1932 se fundó el Istituto di Studi Etruschi y se crearon diversas cátedras de Etruscología, las cuales promovieron estudios científicos y numerosas excavaciones arqueológicas. Junto a todo ello hay que señalar las grandes muestras museísticas efectuadas en numerosas ciudades italianas y europeas, sobresaliendo las tituladas *Gli Etruschi e l'Europa* (París-Berlín, 1992-1993), *Principi etruschi tra Mediterraneo ed Europa* (Bolonia, 2000-2001) y *Gli Etruschi* (Venecia, 2000-2001). Mención especial debe hacerse de la pequeña muestra con 250 piezas etruscas (entre ellas, la excepcional *Tabula Cortonensis)* llevada a cabo en el año 2003 en el Sinebrychoff Art Museum de Helsinki.

Aunque el «problema» de la lengua y de los orígenes no lo ha resuelto todavía la Etruscología moderna (M. Durante), sí se han podido suscitar nuevos enfoques conceptuales y metodológicos para salir de planteamientos academicistas, sin solución alguna. Esta nueva postura científica, de brillantes consecuencias historiográficas, fue

planteada por el eminente sabio italiano Massimo Pallottino, director del Instituto de Etruscología de Roma, cuya muerte, no hace muchos años, ha significado una gran pérdida para la Etruscología y las Antigüedades itálicas.

El origen de los etruscos

Uno de los enigmas del pueblo etrusco, suscitado ya en la historiografía de la Antigüedad, lo constituye el de su origen y procedencia geográfica. Aunque esta *cuestión* ha intentado resolverse partiendo de nuevos planteamientos e incluso estudios antropológicos (G. De Beer, A. E. Mourant, G. Morganti), así como de paleobiología, genética y biología molecular, aplicados a restos humanos etruscos (estudios de J. Moggi-Cecchi, A. Coppa y C. Vernesi, entre otros, aparecidos en 1996), lo cierto es que no se ha hallado todavía una solución adecuada.

Tres han sido las teorías que se han emitido sobre dicho asunto, las cuales encierran parte de verdad y también puntos discutibles. Dado que los argumentos esgrimidos en pro y en contra son de alta erudición y por lo general farragosos, más propios de expertos arqueólogos y filólogos que de lectores o amantes de la Historia en general, aquí vamos a limitarnos simplemente a enumerar las teorías existentes y a consignar algunos de los argumentos que las respaldan.

En cualquier caso, diferentes obras de P. Ducati, L. Pareti, F. Schachermeyer, F. Altheim y M. Pallottino se centran en la historia de esta *cuestión etrusca.*

Teoría oriental

Prescindiendo de la primera cita de los etruscos en la literatura griega, que los consideraba de origen extraitálico (Hesíodo, *Teogonía*, 1010), la teoría que propugna la procedencia oriental de los etruscos ha sido la más divulgada y la que ha contado con mayor aceptación entre los estudiosos. Planteada científicamente por E. Brizio en 1885, a ella se han adherido importantes estudiosos, entre ellos, P. Ducati, G. Patroni, R. Bloch, A. Grenier, P. L. Zambotti, A. Dussaud, L. R. Palmer, A. Piganiol, J. Bérard, H. Hencken y J. B. Ward-Perkins.

El dato más preciso para aceptarla lo transmitió Heródoto, historiador griego del siglo V a.C., al narrarnos la emigración de los lidios *(Hist.*, I, 94). Según tal autor, los lidios, a causa de una gran carestía, hubieron de partir por vía marítima, en el siglo XIII a.C., hacia las costas occidentales de Italia, buscando una nueva patria, al mando de Tirreno (de quien tomarían su nombre), hijo del rey Atys de Lidia.

He aquí las propias palabras del citado historiador:

> En el reinado de Atys, hijo de Manes, se experimentó en toda Lidia una gran carestía, que soportaron durante algún tiempo con mucho esfuerzo; pero, viendo que no cesaba la calamidad, buscaron remedios y descubrieron varios entretenimientos: entonces se inventaron los dados, las tabas, la pelota y todos los otros juegos menos el ajedrez, pues la invención de este último no se la apropian los lidios. Como estos juegos los inventaron para entretener el hambre, pasaban un día entero jugando, a fin de no pensar en comer, y al día siguiente se alimentaban, viviendo de esta manera hasta dieciocho años. Pero, como el mal no cedía, sino que se agravaba más y más, el rey determinó dividir en dos partes a todo el pueblo y echar suertes para sa-

> ber cuál de ellas se quedaría en el país y cuál saldría fuera. Él mismo se puso al frente de los que se quedaban y nombró jefe de los que debían emigrar a su hijo, que llevaba el nombre de Tirreno. Estos últimos bajaron a Esmirna, construyeron allí sus naves y embarcando en ellas sus alhajas y muebles transportables, navegaron en busca de sustento y morada, hasta que pasando por varios países llegaron al de los umbros, donde fundaron sus ciudades en las cuales habitaron después. Allí los lidios abandonaron su antiguo nombre y tomaron otro derivado del que tenía su conductor, llamándose en consecuencia tirrenos.

Otro autor, Helánico de Lesbos, contemporáneo de Heródoto, sostuvo también esta tradición en su obra *Phoronis,* aun cuando identificó a los tirrenos —esto es, a los etruscos— con los misteriosos pelasgos (una antigua población desplazada por las migraciones griegas a través del mar Egeo) como un solo pueblo.

He aquí el párrafo de Helánico en versión de Dionisio de Halicarnaso *(Ant. rom.,* I, 28):

> Helánico de Lesbos dice que los tirrenos, llamados antes pelasgos, recibieron el nombre que ahora tienen después de asentarse en Italia. En la «Forónide», sus palabras son las siguientes: de Pelasgo, su rey, y de Menipa, la hija de Peneo, nació FRástor; de éste, Amíntor. Hijo de Amíntor fue Teutámides y de este último nació Nanas. Durante su reinado los pelasgos fueron expulsados de su país por los griegos y habiendo dejado sus barcos en el río Espines en el golfo Jónico, tomaron Crotona, una ciudad del interior; a partir de allí, colonizaron el territorio llamado ahora Tirrenia.

El historiador griego Antíclides, que vivió a mitad del siglo IV a.C., de quien han llegado algunos fragmentos de sus obras, habla de una inmigración del príncipe Tirreno con los pelasgos, quienes, tras haber colonizado las islas egeas de Lemnos e Imbros, habían pasado con tal príncipe lidio a Italia.

Estrabón (V, 2), recogiendo las palabras del precitado Antíclides, dice al respecto: «Antíclides asegura que [los pelasgos] fundaron los primeros establecimientos de Lemnos e Imbros y que incluso algunos de ellos habían participado junto a Tirseno, hijo de Atys, en la expedición a Italia».

La mayoría de los autores clásicos no dudaron en aceptar el origen asiático de los etruscos. De los que se sumaron a tal hipótesis, tan sólo recogemos aquí, entre los griegos, a Diodoro de Sicilia, Timeo, Licofrón, Apiano, Estrabón y Plutarco. Es interesante destacar que Licofrón, autor alejandrino del siglo III a.C., en su poema erudito *Alexandra* (vv. 1245-1249) aludía a la leyenda de los hijos de Telefo, Tarchon y Tyrrhenos, encontrados por Eneas en suelo itálico. Y entre los latinos, a los poetas Catulo, Virgilio, Horacio, Ovidio, Silio Itálico y Estacio, sin olvidar a los prosistas Cicerón, Trogo Pompeyo, Veleyo Patérculo, Séneca —cuya afirmación genérica de *Tuscos Asia sibi vindicat* resumía el origen oriental de los etruscos—, Plinio el Viejo y Tácito. Tito Livio (V, 33) admitía implícitamente la llegada de los etruscos al mar Tirreno.

La *teoría oriental,* que ha tenido y sigue teniendo muchos seguidores, cuenta a su favor con numerosos argumentos, algunos muy sólidos: coincidencia de la historiografía en hacer a los etruscos de origen lidio, presencia ininterrumpida de la «cultura orientalizante» en Etruria a partir del siglo VIII a.C., caracterizada, entre otros aspectos, por la práctica de la inhumación de los cadáveres, costumbre durante mucho tiempo seguida por algunos pueblos de Oriente, frente a la tradicional forma de in-

cineración de los villanovianos; y por determinadas formas de vida cotidiana y religiosas muy comunes en el Antiguo Oriente (vestidos, tipo de calzado, revelación sagrada, prácticas advinatorias, aruspicina, demonología).

Asimismo, las concordancias lingüísticas entre el etrusco y la lengua de una estela funeraria localizada en 1885 en Kaminia, una localidad de la isla de Lemnos, sería una prueba irrefutable del origen oriental de los etruscos, al igual que las relaciones onomásticas entre el etrusco y algunas lenguas egeo-anatólicas; finalmente, la posible equivalencia entre los tirrenos y los tursha *(trs.w)* de las fuentes egipcias, uno de los «Pueblos del Mar» que intentaron penetrar en Egipto en el siglo XIII a.C. en tiempos de los faraones Merneptah y Ramsés III, era otro dato concluyente por coincidir cronología y movimientos migratorios.

Como contrapartida, los que no aceptan tal teoría (M. B. Sakellariou, G. M. Hanfmann) señalan que la historiografía y los autores clásicos no siempre utilizaron datos contrastados y que la «cultura orientalizante» no fue exclusiva de Italia, sino de todo el Mediterráneo. Además, la identificación de los *tyrsenoi* con los *trs.w* de las fuentes egipcias —anotados también con otras variantes jeroglíficas— es altamente dudosa por propias razones filológicas. Quizá el único argumento de peso sea la inscripción de Lemnos, pero la misma todavía presenta muchos problemas de interpretación; tampoco es descartable la posibilidad de que tal texto fuese resultado de contactos prehistóricos, de los que quedarían vestigios lingüísticos en la citada inscripción. Para R. Bloch, la misma demostraría «las huellas de una escala, de un paso de los tirrenos procedentes de Anatolia, poco más o menos en el momento de su partida para las costas occidentales de Italia».

Por su parte, H. Müller-Karpe, aunque en 1959 no afrontó la cuestión de los orígenes etruscos en su monografía sobre la cronología de los campos de urnas, confirmó de manera explícita que si no hubiese existido la narración de Heródoto ni las demás tradiciones sobre la proveniencia oriental de los etruscos, absolutamente ningún indicio de cambio étnico se podría sospechar en la secuencia cultural de la necrópolis de Tarquinia.

Teoría del origen nórdico

A partir de la crítica que en el siglo XVIII se levantó contra Heródoto, considerado entonces como un historiador no verídico ni fiable, y sobre todo de la aceptación de un pasaje de Tito Livio en su *Ab Urbe condita* (V, 33) sobre el supuesto parentesco étnico entre los *rasenna* —nombre que los etruscos se daban a sí mismos, según Dionisio de Halicarnaso— y los *raeti* alpinos, se aceptó por parte de un reducido número de estudiosos, siguiendo la teoría del francés Nicolas Fréret *(Recherches sur l'origine et l'ancienne histoire des differents peuples de l'Italie,* 1753), el origen nórdico de los etruscos.

Fréret, fiándose en el parecido fonético de los vocablos *rasenna* y *raeti,* no dudó en pensar que este último, que designaba a un pueblo de raza céltica, identificaba a los etruscos. Según su hipótesis, los *raeti,* un conjunto humano de feroces alpinos, habrían atravesado los Alpes para descender sobre los valles del Mincio y del Adigio en la llanura padana y luego, a través de los Apeninos, habrían adquirido gloria y poder después de haberse asentado entre el Arno y el Tíber, bajo el nombre ya de *etruscos (rasenna).*

A dicho autor francés le siguieron diferentes sabios, entre ellos, el italiano L. Lanzi (1789), y los alemanes Ch. Heyne (1792-1812), B. G. Niebhur (1811), Th. Momm-

sen (1856) y W. Helbig (1884). Asimismo, a esta teoría se adhirieron G. De Sanctis y L. Pareti.

El pasaje de Tito Livio, muy célebre desde entonces, dice lo siguiente: «Sin duda alguna, todas las poblaciones alpinas han tenido el mismo origen [que los etruscos], principalmente los retes, a quienes la aspereza de aquellos parajes los hizo rudos, hasta el punto de que no han conservado de su antigua patria más que el acento de su lengua y éste muy corrompido.»

Esta *teoría del origen nórdico,* además de la artificiosa relación filológica entre los dos vocablos antes citados, se vio reforzada por la hipótesis del célebre paletnólogo L. Pigorini (1842-1925) —llamada por los expertos «reconstrucción prehistórica pigoriniana»—, la cual descansaba en el supuesto carácter septentrional de los incineradores de la cultura de las *terramare,* de la cual derivó sin solución de continuidad la cultura *villanoviana,* y a su vez la *etrusca.*

Tal reconstrucción aceptaba que en el segundo milenio precristiano habrían llegado a Italia a través de los Alpes los *ítalos* y los *raeti (rasenna),* conjuntos de pueblos que habrían dado la especial configuración a la Italia prerromana.

De hecho, sí que existió algún parentesco entre los *raeti* y los *etruscos,* pero tal parentesco no se detecta de ningún modo en la época de los orígenes, sino que se había debido, como ya apuntaron Tito Livio y Plinio el Viejo, a que los primeros habían sido colonizados por los etruscos, cuando algunos de éstos, habitantes en el valle del Po, hubieron de refugiarse en los Alpes, huyendo del ataque de los celtas a finales del siglo V a.C.

También en el terreno lingüístico se argumentó que los etruscos habían pertenecido al grupo denominado reto-tirrénico (P. Kretschmer) o reto-pelásgico, extendido desde la zona de los Balcanes-Danubio hasta Grecia e Italia. A pesar de querer demostrar el parecido de algunas inscripciones, localizadas en Trentino y el Alto Adigio, con el etrusco, inscripciones casi todas ellas que han de fecharse en el siglo II a.C., a lo más que se ha podido llegar ha sido a establecer un parecido etruscoide en cuanto a lexicología, pero no en la onomástica, claramente celta en estas inscripciones.

En contra de la *teoría del origen nórdico* se ha argumentado que hechos arqueológicos —la incineración— no deben traducirse en términos de pueblo o de lengua, pues la difusión de tal tipo de exequias funerarias y de los consiguientes campos de urnas pudo haberse adoptado por grupos tanto indoeuropeos como no indoeuropeos. De hecho, diferentes culturas, ya itálicas, ya mediterráneas, tuvieron estrechas relaciones con la Europa central. También extraña que *ítalos* y etruscos penetrasen juntos en Italia y que los primeros introdujeran lenguas indoeuropeas, y los segundos hablasen una lengua distinta.

Teoría de la autoctonía

A pesar de la práctica unanimidad de los autores clásicos en hacer a los etruscos originarios del Egeo, Dionisio de Halicarnaso (I, 28-30), como excepción, tras argumentar contra la tesis tradicional, sostuvo la autoctonía de los etruscos —los *rasenna*—, basándose en las diferencias de costumbres y de lengua existentes entre aquéllos y los pelasgos y lidios y en que un determinado historiador, de gran competencia, llamado Janto de Lidia, que había vivido a finales del siglo V a.C., no había recogido en su obra nin-

guna emigración, suceso que si se hubiera producido debería haber quedado recogido, dada la importancia, sin duda, de la misma, en las fuentes históricas.

He aquí uno de los pasajes (I, 28) de Dionisio de Halicarnaso sobre tal asunto:

> Yo sé que también muchos otros historiadores han tratado este tema del origen de los tirrenos, unos en los mismos términos y otros, cambiando el tipo de colonización y época. Algunos dijeron que Tirreno era hijo de Heracles y de Onfale, la lidia; y que, en cuanto llegó a Italia, expulsó a los pelasgos de sus ciudades, pero no de todas, sino de las que estaban al otro lado del Tíber, en la parte norte. En cambio, otros explican que Tirreno era hijo de Télefo y que vino a Italia después de la toma de Troya. Pero Janto el lidio, experto en historia antigua como ningún otro, considerado como una autoridad sin competencia en la historia de su país, no nombra a Tirreno en ninguna parte de su historia como jefe de los lidios, ni sabe de ninguna colonia de menonios que haya llegado a Italia, y no hace ninguna mención de Tirrenia como fundación de los lidios, aunque presta atención a otras cosas más insignificantes.

En otro de sus pasajes, después de haber analizado teorías de otros historiadores y de subrayar que pelasgos y tierrenos eran pueblos diferentes, dice (I, 30): «Es posible que los que más se acerquen a la verdad sean los que declaran que este pueblo no vino de ningún sitio, sino que es autóctono, puesto que se nos revela como muy antiguo y no coincide ni en la lengua ni en la forma de vida con ningún otro pueblo.»

Esta teoría, que no puede enfrentarse a algunas objeciones arqueológicas y culturales, fue retomada por E. Meyer y aceptada por algunos autores modernos. Entre éstos los hay con posiciones moderadas (F. Altheim), radicales (A. Trombetti, F. Ribezzo, G. Devoto, U. Antonielli), y razonadas (C. F. C. Hawkes), las cuales descansan en elaboradas interpretaciones arqueológicas y lingüísticas.

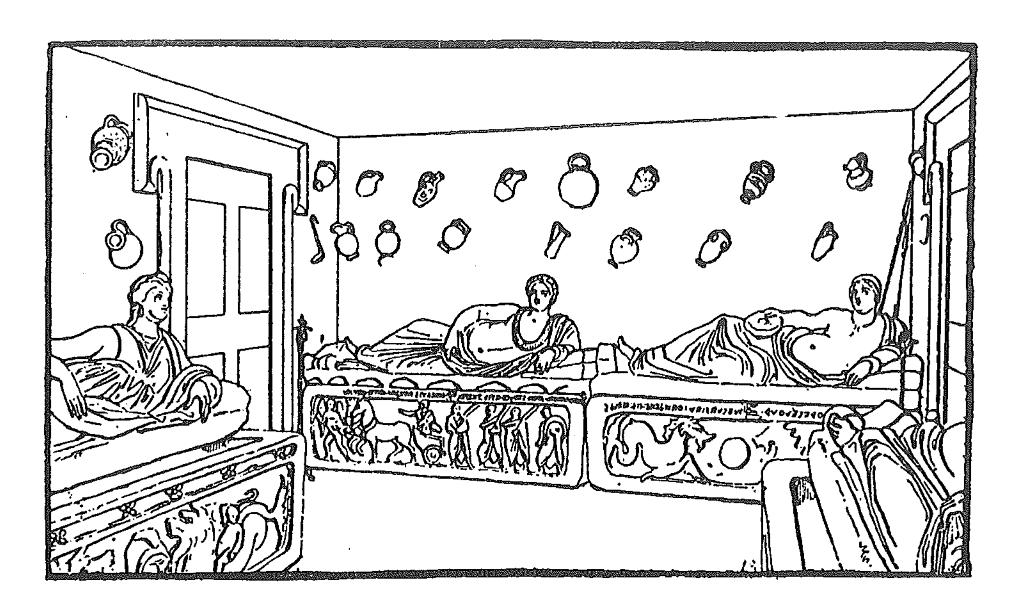
Según tales autores, podría decirse, desde el punto de vista arqueológico, que a los inhumadores eneolíticos se les habrían superpuesto los protoitálicos incineradores *(villanovianos),* quienes, gracias a los influjos orientalizantes, habrían originado la cultura etrusca que seguiría practicando la inhumación. En tal caso, dicha cultura se habría debido a gentes políticamente ya constituidas y étnicamente definidas. Desde el punto de vista lingüístico (A. Trombetti), el pueblo etrusco sería el residuo de un antiguo sustrato preitálico (estrato tirrénico), afín a las lenguas egeo-anatólicas. Por lo tanto, los etruscos habrían sido una especie de isla étnico-lingüística, arrinconada hacia el oeste a causa de los invasores itálicos, pero que habría podido hacer frente a la lengua indoeuropea y a los pueblos que la hablaban.

Esta teoría no tiene en cuenta para nada la serie de influencias europeas y orientales presentes en la cultura etrusca, que no pueden ser negadas.

Como ha señalado J. Martínez-Pinna al comentar la teoría de la autoctonía, «la nación etrusca hubo de nacer finalmente al reafirmarse los elementos originarios —entiéndase como tales el estrato lingüístico preindouropeo y el estrato itálico inhumante— bajo los impulsos culturales procedentes de Oriente».

Enfoques modernos sobre el origen de los etruscos

Las tres teorías expuestas manejan los datos de la tradición, de la arqueología y de la lingüística de modo parcial, de acuerdo con sus postulados e intereses —incluso de tipo político ya en la Antigüedad—, por lo que todas ellas dejan mucho por explicar.



Interior de una tumba etrusca.

Con el fin de buscar soluciones al insoluble problema de la *cuestión etrusca* no han faltado autores (H. Mühlestein) que han llegado a mantener posturas eclécticas, argumentando un doble origen de procedencia. Habría habido una primera oleada etrusca proveniente del centro y del norte de Europa, a través de los Alpes o del Adriático, y otra posterior, por mar, desde el Asia Menor.

Excepto esta moderna teoría, totalmente artificial y forzada, las tres que se han expuesto, combinando de modo adecuado los datos conocidos, pueden ser aceptadas, pues contienen elementos válidos históricamente, pero todas ellas encierran también serios inconvenientes, así como elementos de difícil comprobación científica, por lo que su manejo con tal metodología, planteada en los tres casos desde presupuestos de «procedencia» o, si se quiere, de «invasión», las hace inoperantes.

De acuerdo con M. Pallottino, la «base metodológica de la discusión debe establecerse delimitando el concepto de *lo etrusco* a una realidad histórica susceptible de control, que es la de una nación que floreció en Etruria entre los siglos VIII y I a.C. con lengua y costumbres propias». Y, para ese concepto, el enfoque metodológico más apropiado no es el de determinar el origen geográfico de los etruscos sino el de la *formación* de lo etrusco. Dicha *formación,* desarrollada lentamente, originó una cultura, un *éthnos,* una estructura socioeconómica articulada en Etruria, entre la Edad del Bronce y la plena Edad del Hierro, que abocaría en *lo etrusco.*

Bajo este nuevo enfoque, original y lógico, no debe olvidarse que se halla latente la teoría de la autoctonía itálica del pueblo etrusco, aunque sea en un sentido relativo. Sin embargo, el propio M. Pallottino reconoció, en diferentes ocasiones, que su punto de vista sobre los orígenes etruscos no debía ser confundido con la tesis de la autoctonía. No se debía identificar de modo automático a los etruscos con las poblaciones indígenas preindoeuropeas en Italia.

En cualquier caso, tal enfoque es aceptado hoy por la mayoría de etruscólogos. Para M. Torelli, que desmonta buena parte de los argumentos esgrimidos por los partidarios de las tres teorías, los hechos de que se dispone para tratar de averiguar el origen de los etruscos son «bastante escasos». Tal estudioso argumenta que la «llegada de los etruscos, si es que alguna vez se produjo, no será nunca un fenómeno que se refleje en la documentación con la que contamos, y en el fondo constituye un hecho históricamente marginal. Los conceptos antiguo y moderno de migración e invasión deben, pues, replantearse en unos términos más ceñidos a la realidad histórica. No es correcto hablar de "llegada" de los etruscos, por cuanto éstos, como pueblo, son producto de una serie de peripecias históricas acontecidas en la propia península italiana».

Recientemente, J. Magness *(Etruscan Studies,* 8, Boston, 2003) ha retomado el problema del origen de los etruscos, subrayando una vez más, con sólidos argumentos, los numerosos rasgos culturales, religiosos, técnicos y materiales que del Próximo Oriente pueden hallarse en la civilización etrusca. Civilización que aceptó en su componente sociológico un elemento étnico próximo-oriental (¿los artesanos emigrantes ocasionales?), haciendo así de ella una sociedad fluida y compleja y no un pueblo autóctono que se había limitado a tomar prestadas sin más influencias externas a través de bienes de consumo.

Capítulo III

Desarrollo histórico de Etruria

En el desarrollo histórico de Etruria, potencia que nunca, por sus particularismos locales, llegó a formar un Estado unitario, se pueden advertir cuatro grandes períodos precedidos por la civilización villanoviana (900-770 a.C.) y que finalizaron con la conquista romana.

Debe señalarse, de entrada, que la falta de fuentes históricas etruscas y la parquedad y tergiversación de las noticias facilitadas por los autores clásicos impiden, hoy por hoy, efectuar una reconstrucción de los singulares hechos político-militares llevados a cabo por cada una de las ciudades etruscas que, organizadas en ciudades-Estado, a manera de las *póleis* griegas, dieron comienzo a la historia de Italia.

Son los restos arqueológicos y algunos indicios de la tradición literaria grecorromana los únicos elementos que permiten delinear las etapas de florecimiento y decadencia de algunas de sus ciudades, todo ello muy pobre si se compara con lo que se sabe de la historia de Grecia y de Roma.

De acuerdo con el estado actual de conocimientos, los períodos históricos de Etruria pueden enumerarse como sigue: 1) *Período orientalizante,* que abarcó, en sus dos fases, del 770 al 535 a.C., fecha esta última de la batalla naval de Alalia; 2) *Período arcaico,* del 535 al 474 a.C., año en que los etruscos, como consecuencia de la derrota sufrida en Cumas, perdieron el control del mar Tirreno; 3) *período de crisis* —para algunos etruscólogos, *facies clásica*—, encuadrado entre el 474 y el 311 a.C., fecha en la que Roma conquistó la Etruria interior; y, finalmente, 4) *período de decadencia* —o *facies helenística*—, comprendido entre la última fecha citada y el año 265 a.C., momento de la destrucción de Volsinii por los romanos. A partir de aquel desastre, los etruscos pasaron a integrarse en la estructura política romana diluyendo con ellos su civilización.

El nacimiento de Etruria

Las actuales corrientes de investigación tienden a conectar el nacimiento de Etruria como pueblo con la civilización villanoviana, fenómeno cultural que se manifestó en las zonas agrícolas más fértiles y ricas en recursos metalíferos del centro de Italia (entre los ríos Arno y Tíber), así como en zonas de la actual Emilia (Bolonia) y proyecciones sobre la Campania (agro Falerno y agro Salernitano) y sobre la norteña llanura padana.

Que sepamos, no existen pruebas concluyentes de una emigración en masa a Etruria ni desde Oriente (vía marítima) ni desde el norte (vía terrestre, a través de los Alpes) en torno al final del segundo milenio precristiano. Sí se produjo una fractura cultural de gran alcance, susceptible de observarse, arqueológicamente, en las nuevas costumbres funerarias (práctica de la incineración), cuyas tumbas se caracterizan por el empleo de urnas bicónicas de *impasto* (área de Bolonia), por urnas en forma de cabaña (área del Lacio) y por ollas globulares (zona de Capua). También se evidencia en los progresos notables de la metalurgia y en los nuevos sistemas de vida articulados en torno a pequeños centros preurbanos, todo ello desarrollado entre los siglos XI y IX a.C. y coincidente con el comienzo del primer *saeculum* etrusco.

La homogeneidad cultural villanoviana, a partir del siglo IX a.C., comenzaría a disociarse y empezarían a aparecer variantes locales, auspiciadas por las primeras transformaciones sociales, basadas en las posibilidades económicas de las diferentes áreas y en los propios contextos étnico-culturales y políticos, abiertos a los cambios facilitados por los estímulos comerciales del exterior.

El núcleo de aquella compleja evolución debe buscarse en la Etruria meridional, cuyas necrópolis pronto evidenciarían la diferenciación social y económica de sus gentes. Nuevamente se produjo otra metamorfosis a finales del siglo VIII a.C., evidente en los ritos funerarios, al ser abandonada la práctica de la incineración y volver de nuevo a la inhumación. Ello coincidió con las primeras importaciones de vasos griegos y otros productos de fabricación oriental, fenicia y egipcia, que, junto a sus mercaderes, originarían el período orientalizante.

Tarquinia primero (la necrópolis villanoviana de Villa Bruschi Falgari ha permitido detectar los primeros signos de evolución y de jerarquización) y luego Caere emergieron como potencias etruscas, a las que pronto se sumarían Vulci y Veyes. Aumento demográfico, riqueza (agricultura, minerales), diferenciación social y económica (aristocracias arcaicas) y presencia de extranjeros (fundamentalmente griegos, deseosos de obtener metales etruscos) contribuirían al nacimiento de la Etruria histórica, cuyo mayor logro fue el transformar o crear enclaves urbanos, a modo de verdaderas *póleis* que se sentían pertenecientes a una misma *koiné*, pero cada una con su propio territorio y una organización de gobierno autónoma e independiente (M. Grant).

El período orientalizante (770-535 a.C.)

La zona costera italiana, entre la desembocadura de los ríos Arno y Tíber, fue una de las primeras áreas en recibir las nuevas corrientes orientalizantes que, traídas a ella por los griegos, no dudaron en aceptar, hecho que motivaría importantes consecuencias históricas, entre ellas, como se dijo, la creación del *nomen etruscum* y con ello la identidad de un nuevo pueblo histórico.

A partir del siglo VIII a.C., el territorio de Etruria, todavía sin connotación de «territorio nacional», iba a conocer un despegue demográfico muy considerable, así como unos primeros contactos con un elevado número de productos foráneos, venidos de la cuenca oriental mediterránea, exigidos y deseados por la aristocracia gentilicia etrusca, y que eran resultado de un movimiento comercial importante, proyectado hacia tierras itálicas, cuyos recursos naturales eran apetecidos por eubeos, sirios y fenicios.

Por consiguiente, objetos egipcios, asirios, urarteos, sirios, fenicios y chipriotas —pocos relativamente, pero de muy buena calidad— irían a servir, tras su utilización en la vida cotidiana, como ajuares funerarios de no pocas tumbas villanovianas. Lo mismo cabe decir de los productos cerámicos corintios, áticos y jónicos, que muy pronto también serían aceptados por las élites aristocráticas villanovianas, las cuales habían ido delimitando y potenciando numerosos enclaves urbanos, que ya funcionaban con anterioridad, y desde donde comenzaron a desarrollar políticas localistas.

Indudablemente, las citadas élites hubieron de agruparse en curias (de *co-viria* = «colectivo de hombres»), controladoras de las familias que hemos de suponer articuladas en diferentes responsabilidades dentro de sus estructuras (ancianos, guerreros, dirigentes religiosos, prestatarios de servicios). Prueba de ello son los restos de sendas cabañas, halladas en Tarquinia y en Verucchio (Etruria padana), que por sus dimensiones y material hallado hacen pensar en unas posibles sedes de una curia o, quizá, incluso, de unas *regiae.*

Las élites, reguladoras también de los excedentes agrícolas y los recursos mineros, al tiempo que acogían tales objetos también asumieron la ideología que los mismos comportaban, transformando así su manera de sentir y abriendo el espíritu a las nuevas corrientes. No menor fue el impacto que les causó la aceptación de la escritura, la asunción de la vida ya prácticamente urbana, aunque continuada en enclaves defensivos, y de los nuevos planteamientos militares, lejanos ya de los más que presumibles «duelos heroicos» de la etapa anterior.

Estructuración social

La vida urbana se había podido desarrollar gracias al profundo cambio operado en la arquitectura, la cual, desechando las formas caducas villanovianas (viviendas en cabañas), se había decantado por construcciones mucho más sólidas, con cimientos de piedra, paredes de adobes y coberturas de tejas. Incluso se llegaron a construir mansiones señoriales, catalogadas por los etruscólogos como verdaderos «palacios» *(regiae),* reflejo claro de la estructuración de la sociedad en clases.

De tales «palacios», los restos más significativos han aparecido en Murlo (en las cercanías de Siena) y en Acquarossa, no lejos de Viterbo. Aquellos lugares pronto se convirtieron en centros de dirección política, religiosa y económica, pasando sus ocupantes a ser verdaderos reyezuelos locales, a modo de los *basileis* griegos.

También surgieron entonces la escultura y la pintura como «géneros» artísticos monumentales, a expensas del influjo orientalizante (estatuas della Pietrera, de Vetulonia, pinturas de la tumba caeretana *degli Animali dipinti).*

Otro cambio fundamental del *período orientalizante* se produjo en el mundo funerario: las tumbas de fosa y de pozo serían sustituidas por las tumbas de cámara, en unos casos excavadas, en otros construidas, cubiertas con imponentes túmulos, quedando reservadas, por lo costoso de su construcción, a la aristocracia. Tumbas siempre repletas de material orientalizante, consistente sobre todo en cerámicas, collares, pectorales, fíbulas, escudos y espadas.

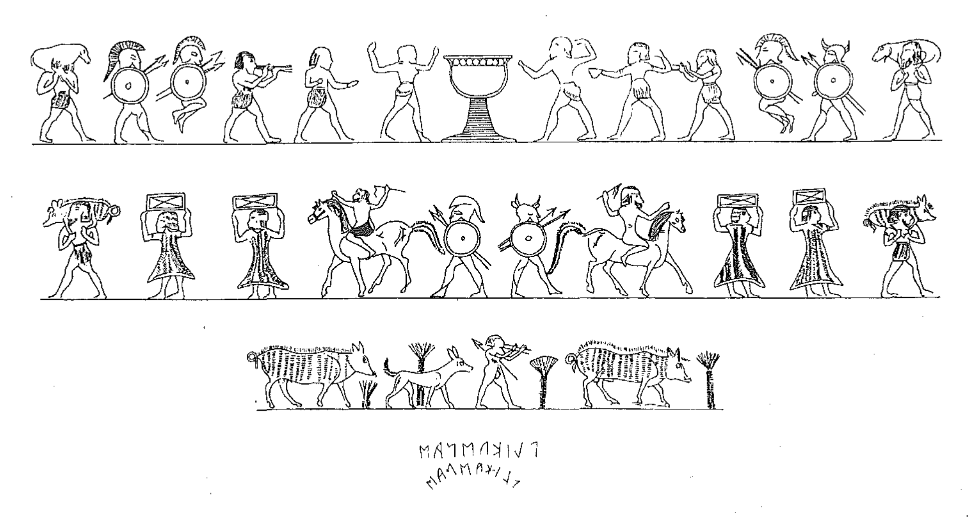
Aquellas dos nuevas creaciones materiales —los «palacios» y las tumbas de cámara— definían una clase superior, que descansaba en la *gens* y en su célula básica, la familia, según demuestra la más primitiva epigrafía.

Poco a poco, las estirpes aristocráticas irían controlando los núcleos urbanos villanovianos, creando en ellos estructuras políticas a modo de ciudades-Estado independientes *(póleis,* según se indicó), logrando también, al mismo tiempo, hacer dependientes suyos a los más desfavorecidos por la fortuna, que pasaron prácticamente a un estado de semiesclavitud. La diversificación del trabajo y el control de los artesanos extranjeros —en general de origen griego y también fenicio— y la posterior aculturación de los mismos definirían las ciudades de aquel período histórico.

Aquí podría incluirse la leyenda que recogió Plinio el Viejo *(Nat. Hist.,* XXXV, 16) acerca del corintio Demarato, noble mercader griego de la familia de los Baquíadas, quien, obligado a dejar su patria helénica por razones políticas, no dudó en establecerse en Tarquinia —lugar que conocía por contactos comerciales previos—, trayéndose consigo un grupo de artesanos *(plastae),* entre los que destacaron Éucheir, Diópos y Éugrammos, así como el pintor Ekfantos.

Se supone que los numerosos artesanos griegos y fenicios, arribados a las costas tirrénicas y a las ciudades del interior, lograrían imponer sus técnicas (uso de la arcilla figulina, torno rápido, técnica de la pintura vascular, tipologías de vasos) al tiempo que mejoraban las locales, no dando abasto en satisfacer las demandas de sus productos exigidos por la nobleza etrusca que, por otra parte, no había tenido inconveniente alguno en acogerlos, dado el prestigio que producía su posesión.

Diferentes objetos de marfil, platos y vasos de cerámica y de metal, decorados algunos con jeroglíficos ornamentales, son pruebas irrefutables. Junto a tales objetos tampoco faltaron sítulas de origen centroeuropeo, reflejo de los ininterrumpidos contactos con la tradición hallstáttica danubiana, y sítulas de procedencia fenicia (como un ejemplar de plata de Chiusi, con el nombre de *Plikaśnaś,* su propietario).



Frisos de la sítula de Plikaśnaś. Chiusi. (Tomado de F. Inghirami.)

En cualquier caso, lo orientalizante desplazó las estructuras protohistóricas villanovianas y fue elemento básico y definitivo en el nacimiento de lo que podríamos llamar *identidad etrusca,* que no llegó a cristalizar en verdadera «nación», dadas las diferencias regionales, pero que sí se supo dotar de una Confederación, si bien restringida, de ciudades-Estado y organizarse institucionalmente en monarquías locales, controladas por reyes *(lucumones).*

A partir del siglo VII a.C., los etruscos se extendieron prácticamente por toda Italia, sin apenas emplear aguerridas campañas militares, sino acudiendo a métodos coloniales —en una o varias fases—, llevando así a los nuevos territorios su superior civilización.

Fue la época de Arimnesto, rey tirreno, recordado por Pausanias (V, 12), y del mítico Tarconte, quien por encargo de Tirreno, no se sabe si su padre o su hermano, habría fundado las doce ciudades de Etruria, además de haber recibido la verdad revelada.

El período orientalizante finalizó con la batalla de Alalia (en torno al 540 a.C.), en la que las flotas etrusca y cartaginesa derrotaron a la de los focenses, según se sabe por Heródoto (I, 165-167), batalla que tuvo un profundo eco en todo el ámbito del Mediterráneo. La isla de Córcega, ocupada a continuación por los etruscos, conoció diferentes asentamientos, entre ellos, una nueva colonia de notable importancia. Diodoro de Sicilia (V, 13) la recuerda con el nombre de Nikaia (Nicea), quizá erigida en el lugar del asentamiento focense de Alalia.

La dinastía de los Tarquinios

Aunque la moderna historiografía no admite una fundación *etrusco ritu* de Roma, enclave asentado —como se sabe— en la región del Lacio Antiguo, es indudable que, ya, a finales del siglo VII a.C., contó con la presencia de etruscos, según ha demostrado algún material arqueológico (especialmente, un fragmento de inscripción etrusca incisa sobre un leoncito de marfil, y tres vasos de *bucchero* con sendas inscripciones, hallados en el Foro Boario, en el Capitolio y en el Palatino), así como la existencia de un antiquísimo barrio etrusco *(vicus Tuscus),* asentado en su perímetro urbano, entre el Palatino y el Velabro, presencia que contó con el respaldo de la tradición histórica (Varrón).

Incluso se admite —y con ello se acepta lo dicho por el gramático latino Servio— que Roma llegó a ser conquistada por los etruscos, los cuales lograron instaurar una dinastía propia, formada por tres reyes (Tarquinio Prisco, Servio Tulio y Tarquinio el Soberbio), dinastía que había sido capaz de desplazar a la primitiva monarquía latino-sabina.

Si bien la existencia de una monarquía primitiva romana ha sido puesta en duda por diferentes autores, no es menos cierto que otros la aceptan, dando a los mitos y leyendas —muy numerosas— sobre los orígenes de Roma el carácter de veracidad histórica, considerando totalmente fiable la ambientación en que fue ubicada (E. Peruzzi). En cualquier caso, tales mitos y leyendas se acomodaron siempre a la ideología romana, que una y otra vez deseó vincular su pasado al mundo griego y desetrusquizar su propia historia.

De acuerdo con los analistas romanos, el período regio en Roma se extendió cronológicamente desde el año 753 al 509 a.C. y estuvo gobernado por siete reyes: cuatro de origen latino-sabino (Rómulo, Numa Pompilio, Tulo Hostilio y Anco Marcio)

y tres de origen etrusco (Lucio Tarquinio Prisco, Servio Tulio y Lucio Tarquinio el Soberbio).

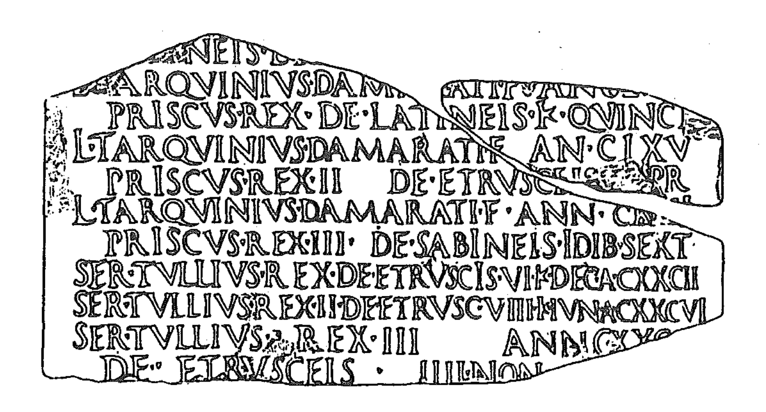
Lucio Tarquinio Prisco

Según los historiadores (sobre todo Tito Livio y Dionisio de Halicarnaso), se sabe que, en la época de Anco Marcio, un tal Lucumón, personaje originario de Tarquinia e hijo de un noble griego de Corinto, llamado Demarato —antes citado—, y de una mujer etrusca, se había establecido en Roma con su *gens,* animado por su esposa Tanaquil, al no ser bien visto en Tarquinia por ser hijo de un griego exiliado. Aunque se ignora cómo pudo ser aceptado en el patriciado de la ciudad del Tíber, asignándole curia y tribu, el hecho es que Lucumón adoptó el nombre latino de Lucio Tarquinio *(Tarchunies,* en etrusco) e incluso llegó a colaborar estrechamente con el rey Anco Marcio (640-617 a.C.), el cual no dudó en nombrarle tutor de sus hijos. A la muerte de este rey, el pueblo eligió a Tarquinio como sucesor —después llamado *Priscus* («Antiguo») para distinguirle de otro Tarquinio—, a quien su esposa, la dominante Tanaquil (por otro lado, creación de la leyenda romana), le había vaticinado que llegaría a ocupar el trono. Tal vaticinio descansaba en el conocimiento del arte de la avispicina, en el que era entendida tal mujer. He aquí el famoso episodio del águila, referido por Tito Livio (I, 34), en el que se basó Tanaquil para vaticinarle a su esposo su futuro éxito:

> Casualmente, al llegar al Janículo, un águila desciende planeando suavemente con las alas extendidas y le quita el gorro a Lucumón, que iba sentado en el carro junto a su esposa, y, revoloteando por encima del carro con agudos chillidos, lo vuelve a colocar como es debido en su cabeza, como si cumpliese una misión divina. Después se perdió en las alturas. Dicen que Tanaquil recibió el presagio con alegría, por ser mujer entendida en prodigios celestes, como lo son en general los etruscos. Abrazando a su marido, lo anima a concebir grandes y profundas empresas, basándose en el tipo de ave que ha venido, en la región del cielo y en el dios del que es mensajera, en que ha hecho el presagio sobre la parte más elevada del cuerpo, en que ha tomado en vilo el adorno de la cabeza de un hombre, para volvérselo a colocar por mandato divino.

El nuevo rey (616-579 a.C.), al que la tradición consideraría, sin embargo, un tirano, nombró cien nuevos senadores para así disminuir la influencia de la aristocracia de las *gentes,* reorganizó el ejército y algunos sacerdocios, instituyó los primeros Juegos romanos, introdujo las insignias del poder, tomadas del mundo etrusco, e inició numerosos trabajos en Roma, echando los fundamentos del Circo Máximo, del templo de Júpiter en el Capitolio y de la Cloaca Máxima, aparte de proceder al drenaje de amplias zonas insalubres. Implantó así con ello la magnificencia de las obras urbanas propias de la civilización etrusca.

Tarquinio pudo guerrear con total éxito contra los latinos, a quienes conquistó Apiolae y otros numerosos enclaves, entre ellos, Fidenes; contra los sabinos, a los que derrotó en diferentes combates, firmando con ellos una tregua de seis años; y contra los etruscos, sus paisanos, venciéndolos en varias ocasiones, la última en Eretum. Sin embargo, sería asesinado por unos pastores que actuaban por orden de los hijos del ya extinto rey latino-sabino Anco Marcio, representantes de la aristocracia patricia y resentidos por no haber heredado el trono.



Fragmento de las *Acta Capitolina Triumphalia,* que recuerdan a algunos monarcas etruscos. (Tomado de Degrassi.)

Servio Tulio

La viuda de Tarquinio Prisco, Tanaquil, que se había significado políticamente junto a su esposo, elevó al trono a Servio Tulio (578-535 a.C.), un personaje para algunos originario de Vulci —por lo tanto, etrusco—, y que había sido colaborador de Tarquinio. Presentado por la tradición como hijo de Spurio Tulio, un dirigente latino de Corniculum, y de Ocresia, que había sido hecha esclava y entregada al servicio de Tanaquil (de ahí su *praenomen* Servio por nacer de esclava y su *nomen* Tulio, por el de su padre), su actuación iba a ser fundamental en el desarrollo histórico de Roma.

La tradición le consideró un segundo fundador de la ciudad y le asignó una serie de reformas, entre ellas, la división de la ciudad y del *ager romanus,* al parecer con vistas a los impuestos, en varias tribus: cuatro urbanas (Sucusana, Palatina, Esquilina y Collina), quedando así parcelada la ciudad en cuatro partes (verdadera *Roma quadrata)* y deciséis rústicas, tribus estas llamadas con nombres tanto toponímicos como de *gentes:* Galeria, Cornelia, Aemilia, Claudia, Lemonia, Fabia.

Asimismo, publicó una Constitución *(Constitutio serviana)* en la cual dividía a la población de las tribus en cinco *classes* (aspecto económico) y 193 centurias (aspecto militar) (Tito Livio, I, 42). Esta división, de corte timocrático y determinante de las funciones militares y políticas de la población libre, tuvo su reflejo en las nuevas asambleas —los *comitia centuriata*—, en las cuales siempre llegaban a alzarse con el triunfo en las votaciones los componentes de las clases más ricas. Con tal Constitución las antiguas *gentes* habían dejado de ser el fundamento del Estado; ahora lo serían los *cives* o ciudadanos, divididos en tres compartimentos sociales: la *classis,* la *infra classem* y los *proletarii.*

Servio Tulio ensanchó Roma con el Quirinal y el Viminal y la protegió con fosos y un potente muro (muro serviano), cuyos restos, llegados a nuestros días, sólo en algunos puntos pueden ser de aquella época. Edificó, asimismo, sobre el Aventino, un templo a Diana, en donde centró el culto federal de la Liga latina, y reorganizó el Foro Boario y los numerosos cultos relacionados con tal enclave económico. A él también se le atribuye la iniciativa de la construcción de los templos de *Fortuna* y de

la *Mater Matuta,* localizados en los años 60 del pasado siglo cerca de la iglesia de Sant'Omobono. Al período de este rey pertenece uno de los más antiguos documentos epigráficos latinos, el *Lapis niger,* en el que se alude, en un contexto religioso, a la figura del *rex.* Servio Tulio acabó siendo asesinado por sus propios parientes (su hija Tulia la Mayor y su yerno Tarquinio), viéndose en tal hecho la reacción de la nobleza de sangre, esto es, de las antiguas *gentes* que no aceptaron sus reformas censitarias, basadas en la riqueza.

Corroborando lo afirmado en su día por el emperador romano Claudio, que fue estudioso del mundo etrusco, el rey Servio Tulio debe ser identificado con el Macstarna etrusco *(Macstrna),* que aparece en la *Tomba François* de Vulci, verdadero *condottiero* que había conquistado Roma con la colaboración de los príncipes de Vulci, llamados Celio y Aulo Vibenna (en etrusco, *Caile Vipinas* y *Avle Vipinas),* conocidos tanto en fuentes etruscas como latinas y que habían acudido en un principio, como mercenarios, a servir a Tarquinio Prisco.

He aquí parte de lo dicho por el citado emperador Claudio en su discurso al senado romano, del año 48, tendente a otorgar el *ius honorum* a los nobles galos de la *Gallia Comata,* recogido *in extenso* en la denominada *Tabla claudiana de Lyon* (CIL, XIII, 1668; H. Dessau, ILS, 212), descubierta en el siglo XVI en tal localidad francesa.

> Si seguimos los [escritos] etruscos, Servio Tulio fue el camarada más leal, en otro tiempo, de Celio Vibenna y el compañero de todas sus desgracias. Después de haber sido sacudido por la variable Fortuna, salió de Etruria con todo el resto del ejército de Celio, y vino a ocupar el monte Celio, al que dio ese nombre como tributo y recuerdo a su jefe Celio. Después, habiendo cambiado de nombre (porque en etrusco se llamaba Mastarna), fue nombrado de la manera que he dicho, y heredó el reino para el máximo bien del Estado.

Por otra parte, lo reflejado en imágenes en la aludida *Tomba François* fue ignorado por la historiografía oficial romana. Según estas pinturas, tras la victoria sobre un Tarquinio y sus aliados etruscos, los hermanos Vibenna y Macstarna —éste identificado tradicionalmente con Servio Tulio— se apoderaron de Roma.

De hecho, los episodios figurados pictóricamente en la precitada tumba, y que no coinciden con las fuentes históricas, han sido interpretados de varias maneras.

Para Arnobio, escritor y teólogo latino de finales del siglo III, Servio Tulio/Macstarna hubo de ser un esclavo de Celio Vibenna, opinión que puede aceptarse a la vista del análisis lingüístico que M. Pallottino efectuó a propósito del nombre Macstarna. Según tal etruscólogo, Macstarna es un vocablo conectado con el término latino *magister* («señor», «conductor», «maestro»). Sin embargo, en este caso no debe entenderse en el sentido absoluto de «señor a esclavo», sino en un contexto de carácter militar (como puede deducirse de la expresión *magister equitum,* por ejemplo). Si al mismo, una vez etrusquizado, se le añade el sufijo etrusco *-na,* adquiere un sentido de dependencia. Macstarna no es, pues, el equivalente de *magister* sin más («jefe»), sino que equivale a «aquel que depende del *magister*». Por ello, puede concluirse que Macstarna no fue el jefe de ninguna tropa, al menos al comienzo de sus hechos, según D. Briquel. Su nombre indica una situación de subordinado respecto a Celio Vibenna, identificado como el *magister.* Es decir, Servio Tulio fue un *sodalis* («compañero», «camarada») de este último y no un «jefe», como acertadamente señaló el emperador Claudio en su discurso antes aludido.

En cualquier caso, es muy difícil determinar cómo Servio Tulio/Macstarna, ligado a los Vibenna, pudo convertirse, de simple compañero de armas de un *condottiero* vulcense, en rey de Roma.

Lucio Tarquinio el Soberbio

Un hijo —o nieto— de Tarquinio Prisco, y yerno a su vez de Servio Tulio, llamado Lucio Tarquinio, y apodado tardíamente *Superbus* («el Soberbio»), ocupó a continuación el trono de Roma (534-509 a.C.) después de asesinar a su suegro. Su gobierno se caracterizó por una total tiranía y crueldad, al decir de la tradición. Su poder descansó en la fuerza, despreció y diezmó al senado para rebajar su influencia y renovó el tratado con los latinos, una vez eliminado Turno Herdonio de Ardea, peligroso rival. Asimismo, guerreó contra los volscos, a los que arrebató Suessa Pometia y Gabii, y creó manípulos mixtos romanos y latinos. Su actividad constructora (obligó a la plebe a trabajos forzados) le hizo reactivar las obras iniciadas por su padre, sobre todo la construcción del monumental templo de Júpiter Capitolino (62 × 53 m, cuyos restos se hallan hoy englobados bajo los palacios Caffarelli y de los Conservadores) y la finalización de la Cloaca Máxima o alcantarilla colectora de las aguas del Foro de Roma (aunque se ha probado que no fue abovedada antes del siglo II). También reorganizó el culto, al que asoció a diferentes pueblos albanos y latinos, hasta un total de 47, y cuyos representantes se reunían anualmente para el sacrificio debido a Júpiter, dios que, desde su templo, decorado por los mejores artistas etruscos, era dueño absoluto del mundo itálico. Asimismo, introdujo en Roma los *Libros Sibilinos* (daban a conocer el porvenir), que fueron depositados en el precitado templo de Júpiter bajo la custodia de dos específicos sacerdotes.

Tarquinio el Soberbio fue destronado en el transcurso de una conjura palaciega, motivada por la violación de la aristócrata romana Lucrecia por parte de Sexto, el hijo de Tarquinio, conjura dirigida por algunos cabecillas de las *gentes* (Publio Valerio, Tarquinio Colatino y Junio Bruto, entre otros), los cuales aprovechando su ausencia de Roma —Tarquinio se hallaba asediando Ardea— instauraron la República. Aunque Tarquinio regresó de inmediato a Roma, no pudo hacer frente a la situación, optó por exiliarse a Caere (según una tradición) o a Tusculum (Tito Livio, II, 15) y luego, en el 496 a.C., a Cumas, en donde fue acogido por el tirano Aristodemo.

Porsenna, rey de Clusium

De hecho, en aquel derrocamiento y en el subsiguiente cambio político que se produjo desempeñó un importante papel otro rey etrusco, titular de la ciudad de Clusium, llamado Lars Porsenna. La tradición lo consideró rey de tal ciudad, de la que sería simplemente un jefe aristocrático que basaría su poder en su ejército privado. Plinio el Viejo *(Nat. Hist.,* II, 140) señala que había salvado a la ciudad de Volsinii al evocar un rayo en contra del monstruo Volta, que sembraba el terror en la región. Este personaje, deseando conquistar el Lacio, se apoderó de Roma, tal vez aprovechando la inestabilidad política existente en los últimos momentos del reinado de Tarquinio el Soberbio. De acuerdo con la versión de Tácito *(Hist.,* III, 72) y de Plinio

el Viejo (*Nat. Hist.*, XXXIV, 139), fue Porsenna quien expulsó a los Tarquinios y el que favoreció la creación de la República.

En cambio, el historiador romano Tito Livio (II, 9) relata aquella conquista de modo muy diferente. Según tal autor, habrían sido los partidarios de Tarquinio quienes habrían pedido ayuda a Porsenna para restablecer en el trono a Tarquinio el Soberbio.

La realidad es que Porsenna no hizo lo más mínimo por ayudar a Tarquinio, quien ya jamás volvería a Roma, pues hubo de exiliarse, como se ha dicho, primero a Caere o Tusculum y luego a Cumas, ciudad que le acogió y en la que acabó sus días (Dionisio de Halicarnaso, VII, 2 y 12).

Porsenna, dueño de Roma (507 a.C.), tras las gestas heroicas de Horacio Cocles, C. Mucio Cordo «Escévola» y Clelia, impuso a sus ciudadanos, según unos, duras condiciones; según otros, les habría concedido la libertad (Tito Livio, II, 13, habla incluso de una estatua que se le dedicó cerca del Senado). Sea lo que fuere, luego intentó extender su poderío no sólo por el Lacio, territorio que quería la independencia, sino también por Campania. Los latinos, ayudados por Aristodemo de Cumas, lograron derrotar a una coalición de etruscos, umbros y daunios ante las propias murallas de Cumas (*Crónica cumana* recogida por Dionisio de Halicarnaso) y poco después con el auxilio de los volscos al propio hijo de Porsenna, Arrunte (*Arruns*), en la batalla de Aricia, en el 504 a.C., en donde se le dio muerte. Con ello se liberaba a Roma del control etrusco y Porsenna se veía obligado a retirarse a Etruria. Moriría tal vez en Chiusi, lugar en el que, según Varrón, se le construyó una magnífica tumba, dispuesta en su interior a modo de laberinto; por el exterior, las cuatro pirámides de sus dos pisos estaban coronadas con una gran pirámide central.

«*Post reges exactos*»

A continuación, y después de la expulsión de los reyes (*post reges exactos*), los *comitia centuriata* romanos eligieron a dos cónsules: Bruto y Colatino (Tito Livio, I, 6) o Bruto y Horacio (Tito Livio, VII, 3). Se abría paso una nueva forma política de gobierno, pero la expulsión de la dinastía etrusca no supuso la de los etruscos, cuya presencia continuó —y muy activa— en Roma.

El año de expulsión de la realeza, catalogado de *annus mirabilis* y fijado tradicionalmente en el 509 a.C., es susceptible de ser datado en otra fecha, si se atiende a testimonios arqueológicos y a determinados documentos. Para A. Alföldi, lo sería en el 504 a.C., coincidiendo con la derrota de Arrunte en Aricia. E. Gjestard aún rebaja más la fecha, al fijarla en el 475, también antes de Cristo.

La «Roma etrusca»

Aunque el Lacio, en un principio, quedó relegado y en condiciones de inferioridad respecto a Etruria, las influencias tardovillanovianas y etruscas sobre tal región fueron muy notables, hasta el punto de no escapar las mismas a la tradición literaria, la cual se preocupó de recordar los contactos del rey de Alba Longa, llamado Amulio, con el rey de Veyes, Vel Vipel, también las relaciones conflictivas entre Veyes y Roma y la estancia de broncistas etruscos, llamados a Roma, en época del rey Numa.

La presencia de signos de riqueza y de poder (carros, escudos, vajilla funeraria) en tumbas laciales del siglo VIII a.C. habla de la ideología orientalizante que también Roma asumiría. Asimismo, inscripciones etruscas —se han localizado muy pocas—, junto a latinas y griegas, halladas en la capital del Lacio, demuestran la influencia que Etruria ejerció sobre ella o, si se quiere, constatan la presencia de gente etruscófona en su ámbito urbano, y cuya máxima realidad sería la serie de monarcas etruscos instalados en Roma, gracias a los cuales la ciudad iría a conocer un gran desarrollo.

En cualquier caso, la historia de la Roma arcaica y la de las principales ciudades etruscas (Tarquinia, Caere, Vulci, Clusium) hubo de desarrollarse de modo paralelo con influencias recíprocas, durante los siglos VII y VI a.C., años en los cuales los centros urbanos etruscos vivían su momento económico más floreciente, uno de cuyos índices de prosperidad podría verse reflejado en la cantidad y calidad de vasos áticos de figuras negras importados (J. Beazley).

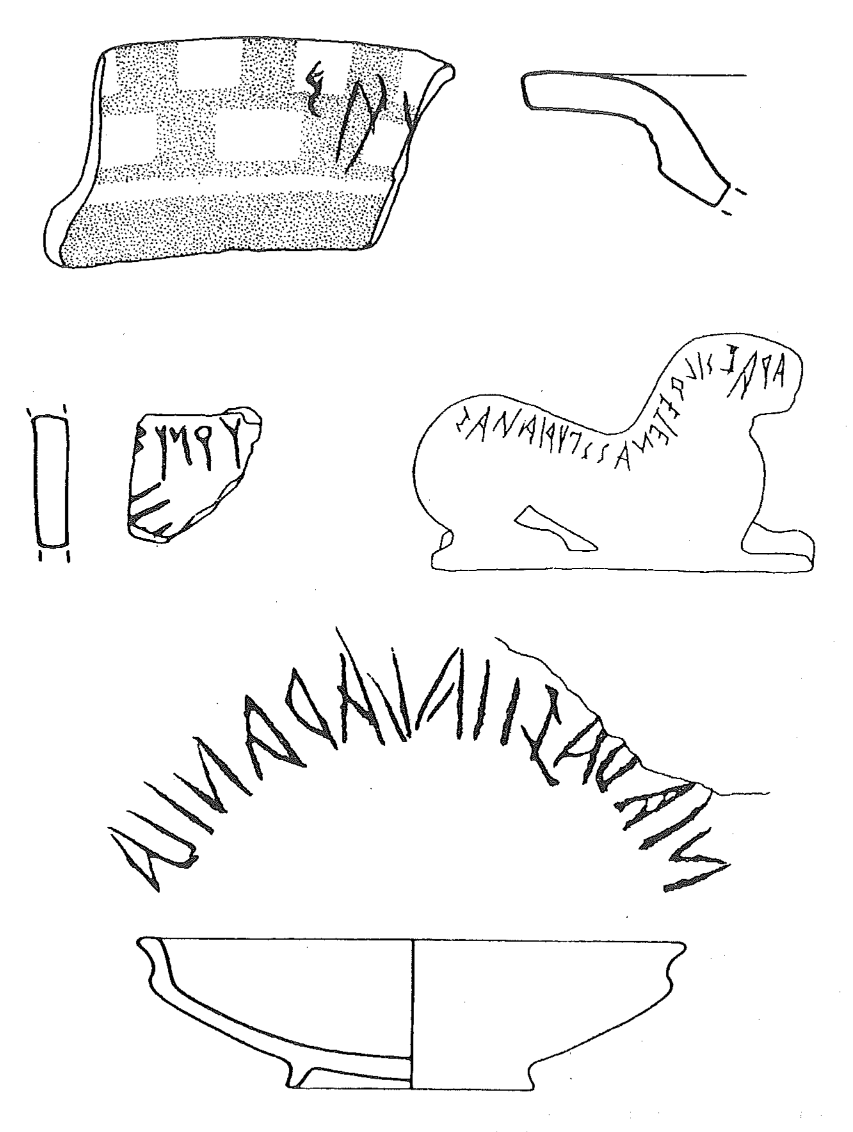
Aportaciones etruscas a Roma

Los datos arqueológicos y las fuentes escritas coinciden en señalar que la presencia etrusca en Roma fue beneficiosa. No sólo hubo aportaciones en el campo urbanístico —Plutarco en su biografía de Rómulo *(Rom.,* 11) señaló que se habían hecho venir de Etruria hombres para enseñarle a fundarla de acuerdo con ritos y fórmulas etruscas—, sino también en el religioso (construcción de templos, calendario, introducción de los *idus,* divinidades), económico (práctica de un sistema premonetal por parte de Servio Tulio), social (creación de los *ludi Romani* y de los *ludi Taurei,* asunción de los símbolos del poder, equipamiento militar, construcción del Circo Máximo) e intelectual (introducción de la escritura).

Acerca de la epigrafía etrusca hallada en Roma es poco lo que se puede decir, pues los ejemplares han sido escasos, reduciéndose los más significativos a tan sólo tres breves textos. Uno consiste en un fragmento vascular de *impasto,* de finales del siglo VII a.C. o primeros decenios del VI, encontrado en los niveles inferiores del área sagrada de Sant'Omobono (Foro Boario), en el que tan sólo se puede leer *[...]uqnus[...],* texto que tal vez formaría parte del nombre de un etrusco. El segundo se halla en una pátera de *bucchero,* que se localizó en la ladera del Capitolio, y que lleva inscrita la frase *ni araziia laraniia* (TLE, 24), que podemos traducir como «Yo [soy] de Araz Larani». Y un tercer texto, mucho más importante, hallado en 1978 y fechable hacia el 580 a.C., presente sobre una *tessera hospitalis* de marfil, en forma de leoncito, localizada también en el área del templo arcaico de Sant'Omobono, y que dice en su cara lisa *araz silqetenas spurianas,* esto es, «Araz Silqetenas, [huésped] de Spuriana», objeto que fue, sin duda, propiedad de un personaje etrusco que comerciaría con algún descendiente de la poderosa familia tarquiniense de los Spurinna.

Junto a estas inscripciones etruscas, estudiadas detalladamente por M. Pallottino y comentadas por C. De Simone, habría que añadir otros dos textos, aunque muy poco significativos. Uno, presente en un vaso de *bucchero,* con la leyenda *mi ani thx,* y otro, «graffitado» sobre un vaso de *impasto,* con el escueto texto de *ana.*

Como contrapartida se conocen también documentos que prueban la presencia de latinos en ámbitos etruscos y que no vamos a incluirlos por considerarlos tangenciales al tema que tratamos. A finales del siglo VII a.C., por otra parte, un tal *Tite Latine* fue enterrado en una de las necrópolis de Veyes. Contemporáneo suyo fue un *Phapena* (for-



Inscripciones etruscas de Roma. (Tomado de C. De Simone.)

ma etrusquizada de *Fabius),* originario de la *gens Fabia* romana, y que había acudido a Caere. Poco después, una mujer latina, de nombre *Hostilia,* y que cambiaría por el etrusco de *Hustilei,* acudió a Vulci, quizá para contraer matrimonio con un noble etrusco.

La presencia epigráfica latina en el ámbito etrusco y la etrusca en Roma prueban, aunque sea de modo muy parco, las relaciones de ambos mundos culturales, con clara supremacía del etrusco. Hubo de ser tan compleja aquella relación que no es de extrañar que muchos de los historiadores griegos no llegaran a diferenciar claramente a latinos y etruscos, hasta el extremo de calificar a Roma nada menos que de *pólis Tyrrhenis.*

«Roma» y «Tíber», nombres etruscos

El propio nombre de Roma evoca un gentilicio etrusco. En Orvieto, una de sus tumbas facilitó un texto con el onomástico *Velthurus Rumelnas.* Esta última palabra, presentada en caso genitivo, presupone el prenombre *Rumele,* que latinizado daría *Romulus,* que ha de conectarse con el topónimo de Roma y con el nombre de uno de sus primeros reyes. Asimismo, otra inscripción, grabada en el pie de una pieza de *bucchero,* del siglo VI a.C., dice textualmente *fel runates* (interpretada por G. Colonna como *Vel Rumates),* lo que habla de un etrusco étnico de Roma.

También el nombre del río Tíber podría derivar del onomástico arcaico *Thihvarie,* que luego daría el etrusco *Thefarie.* Para Varrón *(De ling. lat.,* V, 30), el nombre Tíber provendría del de un rey de Veyes.

EL PERÍODO ARCAICO (535-474 A.C.)

Durante este período Etruria alcanzó su apogeo histórico, constituyendo su Confederación —ya perfectamente organizada, si bien ignoramos en qué consistía y qué planes desarrollaba— el poderío más importante de la península itálica, controlando, de hecho, la totalidad de pueblos en ella instalados, incluidos griegos (los focenses de Alalia habían quedado eliminados de Córcega) y cartagineses (con éstos habían establecido pactos algunas de las ciudades etruscas). Sin embargo, no había podido dominar a Roma, potencia que no dudaría en ir configurándose como un Estado militar.

Ocupación de nuevos territorios

Asimismo, a comienzos de este período se ocuparon mediante conquista y, en su caso, se consolidaron diversos territorios tanto en la llanura campana, ya visitada hacia el 800 a.C. con establecimientos en Capua y Nola, como en la llanura padana, en la cual el fabuloso héroe Tarcón fundaría diferentes ciudades y desde donde, y a pesar de la presión celta, se comerciaría con algunos pueblos del norte de Europa. No hay que olvidar que las naves etruscas pudieron enseñorearse durante algún tiempo de los mares itálicos, imponiendo una verdadera talasocracia.

Felsina, antiguo hábitat villanoviano y punto clave de los Apeninos, fue ocupada hacia el 525 a.C. Dicha ciudad, cuya fundación se atribuía a un tal Ocno *(Aucnus)* de Perugia, hijo o hermano del mítico Auleste, alcanzaría una vitalidad extraordinaria, sobre todo a partir del momento en que los etruscos conectaron con el mar Adriático, convirtiéndose así en la capital del espacio septentrional itálico. Hacia la misma fecha, Capua se erigiría en la ciudad más importante de la Campania.

Carencia de unidad política

Aunque la Confederación etrusca, formada por doce grandes ciudades que se reunían en el *Fanum Voltumnae,* elegía a un magistrado supremo, el llamado *zilath mechl rasnal,* los etruscos no supieron estructurarse en un Estado unitario y centraliza-

do, pues arrastraban los viejos planteamientos políticos del anterior período orientalizante.

¿Cómo explicar aquel apogeo histórico sin existir una «nación» consolidada? La realidad es que el apogeo fue más bien propio y específico de las principales ciudades, muy en contacto con los planteamientos políticos que les habían llegado a través de los jonios, y no fruto de la conciencia de una «nación etrusca», tan sólo unida, al parecer, por vínculos lingüísticos y religiosos supraciudadanos.

Es de suponer que sería también hacia el 535 a.C. cuando la Confederación etrusca, al ir tomando conciencia de la serie de lazos panetruscos que unían a sus ciudades, intentaría evitar los enfrentamientos entre ellas —suscitados casi siempre por motivos territoriales—, si bien aquel deseo de paz y tal vez de unidad no se consiguió en absoluto, según demuestran algunos estratos arqueológicos de unas cuantas ciudades abandonadas o destruidas por el fuego (Murlo, Acquarossa) y de no pocos enclaves habitados, desde los montes de la Tolfa a Bisenzio, y de centros menores de la Etruria meridional interior, desde Blera a San Giovenale. En cualquier caso, se está muy mal informado sobre este particular, dada la parquedad de los datos disponibles.

Sí, en cambio, es un hecho constatable que las grandes ciudades de la Etruria meridional y algunas costeras de la septentrional evolucionaron hacia un urbanismo más desarrollado, frente a las ciudades de la Etruria interior, todavía en un estadio mucho más ruralizado y receptoras siempre de los productos y excedentes de las ciudades más ricas.

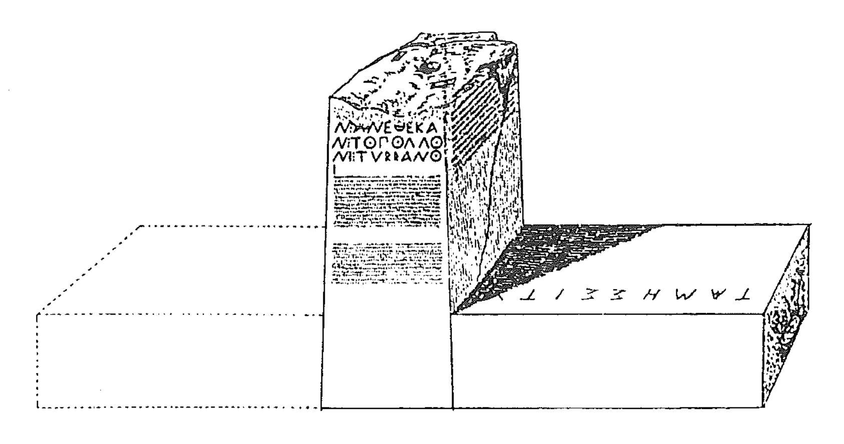
El análisis político de las singulares ciudades etruscas de este período está sujeto a conjeturas. Al parecer, las aristocracias locales continuaron estableciendo alianzas entre ellas mediante lazos matrimoniales y políticos coyunturales (Veyes con Narce, Caere con la región del Biédano y con los púnicos) o recurriendo a la guerra (Ruselas contra Vetulonia; Chiusi contra Murlo; Volsinii contra Acquarossa; Vulci contra una coalición de ciudades formada por Volsinii, Blera, Sovana y Roma; Chiusi y Veyes —en distintos momentos— contra Roma).

Entre el 500 y el 474 a.C., el mapa político de Etruria estaba ya totalmente dibujado. Las grandes ciudades habían absorbido amplias zonas de sus alrededores, restringiendo así el territorio de otros enclaves secundarios, y, en algunos casos, incluso habían hecho desaparecer a otras. Por supuesto, en todo este desarrollo, muy bien analizado por M. Torelli, las tensiones políticas y sociales fueron constantes, pues fue entonces cuando los reyes o *lucumones* —se exceptúa el caso de Veyes— fueron paulatinamente apartados del poder, siendo sustituidos por magistrados con poderes limitados en el tiempo.

Enfrentamiento con los griegos

En aquellos años, las relaciones con los griegos se fueron haciendo cada vez más tensas, provocadas, primero por el enfrentamiento entre Capua (etruscos, umbros, daunios) y Cumas (Dionisio de Halicarnaso, VII, 3), defendida ésta por Aristodemo en el 525 a.C., y que pudo alejar al año siguiente el peligro, y segundo por la pujanza económica de sus colonias diseminadas por la parte meridional de Italia (Magna Grecia) y por Sicilia.

Sin embargo, tales colonias —que continuaban aportando productos y civilización— no constituyeron al principio del período un problema para los etruscos, da-



Cipo de los tirrenos, dedicado a Apolo de Delfos. (Tomado de M. Gras.)

dos los enfrentamientos que entre ellas existían al funcionar de modo autónomo (Síbaris, Crotona, Siracusa, Agrigento, etc.). No obstante, sí se produjeron más tarde, entre el 490 y el 480 a.C., algunos choques de etruscos contra griegos en las islas Lípari y tal vez una campaña contra Sicilia, conducida por Velthur Spurinna de Tarquinia, según testimonian pruebas epigráficas.

Un monumento de caliza, conocido como *Cipo de los tirrenos* (R. Flacelière, G. Colonna, M. Gras), fue dedicado a Apolo de Delfos, conmemorando una victoria etrusca sobre los griegos difícil de precisar cronológicamente.

Nuevo pacto con Cartago

También los etruscos pudieron controlar a los cartagineses, instalados en la parte occidental de Sicilia, en las costas de Cerdeña, y en puntos del litoral continental (caso, por ejemplo, de Santa Marinella, en el territorio de Caere). No tuvieron inconveniente los etruscos en pactar por segunda vez con Cartago, renovando así el pacto del 550 a.C., mediante el cual acordaban dividirse el Mediterráneo occidental en zonas de intereses propios y en hacer causa común en el supuesto de que alguien (entiéndase los griegos) atentase contra sus intereses.

A pesar de aquel acuerdo, Etruria, por lo que sabemos, no fue capaz de oponerse a Anaxilas, tirano de Reggio y de Zankle, quien, en el año 482 a.C., con una audaz política, no dudó en bloquear el estrecho de Sicilia. Con ello, a la marina mercante etrusca se le cerraba toda posibilidad de comerciar en el área del mar Jónico.

La falta de unidad política etrusca, por otro lado, no pudo hacer frente a los dos grandes obstáculos que surgieron al final de este período: Roma y Cumas.

Roma, que, como hemos visto, había sido controlada desde el año 616 a.C. por una dinastía etrusca, se rebeló contra ella, expulsó a los reyes de la misma, se dio un régimen republicano aristocrático, obtuvo una victoria militar que le dio la supremacía sobre el Lacio y se pudo erigir en un Estado unitario, rompiendo con ello la continuidad territorial entre la Etruria propia y la Etruria campana, según señaló en su día P. Ducati.

Luchas romano-veyenses

Al propio tiempo, entre el 485 y el 474 a.C., las armas romanas y las etruscas de Veyes no conocieron el reposo. Fueron los romanos quienes atacaron el territorio veyense, pero no lo pudieron domeñar. La tradición romana elevó a héroes a los jefes romanos muertos en la batalla del Crémera. Según Tito Livio (II, 45-50), fue el cónsul Caeso Fabio quien logró que el senado romano le facilitara un grueso ejército para atacar Veyes. Tras unas primeras derrotas en las que *los Fabios fueron exterminados en su totalidad* (perecieron 306, según el aludido historiador), los romanos, dirigidos por los cónsules P. Valerio y A. Manlio, acabarían por derrotar a los etruscos y a concederles un armisticio de cuarenta años (Tito Livio, II, 54). Roma, sin embargo, no pudo afirmar su control político sobre Veyes hasta muchísimo después, y a costa de un duro asedio de diez años de duración (Plutarco, *Camilo,* 1, 1-4).

La derrota etrusca ante Cumas

Respecto a Cumas, el intento de los etruscos por desalojar a los griegos de la costa campana y asegurarse así el comercio con aquella zona les llevó a enfrentarse esta vez en el mar, pero la flota conjunta de Cumas y de Siracusa, mandada ahora por el tirano de esta última, Hierón, que antes había atacado a la propia Cartago, infligió a la etrusca una gran derrota en el 474 a.C. Tal tirano victorioso no dudó en enviar algunos cascos militares, del botín requisado a los derrotados etruscos, al templo de Zeus en Olimpia, marcados con inscripciones votivas, así como trípodes al santuario de Delfos. Por su parte, algunos poetas griegos, entre ellos Píndaro *(Pítica,* I, 40), cantaron con gozo la derrota de las naves etruscas. «¡Oh, tú, hijo de Saturno, yo te lo ruego: ordena a los fenicios y a los toscanos impetuosos que permanezcan en paz en sus moradas. Que se acuerden del desastre que su flota sufrió ante Cumas y de todos los males que sufrieron cuando el rey de Siracusa, triunfador, precipitó a los jóvenes guerreros en las olas del mar.»

Cumas, en agradecimiento a la ayuda prestada por Hierón, le regaló a éste la isla de Pitecusa (Ischia). Dicho tirano no dudó en ubicar allí una poderosa guarnición marítima, con la cual pudo controlar los puertos campanos.

La situación de los etruscos campanos, ya separados de Etruria por los latinos y los volscos, se hizo crítica a partir de entonces. La derrota marítima y el control siracusano de Ischia les privó del poderío sobre el mar meridional, con lo cual, al quedar cerrados numerosos mercados, se resintieron económicamente todas las ciudades etruscas, quedando aisladas del tráfico comercial griego.

El período de crisis (474-311 a.C.)

Etruria, en general, vivió una larga época de crisis y tensiones durante los últimos tres cuartos del siglo V a.C., si bien sus ciudades más importantes, encerradas en sus sistemas oligárquicos, pudieron continuar con su desarrollo histórico, aunque a niveles de menor prosperidad. El retroceso económico se hizo muy evidente en las viejas



Yelmo etrusco, tipo corintio, de Olimpia. Exvoto de Hierón.



Yelmo etrusco. Exvoto de Hierón en Olimpia.

ciudades costeras de Tarquinia y Caere, así como en Vulci y también en Roma, por citar algunos casos.

En todas estas ciudades, los hallazgos arqueológicos del nuevo período son mucho menores que los del período anterior en lo que se refiere a cerámicas y objetos griegos, así como a restos arquitectónicos.

No obstante, en la Etruria interior y en algunos puntos de la llanura padana, cuyo comercio dependía más del Adriático que del Tirreno, la crisis del siglo V a.C. llegó mucho más tardíamente y sobre todo más atenuada. Spina, por ejemplo, se convertiría entonces en un gran punto de contacto entre etruscos y atenienses, y Felsina y Marzabotto conocerían incluso un renacimiento económico.

Por su parte, Veyes y Roma mantendrían una serie de enfrentamientos que originarían dos nuevas y sangrientas guerras.

Ataques siracusanos

A mitad del siglo V a.C., determinadas áreas costeras etruscas serían devastadas por dos expediciones navales siracusanas (Diodoro de Sicilia, XI, 88), enviadas, entre otras razones, para contrarrestar la presencia etrusca —tanto comercial como pirática— en aguas sicilianas. En el verano del año 454 a.C., el navarca siracusano Failo se presentó con una poderosa flota de trirremes ante las islas de Elba y Córcega con intención de atacarlas, pero tal navarca, al ser sobornado por comerciantes etruscos, regresó a su patria sin atacar la Italia central.

Al año siguiente, y tras ser acusado Failo de alta traición, los siracusanos enviaron con una flota de 60 trirremes al también navarca y estratego Apeles a saquear los puer-

tos más importantes de las costas de Etruria. Las ciudades de Vetulonia, Populonia y Tarquinia serían devastadas, apoderándose de todo lo almacenado en sus bien provistos depósitos. Apeles también asaltó los embarcaderos de la isla de Elba y la misma suerte corrieron los de la cercana Córcega. Incluso se atrevió a establecer bases de ocupación.

A pesar de la crisis de las metrópolis etruscas, Populonia se había podido rehacer en poco tiempo del ataque siracusano y alcanzar un gran prestigio económico gracias a sus recursos mineros, siempre muy solicitados.

Nuevas guerras romano-etruscas

Por el sur, el deseo de Roma de controlar las rutas comerciales, posibilitadas por el Tíber, y su afán expansionista, motivarían nuevos enfrentamientos con los etruscos.

El primero, después de unos escarceos militares suscitados en el 445 a.C., se produjo en el 438 a.C., momento en que los etruscos de Fidenes, enclave dependiente de Veyes, en un deseo de independencia, mataron a los legados romanos y se encomendaron, según Tito Livio (IV, 17), al rey de Veyes Lars Tolumnio. Este rey acabaría siendo derrotado y muerto por el cónsul romano A. Cornelio Cosso. Aquella muerte y la serie de saqueos de cosechas y ganados que los romanos llevaron a cabo en tierras veyenses e incluso en Falerii, ciudad-Estado aliada, motivaron una reunión extraordinaria de la Confederación etrusca. Los representantes de las Doce ciudades, reunidos en el *Fanum Voltumnae,* incomprensiblemente, no acordaron ayudar a los veyenses. La desunión política de los etruscos, pues cada ciudad defendía sus propios intereses, les impidió ver el peligro que los acechaba a corto plazo.

Veyes, en solitario, se lanzó contra los romanos, a quienes venció en un primer momento, pero acabó siendo derrotada por el dictador M. Emilio Mamercino. Fidenes —que fue el núcleo de las operaciones militares— fue destruida y sus gentes vendidas como esclavos. A Veyes se le concedió un nuevo armisticio en el 425 a.C. Así terminaba la segunda guerra romano-veyense.

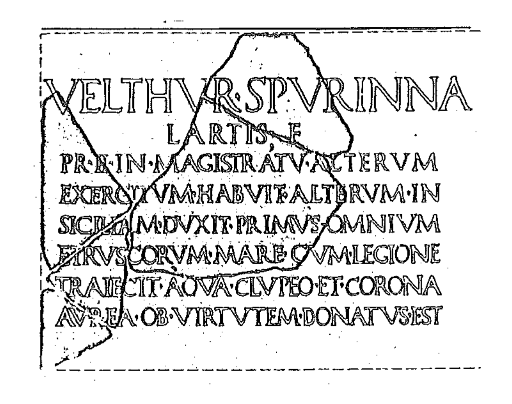
La pérdida de Campania

En Campania, por otro lado, la situación tampoco era buena para los intereses etruscos, pues, de hecho, muchas de sus ciudades no se habían recuperado del impacto causado por la derrota naval que los etruscos habían sufrido en las aguas de Cumas en el año 474 a.C. A aquel recuerdo se unían las infiltraciones de samnitas, que empujados por el hambre penetraron en diferentes enclaves y acabaron por tomar la Capua etrusca en el 423 a.C. y la Cumas calcidia en el 421 a.C. De nada habían servido las fortificaciones con las que se habían protegido ambas ciudades. Con su pérdida se asistía al fin del dominio etrusco en Campania.

Velthur Spurinna: respuesta etrusca a los siracusanos

Las acciones ofensivas que tiempo atrás había llevado a cabo Siracusa contra las metrópolis etruscas costeras no quedaron sin respuesta. Se sabe que, con ocasión de la Guerra del Peloponeso, cuando tropas atenienses desembarcaron en Siracusa en

el 414 a.C. para asediarla, los etruscos de Tarquinia —a quienes se les había pedido ayuda— no dudaron en enviar tres naves con un pequeño contingente militar —evaluado por M. Torelli entre 150 y 500 soldados— en ayuda de los atenienses, para colaborar en la destrucción de aquel enemigo común.



Elogium de V. Spurinna. (Según M. Torelli.)

Tucídides (VII, 57) testimonia la pequeña ayuda tarquiniense, que no fue enviada tanto por razones económicas (posible botín) como por motivos políticos, pues los etruscos querían vengar las derrotas sufridas. Sin embargo, el asedio de Siracusa acabó mal para los atenienses y para los etruscos, pues, derrotados en dos batallas, en el 413 a.C., no pudieron ver la eliminación del imperialismo naval siracusano.

Una inscripción en latín, redactada en el siglo I y que ha llegado incompleta, testimonia la participación en aquella empresa del etrusco Velthur Spurinna. Tal pieza epigráfica, de notable interés histórico, dice así: «Velthur Spurinna, hijo de Larth, dos veces pretor, en el curso de su primera magistratura comandó el ejército en la patria, en la segunda lo condujo a Sicilia y fue el primero entre todos los etruscos en atravesar el mar con una legión. Por aquello le fue ofrecido un escudo y una corona áurea como trofeo por la victoria obtenida.»

Obviamente, Velthur Spurinna no alcanzó ninguna victoria, pues los atenienses y sus aliados fueron obligados a retirarse de Siracusa. Sí, en cambio, hubo de salvar a buena parte de sus compatriotas etruscos de una muerte segura o del trabajo forzado en las canteras siracusanas. Los supervivientes, en acción de gracias, le obsequiaron luego, probablemente, con un escudo y con una corona áurea triunfal.

Tal inscripción, sobre lastras marmóreas (uno de los tantos *elogia tarquiniensia,* estudiados por M. Torelli), la mandó colocar Tito Vestricio Spurinna, nieto del precitado Velthur Spurinna, en el templo del Ara della Regina de Tarquinia.

La tercera guerra romano-veyense

Un nuevo enfrentamiento se produjo nada más terminar el armisticio que Roma había acordado con Veyes. La ciudad del Tíber, que en secreto había ido preparando el ataque contra su secular enemiga Veyes, inició las primeras hostilidades en el 408 a.C. dirigidas por el dictador M. Furio Camilo, según sabemos por el historiador Tito Livio (V, 21-23) y por Plutarco *(Camilo,* 1, 1-4). Muy pronto la leyenda se ocuparía de ennoblecer aquella guerra que, iniciada en el 406 a.C., acabaría diez años más tarde, cuando el precitado dictador pudo conquistar Veyes mediante una estratagema y no por asalto, según refiere Tito Livio, acción conectada más con el destino que con el acontecer humano y cuya evidencia tuvo lugar con la manifestación de diversos prodigios, entre ellos, la crecida desmesurada de las aguas del lago Albano. Muertos muchos de sus habitantes, saqueados casas y templos, reducidos sus supervivien-

tes a esclavos, la estatua de la diosa titular Uni —sacada de su templo, localizado en la *arx* urbana, en el actual Pian della Communità— fue llevada a Roma, en donde, bajo el nombre de Juno Regina, se le construyó un templo en el Aventino. A continuación serían dominadas Capena, Sutri, Nepi y Falerii.

Aquellas luchas significaron para Etruria por vez primera la pérdida de territorios propios y la ruptura de las estructuras socioeconómicas que venía manteniendo desde el período arcaico anterior. En aquella tesitura, las oligarquías locales se esforzaron en acumular y atesorar riqueza, descuidando, al no invertirla, las actividades económicas y las productivas, cuyo reflejo más evidente ha sido evidenciado por los etruscólogos al observar, para aquellos tiempos, la parquedad de la producción tanto artesanal como artística. Dicho atesoramiento, que fue entendido incluso como algo sagrado, fue muy notable en los santuarios panetruscos, controlados por poderosas familias. Para Roma, la captura de Veyes era el signo precursor de su indiscutible presencia al norte del Tíber.

Nuevas amenazas contra Etruria: los galos

En aquellos años de crisis, además de la recesión económica más o menos generalizada, los etruscos conocerían una gran inestabilidad política, provocada por dos serias y graves amenazas en sendos frentes: los aguerridos galos por el norte y, nuevamente, la poderosa Roma por el sur.

La invasión de los galos tuvo un amplio eco en la historiografía antigua. El hecho de haber saqueado buena parte de Italia y la circunstancia de la casi aniquilación de Roma, a manos de una de aquellas tribus salvajes, serían luego deformados por los escritores romanos para justificar la triste derrota sufrida en el año 390 a.C.

Determinados autores, entre ellos, Tito Livio (V, 33), Dionisio de Halicarnaso (XIII, 10-11) y Plutarco *(Camilo,* XV y ss.), intentaron justificar la presencia celta en Etruria argumentando una leyenda de muy poca credibilidad, comentada en páginas anteriores (Arrunte de Chiusi habría dado a probar vino a los galos con objeto de atraerlos a tierras etruscas para así vengarse de Lucumón, el seductor de su mujer). La realidad es que los etruscos ya habían contactado con tribus galas desde finales del siglo VII a.C. Luego, en tiempos de Tarquinio Prisco y en sucesivas oleadas habían llegado a ocupar la llanura padana, expulsando a los etruscos allí instalados. Tiempo después alcanzaron la etrusca Melpum, enclave que fue atacado y destruido por los insubros en el año 396 a.C., en el mismo día en que Veyes era conquistada por los romanos. Cerca de Melpum los celtas fundaron Mediolanum (Milán).

A los insubros siguieron otros pueblos, uno de los cuales, los senones, avanzó hasta el Adriático, zona que fue abadonada tras enseñorearse sobre ella (excepción hecha del territorio véneto) sin apenas contar con resistencia. En muy poco tiempo saquearon el valle del Chiana y las tierras del lago Trasimeno, pudiendo llegar a Clusium (Chiusi) en el 391 a.C. Esta ciudad no dudó en solicitar ayuda de Roma, la cual primero intentó negociar con los galos (embajada dirigida por tres hijos de M. Fabio Ambusto), pero que finalmente hubo de hacer causa con la etrusca Chiusi, obteniendo algunas pequeñas victorias.

Fracasada la toma de Chiusi, los galos emprendieron el camino hacia Roma, dirigidos por su caudillo Breno. No lejos de Fidenes, y junto a la confluencia del Allia con el Tíber, se produjo en el 390 a.C. (o en el 387 a.C., según Polibio y Diodoro de

Sicilia) el choque armado que tuvo fatales consecuencias para los romanos, cuyas tropas supervivientes se vieron obligadas a refugirase en Veyes. Los galos fueron capaces de alcanzar Roma, que fue destruida e incendiada en una gran parte, pudiéndose salvar, sin embargo, los objetos sagrados que fueron llevados a Caere por las Vestales. La ciudad de Roma pudo salvarse comprando la retirada de Breno, a quien se le hubo de entregar mil libras de oro, según se dijo en páginas anteriores.

Años después, determinadas leyendas se hicieron eco de algunas supuestas acciones dignas de mérito habidas durante el asedio galo: la resistencia de los senadores a abandonar Roma, permaneciendo en sus casas sentados en sus sillas de marfil; el graznido de las ocas de Juno ante la presencia gala; la defensa de la ciudadela por M. Manlio, llamado por ello «el Capitolino»; el grito del *Vae Victis!* de Breno al arrojar su espada sobre la balanza que debía pesar el pago de la derrota; la victoria del héroe de la guerra de Veyes, M. Furio Camilo, sobre los galos que se retiraban de Roma.

Curiosamente, las ciudades etruscas que no habían conocido el ataque galo no quisieron o no pudieron sacar partido de la postración militar y económica en la que se había sumido Roma. Al contrario, ésta pudo reaccionar muy rápidamente, logrando tener a raya a sus viejos enemigos (ecuos, volscos, hérnicos y, por supuesto, etruscos).

Entre los años 390 y 360 a.C., el hijo de Velthur Spurinna, de idéntico nombre que su padre, luchó contra los romanos, quienes habían emprendido campañas contra los tarquinienses, habiéndoles conquistado en el 388 a.C. Cortuosa y Contenebra. Al año siguiente, toda Etruria meridional quedaba unida al territorio romano. En el 386 a.C., los etruscos asaltaron Sutri y Nepi, pero serían derrotados. En ambas ciudades se situaron colonias latinas.

La campaña de Dionisio I de Siracusa

En el 384-383 a.C., aprovechando tal vez la presencia de los galos en tierras itálicas y, sobre todo, a causa de sentirse poderoso, tras haber rechazado los intentos de Cartago sobre Sicilia, el tirano Dionisio I el Viejo de Siracusa dirigió sus miradas imperialistas sobre tierras etruscas bajo el pretexto de acabar con la piratería tirrénica, si bien, en realidad, lo hacía movido por el temor de una *entente* etrusco-púnica. De hecho, con ello se vengaba de la ayuda que Etruria había prestado tiempo atrás a Atenas en las guerras sicilianas y esperaba resarcirse de los gastos empleados en su programa de construcciones y en equipar una flota de 300 navíos y un ejército de 80.000 hombres.

Unas cien naves partieron de Siracusa y en una espectacular y rápida acción pirática saquearon y destruyeron Alsium, Punicum y Pyrgi —aquí también fue destruido el santuario federal consagrado a Uni—, puertos todos ellos de Caere, obteniendo un rico botín, al decir de Diodoro de Sicilia (XV, 14). Aquella acción le valdría al tirano el calificativo de «profanador de templos» en la propaganda antidionisiana de Atenas (K. F. Stroheker). Desde allí, la flota siracusana se dirigió a Elba y Córcega, logrando expulsar de ambas islas a los etruscos. A continuación, y en recuerdo de aquella victoria, se fundaría en Córcega, sobre un asentamiento etrusco, el Porto Siracusano (Porto Vecchio). Con tal ocupación Etruria perdía el control sobre la indicada isla.

Aquella acción pirática de Dionisio I significó la recesión económica de bastantes ciudades etruscas, las cuales, privadas de sus actividades comerciales marítimas, iniciaron su decadencia.

Poco después, Caere, que había ayudado a Roma ante el ataque galo, acogiendo a las Vestales que portaban los objetos sagrados, y a sus fugitivos, recibiría por parte de tal ciudad latina un verdadero trato de hospitalidad, que sería roto al cabo de algunos años por los propios caeretanos al permitir que tarquinienses y faliscos pasasen por su territorio para enfrentarse a Roma.

Hacia el 360 a.C. (o 357 a.C., según Polibio), los galos invadieron otra vez áreas etruscas. Por aquel entonces cayó Felsina en manos de los boyos, los cuales le dieron el nombre de Bononia. Asimismo, ocuparon Alba Longa y amplias zonas de Apulia.

Reactivación económica

Algunas ciudades del interior (Vulci, Veyes, Falerii, Volsinii, Chiusi, Ruselas) pudieron, sin embargo, hacer frente a la decadencia que se había originado en aquel largo período de crisis, según puede deducirse de los restos llegados tanto de sus tumbas como de sus enclaves urbanos.

A mitad del siglo IV a.C., tal vez por una reactivación demográfica y, sobre todo, por la influencia de Roma, Etruria se fue recuperando paulatinamente de su recesión. Una mayor producción de bienes, el nuevo empuje de las clases urbanas y un nuevo impulso dado al comercio marítimo permitieron eludir, por entonces, el fantasma de la desaparición como entidad histórica.

Sería Tarquinia, sin embargo, la que empezaría el resurgir económico, canalizado a través de su puerto, Gravisca. Incluso pudo fundar una ciudad nueva, Musarna, cerca de Tuscania, en donde se situaron miembros de ilustres familias tarquinienses. Vulci, mucho menos poblada, pudo también dar origen a Sovana, en el valle del Fiora, asegurándose así la conexión con los territorios de Volsinii y de Chiusi, aparte de reactivar sus puertos (Regisvilla, Orbetello, Talamone). Volsinii, por su parte, fue capaz de formar una red de pequeños *vici* en su entorno y también en las fronteras de su territorio, aquí con *oppida* de tipo defensivo (Bomarzo, Viterbo y Montefiascone). Caere, que había recibido de Roma un trato especial, como consecuencia de la ayuda prestada ante el ataque galo, vio interrumpido momentáneamente su desarrollo económico, al ser atacada, como vimos antes, por el tirano Dionisio I el Viejo de Siracusa, cuya flota devastó el puerto de Pyrgi, haciendo otro tanto con Populonia. Los siracusanos incluso llegarían a ocupar, como se dijo, Elba y Córcega de modo permanente.

También Caere conoció, a mitad del siglo IV a.C., la expulsión de su *rex* Orgolnio *(Orgolnius)*, motivada por la acción de Aulus Spurinna, hijo del Velthur Spurinna, *praetor Etruriae* por tres veces. Este hecho, sin precedentes en la historia política de las ciudades etruscas, demuestra que el paso de las monarquías a las repúblicas ciudadanas hubo de ser, a veces, doloroso. En el 351 a.C., Roma castigó a Caere al privarla de los derechos que le había otorgado tiempo atrás.

La guerra romano-tarquiniense y otros hechos

Entre el 358 y el 351 a.C., por otra parte, se generalizó el enfrentamiento entre Roma y diferentes ciudades etruscas, aliadas de Falerii (Estado falisco) y de Tarquinia, enclave que deseaba expulsar a Roma del territorio veyense. Las luchas fueron,

en ocasiones, incluso crueles. Los etruscos no dudaron en el 356 a.C. en sacrificar en Tarquinia a 307 prisioneros romanos, según señaló Tito Livio (VII, 15), acción que más tarde, y como represalia, tuvo su contrapartida al ordenar los romanos azotar y decapitar en el foro de Roma a 358 nobles tarquinienses.

En cualquier caso, ante la devastación de las tierras y las exigencias de fuertes indemnizaciones por parte de los romanos, en el 351 a.C., y a petición etrusca, se firmó una tregua de 40 años, al cabo de la cual no sólo Tarquinia, sino también toda Etruria, debido a la falta absoluta de cohesión política, iniciaría su definitiva decadencia, que sería aprovechada por Roma.

Según Polibio (II, 18), los galos atacaron por tercera vez el Lacio en el 345 a.C., permaneciendo en el mismo un año, al cabo del cual fueron derrotados por el dictador L. Furio Camilo.

Hay, asimismo, noticias de acciones piráticas llevadas a cabo por prófugos etruscos de tierras padanas contra los envíos de trigo desde Spina hacia Atenas. Dos oradores griegos, Hipérides y Dinarco, recordaron en sus discursos el peligro que para la supervivencia de Atenas significaban aquellos piratas. Se sabe que, hacia el 340 a.C., un «pirata tirreno», de nombre Postumio, atacaba naves siracusanas, pirata que sería capturado y ajusticiado en Siracusa por Timoleón. En el año 325 a.C., los griegos promulgaron un decreto en el que se recogían medidas de protección contra los barcos piratas etruscos que navegaban por el Adriático.

Cae dentro de la fábula la noticia que transmitió el filósofo e historiador griego Arriano, que vivió en el siglo II, quien en su obra *Anábasis de Alejandro* aludió a la presencia de una embajada etrusca en Babilonia, en el 323 a.C.

Por otro lado, los etruscos no intervinieron contra Roma cuando ésta hubo de hacer frente a los samnitas que habían asolado el territorio capuano, ni tampoco cuando Roma fue obligada a humillarse tras la derrota de Caudium (episodio de las Horcas Caudinas), en el 321 a.C., ante el caudillo samnita Gavio Pontio.

El período de decadencia (311-265 a.C.)

A finales del siglo IV a.C. por Etruria se había ido extendiendo un sentimiento claramente antirromano a la vista de la política de la total conquista de Italia. La tregua que en el 351 a.C. había sido firmada entre Roma y Tarquinia fue rota por esta última nada más concluir el plazo de paz acordado. Roma adoptó la medidas pertinentes, confiando al dictador C. Sulpicio Longo la preparación de las tropas. En el 311 a.C. los etruscos tomaron la iniciativa asediando la colonia latina de Sutrium (Sutri). Roma se vio en la necesidad de reorganizar el ejército de acuerdo con las directrices del censor Apio Claudio. Al cabo de cuatro años de luchas Roma fue capaz de alcanzar con sus tropas, conducidas por Q. Fabio Ruliano, el corazón etrusco al llegar al bosque Ciminiano (entre el territorio de Volsinii y el territorio falisco), en el cual se había atrevido a adentrarse M. Fabio Caeso. En la subsiguiente lucha, la ciudad del Tíber resultó vencedora, e impuso duras condiciones a los tarquinienses (Tito Livio, IX, 37).

Vencidos éstos, y ya solventadas totalmente por Roma las dos primeras *guerras samníticas* (343-341 a.C. y 327-304 a.C.), y después de haber intervenido en la guerra civil de Arretium —Arezzo— (oposición de la ciudad a los Cilnii) y controlar por parte del *dictator* M. Valerio Máximo algunas sublevaciones (batalla de Ruselas), el acceso al resto

de Etruria fue relativamente sencillo para las tropas romanas. Ante tal peligro, diferentes pueblos, entre ellos, los etruscos —olvidados ya los particularismos locales—, un buen contingente de samnitas, umbros, lucanos, e incluso galos, no dudaron en el 298 a.C. en aliarse (Tercera *guerra samnítica).* Como dijo Tito Livio, toda Italia se había alzado en armas contra una tiranía intolerable.

La batalla del Sentino

Sin embargo, las legiones romanas, a pesar de las rivalidades de sus mandos y la extensión de los frentes a los que debían atender, pudieron más y en el norte de Umbría, a orillas del pequeño río Sentino, en las cercanías de la actual ciudad de Sassoferrato, en el año 295 a.C. derrotaron a los coaligados. En tal batalla, los cónsules Q. Fabio Ruliano y P. Decio Mus masacraron a galos y samnitas, mientras que a los etruscos, al ser encerrados tácticamente, los dejaron inoperantes. Tal hecho militar pronto quedó magnificado por la leyenda, que no dudó en manejar para aquella batalla cifras fabulosas de combatientes (Tito Livio, X, 32).

Los más directamente perjudicados, sin embargo, fueron los etruscos, que, además de pagar rescate por sus prisioneros, hubieron de ver cómo sus ciudades iban siendo controladas sucesivamente por los romanos. Los galos, por su parte, fueron rechazados hasta el mar, perdiendo gran parte del territorio que habían ocupado y que muy pronto sería romanizado. Los samnitas, no sin escarceos militares, se replegaron hacia los Apeninos.

Nuevas derrotas etruscas

Los enfrentamientos no finalizaron, pues los etruscos pudieron rehacerse; sin embargo, en el 294 a.C. Ruselas fue sometida por las armas del cónsul L. Postumio Megelo y Volsinii, Perugia y Arezzo se vieron obligadas a pactar con Roma en condiciones de inferioridad. Tito Livio (X, 37) indica que el cónsul M. Atilio Régulo, además de obligarlas a pactar una tregua de 40 años, les exigió a cada una de ellas una fuerte indemnización (500.000 ases), a modo de multa. Al año siguiente, el cónsul Spurio Carvilio Máximo realizó algunas campañas contra los etruscos, tomándoles la ciudad de Troilum (no localizada todavía, pero que ha de identificarse con Montefiascone), dejando salvos a 470 nobles a cambio de sumas considerables, y matando y esclavizando al resto de la población. Asimismo, por entonces, la insurrección de los faliscos de Falerii fue controlada, para ser sojuzgados definitivamente en el año 241 a.C.

Etruscos, galos y lucanos se coaligaron nuevamente, pero los romanos, que ocupaban posiciones en el Apenino central, en Campania y en la Apulia, pudieron deshacer momentáneamente la coalición. La nueva situación de clara rebeldía contra el poder romano fue aprovechada por algunos enclaves etruscos, entre ellos, Volsinii y Vulci, los cuales, contando con la ayuda de los galos *senones,* intentaron en el 285 a.C. sacudirse el yugo romano. Incluso en el año 284 a.C. los etruscos y los galos *senones* lograron derrotar en Arretium al cónsul L. Cecilio Metelo *Denter,* que murió en la refriega junto a 13.000 de sus hombres (Polibio, II, 19), batalla que venía a significar el desquite de Sentino y que logró despertar nuevas insurrecciones en el Samnio y en Etruria me-

ridional. Sin embargo, Roma pudo mantenerse y al año siguiente, en el 283 a.C., el cónsul P. Cornelio Dolabella derrotaba a los coaligados en la batalla del lago Vadimón (actualmente Bassano) en un verdadero baño de sangre etrusca y gala. Tras aquella victoria siguió la expulsión de los galos y una expedición de castigo por el territorio senón, que fue anexionado, y en donde Roma fundó la colonia de *Sena Gallica.*

No obstante, Volsinii y otras ciudades aliadas continuaron haciendo frente a Roma, pero ésta, sucesivamente, las iría doblegando por la fuerza. Tampoco los etruscos pudieron ver cumplidas las esperanzas puestas en el rey Pirro, quien arribó a Italia en el 281 a.C. En aquel mismo año, Q. Marcio Filipo triunfó, al parecer, sobre Tarquinia (triunfo *de Etrusceis);* al año siguiente, Tiberio Coruncanio celebró su triunfo *de Vulsiniensibus et Vulcientibus.* A pesar de la victoria de Pirro, obtenida en Heraclea en el 280 a.C., no se produjo ningún levantamiento conjunto de pueblos itálicos contra Roma. Para una mayor desgracia, en el 273 a.C., sería derrotada Caere.

El golpe final lo recibiría Etruria en el 265 a.C. cuando Volsinii fue saqueada y destruida por M. Fulvio Flaco, el cual obtendría del famoso *Fanum Voltumnae* un enorme botín, además de 2.000 estatuas de bronce (Plinio el Viejo, *Nat. Hist.,* XXXIV, 34), las cuales, según la tradición, serían fundidas para acuñar moneda, numerario que se precisaba para hacer frente a la campaña contra Cartago. Del enclave etrusco quedó tan sólo el nombre que le dieron los romanos *(Urbs vetus,* hoy Orvieto). La población que sobrevivió fue llevada, según recordó Zonaras, un escritor bizantino del siglo XII, a otro lugar cercano, a una nueva Volsinii. Por su parte, el vencedor hizo construir un templo en el Aventino de Roma en honor de la principal divinidad etrusca, Voltumnus, en donde se hizo poner su efigie como triunfador (Festo, 228 L). Era una manera de tutelar y controlar al dios etrusco.

Agitaciones sociales

En aquel contexto de luchas, prácticamente de superviviencia, Etruria vivió, en unos casos, vergonzosas huidas de sus ciudadanos más acaudalados y, en otros, sublevaciones sociales que fueron sofocadas con la ayuda de las armas romanas. Por ejemplo, como ya se dijo, en la pequeña ciudad de Troilum 470 habitantes de los más ricos, según cuenta Tito Livio, pagaron considerables cantidades al cónsul Spurio Carvilio para que les dejara huir con vida. El resto de la población fue asesinada, salvo un pequeño número de personas que fueron esclavizadas. En Volsinii y Oinarea, las clases populares se habían hecho con el poder (Floro, I, 21; Valerio Máximo, IX, 1), al igual que, con anterioridad —como se ha dicho—, en Arezzo, agitada también por disturbios sociales, en contra de los poderosos Cilnii. Los nobles de aquellas ciudades no dudaron en acudir a Roma, que, con tropas mandadas por el dictador M. Valerio Máximo, intervino para sofocar las rebeliones y restablecer el orden.

En medio de derrotas militares, alteraciones sociales y falta de proyectos de futuro, Etruria desaparecía del mapa político de Italia, así como de la Historia, siendo incorporada al sistema romano mediante diferentes tratados —*urbes foederatae*— que la Roma vencedora establecía con los enclaves etruscos, a los que, a cambio de tolerarles alguna autonomía interna, les exigía prestaciones militares y económicas. Una serie de colonias, creadas en territorio etrusco, servían de claro control de ocupación.

Durante los años finales de este período los sabinos, samnitas, lucanos y apulios fueron incapaces de hacer frente a la cada vez más poderosa República romana.

La masa de la población etrusca o se incorporó a los cuadros administrativos romanos, como ocurrió en el caso de la nobleza, o hubo de buscarse la vida como mercenarios o como trabajadores.

La romanización y el «finis Etruriae» (265-54 a.C.)

Con la conquista de Volsinii y la transferencia de sus habitantes en el 264 a.C. a otro nuevo enclave (Bolsena) —algo similar ocurrió con Falerii—, Etruria, como entidad política, desaparecía de la Historia. Sin embargo, incluida en el engranaje romano —las colonias y las vías de comunicación (Vía Aurelia, Vía Flaminia, Vía Clodia, Vía Amerina, Vía Cassia) fueron fundamentales—, todo su territorio hubo de verse sacudido por tres circunstancias: un último ataque de los galos, la presencia del invencible Aníbal y los grandes desequilibrios socioeconómicos.

Ataques galos

El ataque de los galos vino propiciado por el peligro que ellos mismos sintieron ante el espectacular avance romano hacia las tierras norteñas que, una vez ocupadas militarmente, eran repartidas entre colonos, siguiendo la política del tribuno de la plebe C. Flaminio. Tras el fracaso de un ataque galo en el año 236 a.C. a la colonia de Ariminium (actual Rímini), en la costa adriática, y, antes de sentirse rodeados, los galos prefirieron lanzarse, desde la llanura del Po, hacia Etruria, una vez lograda la coalición de boyos, insubros, lingones, taurinos y gesates —éstos mandados por los caudillos Concolitano y Aneoresto (Polibio, II, 22)— y llegar en el 225 a.C. hasta Clusium (Chiusi), ciudad que fue saqueada.

Roma, al tener noticia de aquellos hechos, movilizó la Liga itálica, formando un ejército de 150.000 hombres, en el que participó también Etruria, para frenar la invasión gala.

La batalla de Telamón

No obstante, aquellas tribus galas invasoras, de vuelta hacia el norte y tras sostener pequeñas escaramuzas en las que salieron vencedoras, fueron cogidas entre dos ejércitos romanos, mandados por los cónsules L. Emilio Papo y C. Atilio Régulo. Al decir de Polibio (II, 27-31), los galos sufrieron en aquel 225 a.C. una fortísima derrota en el litoral toscano, a orillas del cabo Telamón. Tal batalla facilitaría, en opinión de L. Homo, el «remate de la unidad italiana», que se llevaría a término en el 222 a.C. con la conquista de Mediolanum (Milán). El territorio galo conquistado pasó a ser colonizado *(ager Gallicus)*, fundándose dos grandes colonias junto al Po, Placentia y Cremona.

Aníbal en Italia

Apenas transcurridos siete años después de aquella batalla, Etruria, ya unida a Roma, se vio nuevamente envuelta en un gran conflicto militar, esta vez motivado por los cartagineses.

Aunque Roma había derrotado a Cartago y le había impuesto una gravosa carga en metálico como indemnización de guerra, los cartagineses, incumpliendo el tratado del 226 a.C., que habían pactado con Roma, prosiguieron sus luchas, ahora al mando de Aníbal. Este caudillo militar se lanzaría contra los romanos desde España, después de atravesar audazmente y no sin dificultades los Pirineos, el Ródano y los Alpes en pleno invierno, según cuenta Tito Livio.

Aníbal logró atraerse a varias tribus galas y en campañas relámpago derrotar a los romanos en algunos hechos memorables de armas, como los tenidos junto al río Tesino (218 a.C.), en donde obligó a retirarse al cónsul P. Escipión, y a orillas del Trebia, un afluente del río Po (218 a.C.), venciendo a Tiberio Sempronio Longo.

Atravesados los Apeninos, se presentó en Etruria y junto a Perugia, a orillas del lago Trasimeno (217 a.C.), infligió una terrible derrota a las tropas romanas mandadas por el cónsul C. Flaminio.

Al conocerse la derrota de Roma junto al lago Trasimeno, los celtas, ligures e itálicos y, al parecer, los etruscos de los Apeninos y del norte de Etruria (los autores clásicos no los citan) se declararon abiertamente en favor de Aníbal, llegando a atacar y, en su caso, matar a los romanos que ocupaban sus territorios. Una interesante inscripción (TLE, 890) de una tumba tarquiniense de la necrópolis de Villa Tarantola testimonia la existencia de un mercenariado etrusco en las filas anibálicas. La misma recuerda que un tal *Laris Felsnas*, un capuano (¿o perugino?) que había llegado a vivir 106 años, había sido enrolado en el ejército de Aníbal. Para M. Sordi, sin embargo, el precitado *Felsnas* habría combatido en Capua con los romanos en contra de Aníbal.

Incomprensiblemente, sin embargo, el caudillo cartaginés no se lanzó contra Roma, sino que se dirigió hacia el sudeste esperando aislarla de sus aliados. En el 216 a.C. en Apulia —en la localidad de Cannas— obtendría una memorable victoria sobre las tropas romanas, que, al decir de Silio Itálico (VIII, 472-491), contaron con ayuda de varias ciudades etruscas.

Tras algunas otras operaciones militares en Campania —asedio de Capua, devastaciones en Cumas, Nápoles y Nola— y en Bruttium, el victorioso Aníbal se vio obligado a regresar a África en el 203 a.C.

Esperanzas etruscas

El historiador Polibio (III, 37) señala que Aníbal no había ido a Italia a luchar contra los pueblos itálicos, sino contra los romanos, los verdaderos opresores de aquéllos. En cualquier caso, la presencia del caudillo cartaginés motivó que durante todo el 217 a.C. el norte de Etruria se viese salpicado por pequeñas revueltas locales. Aunque nos faltan fuentes de información, la presencia cartaginesa hubo de pesar sobre el pueblo etrusco, que, excepción hecha de algunas conspiraciones para ayudar a Aníbal y con la salvedad de puntuales sublevaciones, como una suscitada en Arezzo en el 209 a.C. —que fueron resueltas por el cónsul M. Claudio Marcelo—, permaneció, unido al pueblo romano.

Pequeños actos de sabotaje, algunos fraudes contra las arcas romanas, como los cometidos por Marco Postumio de Pyrgi y Lucio Pomponio de Veyes, y la propalación de nefastas profecías contra Roma no fueron lo suficientemente importantes como para que se produjera una ruptura entre Roma y Etruria. Tampoco la llegada de Asdrúbal, el hermano de Aníbal, presente en el año 207 a.C. en la alta Italia, sig-

nificó la alteración de las poblaciones etruscas, algunas de las cuales, no obstante, habían tenido ciertas esperanzas de unir su suerte al cartaginés.

Tales esperanzas fueron cortadas por el cónsul Marco Livio, el cual fue enviado a Etruria para averiguar qué pueblos etruscos o umbros habían tenido la intención de separarse de Roma. Los procesos judiciales, que se siguieron y que duraron unos tres años, provocaron en el 205 a.C. nuevas agitaciones alentadas sobre todo por la presencia de Magón, otro hermano de Aníbal. Numerosos etruscos se dispusieron a combatir al lado del cartaginés, pero Roma envió al año siguiente a tres de sus legiones al mando del procónsul M. Livio Salinator a sofocar la insurrección, que no pudo dominar. En el 203 a.C. tuvo que acudir al norte de Etruria, en calidad de procónsul, M. Cornelio Cetego, quien logró someter a los sublevados mediante la incautación de bienes y procesos sumarísimos.

Exigencias de Roma

Las presiones políticas de Roma y su presencia militar lograron que, poco antes del 204 a.C., las principales ciudades de Etruria, según recuerda Tito Livio (XXVIII, 45), participasen con ayudas en la expedición africana de P. Cornelio Escipión contra Cartago. Según tal autor, Caere, Tarquinia, Ruselas, Populonia, Volterra, Arezzo, Chiusi y Perugia contribuyeron con sus víveres, sus armas o sus materias primas a tal empresa. De hecho, tal ayuda venía a ser el pago exigido por Roma a los etruscos por el apoyo prestado a Aníbal años antes.

El listado de ciudades, por otro lado, evidencia que, a comienzos del siglo III a.C., ya había dejado de existir la dodecápolis etrusca, lo que indicaba que la romanización era un hecho evidente. Sin embargo, la no presencia de ningún etrusco en el ejército de P. Cornelio Escipión hace pensar que los romanos no se fiaban del todo de sus romanizados etruscos.

Tras la guerra contra Aníbal, el proceso romanizador del país etrusco se fue acentuando, circunstancia a la que contribuyó la sumisión de la Etruria circumpadana, la fundación de colonias en diferentes enclaves etruscos y, sobre todo, la progresiva descapitalización y el abandono de las principales ciudades etruscas, que no se habían rehecho de los desastres de la conquista militar.

Años más tarde, en el 196 a.C., según refiere Tito Livio (XXXIII, 36), Etruria se vería agitada a causa de una revuelta de esclavos —deberíamos mejor entender «de etruscos *esclavizados* por Roma»—, que fue reprimida muy duramente por el pretor M. Acilio Glabrión, quien no dudó en azotar y crucificar a los cabecillas de la sublevación y en confiscar muchos bienes.

El «Senatusconsultum de bacchanalibus»

Diez años después, en el 186 a.C., bajo el pretexto de unos ritos dionisíacos —introducidos en Etruria años antes por un griego de condición humilde *(graecus ignobilis)*— en los que —según los informes romanos— hombres y mujeres se entregaban «en secretas reuniones nocturnas» a las seducciones de las bacanales, se volvió a producir otro movimiento rebelde en amplias zonas etruscas.

Según los romanos, «aquellos misterios» nefandos que habían contagiado incluso a Roma habían sido propalados por los etruscos. El senado, por razones más políticas y sociales que religiosas, promulgó una disposición *(Senatusconsultum de bacchanalibus)* mediante la cual se prohibían las prácticas de aquellos ritos, tenidos en el bosque sagrado de Stimula (Semele), a lo que siguió una severa acción policial, que recayó en muchos etruscos y romanos (7.000 personas fueron perseguidas y más de 6.000 fueron encarceladas o condenadas a muerte) y que se mantuvo hasta el año 180 a.C.

La historia de tales bacanales puede seguirse en Tito Livio (XXXIX, 8 y ss.), autor que recoge las andanzas personales de la liberta Hispala Fecenia y de su joven amante P. Ebutio, seguidores de los misterios báquicos. Ante el abandono de su amante, Hispala acabaría por descubrir cuanto sabía de los misterios secretos de las bacanales, «misterios» que serían cortados de raíz por el senado romano ante el informe del cónsul Sp. Postumio Albino.

El texto de tal *senatusconsultum* (CIL, I, 2, 581), en su versión dirigida a los habitantes del *ager Teuranus*, área de la actual Tiriolo en Calabria, se ha conservado en una pequeña placa de bronce (27,3 × 28,5 cm), localizada en 1640 cerca de Tiriolo, hoy atesorada y expuesta en el Kunsthistorisches Museum de Viena.

Integración de Etruria en Roma

Resuelto el problema de las bacanales, Etruria, que había sido convertida casi en su totalidad, y a la fuerza, salvo excepciones, en *ager publicus,* se fue integrando cada vez más en el aparato económico y político de Roma, no dudando determinadas familias etruscas en colaborar con los romanos.

Prueba de su integración era la presencia de un elevado número de colonos y de esclavos romanos y extranjeros en no pocas ciudades etruscas —sobre todo de la Maremma—, mano de obra servil que abría el camino para el mantenimiento, a bajo costo, de los enormes latifundios que por la conquista se habían creado en Etruria. La presencia de aquella mano de obra, peculiar en el planteamiento capitalista y esclavista romano, fue una de las circunstancias que llevaría a Tiberio Sempronio Graco, a su regreso de Hispania en el 137 a.C., a preparar sus reformas agrarias *(Lex Sempronia),* según sabemos por Apiano *(Hist. rom.,* 1, 7-9).

Fracasadas aquellas reformas y las de su hermano Cayo, muerto en el 121 a.C., Etruria no participaría en la gran insurrección de los pueblos itálicos que, con motivo de la concesión de la ciudadanía romana, se había suscitado (Guerra Social o *bellum sociale* del 91-88 a.C.), dado que las grandes familias oligárquicas etruscas, a las que tal concesión perjudicaría económicamente, ya se habían preocupado de obtener la ciudadanía romana con anterioridad.

Consecuencias de la primera guerra civil

En el posterior enfrentamiento entre Cayo Mario y L. Cornelio Sila, que motivó una primera y sangrienta guerra civil (87-82 a.C.), Etruria hubo de sufrir mucho, debido a que toda la zona del norte había tomado partido por el bando de Mario. Sin embargo, Sila, al salir vencedor, ejecutó una cumplida venganza (F. Hinard). Populonia fue tomada al asalto, Volterra hubo de soportar un asedio de tres años, al cabo de

los cuales sus habitantes fueron masacrados. Los etruscos de las zonas del curso alto y medio del río Arno (Arezzo y Fiésole, sobre todo) vieron cómo sus tierras eran confiscadas en favor de los veteranos silanos.

Desaparecido Sila, numerosos problemas volvieron a crearse en Italia, entre ellos: la revuelta popular del cónsul demagogo M. Emilio Lépido, que tuvo especial arraigo en Etruria, el levantamiento de esclavos dirigido por el tracio Espartaco y el galo Crixos, la rebelión de Sertorio en Hispania y una nueva agitación en Etruria, alentada, entre otros, por M. Perperna Veiento, un partidario de Mario. Esta última agitación se debió a las reivindicaciones territoriales de los pequeños y medianos propietarios etruscos, quienes volvieron a ocupar, incluso con violencia, las tierras que les habían sido desposeídas al pasar las mismas a ser consideradas *agri publici* o al haber sido entregadas a los militares veteranos de Sila.

La guerra de Perugia («bellum Perusinum»)

La nueva guerra civil (49-48 a.C.), suscitada a causa de las ambiciones de C. Julio César y Cn. Pompeyo Magno, no supuso ninguna alteración especial para Etruria, ya totalmente romanizada, salvo algunas represalias tomadas contra determinados etruscos con motivo del asesinato de César (lista de proscritos en F. Hinard). El posterior enfrentamiento entre C. Octavio y Marco Antonio (41-40 a.C.) sí fue el causante de una serie de disturbios motivados por la concesión de tierras a los veteranos de Octavio. La negativa a ejecutar aquellas órdenes por parte del cónsul Lucio Antonio, hermano de Marco Antonio, obligó a Octavio a atacar a su rival, originándose así el llamado *bellum Perusinum,* siendo Perugia uno de los lugares más castigados. Muchos de sus habitantes (todos los senadores y 300 notables) fueron pasados a cuchillo en presencia de Octavio, masacre efectuada en honor de su padre adoptivo, divinizado, César (Apiano, *Bell. civ.,* V, 32 y ss.; Suetonio, *August.,* 15; Dión Cassio, 48, 14). Uno de sus habitantes, de nombre Cesto Macedonio, no dudó en prender fuego a la ciudad. Luego sería reconstruida por orden del propio Octavio, tomando el nombre de Augusta Perusia.

Adaptación de Etruria a sus nuevos amos

En cualquier caso, a partir de C. Julio César, que se había preocupado de la crítica situación agrícola y social de Etruria, y que por ello sería llorado al enterarse el país de su asesinato en el 44 a.C., lo etrusco se fue diluyendo lentamente: se produjo un vasto proceso de transformación demográfica, la lengua empezó a hablarse menos, en los últimos hipogeos etruscos de Caere, Tarquinia o Perugia, al lado de inscripciones etruscas, comenzaron a aparecer también las latinas, el arte copió los parámetros estéticos romanos, las grandes necrópolis fueron abandonadas... Podemos decir, con palabras de Diodoro de Sicilia, que «los etruscos se adaptaron a sus nuevos amos».

Cuando el emperador Claudio (41-54) comenzó a escribir en griego la historia de los etruscos *(Tyrrhenikà),* a la que dedicó veinte libros, la consulta de archivos era la prueba evidente de que Etruria era algo del pasado, de que había desaparecido históricamente. Además, con la muerte de tal emperador, en el año 54 de nuestra era, finalizó también, según los propios augures, el último siglo etrusco, el décimo.

Capítulo IV

El espacio urbano y las ciudades

El paso de los tiempos sepultó irremisiblemente los espacios urbanos (*śpur* = «ciudad») en los cuales los etruscos desenvolvieron su vida y desarrollaron su historia. Sin embargo, a partir del Renacimiento, el sucesivo hallazgo de singulares piezas artísticas etruscas —entre ellas, la «Quimera», la «Minerva de Arezzo» y el «Orador» (*l'Arringatore)*— hizo volcar el interés de los eruditos sobre la antigua civilización que las había producido. Después de un largo silencio de cuatro siglos, se volvió a despertar el interés por las ciudades etruscas, a raíz del descubrimiento de alguna de ellas (Caere, Tarquinia, Vulci).

Debe recordarse que la historia etrusca fue, ante todo, la historia de numerosas ciudades independientes, que no decidieron nunca constituir una efectiva unidad política, a pesar de sentirse todas arropadas bajo un único *nomen,* el de «Etruscos».

Las principales ciudades

El mapa de la Etruria originaria puede dividirse en dos grandes zonas: una meridional, que comprende desde el río Fiora, que da directamente al mar Tirreno, hasta el curso medio y bajo del río Tíber, y otra norteña, encuadrada entre el río Arno y el precitado Fiora. El Paglo, afluente del Tíber, la cierra por el interior.

Ambas zonas contaron con numerosas ciudades etruscas, destacando en la zona sureña, como enclaves muy importantes, Veyes, Caere, Tarquinia, Vulci y Volsinii. En la zona norte, aparte de Vetulonia, Ruselas y Populonia —ésta, como excepción, levantada junto a la costa para controlar la isla de Elba—, se hallaban, entre otras, Perugia, Chiusi, Cortona, Arezzo, Volterra y Fiésole.

Ciudades de la Etruria meridional

Entre las más significativas y, por supuesto, más ampliamente estudiadas, pueden señalarse las siguientes:

Esta ciudad —en etrusco tal vez *Vei(s)* o quizá *Veia,* en griego *Uentia* o *Uueioi* y en latín *Veii*— fue considerada como la más famosa de la Etruria meridional. Dicho enclave, hoy Isola Farnese, situado al norte de Roma, a tan sólo 17 km de distancia de ella y comunicada mediante una antigua vía (T. W. Potter), hubo de compartir mucha de su historia con la gran ciudad romana. Enfrentada numerosas veces con la misma por el control del valle bajo del Tíber y el dominio sobre Fidenes (Castel Giubileo), en territorio lacial, finalmente, tras el episodio de la poderosa *gens* romana de los *Fabii* (475 a.C.) y la muerte del rey de Veyes Larte Tolumnio *(Larth Tolumnes)* en el 437 a.C, a manos del tribuno militar romano A. Cornelio Cosso, caería en el año 396 a.C., y después de diez años de asedio, en poder de M. Furio Camilo, quien hubo de excavar galerías para penetrar en su interior. Seis años más tarde, en el 390 a.C., sirvió de refugio a los propios romanos con ocasión del incendio de Roma a manos de los galos. Luego de una etapa de decadencia, Octavio Augusto lograría que la ciudad volviera a resurgir al hacer de ella un importante municipio *(Municipium Augustum Veiens).*

Lamentablemente, aparte de los restos de su potente y doble muralla, que contó al menos con 10 puertas, fechable entre los siglos VI y V a.C., y de los fundamentos de sus cinco templos —uno de ellos, el del Portonaccio, fuera de las murallas y dedicado a la diosa *Menrva* y que deparó una serie de estatuas acroteriales muy famosas *(Aplu, Heracle, Latona)*—, es poco lo que se conoce de su etapa etrusca, con excepción de un gran número de habitaciones privadas y de canales de drenaje y materiales correspondientes a los siglos VII y VI a.C., época de su máximo esplendor tanto económico como político, años en los que había sometido a capenatos y faliscos y había mantenido a raya a la ciudad de Caere. Fue tal su fama que Dionisio de Halicarnaso (II, 54) no dudó en compararla con la misma Atenas.

Veyes fue el resultado del sinecismo de varios enclaves urbanos villanovianos, no localizados en cuanto a sus viviendas, pero sí en lo referente a sus necrópolis. Los materiales aportados por algunas de ellas (Quattro Fontanili-Vaccareccia, Grotta Gramiccia, Casale del Fosso y Valle della Fata), muy semejantes a los hallados en las tumbas de Tarquinia y Vulci, demuestran la existencia de pequeños núcleos habitados independientes durante el siglo IX a.C.

Alrededor de la ciudad, ya constituida, se ubicaron nuevas y grandiosas necrópolis —caso de la de Riserva del Bagno y la del Monte Michele— que contenían algunas importantes tumbas. En la primera de las necrópolis citadas está la *Tomba delle Anatre,* del siglo VII a.C., decorada con frescos orientalizantes de vivísimos colores, catalogados como los más antiguos de Etruria hasta el hallazgo de una tumba de cámara en Grotta Gramiccia, necrópolis antes citada. Esta tumba, localizada muy recientemente y divulgada a mitad de 2006, fechable en el 690-680 a.C., ha sido denominada de los *Leoni Ruggenti* por el motivo decorativo principal de la misma. En la segunda necrópolis, la del Monte Michele, se halla la *Tomba Campana,* asimismo realzada con pinturas también fechables a finales del siglo VII a.C.

En la misma necrópolis y de no menor interés es la *Tomba del Principe,* de claro estilo orientalizante, así como los túmulos de Vaccareccia y Monte Aguzzo.

En Veyes trabajó el extraordinario escultor *Vulca,* cuyas obras, entre ellas los famosos *Aplu, Heracle* y *Latona,* adornaron el santuario de *Menrva,* ubicado fuera de

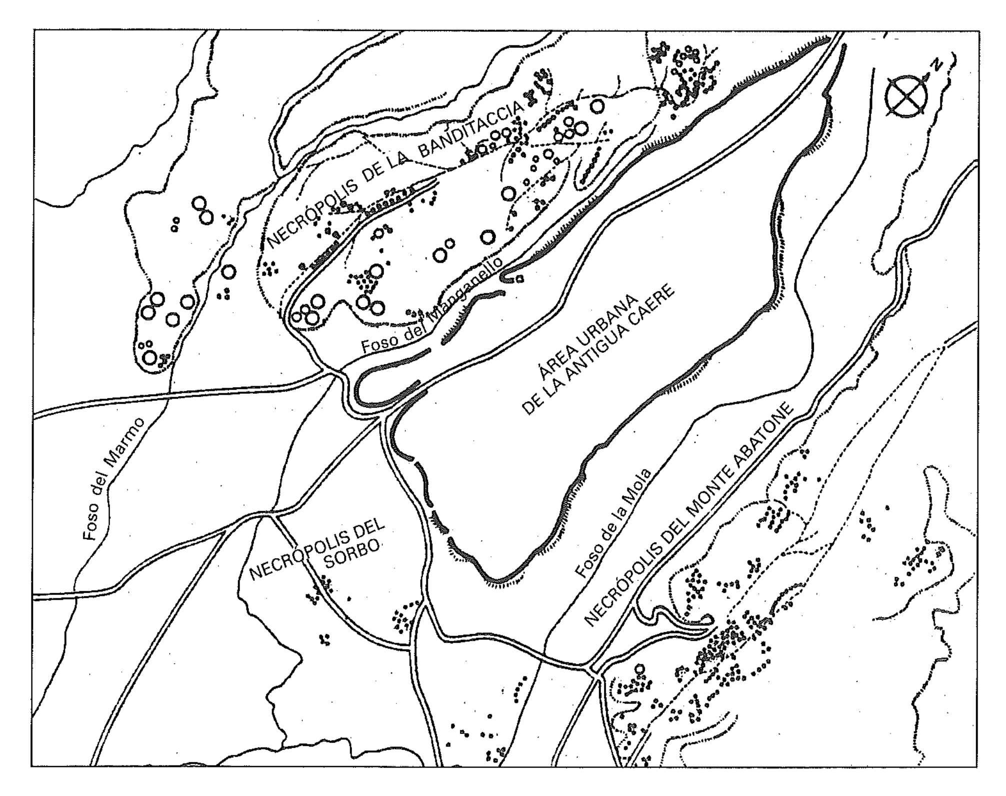
las murallas, en el enclave, antes citado, del Portonaccio. Luego sería llamado a Roma para modelar la divina cuadriga que adornaría el templo de Júpiter Capitolino, según se sabe por Plinio el Viejo *(Nat. Hist.,* 35, 157).

Caere (Cerveteri)

Por debajo de Tarquinia, y a unos 45 km de Roma, se halla la actual ciudad de Cerveteri *(Caere vetus),* que en tiempos etruscos fue conocida como *Ceisra, Kaiseri* y *Chaisrie* y a la que los cartagineses llamarían *Kysria,* los griegos *Agylla* o *Chaire* y los romanos *Caere.*

Ubicada a unos 6 km de la costa, pudo tener salida al mar gracias a tres importantes puertos muy frecuentados por griegos, cartagineses y orientales: Pyrgi (Castello di Santa Severa), Punicum (Santa Marinella) y Alsium (Palo Laziale), los cuales, a comienzos del siglo IV a.C., serían destruidos por el tirano Dionisio I el Viejo de Siracusa. A tales puertos pueden añadirse aún otros dos de importancia secundaria: Castellina y Fregenae.

Caere, fundada según Estrabón (V, 2) por los pelasgos, fue habitada ya en tiempos villanovianos y llegó a superar en importancia a su vecina Tarquinia durante la etapa orientalizante. Su prosperidad le vino dada por la explotación de los minerales de los montes de la Tolfa, no muy lejanos, y por su actividad artesanal —bronces, ce-



Ciudad y necrópolis de Caere. (Tomado de G. Camporeale.)



Tomba dei Rilievi. Caere.

rámicas, entre ellas, el *bucchero,* que fue allí fabricado por primera vez— y su activo comercio con griegos y cartagineses, además de con otras ciudades etruscas, en particular Vetulonia, traficando con minerales de cobre y de hierro provenientes de las minas septentrionales.

Según la documentación, después de los episodios que significaron la expulsión de su rey Mezenzio por sus propios súbditos, más tarde, en el año 540 a.C., junto a los cartagineses la ciudad tomó parte en la batalla de Alalia (Córcega), lo que le permitió suplantar a los griegos en el control de tal isla. Por las láminas de Pyrgi se sabe que hacia el 500 a.C. fue regida por *Thefarie Velianas.*

Caere llegó a estar muy helenizada, hasta el punto de disponer incluso de un edificio propio *(thesaurus)* en la griega Delfos para allí depositar sus dones votivos, y tributar así, directamente, en el santuario panhelénico de Apolo. Mantuvo asimismo relaciones económicas y culturales con Roma. Se sabe por Tito Livio (IX, 36) que a Caere eran enviados en el siglo IV a.C. notables romanos para estudiar materias téc-

nicas y religiosas. Y en Caere, según una tradición, había buscado refugio Tarquinio el Soberbio al ser expulsado de Roma.

En el 390 a.C. la ciudad acogió a los sacerdotes, a las Vestales, así como a los *sacra* romanos, debido al ataque de los galos sobre Roma. Seis años después, sin embargo, sería saqueada por Dionisio I el Viejo de Siracusa (Diodoro de Sicilia, XV, 14). Por fin, tras la expulsión de su *rex* Orgolnio por parte del tarquiniense Aulus Spurinna, quedaría sometida a Roma en el 351 a.C. Según se sabe, Caere sería la primera ciudad etrusca en obtener la ciudadanía romana, aunque sin derecho a voto *(civitas sine suffragio),* si bien una rebelión en el 273 a.C. le costaría la pérdida de sus derechos. Su propia posición geográfica la defendía suficientemente, por lo que tan sólo hubo de fortificarse en puntos concretos.

Los materiales arqueológicos y restos localizados en ella son muy importantes en calidad y cantidad —sobre todo cerámicas (muy famosas sus hidrias, *pithoi* y *foculi)* antefijas, lastras y sarcófagos). Cabe reseñar el hallazgo de los restos de dos edificios de comienzos del siglo V a.C., adyacentes a un espacio abierto o plaza pública. Uno era de planta elíptica con gradas y a cielo abierto, sin duda destinado a ceremonias, reuniones públicas o espectáculos. El otro era un templo de tres *cellae,* orientado al norte y añadido a una residencia aristocrática o *regia,* destruida hacia el 490 a.C. o poco después.

Caere contó también con diferentes necrópolis, entre ellas, la rupestre de Sant'Angelo, la de la Cava della Pozzolana, la del Monte Tosto y la de la Banditaccia. Esta última, la más importante, está constituida por centenares de tumbas, tanto de cámara como de *dado,* además de hipogeos con túmulos de basamento circular —algunos de hasta 30 m de diámetro—, todas ellas del máximo interés por sus materiales, arquitectura, pinturas e inscripciones. Bastaría citar las tumbas *della Capanna, degli Scudi e delle Sedie, delle Cinque Sedie, dei Rilievi, del Triclinio, dei Sarcofagi, delle Iscrizioni* y *dell'Alcova* para testimoniar la gran importancia de las mismas.

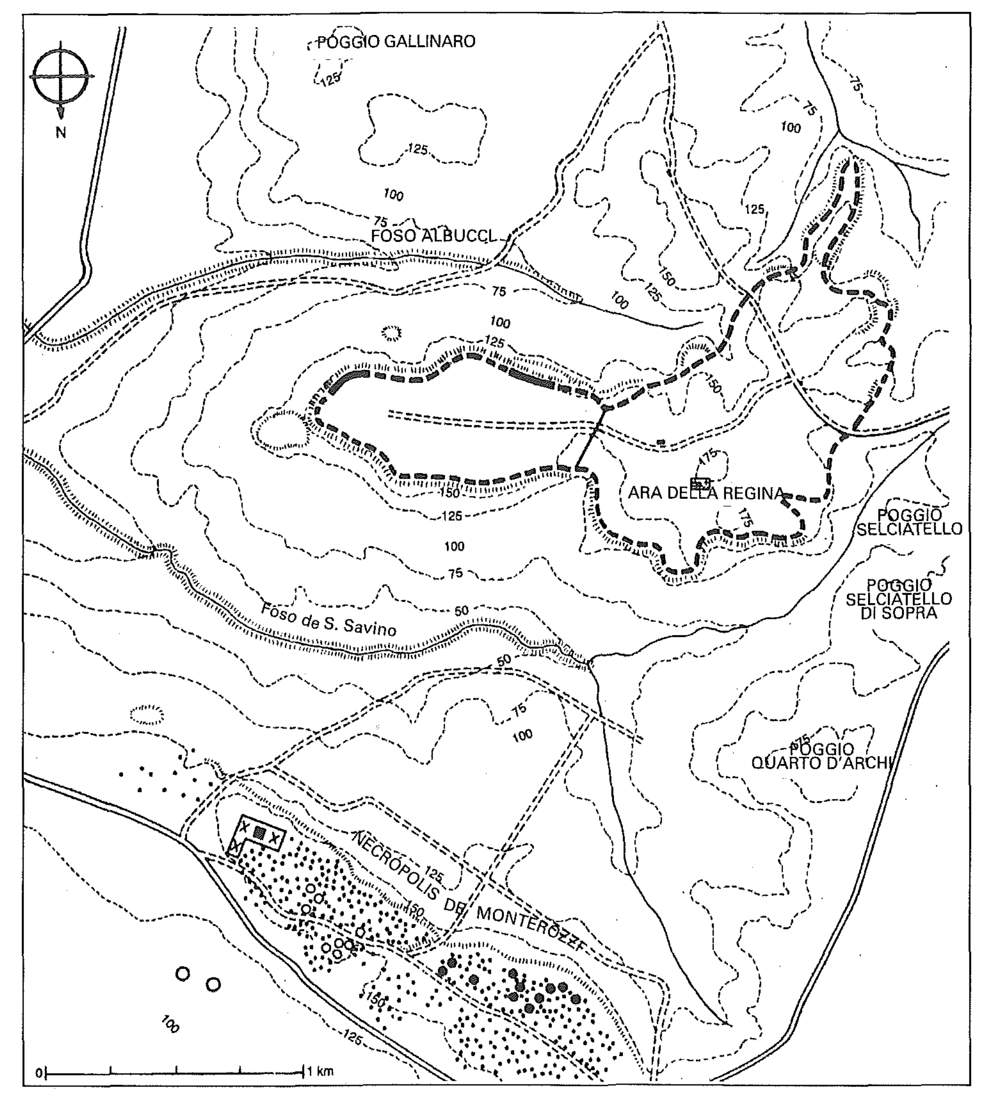
Extraordinaria es también, por otro lado, la principesca *Tomba Regolini-Galassi,* del siglo VII a.C., ubicada en otra de las necrópolis caeretanas, la del Sorbo, tumba hallada intacta con todo su material de tipo orientalizante que contrasta con el material villanoviano de otros enterramientos de fosa, también allí existentes.

Lo mismo cabe decir de la necrópolis del monte Abatone, en donde se localizó la famosa *Crátera de Eufronio,* hoy atesorada en el Metropolitan Museum de Nueva York. De esta necrópolis hay que citar la *Tomba Martini-Marescotti,* la *Tomba Torlonia* y la *Tomba Campana.*

Tarquinia

Al norte del territorio caeretano se extendía el de Tarquinia (en etrusco *Tarchna* y *Tarchuna* y en latín *Tarquinii),* cuya ciudad capital había conocido ya un gran florecimiento en época villanoviana, aunque sería luego superada por Caere y Vulci durante la etapa orientalizante.

Tarquinia, que nunca perdió su carácter de «ciudad madre», se hallaba ubicada a unos 8 km del mar, siendo su puerto principal Gravisca (cerca de Porto Clementino), enclave marinero que conoció un fuerte asentamiento de gentes griegas y que incluso contó con un santuario heleno, fundado hacia el 570 a.C., y abandonado a comienzos del siglo III a.C. También funcionaron como puertos el enclave llamado Martanum por los romanos, ubicado en las bocas del Marta, y Rapinium, en las del Mignone.



Planta de la ciudad y necrópolis de Tarquinia. (Tomado de G. Camporeale.)

La tradición romana (Tito Livio, I, 34) situó en tal ciudad las actividades del corintio Demarato, quien, exiliado de su patria por razones políticas —golpe de Estado del tirano Cipselo en el 657 a.C.—, acabaría instalándose en ella. De tal personaje, citado en páginas anteriores, sería hijo Lucumón, el cual con el nombre de Lucio Tarquinio Prisco reinaría en Roma tiempo después.

De acuerdo con la leyenda, Tarquinia fue fundada por el mítico Tarconte —*Tarchun,* en etrusco—, hijo (o hermano) de Tirreno, el héroe que había conducido a los etruscos a Italia desde Lidia, según la tradición recogida por Heródoto (I, 94) y Estrabón (V, 219). También en ella, según recuerda Cicerón *(De div.,* II, 23), el joven *Tages* reveló el arte de la aruspicina a los etruscos, tras surgir milagrosamente de un surco de

tierra que estaba siendo labrado. No faltaron luego leyendas que harían originarios de Tarquinia a los famosos reyes Tarquinios de Roma.

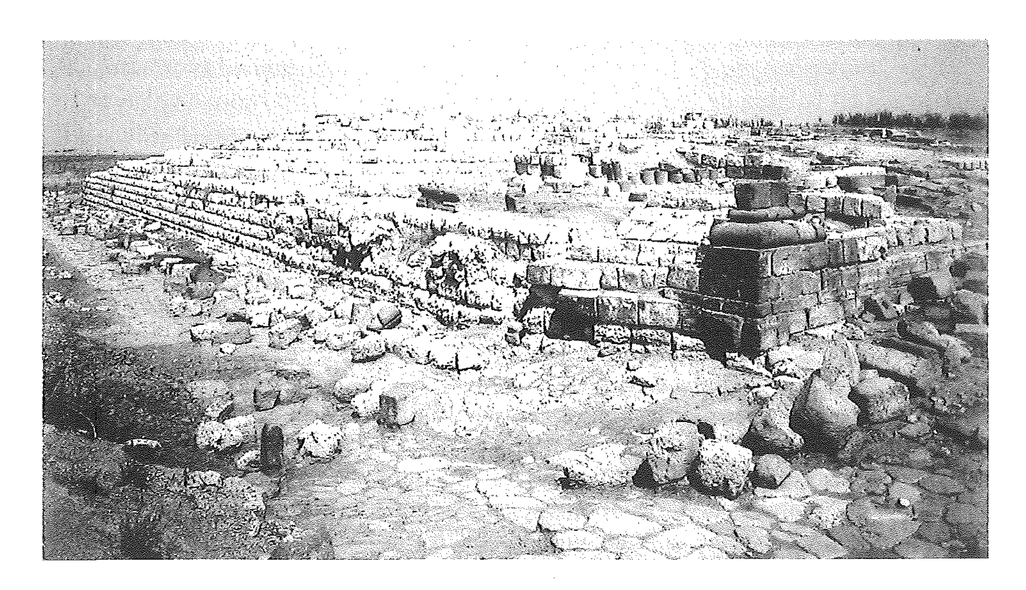
Igualmente, siguiendo a Estrabón (V, 220), de Tarquinia procederían los símbolos del poder monárquico, esto es, los *fasces* lictores y *secures,* la silla curul y la toga listada de púrpura, opinión no compartida por Silio Itálico *(Púnica,* VIII, 483-487), quien pensó en Vetulonia como lugar originario.

El historiador Tito Livio sitúa entre el 358 y el 351 a.C. una larga guerra entre Roma y Tarquinia, a la que seguiría una paz de 40 años, terminada la cual se volvió otra vez a los enfrentamientos armados, hasta que en el año 280 a.C. la ciudad y su territorio fueron dominados por el cónsul T. Coruncanio Nepote, incorporándose sin más a la República romana.

De gran interés son, además de los restos de sus murallas y edificios, una cavidad natural junto a la cual existía una zona de sacrificios rituales, y el basamento rectangular (77 × 34 m) sobre el que se construyó el grandioso templo conocido como *Ara della Regina,* en donde se encontraron los dos famosos «caballos alados», trabajados en terracota, y un importante conjunto de textos epigráficos. Tarquinia contó con otros dos templos más, uno de ellos en la localidad de Ortaccio.

Sus vastas y numerosas necrópolis sobre las colinas que circundan Tarquinia, algunas con materiales villanovianos (necrópolis «Le Rose», por ejemplo), han deparado enterramientos de variada tipología arquitectónica (tumbas de pozo, de fosa, hipogeos con túmulos, etc.). Las pinturas de sus siempre lujosas tumbas —las de la necrópolis de Monterozzi, completadas con inscripciones, epitafios y genealogías, son espectaculares— permiten estudiar numerosos aspectos de la vida cotidiana etrusca, a pesar de ser de tipología griega y probablemente realizadas por artistas jonios refugiados en Tarquinia.

De las casi 150 tumbas con pinturas que se conocen deben ser citadas, a título de ejemplo, la *Tomba di Bocchoris,* de la etapa orientalizante, en la que se halló, entre otros productos villanovianos, orientales y griegos, un vaso de fayenza con el nom-



Templo del *Ara della Regina.* Tarquinia.

bre en jeroglífico de tal faraón (720-715 a.C.), vaso estudiado por A. Momigliano, así como las tumbas *delle Pantere, dei Tori, del Orco I, degli Scudi, del Tifone, degli Auguri, del Triclinio, delle Olimpiadi, dei Leopardi, delle Leonesse, delle Bighe, delle Nave, della Caccia e della Pesca, dei Giocoleri, del Barone* y *del Letto Funebre.* Y, por supuesto, otras más, todas ellas enriquecidas con numerosa cerámica y con notables sarcófagos de piedra, mármol y alabastro (hay que recordar el de *Laris Pulenas,* los de la familia *Partunu,* sobre todo el de *Velthur,* muerto a los ochenta y dos años, y los de las familias *Alvethna, Camna* y *Pumpu)* y abundante material proveniente de Fenicia, Grecia y Oriente.

Tarquinia mantuvo casi siempre su condición de importante mercado, aparte de sobresalir en la elaboración de manufacturas de bronce y cerámicas finas.

El hecho de disfrutar de los recursos metalíferos de los montes de la Tolfa —ya desde el Bronce final— hizo de ella un centro comercial de enorme significado. La pérdida luego del distrito minero de la Tolfa a favor de Caere, a finales del siglo VIII a.C., fue motivo de una gran recesión económica. Pronto, y gracias a su puerto marítimo, volvería la prosperidad a sus gentes. A partir del 280 a.C., como se ha dicho, el proceso de romanización hizo perder importancia a la ciudad.

Vulci

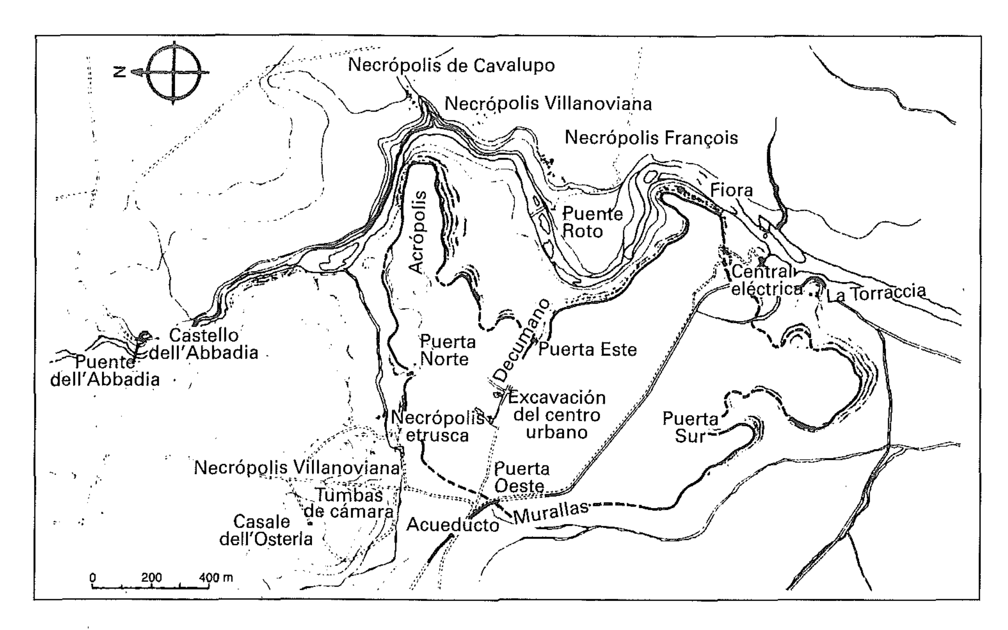
Por encima de Tarquinia se extendía el territorio vulcente, sin duda el más extenso de toda la Etruria meridional. Su capital, en la orilla derecha del río Fiora, fue Vulci (en etrusco *Velcha,* en griego *Olkion* y en latín *Vulcii* y *Volcei),* levantada sobre una colina, situada a unos 12 km del mar, en donde el enclave de Regae —Estrabón (V, 2) lo llamó Rigisvilla— (hoy Le Murelle) funcionaba como puerto.

Todo su territorio ya apareció poblado en tiempos protovillanovianos (valle del Fiora y del Olpeta) y villanovianos, llegando a alcanzar su apogeo, aunque lentamente, en el siglo VIII a.C., momento en que se convirtió en una indiscutible metrópoli. Sin embargo, sus restos arqueológicos tan sólo testimonian la fase final de su desarrollo urbano, posterior al siglo IV a.C.

Vulci, muy poco citada en las fuentes, destacó por su gran actividad artesanal, especializada en la labra de estatuas, fabricación de bronces —un bronce vulcente fue localizado en la acrópolis de Atenas— y cerámicas. Su comercio con los griegos de Pitecusa y de Cumas, de donde importaba cerámicas corintias, jónicas y áticas, además de otros productos de lujo, que luego redistribuía entre otras ciudades etruscas, transapenínicas, corsas y de la costa francesa, fue muy activo.

Del siglo VII a.C. es la principesca *Tomba del Carro di Bronzo,* descubierta intacta en 1965, con materiales orientalizantes. Algo posteriores (siglos VI-V a.C.) son las tumbas de las necrópolis de Poggio Maremma, Cavalupo, Osteria, Polledrara, Ponte Rotto y Ponte Sodo. En la de la Osteria sobresalen las tumbas conocidas como *del Guerriero,* que ha documentado la panoplia de un hoplita etrusco de los años 520-510 a.C., y la de la *Panatenaica,* ésta con numerosos vasos cerámicos jonios, corintios y áticos de formidable calidad.

De época posterior son algunos ejemplares de tumbas con túmulo, como la de *Cuccumella,* en la necrópolis de Cavalupo, de planta compleja y enorme túmulo de casi 65 m de diámetro y 18 de altura, o los hipogeos de época clásica y helenística *(Tomba dei Prusinas* —también llamada *delle Iscrizioni*—, *Tomba dei Tutes* —con 18 sarcófagos adosados, utilizados por cuatro generaciones—, *Tomba dei Tarnas* y *Tomba dei Tetnies).*



Planta de la ciudad y necrópolis de Vulci. (Tomado de G. Camporeale.)

El período de mayor importancia lo vivió Vulci en los siglos VI y V a.C., tiempo marcado por una floreciente industria artística y artesanal, además de por erigirse en el principal mercado distribuidor de cerámica griega. Asimismo, junto a sus piezas trabajadas en piedra y bronce, de justa fama y difusión, la fabricación de la cerámica conoció una extraordinaria vitalidad, con talleres de «firmas» famosas («vasos pónticos», vasos del *Pittore di Micali,* vasos del *Gruppo di Praxias,* entre otros).

De mediados del IV a.C., siglo en el que Vulci junto a Tarquinia, Falerii y Volsinii se opuso enérgicamente al expansionismo romano, es su famosa e impresionante *Tomba François,* hipogeo de la familia *Saties,* en Ponte Rotto, cuya gran cámara y sus siete salas complementarias en forma de «T» se decoraron con frescos tanto de leyendas griegas como de testimonios históricos del mundo etrusco-romano.

Vulci, aliada luego con Volsinii, acabó siendo conquistada por el cónsul romano T. Coruncanio Nepote en el 280 a.C. (CIL, I, 2, 2), iniciándose, a partir de aquella fecha, su inevitable decadencia. De los pocos restos localizados, caben destacar los pertenecientes a edificios de culto, suburbanos, los del área sagrada del Fontanile di Legnisina, los materiales del llamado «Templo Grande», así como parte de sus murallas con cuatro o cinco puertas de acceso, cisternas, pozos y algunos *cuniculi,* además de su famoso puente, con 30 m de luz, obra ya etrusco-romana del siglo I a.C., del Castello dell'Abbadia, sobre el río Fiora, en un agreste paisaje.

Volsinii

En esta ciudad, conocida en etrusco como *Velzna* o *Velzu* y en latín como *Volsinii* —identificada por K. O. Müller con la actual Orvieto *(Volsinii-Urbs Vetus)* y por R. Bloch con una ciudad cerca del lago Bolsena *(Volsinii Novi-Bolsena)*—, se ubicaba,

al parecer, aunque todavía no se ha podido demostrar arqueológicamente, el célebre *Fanum Voltumnae,* el templo federal del dios Voltumna, en el cual se reunían cada año los representantes de las ciudades etruscas a fin de celebrar, con mucha probabilidad, una asamblea panetrusca, en el contexto de una gran fiesta religiosa.

Aunque los restos de la Volsinii etrusca no se han localizado con exactitud, se piensa que tal ciudad, considerada por el bizantino Zonaras (VIII, 7) como una de las más antiguas y por el retórico e historiador romano del siglo I Valerio Máximo (IX, I, ext.2) como «cabeza de Etruria», pudo haberse ubicado en las cercanías de Orvieto, según testimonian los materiales localizados en el Campo della Fiera.

La actual Orvieto, situada sobre una rocosa altura que domina los ríos Chiana y Paglia, ha facilitado numerosos restos etruscos, entre ellos, los de al menos seis templos, algunos periféricos (como los de Belvedere, del siglo V a.C. —y del que ha llegado el podio— y San Giovanni) y también extraurbanos (en la Cannicella), abundante material epigráfico, cerámicas obradas en sus talleres y bronces.

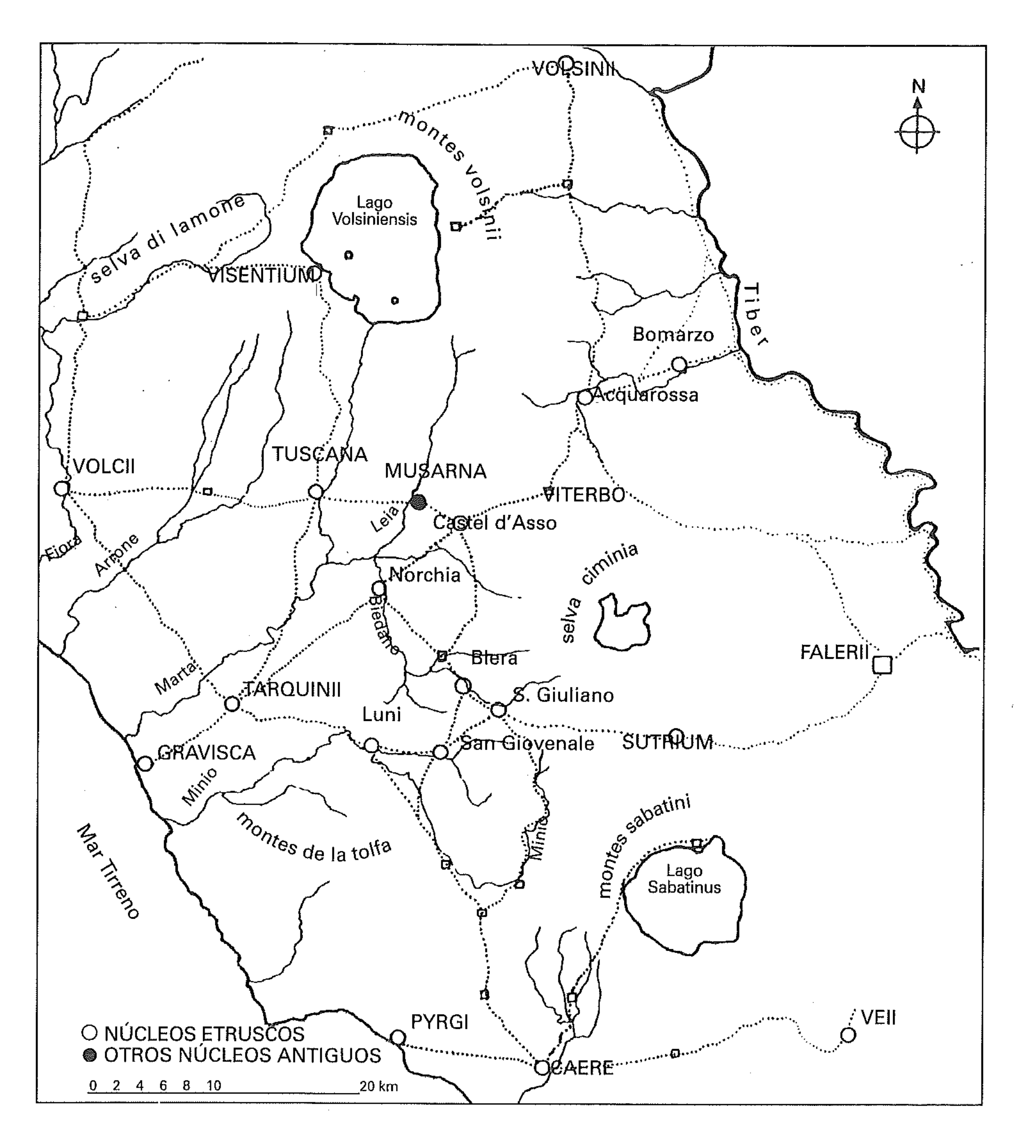
En su necrópolis del Crocifisso del Tufo, estudiada por M. Bizarri, que tiene el aspecto de una verdadera ciudad antigua —y por lo tanto de gran interés para el estudio del urbanismo etrusco—, se asientan tumbas *a dado,* fechadas en los siglos VI y V a.C., de planta rectangular y de cámara única, coronadas con cipos o estelas, distribuidas en calles. En otra necrópolis —la de la Cannicella, mucho más antigua—, con tumbas de fosa y de cámara excavadas en la roca, han aparecido materiales del siglo VII a.C. *(Tomba del Guerriero),* así como un santuario, en donde se localizó la célebre estatua griega de una divinidad femenina desnuda (la *Venus della Cannicella).* Muchísimo más tardías son las necrópolis, ya algo alejadas, de Settecamini (*Tomba Golini I* y *Golini II)* y de Castel Rubello *(Tomba degli Hescanas).*

En cuanto a los diferentes enclaves arqueológicos del lago Bolsena, cuya zona, en opinión de P. Tamburini, era fundamental en las relaciones políticas entre los distritos de Tarquinia, Vulci y Volsinii, los mismos han facilitado numeroso material, tanto villanoviano (asentamiento lacustre del Gran Carro) y etrusco (La Capriola, La Cività) como romano (Visentium).

A pesar de sus potentes murallas, la Volsinii etrusca, que había hecho frente a Roma en el 392 a.C., acabó siendo destruida en parte por los cónsules L. Postumio Megelo y M. Atilio Régulo en el 294 a.C. Pocos años después, en el 280 a.C., sucumbiría ante el cónsul T. Coruncanio Nepote, quien la saqueó. Tras ser arrasada por completo en el año 265 a.C. por el cónsul M. Fulvio Flacco como represalia por la revuelta social antiaristocrática —los romanos se llevarían además 2.000 estatuas del cercano *Fanum Voltumnae*—, la ciudad sería reubicada al año siguiente por los vencedores en torno a la actual Bolsena, en un lugar menos protegido, para así estar perfectamente controlada. Se trataba de otra Volsinii nueva, en oposición a la *urbs vetus.* Se han podido detectar e individualizar, en lo que fue el nuevo enclave, algunos de los principales edificios romanos allí erigidos (santuario de Pozarello y de Poggio Casetta, teatro, anfiteatro, basílica, termas) y también construcciones privadas.

Las necrópolis rupestres

En la Etruria interior, en el amplio espacio comprendido en el triángulo que forman Volsinii, Viterbo y Tarquinia, regado por numerosos cursos de agua, que a través de los siglos habían ido excavando profundas gargantas en las rocas tobosas os-



La región de las necrópolis rupestres. (Tomado de G. Camporeale.)

curas y rojizas de la región, los etruscos de aquella zona fundaron diferentes enclaves urbanos al parecer poco significativos, de los cuales han llegado numerosas tumbas rupestres de la más variada tipología que excavaron en los elevados riscos y altozanos de su geografía, de acceso casi imposible.

La historia de los núcleos habitados allí existentes es casi desconocida y, en cualquier caso, muy compleja, a la vista de sus necrópolis rupestres. Se sabe que la base económica de los mismos fue la agricultura, la ganadería y, en menor grado, la minería.

El territorio, verdadera área de frontera, quedó influido cultural y materialmente por las tres grandes ciudades de su entorno, Tarquinia, Vulci y Volsinii, además de por Caere, algo más alejada.



Tumbas rupestres de la necrópolis de Norchia.

En medio de una vegetación tupida y enmarañada, sobre los frontales de muchas paredes rocosas y abruptas, se abren fachadas funerarias en forma de *dado,* de *tetto displuviato* —no muy comunes aquí—, de «doble galería», de «templo con columnas» con o sin frontones, escondiendo todas ellas impresionantes hipogeos.

Todas estas tumbas pertenecieron a los etruscos que habitaron en pequeños enclaves, por ejemplo, como Axia (hoy Castel d'Asso), de nombre etrusco desconocido, que ha facilitado, además de terracotas arquitectónicas, unas setenta de tales tumbas, en su mayoría de *dado,* excavadas casi todas en una de las vertientes del valle del Freddano y fechables entre los siglos IV y II a.C. De ellas merecen citarse, por sus dimensiones y estructuras, las conocidas como *Tomba Orioli,* con 62 inhumaciones, y *Tomba Grande* —ésta con 40—, ambas con *drómos* de acceso.

En Norchia, de la que se ignora su nombre tanto etrusco (¿tal vez *Orcla?)* como latino, además de los restos de sus murallas y de sus dos puertas de acceso, también se localizó una impresionante necrópolis rupestre, datable entre los siglos IV y III a.C., que ocupaba las sucesivas terrazas tobosas inclinadas sobre los riachuelos Acqualta, Fosso Pile y Biedano. Las tumbas aquí excavadas, invadidas por una vegetación agreste, presentan sus fachadas trabajadas y esculpidas, como todas las demás de tal zona, en la propia roca, imitando tumbas con frontales en forma de «templo» (caso de las *Tombe Dorichè),* no faltando, sin embargo, interesantes tumbas *a dado (Tomba delle Tre Teste, Tomba a camino, Tomba Ciarlanti, Tomba Prostila).*

Entre las tumbas de grandes personajes hay que citar las que pertenecieron a las familias de los *Ziluse,* de los *Smurinas,* repletas de cipos esculpidos, y de los *Churcle,* cuya tumba rupestre de singular fachada en dos plantas *(Tomba Lattanzi)* ha llegado semiderruida.

En la etrusca Blera, centro no muy floreciente, distante de Norchia unos 15 km, son visibles, además de unos pocos restos de sus murallas, más de un millar de tumbas, fechables entre los siglos VII y V a.C., excavadas sobre varios planos topográficos en los despeñaderos de su agreste roquedo, trabajado por el riachuelo Biedano, que fueron reutilizadas hasta la época helenística. Constituyen otros tantos hipogeos, con fachada exterior decorada y coronada con un cipo que individualizaba las tumbas. El sector más interesante y mejor conservado es el del Pian del Vescovo, con tumbas excavadas de variada tipología.

En su necrópolis de Pian del Vescovo hay que resaltar la tumba conocida como *Grotta Dipinta,* de sencilla planta, y la denominada *Tomba della Sfinge,* tumular y con dos cámaras sepulcrales. Es también destacable, al norte de Blera, Cerrachio, con restos de su hábitat, y el área de Grotta Porcina, con un gran túmulo de 28 m de diámetro, conocido como del Castelluzzo o Grande Ruota.

Más hacia el este se halla San Giuliano, colina con restos que tal vez puedan identificarse como pertenecientes a la etrusca *Cortuosa.* Además de algunos *cuniculi,* pozos y vestigios de su muralla, lo más significativo son los testimonios arqueológicos de algunas de sus necrópolis con tumbas de variada tipología. Sobresalen la *Tomba Rosi,* la *Tomba Costa,* ambas del siglo VI a.C., y la *Tomba Cima,* un túmulo orientalizante de grandes proporciones. En la necrópolis del Caiolo son de interés la *Tomba* de idéntico nombre —un túmulo con vestíbulo y cámara sepulcral—, la *del Cervo,* flanqueada por una espectacular escalinata, y la *della Regina,* tumba *a dado* de doble *cella.*

Un poco más al sur se halla San Giovenale, dominando la Vesca, un afluente del Mignone, sede probable del antiguo *oppidum* etrusco de *Contenebra,* con habitáculos que van desde las típicas cabañas villanovianas hasta restos de casas etruscas. En sus afueras se ubicó, siguiendo la tónica general, la necrópolis del Vignale, con tumbas orientalizantes y arcaicas, similares a algunas tumbas dispersas de su área (Porzarago, Grotta Tufarina y Fosso Pietrisco). Muy interesantes son los restos del puente sobre el torrente Pietrisco, que constituye el único puente conocido de tiempos etruscos.

Lo mismo cabe decir del altiplano de Luni sul Mignone, al oeste de San Giovenale, altiplano ocupado desde épocas remotísimas y que, además de tumbas de fachada rupestre, ha facilitado restos de grandes cabañas de planta rectangular con fundamentos de piedra y materiales apenínicos asociados a cerámicas micénicas, que precedieron a la ocupación etrusca del siglo VII a.C. y de la cual han llegado escasos restos.

Otras ciudades de la Etruria meridional

Aunque menos importantes, otra serie de enclaves de esta área geográfica contaron con establecimientos etruscos. Podemos citar, entre otros muchos, los yacimientos del lago Bracciano, cuyas orillas se repartían las ciudades de Caere y Veyes, así como los de Civitavecchia y los existentes en los montes de la Tolfa, con numerosas necrópolis.

Restos no exentos de interés arqueológico se han detectado en Acquarossa, no lejos de Viterbo, los cuales han ilustrado en buena parte la urbanística etrusca, siendo notables las ruinas de una vasta mansión residencial, a modo de *regia,* del siglo VI a.C., que ocuparía el dinasta local. Lo mismo cabe decir de lo hallado en la estratégica Ferento, fundada en el siglo IV a.C., y en Tuscania, enclave este que a partir del siglo VI a.C. entró a formar parte del territorio de Tarquinia. Aunque los restos etruscos localiza-

dos han sido escasos (tal vez se hallen bajo la actual población), sí han sido notables los encontrados en algunas de sus necrópolis con un gran número de tumbas de diferentes tipologías. De entre ellas sobresalen, sin embargo, las de la época helenística por haber aportado más de un centenar de sarcófagos de piedra, pertenecientes a grandes y ricas familias locales, como las de los *Vipinana* (23 sarcófagos), *Cuiruna* (34 sarcófagos), *Atna* y *Statlane* (50 sarcófagos).

Al noroeste de Tuscania se halla Ischia di Castro y no lejos de ella las ruinas de la antigua Castro (¿la *Statonia* romana?), derruida en el siglo XVIII, y que había dependido de la cercana Vulci. Aquí son visibles restos arquitectónicos invadidos por la maleza y numerosas necrópolis fechables entre los siglos VII y V a.C. Lo más interesante son sus ajuares (cerámicas sobre todo) y sus esculturas zoomorfas, ejemplo de la estatuaria arcaica de influencia vulcense, que se colocaban ante las tumbas. En una de ellas, de la necrópolis de Poggio di Castro, fue hallado en 1967, junto a los esqueletos de dos caballos, un carro de parada *(biga)* fechable en el 530 a.C., descubrimiento que dio nombre a la tumba *(Tomba della Biga)*.

Por su lado, en Macchia del Conte, cerca de Viterbo, estuvo Musarna, pequeño enclave que ha revelado, en parte, su planimetría urbana (doce *insulae* sobre un único eje longitudinal). Interesantes han sido el hallazgo en tal enclave de un edificio que en el siglo II a.C. fue transformado en un establecimiento termal y, sobre todo, sus tres necrópolis. En una de ellas, en un hipogeo, se localizaron un centenar de individuos pertenecientes a una insigne *gens* local, la de los *Alethnas*. De algunos de ellos se conoce su *cursus honorum*, caso de *Larth Alethnas*, hijo de *Laris*, que fue *zilath* de Tarquinia.

Sutri, ubicada en un estratégico enclave, ha facilitado varias tumbas rupestres, al igual que Falerii Veteres (hoy próxima a Civita Castellana), que contó con varios templos y que, aunque capital del Estado falisco —controlando por ello diferentes ciudades—, pronto quedó aglutinada en el área de dominio etrusco y tiempo después del romano. Destruida en el 241 a.C., sus habitantes fueron llevados a un nuevo núcleo residencial, Falerii Novi (hoy Santa Maria di Fàleri), que conserva todavía sus murallas del siglo III a.C. con cinco puertas de acceso.

Más al norte, en el valle del Fiora, debe citarse Sovana, cuya zona estuvo muy poblada en época arcaica. De su núcleo principal, protegido por los torrentes Fologna y Calesina, nada ha llegado, a excepción de las necrópolis de sus alrededores, excavadas en las rocas tobosas, con varios tipos de tumbas. Entre las que adoptaron tipología de *aedicula* hay que señalar la del *Tifone*, la del *Sileno* y la *della Sirena;* en las de cámara, la *Tomba Pisa*, y en las de forma de *tempio* la *Grotta Pola*, pero, sobre todo, la *Ildebranda*, ésta del siglo III a.C. y de grandes dimensiones.

Otro enclave interesante y muy antiguo fue Saturnia, recordada en las fuentes clásicas como *Aurina* o *Urina*. Su importancia le vino dada por su situación geográfica, que le posibilitaba controlar las vías de comunicación entre los territorios de Vulci, de Chiusi y del distrito del Monte Amiata.

Algunas ciudades del Lacio

Más importantes que las anteriores, pero situadas en el Lacio *(Latium vetus)* y con rasgos con personalidad propia, fueron Roma y Palestrina (hoy Preneste). Ambas ciudades, junto a otras, vieron la presencia de gentes etruscas y recibieron el impacto de su influencia. Sin embargo, la alusión que los escritores clásicos hicieron de la presencia

etrusca en el Lacio fue siempre indirecta y de manera más o menos velada en algunos de sus relatos. Los escritores griegos, cuando narraban acontecimientos anteriores al siglo VI a.C., pertenecientes a la cultura lacial (P. Gierow), no acababan de distinguir lo que era el Lacio y lo que era Etruria. A ello se le suma que los analistas e historiadores romanos tampoco admitieron —quizá por su orgullo nacionalista— que la cuna de su Imperio hubiese estado en tiempos primitivos dominada por gente extranjera.

Aquellas y otras circunstancias motivaron que se minimizase la proyección etrusca sobre el Lacio.

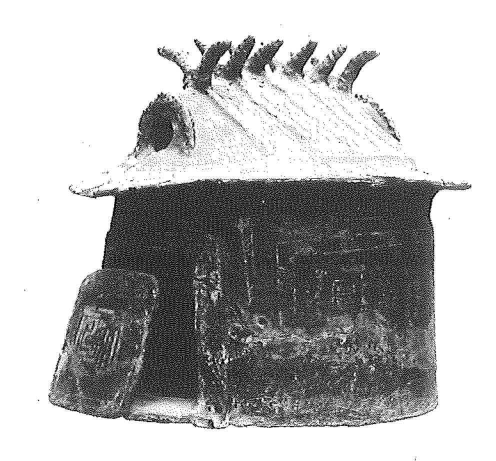
Roma

Con mucho, la más significativa ciudad del Lacio fue Roma, la cual, calificada por algunos historiadores clásicos de *pólis tyrrhenis* (Dionisio de Halicarnaso, I, 29), debió en sus orígenes muchísimo a los etruscos, si bien siempre fue una ciudad independiente, aun conociendo un período monárquico controlado por reyes etruscos. Supo, a pesar de ello, conservar su carácter latino, como lo demuestran, entre otros indicadores, las inscripciones del *Vaso de Duenos,* el *Lapis Niger,* su onomástica, su lengua y sus instituciones religiosas.

Dichos orígenes son todavía objeto de serios y minuciosos estudios, que han motivado una abundantísima bibliografía especializada, sobresaliendo los aportados por A. Alföldi, R. Bloch, G. Colonna, P. G. Gierow, A. Momigliano, R. Peroni, F. Coarelli, E. Gjestard, H. Müller-Karpe, P. Mackendrick, M. Pallottino y A. Carandini, entre otros muchos expertos.

En los estudios de tales autores se analiza con mayor o menor profundidad, y a la vista de las fuentes arqueológicas y escritas, la presencia de los etruscos, asociados a los inicios de Roma. Ello subraya la indudable importancia que Etruria hubo de proyectar sobre la Ciudad Eterna, sin que en tal proyección se deban ver necesarias consecuencias políticas o culturales, como han argumentado algunos especialistas. Una postura hipercrítica, sin embargo, adopta T. J. Cornell (1995), para quien el contacto de Roma con los etruscos tuvo tan sólo efectos superficiales, aludiendo a la Roma etrusca más como «mito» que como realidad histórica.

Las excavaciones arqueológicas efectuadas en distintas épocas, al tiempo que han ido arrinconando la tesis del origen de Roma como ciudad relacionada con la leyenda de Eneas —según M. Sordi, la misma habría arribado desde el mundo etrusco, que la hubo de conocer ya a finales del siglo VI a.C., en opinión de Fr. Brömer—, han puesto al descubierto materiales análogos a otros enclaves del Lacio y a restos de cabañas del siglo VIII a.C. en algunas de sus colinas (Palatino, Esquilino, Celio, Quirinal) y análogos también a unas cuantas necrópolis existentes en las hondonadas que las separaban, tanto de inhumación como de cremación.



Urna de *impasto.* (Museo de Villa Giulia, Roma.)

Constituido el enclave humano de Roma, sería a finales del siglo VII a.C. (Fase IV lacial) cuando determinados productos etruscos (cerámicas y metales), de origen veyense y caeretano, comenzarían a tomar carta de naturaleza, coincidiendo con la transformación de las cabañas en verdaderas casas de piedra cubiertas con tégulas. Nos hallaríamos así ante una Roma preurbana, que por estímulo etrusco se iba convirtiendo en una auténtica ciudad, sin duda, la más importante de todo el Lacio.

Serían, pues, los etruscos los que darían fisonomía de urbe a Roma. También Roma debería al mundo etrusco la continuidad, durante algún tiempo, de la monarquía, como tipo de organización política, sistema, sin embargo, ya preexistente, según ha demostrado el hallazgo de un vaso de *bucchero* en las excavaciones de la *Regia* —residencia edificada, según se creía, por Numa Pompilio en el Foro romano—, grabado con la palabra *rex*, vaso fechado a mediados del siglo VII a.C. Aunque, en opinión de E. Benveniste, la palabra *rex* pudo designar más a una figura dotada de poderes religiosos que políticos, no es menos cierto que con los datos de que se disponen, para los orígenes de Roma puede aceptarse en el mencionado vocablo una clara connotación política.

En Roma se instaló, como se ha visto en páginas anteriores, una dinastía de reyes etruscos, los cuales embellecieron la ciudad con templos (Templo de Júpiter Capitolino) y con diferentes obras civiles (Curia Hostilia).

Cerca de la iglesia de Sant' Omobono, las excavaciones del Foro Boario han contribuido a dar a conocer la influencia etrusca en los orígenes de Roma, al haberse descubierto el más antiguo templo de la ciudad, fechado a mitad del siglo VI a.C. y consagrado, tal vez, a la *Mater Matuta,* junto al cual se levantaría muy pronto otro dedicado a la diosa *Fortuna.*

Asimismo, en tal área se ha hallado gran cantidad de materiales tanto de importación griega como etrusca *(bucchero),* así como algunas inscripciones —muy poco significativas— en lengua etrusca, ya comentadas con anterioridad.

La influencia de todo lo etrusco, sin querer caer tampoco en el mito de la «Roma etrusca», continuó manifestándose en la ciudad tras la expulsión de los reyes, sobre todo en cuanto a instituciones y a temática religiosa y cultural se refiere.

Palestrina (Preneste)

Por su parte, Palestrina (en latín *Praeneste* y en griego *Praineston),* a 40 km de Roma, fue una notable ciudad, cuya fundación se quiso conectar con tres míticas figuras: con Telégono, hijo de Ulises y Circe; con Caeculo, el hijo de Vulcano, y con el epónimo Praeneste, el hijo de Latino. La ciudad como tal comenzó a consolidarse a partir del siglo VIII a.C., para alcanzar un gran prestigio en el siglo siguiente, en que conoció la presencia etrusca, dada su excelente posición geográfica entre la propia Etruria y la llanura campana. Oscuros, históricamente hablando, fueron los siglos VI y V a.C., siglo este último que vio la lucha contra los latinos al aliarse con Roma. Enfrentada a ésta, la ciudad sería conquistada en el 380 a.C. por Cincinnato y dominada completamente sólo a partir del 338 a.C. Palestrina pronto pactaría con Roma, a la que ayudó en sus luchas contra los samnitas y contra Aníbal, aunque luego sería masacrada por Sila en el año 80 a.C.

De los restos etruscos de Palestrina ciudad se sabe poco, si bien se han detectado componentes (lastras) que pertenecerían a alguno de sus grandes monumentos. Muy

importante fue, asimismo, su célebre santuario oracular de la Fortuna Primigenia, conectado desde el punto de vista del culto con Anzio *(Antium)* y con Roma.

En una de sus llanuras se ubicó una necrópolis que se mantuvo en uso desde la etapa orientalizante hasta la época helenística. La misma ha facilitado célebres cistas y espejos broncíneos, además de otros ricos objetos de su primera fase. Entre sus grandes tumbas de inhumación hay que recordar las conocidas como *Bernardini, Barberini, Castellani* y *Galeassi.*

La primera ha deparado materiales importantes de origen oriental, con piezas fabricadas en Siria, Chipre, Fenicia, Egipto e incluso Urartu, y que aparecen mezclados con elementos propiamente etruscos (muebles y calderos fabricados en Vetulonia, *bucchero* caeretano).

Otros enclaves laciales

Respecto a otros enclaves del Lacio, que conocieron influencias etruscas, hay que señalar la escasa información que se tiene de Gabii (Castiglione), Tibur, Aricia, Nemi, Alba Longa y Alatri. Por su parte, Tusculum ha facilitado vestigios villanovianos, pero muy pocos restos etruscos. Velletri y Terracina evocan nombres etruscos. En Ardea, Lavinium y Conca (Satricum) se localizaron algunos restos templares. Anzio fue considerada puerto de piratas etruscos.

Importante lugar para los etruscos fue Politorium (Castel di Decima), a tan sólo 16 km de Roma, con importantes restos de tumbas de comienzos del siglo VII a.C. y con el hallazgo de la primera figuración broncínea itálica con el mito de Eneas tan importante, por otra parte, en Etruria. El enclave fue destruido muy pronto, quizá hacia el 620 a.C., por parte de los romanos en el curso de su búsqueda de salida al mar, a través de la boca del Tíber, en donde establecerían Ostia.

Las referencias históricas demuestran de modo muy claro, según A. Hus, que el Lacio fue políticamente independiente de los etruscos, dado, por ejemplo, el normal funcionamiento de la Liga latina y el tratado concluido entre Roma y Cartago en el 509/508 a.C., en el cual la primera hablaba en nombre de diferentes ciudades del Lacio (Polibio III, 22), hecho que demostraba su independencia política.

Sin embargo, se admite que la presencia etrusca en el ámbito lacial fue muy significativa desde el punto de vista cultural, reforzada con toda probabilidad por alianzas políticas y sobre todo comerciales.

CIUDADES DE LA ETRURIA SEPTENTRIONAL

En esta amplia zona de la Etruria originaria, las más importantes ciudades fueron las siguientes:

Vetulonia

La etrusca *Vatluna, Vetluna* o *Vetalu* fue la ciudad más significativa de la Etruria septentrional marítima. El poeta latino Silio Itálico *(Púnica,* VIII, 484-489) la consideró como la primera ciudad que combatió con armas de bronce, destacan-

do así su antigüedad y poderío, al tiempo que le atribuyó la responsabilidad del préstamo a Roma de las insignias del poder (*fasces* y *secures,* silla curul y toga purpúrea).

La ciudad, situada en una escarpada colina, a unos 15 km del mar, comenzó a tener importancia a partir del siglo VIII a.C. a causa de su riqueza minera (Colinas Metalíferas) y manufacturera de gran acabado (bronces, hierros y orfebrería variada) que mantuvo hasta el siglo VI a.C. en que se enfrentó a Ruselas. Vetulonia llegó a comerciar con las regiones alpinas, con la isla de Cerdeña, con diversas ciudades griegas y muy probablemente con Roma.

De su antiguo hábitat sólo restan algunas trazas de sus dobles murallas que llegaron a alcanzar unos 5 km de longitud. En sus alrededores se ubicaron extensísimas necrópolis villanovianas y orientalizantes (Poggio alla Guardia, Poggio alle Birbe, Colle Baroncio, Costa delle Dupiane, por citar algunas). Tumbas de pozo, de fosa, circulares con lastras —tanto de *circolo interrotto* como de *circolo continuo*— dejaron paso en el siglo VII a.C. a los monumentales túmulos con diámetros de hasta 70 m, que contenían en su interior tumbas de planta circular y también cuadrangular. Sobresalen, además de las conocidas como *Circolo dei monili* y *Circolo di Bes,* las tumbas *del Tridente* —que aportó una enorme cantidad de materiales broncíneos (cadenas, colgantes, espirales y un espectacular tridente que le dio su nombre)—, *de Poggio Pelliccia, del Littore* —aquí se halló una famosa *bipennis* de hierro con *fasces*— y del *Guerriero,* que proporcionó la también estela arcaica del guerrero *Avele Feluske.* De altísimo interés es, asimismo, el *Tumulo della Pietrera,* de planta circular, que aportó las más antiguas esculturas etruscas en piedra, de gran tamaño, hoy atesoradas en Florencia, y las tumbas del *Diavolino II,* del *Duce* y de la *Fibula d'oro.*

Aunque la decadencia de Vetulonia se inició ya a partir del siglo V a.C., sus recursos económicos le permitieron acuñar moneda dos siglos más tarde, con la leyenda *Vatl,* si bien imitando el sistema ponderal romano. A partir del siglo III a.C. pasó a ser dominada por Roma.

Ruselas

Las ruinas etruscas de Ruselas (quizá *Rusle* en etrusco y en latín *Rusellae)* constituyen unas de las mejores conservadas. La ciudad, situada en un lugar estratégico, pues dominaba el curso bajo del Ombrone y las vías de tránsito entre la Etruria interior y la costa, de la que dista 23 km, se constituyó sobre dos colinas, Poggio Mota y Poggio Moscona, a partir del siglo VII a.C., siendo el resultado de la unificación de otros enclaves de su territorio.

En aquel siglo, la colina norte se rodeó de una muralla de adobe, constituyendo el primer ejemplo de recinto fortificado en Etruria. Enemiga de Vetulonia, supo rodearse más tarde, en el siglo VI a.C. —época de su apogeo—, de una imponente muralla ciclópea de casi 4 km de longitud (hoy bien conservada, con 8 m de altura en algunos sectores) en la que se abrieron hasta siete puertas de acceso. La ciudad, que pudo florecer tras el ataque llevado contra Vetulonia, se aliaría más tarde con los latinos en contra de Tarquinio Prisco. Vencida en el 294 a.C. por los romanos, mandados por el cónsul L. Postumio Megello, quien ordenó devastar el territorio ruselano (Tito Livio, X, 37), acabaría incorporándose a la República romana muy pocos años después, iniciando así su decadencia.

Además de los restos de tumbas villanovianas, de su necrópolis, de sus murallas de piedra y de un gran número de viviendas privadas, Ruselas contó con amplios sectores dedicados a la fabricación de cerámicas y manufacturas metálicas. En su recinto se localizó también un antiquísimo edificio de planta circular, una especie de *thólos,* que estuvo construido con adobes.

En la década de los 80 del pasado siglo fue descubierto un edificio etrusco del siglo VI a.C. Constituye uno de los mejores ejemplos de arquitectura urbana de la época y que ha deparado el más antiguo atrio con *impluvium* conocido en la arquitectura «itálica», una solución espacial en los patios interiores que luego los romanos harían típica.

Populonia

Esta ciudad (en etrusco *Pupluna, Pufluna* y *Fufluna* y en latín *Populonia)* fue la única construida a orillas del mar, sobre el promontorio del Piombino, que domina la bahía del golfo de Baratti. Tal excepcionalidad fue incluso resaltada por los propios antiguos, caso de Plinio *(Nat. Hist.,* III, 50), de Ptolomeo (III, 1) y de Estrabón (V, 2), que la visitó en época de Augusto.

Constaba de dos áreas distintas: la ciudad alta *(Poplónion ákron)* y la baja *(Poplónion polis),* en la que se ubicaba un importante puerto.

Si en un principio fue colonia, tal vez de Córcega o de Volterra (Servio, *Ad Aen.,* X, 172), ya desde el siglo VIII a.C. sus habitantes lograron darle su específica personalidad, basando su prosperidad primero en la extracción del hierro de la vecina Campiglia y de la cercana isla de Elba (en latín, *Ilva)* y luego en la manipulación y comercio de dicho metal, del que abastecían a toda Etruria.

Se conoce muy poco de Populonia desde el punto de vista arqueológico, salvo algunos tramos de sus poderosas murallas dobles de los siglos VI y IV a.C., reforzadas con torres, que rodeaban en un primer recinto la acrópolis y en un segundo un amplio espacio de tierra, que iba desde el golfo de Baratti a la cala de San Quirico, convirtiendo su ámbito en una verdadera península.

También junto al mar, además de su zona portuaria, se situaron sus necrópolis, caso de las del Poggio delle Granate, Poggio della Porcareccia, Poggio del Molino y de San Cerbone, todas, además, con tumbas villanovianas. En la del Poggio della Porcareccia hay que citar, sobre todo, dos tumbas de túmulo sobre tambor cilíndrico *(Tumulo dei Flabelli, Tumulo delle Oreficerie)* y en la de San Cerbone las tumbas *dei Carri* y *dei Letti Funebri,* que estuvieron en uso durante toda la etapa orientalizante.

A partir de la mitad del siglo VII a.C. se difundió en Populonia la tumba de tipo *cassone,* evolución monumental de las tumbas de fosa individual, y también, en el siglo siguiente, las del tipo *aedicula,* resueltas a modo de pequeño templo de planta rectangular con techo a doble vertiente (una muy bien conservada es la conocida como *Tomba di un Oferente,* llamada así por una estatuilla de bronce encontrada en ella).

La gran actividad siderúrgica —en Populonia se hallaba instalada la industria pesada etrusca— motivó que las escorias de hierro de sus numerosos hornos se vertieran en las afueras de la ciudad, no teniendo inconveniente los populonios, por diferentes razones de comodidad y economía, en arrojarlas sobre las necrópolis arcaicas (San Cerbone).

Durante los siglos V y IV a.C. la ciudad emitió sus propias monedas de plata con *gorgoneion* como motivo decorativo, demostración clara de su poderío económico. En los dos siguientes incluso fue capaz de acuñar monedas de oro con el motivo ornamental de la Quimera, de circulación prácticamente local. Mucho más numerosas fueron las emisiones de moneda broncínea con testas de divinidades en el anverso y sus símbolos respectivos en el reverso, presentes durante todo el siglo II a.C.

Se ignora cómo entró en la órbita romana, si pacíficamente o como consecuencia de conflictos. En cualquier caso, en el año 80 a.C., Sila la destruyó a causa de las tendencias políticas de la misma en favor de su rival Mario. El lugar quedaría luego abandonado: en el siglo V de nuestra era, sus olvidadas ruinas serían cantadas por el poeta galo Rutilio Namanziano *(De reditu suo,* I, 220-405).

Perugia

Perugia (en latín *Perusia,* en etrusco *Per(u)sna* o *Persnach)* fue una de las doce grandes ciudades etruscas, al decir de Tito Livio (IX, 37; X, 37) y de Apiano *(Bell. Civ.,* V, 49), ubicada en una posición dominante, en la orilla derecha del Tíber y no muy lejos del lago Trasimeno, constituyendo por ello un centro de importantes vías de comunicación dentro de Umbría.

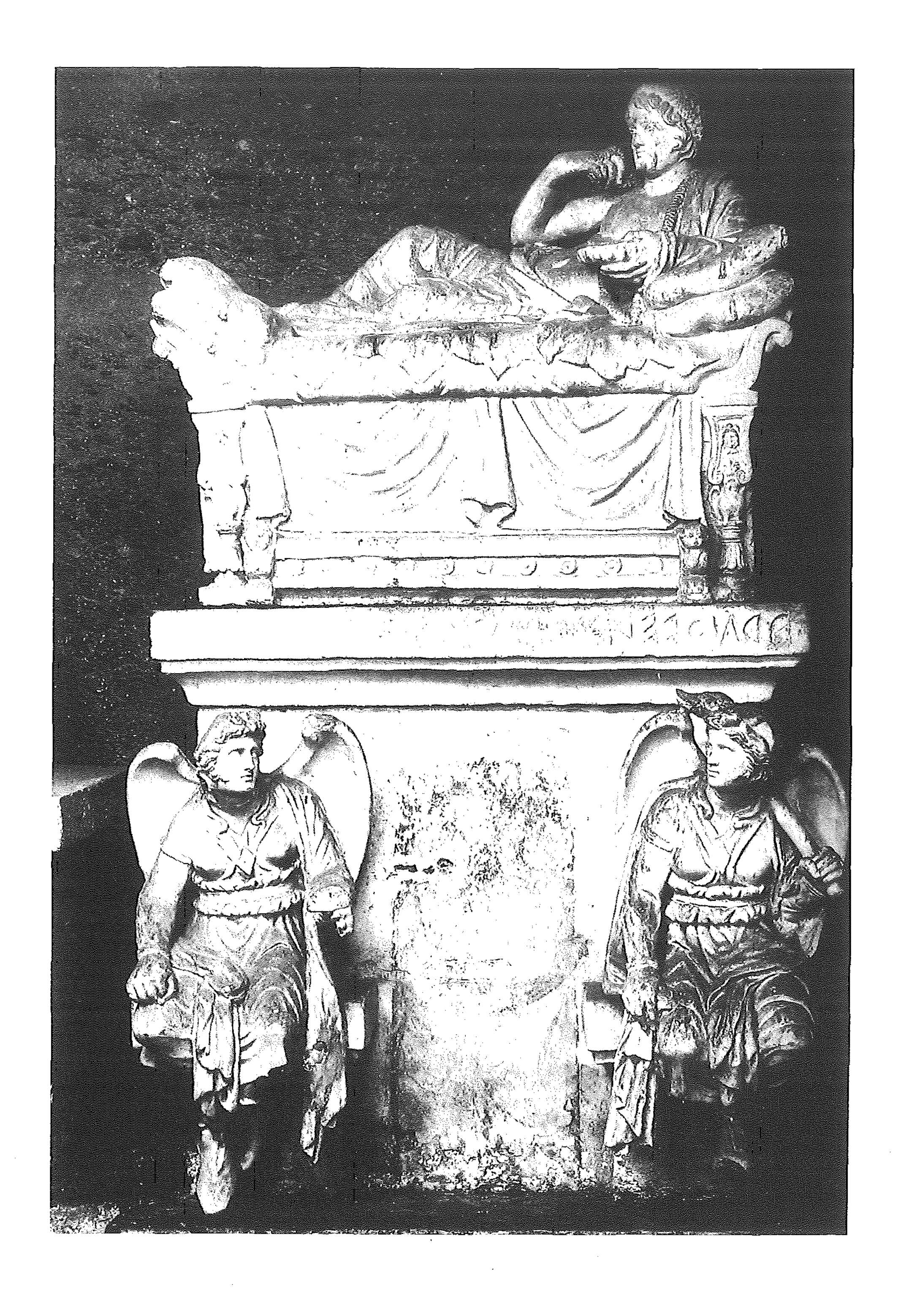
Dicha ciudad, que no ha dejado el menor vestigio de cultura villanoviana ni del período orientalizante, sí ha facilitado notables restos arqueológicos etruscos, con piezas de gran significado histórico, halladas en sus cercanías, entre ellas, magníficas urnas cinerarias, numerosas estatuillas de bronce y restos de carros de cuatro y dos ruedas de Castel San Mariano, así como los «trípodes Loeb» descubiertos en una tumba de San Valentino, cerca de Marsciano.

Fundada por los umbros de Sarsina, al decir de Apiano, o por Auleste, el padre o hermano de Ocno *(Aucnus),* a su vez fundador de otras ciudades, según Servio *(Ad Aen.,* X, 198-201), se incorporó hacia el siglo V a.C. al sistema etrusco, momento en que fue fortificada con una poderosa muralla de la que se conservan la Puerta Marzia, obra del siglo II a.C., que sería incrustada de modo anacrónico durante el Renacimiento por Antonio da Sangallo en una muralla del siglo XV, y el llamado Arco de Augusto que permanece *in situ.*

En sus proximidades se hallan importantes hipogeos, que pertenecieron a ilustres familias etruscas *(Rufia, Noforsina, Tetinia, Volumni),* tumbas, en general, en buen estado de conservación. Sin embargo, no puede decirse lo mismo de su necrópolis del Palazzone con 38 tumbas y de otras áreas funerarias.

La ciudad, mezclada en la guerra de expansión romana en territorio etrusco, parece que tomó partido por Roma en el 310 a.C. en la batalla de la Selva Cimina. Al año siguiente pasó a poder romano, cuya ideología adoptaría, siendo su claro exponente el perugino *Aule Meteli,* vestido de romano en su célebre escultura *(l'Arringatore).* Siglos después, concretamente en el año 41 a.C., fue sitiada por Octavio Augusto, a causa de haberse refugiado en ella Lucio Antonio, hermano de Marco Antonio, su gran rival. Los propios peruginos en el 40 a.C. incendiarían la ciudad, que, sin embargo, luego sería reconstruida y llamada *Augusta Perusia.*

En las cercanas localidades de Ferro di Cavallo el hipogeo de San Manno, de la familia de los *Precu,* y en la de Monteluce, el de la familia *Cute,* son de gran interés.



Sarcófago de Arnth Velimnas. *Tomba dei Volumni.* Perugia.

Clusium (Chiusi)

Esta ciudad (hoy Chiusi) debe identificarse con la *Clevsin* etrusca o con la *Camars* de Tito Livio (X, 25). Llamada por los latinos *Clusium,* fue una de las más importantes de la Etruria septentrional, como confirmó la tradición que hizo de ella la patria originaria del célebre rey Lars Porsenna, el aliado de Tarquinio el Soberbio, y a quien quiso ayudar a recuperar el trono de Roma tras los hechos ocurridos en el 509 a.C.

Por desgracia, queda muy poco de su pasado etrusco, salvo algunos lienzos de su muralla, las tumbas de Poggio Rienzo y de Poggio Gaiella y otras esparcidas por la campiña de su amplísimo territorio *(Tomba del Granduca,* propiedad de la familia *Pulfna Peris, Tomba della Scimmia,* con importantes pinturas, *Tomba del Colle Casuccini, Tomba della Tassinaia).* En su territorio (Pianacce, en Sarteano), A. Minetti descubrió en 2003 la *Tomba della Quadriga Infernale,* adornada asimismo con impresionantes pinturas.

Los orígenes de la Clusium etrusca, que conectan míticamente con Cluso, hijo de Tirreno, y con Telémaco, hijo de Ulises, son antiquísimos, pues en centros cercanos se han detectado yacimientos villanovianos allí enclavados (entre ellos, la gran necrópolis de Poggio Renzo) para la explotación de la rica agricultura del valle del Chiana. Asimismo, los centros de Chianciano (aquí con la magnífica *Tomba della Pellegrina,* la necrópolis de Tolle-La Foce y con el hallazgo de la estatua-cinerario de la *Mater Matuta)* y de Sarteano han facilitado importantes restos arqueológicos que arrancan de tiempos villanovianos.

Al practicar Clusium, en los comienzos de su desarrollo urbano (siglo VII a.C.), la incineración, los primeros enterramientos de sus necrópolis consistieron en simples orzas (las tumbas *a ziro),* que contenían la urna cineraria, para pasar después a emplear los vasos canopos —nombre empleado por analogía con los vasos egipcios—, coronados con figuraciones de cabezas humanas, trabajados tanto en cerámica como en bronce, que se mantuvieron en uso durante unos 200 años. Tal tipo de vasos fueron los que dieron personalidad al territorio chiusino (Castelluccio di Pienza, Cetona, Sarteano, Dolciano, Castiglione del Lago, Chianciano, etc.). A partir de ellos puede decirse que nació el arte del retrato en tierras itálicas, de tanta significación en época romana.

Durante el siglo VI a.C. Clusium importó gran cantidad de cerámica corintia y también ática de figuras negras y rojas. En sus proximidades (necrópolis de Fonte Rotella) se localizó el más famoso vaso ático —quizá— de figuras negras, conocido como *Vaso François,* considerado por M. Torelli como una «verdadera biblioteca de la ideología de un *princeps* chiusino arcaico». Se trata de una crátera de volutas, adornada con casi doscientas figuras mitológicas, obra de Kleitias y de Ergótimos, joya hoy del Museo Arqueológico de Florencia. El vaso, fechado entre el 570 y el 560 a.C., historiado con los ciclos de Teseo, de Meleagro y de Aquiles, sufrió importantes desperfectos a finales del siglo XIX al ser golpeado por un demente.

Fue en el siglo VI a.C. cuando Clusium alcanzó su *floruit,* siendo capaz de controlar todo el territorio existente entre el lago Trasimeno y los montes Amiata, teniendo como eje parte del valle del Chiana.

En el siglo V a.C., con la ciudad ya amurallada y una implantación urbana articulada, la producción de los vasos canopos chiusinos dejó paso a las *estatuas-*

cinerario, en piedra y en alabastro (magnífica la del *Plutone* que atesora el Museo de Palermo), que con formas distintas perseguían la misma finalidad funeraria. Sus artesanos coroplásticos acabarían por elaborar extraordinarios sarcófagos de barro, como los conocidísimos de *Larthia Seianti* y de *Hanunia Seianti* (siglos III-II a.C.), ejemplares de gran valía artística.

Clusium, a comienzos del siglo IV a.C., fue atacada por los galos, si hacemos caso de Tito Livio (V, 33) al narrarnos el episodio legendario de Arrunte (estudiado modernamente por M. Sordi) y al que ya hicimos alusión. Asimismo, durante aquel siglo conoció luchas —pues sus habitantes habían pactado con otras ciudades etruscas— que la obligaron a quedar inmersa en la órbita política de Roma, si bien conservando durante un tiempo sus ordenanzas y cultura propias. Terminaría siendo sometida por los romanos, que establecieron en ella una colonia militar.

Cortona

La historia antigua de esta ciudad, llamada por los etruscos *Curtun* y por los romanos *Corito* y *Cortona,* es poco conocida, pues sus orígenes están envueltos en leyendas y tradiciones míticas. Para unos —por ejemplo Silio Itálico—, sería fundada sobre un elevado roquedo del valle del Chiana por Córito, el padre de Dárdano, fundador de Troya, de quien tomaría su nombre latino; para otros (caso de Helánico), lo sería por el rey Nanas, héroe a veces identificado con el legendario Ulises.

Fundada, sin embargo, por los umbros (Dionisio de Halicarnaso, I, 20) y conquistada primero por los pelasgos y luego por los etruscos, las fuentes históricas señalan que en el siglo VII a.C. fue un potente centro etrusco, famoso por sus manufacturas broncíneas (lampadarios, sobre todo). A finales del siglo IV a.C., y al decir de Tito Livio (IX, 37), Cortona junto con Arezzo y Perugia, enfrentadas a Roma, constituyeron las «tres capitales» más significativas de Etruria. El propio Aníbal en el 217 a.C., aunque ocupó su territorio tras la batalla del lago Trasimeno, no se lanzó a la conquista de Cortona, dada su ventajosa posición geográfica y sus poderosas murallas ciclópeas del siglo V a.C., reforzadas tiempo después por los romanos y de las que subsisten bastantes restos.

La ciudad, que después de la llamada Guerra Social del 91-88 a.C. acabó siendo municipio romano, fue muy similar en tejido urbano y fortificaciones a las demás urbes etruscas y contó con diferentes necrópolis en sus cercanías, como Camucia, Sodo I y II y Piaggette, formadas por grandes túmulos —el de Camucia alcanza casi los 200 m de circunferencia y los 70 de diámetro— con cámaras interiores, túmulos denominados localmente *meloni,* en razón de su forma hemiesférica. En Piaggette, y de fecha ya tardoetrusca (siglo II a.C.), hay que destacar las llamadas *Tanella di Pitagora* y *Tanella Angori,* tumbas de cámara con tambor circular externo de notable interés.

Cortona contó con un santuario extraurbano, en Campaccio.

El reciente hallazgo de la *Tabula Cortonensis,* excepcional documento epigráfico, de naturaleza probablemente jurídica (siglos III-II a.C.), hace de este enclave uno de los más significativos, refrendado por los túmulos principescos que se acaban de citar.

Arretium (Arezzo)

En la confluencia de tres valles de la Toscana, y sobre una colina del valle medio del Arno, se levantó, en lo que hoy es Arezzo, una ciudad etrusca llamada *Aritim* y a la que los romanos llamarían *Arretium.* Fundada por los habitantes de la cercana Clusium (Chiusi) según la tradición, a partir del siglo V a.C. se convertiría en la ciudad más importante de la Etruria septentrional gracias sobre todo a sus recursos agrícolas.

Su núcleo urbano estuvo fortificado con poderosas murallas dobles de piedra y de adobe, recordadas por Vitrubio *(De Arch.,* II, 8) y Plinio el Viejo *(Nat. Hist.,* XXXV, 170-173) a causa de sus excelencias técnicas. En sus cercanías, siguiendo la costumbre etrusca, se levantaron diferentes templos y santuarios (Monte Falterona, Socana, Castelsecco), así como necrópolis (Poggio del Sole).

Según Dionisio de Halicarnaso (III, 51), la ciudad prestó ayuda a los latinos en contra de Tarquinio Prisco. Tiempo después, y a lo largo del siglo IV a.C., la ciudad fue agitada por luchas sociales *(bellum servile)* en contra de la poderosa familia real de los *Cilnii,* que precisarían de la ayuda de Roma y de contingentes venidos de Tarquinia al mando de *Aule Spurinas* (en latín *Aulus Spurinna)* para poder ser erradicadas. En cualquier caso, Arretium sería sometida en el año 302 a.C. por el *dictator* romano M. Valerio Máximo. Luego, en el 294 a.C., y tras duros enfrentamientos con Roma, se vio obligada a firmar un tratado con sus vencedores. La ciudad pudo en el 285 a.C. resistir el ataque de los galos y un año después, junto a umbros y galos, exterminar al cónsul L. Cecilio Metelo *Denter* y a 13.000 de sus legionarios. Años más tarde, facilitó una gran ayuda en armas a Escipión el Africano en su expedición contra Cartago del 205 a.C. Atacada por las tropas de Sila, a causa de haber ayudado a Mario durante la Guerra civil (87-82 a.C.), logró, sin embargo, recuperarse y erigirse en un importante centro comercial en los siglos I y II de nuestra era.

En Arretium se han hallado importantes ejemplares de la broncística etrusca, ya floreciente en el siglo VII a.C., entre ellos, la famosa *Quimera* y la gran estatua de *Menrva* (ésta de estilo griego), además de notables terracotas con decoración arquitectónica de época helenística. La ciudad se especializó, asimismo, en la elaboración de cerámicas, llegando a contar con no menos de 125 talleres. Hacia la mitad del siglo I precristiano logró fabricar una famosa cerámica —conocida como *terra sigillata*— apreciada en todo el Mediterráneo.

En tal ciudad nació el ilustre Mecenas, considerado por Horacio y Propercio como «el más noble de los etruscos», descendiente de la familia *Cilnii,* y que llegó a ser el gran favorito de Augusto.

Volterra

Este enclave, primero villanoviano y luego etrusco, conocido por sus habitantes como *Velathri* y por los romanos como *Volaterrae,* fue un importante centro agrícola, metalúrgico (bronces) y artístico (plástica) exportador de numerosos productos.

A pesar de su inexpugnable situación, sobre una escarpada cima de origen volcánico, que domina los valles de los ríos Cecina y Era, además de controlar el valle del

Elsa, la ciudad se reforzó, a finales del siglo VI y durante el V a.C., con poderosas murallas, de las que hoy permanecen en pie sus famosas «Puerta de Diana» y «Puerta del Arco», obra esta, sin embargo, reconstruida en el siglo III a.C.

Volterra contó con varias necrópolis en sus alrededores, pertenecientes tanto a las fases villanoviana (falta, sin embargo, la orientalizante) como a la arcaica, constituidas por tumbas de pozo y de fosa, así como de planta circular o cuadrada (Ripaie, Badia, Guerruccia, Portone). Algunos hipogeos *(Grotta dei Marmini, Tomba degli Ceicna, Tomba Inghirami* —ésta propiedad de la *gens Atia*—) han facilitado numeroso material, destacando sobre todo las urnas funerarias de alabastro, decoradas con temática mitológica griega, que constituyeron el producto artesanal más importante de la Volterra helenística. Importantes también son algunas necrópolis de esta última fase cultural, como las de Portone —utilizada desde tiempos villanovianos—, Badia y Ulimeto.

Su prestigio como ciudad —que contó con dos templos— lo alcanzó en el siglo IV a.C. al acoger a fugitivos que huían tanto de los romanos como de los galos que habían invadido amplias zonas del norte itálico. Volterra llegó a emitir tres series monetales de bronce y a controlar territorios que la conectaron con el mar, siendo Cecina Vada, a unos 30 km de la costa, el puerto que ofrecería salida a sus productos a partir del siglo III a.C.

Tras pactar con Roma, años después, en el 205 a.C., entregó a Escipión el Africano, para su flota, abundante cantidad de grano, así como cuadernas *(interamenta).* En el siglo I a.C. pasó definitivamente a poder de Roma, tras ser asediada durante dos años por el propio Sila, quien hubo de rendirla por el hambre en el año 80 a.C. A partir de entonces, convertido su territorio en *ager publicus,* inició su decadencia.

Piezas arqueológicas famosas de Volterra son las estelas de *Avile Tite* y de *Larth Tharnie,* ambas del siglo VI a.C., y la llamada «Testa Lorenzini», en mármol, del siglo V a.C., una de las esculturas etruscas de mayor traza griega y que quizá perteneció a una estatua de Apolo.

Fiésole

Sita también en la Toscana, en la parte más septentrional de Etruria, Fiésole, con restos villanovianos, fue fundada por los etruscos en el siglo VI a.C., quienes le dieron el nombre tal vez de *Visl* o *Vipsul,* que los romanos convertirían en *Faesulae* en el año 80 a.C., cuando le concedieron el carácter de colonia.

Levantada sobre una alta colina del Apenino, dominando los valles del Arno y del Mugnone, los etruscos se lanzaron, a partir de ella y a finales del siglo VI a.C., muy probablemente, a la conquista y colonización del valle del Po.

Por su situación norteña, Fiésole fue siempre terreno fronterizo, por lo que debió hacer frente a los ataques de los galos, para lo cual hubo de dotarse de sólidas murallas. Con motivo de la guerra del 225 a.C. contra tales invasores, recordada por el historiador Polibio, dichas murallas hubieron de reforzarse. De las mismas han llegado algunos vestigios, así como también los restos de un pequeño templo etrusco, de tres *cellae,* sobre alto podio, obra del siglo III precristiano, y dedicado tal vez a una deidad salutífera, sobre el que se levantaría otro romano en época de Sila.

Fiésole participó en la Guerra Social, luchando contra Roma. Sería conquistada y semidestruida por L. Catón en el 90 a.C. Partidaria de Mario, tras la victoria de Sila,

recibió una colonia militar de veteranos silanos, que se repartieron las tierras confiscadas por el vencedor. La ciudad terminó siendo sobrepasada en importancia por Florencia, muy cercana, y también asentamiento etrusco, que acabaría siendo colonia romana.

Típicas producciones de Fiésole —estudiadas por F. Magi y F. Nicosia— fueron sus cipos, tanto esféricos como bulbosos, y estelas funerarias (estelas fiesolanas), de variada tipología —muy curiosas las de *tipo lira*—, de las que se han hallado algunas en varias zonas de su territorio. Debe recordarse la estela de *Larth Ninie* que lo figura armado con lanza y hacha.

OTRAS CIUDADES ETRUSCAS SEPTENTRIONALES

Sin pretender ser exhaustivos, debe indicarse que se han detectado también importantes enclaves etruscos en Cosa, Talamone y Marsiliana d'Albegna, todos ellos ubicados en la Etruria marítima.

Cosa, sobre un promontorio rocoso, no lejos de la también etrusca Orbetello, fue una fundación etrusca, pero muy pronto quedó ocupada por los romanos, que la dotaron de importantes murallas, monumentos y edificios públicos al hacerla colonia en el 273 a.C. Su prosperidad se debió sobre todo a la agricultura y a su puerto marítimo por el que se exportaban, entre otros productos, los vinos de Vulci.

Talamone (en etrusco *Tlamu* y en griego *Telamón* y que el mito ligaba a los viajes de los Argonautas) fue otro de los puertos más activos del territorio de Vulci. Situada sobre la colina de Talamonaccio, pero también con hábitat en la cercana colina de Bengodi, y con diferentes necrópolis, ha restituido numeroso material etrusco (muy notables son los fragmentos de los siglos II-I a.C. con la temática griega de *Los Siete contra Tebas* que decoraron el más que notable frontón de terracota en altorrelieve de su templo del siglo IV a.C.).

Por lo que respecta a Marsiliana d'Albegna, identificada por algunos con la *Caletra* del *ager Caletranus* del que hablan Tito Livio (XXXI, 55) y Plinio el Viejo (*Nat. Hist.*, II, 8), fue una ciudad de corta existencia, pues, fundada en el siglo VIII a.C., apenas alcanzó el siglo VI a.C., momento en que fue desplazada por Magliano. Su asentamiento urbano todavía se desconoce, pero no así sus diferentes necrópolis, algunas con tumbas villanovianas de pozo y de fosa.

Sus necrópolis de la Banditella, de Macchiabuia y de Perazzeta, fechables en el siglo VII a.C., han facilitado material de producción etrusca meridional (cerámicas, sítulas, trípodes, incensarios), así como de origen oriental (fenicio y caucásico) y griego (cerámicas corintias y jónicas). En algunas de sus tumbas aristocráticas han aparecido, asimismo, los carros utilizados en las ceremonias fúnebres y las armas de hierro de los sepultados. De la *Tomba degli Avori* (necrópolis de la Banditella) procede uno de los mejores alfabetos etruscos conservados, inscrito sobre una tablilla escriptoria de marfil de muy pequeñas dimensiones.

La situación geográfica de Marsiliana d'Albegna la convirtió en un verdadero puente entre Vetulonia, Ruselas y Vulci, ciudad esta que acabaría por destruirla.

Referente a la Etruria interior hay que señalar que presenta ocupación humana, entre otros lugares, en Quinto Fiorentino —no lejos de Fiésole—, con dos grandiosas tumbas orientalizantes de tipo *thólos* (de una tercera no quedan ni rastros): la prin-

cipal, recubierta por un túmulo de 70 m de diámetro, pilastra central de sostén y largo *drómos* de acceso *(Tomba della Montagnola);* la otra *(Tomba della Mula)* no presenta pilastra de apoyo.

Por otro lado, en la propia Fiésole (la romana *Faesulae)* se ha detectado su área arqueológica etrusco-romana. A finales del siglo VI a.C. contó con un templo etrusco próstilo, remodelado dos siglos después.

Lo mismo debe decirse de Comeana, con dos magníficas tumbas tumulares de gran diámetro, de finales del siglo VII a.C. *(Tumulo Boschetti* y *Tumulo Montefortini),* e igualmente de Castellina in Chianti, en cuyas cercanías se levanta el *Tumulo di Montecalvario,* de casi 50 m de diámetro, y que encierra en su interior cuatro tumbas, obra del siglo VII a.C. O del enclave de Monteriggioni, que cuenta con la tumba de los *Celisna Sepu* en cuyo interior se han hallado más de cien deposiciones de incineración. También de Siena (con la *Tomba di Poggio alla Sala),* de Asciano (con el *Tumulo Molinello* de la familia *Hepni),* de Montepulciano (con restos de lastras e inscripciones), de Saturnia (en etrusco tal vez *Aurinia)* con su necrópolis del Puntone, de Sovana (la antigua *Suana)* —con importantes necrópolis (por ejemplo, la de Sopraripa) y tumbas *(Tomba del Tifone, Tomba Ildebranda, Tomba della Sirena)*—, de Sorano y de Chiaccio Forte.

La Etruria campana

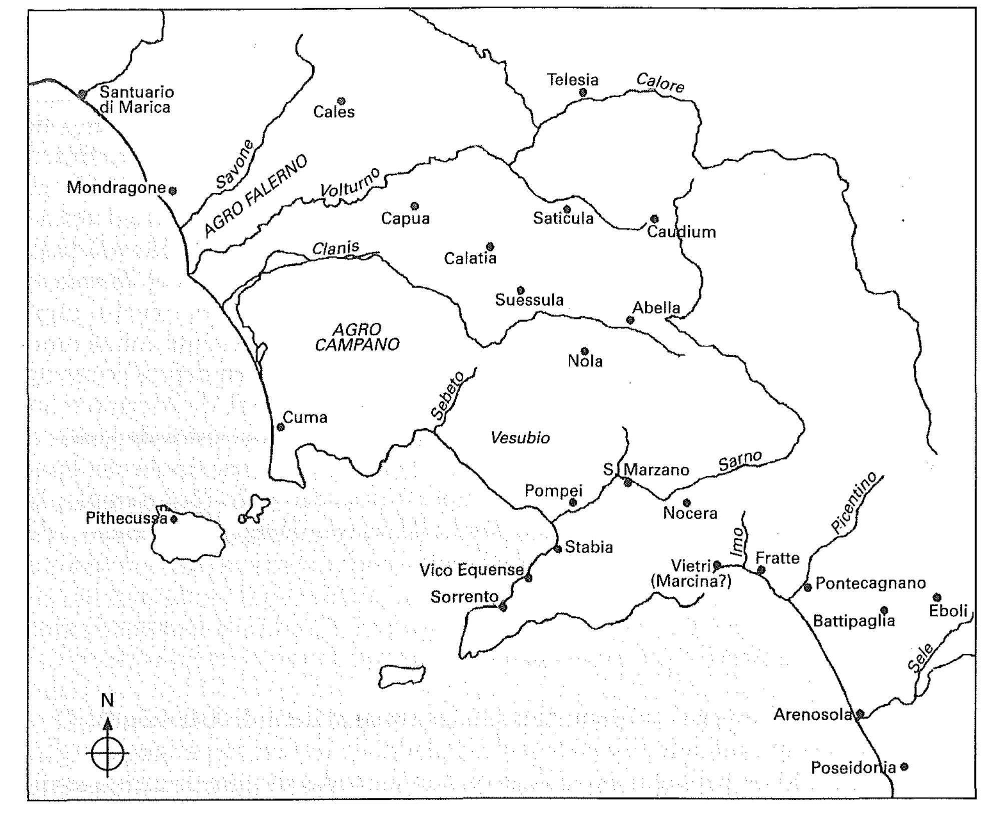
En la Etruria campana —conquistada por las armas al decir de Estrabón (V, 4)— sobresalieron como mínimo una decena de ciudades de relativa importancia, según han testimoniado los hallazgos arqueológicos, aunque todas siempre de menor significación que los centros de la Etruria meridional, antes señalados. Pueden citarse, entre otras, Capua, Nola (¿la etrusca *Nuvla?),* Acerra, Nocera, Marcina, Pompeya, Herculano, Sorrento, Picentia (Pontecagnano) y Volcei (Buccino). Lamentablemente, entre los siglos V y IV a.C., los samnitas pondrían fin al desarrollo etrusco de estas ciudades.

La presencia etrusca en Campania se inició ya a mediados del siglo VIII a.C., ocupando tanto la zona interior como la costera. Aquí, con algunos puertos comerciales, testimonio y tal vez prueba de la denominada talasocracia etrusca. Muy pronto toda la zona se organizó también en una dodecápolis, bajo la dirección de Capua.

De las citadas, con actividad humana detectada ya desde el villanoviano, las dos más relevantes fueron Capua y Pontecagnano (ésta en el *ager Picentinus).*

Capua *(¿Velthurna?)* fue el centro más significativo de Campania, dedicado sobre todo a actividades agrícolas. Aunque la fecha de su fundación, conectada con héroes troyanos, no ha podido determinarse (830 a.C., según Veleyo Patérculo; 476 a.C., según Catón el Censor), la arqueología ha demostrado ocupación ya desde el siglo IX a.C. con restos de terracotas arquitectónicas etruscas, bronces de gran calidad (sobre todo *lebetes)* y cerámicas pintadas. En sus necrópolis se han detectado no menos de 50 inscripciones, destacando entre ellas la célebre *Tégula de Capua.* La ciudad participaría en el 525 a.C. en el asedio de Cumas, pero sería controlada en el 423 a.C. por los samnitas.

Pontecagnano, Fratte di Salerno, Estabia y Pompeya (todas en la zona costera) han facilitado inscripciones etruscas, fechables en la segunda mitad del siglo VI a.C.



La Etruria campana. (Tomado de G. Camporeale.)

De estas ciudades, la de mayor relieve fue Pontecagnano (¿tal vez la *Markina* etrusca? ¿O, ésta debe ser identificada con la actual Vietri sul Mare?), a orillas del pequeño río Picentino. En ella se ubicaron diferentes necrópolis con secuencias cronológicas entre los siglos IX y VI a.C. que han facilitado materiales análogos a los etruscos del momento. La ciudad, de la que dependían Arenosola y Capodifiume, mantuvo contactos directos con Etruria sobre todo a través del mar. Se sabe que por el puerto de Pompeya —que contó con edificios de culto decorados con terracotas etrusco-campanas en el siglo VI a.C.— se daría salida a los productos de Nola, Nocera y Acerra.

Por su parte, Nola, Suessula y Cales (Calvi Vecchia), en el interior, y Fratte di Salerno junto al mar, también han testimoniado epigrafía etrusca fechable en el siglo VI a.C. En la última de las ciudades citadas se localizó una tumba de fecha algo anterior (mitad del siglo VII a.C.) que testimonió la presencia de un señor local etrusco de notable importancia (M. Frederiksen).

De cualquier manera, en Campania fue mucho más fuerte la influencia griega que la etrusca. Los restos arqueológicos, aún con una notable impronta de lo etrusco, revelan características específicas locales propias del área, muy evidentes en la decoración de los templos, las tumbas con pinturas, las terracotas, los bronces y las cerámicas.

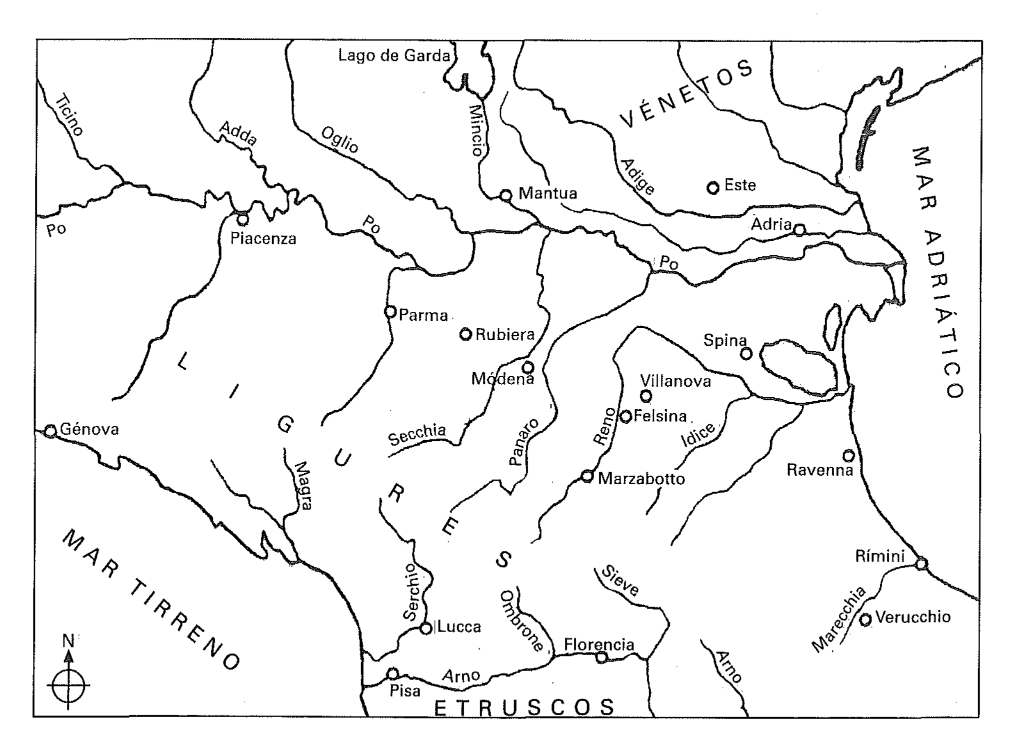
La Etruria padana

Igualmente, las ciudades de la Etruria padana también fueron capaces de articular un desarrollo histórico importante, pues los etruscos, que nunca consideraron el río Arno como una frontera natural, supieron aprovechar con pericia los recursos agrícolas y mineros de tal zona norteña sin olvidar la geoestrategia, vital para el control del valle del Po.

Tito Livio (V, 33) no dudó en señalar que desde las principales ciudades etruscas se enviaron colonos para ocupar toda el área padana «desde el lado de allá del Po hasta los Alpes», con excepción, según tal historiador, del ángulo nordeste, espacio habitado por los vénetos.

Al parecer, la tradición histórica planteó la hipótesis de que aquella amplia área norteña se hubo de organizar, asimismo, en otra Confederación de doce ciudades, imitando con ello a la propia Etruria. No obstante, los etruscos de la llanura padana, presentes en yacimientos villanovianos evolucionados, hubieron de compartir su territorio en muchos momentos del siglo IV a.C. con los galos, contra quienes se vieron obligados a combatir en no pocas ocasiones. En cualquier caso, a partir de aquel siglo, los galos alterarían el ritmo etrusco de toda la Etruria padana (Plutarco, *Camilo,* 16).

Entre las más notables ciudades de la zona, aunque de desigual importancia en razón de los restos etruscos que de las mismas han llegado, hay que señalar la etrus-



La Etruria padana. (Tomado de G. Camporeale.)

ca Felsina (hoy Bolonia), Módena, Parma, Piacenza, Mantua y Adria, así como las fundadas *ex novo,* Spina y Marzabotto.

Felsina (más exactamente *Felsna),* llamada luego en latín *Bononia,* fue un vital nudo de comunicaciones por confluir en ella importantes vías comerciales. Había acogido asentamientos villanovianos, activos durante varios siglos hasta que se operó su total etrusquización. Además de numerosos objetos metálicos de la Primera Edad del Hierro, de dos centenares de estelas funerarias de diferentes tipologías —producción típica de su arte—, el enclave ha facilitado notable material prehistórico, griego y etrusco, consistente en estatuillas tipo *kouros* y *kóre* y una amplia e interesante gama de sítulas. Los etruscólogos aceptan que tal enclave, iniciado en torno del área de Villa Cassarini-Villa Bosi, fue el resultado de un proceso de sinecismo, que tal vez se iniciaría a finales del siglo IX a.C. por motivaciones religiosas, pero sin olvidar razones económicas, dada su proximidad a yacimientos metalíferos, y que cristalizaría en el siglo VI a.C. Sea como fuere, la leyenda —luego aceptada por Virgilio *(Eneida,* X, 198), Silio Itálico (VIII, 598-599) y repetida por Servio *(Ad Aen.* X, 198)— hizo a Ocno *(Aucnus),* hijo o hermano del mítico Auleste, el fundador de la ciudad. Como dato de interés hay que señalar que en la necrópolis Melenzani se halló una anforita de *impasto* —estudiada por C. Morigi Govi y G. Colonna— con una inscripción etrusca, de finales del siglo VII a.C., dentro de un contexto del final del villanoviano, elemento significativo para teorizar acerca del origen de los etruscos.

No lejos de Bolonia, en lo que hoy es Casalecchio di Reno, surgió un enclave subsidiario de carácter colonial (S. Tovoli) que alcanzó gran actividad en el siglo VI a.C. En las cercanías de Monterenzio, en la localidad de Monte Bibele, se creó un enclave habitado por prófugos etruscos que huían de los galos, cuya actividad básica fue la metalurgia (D. Vitali).

Remontando el río Reno, en su valle medio se ubicó Marzabotto (en etrusco quizá *Misa* o *Misna),* fundada poco antes del año 500 a.C., de acuerdo con un modelo urbanístico regular (trazado hipodámico), por grupos etruscos provenientes del centro de Etruria —o tal vez de Felsina—, para explotar el hierro de los Apeninos. Tal localidad, con restos previos villanovianos, sobresalió también por su vocación comercial de manufacturas de bronce y de hierro y por sus recursos en cereales. Destruida hacia el 350 a.C., Marzabotto —nunca citada en las fuentes— apenas pudo luego recuperarse.

Al noroeste de Felsina se hallaban Módena *(Mutina),* Parma y Piacenza *(Placentia).* Módena, de origen terramarícola, ocupada por los etruscos, acabaría cayendo en poder de los galos en el siglo IV a.C. Parma debió también su existencia a la cultura de las terramara. Piacenza, de nebulosos orígenes, facilitó el famoso «hígado aruspicial», elaborado en bronce., del cual nos ocuparemos en páginas posteriores.

Más al norte, y a orillas del Mincio, otro afluente del río Po, se levantó Mantua (¿la etrusca *Manthva?),* habitada por tres componentes étnicos y cantada por el poeta Virgilio, que había nacido en ella, y a la que no se le puede negar fundación etrusca *(Eneida,* X, 201; Plinio el Viejo, *Nat. Hist.,* III, 19), aunque haya proporcionado pocos restos de su primera etapa. La leyenda aceptó como fundador de la misma al mítico Bianor, hijo del Tíber y de Manto, la heroína epónima de Mantua, confundido e identificado con Ocno, el también fundador de Felsina.

Un poco más al norte, en las cercanías de lo que hoy es Verona, existió también una comunidad etrusca, a la que había dado vida el clan *Aruzinaie,* que tributaba culto al dios *Culśanś.* Otras familias etruscas dieron también su nombre a otras comuni-

dades, que se transformaron en enclaves urbanos, caso de Acerrae, cerca de Cremona, y de Melpum, próxima a Milán. Mucho más al sur, Caesena (¿etrusca *Ceisna?*) también debió su existencia a un clan familiar, originario de Felsina.

No lejos de Caesena, en Verucchio, se ha localizado un importante asentamiento etrusco, catalogado como «centro de frontera» por G. Sassatelli, cuyas necrópolis —en especial la de Podere Lippi— han facilitado más de 500 tumbas con abundante material, comprendido entre los siglos IX y VI a.C. Su creación fue motivada por la necesidad de controlar el río Marecchia, por el cual arribaba a Etruria buena parte del ámbar que se precisaba (G. Colonna).

En la costa oriental adriática, los etruscos establecieron *empória* en Ariminum (Rímini) y en Ravenna, enclaves umbros. Pero los principales centros de etrusquización de la zona costera se situaron en Spina y en Adria.

Spina, cerca de la actual ciudad de Comacchio, y dejando a un lado las tradiciones sobre su posible fundación etrusca (se asentó, quizá, sobre un enclave anterior griego o tal vez umbro), surgiría en la misma época que Marzabotto. La misma, de pequeña extensión, llegó a destacar, sobre todo, por su carácter de emporio comercial y su actividad marinera, conectada con el mar Adriático mediante un amplio canal, ya desde el siglo VI a.C. Varios millares de tumbas (necrópolis de Valle Trebba y Valle Pega), cerámicas rodias y áticas y diverso material con inscripciones etruscas, griegas y vénetas testimonian su importancia como núcleo urbano y su gran actividad exportadora de bronces etruscos y cerámica local a Atenas y a otros lugares transalpinos, lugares estos que la abastecían del ámbar báltico. Spina llegó a contar con un *thesaurós* en el santuario de Delfos, hecho que motivó que los antiguos definieran la ciudad como *pólis hellenis* (N. Alfieri).

Finalmente, de Adria o Hatria, enclave palafítico y luego portuario que daría nombre al mar que la baña, hay que señalar —cualquiera que sea su origen, aunque los historiadores romanos la consideraron etrusca— que estuvo ligada a la infiltración tirrena, siendo punto desde donde se difundiría lo etrusco hacia tierras más norteñas. Mantuvo contactos con la cultura paleovéneta tardía y luego recibió influencias célticas. Sus necrópolis han facilitado diverso material cerámico, sobre todo griego (el más antiguo), así como volterrano.

Todos estos enclaves, como se ha dicho, sufrirían en el siglo IV a.C. las consecuencias de la presencia gala, la cual, según Dionisio de Halicarnaso (VII, 3), provocaría una larga marcha de gentes etruscas, umbras y otros «bárbaros» hacia el sur.

La Italia noroccidental

A lo largo de la costa occidental tirrénica, desde las bocas del Arno hasta la actual frontera francesa, los etruscos establecieron una verdadera cadena de pequeños *empória,* según han evidenciado restos arqueológicos, que, aunque no constituyeron parte de su espacio urbano, sí fueron proyección de sus comerciantes.

Ignoramos la importancia de *Pisae* (Pisa) en esta cadena económica, en razón de su puerto, que para Catón el Censor —en Servio *(Ad Aen.,* X, 179)— hubo de ser de creación etrusca. De origen tal vez ligur, las excavaciones han facilitado objetos etruscos, además de villanovianos y romanos, cronológicamente fechables entre el siglo VIII —caso de una monumental tumba, evaluada como el cenotafio de un jefe local— y el siglo V a.C. (L. Banti, M. Cristofani). Muy interesantes, también, son las dos estatuas

de tamaño casi natural, del siglo VII a.C., debidas a un artista oriental, halladas clandestinamente, y que pertenecieron a una pequeña tumba de cámara. Publicadas en 1999, hoy se hallan en Florencia (G. Colonna). En el siglo III a.C., Pisa entró en la órbita romana, constituyéndose en una importante base que obstaculizó el avance de Aníbal.

Un poco más al norte, la ciudad de Luca (Lucca) fue ocupada primero por ligures y luego por etruscos, éstos al menos desde el siglo V a.C., atraídos por los metales de las colinas al este de tal lugar. No lejos, Massarosa, un enclave en su origen de cabañas palafíticas, ha proporcionado fragmentos de cerámica etrusca, lo que evidencia su etrusquización.

A tan sólo 3 km de Massarosa, y aunque en tiempos etruscos la zona del moderno puerto de Viareggio fue insalubre por sus pantanos, se han descubierto restos materiales de la presencia etrusca.

Para Tito Livio (XLI, 13), el enclave de Luna (Luni), importante centro exportador de mármol en tiempos romanos, conoció ocupación etrusca. Algunos autores identifican dicho enclave con el puerto aludido por Estrabón (V, 2), autor que lo situaba en el golfo de La Spezia.

A lo largo de la Riviera francesa se han hallado muchos objetos etruscos, conectándose con la colonia focea de Massalia, fundada hacia el año 600 a.C. Ello evidencia la plena actividad económica etrusca por las costas de la Italia noroccidental.

La isla de Elba

La isla de Elba (en griego *Aithalia,* en latín *Ilva),* la principal del archipiélago toscano, muy pronto se convirtió en uno de los más significativos centros mineros etruscos, sobre todo en la producción de hierro y de cobre, metales que tras recibir los primeros procesos de elaboración eran exportados a Populonia, de la que dependió la isla en muchas ocasiones, sobre todo a partir del siglo V a.C., después de los ataques llevados a cabo por los siracusanos.

El hierro de Elba fue resaltado unánimemente por varios escritores clásicos, entre ellos, Diodoro de Sicilia (V, 13), Virgilio *(Aen.,* X, 173-174), Estrabón (V, 2) y Plinio el Viejo *(Nat. Hist.,* III, 81). Por su parte, Servio *(Ad Aen.,* X, 174) no dudó en señalar —en un deseo de magnificar la riqueza metalífera de la isla— que en Elba los filones mineros se regeneraban automáticamente. Su importancia minera fue tal que el mito griego llegó a conectarla con los Argonautas, quienes, según Estrabón, habrían llegado a fundar Porto Argo.

Tuvo también señalada trascendencia en las comunicaciones marítimas, punto de contacto imprescindible en las travesías desde la península itálica a Cerdeña, Córcega, costas francesas y españolas. Habitada desde el Neolítico, Elba conocería una gran actividad ya a partir de la Edad del Bronce.

Entre sus necrópolis sobresale la de *Capoliveri,* de época tardoetrusca. Junto a su enclave urbano —sin duda el más importante— también se habitaron los centros de Porto Azzano, Rio Marina, Madonna del Monte, Portoferraio, Marciana y Marina di Campo, que han facilitado restos arqueológicos desde la fase orientalizante hasta la dominación romana.

CAPÍTULO V

Las ciudades: fundación, fisonomía y tejido urbano

En Etruria, a partir del siglo VII a.C., se originó un proceso de radical reestructuración en las comunidades que, al parecer, mediante sinecismos villanovianos —un ejemplo muy claro puede verse en la ciudad de Veyes— se habían ido constituyendo desde los albores de la creación del *nomen etruscum.*

Fruto de aquella compleja reestructuración fueron las ciudades, pivote básico sobre el que se desarrollaría la historia de los etruscos y tiempo después la de los romanos. Sin embargo, por una serie de circunstancias geográficas, económicas e ideológicas los habitantes de Etruria dieron la espalda a su nombre étnico, a su *nomen* —se habían llamado, como se dijo, a sí mismos *rasna*— para identificarse con el de sus singulares ciudades *(populi).* Por ello la historia de los etruscos es más la historia de sus ciudades (Tarquinia, Veyes, Populonia, Vetulonia, Chiusi...) que de su nación.

La ciudad se originó en Etruria tras un largo proceso formativo que desconocemos y que se identificó, como ha señalado G. Colonna, con el mismo proceso de la cultura y del *ethnos* etrusco. Momento esencial hubo de ser el siglo VIII a.C., en el que lo urbano sería la expresión del modo de producción basado en la clientela, controlada por *lucumones* y príncipes, pero que cristalizaría como tal cuando se formaron las grandes familias *(gentes)* capaces de articular ciudadanos libres en pie de armas.

Coetáneamente al nacimiento de la ciudad se crearon las insignias reales, símbolo de la autoridad pública y que acabaron por derrumbar el prestigio gentilicio, basado éste en el control de los bienes materiales.

Al dotar a las insignias reales de un carácter sagrado, transfiriendo con ello a la divinidad políada un determinado poder, incluso político, la función de los *lucumones* perdió importancia, siendo aquélla, en parte, sustituida por la de los magistrados. Con ello se privilegiarían los lugares religiosos *(templa)* y públicos *(arx,* foro) en detrimento de los lugares privados *(regiae,* tumbas).

FUNDACIÓN Y FISONOMÍA

Las ciudades etruscas, en líneas generales, tuvieron una fisonomía y unas características materiales comunes, si bien la personalidad de cada una de ellas variaba en función de los gustos locales y las condiciones geográficas del terreno sobre el que

se asentaban. Lo mismo cabe decir del sistema de centros urbanos secundarios, que reproducían en buena parte los rasgos peculiares de las grandes ciudades.

Ante todo, debe decirse que fueron el lugar en donde los etruscos concentraron su poder político y social (gobierno y palacios), manifestaron sus creencias religiosas (templos y santuarios) y tributaron memoria a sus antepasados (necrópolis y tumbas).

Después de los primeros pasos de un urbanismo que podemos llamar «funcional», evidente a partir del siglo VII a.C. (caso de Pian di Civita, cerca de Tarquinia, o de San Giovenale en Viterbo), en las ciudades arcaicas, casi siempre edificadas sobre colinas, no lejos de cursos de agua, y resultado en unos casos de sinecismos urbanos elementales y en otros de nuclearización progresiva, los etruscos se vieron obligados a adaptar su urbanismo a las líneas geomorfológicas del terreno, agrupando las viviendas de forma más o menos coherente —incluso con previsión de un futuro crecimiento urbano—, como se evidencia en la organización de la propia Roma, cohesionada ésta, urbanística y agrícolamente (los *heredia* romúleos de dos *iugera),* a partir de los pequeños poblados existentes en sus colinas.

Quiere ello decir que, en principio, la estructura del terreno sobre el que se asentaron las ciudades, escogido casi siempre por razones de seguridad y de defensa, fue prioritaria a cualquier otra consideración, incluida la religiosa, por otro lado muy importante. Así, al lado de ciudades de planta rectangular o cuadrada (Marzabotto, Capua, Cosa, Falerii, Fiésole, Ruselas, Spina), existieron otras con planta oval (Populonia, Cortona), triangular (Sutri) e incluso totalmente irregular (Volterra, Veyes, Tarquinia, Perugia).

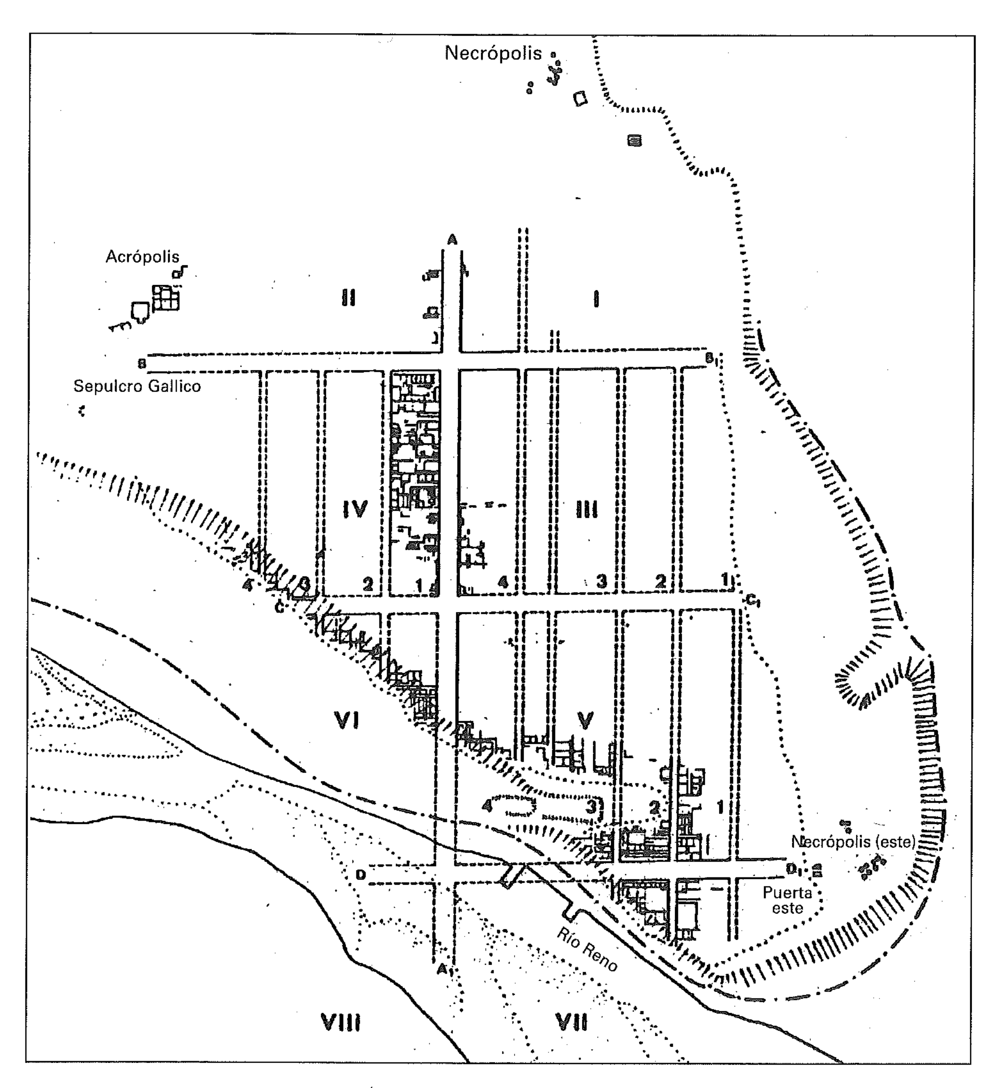
El caso de Marzabotto

En las ciudades fundadas de nueva planta, las ventajas de un diseño bien estudiado, después de las pertinentes ceremonias rituales, permitieron distribuir el espacio urbano de modo racional, ubicándolo en una planta cuadrada o rectangular a semejanza de un teórico *templum* celeste, planta atravesada por dos calles principales, el *decumanus* y el *cardo,* sistema que luego adoptarían los romanos.

Un caso podría ser Spina, de planta ortogonal, de unas 6 ha de superficie, activa entre los siglos VI y III a.C. Y otro, mucho más importante, Marzabotto, a 24 km al sur de Bolonia. Este último enclave, levantado sobre una amplia llanura, llamada Piano di Misano, a finales del siglo VI a.C., y distribuido asimismo en plano ortogonal, es similar a lo que luego sistematizaría el griego Hipódamos de Mileto.

La retícula urbana de Marzabotto —ciudad de la que ignoramos su nombre etrusco, aunque se ha sugerido el de *Cainua*— está constituida por amplias calles *(plateai),* una de ellas de 15 m de anchura, orientada norte-sur; y tres en sentido este-oeste, junto a calles estrechas *(stenopoi),* de 5 m de anchura, formando una serie uniforme de ocho barrios principales de cinco islas urbanas *(insulae)* rectangulares *(strigae)* para ubicar en ellas las viviendas —algunas de 600 m^2—, los talleres artesanales y las tiendas. Las indicadas islas vienen a tener una superficie de unos 280 m de longitud × 60 m de anchura, según los casos.

Además del sector funcional urbano, Marzabotto contó con dos necrópolis y al menos con cinco edificios de carácter sagrado —señalados por los etruscólogos con las letras A, B, C, D, Y— en un espacio o acrópolis *(arx)* destinado a prácticas religiosas, pero de los que desconocemos sus divinidades titulares. Uno de ellos, denomi-



Planimetría de Marzabotto. (Tomado de R. A. Staccioli.)

nado «Estructura B», presentaba un podio-altar con el correspondiente *mundus* o pozo fundacional, del que se recuperaron huesos de animales. Otra «Estructura», mal conservada, en el punto más alto de la acrópolis, ha sido evaluada como un *auguraculum* o punto desde el cual se efectuaban los auspicios. Este *auguraculum* constituye el más antiguo ejemplo de recinto augural hasta hoy conocido, siendo fijada su construcción en torno al año 540 a.C. (G. Colonna).

En un área suburbana se levantaba otro pequeño pero importante complejo sagrado, conectado con las aguas *(santuario fontile)*, que ha facilitado interesantes figurillas esquemáticas de bronce y exvotos anatómicos (G. Gualdani). Asimismo, es reconocible en tal edificio un altar con el correspondiente *mundus* o pozo fundacional.

Además de los edificios sagrados A y B, en los últimos años (excavaciones de G. Sassatelli) han aparecido los restos de un nuevo templo ubicado en el tejido urba-

no —*insula* 5 de la *Regio* I—, totalmente columnado, con escalinata central de acceso y cubierta de madera. Ha sido fechado en el siglo v a.C. y se piensa que fue dedicado al dios *Tinia.* La historia de Marzabotto finalizó, en cualquier caso, en la mitad del siglo IV a.C. al caer en manos de los galos.

Los estudios de G. A. Mansuelli, entre otros autores, sobre tal enclave, evaluado en unas 25 ha de superficie, han permitido fijar muchos aspectos acerca de la urbanística y de la arquitectura etruscas.

Tal autor analizó igualmente la problemática de su planimetría conectada con los puntos cardinales (analogía entre *templum* celeste y forma urbana) y con las operaciones rituales de su fundación. Lo mismo cabe decir de G. Sassatelli, quien revisó críticamente los problemas urbanísticos de dicha ciudad *(auguraculum, templum,* ejes, orientación).

Ritos fundacionales

La fundación de una ciudad, que siempre fue un acontecimiento muy importante para los etruscos, llevaba aparejada una serie de ceremonias prescritas en los *Libri Rituales* y en los *Libri Tagetici* y que debían realizar los sacerdotes. Según se sabe (Plutarco, *Rómulo,* 11), antes de fundar un enclave urbano, el augur, tras haber examinado convenientemente los signos y presagios, determinaba la ubicación y la orientación de la futura ciudad con relación al sol mediante un instrumento especial de mira *(groma),* distribuyendo el espacio en cuatro sectores, de acuerdo con un teórico *templum* celeste. Después, con un arado de bronce, tirado por un toro y una vaca, marcaba la *limitatio* o surco fundacional —de carácter sagrado— que se interrumpía en correspondencia con las puertas y que delimitaría el perímetro de la ciudad, el cual sería rodeado por una muralla. Este límite —a modo de *pomerium* romano— constituía el *tular,* vocablo etrusco de hondo significado sociológico, según remarcó en su día S. Mazzarino, y que venía a ser un espacio sagrado, señalado con mojones de término, y en el cual no se podía cultivar ni edificar. Una inscripción, hallada en Perugia (TLE, 571), sobre uno de aquellos mojones, recogía el antedicho vocablo en la expresión *tezan teta tular,* que podemos interpretar como «Custodio del límite ciudadano».

En el interior de la ciudad se abría, asimismo, una trinchera o pozo *(mundus),* símbolo tal vez del punto de convergencia del mundo de los vivos con el de los muertos, que se cubría con una bóveda de piedra, y desde el cual se trazaban la línea *cardo* (que iba en dirección norte-sur) y la *decumana* (en dirección este-oeste), dividiéndose sus espacios en cuadrículas o islas regulares separadas por calles, en las que se levantarían las casas de los ciudadanos y las residencias de los notables. Fuera de las murallas se solían levantar los templos, así como las necrópolis.

Toda ciudad, para que se considerara como tal, según Servio *(Ad Aen.,* I, 422), debía tener tres puertas, tres calles y tres templos. No obstante, muchísimas de las ciudades etruscas jamás se ajustaron a estas premisas, hecho observable en Orvieto, Volterra, Arezzo o Perugia, lugares en donde la configuración del terreno impidió seguir el *etrusco ritu* fundacional.

En el supuesto de una destrucción urbana total o parcial, tal hecho, por atentar contra principios religiosos, constituía un acto sacrílego. Para evitarlo se debía recurrir a especiales ceremonias exculpatorias. El análisis de la destrucción ritual del conjunto de Murlo, a mitad del siglo VI a.C. (I. Edlund-Berry), o del santuario de *Fufluns*

de Bolsena (J.-M. Pailler, F.-H. Massa-Pairault), testimonian el alto respeto a los usos religiosos y la práctica de ritos adecuados.

Extensión y demografía

La extensión de las ciudades, evaluadas para la Etruria meridional por S. Judson y P. Hemphill, y con carencia de datos fiables para la Etruria septentrional (M. Pacciarelli), que incluían en el interior de sus murallas, en muchísimos casos, jardines y huertos, así como espacios para la transformación y almacenamiento de productos, ha planteado la cuestión del número de personas que las habitaban.

En este sentido los etruscólogos todavía no se han puesto de acuerdo, recurriendo en la mayoría de los ejemplos a conjeturas, basadas en el número de tumbas existentes en los casos estudiados, en la capacidad de los teatros y anfiteatros de época romana construidos en Etruria y en algunas citas en los textos clásicos acerca de tropas etruscas.

La presencia de Roma, a partir del siglo III a.C., hubo de incidir muy negativamente en la población, que disminuyó, según los cálculos efectuados, hasta los 200.000 habitantes para toda Etruria, con una densidad poblacional de tan sólo 15 habitantes por kilómetro cuadrado.

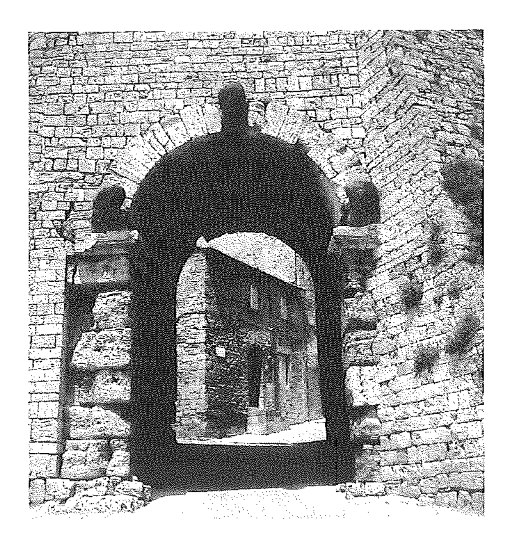
Manejando las variables de que se dispone, los etruscólogos (datos de S. Steingräber) han evaluado para Caere unas 150 ha de superficie con una población estimada para el siglo IV a.C. en unos 25.000 habitantes. Unas cifras similares contarían Populonia (150 ha) y Tarquinia (121 ha). Algo menores, Volterra y Vetulonia, con unas 100 ha de superficie y unos 17.000 habitantes cada una. Mucho más pequeñas fueron Vulci (90 ha) y Volsinii (80 ha), que contaron entre los 15.000 y los 13.000 habitantes. Ruselas, por su parte, dispuso de unas 12.500 personas en una superficie de 41 ha. No alcanzaron los 8.000 habitantes Perugia (32 ha), Arezzo (32 ha), Cortona (30 ha) ni Chiusi (26 ha). Veyes fue, con mucho, la ciudad etrusca más extensa (190 ha), alcanzando las 32.000 almas.

En cualquier caso, falta información para evaluar la población total de Etruria en su momento de mayor esplendor, así como para determinar su densidad humana.

LAS MURALLAS Y LAS PUERTAS

Aunque en un principio las ciudades etruscas, defendidas de modo natural —sobre todo las de Etruria meridional— por su propia ubicación en escarpadas colinas de formación volcánica, carecieron de murallas; sin embargo, a partir del siglo VI a.C., y sobre todo durante las dos siguientes centurias, ante la amenaza de Roma y luego de los galos, se vieron obligadas a rodearse de sólidas defensas, a veces reforzadas en algunos sectores con terraplenes y fosos.

Construidas las murallas, en general, con enormes bloques de piedra de forma ciclópico-pelásgica primero y luego paralelepípeda, más o menos escuadrados y colocados sin cimentar entre sí en hiladas sucesivas, alcanzaron diferentes alturas y perímetros en función de las necesidades de cada uno de los asentamientos. Así, Tarquinia tuvo 10 km de murallas; Volterra, 9, y Volsinii, 7. En algunos casos (Veyes y Falerii, por ejemplo), la condición de sus lugares sólo exigió murallas en determinados puntos concretos.



Porta dell'Arco. Volterra.

Si las murallas de las ciudades de la Etruria meridional se hicieron con bloques de toba, las de las ciudades norteñas, en cambio, utilizaron la caliza, el travertino y la arenisca. Arezzo, cuando decidió reforzar sus murallas, recurrió al adobe, circunstancia destacada por Plinio el Viejo *(Nat. Hist.,* XXXV, 170, 173). Tanto este autor como Vitrubio *(De Arch.,* II, 8-9) atribuyeron a los etruscos la introducción del adobe en Italia. Adobes procedentes de murallas, fechados en el siglo VIII a.C., han sido localizados en Vetulonia y Veyes. Del siglo VII a.C. en Ruselas, levantados sobre una base de piedra.

De notabilísimo interés son las tres líneas de murallas circulares que protegieron el hábitat etrusco ubicado en Poggio Civitella, al sur de Montalcino (Siena), que está siendo excavado en la actualidad. Tales murallas, sobre todo la interior, convirtieron la acrópolis del enclave en una verdadera fortaleza que sin duda constituyó en el siglo IV a.C. el baluarte más avanzado de Clusium sobre la Maremma. Las dos murallas exteriores son poco consistentes, hechas con tierra prensada y leña, no así la interior —de unos 40 m de diámetro—, a base de doble paramento pétreo en seco, relleno de cascotes y tierra, con parapeto superior para una eficaz defensa.

La ciudad solía contar con tres —como se dijo— o, en algunos casos, con cuatro puertas principales de acceso, todas ellas abovedadas, en forma de cañón, y grueso arco exterior de medio punto, con dovelas perfectamente uniformes; arco que se hallaba decorado con tres prótomos que representaban cabezas humanas, distribuidos uno en la clave externa del arco y los otros dos, cuando los había, en sus arranques laterales. Buen ejemplo de ello son las Puertas *Marcia* y *Augusta* de Perugia, ciudad que contó excepcionalmente con al menos once puertas, la *Porta all'Arco* de Volterra, y la *Porta Giove* de Falerii, por citar las más conocidas, todas de tiempos helenísticos.

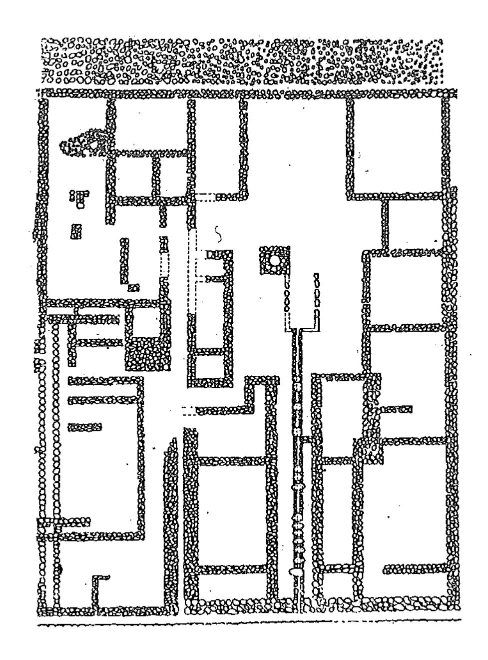
LAS CASAS

Existen todavía serios problemas a la hora de estudiar las viviendas etruscas, tanto las primitivas (cabañas villanovianas de planta circular, elipsoidal o rectangular) como las de época histórica, dado que no se ha conservado ninguna de ellas intacta. No obstante, las urnas en forma de cabaña o las paralelepípedas de época orientalizante, las fachadas de las tumbas rupestres (entre otras, de Blera, Norchia y Castel d'Asso), las informaciones facilitadas por Vitrubio y, sobre todo, las excavaciones arqueológicas realizadas a partir de los años 60 del siglo XX permiten aventurar sus aspectos externos a través de su evolución.

Igualmente, los restos de Ruselas, Vetulonia, Tarquinia, Veyes, Acquarossa (Viterbo), colina del Petriolo (Chiusi) y, sobre todo, Marzabotto —ya aludida— nos dan elementos para conocer en parte sus materiales constructivos y sus plantas, y establecer así sus

diferentes tipologías, que hubieron de variar en función de sus ocupantes y destino (viviendas familiares, viviendas mixtas —destinadas a habitación y a taller artesanal—, residencias señoriales, palacios).

En general, su alzado y aspecto exterior pueden deducirse de las llamadas *urnas Calabresi,* localizadas en Caere en 1869 por P. Calabresi. Dichas urnas, de uso funerario durante el siglo VII a.C., presentan «forma de casa», de plantas más o menos rectangulares y techadas a doble vertiente con paredes decoradas con motivos geométricos y florales.



Planta de casa. Marzabotto. (Tomado de R. A. Staccioli.)

Disposición y estancias

Las casas etruscas, de acuerdo con las citadas urnas y con los restos arqueológicos que nos han llegado, fueron al comienzo (casa «A» de Luni) de planta rectangular y de una sola habitación (9 × 12 m), cubierta con terraza o bien con techumbre a doble vertiente, semejantes al *mégaron* micénico. Pronto aparecieron en su disposición otros ambientes secundarios que facilitaron tres o cuatro estancias más; finalmente, las viviendas se estructuraron —tras un patio anterior a cielo abierto— en torno a un corredor de acceso y a un amplio espacio central. A tales ámbitos, que permitían el paso a las tres habitaciones principales de la casa, daban otras dependencias menores.

Muchas viviendas, por otro lado, contaron con espacios cercados para animales domésticos y con huertos y jardines en su parte posterior, así como con pozos, protegidos mediante brocales, en algunos casos incluso decorados con hermosos relieves. La denominada «Casa del *impluvium*» de Ruselas, además de sus diferentes estancias, dispuso de un patio en cuyo centro se hallaba un pequeño estanque de planta rectangular *(impluvium)* que recogía el agua de lluvia que descendía de los tejados de inclinación convergente *(compluvium).*

La habitación central de las casas etruscas, de unos 25 m^2 de superficie, más o menos, se destinaba durante el día a sala de trabajo y a comedor, pasando a convertirse en dormitorio durante la noche. Una de las laterales se reservaría para despensa o para habitación auxiliar. La otra habitación la ocuparía la cocina, tal vez con chimenea, y empleada, al parecer, más como punto de calefacción y de iluminación que como cocina, si le aplicamos el sentido que en nuestros días se le da a esta estancia.

Cocinas y hornos

Está demostrado arqueológicamente (pinturas de la *Tomba Golini I* de Orvieto) que las casas ricas dispusieron de una cocina u hogar fijo, elemento formado por dos cuerpos, uno inferior en el que se cocería la carne y en ocasiones el pan, y otro, su-

perior, destinado a preparar las polentas y los guisos. En Acquarossa, en Tarquinia y en Sorgenti della Nova se han localizado, además, restos de verdaderos hornos fijos para la cocción del pan. De acuerdo con los mismos, los hornos tenían forma rectangular, finalizada en semicírculo; la bóveda estaba sostenida, en algunos casos, por un pilar central.

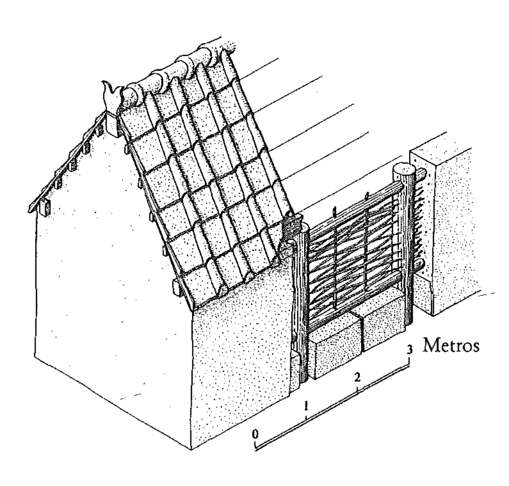
La «única» cocina etrusca hasta hoy identificada se ha localizado en Acquarossa, estudiada por Ch. Scheffer en 1981. Consiste en un pequeño espacio, excavado en la toba, en cuyo interior y sobre una especie de banqueta, labrada en la propia piedra, se practicaron dos cavidades poco profundas que contendrían uno o dos hornos portátiles situados sobre carbones candentes.

De notable interés son estos hornos, de pequeñas dimensiones, elaborados con arcilla refractaria y que respondieron a diferentes tipologías. Tenían, por lo cumún, forma cilíndrica o cónica y estaban abiertos por abajo, para situar el fuego; por arriba terminaban en superficies planas en las que se abrían numerosos agujeros. Sobre ellos se colocaban los calderos y las ollas de cocción. Conectados con estos hornos portátiles se hallan unas tapaderas bastante grandes, de *impasto* tosco, en forma de campana, con un asa en su parte superior. Tales utensilios, a los que se aplicaría fuego por todos lados, sirvieron para cocer carne.

Paredes, muros y techumbres

Las paredes, de tapial o de adobes, se construyeron sobre un ligero basamento de piedra o toba; en ocasiones las paredes eran, bien de enrejados de madera, bien de cañas, cubiertos con una capa de barro que se enlucía después *(parietes craticii* de Vitrubio). Sucesivamente, fueron apareciendo casas con paredes de piedra y, por lo tanto, más sólidas. Su técnica constructiva fue muy parecida al «muro de pilastras» de inspiración fenicia (M. Bonghi Jovino), técnica que pervivió muchísimo tiempo.

En cualquier caso, los muros de piedra no se documentan antes del siglo V a.C. Por otra parte, no faltaron las ventanas, situadas por lo común en la pared entre el pórtico del patio anterior y la estancia interna que daba a él. La techumbre, de una o dos vertientes, que descansaba en vigas de madera, fue al principio ligera, primero formada por paja y ramajes revestidos de arcilla y, a partir del siglo VII a.C. ya a base de tejas planas, de diferentes dimensiones, recubriéndose sus junturas con tejas curvas. Un peligro muy evidente era el viento, indicado por Plinio el Viejo *(Nat. Hist.,* XVII, 2), que azotaba a muchas áreas etruscas y que era capaz de desmantelar los tejados.



Casa de Acquarossa. Reconstrucción.
(Según N. Spivey y S. Stoddart.)

Se ha calculado que la techumbre de una casa de Acquarossa, de 8 × 12 m, hubo de pesar 12 toneladas, peso que se iría reduciendo al tiempo que se estandarizaban las tejas de las cubiertas. El pavi-

mento fue por lo común de tierra batida, pero en algunas viviendas, a fin de evitar la humedad, se colocaron guijarros de río y también pequeños ladrillos, dispuestos según diseños geométricos *(opus signinum).*

Por supuesto, las casas de las familias nobles y ricas fueron más complejas, teniendo algunas hasta dos plantas de alzado, puerta de acceso con arco de medio punto y mayor número de estancias, algunas con sus paredes decoradas con escudos, no faltando el pozo de agua o la cisterna ni galerías superiores sostenidas por columnas. Usualmente se las embelleció con decoración de antefijas —muy interesantes las que adoptan forma de cabeza femenina (C. Schifone)—, acróteras, frisos de terracota y lastras de cubierta, a modo de jambajes.



Urna «a palazzetto». Chiusi. (Museo Arqueológico, Florencia.)

Los palacios

Con el término «palacio» se designan las residencias de época arcaica que habitaron personajes etruscos de la más alta condición política y económica, esto es, *lucumones.* Dichas construcciones palaciales, verdaderas *anáktora* o *regiae,* tuvieron, por lo que se sabe, muy corta existencia, pues fueron destruidas a finales del siglo VI a.C. a consecuencia de una serie de crisis político-sociales que azotaron Etruria.

La planimetría de estas aristocráticas residencias es totalmente diferente de la de las casas de los particulares. Las habitaciones y estancias se disponen, en el caso de los palacios, en torno a un patio cuadrangular, precedido de pórticos sobre tres de sus lados, quedando el otro exento por dar a una sala con otras dos habitaciones auxiliares, destinadas a ceremonias religiosas y de corte palatino.

Los palacios etruscos presentaban en sus fachadas rica decoración arquitectónica y plástica, a base de terracotas policromadas, figurando grandes frisos con relieves, acróteras y lastras ornadas con escenas tal vez alusivas a sus ocupantes, entre ellas, banquetes, danzas, juegos, procesiones y representaciones mitológicas.

El palacio de Murlo

Singular importancia tiene el complejo palacial o *regia* localizado en Poggio Civitate, en las cercanías de Murlo (provincia de Siena), considerado como residencia de algún *lucumón* local que viviría hacia el año 625 a.C. o muy poco antes.

De acuerdo con los estudios efectuados por la misión del Bryn Mawr College norteamericano, publicados en 1971 por K. Merendith Phillips Jr., y los trabajos de

M. Cristofani, R. Staccioli y M. Torelli, se trata de los cimientos y restos ornamentales de un bloque de construcciones con dos fases edilicias palaciales. Una, orientalizante, anterior al siglo VII a.C., destruida por un incendio, y otra del siglo siguiente, arcaica, fase en la que tras un período ocupacional fue deliberadamente demolido el «segundo palacio» en una especie de «destrucción ritual». Los restos ocupaban, sobre un altozano, un amplio espacio edificado de unos 3.600 m^2, con un total de 18 estancias (habitaciones, cuartos de estar, almacenes) distribuidas de modo simétrico en torno a un gran patio con columnas de madera en tres de sus lados. En el otro lado, carente del pórtico columnado, se abría una estancia central, precedida de un pequeño *oikos* rectangular (8 × 6 m), destinada al culto colectivo del palacio.

De gran importancia artística y hondo significado social y religioso son los restos hallados: sus diferentes tipos de tejas *(tegulae, imbrices, kalypteres),* sus acróteras, las terracotas arquitectónicas o lastras con variados relieves que se dispusieron por el interior del gran patio, ennobleciéndolo, y no menos de 20 estatuas sedentes, hieráticas, portando los atributos e insignias de sus poderes, tal vez figuras de los antepasados divinizados de la *gens* propietaria, hombres y mujeres a modo de *imagines maiorum,* dispuestas en lo alto del tejado (entre ellas, el célebre *cowboy).* Se ha planteado la hipótesis de que las mismas se hallarían contemplando por los siglos las ceremonias y quehaceres que se desarrollaban en el patio palaciego. Alternándose con ellas había esculturas de animales reales y fantásticos (esfinges, grifos, gorgonas), proyectando, sin duda, un aura divina (G. Sassatelli).

Este tipo de estructura, bien conocido en el mundo griego, chipriota y minorasiático —recordemos los edificios tipo *bit hilani*—, habla de un poderoso propietario que actuaría como un verdadero rey absoluto, controlando no sólo la política y la economía, sino también la religión de la zona.

El palacio de Acquarossa

Otro palacio —medio siglo posterior al de Murlo y de menor superficie, levantado también sobre los restos de otro edificio anterior— ha sido detectado y estudiado por el Instituto Sueco de Estudios Clásicos (C. E. Östenberg) en Acquarossa —su nombre etrusco se ignora—, cerca de Viterbo. Su estructura, en el Complejo monumental de la zona «F», es parecida a la de Murlo, aunque menos articulada, y está formada por diferentes estancias en dos edificios («A» y «C») junto a otras construcciones, distribuidas sobre los tres lados de una pequeña plaza trapezoidal con pórticos con columnas de madera, con basas y capiteles de piedra.

Esta plaza constituye hasta ahora —en opinión de G. A. Mansuelli— el único espacio común, conocido arqueológicamente con cierto detalle, en ámbitos etruscos. Que hubieron de existir en la mayoría de las ciudades, no puede ponerse en duda, no sólo por los restos de una construcción de planta oval de unos 35 m de longitud, detectados en Caere, y la gran plaza (80 × 18 m) de Musarna de tiempos helenísticos, sino también por lo dicho por Tito Livio (VII, 15) al aludir al *forum* de Tarquinia, lugar en donde en el año 356 a.C. fueron sacrificados 307 prisioneros romanos. Esta referencia es, que sepamos, el único dato, en las fuentes, que testimonia la existencia de un espacio público en una ciudad etrusca.

En Acquarossa, el espacio reservado al culto (un pequeño templo con *prónaos)* se levantó aparte, fuera de su estructura palatina, por lo que su propietario —un dinas-

ta local amante de la guerra, como deja presumirlo la decoración de las acróteras y lastras que nos han llegado— no hubo de controlar tanto poder como el de Murlo. Por razones tal vez político-militares coyunturales, proyectadas desde Tarquinia o quizá desde Volsinii, el lugar de Acquarossa quedó desierto después del año 500 a.C.

Sus habitantes tal vez se desplazaron a la cercana Ferento *(¿Frenti?)*, pequeño enclave etrusco que alcanzaría relativa importancia dos siglos después.

Otros palacios

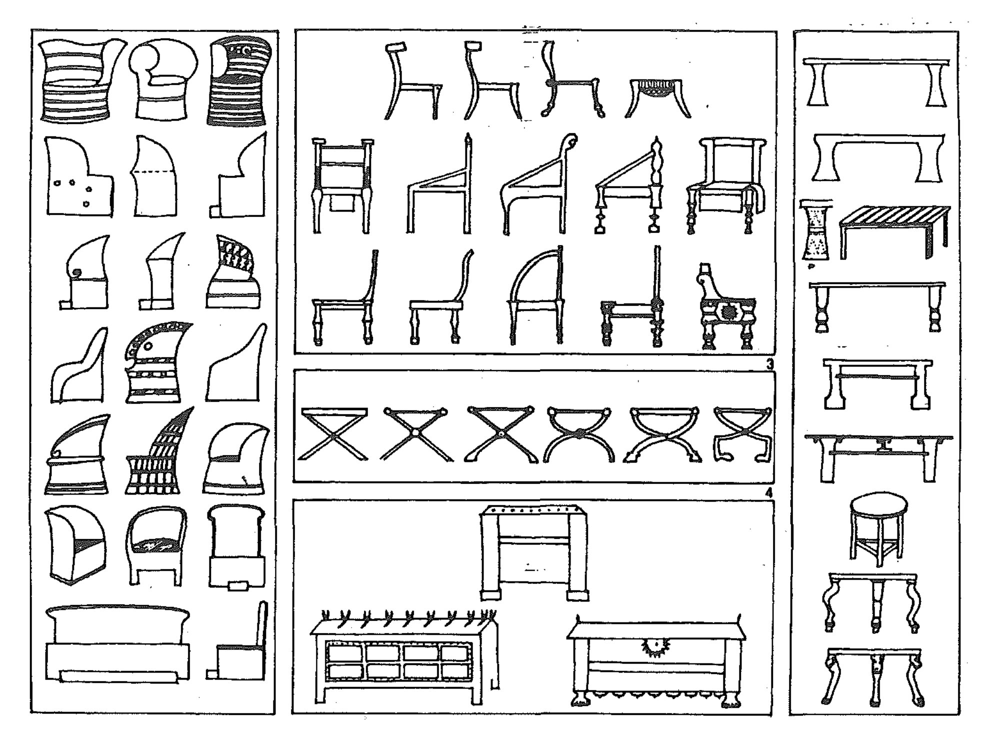
Asimismo, pueden rastrearse este tipo de edificios palaciales en las cercanías de Chiusi (Castelluccio di Pienza), en Caere (palacio de Montetosto), en la acrópolis de Civita, al sudeste de Bolonia, y en Roma, pero faltan estudios para delimitar la importancia de los mismos. En el caso de Montetosto, a unos 4 km de Caere, junto a la vía que unía esta ciudad y su puerto de Pyrgi, los especialistas lo han calificado de «palacio de expiación», argumentando que su arquitectura, en torno a un ara, ubicada en un patio central, se dispuso para reparar de modo religioso la muerte de los prisioneros focenses, luego de la batalla de Alalia. Muy distinto es el caso de Vigna Parrocchiale, también en el territorio caeretano, en donde se ha podido detectar otra *Regia*, del siglo VI a.C. Sobre sus ruinas se levantaron después un templo y un singular edificio de planta elíptica, catalogado como un *unicum* y evaluado como un espacio arquitectónico destinado a reuniones públicas y a representaciones teatrales.

El hallazgo de lastras de revestimiento y de antefijas del siglo VI a.C., en enclaves abandonados a finales del período arcaico, parece confirmar la existencia de palacios en Castelnuovo Berardenga, Casale Marittimo, Poggio Buco, Cisterna, cerca de Latina, y Tuscania. Sus destrucciones serían motivadas por la expansión territorial de los grandes núcleos de sus respectivas áreas (Volterra, Chiusi, Vulci, Satricum y Tarquinia) que quizá no toleraban la presencia, en medio de los campos, de aquellos antiguos centros de poder aristocrático.

Por otro lado, algunas urnas cinerarias (urnas *a palazzeto)* del territorio chiusino —caso de un ejemplar del Museo Arqueológico de Florencia— adoptan la forma de tales edificios regios, con fachadas decoradas con pilastras y capiteles de tipo eolio y arquitrabes con triglifos y metopas.

Mobiliario y ajuar domésticos

Por el mobiliario representado en las tumbas se puede decir que las casas etruscas contaron con un número limitado de muebles y enseres, de inspiración griega: mesas rectangulares o circulares de tres y cuatro patas, sillas a modo de pequeños tronos, escabeles, lechos —por lo general, bajos— de hierro, bronce o madera de labradas patas, cofres o baúles para guardar la ropa blanca, trípodes metálicos, quemaperfumes de bronce o *thymiatéria*, braseros sobre ruedas. Uno de los muebles típicos etruscos fue la poltrona de mimbre o de madera, revestida de lámina broncínea, de asiento redondo y de amplio respaldo, según se sabe por algunos «tronos» provenientes de Caere, de Chiusi y de Preneste. Pausanias (V, 12) vio en Olimpia el trono votivo que el rey etrusco Arimnesto había dedicado a Zeus. En tiempos romanos (siglo I a.C.), la tradición de este enser doméstico produciría el magnífico *Trono Corsini* (82,50 cm de



Muebles etruscos (tronos, sillas, baúles y mesas). (Tomado de M. Cristofani.)

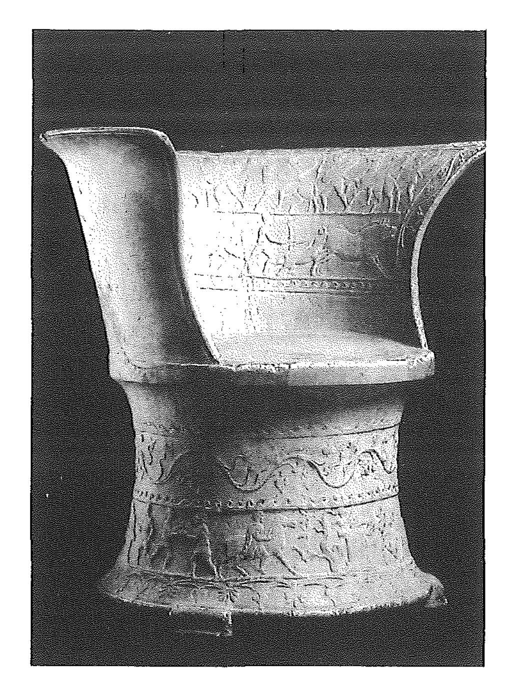
altura), de mármol, decorado con hermosos y finos relieves de temática religiosa, militar y deportiva, entre otros argumentos. El Palazzo Corsini de Roma —lugar donde se exhibe— da nombre a esta singular pieza.

La luz artificial se la procuraron con diferentes tipos de candelabros de *impasto* y de bronce, por lo común de estilizadas formas, en cuyos extremos situaban las teas, las mechas o las lucernas, alimentadas éstas con grasas de animales o aceite. También con candiles, cuyos mocos finalizaban en artístico pico de ave; y con lampadarios, de bellísima factura y múltiples bocas que se colgaban del techo.

En la casa etrusca no faltaba la vajilla de uso corriente, constituida por diferentes elementos de *bucchero nero* (la producción cerámica típicamente nacional), ni, por supuesto, la fina, formada por múltiples recipientes (ánforas, tazas, copas, jarros, páteras) de estilo griego con bellos decorados, ni tampoco los *infundibula* o coladores, necesarios para trasvasar el aceite y el vino a recipientes de estrecha boca (M. Zuffa). En las casas ricas existía además vajilla fabricada en oro y plata o en plata dorada, así como algunos recipientes trabajados laboriosamente en marfil, hueso, alabastro y pasta vítrea.

También contaban con objetos de tocador, siempre necesarios para la cosmética, a la que fueron muy dadas las etruscas: ungüentarios, vasitos para perfumes, magníficos espejos de bronce, plata o cobre, cajitas de madera y un sinfín de fíbulas, alfileres y peines que las mujeres guardaban en cofres de bronce de forma cilíndrica bellamente ornamentados, llamados *cistas*. La conocida como *Cista Ficorini*, del Museo de Villa Giulia de Roma, es muy famosa. Tiene 60 cm de altura × 33 cm de diámetro y fue fabricada en Preneste.

Un ajuar doméstico, prácticamente completo, fue representado en la *Tomba dei Rilievi* de Caere, que sirvió de sepultura en el siglo III a.C. a la familia etrusca de los *Matuna.* En sus paredes, y en magníficos relieves estucados, se figuraron además de dos animales (ganso y garduña), armas, vasos, cántaros, cuchillos, herramientas, barras para asar, bandejas y bastones. Incluso aparecen también un lecho, almohadas, una sábana doblada (evaluada como un *liber linteus),* unas sandalias, un cucharón, unas alforjas y un rollo de cuerda.



Trono Corsini. (Galería Corsini, Roma.)

Tumbas y necrópolis

Las tumbas —que desde tiempos villanovianos se caracterizaron por diferenciar el sexo del difunto mediante postes, cipos o rasgos plásticos—, agrupadas regularmente en necrópolis, situadas en las afueras de los núcleos habitados (cosa que también los romanos prescribirían tiempo después en la *Ley de las XII Tablas),* han proporcionado, gracias a sus variadas estructuras arquitectónicas, a sus ricos ajuares funerarios, a sus pinturas y a su documentación escrita, numerosos datos de inestimable valor para poder reconstruir parte de la civilización etrusca, tanto del mundo de los vivos —dado que la tumba fue un reflejo muy directo de la vida económica, cultural y política de sus propietarios— como del de ultratumba, en el cual —según se creía— continuaban subsistiendo los difuntos. Era, pues, preciso que las tumbas estuviesen dotadas de todo lo necesario para «habitar en ellas», aparte de servir también, en fechas y momentos contados, como lugares de culto. Como señaló M. Pallottino, a las tumbas etruscas se intentó dotarlas de un ambiente doméstico.

Sin embargo, sabemos muy poco acerca del culto y de los ritos funerarios que, sin duda, hubieron de celebrarse, bien en el interior, bien en el exterior o en las cercanías de las tumbas. Una idea muy vaga la ofrece una figuración existente en una urna chiusina, hoy en Berlín, en la que se muestra la exposición de un difunto en un edificio decorado como si fuera un templo. Dado que no se trata ni de una casa ni tampoco de la tumba del muerto, ha de deducirse que podría ser una especie de capilla en la cual se prepararía al difunto (lavado, vestido) para ser luego transportado a su tumba definitiva.

Capillas de este tipo podrían ser, en opinión de F. Prayon, las existentes en Falerii Veteres y en la Canicella, en Orvieto.

La Arqueología ha localizado en las cercanías de las antiguas ciudades etruscas las tumbas y necrópolis que allí se ubicaron no sólo por razones de higiene, sino también por exigencias religiosas —eran tierras sagradas, delimitadas por el *tular*

(TLE, 515)—, aprovechando en no pocos casos los flancos rocosos de las escarpas o las pendientes de las colinas —caso de las necrópolis de Norchia—, o, simplemente, excavando en el subsuelo toboso de las llanuras grandes elementos arquitectónicos —caso de Caere. La geomorfología del terreno fue siempre la responsable de las tipologías de las tumbas, según han demostrado los estudios de J. P. Oleson.

A las tumbas se les ha dado un nombre convencional italiano, nombre que ha sido aceptado en la literatura científica, o bien, sin más, se las ha numerado (caso de las existentes en las necrópolis de la Banditaccia, del Sorbo, del Monte Abatone, de Bufolareccia, por ejemplo, todas en Caere, o de las numerosísimas tumbas de algunas necrópolis de Tarquinia, como la registrada con el número 6.120, descubierta en 1980).

En el caso del nombre convencional, el mismo responde en líneas generales a la temática pictórica representada y también, como excepción, al de su afortunado descubridor. Dichos nombres, aunque sean fantasiosos, toscos e incluso incorrectos, son los admitidos universalmente. Así, puede hablarse de la «Tomba dei Tori, degli Auguri, della Caccia e della Pesca, del Triclinio, della Nave, dei Leopardi, dell'Orco, del Barone, della Scimmia, dei Vasi Greci, della Fustigazione, della Pulcella, delle Olimpiadi...». O bien, de la *Tomba Golini, Paolozzi, François, Martini-Marescotti,* por citar algunos ejemplos.

Evolución de las tumbas

Respecto a la evolución de las tumbas se puede seguir la misma desde la época protovillanoviana, con sepulturas de incineración —caracterizadas por sus urnas cinerarias bicónicas situadas dentro de *pozos,* excavados en la toba, bien simples, bien con revestimiento tumular—, hasta el final de la historia etrusca, con tumbas de clara inspiración romana. Es de suma utilidad la sistematización que en 1975 realizó F. Prayon acerca de la arquitectura funeraria etrusca para la época arcaica, pero el trabajo fundamental de conjunto sobre tal tipo de arquitectura sigue siendo todavía, en nuestra opinión, el de A. Akerström, aparecido en 1934.

El avance demográfico y el mayor número de decesos, ya entrada la Edad del Hierro, motivó la concentración de tumbas de incineración en adecuadas necrópolis, distribuidas en torno a las ciudades. Los *pozos* se vuelven más complejos, con estancias dobles, y cuando la incineración se ve sustituida poco a poco por la inhumación, los precitados *pozos* dejan paso a las *tumbas de fosa* rectangulares y a las *tumbas de cámara* (éstas entre los siglos VIII y V a.C.), preparadas para contener diferentes inhumaciones, por lo común pertenecientes a familias de filiación patrilineal.

Las tumbas de cámara, que se convirtieron en el sepulcro específico de la aristocracia, cubiertas por lo general con un túmulo de tierra de forma cónica, rodeado de piedras sobre un tambor liso o moldurado, pueden ser consideradas como la primera muestra de la gran arquitectura funeraria etrusca, con una tipología muy variada que se inicia con tumbas en forma de *thólos,* a veces con pilastra central *(Tomba della Montagnola,* cerca de Florencia, por ejemplo). Desde luego, el túmulo no fue invención etrusca, sino que se inspiró en referencias orientales, todavía difíciles de precisar (F. Prayon).

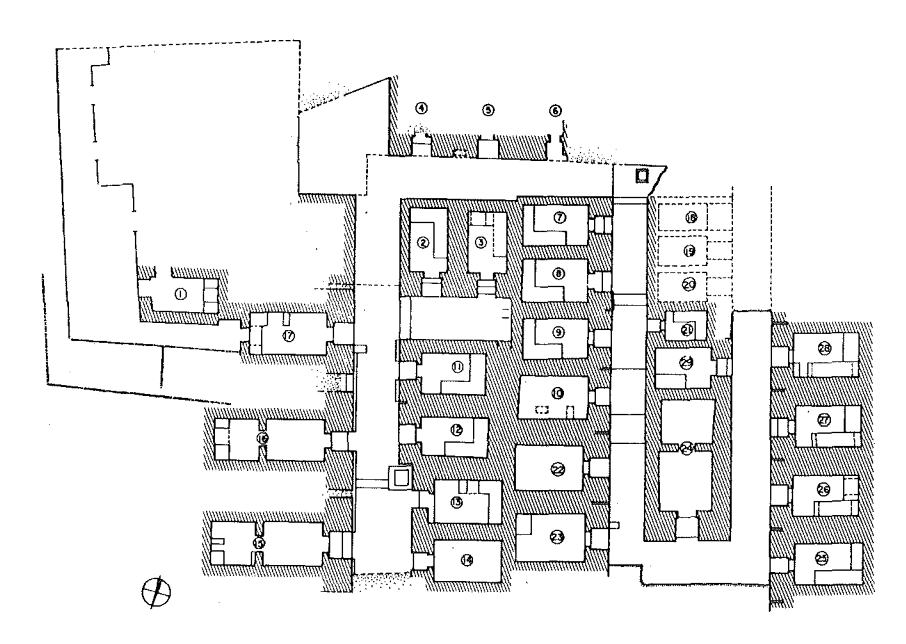
En Caere puede seguirse el desarrollo arquitectónico de las tumbas de la Etruria meridional, facilitado: a) por las tumbas de cámara construidas con bloques cerrados en su cúpula con lastras, b) por las cámaras semisubterráneas, excavadas en parte en

la toba y cubiertas con falsa bóveda, precedida de corredor *(drómos),* orientado en dirección noroeste, y c) por las tumbas, a modo de hipogeos, con cámara o cámaras totalmente excavadas en el subsuelo, reproduciendo o no estructuras de habitación, modelo este que iría complicándose cada vez más en su planimetría, hasta convertirse en un modelo unitario, estandarizado, adoptando la tipología cúbica (tumbas *a dado* y *a semidado),* esta última muy común en las llamadas «necrópolis rupestres» (Blera, San Giuliano, Sovana, Norchia, Castel d'Asso).

Hacia el siglo VII a.C., las tumbas empezaron a enriquecerse con ornamentación pictórica *(Tomba dei Leoni Dipinti,* de Caere, por ejemplo), hecho que ya se mantendría hasta muy entrada la época helenística.

En las tumbas de Tarquinia, entre los siglos VI y III a.C., se encuentra una tipología arquitectónica prácticamente idéntica, con techo por lo general adintelado. Las decoradas con pinturas podían tener hasta cuatro cámaras, aunque lo corriente fueron las de una. Sus dimensiones variaban en función de determinados referentes. La tumba más pequeña es la tardoarcaica *Tomba del Morente,* con cámara única de tan sólo $4m^2$, ornamentada con escenas de *próthesis* o exposición del difunto. La tumba tarquiniense de mayor superficie es la *Tomba del Cardinale,* de época helenística, con una gran cámara de $297\ m^2$, resultado de la unión de otras dos, todas ellas decoradas con pinturas muy mal conservadas.

Más tarde, en el siglo IV a.C., tras haber sufrido Etruria una grave crisis económica y social, comienzan a construirse además de grandes hipogeos con fachadas monumentales, con tímpano y modelado, otros en forma de «T», precedidos de un largo corredor y estancias secundarias, abiertas en ellos, así como tumbas de pequeñas dimensiones. Es interesante constatar que estos hipogeos gentilicios no quedaron restringidos a áreas concretas, sino que se difundieron por casi toda Etruria, creando así, en aquel tiempo, una especie de *koiné* de la arquitectura funeraria.



Tumbas. *Crocifisso del Tufo,* Orvieto. (Tomado de M. Bizzarri.)

En el siglo II a.C. aparecieron tumbas de menor significación arquitectónica, con numerosas *cellae* abiertas en los corredores, clara evolución de las tumbas en «T» anteriores.

Por otra parte, las necrópolis fueron adoptando disposiciones urbanísticas al ubicarse las tumbas de acuerdo con un sistema ortogonal, separadas por calles y construidas con estructuras de cuerpo cuadrangular con atrio y una o dos *cellae,* cuyo ejemplo más significativo, durante los siglos VI y V a.C., lo constituye Orvieto. Tales tumbas eran derivación, por su forma, de las conocidas como tumbas *a dado,* aparecidas en Caere.

Al mismo tiempo los hipogeos, que se seguían excavando, se van simplificando, apareciendo junto a ellos tumbas a modo de edículo, de una sola cámara, construidas con bloques calizos y tejado a doble vertiente (Populonia).

Cipos y plástica funeraria

Elemento destacable dentro de las necrópolis eran los *cipos,* colocados sobre las tumbas o en los corredores de acceso de las mismas, catalogados por S. Steingräber en ocho tipos, que por razones de espacio no podemos desarrollar aquí. Su función como *semata* y *monumenta* está clara, pero permanece sin resolver el porqué de su variada tipología con relación al sexo, la edad y la categoría de los difuntos. Junto a ellos, y también en los recintos funerarios, fueron erigidos obeliscos y columnas troncocónicas.

Asimismo, la plástica funeraria monumental conoció un amplio repertorio de esculturas desde finales del siglo VII a.C. Figuraban leones, panteras, esfinges y animales fantásticos que se solían colocar en las entradas de las tumbas con clara función apotropaica. Ejemplo típico de «león sepulcral» puede ser el localizado en Val Vidone (Tuscania) y hoy atesorado en Florencia. Está trabajado en nenfro (1,10 m de altura, 1,60 m de longitud) y guardaba el sepulcro de *Nevznas Arnth,* según especifica la consiguiente inscripción funeraria (TLE, 198), situada en la base de la escultura. Fechado en el siglo IV a.C., es heredero artístico de los innumerables leones funerarios que se labraron en el período arcaico. Por su parte, A. Emiliozzi ha catalogado todos los leones tardíos etruscos.



León sepulcral, Tuscania. (Museo Arqueológico, Florencia.)

La llamada *Tomba delle Statue,* descubierta en 1971, en Cere *(Caere vetus),* constituye un *unicum* por su especial plástica funeraria, consistente en la figuración, en su vestíbulo, de dos estatuas sedentes, a tamaño natural, que representan a dos hombres barbados portando sendos objetos (¿un *lituus?* y un báculo) y que funcionarían como *imagines maiorum,* protectoras de la tumba. De clara inspiración siriohitita, pueden ser consideradas como los primeros ejemplares de escultura funeraria en piedra en el arte etrusco.

Necrópolis y tumbas más significativas

Es imposible, por el gran volumen de material que se posee, pormenorizar aquí las numerosas necrópolis etruscas conocidas, con tumbas que van del simple pozo a las de cámara, coronadas éstas con impresionantes túmulos que hubieron de funcionar, tal vez y en algunos casos, como enormes aras monumentales (¿o como recinto-tribunas para asistir a los juegos que acompañaban la ceremonia fúnebre?), si evaluamos en un sentido funcional las rampas y escaleras para subir sobre ellos.

Todas las tumbas son, en líneas generales, de notabilísimo interés por su profundo significado religioso, pues se construyeron para albergar durante toda la Eternidad una de las dos almas que todo etrusco creía poseer, en el supuesto de que la tumba fuese individual, o varias almas en el de las colectivas, como fue el caso de muchísimas de ellas, utilizadas durante varias generaciones.

En razón de su importancia debemos recordar aquí las siguientes necrópolis y tumbas:

En Veyes

Veyes fue un enclave que, además de contar con la gran necrópolis villanoviana de Quattro Fontanili —en la que se han localizado más de 650 tumbas—, dispuso de otras de notabilísimo interés, entre ellas, las de Monte Michele, Monte Campanile, Casale del Fosso, Riserva del Bagno, Grotta Gramiccia y Picazzano. Tumbas notables fueron las *delle Anatre,* de una sola cámara, del siglo VII a.C., adornada con pinturas, consistentes en cinco pequeñas ánades de estilizada figura, tumba ubicada en la necrópolis de Riserva del Bagno, y la *Tomba Campana,* también del siglo VII a.C., a los pies del Monte Michele, con largo *drómos* y dos cámaras sepulcrales, realzadas con interesantes pinturas, hoy prácticamente perdidas, a base de panteras, un caballero, perro, esfinge, escudos policromados y ornamentación vegetal, todo ello formando un entramado fantástico.

Como se dijo antes, en la necrópolis de Grotta Gramiccia se ha localizado una nueva tumba, ornamentada con las más antiguas pinturas etruscas documentadas hasta hoy, denominada de los *Leoni Ruggenti,* por los leones que aparecen pintados en la pared del fondo, sobre los cuales se figuran toscas figuras de pájaros acuáticos. La tumba, fechable en los primeros decenios del siglo VII a.C., perteneció a un príncipe local según se deduce del material recuperado.

En Caere

Caere ubicó sus necrópolis, con monumentales hipogeos y túmulos, preferentemente al norte y sur de su núcleo habitado. Vastas necrópolis fueron las de la Banditaccia, del Sorbo, del Monte Abatone y de Bufolareccia.

En la Banditaccia, al norte de la ciudad, con millares de tumbas de todas las etapas históricas etruscas, sobresalen, junto a la llamada «Vía sepulcral», las tumbas conocidas como *Tomba dei Capitelli,* denominada así por sus capiteles de volutas eolias sobre pilas-

tras octogonales; *Tomba dei Rilievi,* propiedad que fue de la familia *Matuna,* con una única cámara principal decorada con relieves de estuco policromado, figurando los más variados objetos, alusivos a la caza, la guerra, los juegos, la cocina e incluso a los cargos políticos y sacerdotales (un *liber linteus,* si se acepta como tal una sábana doblada); *Tomba della Capanna,* que imita en sus dos espacios que la constituyen las cabañas a doble vertiente de la Edad del Hierro; *Tomba della Casetta,* de planta cruciforme articulada en seis ambientes comunicados todos ellos; *Tomba di Marce Ursus,* que ha recibido el nombre del personaje mencionado en una de sus paredes; *Tomba delle Colonne Doriche,* constituida por un solo ambiente funerario con dos pilastras coronadas con capiteles de orden dórico; *Tomba del Tablino,* del tipo *a dado,* caracterizada por su planimetría que reproduce la distribución de una casa etrusca; *Tomba delle Cinque Sedie,* llamada así por contener cinco asientos o sitiales para cobijar otras tantas estatuas, símbolo de la continuidad de la estirpe aristocrática; *Tomba dell'Alcova,* de la familia *Tarna,* con gran cámara sepulcral dividida en varias estancias; *Tomba dei Tarquinii* —conocida también como *delle Iscrizioni*—, y que fue utilizada durante ocho generaciones como mínimo; *Tomba dei Sarcofagi,* de la familia *Apucu,* con dos cámaras en las que fueron hallados diferentes sarcófagos; *Tomba del Triclinio,* con un único ambiente funerario decorado con escenas hoy desparecidas.

En la misma necrópolis, además de los grandes túmulos numerados como I, II y IX, hay que recordar los conocidos como *della Cornice, Maroi, Mengarelli, del Colonnello, degli Scudi e delle Sedie* —éste con un diámetro de más de 40 m—, que encierra en su ámbito tres notabilísimas tumbas: la *Tomba dei Leoni Dipinti,* de cuatro cámaras, la *Tomba degli Scudi e delle Sedie,* que reproduce una casa etrusca del siglo VI a.C., y la *Tomba dell'Argilla.* Al sur de este gran túmulo se halla el *Tumulo degli Animali Dipinti,* con cuatro tumbas, una de las cuales, por sus pinturas, da nombre al mismo. Más adelante está el *Tumulo della Nave,* que contiene cinco cámaras sepulcrales, una de ellas con tres tumbas. Su nombre le viene dado por contener en su interior la pintura de una nave a vela etrusca.

Por lo que respecta a la necrópolis del Sorbo, situada al sudoeste de Caere, debe recogerse tan sólo la *Tomba Regolini-Galassi,* de la fase orientalizante, con grandioso túmulo de 48 m de diámetro, que albergó otro más pequeño, el cual proporcionó un rico ajuar, hoy conservado en el Museo Gregoriano Etrusco del Vaticano.

La necrópolis del Monte Abatone, al este de la ciudad, necrópolis saqueada en diferentes ocasiones por excavadores clandestinos, conserva pocas tumbas. De interés son el *Tumulo Campana,* con dos ámbitos funerarios, la *Tomba Martini-Marescotti,* y el *Tumulo Torlonia,* con hipogeo precedido de largo *drómos* e interesante fachada de tipo rupestre.

En Tarquinia

Tarquinia —que conoció todos los tipos de enterramiento empleados por los etruscos, desde tiempos villanovianos hasta el final de la historia etrusca— dispuso de varias e impresionantes necrópolis, entre ellas: Monterozzi, Poggio Selciatello, Le Rose, Infernaccio, Poggio del'Impiccato, Poggio Gallinaro, Quarto degli Archi, Scataglini y Villa Tarantola.

De todas ellas, la más significativa es la de Monterozzi, ubicada al nordeste del núcleo urbano y comenzada a utilizar a principios del siglo VI a.C. En tal necrópolis

—la única de Tarquinia que va a considerarse aquí— sobresalen alrededor de 60 extraordinarias tumbas, todas ellas con pinturas de la más variada temática, muchas de las cuales dan nombre a las mismas. Algunas de las pinturas parietales de tal necrópolis fueron levantadas y hoy pueden admirarse en el Museo de Tarquinia, caso de las que adornaron en su día las llamadas *Tomba delle Olimpiadi* —con representaciones atléticas y de contenido dionisíaco (*komos,* falo y ratón), además del tema del *Phersu*—; *Tomba delle Bighe,* con carreras de bigas y variadas escenas de atletismo y lucha; *Tomba del Triclinio,* con el tema del banquete, y *Tomba del Letto Funebre,* con escenas también del banquete funerario.

Asimismo, en Monterozzi se puede recordar la *Tomba del Guerriero,* de mediados del siglo VIII a.C., decorada con escenas de banquete y juegos funerarios y que aportó un rico ajuar (hoy en Berlín), a la que siguen la *Tomba del Cacciatore;* la *Tomba della Pulcella,* con escenas de banquete fúnebre, y la *Tomba del Fiore di Loto.*

Más interesantes, y fechadas a partir del siglo VI a.C., son las conocidas como *Tomba delle Leonesse,* con leonas pintadas en el tímpano y escenas de banquete animado por bailarines y músicos; *Tomba della Caccia e della Pesca* —ésta con dos cámaras y ricas pinturas alusivas a la caza y pesca, además de escenas de banquete y de danza—; *Tomba dei Giocolieri* —con un caballo pintado de rojo, entre otros motivos—; *Tomba dei Festoni; Tomba dei Caronti* —de época helenística, sobre dos niveles con figuras de Carontes acompañadas de sus atributos—; *Tomba del Gorgoneion; Tomba Cardarelli* —con dos púgiles desnudos y barbados de perfiles humorísticos y caricaturizados, además del juego del *kóttabos,* muy practicado en los convites—, y *Tomba della Fustigazione* —con escenas eróticas, de danza y de pugilismo.

Por su parte, la *Tomba degli Aninas,* llamada así por el nombre de sus propietarios, cuenta en su única cámara con la representación de los demonios alados *Vanth* y *Charu(n).* La *Tomba dei Leopardi* es famosa por la escena del banquete funerario presente en el tímpano de la pared del fondo. Otra escena del banquete también aparece en la *Tomba del Morto,* llamada así por la figuración de un catafalco con un anciano difunto. La *Tomba del Tifone* es una de las más amplias de Tarquinia (12,90 × 9,70 m). De acuerdo con las inscripciones existentes, la misma perteneció a la familia *Pumpu.* Su decoración es muy variada, sobresaliendo su cortejo funerario y dos seres monstruosos con pies formados por serpientes, los Tifones.

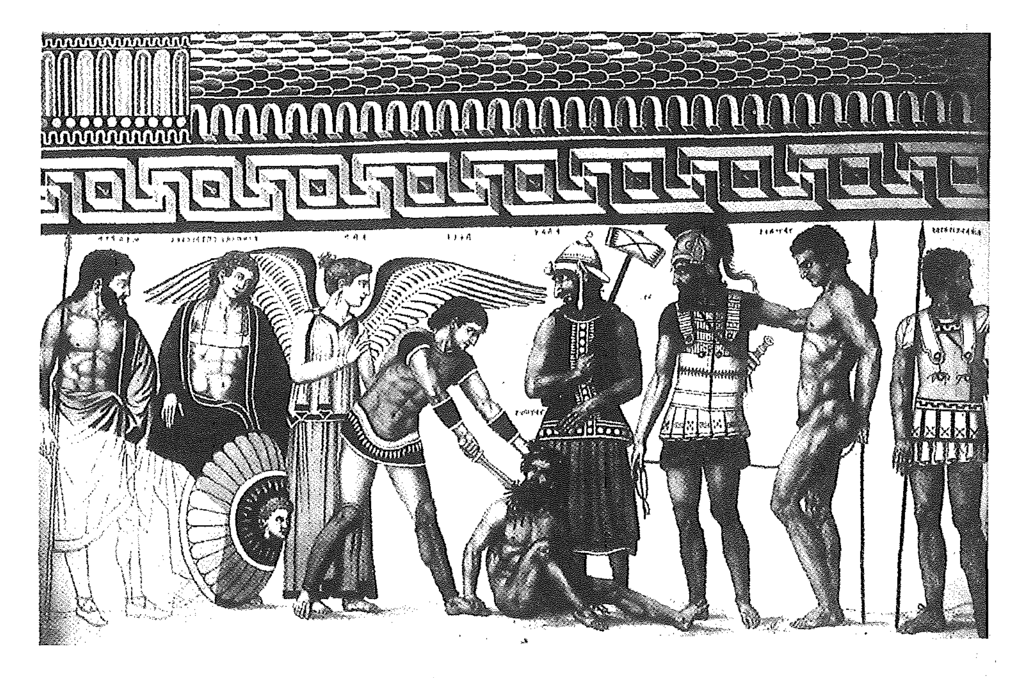
La familia *Velcha* fue la titular de la *Tomba degli Scudi,* llamada así por los escudos dorados que aparecen en las paredes, pero cuyo motivo principal se centra en el cortejo del magistrado *Larth Velcha* y en el banquete funerario al que asisten su esposa *Velia Seitithi* y los padres de *Larth,* llamados *Velthur Velcha* y *Ravnthu Aprthnai.* Son importantes también la *Tomba del Cardinale,* antes citada, propiedad de la familia *Vestarcnies,* ornamentada con interesantes pinturas —hoy prácticamente perdidas, pero conocidas gracias a la copia que hizo el pintor polaco F. Smuglewicz, entre 1763 y 1766, y que luego aprovecharía el estudioso inglés J. Byres, publicándolas en 1842—, alusivas a un cortejo funerario al Más Allá; la *Tomba dell'Orco,* del siglo IV a.C., resultado de la fusión de dos cámaras —*Orco I* y *Orco II*— y un pasadizo —*Orco III*—, decorada la primera con personajes, entre ellos, *Velia,* mujer de espléndido perfil, y textos relativos a las familias *Churina* (o *Murina)* y *Velcha;* y la segunda con escenas de ultratumba, en las que aparecen Gerión, el gigante de triple cabeza, ante *Aita* (Hades) y *Phersipnai* (Perséfone). El demonio *Tuchulcha,* de grandes dimensiones, junto a varios personajes míticos griegos —Sísifo, Teseo, Agamenón, Tiresias, Áyax—, completan la decoración, caracterizada por sus fuertes claroscuros.

Finalmente, para no recargar más la relación, reseñamos las tumbas conocidas como *Tomba del Convegno,* con pinturas en muy mal estado alusivas a cortejos de magistrados de diverso rango; *Tomba del Topolino* —ésta con la figura de un ratón cerca del típico motivo de la «puerta cerrada» y el motivo dionisíaco de un falo volante—; *Tomba delle Pantere; Tomba Gustiniani; Tomba Giglipoli; Tomba del Barone* —con una de las pinturas más bellas y mejor conservadas de Tarquinia, centradas en la despedida del difunto por parte de sus familiares—; *Tomba dei Tori* —con motivos eróticos y mitológicos, inspirados en la *Ilíada*—, y *Tomba degli Auguri,* cerca de la anterior, cuyas pinturas recogen el viaje de un difunto al Más Allá, además de varios juegos funerarios, así como el feroz juego del *Phersu.*

En Vulci

Vulci contó con más de 15.000 tumbas, algunas tumulares —el *Tumulo della Cuccumella,* de finales del siglo VI a.C., es impresionante con sus 65 m de diámetro y 18 m de altura— y la mayoría con cámaras y corredores subterráneos de más de un kilómetro de recorrido, repartidas entre sus necrópolis de Poggio Maremma, de la Osteria, Cavalupo, Ponte Rotto, Ponte Sodo y Polledrara.

Entre sus tumbas —objeto de sistemáticas rapiñas— debemos recordar, ante todo, la *Tomba François* (necrópolis de Ponte Rotto), de la que nos ocuparemos en un epígrafe posterior. Notabilísimas son también la *Tomba del Sole e della Luna,* con ocho cámaras funerarias, y las llamadas *Tomba dei Due Ingressi; Tomba dei Tutes* —de compleja planta, pero exenta de pinturas—, y *Tomba delle Iscrizioni.* Esta última tumba constituye el más completo de los monumentos epigráficos y prosopográficos de Etruria,



Tomba François, Vulci. Sacrificio de prisioneros troyanos.

en opinión de M. Pallottino, parangonable a la *Tomba delle Iscrizioni* de Caere, antes citada, o a la *Tomba degli Scudi* de Tarquinia, también recordada. La tumba de Vulci, a partir de la epigrafía de sus paredes y de sus lastras, ha facilitado noticia de al menos 23 personajes (17 etruscos y 6 latinos). El nombre que más predomina es el de *Pruślnas,* seguido por el de *Mura,* familias titulares de la misma. En época romana, la *Tomba delle Iscrizioni* pasó a manos de una familia *Sempronia.* En 1965 fue localizada, intacta, en la necrópolis de la Osteria, la *Tomba del Carro di bronzo,* del siglo VII a.C., con un rico ajuar funerario, sobresaliendo los restos de un carro de «parada».

Un puesto avanzado sobre el Fiora lo constituyó el enclave de raíces protovillanovianas de Poggio Buco con su importante necrópolis y su área urbana, así como las dos tumbas de Pitigliano, del siglo VI a.C.

En Vetulonia

Vetulonia, por su parte, contó con diferentes y grandiosas necrópolis a las que ya se aludió con anterioridad (Poggio alla Guardia, Poggio delle Birbe, Colle Baroncio, Costa delle Dupiane). Las que corresponden a la fase villanoviana alcanzan casi la cifra de dos mil tumbas, cuyos ajuares han facilitado osarios bicónicos, urnas en forma de cabaña, de planta circular y elíptica. A finales del siglo VIII a.C. se pueden fechar las tumbas de *pozo* y de *fosa* de los *circoli interrotti,* sustituidas poco después por las de *fosa,* revestidas con lastras de piedra, propias de los *circoli continui,* también conocidos como *circoli di pietre bianche.* De estos últimos son notables el *Circolo dei Lebeti,* que facilitó *lebetes* de bronce; el *Circolo del Tridente,* con numeroso material metálico, sobre todo cadenas, y la *Tomba del Littore,* en la que se halló un objeto de hierro, muy oxidado, pero evaluado por su descubridor I. Falchi como una *bipennis* con *fasces.* Tumbas particularmente ricas, del siglo VII a.C., son las del *Circolo dei Leoncini d'Argento,* y la *Tomba del Duce,* que facilitaron notables ajuares. En esta última, entre sus riquísimos materiales, se halló una barquita (23 cm de longitud) de bronce, con decoración plástica, traída de Cerdeña, que testimonia el grado de distinción de sus propietarios (cuatro deposiciones de incineración).

La más significativa tumba, aunque ya de los últimos momentos de la fase orientalizante de Vetulonia, es el *Tumulo della Pietrera,* de cerca de 60 m de diámetro, con colina artificial e interior a base de dos niveles superpuestos con accesos independientes, *cellae* laterales y cámaras sepulcrales. De éstas, la más antigua, de planta circular, a modo de *thólos,* cubierta con falsa cúpula apoyada sobre pilastra central, facilitó un conjunto de ocho antiquísimas esculturas etruscas, evaluadas como las primeras que se labraron en piedra. Próximas a este túmulo se hallan la *Tomba della Fibula d'Oro* —otro ejemplo de tumba de cámara con pilastra central— y ya, mucho más alejada, la conocida como *del Diavolino II,* gran túmulo con tambor y cámara sepulcral de planta cuadrada. La *Tomba del Diavolino I* fue desmontada y hoy puede visitarse en el Jardín del Museo Arqueológico de Florencia.

En Populonia

Populonia dispuso sus necrópolis y tumbas no lejos de la costa, como se señaló al hablar de tal ciudad. Además de una necrópolis protovillanoviana, Populonia contó con otras de tiempos villanovianos, como las del Podere San Cerbone, del Caso-

ne, Piano y Poggio delle Granate, sobre el golfo de Baratti. A los siglos VII y VI a.C. pertenecen grandiosos túmulos, con gran riqueza de ajuares, entre los cuales debe señalarse el *Tumulo dei Flabelli,* ubicado en la necrópolis de Poggio della Porcareccia. Entre los ricos materiales que aportó la tumba se hallaron cuatro abanicos de bronce, objetos que le darían el nombre. En la de San Cerbone sobresalen la *Tomba delle Pissidi Cilindriche;* el *Tumulo dei Letti Funebri* (18 m de diámetro), con restos de sus seis lechos de piedra, y el *Tumulo dei Carri* (28 m de diámetro y largo *drómos),* denominado éste así por el hallazgo de dos carros de hierro —no sabemos si de guerra o de «parada»—, decorados con láminas de bronce. Una famosa tumba de tipo *aedicula,* perfectamente conservada, es la *Tomba del Bronzetto di Offerente,* a modo de pequeño templo adornado en su día con rica decoración acroterial.

En Volsinii

Volsinii (actual Orvieto) contó con dos significativas necrópolis: la célebre del Crocifisso del Tufo, vigente durante los siglos VI y V a.C., situada al norte del hábitat, con más de 300 tumbas *a dado,* dispuestas a lo largo de calles de acuerdo con un sistema de vías ortogonal, coronadas con cipos en forma de esfera o de piña. Las inscripciones que aparecen sobre algunos arquitrabes de ingreso a las mismas constituyen el único elemento ornamental de estas tumbas. Tales inscripciones recuerdan el nombre del propietario o de la familia en ellas inhumada. La otra necrópolis, la de la Cannicella, se halla ubicada en el sector meridional y es algo más antigua. Sus tumbas son parecidas a las de la anterior necrópolis, pero alineadas a niveles diferentes.

Entre los sepulcros orvietanos más significativos hay que recordar la *Tomba Golini I,* cuyas pinturas —famosas por las escenas que reproducen los preparativos de un banquete en la cocina— se conservan hoy en Florencia, y la *Tomba Golini II,* también con pinturas acerca de la llegada de un difunto al Más Allá y el consabido banquete funerario animado con músicos. Ambas tumbas, llamadas *Golini* por el apellido de su descubridor, están ubicadas en Poggio dei Sette Camini. En Poggio Rubello se halla la *Tomba degli Hescanas,* más reciente que las dos anteriores, con gran cámara cuadrangular y largo *drómos* de acceso; su interior está decorado con pinturas de un banquete y un cortejo fúnebre, constituido por más de veinte personajes, entre ellos, demonios y genios alados.

En Clusium (Chiusi)

Las tumbas de la fase villanoviana chiusina consistían en *pozos* con ajuares modestos; luego, a partir del siglo VII a.C., en la necrópolis de Poggio Renzo se utilizaron las del tipo *ziro,* a base de tinajas y urnas. Junto a las mismas se comenzaron a exacavar en la roca tumbas de cámara. En el siglo V a.C. aparecen algunas de notable interés, entre ellas la *Tomba della Scimmia,* de cuatro cámaras, con notabilísimas pinturas, una de ellas figurando a una pequeña mona (curioso motivo que ha dado nombre a tal tumba) presente en el contexto de unos juegos funerarios. Lo mismo cabe decir de la *Tomba del Colle Casuccini,* articulada en tres ámbitos introducidos por un largo corredor de acceso. Sus paredes están decoradas con una carrera de bigas, una escena de banquete, además de varios atletas y danzantes.

La *Tomba della Pellegrina,* saqueada en el siglo XIX, con cuatro nichos en su *drómos* y dos *cellae,* aún conserva algunos de sus sarcófagos y urnas. De época helenística son la *Tomba del Granduca,* con cámara excavada en la roca tobosa, propiedad de la familia etrusca *Pufluna Peris,* y que ha aportado notables urnas, y la *Tomba Vigna Grande.*

Recientemente se ha recuperado la *Tomba dell'Iscrizione,* notable por uno de sus enigmáticos textos, que le han dado su nombre: *Ein thui ara enan.* La traducción de tales palabras podría ser: «No hacer (o no poner) nada aquí», clara prescripción negativa tendente a evitar la reutilización o profanación de la tumba.

Otro importante núcleo funerario está en Poggio Gaiella, en cuyo gran túmulo circular se llegaron a excavar una treintena de tumbas, que han deparado rico material, destacando una estatua-cinerario de figura viril —a la que ya aludimos—, denominada impropiamente *Plutone,* hoy en el Museo de Palermo. En tal sector se situaba el gigantesco mausoleo denominado usualmente *Tomba del re Porsenna,* descrito por Varrón y que Plinio el Viejo *(Nat. Hist.,* XXXVI, 91-93) lo imaginaba como un *labyrintum inextricabile.*

Esta tumba, formada por varias estructuras a las que coronaban cinco pirámides sobre cuyas puntas se habían fijado discos de bronce que resonaban a causa del viento, no ha sido jamás localizada, por lo que hay que pensar más en una fantasía que en una realidad (G. Capdevile). Sin embargo, en el Renacimiento hubo un notable interés por el monumento de Porsenna, caso de Leon Battista Alberti, quien aludió al mismo en su *De re aedificatoria* (VI, 3), o de Antonio Averlino, llamado *il Filarete.* Por otro lado, diferentes y «airosos» diseños de Antonio da Sangallo, el Joven, conservados en un Gabinete de los Uffizi de Florencia, y estudios de Giovan Battista da Sangallo, *il Gobbo,* permiten hacerse una idea de lo que pudo ser tal monumento. De hecho, en el Asia Menor sí existieron construcciones análogas, caso de la tumba de Aliates, padre de Creso, descrita por Heródoto (I, 93), a la que le asigna dimensiones extraordinarias. La de Porsenna, en concreto, alcanzaba los 90 m de base y los 180 m de altura, medidas totalmente extrañas al mundo clásico (M. Sordi). Ajustando las exageradas medidas de Varrón a unas teóricas medidas etruscas, hoy desconocidas, G. A. Mansuelli y R. Hirata, entre otros, creen en la posible existencia de tal monumento.

Quizá, en opinión de A. Rastrelli, la estructura laberíntica del gran túmulo de Poggio Gaiella y la compleja red de *cuniculi* que conectaban los vanos de su interior pudieron haber inspirado en buena parte la imaginativa descripción de Varrón acerca de la supuesta tumba del rey Porsenna.

No lejos de Chiusi, en Sarteano, en medio de su campiña fue localizada en 1954 por G. Maeztke una primera tumba con *drómos* de acceso y cuatro cámaras funerarias, descubrimiento que denotó la existencia de una importante necrópolis. El hallazgo más inesperado tuvo lugar en el año 2003 (A. Minetti) al aparecer una tumba realzada con extraordinarias pinturas. Tal *Tomba Dipinta* de Sarteano —denominada *Tomba della Quadriga Infernale*—, ya expoliada en la Antigüedad, sorprende por la viveza de su colorido y la fantasía de sus pinturas lamentablemente mutiladas e incompletas. El tema central consiste en un banquete sobre la *klíne* tenido por dos hombres —el más joven acaricia al mayor— y completado con otros temas (figura alada, hipocampo y serpiente de tres cabezas y enroscado cuerpo, cuadriga tirada no por caballos sino por grifos y leones y guiada por un demonio). La tumba, fechada a finales del siglo IV a.C. y que ha facilitado escaso material funerario, hubo de acoger tres deposiciones (en dos sarcófagos y en una «casa» de madera) de una *gens* de nombre

hoy desconocido. En cuanto a su autoría, se ha especulado que podrían haberla decorado artistas de Volsinii (Orvieto).

En Cortona

Del período arcaico hay que seleccionar tres túmulos o *meloni* existentes en las necrópolis de Camuccia y del Sodo, que pertenecieron a familias principescas locales.

El *melone* de Camuccia hubo de ser espectacular por sus extraordinarias dimensiones (circunferencia de más de 200 m; diámetro de 70 m y altura de 14 m). Contenía dos grandes sepulcros con varias cámaras dispuestas simétricamente y precedidas de un *drómos,* cámaras que facilitaron materiales del siglo VI a.C. y de fecha más reciente, debido a que fueron ocupadas hasta el siglo II a.C.

Los *meloni* del Sodo I y II presentan igualmente varias cámaras funerarias. El del Sodo I, del siglo VI a.C., contiene una inscripción alusiva a los esposos *Arnt Mefanates* y *Velia Hapisnei,* que vivieron en el siglo IV a.C. A unos 300 m de éste se halla el del Sodo II, de dimensiones parecidas (60 m de diámetro), pero de mayor complejidad en cuanto a su planta. En 1991 se localizó en él otra tumba en su parte occidental, del siglo V a.C., que ha facilitado rico material, sobre todo joyería de excelente factura. Incluso se hallaron varios sepulcros de piedra con restos inhumados, además de urnas, vasos de bronce y armas. Un sondeo efectuado un año antes junto a este *melone,* en su lado este, permitió descubrir un grandioso monumento que constituye un *unicum* en la arquitectura funeraria etrusca: un altar-podio en forma de terraza, del siglo VI a.C., a la que se accedía por varias escalinatas con sus lados bajos esculturados, representando un combate entre guerreros y fieras.

Finalmente, recordemos las ya citadas *Tanella di Pitagora,* llamada así por creerse, erróneamente, que en Cortona había vivido tal personaje, y la *Tanella Angori,* nombre tomado por el del propietario que la poseía en 1951. La primera, la de *Pitagora,* del siglo II a.C., propiedad que fue de la *gens Cusu,* consiste en un basamento circular de 8 m de diámetro; la segunda *tanella,* un poco más antigua y de 10,35 m de diámetro, se caracteriza por sus numerosos *luculi* internos.

En Perugia

Cuatro han sido las tumbas más significativas —todas ellas hipogeos— localizadas en la Perugia etrusca: la de los *Volumni,* la de San Manno, la de Villa Sperandio y la de Monteluce.

El hipogeo de la familia *Volumni* (en etrusco, *Velimna),* en la necrópolis del Palazzone, constituye una tumba gentilicia de la etapa tardohelenística, que fue utilizada hasta el siglo I de nuestra era. Tras un *drómos* se accede a un complejo de cámaras cuadrangulares, nueve en total, que se abren a los lados de un gran vestíbulo, de amplia espacialidad, cuya cubierta imita la de una casa a doble vertiente. En la *cella* del fondo, centrada axialmente, se hallan siete urnas cinerarias, siendo una de ellas —la de *Arnth Velimna*— de las más impresionantes de todas las que nos han llegado.

En la localidad de Ferro di Cavallo se encuentra el hipogeo de San Manno, construido en el siglo II a.C. por la familia *Precu,* y hoy utilizado como cripta de una igle-

sia románica. Se trata de una tumba rectangular, abovedada, con cámara principal y dos *cellae* que se abren en las paredes laterales.

El hipogeo de Villa Sperandio, que acogió los restos de una mujer de alta alcurnia a juzgar por el ajuar depositado en la misma, está formado por una sola cámara con techo abovedado.

En la localidad de Monteluce fue descubierta en 1983 la tumba hipogeo de la familia de los *Cutu,* que la usaron durante tres siglos, según evidencian las 50 urnas depositadas en ella, destinadas en su totalidad a hombres y ninguna a mujeres, circunstancia motivada, tal vez, por una tradición familiar muy particular (M. Nielsen).

Todas estas necrópolis y tumbas y las de otras ciudades más (por ejemplo, Volterra o Tuscania), que no se pueden, lamentablemente, recoger aquí por razones de espacio, evidencian el altísimo interés demostrado por las construcciones funerarias, que venían a ser verdaderos hogares indestructibles y eternos.

La «Tomba François» de Vulci

Epígrafe aparte merece la celebérrima *Tomba François* de Vulci, descubierta en 1857 por el cónsul y arqueólogo Alexander François, de quien tomó su nombre. Sus magníficas pinturas —hoy en su mayor parte en Villa Albani, en Roma—, en deficiente estado de conservación, y sus correspondientes textos (publicados en el CIL, 5247-5281, y de modo parcial en los TLE, 293-303) han permitido conjeturar y, en parte, reconstruir un acontecimiento histórico silenciado en las fuentes literarias clásicas, cual fue la muerte del rey Tarquinio Prisco y la conquista de Roma por parte de Servio Tulio.

La *Tomba* está constituida por un impresionante *drómos* de 27 m de longitud, con distintas *cellae* laterales para enterramientos secundarios, que termina en un gran habitáculo compuesto por antecámaras y cámara en forma de «T». Tal ámbito subterráneo imita simbólicamente la disposición en cruz de un *tablinium* o la de un *atrium* con dos *alae* de una casa etrusca. Por ambos lados de la gran cámara central se abren otras siete cámaras para las deposiciones más importantes de los propietarios de la tumba, la familia *Saties.*

Si desde el punto de vista arquitectónico la tumba se remonta al siglo V a.C., las pinturas, que le han dado justa fama, datan muy probablemente de finales del siglo IV o quizá del III a.C. Las mismas, resueltas a base de colores planos (blanco, negro, rojo, amarillo y azul), recubren las paredes de la gran cámara central.

El friso de las paredes del lado izquierdo de dicha gran cámara reproduce escenas mitológicas, extraídas del canto XXIII de la *Ilíada.* Así, pueden verse los sacrificios de prisioneros troyanos *(Trvials),* por Aquiles *(Achle)* en presencia de Agamenón *(Achmemrun);* las figuras de los dos Áyax —Áyax Oileo *(Aivas Vilatas)* y Áyax Telamonio *(Aivas Tlamunus);* la «sombra» o «alma» de Patroclo *(hinthial Patrucles)* y las figuras de dos personajes infernales etruscos, el demonio *Charu(n),* armado con martillo, y la diosa *Vanth* con las alas desplegadas.

En las otras paredes de este sector, interrumpidas por las puertas de las salas laterales, se pintaron la lucha de Eteocles *(Evzicle)* y Polinices *(Pulnice)* y la de Néstor *(Nestur)* y Félix *(Phuinis),* cada uno figurado ante una palmera, y la muerte de Casandra *(Casntra)* por parte de Áyax *(Aivas).*

En el otro lado —sector derecho de la tumba—, y junto a la puerta de entrada, se halla pintado el martirio de Sísifo *(Sisphe)* en presencia de Anfiarao *(Amphare).* Le

sigue la representación de la figura femenina de *Thanchvil Verati,* la esposa de *Vel Saties,* el propietario de la tumba, el cual aparece tocado con corona de laurel y vestido con la *toga picta,* finamente decorada. Según M. Pallottino, la representación de este personaje constituye el más antiguo retrato de figura entera de la pintura europea. A *Vel Saties* le acompaña un servidor, el enano *Arntha,* quien tiene atado con un hilo un *picus Martius* del cual intentan obtener los auspicios (se creía que aquel tipo de pájaro daba los presagios de victoria). A continuación se halla la escena de la muerte de Cneo Tarquinio de Roma *(Cneve Tarchunies Rumach)* por parte de Marco Camitlnas *(Marce Camitlnas),* probablemente, un *sodalis* de Macstarna.

En el sector medio de esta cámara se recogió una escena inspirada en leyendas griegas, así como en la tradición etrusca. Se compone de personajes masculinos, dispuestos por parejas, desnudos —lo que indica que serían prisioneros— o recubiertos con mantos y armados.

En el primer episodio, considerado histórico, figura la liberación de Celio Vibenna *(Caile Vipinas)* —que debía ser prisionero de Tarquinio—, por parte de Servio Tulio (personificado como *Macstrna).* Le siguen otras tres parejas de combatientes, compañeros de Vibenna y de Tarquinio respectivamente: Lars Voltius *(Larth Ulthes)* da muerte a Lars Papatius de Volsinii *(Laris Papathnas Velznach)* lo mismo hace Rascius *(Rasce)* con Pesana Arcmsnas de Sovana *(Pesna Arcmsnas Sveamach),* y Aulo Vibenna *(Avle Vipinas)* con un personaje cuyo nombre ha llegado incompleto, Venthi Ca [...] de Blera (?) *(Venthi Cavles Plsachs).*

Un detalle importante estriba en que los personajes que resultan muertos se hallan singularizados con un onomástico trimembre *(praenomen, nomen* y toponomástico), dato que nos permite saber sus nombres y su procedencia: de Roma *(Rumach),* Volsinii *(Velznach),* Sovana *(Sveamach)* y tal vez de Blera *(Plsachs).* Los atacantes —dado que no tienen indicativo de procedencia— debieron ser oriundos de Vulci, si bien algunos especialistas que han estudiado estas pinturas no descartan otras procedencias.

Por encima de las pinturas y de las puertas se fijó una decoración de encuadre, a base de meandros y de una animalística tanto real (caballo, perro, toro, león, pantera, jabalí, serpiente) como exótica (grifo), resuelto todo ello de modo vivaz y con ciertos toques de arcaísmo.

La descripción de las pinturas ha sido hecha por muchos estudiosos y etruscólogos, destacando, entre ellos, F. Messerschmidt, M. Pallottino, S. Steingräber y F. Roncalli. La interpretación de las mismas ha conocido opiniones contrapuestas, debiendo citar las de F. Roncalli, A. Alföldi, F. Coarelli, G. Colonna, F. Buranelli, M. Cristofani y F.-H. Massa-Pairault. Para esta última estudiosa, la *Tomba François* debe verse como un lugar divinatorio, en donde se desarrolla una serie de conjeturas o predicciones. La misma viene a ser una especie de *templum a similitudine* en donde el eje principal norte-sur comprende el acto divinatorio de *Vel Saties* y sus laterales las regiones favorables o desfavorables. Dicho de otra manera, la estructura de la *Tomba François,* para la citada autora, es comparable a la de un *augurium,* que es al mismo tiempo interrogación y demostración.

Sin embargo, la mayoría de autores coinciden en significar que estas pinturas evocan un episodio histórico relativo a Servio Tulio, identificado con el apelativo latino de *Magister,* si bien etrusquizado *(Macstrna),* y sus compañeros, los hermanos Vibenna de Vulci, de quienes dependía. Dicho episodio tuvo como resultado la eliminación de un miembro de la familia de los Tarquinios (Cneo Tarquinio), reinante en Roma, en el transcurso de un enfrentamiento entre formaciones aristocráticas de carácter guerrero.

El hecho de incluir también un relato de la epopeya homérica en las pinturas vendría a indicar, en clave mítica, el cumplimiento de un episodio anunciado siglos antes. Así, la posterior eliminación de Tarquinio Prisco, muerto como consecuencia de una intriga tramada por los hijos de Anco Marcio, representaría el cumplimiento histórico de la victoria que en el pasado los griegos habían obtenido sobre los troyanos.

Como ha puesto de relieve M. Torelli, la *Tomba François* significó «un monumento de la ideología oligárquica, que exaltaba el rango triunfador y de magistrado auspiciante» de su propietario, *Vel Saties,* un magistrado de Vulci, victorioso en sucesos militares que le valdrían los honores del triunfo en la guerra que enfrentó a Roma contra Tarquinia entre el 358 y el 340 a.C.

Las magníficas pinturas de la *Tomba* quizá evidencien el deseo de *Vel Saties* de considerarse el digno continuador, en Vulci, de los hermanos Vibenna y de Macstarna. De ahí el testimonio pictórico de sus hechos en la tumba de aquel personaje.

Edificios religiosos y espacios sagrados

En el interior de las ciudades, en sus cercanías e incluso en ambientes rurales de su ámbito de influencia, sin olvidar las necrópolis, superada la fase de culto doméstico, centralizado en la casa, y la de los grupos gentilicios *(oikos* de las *regiae* o palacios), se levantaron santuarios y templos para tributar en ellos el adecuado culto a los dioses que la sociedad etrusca, cada vez más compleja, demandaba. El «servicio divino» *(aisuna, aisna,* en etrusco) debía realizarse en lugares específicos —santuarios, templos, capillas, altares— cuya construcción había estado sujeta de modo previo a minuciosas reglamentaciones y ritos: elección del lugar adecuado, delimitación sagrada, ceremonias auspiciales y de purificación. Aquellos quehaceres eran efectuados por personal especializado.

Santuarios

Los santuarios consistían básicamente en un espacio sagrado, cerrado mediante un muro con puertas de acceso o delimitado por mojones, en algunos casos inscritos con el nombre de la divinidad. Algunos de aquellos santuarios no dispusieron de construcciones templares, sino que se reducían realmente a «espacios sagrados» *(témenos),* en los cuales un altar *(bomós)* y una terraza elevada, a manera de *podium,* eran los elementos básicos.

De acuerdo con J.-R. Jannot, los santuarios etruscos conocieron tres puntos de ubicación: en el interior de las ciudades, fuera de ellas y en la campiña.

Los primeros se situaron en lugares muy concretos del tejido urbano, como podrían ser sus acrópolis (Veyes, Vulci, Marzabotto); sus ágoras (Marzabotto, Tarquinia, Orvieto); o sus puertas de acceso (Vulci, Tarquinia, Veyes, Arezzo).

Como santuarios extraurbanos pueden considerarse los situados junto al mar (Pyrgi y Gravisca) o en las afueras de las murallas. A algunos de éstos, extramuros, la historiografía los evalúa como *santuarios federales;* sobre ellos se está muy mal informado, dada la irrelevancia de sus restos arqueológicos en la mayoría de los casos.

Los catalogados como rurales, muy numerosos y de carácter polifuncional, se dispusieron a lo largo de los caminos o en sus encrucijadas, en las necrópolis —conec-

tados con las sepulturas gentilicias—, en puntos montañosos, en medio de bosques o junto a ríos y lagos. De estos santuarios rurales pueden citarse, además del de Brolio, al que se aludirá después, el de la necrópolis de la Cannicella en Orvieto, el de *Menrva* en Punta della Vipera, excavado por M. Torelli, cerca de Santa Marinella, y los de Cortona, Chiusi, Blera y Norchia, situados también en ambientes funerarios. No hay que olvidar las tres áreas sagradas de Vulci, en sus necrópolis de la Polledrara, del Ponte Rotto y del Ponte Sodo, ni el santuario del Fondo Patturelli, de Orvieto, ni el de Pantanelli en Amelia.

Podría aquí aducirse una larga serie de divinidades veneradas en santuarios y lugares extraurbanos, siguiendo a G. Colonna. De las mismas citamos a *Selvans,* con culto por toda Etruria (áreas de Volsinii, Sarteano, Chiusi), a *Thuflthas* (Tarquinia, Chiusi) y a *Usil,* con culto en Pieve Socana.

Templos

Respecto a los templos debe recordarse que el vocablo *templum* es un término extraído del vocabulario de la técnica adivinatoria etrusca, que servía para señalizar una particular área del cielo de la cual el sacerdote recogía los presagios que pudieran manifestarse y los interpretaba. Mientras se efectuaba tal operación, el sacerdote —al decir de muchos etruscólogos— debía mirar siempre al sur.

Por tal razón, los templos etruscos, que venían así a ser la proyección en la tierra de una región sagrada del cielo, se hallaban orientados hacia el mediodía (R. Enking, F. Prayon).

Las regiones sagradas celestes fueron dieciséis, resultantes de un teórico círculo dividido en cuatro partes separadas por dos ejes que se cruzaban en ángulos rectos, orientados este-oeste y norte-sur, los cuales, a su vez, se subdividían en otras cuatro partes (Plinio el Viejo, *Nat. Hist.,* II, 143).

Cada una de las regiones era la sede de una divinidad que desde el cielo «enviaba sus miradas al mundo terrestre» (F. Prayon). Fue, pues, fundamental el tener en cuenta todas las regiones celestes a la hora de orientar los edificios sagrados (santuarios, templos, altares), así como las tumbas y las ciudades.

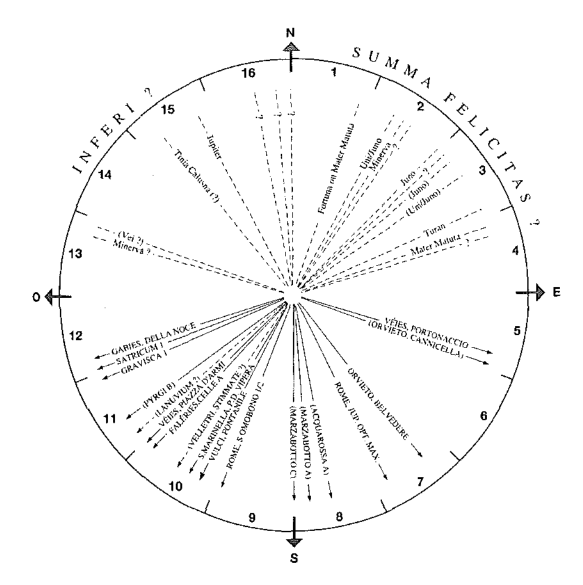
Si esto fue así para los primeros períodos históricos, luego se modificarían los ejes de orientación, que se desplazarían ligeramente hacia el sudoeste (caso de los templos de diosas, sobre todo). La orientación sudeste fue más rara, si bien los templos de *Tinia* y el de Belvedere de Orvieto fueron dispuestos así. En algunas ocasiones, la propia distribución urbana o la orografía del lugar obligó a ubicar los templos sin acogerse a la orientación de las regiones celestes.

Por otra parte, en el caso de los altares, su orientación fue independiente de la de los templos. De ordinario, los altares miraban al este, al sol naciente (caso de los 13 altares de Lavinium o el del Portonaccio, en Veyes, por ejemplo), dirección hacia la cual acabaría mirando el sacerdote durante el culto (M. Pallottino, A. J. Pfiffig).

Cuestión muy interesante y debatida la constituye determinar los orígenes del templo etrusco. Acerca de tal asunto se han argumentado diversas teorías. Para unos, sería el resultado de la yuxtaposición de tres templos de *cella* única, a los que se dotaría de un *prónaos* común. Según otros, tendría un origen minoico o micénico e incluso anatólico. Algunos más consideran que habría derivado de las propias cabañas villanovianas —conocidas por las urnas cinerarias—, estructuralmente de pieza única en forma rectangular y de elevado tejado. Luego, sobre esa concepción indígena de-

terminadas influencias sustanciales griegas —alargamiento de la planta, organización del *prónaos,* columnas, arquitrabe, disminución de la altura del tejado y elementos decorativos— habrían dado forma definitiva al templo etrusco, resuelto de forma tripartita y con *podium.*

Este último elemento, que hacía que el templo se hallase algo elevado respecto al suelo restante, tenía connotaciones especiales al delimitarlo y aislarlo como algo superior, haciendo precisamente del templo una porción de espacio a la vez terrenal, subterráneo y sobre todo celeste.



Orientaciones de los templos etrusco-itálicos. (Según F. Prayon.)

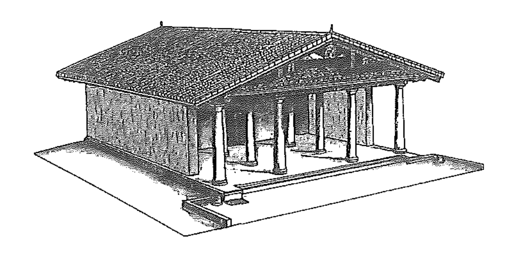
Los escasos restos templares que nos han llegado (que sólo permiten estudiar plantas y partes inferiores del columnario) han demostrado que fueron construidos siguiendo un buen número de presupuestos griegos (W. Alzinger), circunstancia muy evidente en los modelos reducidos de pequeños santuarios *(naiskos, heroon)* que testimoniarían los más antiguos edificios sagrados etruscos.

Son de influencia griega, sin embargo, el espacio de tierra *(témenos)* consagrado a la divinidad, el tipo de altar *(bomós)* para los sacrificios, el foso de fuego *(eschára)* para los ritos ctónicos, y, por supuesto, la estructura templar *(naós)* y sus decoraciones, así como la delimitación del área sagrada mediante cipos *(horoi).*

No obstante, a diferencia de los templos griegos, los etruscos fueron construidos con materiales pobres (adobes, ladrillos, madera, pedrisco), sin utilizar el mármol, encima de basamentos de piedra, que se apoyaban sobre un alto podio con molduras complejas, presentando escalinata frontal de acceso.

El tratadista romano Vitrubio *(De Arch.,* IV, 7) describe, de modo prolijo, los templos etruscos y sus proporciones, señalando que eran de planta casi cuadrada, más ancha que larga, divididos en dos sectores: el delantero *(pars antica)* con un pórtico *(prónaos)* de ocho columnas, dispuestas en dos filas, y el posterior *(pars postica),* dividido en tres capillas *(cellae)* para otros tantos dioses —por lo general *Tinia* en el centro y *Uni* y *Menrva* a los lados—, o bien formado por una sola capilla y dos espacios *(alae)* situados a sus lados.

El edificio quedaba así organizado de manera totalmente axial y frontal, con acceso tan sólo por su parte delantera. Por encima de las columnas, finalizadas en capiteles toscanos, eolios y compuestos, según los casos, corría un arquitrabe de madera, decorado con lastras de cerámica, sobre el cual descansaba la cubierta de tejas, a doble vertiente, ornamentada con acróteras, que remataban los ángulos de los frontones y la lumbrera del tejado. Las extremidades de las tejas quedaban ocultas mediante antefijas, todas ellas de cerámica bellamente policromada. Diferentes figuras, también de cerámica, adornaban la cubierta, figuras lo suficientemente firmes y sólidas capaces de resistir las tempestades, el viento y el transcurso del tiempo. Entre ellas



Templo «A» de Pyrgi. (Según G. Colonna.)

—y sin detenernos en las terracotas arquitectónicas de Tuscania, Roma, Vignanello, Murlo y Poggio Buco, de finales del siglo VII a.C. y del VI a.C.— debe citarse como ejemplo el famoso *Aplu* (Apolo) del templo del Portonaccio, obra del escultor etrusco *Vulca.* También contaron, no obstante, con esculturas de piedra y con ornamentos metálicos.

A pesar de lo dicho por Vitrubio —y como pusieron de relieve L. Banti y A. Boëthius—, el templo etrusco obedeció a un polimorfismo tanto en planimetría como en altimetría, y no a un prototipo único (el templo Capitolino de Roma) al cual se habría atenido Vitrubio.

El mobiliario de culto del interior lo constituían diferentes altares, numerosos utensilios metálicos para los sacrificios cruentos e incruentos (cuchillos, hachas, sítulas, candelabros, braseros, páteras, asadores, trébedes y vasos de diferentes usos) y otros variados enseres de madera. A todo ello deben añadirse estatuas de terracota, exvotos de bronce o de cerámica —que luego eran depositados en *favissae* o fosas— que figuraban a dioses y a devotos.

Tipología templar

Se ha efectuado una clasificación tipológica de los templos etrusco-itálicos, basándose sobre todo en la decoración arquitectónica que presentaban y que estuvo ligada, obviamente, a las modas de las diferentes etapas históricas.

Se puede hablar, en primer lugar, de una fase preparatoria con templos tipo *mégaron,* de una sola *cella,* con dos columnas frontales, según se sabe por pequeños modelos templares en terracota *(naiskos, heroon)* y algunos ejemplos arqueológicamente comprobados —templos de Poggio Casetta (Bolsena) y de Veyes.

A la misma le siguió una primera fase, de inspiración jónica (siglos VII-VI a.C.), caracterizada por templos con frontón abierto (esto es, sin decoración) y visibilidad de las vigas de sustentación, recubiertos con lastras que formaban una línea ornamental continua.

A tal fase le siguió una segunda, arcaica (siglos VI-V a.C.) en la que las lastras de cobertura del tejado formaban una decoración continua con desarrollo de la cornisa, además de contar con antefijas, acróteras y grupos esculturados coronando las cubiertas, pero no los tímpanos.

Una última fase, de influencia helenística (siglo IV a.C.), cierra la tipología templar etrusca, con un esquema decorativo idéntico a la fase anterior, si bien con la novedad de un frontón triangular o tímpano totalmente ciego, pero realzado todo él con escenas figuradas en terracota, el medio plástico más utilizado en escultura.

Templos panetruscos

Notabilísima importancia hubieron de tener los santuarios considerados como «federales». Tito Livio (IV, 23, 25, 61; V, 17; VI, 2) ha transmitido la existencia de uno de ellos, en donde se reunían los doce pueblos de Etruria. Ubicado en el territorio de

Volsinii —y conocido como *Fanum Voltumnae*—, constituía el ámbito en el que, anualmente, se supone que se celebraban las fiestas panetruscas y la elección del magistrado que las presidía *(zilath melch rasnal)*. El indicado *Fanum* alcanzó a finales del siglo V a.C. una extraordinaria importancia por su significado no sólo religioso, sino también político y económico. Lamentablemente, como ya se dijo, no ha podido ser identificado ni localizado todavía, aun cuando algunos etruscólogos piensan en el Campo della Fiera en la colina de Orvieto.

En segundo lugar, debe mencionarse también el mayor templo construido en Etruria, denominado *Ara della Regina*, en Tarquinia —excavado por P. Romanelli y M. Torelli—, y quizá asociado religiosamente al lugar del nacimiento milagroso de Tages, maestro de Tarconte en el arte de la aruspicina. Tal edificio, sobre imponente terraplén de bloques calcáreos (77 × 36 m), fue varias veces reconstruido sobre el espacio de un santuario arcaico anterior, ubicado extramuros en el siglo VI a.C. El citado terraplén, de 7,20 m de altura y con ocho gradas de aceso, soportaba el templo a su vez sostenido por un podio. La planta templar era algo alargada (39 × 25 m), de tres capillas, dedicadas a otras tantas divinidades infernales o ctónicas. El hecho de las tres *cellae* pudo haber significado también el culto a una divinidad presente en tres diferentes hipóstasis (¿quizá *Artumes?)*. Pudo haber funcionado, asimismo, como santuario federal antes de que esta tarea incumbiera al *Fanum Voltumnae*. En época romana existió en sus cercanías la sede del *ordo LX haruspicum*, en donde fueron hallados los famosos *fasti*, esto es, la lista de los magistrados que controlaron aquel colegio de arúspices.

Un tercer templo, también de carácter panetrusco, fue el del Portonaccio, en Veyes, antes citado (13 × 8 m) sobre un bajo *podium*, de planta cuadrada (18,50 por × 18,50 m), de tres *cellae*, dedicado a una *Menrva* con funciones oraculares y curativas, y varias veces reconstruido sobre una terraza natural, fuera del recinto urbano. El mismo, que ocupaba el asiento de un primitivo santuario, contaba con un amplio estanque (¿un *loutrón nymphikón*, asociado a sacerdotisas etruscas?), pozo y altar monumental, además de otras construcciones para los servicios auxiliares.

Las excavaciones efectuadas en él han facilitado estatuas acroteriales (magníficas las de un *Aplu*, la de *Latona* y la del *Hercle* con la cierva de Cerinea), y multitud de exvotos anatómicos, testimoniando así que funcionó como lugar de curaciones. La presencia del dios *Aplu* en las grandes acróteras del templo, y la de *Menrva* en las inscripciones en él halladas, señalan que ambos fueron considerados allí divinidades titulares. También recibieron culto *Turms*, *Hercle*, *Turan* y *Aritimi*, estas dos últimas asociadas a *Menrva* (TLE, 45), tríada conocida también por los espejos y otros monumentos tardíos, en opinión de D. Rebuffat. Los textos de las inscripciones hablan de fieles provenientes no sólo de Veyes, sino asimismo de Caere, Tarquinia y Vulci.

De carácter nacional etrusco también se puede considerar el santuario de Feronia *(Lucus Feroniae)* en el *ager* de Capena (Tito Livio, I, 30; Estrabón, V, 2, 9; Silio Itálico, *Púnica*, XIII, 83-85), en donde se veneraba a la diosa de la Fecundidad, Feronia, de origen sabino, enclave que se convirtió en un importante centro comercial y en punto de reunión de etruscos, latinos, sabinos y faliscos.

En Brolio, al sur de Arezzo, un depósito votivo ha testimoniado la existencia de un santuario rural, en funcionamiento ya a partir del siglo VII a.C., y que por su prestigio religioso fue visitado por fieles de toda Etruria.

También en Poggio Civitate (Murlo) en su complejo palacial existía un espacio sagrado, a modo de pequeño santuario *(sacellum)*, en el que se celebrarían cultos

gentilicios. Su excavador, K. M. Phillips, ha sugerido la hipótesis de que dicho *sacellum* podía haber sido la sede de una liga etrusca de las ciudades del norte; sin embargo, no existen pruebas ni arqueológicas ni textuales que confirmen tan sugerente hipótesis.

Se ignora la exacta importancia que alcanzaría el templo de Volsinii (Orvieto), conocido como «Templo Belvedere» (22 × 17 m), construido sobre un alto basamento a comienzos del siglo V a.C. Por delante se abría un amplio espacio sagrado, a modo de patio, al que le seguía la *pars antica* con un *prónaos* con cuatro columnas, limitado por un muro y por detrás *(pars postica)* existía un recinto subterráneo conectado con depósitos votivos y cultos ctónicos. En los altares hallados en su recinto se lee la inscripción *Tinscvil* (TLE, 258, 259), lo que indica que en sus tres *cellae* recibiría culto tan sólo *Tinia* bajo tres funciones o advocaciones distintas. Por otra parte, el frontón del templo recogía escenas del mito troyano, figuradas en admirables terracotas identificables con algunos de los personajes de la Guerra de Troya (reconstrucción de M. J. Strazzula, G. Della Fina y F.-H. Massa-Pairault).

No se debe olvidar que el templo de Roma, en honor de *Iupiter Optimus Maximus,* levantado en el Capitolio en tiempos de Tarquinio Prisco e inaugurado en el 509 a.C. por el cónsul M. Horacio Pulvillo, se acomodó básicamente a la planta y estructura etruscas, si bien se le rodeó de un peristilo griego, según han demostrado los estudios efectuados por E. Gjestard. Según Plinio el Viejo *(Nat. Hist.,* XXXV, 158), fue uno de los más grandes (60 × 55 m de superficie) y espectaculares (elevado *podium,* decoración plástica) del siglo VI a.C. Lo mismo cabe decir del Templo de la Fortuna y de *Mater Matuta,* erigidos en lo que es hoy área de Sant'Omobono.

Otros recintos sagrados

Los templos no fueron el único tipo de arquitectura sagrada con que contaron los etruscos. También tuvieron capillas y sobre todo una gran variedad de altares al aire libre, así como altares-tumba y altares-podio. Todos estos altares adoptaron, por lo general, formas redondas o cuadrangulares con molduras muy acusadas, según testimonian los restos hallados en Comeana *(Tumulo di Montefortini)* y en Prato Rosello (Túmulos «A» y «B»).

Uno de ellos, ya citado en páginas anteriores, de aspecto imponente en su día, hubo de ser el existente junto al *Melone del Sodo II* de Cortona, complejo que formó parte de un túmulo hallado en 1990. Su altar-podio, con precedentes en Poggio Gaiella y en Bagnolo, destinado, bien a la exposición del difunto *(próthesis),* bien al culto funerario, se hallaba conectado al túmulo, formando con él un proyecto arquitectónico unitario (P. Zamarchi Grassi). Estaba compuesto por una corta escalinata y una plataforma (5 × 9 m) delimitada por un parapeto decorado. Las antas de la escalinata, ésta con restos de seis peldaños (la restauración ha añadido otros tres), se hallan ornamentadas cada una con la lucha de un monstruo (al parecer un león) contra un guerrero, grupo sin duda manifestante de la contraposición simbólica de la vida y la muerte.

Altares espectaculares del siglo V a.C., de carácter monumental, emplazados cerca de templos, fueron el llamado «Edificio D» de la acrópolis de Marzabotto, provisto de escalinata de acceso, y el de Pieve Socana, cerca de Arezzo, con hermosas molduras. También se levantaron altares en las necrópolis rupestres (caso de Grotta Por-

cina, entre Norchia y Blera), que funcionaron como puntos de sacrificio en las celebraciones funerarias. Altares de pequeñas dimensiones sobre los cuales se ofrecían libaciones a las divinidades infernales han sido localizados en diferentes santuarios (Punta della Vipera, Portonaccio, Veyes, por ejemplo). Como se dirá después, delante de cada una de las 20 *cellae* existentes en las cercanías del «Templo B» de Pyrgi existieron otros tantos pequeños altares.

Por otra parte, no lejos de Veyes, en Campetti, se localizó un recinto sagrado, fechable en el siglo VI a.C., con los restos de dos edificios que han facilitado un riquísimo depósito votivo con más de tres mil exvotos, en su mayoría constituidos por cabezas y estatuillas hechas en serie.

El santuario de Pyrgi

Los escritores griegos dejaron memoria del santuario de Pyrgi, dedicado, de acuerdo con el Pseudo-Aristóteles *(Oecon.,* II, 1349 b, 33-35), a una divinidad asimilada a la griega Leucótea, blanca diosa del mar, o a la también griega Eileithyia, que presidía los partos, según Estrabón (V, 2), autor que señala que lo habían fundado los



Relieve del Templo «A» de Pyrgi. (Museo de Villa Giulia, Roma.)

pelasgos. Por su parte, Diodoro de Sicilia (XV, 14, 9) recuerda el gran botín que obtuvo en su saqueo del 384 a.C. el tirano Dionisio I el Viejo de Siracusa. Tras aquella acción, el santuario conoció una renovada prosperidad; sin embargo, hacia el 270 a.C., cuando Caere fue incorporada al Estado romano, Pyrgi y su santuario fueron destruidos.

El área del santuario, cercana a los 6.000 m^2, se hallaba no lejos del mar, lo que constituyó un hecho excepcional, pues los templos etruscos, como ha remarcado R. Bloch, se hallaban siempre en las ciudades o en sus cercanías y con frecuencia en las alturas. Su construcción hubo de efectuarse a comienzos del siglo VI a.C., como han revelado sus restos arqueológicos.

En su ámbito sagrado, comenzado a excavar en 1957, se levantaron dos templos, circunstancia exigida por los cultos diferenciados que en ellos llegaron a tributarse. El más antiguo, el «Templo B» (llamado así por haber sido localizado en segundo lugar), medía unos 600 m^2 cuadrados de superficie y constaba de una sola *cella,* circundada de una perístasis helenística de cuatro columnas en sus frentes y de seis en sus lados. Aunque el frontón era etrusco, pues estaba totalmente abierto, su aspecto general recordaba el tipo griego dórico occidental. Los altorrelieves que decoraban las cabeceras de sus vigas recogían escenas alusivas a los *Trabajos de Hércules.*

El templo se levantaba sobre un *témenos* largo y estrecho en uno de cuyos extremos —el del lado sur— se hallaban 20 *cellae,* precedidas de una fila discontinua de pequeños altares (G. Colonna). Dichas *cellae* hubieron de servir como estancias para albergue o posada *(katagógion)* de gentes ocasionales admitidas en el santuario o bien como residencia de las sacerdotisas que ejercían la prostitución sagrada, pues tres siglos después el poeta romano Lucilio en una de sus *Sátiras* todavía recordaba a las «prostitutas de Pyrgi» *(scorta pyrgensis).*

De acuerdo con el análisis morfosintáctico (H. Rix) y la exégesis (M. Cristofani) de las famosas inscripciones sobre tres láminas de oro, allí encontradas en 1964 —y de las que nos ocuparemos en su momento—, se puede afirmar que el templo ya existía en tiempos de *Thefarie Velianas,* magistrado supremo de Pyrgi hacia el 500 a.C., quien dedicó en tal lugar un edículo a la diosa *Uni,* identificable con Astarté.



Diosa del santuario de Pyrgi. (Museo de Villa Giulia, Roma.)

Los restos de decoración en terracota (antefijas) hallados en el sector lateral del lado sur —a los que se aludirá más adelante— han testimoniado que el sistema ornamental del templo evidenciaba una construcción de gran prestigio. Las tres parejas de antefijas, que presentaban cada una un personaje masculino y otro femenino, han sido conectadas con el viaje sobre el mar, con símbolos astrales y con el mundo de los caballos. Para algunos etruscólogos, tales antefijas, resueltas con temática helénica, tienden a reflejar, sin embargo, un calendario de fiestas.

Paralelo al «Templo B», aunque un poco más avanzado hacia el mar, fue construido algún tiempo después (480-470 a.C.) un segundo templo (el llamado por los excavadores «Templo A»), de planta etrusca, sobre podio, accesible sólo por su lado anterior, de algo más de 820 m^2 de superficie, estructurado en tres *cellae* con cuatro columnas en triple fila en la fachada y que ocupaban la mitad del área templar. La decoración, también de temática griega, representaba, entre otros argumentos, la llegada de Leucótea a Occidente y su acogida por Heracles, una *Amazonomaquia,* diferentes Silenos y Ménades y el mito de la fallida expedición de *Los Siete contra Tebas,* dirigida por el rey de Argos, Adrasto, decoración toda plasmada en recuerdo, tal vez, de la estancia de antiguos griegos (argivo-pelasgos) en Pyrgi.

Acerca de las divinidades aquí veneradas, una lámina de bronce nos ha transmitido el nombre de dos de ellas: *Thesan* (interpretada como Eileithyia) y *Tinia* (la más importante divinidad etrusca). La epigrafía etrusca testimonia, además, a *Uni* y a *Farthan.*

Entre estos dos templos se extendía una zona sagrada («área C»), de unos 30 m^2 de superficie —tal vez la dedicada por *Thefarie Velianas*—, con un gran altar conectado con el subsuelo y un pozo, elementos claros de un culto ctónico, evaluable como un *mundus.* En tal área fueron localizadas las tres láminas de oro a las que se aludió anteriormente, dos con inscripciones etruscas y la tercera con una púnica. En el pozo se encontraron también restos de animales salvajes y domésticos —entre ellos los de un perro—, además de crustáceos y moluscos y espinas de pescado.

Asimismo, las excavaciones han permitido reconocer un pequeño *Adonion* en esta área, en el cual hubieron de ser representadas las adonías, fiesta erótico-religiosa importada de Grecia.

A partir de 1983 se descubrió un nuevo núcleo religioso, al sudeste de los dos templos, que ha facilitado restos edilicios, así como altares (el denominado *iota* fue localizado en 1998) y dos pequeñas capillas, fechables hacia el 520 a.C., junto a numerosas inscripciones votivas dedicadas a *Cautha,* una divinidad femenina, tal vez de carácter celeste, y a *Śuri,* dios este identificado con Apolo, y venerado también en otros santuarios costeros de Etruria.

En las últimas campañas (2000-2002) se localizaron en su sector sur, junto a unas pocas y fragmentadas inscripciones griegas, un buen número de etruscas sobre cerámica, bronce y ámbar (un pendiente), generalmente con dedicatorias en su mayoría a *Cautha/Cavatha.* Una de ellas contiene ocho palabras relativas a la consagración de un vaso a *Cavathas Sekh.*

Del santuario de Pyrgi partía un camino, de unos 10 m de anchura, que conducía prácticamente en línea recta a la ciudad de Caere. Al lado del mismo se hallaba el grandioso túmulo orientalizante de Montetosto, de finales del siglo VII a.C.

Por otra parte, se han podido estudiar las variaciones de la línea de costa de este litoral caeretano (Proyecto *Pyrgi sommersa),* habiéndose detectado la pérdida de al menos 100 m de costa, engullida por el mar. Sobre el fondo de este recorte terrestre y a una profundidad de unos 5 m yace una gran parte del hábitat portuario etrusco y romano de Pyrgi con elementos arquitectónicos aún visibles, entre ellos, una dársena de más de 200 m de longitud, 30 m de anchura y 2 de altura, obra etrusca utilizada también en tiempos romanos.

Por su parte, Gravisca, el puerto principal de Tarquinia, también contó con un área sagrada con cinco recintos, en las afueras del conjunto urbano, activa a partir de los comienzos del siglo VI a.C. y muy visitada por mercaderes griegos (samios, lidios, efesios, milesios, jonios, eginéticos), de acuerdo con los exvotos y el material que ha sido descubierto. Sobresale de entre el mismo, además del medio centenar de inscripciones y varios millares de lámparas (G. Lilliu), un ancla de mármol, dedicada a Apolo Egineta por un personaje que se puede identificar tal vez con el famoso Sóstratos, hijo de Laodamante de Egina, hombre de legendaria riqueza, como afirma Heródoto (IV, 152), obtenida, sin duda, por la venta de esclavos, productos alimentarios, metales y cerámica griega en tierras griegas, tartésicas y etruscas.

En los indicados recintos de planta y dimensiones diferentes, y según se sabe por documentos epigráficos, recibieron culto Afrodita (esto es, la etrusca *Turan),* Hera, Démeter, Apolo y los Dióscuros.

Reestructurada la zona religiosa hacia el 450 a.C. (se ampliaron los ámbitos de culto en torno a una calle axial), las divinidades griegas que se han citado fueron identificadas con otras tantas locales *(Turan, Uni, Vea* y *Aplu).* Se levantaron, asimismo, nuevas capillas y altares a las divinidades allí veneradas, y en parte ya etrusquizadas —caso de *Artume*—, y otra dedicada a *Atunis* (Adonis), adquiriendo con ello toda el área sagrada un verdadero carácter monumental. Gravisca funcionó, obvio es decirlo, como activo *empórion* griego, autorizado por los tarquinienses.

Capítulo VI

La sociedad etrusca

Si poco se sabe de las ciudades, poco es también lo que se puede decir de la organización política (monárquicamente federal) que los etruscos se dieron a sí mismos y de cómo estructuraron su sociedad. Ante la falta de información sobre estos extremos, son las referencias indirectas de algunos escritores griegos y latinos, y determinados textos epigráficos, los que permiten indagar algo acerca del ordenamiento político y social etruscos, cuyas gentes nunca fueron capaces de formar un Estado unitario o «nación», sino que articularon sus instituciones de modo parecido al de las antiguas ciudades-Estado sumerias y al de las *póleis* griegas.

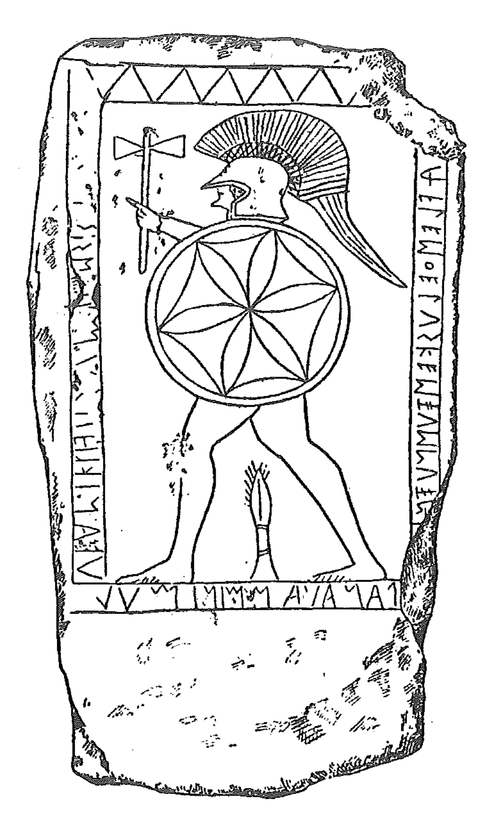
Organización política

Durante la etapa formativa del pueblo etrusco (siglos IX-VIII a.C.) la población estaría controlada por la poderosa clase social de unas *gentes maiores,* tal vez repartidas en diferentes tribus, detentadoras del poder político y económico. Al frente de ellas hubo de estar un monarca —en realidad una especie de lo que luego sería el *princeps civitatis* latino— probablemente elegido por sufragio, llamado, al decir de Servio *(Ad Aen.,* II, 278; VIII, 65), *lucumón* —en etrusco, *luchme* o *lauchme*—, con poder real *(truna),* no se sabe si temporal o a término, sobre los príncipes o jefes de las familias patricias, así como con plenas atribuciones judiciales, militares y religiosas.

La propia evolución social, con la presencia de *gentes minores,* como contrapeso a las tradicionales estructuras gentilicias monárquicas, conoció en el siglo VI a.C. algunos episodios de tiranías, instauradas por —valga la expresión anacrónica— arrojados *condottieri* o «señores» que, con su ejército personal, obligaron a aceptar su candidatura a la monarquía de la ciudad, imponiéndose así sobre las grandes familias aristocráticas.

Algunas estelas de —hay que suponer— osados, turbulentos y ambiciosos guerreros *(Avele Feluske, Larth Atharnies, Avele Tites)* confirman la existencia de tales ejércitos privados, cuyos componentes, a finales del siglo VII y principios del VI a.C., formarían una clase privilegiada.

Los atributos del poder del monarca —de los que hablan Estrabón (V, 2), Dionisio de Halicarnaso (III, 61), Floro (I, 5) y Silio Itálico *(Pún.,* VIII, 483-487) y testimonian algunas pinturas *(Tomba del Tifone, Tomba degli Hescanas)*—, que serían luego tomados por Roma, fueron la corona de oro, el cetro de marfil coronado por el águila,



Estela de *Avele Feluske.* (Museo Arqueológico, Florencia.)

la *tunica palmata,* la *toga picta,* el *paludamentum,* la silla de marfil sin respaldo *(sella curulis),* y el derecho a ser acompañado por lictores portando al hombro un manojo de varas *(fasces),* atadas alrededor de un hacha *(securis)* de doble filo *(bipennis)* —de origen egeo—, símbolo este, compuesto, que dejaba ver la máxima autoridad política en cuanto controladora de la justicia y de la administración, al decir del erudito romano del siglo IV de nuestra era Macrobio *(Satur.,* I, 15). A todos estos atributos se añadían también la *bulla aurea* (llamadada en las fuentes latinas *etruscum aureum),* con clara función de amuleto, y el anillo de oro. Incluso se ha llegado a admitir (G. Devoto, por ejemplo) que la palabra *triumphus* llegó a Roma a través del etrusco, que, a su vez, la había tomado del griego *thríambos.* Uno de los *elogia tarquiniensia* confirmó los orígenes etruscos del «triunfo romano», entre cuyos *ornamenta* figuraban el cetro coronado con el águila y la corona áurea.

Una placa de terracota pintada, de Caere *(Placa Campana),* del siglo VI a.C., hoy en el Museo del Louvre, representa el diálogo entre dos personajes. De ellos, uno, identificable tal vez con el rey Feres de Tesalia, está figurado a modo de un rey etrusco, sentado en la *sella curulis,* portando cetro y vistiendo la *toga picta,* la *tunica palmata* y calzando *calcei* de aguda punta recurvada de claro estilo oriental. Frente a él, se halla su hijo Admeto, vestido también a la etrusca.

Que sepamos, tan sólo se acepta la existencia, hasta hoy, de un cetro, reconocido como etrusco y que fue hallado en una tumba de Veyes. Se trata de un bastón ligneo (65 cm de longitud), del siglo VII a.C., revestido con lámina y clavos de plata, al que se le había aplicado un pomo de bronce fundido con incrustaciones de hierro, que formaban palmetas de gusto fenicio.

Por otra parte, fragmentos marfileños, hallados en Bolonia a finales del siglo XIX, facilitaron la prueba arqueológica de una *sella curulis* etrusca, fechable a finales del siglo VI a.C. Asimismo, una *bipennis,* rodeada de varas de hierro, encontrada en la *Tomba del Littore,* de Vetulonia (hoy en Florencia), y tres modelos de *bipennes* en *bucchero,* de mitad del siglo VII a.C., hallados en Tarquinia, además de la *bipennis* de Sarteano, y la famosa *Estela de Avele Feluske,* confirmaron las palabras del poeta y cónsul latino Silio Itálico *(Pún.,* VIII, 483-487), del siglo I de nuestra era. Tal autor señaló que Roma había recibido de Vetulonia la costumbre de hacer preceder a los magistrados por doce fascículos, a los que agregó otras tantas hachas que difundían un mundo de terror.

No se sabe nada, según apuntó D. Briquel, acerca de las reglas de sucesión real en Etruria, pero hay que suponer que el cargo pasaría a miembros de la propia familia reinante, aunque no necesariamente de padres a hijos.

Por otro lado, han llegado una pocas referencias históricas de algunos reyes etruscos, pudiéndose citar a *Mezenzio,* rey de Caere (Virgilio, *Aen.,* VII, 647 y ss.; VIII, 481 y ss.; Tito Livio, I, 2), a *Porpercio,* rey de Veyes, por lo demás desconocido (Servio, *Ad Aen.,* VII, 695), a *Vel Vibe,* rey también de Veyes, según el poeta latino Nevio (en Festo, 334 L), y a un mítico *Morrio,* descendiente de *Haleso,* hijo de Neptuno (Servio, *Ad Aen.,* VII, 697), así como a *Lars Tolumnio,* también rey veyense (Tito Livio, IV, 17), y a *Orgolnio* de Caere, expulsado de su trono por el tarquiniense *Aulus Spurinna* (según especifica una inscripción). Muy célebre fue *Porsenna,* rey de Chiusi, ya citado, pero con amplia influencia sobre toda Etruria (Dionisio de Halicarnaso, VI, 74).

Aparte de los reyes etruscos de Roma, ya vistos en páginas anteriores, hay que recoger a un mítico *Nanas,* rey de Cortona, y a otro de la misma ciudad, no menos mítico, de nombre Corito *(Corythus).*

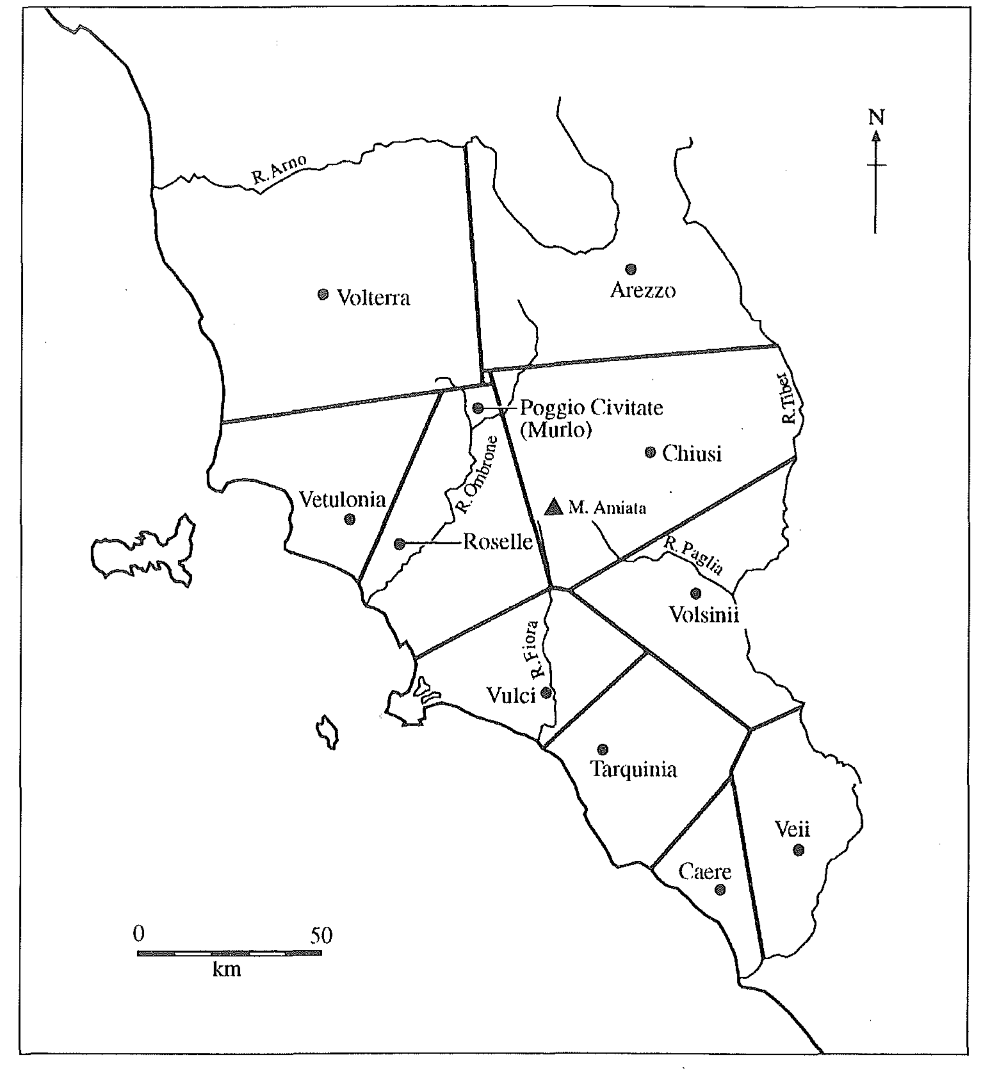
La Liga federal etrusca

La conciencia de una unidad superior que aglutinase a todos los pueblos etruscos los obligó durante la época arcaica a establecer una liga o federación (en etrusco, *mechl),* denominada «Liga de los doce pueblos de Etruria», número éste de significación puramente religiosa, pues existieron muchísimos más «pueblos» (entiéndase *ciudades)* que se estructuraron a modo de las *póleis* griegas (caso de la Confederación jonia, formada también por doce ciudades). Para Dionisio de Halicarnaso (III, 61; IV, 27), tal federación aparecía ya constituida bajo los reinados de Tarquinio Prisco y de Servio Tulio; en cambio, Tito Livio (IV, 23) la menciona, como formada, sólo a partir del año 432 a.C. Con la evolución histórica etrusca se perdió el carácter simbólico de la cifra 12, siendo el número de ciudades confederadas en la Etruria propia el de 15 y en la Etruria padana el de 18.

Ante la carencia de una relación precisa de las ciudades que comportarían aquella entidad supraestatal *(Duodecim populi),* subsiste la dificultad de enumerarlas correctamente, pues a la inexistencia de un catálogo oficial de ciudades confederadas se une la Arqueología, la cual ha demostrado que algunas ciudades de la federación todavía no existían en el siglo VI a.C., caso de Perugia, Cortona y Arezzo.

Se puede afirmar, siguiendo a R. A. Staccioli, que a la dodecápolis etrusca hubieron de pertenecer parte de las ciudades de la Etruria meridional y marítima: Veyes, Caere, Tarquinia, Vulci, Ruselas, Vetulonia y Populonia, así como las grandes ciudades de la Etruria interior y centro-septentrional: Volsinii, Chiusi, Perugia, Arezzo y Volterra. A éstas se hubieron de añadir —o tal vez sustituir a alguna de ellas— centros considerados en un primer momento menores y de más reciente creación, como Cortona y Fiésole.

A. Solari emitió la hipótesis de que la posible lista oficial de ciudades hubo de ser reformada varias veces en razón del proceso histórico evolutivo de las mismas. Para M. Torelli, aquella primitiva Liga se hallaría ya en funcionamiento hacia finales del siglo VII a.C.; en cambio, para G. Camporeale —y con anterioridad F. Altheim y L. A. Hollands—, la citada organización política de la federación etrusca hubo de ser posterior al siglo VI a.C.



Áreas territoriales etruscas. (Tomado de G. Barker y R. Rasmussen.)

Por su parte, V. Bellini admitió la existencia de antiguas uniones etruscas —anteriores incluso al proceso del urbanismo— de carácter mágico-religioso, establecidas y organizadas en función de un ancestral culto a la fertilidad. Aquellas uniones acabarían por derivar en uniones políticas.

De acuerdo con las tradiciones de Tarquinia —recogidas en parte por el gramático Marco Verrio Flaco en sus *Rerum etruscarum libri* (Fr. 1 P)—, la fundación de tal Liga o, si se quiere, la Constitución de Etruria, habría sido obra de Tarconte, hijo (o hermano) del rey lidio Tirreno, un caudillo mítico o *archegétes* al decir de Heródoto (I, 94) y de Estrabón (V, 2). No cabe duda de que la Liga, antes de constituirse, hubo de acordar y funcionar bajo determinadas bases religiosas que, en cierto modo, unirían a las ciudades; después, bajo la presión de otros intereses, entre ellos, los comer-

ciales, la Liga acabó constituyéndose en una comunidad militar, con determinados tintes políticos, aunque no vinculantes.

Otro tanto harían más tarde las ciudades de la Etruria campana, aglutinadas en torno a la ciudad de Capua, y las de la Etruria padana, en torno a Felsina, al decir de Tito Livio y Diodoro de Sicilia.

No es posible todavía relacionar las ciudades que formaron parte de estas dos ligas. La dodecápolis campana hubo de estar constituida, además de Capua, como capital, por las ciudades de Nola, Acerra, Nocera y quizá Suessola, Herculano, Pompeya, Sorrento y Pontecagnano. Algunos de los enclaves denominados *Irnthi, Velsu, Urina* y *Velcha* —conocidos por aparecer consignados en monedas— también formarían parte de esta dodecápolis.

A la dodecápolis padana, además de su principal ciudad, Felsina, hubieron de pertenecer las ciudades etruscas ubicadas en Marzabotto y en Casalecchio di Reno, así como Spina. Con alguna probabilidad también estarían Ravenna, Cesena, Rímini, Módena, Parma, Piacenza, Mantua y quizá *Melpum.*

Muy pronto los *lucumones* de cada ciudad celebraron anualmente, durante la primavera —no se sabe por qué motivaciones en esta estación—, consultas políticas y militares en el *Fanum Voltumnae,* templo al que antes ya se aludió, situado cerca de Volsinii (Orvieto). Allí, según señaló Tito Livio (I, 8), aquellos doce pueblos —en realidad, las principales ciudades de las tres confederaciones dodecárquicas— procedían a la elección de un rey, lo que corrobora Servio *(Ad Aen.,* VIII, 475), el comentarista de Virgilio, al declarar que Etruria contaba con «doce lucumones», siendo uno de ellos, el *zilath mechl rasnal,* el jefe de los demás, quien, investido del poder supremo o *truna* (similar a la *arché* griega o al *imperium* romano), ordenaba las fiestas y los grandes juegos que habían de celebrarse *(sollemnia ludorum),* así como trazaba, aunque muy genéricamente, las líneas de la alta política que había que seguir (decretos, guerras, sanción o ayuda a los centros urbanos), si bien sin perder las ciudades su propia autonomía.

Se ignora cómo era designado el supremo jefe de la Confederación, que algunos ven recogido en la expresión *purthn-macstrn,* dado que en las fuentes clásicas no se especificó nunca el método o métodos empleados (V. Bellini).

Como señaló hace muchos años L. Pareti y más recientemente M. Cristofani, la Liga no planificó ninguna política común ni en sus mejores momentos ni ante la agresión romana, debido sobre todo «al carácter religioso de la institución». Idea también mantenida por A. Hus, quien afirmó que la Liga jamás impidió las luchas entre las propias ciudades etruscas, como lo demuestran los frescos de la *Tomba François,* ni tampoco supo hacer causa común contra griegos, romanos —aislamiento de Veyes, dejada a su suerte, entre el 406 y el 396 a.C.— y cartagineses.

Luego, a finales del siglo VI a.C., los etruscos, tras un período de dictaduras militares o de tiranías —a las que antes se ha aludido—, evolucionarían políticamente hacia formas constitucionales republicanas oligárquicas, basadas en principios censitarios —los ciudadanos fueron reagrupados en «clases», según su riqueza—, al igual que habían hecho griegos, fenicios y latinos, controladas por magistraturas electivas, temporales (un año de duración) y tal vez colegiadas, junto a un senado —designado, al parecer, con los términos *cechana* y *cechasiethur*— formado por los jefes de las *gentes* o grandes familias.

A partir de entonces en el *Fanum Voltumnae* se comenzó a elegir al *lucumón* o rey —cuyo poder había sido expresión de la aristocracia agraria— mediante juramentos de



Askós de *impasto* decorado con caballero. (Museo Arqueológico, Bolonia.)

tipo religioso, según se deduce de la posterior epigrafía romana de época imperial (ILS, 5019). De acuerdo con aquellos *iusiuranda* (parecidos a los de las anfictionías griegas), los componentes de la federación escogían a un *sacerdos* de entre los *principes* de las doce «repúblicas», número inspirado en el de la Confederación jonia, elevado luego a quince *(Etruria quindecim populorum).* Aquel cargo —que quedaría reducido a los asuntos sagrados, en opinión de M. Pallottino— solía recaer, generalmente, en el representante de la ciudad de mayor importancia económica, social y militar. *Sacerdos* sería el título que todavía tendría —a veces junto a *coronatus*—, en el Bajo Imperio romano, el presidente de los juegos de Volsinii.

Cada uno de aquellos personajes, susceptibles de ser elegidos como *sacerdos,* desempeñaba también la magistratura suprema en sus respectivas ciudades, magistratura que, al parecer, era indicada con el vocablo *zilath* y sus variantes (de la raíz *zil-*, que significa «gobernar»). Ellos controlaban la dirección política suprema, determinaban las alianzas y mandaban la milicia. Se asistió, pues, a un proceso político que, desde la monarquía *(lucumón)* y la república aristocrática *(princeps civitatis),* abocó en una república controlada por magistrados patricios *(Etruria principes)* bajo la presidencia de uno de ellos.

Como se ha indicado, la abolición de la monarquía no significó, sin embargo, el triunfo de un movimiento democrático. La aristocracia —o, si se quiere, la oligarquía de *principes*— continuó detentando el poder, según señaló R. Lambrechts, afirmación que puede demostrarse por los textos epigráficos y por la continuidad de las ricas tumbas familiares de las poderosas *gentes.* De hecho, como recogió J. Heurgon hace años, diferentes jefes de la aristocracia etrusca aparecían revestidos de responsabilidades políticas. En un pasaje de Tito Livio (X, 13), en el que se oponen los *principes Etruscorum* a los *magistratus Samnitium,* se da a entender que los *principes,* esto es, los «grandes» de las ciudades, eran magistrados etruscos, que funcionaban de modo colectivo y bajo el control de un *princeps civitatis.* No obstante, sí tuvieron lugar determinadas luchas sociales *(bella servilia),* especialmente en Arezzo *(seditio* contra los *Cilnii),* Caere (expulsión de su *rex* Orgolnio) y en Volsinii, sobrevenidas a efectos de intentar arrancar a la aristocracia los derechos cívicos de los que estaban excluidos. Aquellas revueltas coincidieron con el declinar etrusco, facilitando así a Roma inmejorables pretextos para su intervención en aquellas sublevaciones.

Estructuras político-territoriales

Poco es lo que se sabe de tal tipo de estructuras, mencionadas en el famoso *Liber linteus* de Zagreb, y que respondían a los vocablos *cilth, śpura, methlum, tuthina* y *rasna.* Tales vocablos, según G. Colonna, equivaldrían a las siguientes igualdades: *cilth = arx = okri; śpura = civitas = tota; methlum = urbs; tuthina = vicus; rasna = populus.*

Debe suponerse que cada una de estas estructuras tendría un cuadro de funciones político-administrativas determinado, del que no se sabe prácticamente nada. De todos modos, las estructuras principales político-territoriales de referencia se identifican en el binomio constituido por la totalidad del pueblo, *rasna,* y por la ciudad *(śpura)* en cuanto realidad cívica y territorial más restringida, formando parte del *rasna.*

Las magistraturas

Muchas de las magistraturas etruscas, estudiadas tiempo atrás por A. Rosenberg, F. Leifer, H. Rudolph, S. Mazzarino, y más modernamente, entre otros, por R. Lambrechts, M. Pallottino, G. Camporeale, J. Heurgon, M. Torelli, M. Cristofani y A. Maggiani, nos son conocidas por los *cursus honorum* (los cargos sucesivos o «carreras») que aparecen en las inscripciones funerarias. Sin embargo, lamentablemente —como argumentó en su momento M. Pallottino—, todavía no se ha podido averiguar cuánta sería su duración, cuál la naturaleza y el contenido de sus cargos y cómo sería su correspondencia con las magistraturas itálicas y latinas.

Las magistraturas —que descansaban en el principio político del poder *(truna,* en etrusco; *drouna,* según Esiquio)— serían anuales y podían desempeñarse más de una vez, según sabemos por una inscripción de Vulci (TLE, 324) en la que un tal *Larth Tute,* hijo de *Arruns* y de *Ravnthu Hathli,* fue *zilath* siete veces y *purth(ne)* una vez. La edad mínima para acceder a las mismas sería la de veinticuatro años, en opinión de M. Cristofani, edad que confirma la inscripción, también de Vulci, de *Śethre Tute* (TLE, 325), personaje con toda probabilidad hijo del precitado *Larth,* que murió a los veinticinco años, cuando todavía se hallaba desempeñando el cargo de *zilath.* No obstante, no se descarta la posibilidad de que a los catorce años se pudieran alcanzar determinadas responsabilidades públicas, según dejan suponer algunas inscripciones.

Insignias de la autoridad del poder de los magistrados fueron diferentes bastones, cetros, báculos y cayados, además de un específico asiento *(díphros okladias,* en griego), que venía a ser una proyección del mítico taburete plegado, sobre el que se sentaban los dioses. Unos cuantos relieves muestran que determinados asientos estaban más altos que otros por hallarse sobre estrados. La diferencia de nivel sugiere, como ha sido señalado, una diferencia de dignidad y, tal vez, de poder.

Los bastones y cetros, con pomo de bronce, plata o marfil, pervivieron hasta el 500 a.C. y estuvieron asociados, tal vez también, a funciones religiosas. Los báculos *(pedum,* en latín), que provenían del mundo de la caza y del pastoreo, fueron símbolos del poder gentilicio urbano, cuando dicho poder se desarrollaba en el contexto político agropastoril todavía arcaico.

De entre los cayados hay que señalar dos tipologías: el denominado por J.-R. Jannot *cayado en «r» (baculus nodosus),* muy común en relieves, pinturas y figurillas, y que se detectó a partir del 490 a.C., sustituyendo a los bastones y cetros anteriores; y el conocido como *lituus* o bastón con final enrollado en espiral, descrito por Tito Livio (I, 18) al aludir a la coronación de Numa Pompilio, siguiendo el rito etrusco. Lo portaron en Etruria los personajes tanto con autoridad civil (incluso los árbitros y controladores de los juegos, por ejemplo) como religiosa. Además de la figuración de tal bastón en diferentes piezas arqueológicas, ha llegado un original en bronce, de 36 cm de altura, hallado en Caere, y fechado en el siglo VI a.C.

En la *Tomba degli Auguri,* y en su pared derecha, en una escena de lucha, se observa a un portador de *lituus* —quizá, mejor, de *pedum*—, designado con el título de *tevarath* —hay otro, sin el bastón, que también es designado con igual titulatura—, vocablo que los etruscólogos han hecho equivalente al griego *agonothétes* («director o juez de los certámenes»). Si se acepta esta igualdad, el bastón funcionaría, en este caso, como un instrumento portado por el director de la contienda en demostración de sus facultades de árbitro o juez. Sin embargo, encerraba la simbología del poder de la persona que marcaba las pautas y las decisiones.

La magistratura «zilath»

Se puede hablar ante todo de la más numerosa y, tal vez, más antigua magistratura etrusca, testimoniada ya a finales del siglo VII a.C. —o, para otros, a comienzos del VI a.C.— en un cipo de Rubiera (Reggio Emilia), perteneciente a un tal *Kuvei Puleisnai,* personaje que hubo de actuar en calidad de *zilath* en el territorio de Misala (ET, Pa 1.2, de H. Rix). Dicho título *(zilath)* servía para designar el cargo de magistrado supremo de una ciudad —caso, por ejemplo, entre otros muchos, de *Thefarie Velianas* de Pyrgi—, cargo, de hecho, parecido al *praetor* de los romanos o al *arconte* griego.

No se sabe si fue una magistratura única o colegiada, aunque hay evidencias de ambas posibilidades, dependiendo de las ciudades. Lo más probable es que fuese personal, única, pues el *zilath* con su onomástica daba nombre al año, a modo de magistrado epónimo, como los arcontes en Atenas y los cónsules en Roma, según podemos ver en una inscripción de la *Tomba degli Scudi* (TLE, 91), que comienza con el giro *zilci velusi hulchniesi* («durante el "zilacato" de Vel Huchinies»). O en la inscripción de Caere, grabada sobre un peso de plomo y bronce del siglo IV a.C., conocida recientemente, en donde se cita a un único magistrado: *zilci larthale nulathesi* («durante el "zilacato" de Larth Nulathe»).

No se puede descartar tampoco, según se ha señalado, la colegialidad, como evidencian algunas inscripciones, entre ellas, una de Tarquinia, del siglo IV a.C., con la referencia a dos *zilci,* llamados *Larth Hulchnie* y *Marce Caliathe,* y otra de Caere, de finales del siglo III a.C., también con dos magistrados, *Larce Penthe* y *Vel Lape.* Igualmente, la famosa *Tabula Cortonensis* recoge la doble mención de dos *zilci,* llamados *Larth Cusu* y *Laris Salini,* sin duda dos magistrados epónimos que actuaron en Cortona a finales del siglo III o a comienzos del II a.C.

Tampoco sabemos cuál era la edad mínima para desempeñar el cargo de *zilath* o de *zilc (Śethre Tute* de Vulci, antes citado, por ejemplo, fue *zilath* a los veinticinco años).

Dicha magistratura pudo desempeñarse varias veces por una misma persona, como testimonia, excepcionalmente, una inscripción de Tuscania (TLE, 182) que recoge el cargo once veces para un mismo personaje, de onomástica incompleta.

En algunas ciudades la magistratura *zilath* presentaba cierta complejidad deducible de los vocablos que la determinaban, caso de Tarquinia, Vulci, Norchia o Musarna, en donde existían *zilath* con funciones especializadas. De acuerdo con las inscripciones y respetando sus giros gramaticales tenemos: *zilc thufi tenthas* (primer *zilath,* en el sentido de rango, no de competencia); *zilch cechaneri tenthas (zilath* de asuntos sagrados o «superiores»); *elsśi zilachnu celuśa* (de significado incierto); *zilath parchis* (*zilath* de los patricios); *zilath eterav (zilath* de los «clientes»); *zilath maruchva (zilath* con cargo religioso); *zilcti purtśvavcti* y *purth zilace (zilath* de los *purthe).*

Junto a estos giros todavía podrían aducirse otros más en conexión con el vocablo *zilath,* caso de *cizi zilachnce methlum, zilath tarchnalthi, zilath ścpitnueś,* etc.), cuyas atribuciones no son bien conocidas del todo.

En cualquier caso, tales atribuciones hablan de la existencia de una pluralidad de magistrados *zilath* con diferentes competencias y funciones, repartidas entre varias personas que gobernarían a un tiempo en una misma ciudad. El *zilath* epónimo de cada localidad sería, al parecer, la persona de mayor importancia política.

Se ha discutido si los *zilath* tuvieron o no *imperium,* esto es, supremo mando militar, entre sus otras altas atribuciones. Si se interpreta al pie de la letra el famoso *elogium* tarquiniense del historiador griego Tucídides *(ca.* 456-400 a.C.), recogido en su *Guerra del Peloponeso* (7, 54), y dedicado a un *zilath* que había obtenido un éxito militar contra los siracusanos, debe aceptarse que sí lo tuvieron, pues el mando del ejército presuponía que el *zilath* poseyese el *imperium.*

Sobre todas estas variantes de la magistratura *zilath* destacó, obviamente, la del *zilath mechl rasnal* (TLE, 87, 137, 233), o «Pretor de los pueblos de Etruria», cargo creído por muchos etruscólogos de contenido «federal», que recayó a partir del siglo IV a.C. en algunos personajes de Tarquinia *(Tomba dell'Orco I,* de la familia de los *Churina* (¿o *Murina?)* y también de Volsinii *(Tomba Golini I,* perteneciente a los *Leinie).*

Últimamente, se ha pensado que tal magistratura equivaldría a lo que en Roma fue un *praetor res publicae,* esto es, a un pretor de los asuntos públicos del Estado, o lo que es lo mismo, a un magistrado dirigente de una ciudad, pero no a un dirigente federal, al frente de la Liga etrusca. Un caso podría ser el de *Vel Lathites,* que fue *zilath mechl rasnal* de Chiusi, esto es, «jefe de la liga chiusina de Etruria», según especifica su epígrafe (TLE, 233), y no de la totalidad de Etruria. No obstante, debe indicarse que su tumba apareció en Sette Camini, perteneciente al ámbito volsiniense. ¿Habría representado a Chiusi en el concilio nacional de Volsinii? Tras haber desempeñado su cargo, ¿habría permanecido en tal ciudad ocupando otros cargos de tipo federal?

Otro caso sería el de *Larth Cucrina Lausisa,* que en la *Tabula Cortonensis* aparece registrado como *zilath mechl rasnal,* actuando como tal a finales del siglo III o principios del II a.C. sobre el *populus* de Cortona y no sobre todo el territorio etrusco. Quizá haya que ver en el contexto de tal titulatura más un cargo honorífico y religioso que político, aplicable a toda Etruria.

Asimismo, la función del *zilath* ha sido igualada a la del *strategós egoumenós* o a la del *autokrátor* de los escritores griegos, dándole así un contenido militar. En tal sentido, *zilath mechl rasnal* podría interpretarse como *praetor nominis Tusci,* esto es, comandante extraordinario del ejército del *concilium Etruriae.*

Con la destrucción de Volsinii y de su santuario, a mitad del siglo III a.C., este altísimo cargo pasó a funcionar más en el contexto religioso y en el de *honoris causa* que en el político. Incluso el emperador Adriano, al decir de Elio Spartiano *(De Vita Hadr.,* 19, 1), llegaría a revestirse del título honorífico de *praetor Etruriae.*

La magistratura «maru»

El cargo de *maru,* vocablo que aparece con distintas flexiones —formas nominales *(maru, marniu),* verbales *(marvas),* adjetivas *(maruchva, marunuch, marunuchva)*—, ha sido visto por algunos etruscólogos como un sacerdote-militar, esto es, un agregado al ejército con funciones sacerdotales. Otros (S. Mazzarino, entre ellos) ven en él

una especie de *quaestor* o *aedilis.* Sea lo que fuere, dicho cargo suele aparecer casi siempre en conexión con otros *(zilath marunuchva; marunuchva cepen; śpural marvas)* o con nombres de divinidades *(maru pachathuras cathsc = maru* de *Pacha* [Baco] y de *Catha),* lo que alude a competencias a un tiempo civiles y religiosas en régimen de colegialidad (TLE, 190), o a lugares en donde se celebraba el culto ejerciendo su autoridad el *maru* de turno *(marunuch pachanati,* TLE, 137). Además existió un *maru* público, el *marniu śpurana* (TLE, 233), que podía, a su vez, quedar determinado por otros títulos, como *marunuch śpurana cepen* (TLE, 165) de Norchia. En este caso, el sacerdote *(cepen)* lleva adjetivalmente la cualificación de *marunuch* y de *śpurana (publicus).*

Las magistraturas «purth»

Otras magistraturas se han conectado con la raíz *purth,* término cercano en sus contenidos políticos, según la mayoría de etruscólogos, al de los *prytáneis* helenos o al de los *dictatores* latinos. El ejercicio de tal magistratura, siempre recogida de forma absoluta, esto es, sin acompañamientos que especifiquen sus atribuciones, se indicó con la expresión *purthvnce, purthce* y *eprthni.* En dos inscripciones de Vulci, en la *Tomba dei Tute* (TLE, 324 y 325), aparecen las formas *purtśvana* y *purtśvacti,* dos términos de la esfera semántica de *purth.* El primero aludiría a la magistratura relativa a los *purtśva,* indicando la pertenencia o eventualmente la presidencia de un *collegium,* quizá el de los *zilath;* el segundo, que es un locativo de *purtśvac,* denotaría pertenencia a la institución de los *purtśva.* Textos de Chiusi, Siena, Orvieto, Tarquinia, Volsinii, Caere, Tuscania y Musarna recogen esta magistratura que pudo ser ejercida en más de una ocasión por la misma persona, caso de *Avle Alethna,* quien, además de haber sido *zilath* y *marunu,* fue *purth* por dos veces (TLE, 171).

Magistraturas menores

Por debajo existían magistraturas colegiadas menores, conocidas en cuanto a sus nombres. Una fue la de *camthi* —y su probable variante *canthe*—, tal vez equivalentes a los *aediles* romanos o a sacerdotes jóvenes —parecidos a los *Camilli* de Roma (TLE, 145, 897). Otra, las de los *sarvenas* y *zelarvenas,* que en Roma serían los *decemviri* y los *vigintiviri,* y la de *tesinth,* semejante al *curator,* etc.

Se han conservado otros muchos nombres de magistraturas (entre ellas, los de *snenath, macstrevc, tamera* y *cecha,* por ejemplo), de contenido político administrativo, pero poco o nada se sabe de ellas. En el caso del título *macstrevc,* algunos interpretan que equivale a *magister,* en su acepción institucional de *magister populi* o *equitum.* Otros señalan que debe ser ligado al nombre etrusco del rey Servio Tulio.

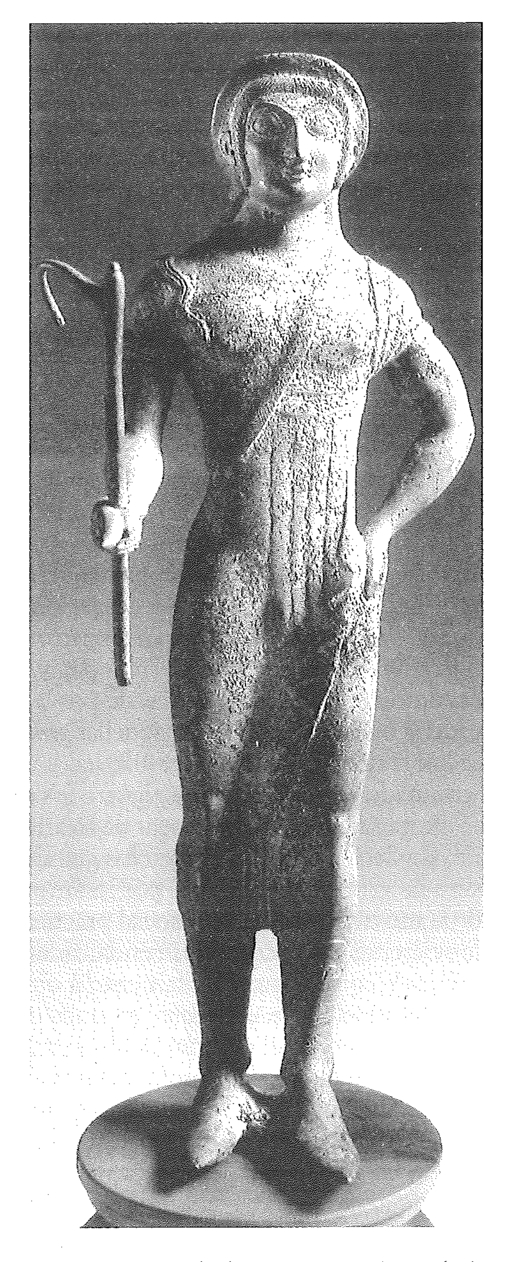
Diversos cargos sacerdotales también tuvieron consideración de magistraturas, entre ellos los de *cepen* (sacrificador o *pontifex), trutnuth/trutnvt* (adivino), *netsśvis* (arúspice), *eisnevc* (cargo similar al *sacrificulus* o al *rex sacrorum* romano) y *aprinthu* (de contenido desconocido).

Todavía los etruscólogos siguen discutiendo el significado y contenido de *tamera* (¿un cargo femenino?), voz que en algunas inscripciones va acompañada de un adjetivo que especifica la función *(eznchva tamera).* Quizá se deba pensar que tal cargo o apelativo tuvo una función particular (¿sacral?) en un ámbito gentilicio, con conte-

nido equivalente a *hatrencu,* título este típico de las inscripciones de Vulci y de ignoradas funciones.

Sin embargo, el título *hatrencu* podría conectarse con un culto femenino dedicado a favorecer la fertilidad de las familias y al matrimonio. Tal vez sus componentes funcionarían de modo colegiado, entregadas al culto de la diosa *Mater Matuta.* Sería, pues, desempeñado por mujeres de alta distinción social, caso de las cinco mujeres enterradas en la *Tomba delle Iscrizioni* de Vulci, pertenecientes a las familias *Mura, Zimaru* y *Pruślna.*

En la estructura social de Etruria, según hipótesis de A. Maggiani, los jóvenes de las grandes familias aristocráticas se organizaron en grupos o «camarillas», diferenciados por las edades, a cuyo frente se hallarían algunos de ellos con cargos que prefigurarían los vigentes en la vida política de los adultos. Algunas inscripciones de Tarquinia y de Vulci presentan las expresiones *camthi eterav* y *zilath eterav,* cargos o funciones aplicados siempre a personas fallecidas siendo muy jóvenes. La primera expresión podría indicar funciones similares a la que tendría el *flaminicus camillus* romano, niño noble que ayudaba en los sacrificios; la segunda, las que hubo de tener el *praetor iuventutis.*



Augur etrusco. Isola di Fano. (Museo Arqueológico, Florencia.)

El «cursus honorum» de los magistrados

Aunque se ha intentado reconstruir un modelo de *cursus honorum* etrusco (J. Heurgon), los resultados no han sido convincentes, dada la precariedad del conocimiento que se posee acerca de las magistraturas etruscas. Prescindiendo de los títulos de *cauthi eterav* y de *zilath eterav,* revestidos por jóvenes de la nobleza, tal vez entre los siete y los catorce años de edad, el *cursus* se iniciaba con el «maronato» *(marunuch)* o con los «maronatos» *(marunuchva),* magistratura, como se ha visto, con una amplia gama de competencias (A. Maggiani). Le seguía la magistratura *cepen* y la *eisnevc,* ambas de carácter sacral. Tras ellas venían magistraturas ya superio-

res: *eprthnevc,* de contenido desconocido, y *macstrevc,* de significado posiblemente militar. El *cursus honorum* se finalizaba con el «zilacato» *(zilath),* el cual presentaba, de acuerdo con los textos funerarios llegados, diversos grados o quizás funciones. Magistraturas excepcionales, fuera del *cursus* normal, serían la del *zilath purtśvavc,* sin duda muy importante, y la del *zilath cechaneri,* esto es, la del *zilath* para los asuntos «superiores» o sagrados.

Organización social

La célula básica de la sociedad etrusca fue la *familia* (en etrusco, *lautun* y *lautn).* A partir de finales del siglo VIII a.C., la familia dio paso a la *gens maior,* entendida como un gran tronco familiar o grupo suprafamiliar controlado por un *paterfamilias,* que actuaba a modo de *princeps,* y cohesionado por el nombre gentilicio, transmitido a todos sus componentes. Tal grupo se encontraba en posesión de grandes extensiones de tierras, de cuya propiedad y explotación dependía todo el ordenamiento social y político del mismo. Constituía, pues, la clase dominante etrusca al identificarse por entonces la riqueza privada con el poder.

El conjunto de todas las *gentes (methlum),* que se subdividían en clases según su riqueza, formaba el *pueblo etrusco* de personas libres, todas en pie de igualdad, pero con diferentes responsabilidades en la paz y en la guerra, determinadas por su montante económico, facilitado, además de por la posesión de tierras, por el comercio, la mercadería o la artesanía. Todas aquellas *gentes* reconocían la figura de un «jefe» en quien se había depositado el poder político y religioso, representado exteriormente por determinados símbolos de prestigio, a los que ya se ha aludido.

Junto a ellas —y ya a partir de mediados del siglo VII a.C.—, tanto en los pequeños núcleos urbanos como en los grandes existían *gentes minores* o plebeyas, ajenas al sistema gentilicio y carentes por lo tanto de un *nomen.* Las mismas, prueba evidente de la movilidad personal y social practicada, llamadas a colaborar en la formación de los ejércitos o a incorporarse en la cadena económica (agricultura, manufactura, comercio), comenzaron lentamente a tener carta de naturaleza social propia. Poco a poco aquellas *gentes minores,* en unos casos de origen etrusco, en otros itálico, griego, ilírico o céltico —según demuestra la onomástica—, que no participaban en la política ni tenían los mismos derechos civiles (en los textos griegos y latinos se les califica a muchos de ellos de «pobres» y de «siervos»), fueron adquiriendo importancia cada vez más efectiva hasta igualar la significación de las antiguas *gentes maiores.* Su riqueza, basada en los bienes reportados por su actividad económica y no en la posesión de tierras, les hizo adquirir el estatus de una nueva clase social.

Tendencias isonómicas

De aquella movilidad social arcaica, al decir de F.-H. Massa-Pairault, se conocen numerosos ejemplos, algunos incluso célebres. Éste sería el caso de Demarato, perteneciente al *génos* de los Baquíadas corintios, quien, tras comerciar en Etruria, llegó a casarse con una mujer de la aristocracia local de Tarquinia. Su hijo, como vimos en páginas anteriores, sería acogido sin más en Roma, tomando allí el gentilicio de *Tarchna* (Tarquinio Prisco).

Una inscripción (TLE, 155) sobre un vaso de *bucchero,* hallada en una tumba de Tarquinia, recoge el nombre de un tal *Rutile Hipucrates,* sin duda, etrusquización del griego *Hippokrates,* quien a su *nomen* etrusquizado había añadido un *praenomen* latino *(Rutile* por *Rutilus).* Otro texto (TLE, 761), también de Tarquinia, alude a un tal *Larth Telicles,* persona asimismo de origen griego, deducible del *nomen* originario: *Telekles.*



Placa Campana con el motivo de Admeto y Feres. (Museo del Louvre, París.)

Las estructuras ciudadanas también acogieron, según la precitada autora, a latinos e itálicos. El *nomen* de *Hustileia* (Hostilia) se documenta en Vulci (CIL, 2608) a comienzos incluso del siglo VII a.C. En Veyes aparece un *Tite Latine* (NRIE, 842), y en Caere un *Kalatur Phapena* (TLE, 65), esto es, un *Calatur Fabius,* miembro, sin duda, originario de la *gens* romana de los *Fabii.* También en Caere se han documentado otros dos personajes de origen itálico: *Ramutha Veśtiricinei* (TLE, 868), sin duda, mujer procedente del área osco-umbra (gentilicio *Vestirikis),* y *Ates Peticinas* (TLE, 865), originario de Umbría (gentilicio *Petikis).*

Todos estos nombres, espigados de entre otros muchos, ilustran relaciones de alto nivel entre *gentes* foráneas que se habrían acogido en Etruria a unas posibles reglas arcaicas basadas en los principios del *hospitium* o bien habrían logrado establecer lazos matrimoniales.

Esta tendencia de incorporación de miembros de comunidades extranjeras se mantuvo también para personas de condición libre, pero de economía más modesta, no dudando tampoco ellas en adquirir sus gentilicios etruscos a partir de sus *nomina* originarios, como se evidencia en algunas de las tumbas de Orvieto (un griego *Achilleus* tomó como gentilicio el nombre de *Achilena;* otro, de *Perikles* hizo *Perecele,* y un celta *Catacus,* el de *Katacina).*

La integración de nuevos ciudadanos motivaría, lógicamente, reestructuraciones sociales tanto en las ciudades como en sus territorios.

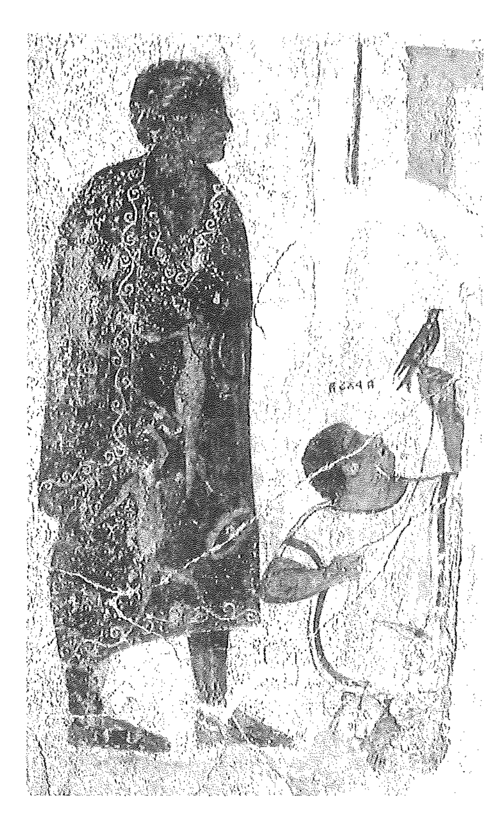
Las clases sociales dependientes

Por debajo de las dos clases sociales antes reseñadas se hallaban los libertos y los esclavos, que, siempre dependientes, fueron designados con un simple *praenomen* o nombre propio. Eran personas que trabajaban en los campos, en las minas, en los talleres artesanales, en las construcciones de caminos, en el drenaje de pantanos y cursos de agua o bien servían en los palacios o en las casas e incluso en los ejércitos de las familias aristocráticas (de los *principes,* según las fuentes latinas). De acuerdo con las

referencias literarias y epigráficas, la clase servil, al parecer, fue particularmente numerosa, participando en sus respectivas y obligadas ocupaciones, caso de los servidores que se hallan singularizados con sus nombres en las pinturas de la *Tomba Golini I* de Volsinii, o interviniendo en más de una ocasión contra los *principes,* reclamando derechos civiles.

Los términos *lautni, etera, lautneteri* y *lethe* designaban a los componentes de estas últimas clases. *Lautni* y *lautnitha* (su femenino), derivadas de *lautn* («familia»), se aplicarían quizá a personas serviles —hombres y mujeres— que habrían sido manumitidas, pasando así a ser, aunque muy tardíamente, *liberti,* según demuestra una inscripción bilingüe (CIE, 3692) fechable en el año 90 a.C. Por su parte, *etera* es un vocablo todavía hoy impreciso, con el que, según unos, se designaría sin más al esclavo *(servus),* y, según otros, al cliente, pero seleccionado, titular de determinados privilegios defendidos, quizá, por magistrados específicos. No faltan quienes argumentan (K. Olzscha, H. Rix, A. Maggiani) que *etera* significó «joven». Finalmente, con el término compuesto *lautneteri* tal vez se aludiese al cliente o a un estadio social intermedio entre *lautni* y *etera,* y con el de *lethe* se designase, sin más, a los esclavos.

A los romanos —que poco a poco habían ido conquistando el país etrusco— les chocaba el que los *lautni* pudieran tener propiedades, entre ellas, casa y tierras delimitadas por mojones, contrajeran matrimonio y aun dominasen a otros libertos y esclavos; también les admiraba que los *etera* estuvieran tutelados en sus ciudades por un magistrado especial. Por su parte —y esto lo ha confirmado la Arqueología—, los *lautneteri* llegaron a recibir sepultura en las propias tumbas familiares de las clases ricas, al lado de los sarcófagos de los hijos de dichas familias.



Vel Saties y su servidor Arntha. *Tomba François.* Vulci.

Junto a estas personas de condición servil (según terminología griega: *oikétai,* «domésticos», *therápontes,* «servidores»), incardinadas en la esfera social privada, también existió otra masa esclava de carácter público, dependiente de los magistrados, que algunas fuentes griegas (Dionisio de Halicarnaso, IX, 5) denominan *penéstai,* «pobres». Estas personas —a las que J. Heurgon etiqueta como «clase de los servidores»— serían empleadas básicamente en el ejército.

De hecho, todas ellas trabajarían en diferentes ocupaciones según las necesidades de sus propietarios privados o públicos. Así, además de hacerlo en ambientes domésticos, trabajarían —como se ha dicho— también en el campo, en las minas, en los talleres artesanales y en otros menesteres. Caso, por ejemplo, de los esclavos *Metru* y *Pheziu,* que como pintores de vasos cerámicos trabajaron

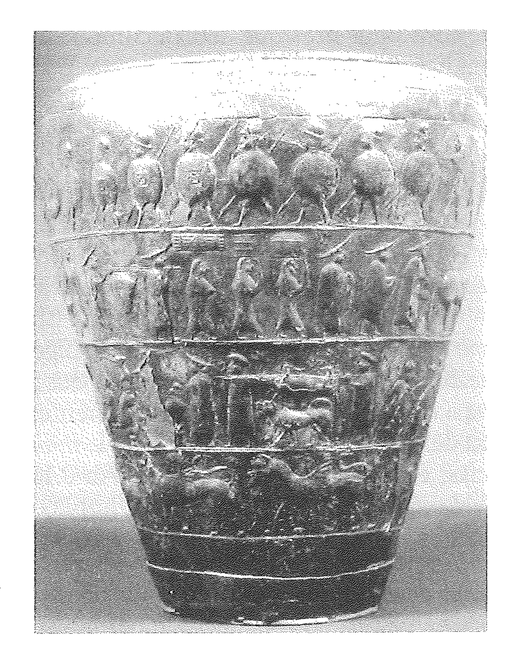
en una de las principales «oficinas» del Cerámico de Atenas, firmando incluso con su nombre etrusco vasos destinados a ser exportados a la propia Etruria.

Por otra parte, las pinturas de las tumbas los presentan rindiendo servicios menores, en calidad de luchadores, pugilistas, corredores, músicos, danzantes y bailarines.

Esta estructura social, primero tan rígida y que evolucionó hacia alianzas entre miembros de distintas ciudades (como el caso de los *Spurinna* de Tarquinia con los *Cilnii* de Arezzo), provocó en no pocos casos la existencia de un mercenariado, única vía de escape de los etruscos más desprotegidos, y numerosos conflictos sociales, sobre todo suscitados por esclavos *(lautni* o *servi),* sofocados violentamente (caso de Arezzo, a mitad del siglo IV a.C.). En la revuelta social de Volsinii del 265 a.C., ante el cariz de la situación, motivado por la asunción del poder por parte de los esclavos, el robo del patrimonio de los señores e incluso el abuso cometido con sus esposas (Floro, I, 21; Valerio Máximo, IX, 1; Zonaras, VIII, 7 D), fue precisa incluso la participación represiva romana, dirigida por el cónsul M. Fulvio Flaco, quien no dudó en destruir la ciudad.

Homogeneización política

Las corrientes oligárquicas y democráticas, difundidas desde Grecia primero y la presencia paulatina de Roma en el mundo etrusco después, motivaron la involución política y la desestructuración de su sociedad. Se sabe que los *servi* etruscos cada vez adquirieron mayor grado de libertad personal y de emancipación económica hasta alcanzar, en el siglo III a.C., las magistraturas e incluso el *ius connubium* (derecho de matrimonio) con mujeres de la nobleza. Se asistía así a una gran homogeneización político-económica y a una nueva reestructuración social, muy evidente ya en el siglo II a.C., cuyas pautas las marcaba Roma. Sin embargo, no pocas familias oligárquicas etruscas (los Carrinates, Senios, Perpernas, Vibios, Volcacios, Numisios, Aburies, etc.) lograron incorporarse a los destinos romanos. Asimismo, muchas personas latinizaron sus nombres en un claro proceso de romanización, como evidencian algunas inscripciones bilingües: *Cae Trepu* se hizo llamar *Caius Treboni* (TLE, 462) y *Vel Zicu* adoptó el nombre de *Quintus Scribonius* (TLE, 472). Como ha señalado M. Torelli, la aristocracia etrusca se decantó por jugar la carta romana. De hecho, no pudo hacer otra cosa.



Escenas de la vida civil y militar. Sítula de la Certosa. (Museo Cívico Arqueológico, Bolonia.)

Caso inverso es el de otra inscripción, también bilingüe, de Perugia (TLE, 605), en la que un latino se etrusquiza al cambiar su onomástico *Publius Volumnius* por el originario *Puplie Velimna.* Tal

hecho quizá pudo haberse debido, como hipotetiza G. Camporeale, al intento de tal latino por recuperar un patrimonio familiar y cultural que iba desapareciendo en la Etruria romanizada.

El Derecho etrusco

Son muy pocos los elementos que permiten hablar del Derecho etrusco, si es que llegó a existir de modo genérico para Etruria, como se sospecha, de acuerdo con la expresión *tesna ta rasna* («la ley etrusca»), y no para sus diferentes ciudades.

La carencia de una legislación escrita, total o parcialmente —según se presume—, ha hecho suponer que las ciudades etruscas se regirían cada una por un Derecho consuetudinario, siempre con fuerte dependencia de postulados religiosos y prerrogativas aristocráticas, tendentes a proteger bienes y privilegios.

El vocablo *tesna,* «el mandato», tal vez sirvió para individualizar el concepto «ley». De la interpretación y aplicación de la misma se encargaría el Derecho, cuya palabra base provendría, quizá, de la raíz *zi-*, uno de cuyos derivados sería el término *zilath,* más arriba analizado.

La interpretación y aplicación de las normas descansarían en el poder o autoridad *(thurun)* del Estado, si se acepta la expresión *thuruni zeriun* («proceder según la autoridad»), contenida en el *Cipo de Perugia* (TLE, 570), al que se aludirá en páginas posteriores.

Se conocen unos pocos términos conectados con el Derecho, como *tevarath* y *teurat,* que pueden equivaler a «árbitro» o «juez», *pes* («enfiteusis»), *nuth-* («testimoniar» o «garantizar») y *eprus* («satisfecho», «partícipe»).

Como se dijo al hablar de las ciudades, la fundación de las mismas llevaba aparejados unos ritos que debían cumplirse con toda meticulosidad, según recordaba la tradición, conservada por Plutarco y Festo, ritos que atañían a las diferentes comunidades. Eran ritos obligatorios, emanados de la autoridad religiosa, en última instancia depositaria de las órdenes de los dioses, quienes habían dictado a los hombres, a través de dos personajes, el genio *Tages* y la ninfa *Vegoia,* diferentes normas, entre ellas las alusivas al derecho de propiedad, de acuerdo con el principio de la *limitatio.*

Los infractores de las mismas serían objeto de terribles maldiciones, que tendrían efectiva realidad a través del Derecho humano. Lo mismo ocurriría a los perjuros, cuyo castigo se haría extensivo incluso a sus descendientes (Servio, *Ad Aen.,* I).

Entre los escasos documentos de carácter jurídico que nos han llegado pueden recogerse, según G. M. Facchetti, el *Cipo de Perugia,* antes citado, que afectaba al Derecho privado, por cuanto atañía a dos partes litigantes, la *Tabula Cortonensis,* alusiva a un negocio jurídico sobre diferentes bienes (existen otras interpretaciones acerca del contenido de tal *tabula),* la *lámina de Tarquinia* (ET, Ta 8.1), referente a herencias, el *plomo de Pech-Maho* (ET, Na 0.1), con una operación contable, y un *cipo de Volterra* (TLE, 381), relativo a la compra de un terreno en un campo lindante con una tumba.

Capítulo VII

La vida militar

También la Arqueología —en concreto, varios tipos de armas ofensivas y defensivas, restos de carros, diferentes estelas, sítulas, esculturas, tumbas con decoración de temática militar, lastras y relieves y un sinfín de pinturas sobre cerámica—, así como algunas referencias en textos históricos y literarios clásicos, han permitido conocer de modo muy general algunos aspectos sobre la caballería, la infantería y la marina etruscas, en suma, sobre la vida militar.

Como contrapartida, y sin entrar en detalles, muy poco se sabe de las armas que capturaron los etruscos a sus enemigos en sus batallas, pues tuvieron la costumbre de amontonarlas y quemarlas, dedicándoselas a distintas divinidades, según sabemos por Tito Livio (I, 37).

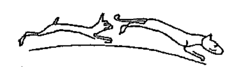
El ejército

La actividad militar —Diodoro de Sicilia (V, 40) aludió a la *andreía* o coraje viril de los etruscos en la guerra— sufrió sucesivas modificaciones en su organización para adaptarse siempre al transcurso de los tiempos. En líneas generales, debemos suponer que durante muchos siglos el ejército etrusco —en realidad, el ejército de cada una de sus ciudades y, en algún que otro caso, el constituido por determinados grupos gentilicios (como el de la familia *Haspnas* de Vetulonia, de la que nos ha llegado un centenar de cascos idénticos, de comienzos del siglo VI a.C., muchos con el nombre de dicha familia)— fue invencible, dado el superior armamento de que dispuso respecto al resto de los pueblos itálicos, y que conocemos al haber sido depositado parte de él en muchas tumbas y también figurado artísticamente.

Sin embargo, son muchos los interrogantes que se plantean a la hora de examinar el ejército etrusco. J.-R. Jannot se ha preguntado si Etruria habría conocido o no los duelos de guerreros o héroes arcaicos; si los hoplitas etruscos, cuya imagen desde el siglo VII a.C. es idéntica a la de los hoplitas griegos, combatieron o no en formación de falange; si aquella formación —caso de haberla conocido— supuso la existencia de un cuerpo cívico de iguales; a partir de cuándo los etruscos se sirvieron de mercenarios, y, finalmente, si el ejército fue sostenido por cada una de las ciudades y si, además de ellas, otros entes sociales y políticos —inferiores o superiores a la ciudad— fueron capaces de organizar unidades militares.







Escenas de la *oinochóe* de Tragliatella. (Palazzo dei Conservatori, Roma.)

A todo esto podemos añadir nuestra ignorancia acerca de muchos aspectos sobre la intendencia militar, sobre las posibles máquinas bélicas, en suma, sobre todas las exigencias y necesidades que precisaba un ejército (soldada, equipos médicos, armas de reserva, utillaje, control de prisioneros, etc.).

Parece indudable, según podemos deducir de determinados autores clásicos y de diferentes objetos arqueológicos, que por debajo del ejército de la ciudad existieron otros a nivel de clan o *génos,* esto es, ejércitos armados a expensas de grupos sociales más restringidos que lo que significaba una ciudad. Según Tito Livio (II, 48) y Dionisio de Halicarnaso (IX, 15), las luchas de los Fabios romanos contra la ciudad de Veyes tuvieron mucho de asunto familiar, por lo que no es impensable que también determinados grupos aristocráticos etruscos combatieran con ejércitos propios. La *oinochóe* de Tragliatella, de finales del siglo VII a.C., presenta siete hoplitas reagrupados en torno a su jefe *Mamarce,* todos protegidos con escudos decorados con el mismo *epísemon* o emblema (un prótomo de jabalí) y armados con tres venablos. Tal tropa puede representar perfectamente a un grupo gentilicio, ambientado en el contexto de un rito funerario, según deja deducir la serpiente figurada en la base del recipiente. Detrás de ellos se halla desnudo el servidor del jefe, portando el emblema de su poderío (un largo bastón).

Asimismo, otra *oinochóe* etrusco-corintia (hoy en Toronto) presenta una temática similar: los seis combatientes que aparecen en ella blanden lanza y espada (tal vez sea un hacha) y todos están protegidos con escudos de idéntico *epísemon,* consistente en un penacho.

Un ánfora etrusca de figuras negras, un siglo más tardía, procedente de Tarquinia, representa un asalto por parte de unos guerreros cuyos escudos tienen, igualmente, los mismos emblemas, hecho que refuerza la hipótesis de la existencia de ejércitos particulares.

Se ha discutido también si los etruscos conocieron o no, como antes se indicó, los duelos heroicos. Las representaciones que han llegado sobre tal asunto, aunque obedecen a la iconografía griega, que sí conoció aquel tipo de luchas personales, no

dejan ninguna duda sobre el particular, admitiéndose, pues, la existencia de combates entre héroes etruscos. Sin necesidad de acudir a los relieves de Chiusi, a los de Murlo o a la estela de Monte Qualandro, un pequeño *kýathos* de *bucchero,* de la necrópolis caeretana de San Polo, depositado en el Museo de Villa Giulia de Roma, nos testimonia dicho tipo de luchas. En el indicado vaso aparecen dos jefes de clan o linaje que se enfrentan entre sí, lanza en ristre, disputándose quizá la posesión de animales, circunstancia evocada por la imagen de algunos de ellos que allí aparecen figurados.

Igualmente se puede reconocer un duelo en la escena central de una gran fíbula de disco, labrada en oro, de la necrópolis de Ponte Sodo (Vulci), hoy en Múnich, en la cual se enfrentan dos guerreros, tocados con yelmo y armados con espada corta y escudo.

Otras representaciones con ejércitos de clan pueden verse en un sarcófago de la necrópolis de Sperandio, en Perugia. En el mismo, se hizo figurar el desfile de tres hombres barbudos —posiblemente de origen umbro—, atados por el cuello y guiados por un joven que porta la insignia del poder, un bastón. Les siguen dos mujeres y ocho hombres, todos armados con armas ofensivas, guiando mulos de carga, cabras y bueyes. J.-R. Jannot interpreta la escena como el desfile victorioso de una clan de Chiusi que, mediante las armas, habría logrado establecerse en Perugia.

La presencia de animales en muchas de las escenas puede evaluarse en el sentido de aceptar la práctica del robo de ganado como una de las causas más corrientes de las guerras arcaicas mantendidas entre las ciudades etruscas. No debe olvidarse, por otro lado, que los dioses y héroes griegos se dedicaban, según sabemos por la mitología, al robo de ganado.

En la guerra privada de los Fabios contra Veyes, Tito Livio también recuerda el intento de captura de animales por parte de los romanos, hecho que les habría significado, entre otras circunstancias, la derrota.

Junto a esta temática de guerras privadas —y en buena parte para testimoniarlas— los artistas etruscos también plasmaron una serie de representaciones que pueden interpretarse como cortejos o desfiles victoriosos *(pompae)* de ejércitos particulares. Se trata en todos los casos de desfiles de caballeros y hoplitas reagrupados en unidades tácticas que siguen a una biga sobre la cual aparece montado el jefe *(caput gentis),* equipado con la totalidad de sus armas.

Aunque derivan de escenas griegas (piénsese, por ejemplo, en la partida del guerrero Anfiarao), pronto se alejaron del mito helénico y se centraron en temáticas locales. Las más antiguas representaciones de desfiles militares se fijaron a finales del siglo VII a.C. sobre dos huevos de avestruz, localizados en la *Tomba d'Iside* (Vulci), ejemplares hoy conservados en el British Museum, y sobre una *pyxís* de Chiusi, hoy atesorada en Florencia. Tal temática también sería plasmada, durante el siglo VI a.C., en vasos de *bucchero* y en placas de terracota que adornaban las cornisas de algunos templos (Tuscania, Caere, por ejemplo). No debe extrañar que tales pompas militares aparezcan como ornamentación templar, si se tiene en cuenta que muchos de los templos etruscos (Tarquinia, Arezzo, Veyes) se significaban por su «coloración gentilicia», esto es, por estar tutelados y controlados por familias aristocráticas, de entre las cuales se designaba a los sacerdotes.

En el siglo V a.C., por razones derivadas de la propia autonomía política de las ciudades y del control de territorios fuera de las fronteras específicamente etruscas, los enclaves urbanos comenzaron a disponer de ejércitos propios que pondrían frente a itálicos, latinos y colonos griegos.

Piezas arqueológicas —sobre todo lastras de terracota— dejan ver lo que parecen ser ejércitos cívicos conducidos por porteadores de insignias ciudadanas *(lituus)* y que actuaban en tanto que magistrados militares y no por iniciativa personal. Eran ciudadanos que, ya fuese por cargo hereditario o electivo, tenían la función de defender a su ciudad. Sin embargo, la amalgama de los soldados que forman las tropas en las representaciones plásticas demuestra que las mismas habían de ser de extracción gentilicia —aparte de los posibles mercenarios—, constituidas por hombres dependientes de sus señores, esto es, por miembros de rango subalterno de las familias aristocráticas, comparables a los *clientes* de las *gentes* romanas, y que actuarían en los ejércitos no en función de su situación social, sino de acuerdo con sus aptitudes militares.

Dionisio de Halicarnaso (IX, 5), al hablar de la guerra de Veyes, indica que «los hombres más poderosos de toda Etruria habían acudido, trayendo consigo sus propios penestes». El vocablo griego *penéstes* equivale a «trabajador», «jornalero», «siervo», en suma, a hombre dependiente. Ello quiere decir que los ejércitos etruscos no estuvieron constituidos sin más por ciudadanos, por iguales, sino que en los mismos participaron nobles y dependientes, señores y compañeros. Es decir, la suma de singulares ejércitos gentilicios constituiría a partir del siglo V a.C. el ejército etrusco cívico, lo cual testimonia una persistencia de estructuras antiguas —el *éthnos* de la civilización etrusca— opuestas en todo a las griegas y a las romanas.

El armamento

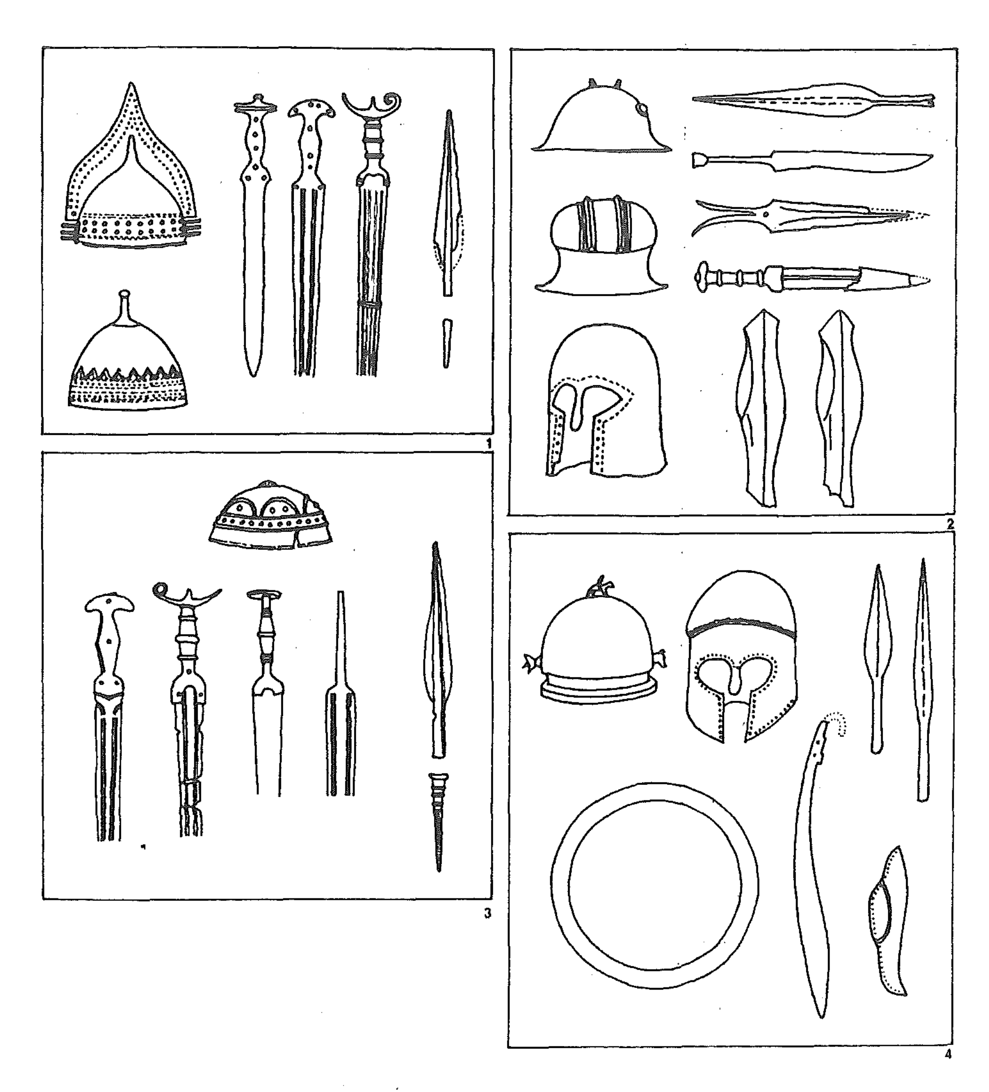
Las necrópolis etruscas han facilitado relativa información acerca del armamento, el cual conoció un claro avance y mejoras técnicas desde la epoca villanoviana hasta el final de la historia etrusca.

Los ejércitos estuvieron equipados con armas defensivas y ofensivas, las cuales, además de su finalidad militar, alcanzaron en Etruria, sin lugar a dudas, condición y manifestación de prestigio, hecho que puede demostrarse a partir de la gran variedad de ornamentos, sobre todo presentes en los cascos y yelmos, y de la calidad de los materiales y acabado que realzaban a determinadas armas.

Entre las armas defensivas, las más significativas fueron los cascos —y no hacemos distinción técnica entre casco *(cassis)* y yelmo *(galea)*—, las corazas, los escudos y las grebas o canilleras *(cnemides)*.

Los cascos eran de bronce y adoptaron formas muy variadas e incluso espectaculares; constan de cuatro partes, el *krános* o cofia de la cabeza, el *fálos* o visera, la *fálara* o cubrenuca y las *paragnathides* o carrilleras. La ornamentación de los mismos fue usualmente muy vistosa, trabajada a buril o modelada con pequeños bullones formando dibujos geométricos.

Afortunadamente, han llegado a nuestros días bastantes cascos, lo que ha permitido conocer sus tipologías, desarrollo y características técnicas. El más común, ya empleado en época villanoviana, fue el que ha sido llamado «de cresta», utilizado, sin duda, por los guerreros de mayor prestigio y rango. Tienen forma campaniforme, más o menos apuntada, y están coronados con una cresta triangular que recorre todo el surco medio del casquete por encima del ápice. Estaban fabricados de dos piezas unidas con pequeñas placas rectangulares sujetas con remaches. Un casco de Veyes (64 cm de altura), hoy en el Museo de Villa Giulia, presenta, como excepción, una cresta muy desproporcionada, adorno que hubo de dificultar su utilización, si es que



Diferentes armas etruscas. (Tomado de M. Cristofani.)

la tuvo. Los especialistas lo consideran como elemento de valor ritual y simbólico, signo del alto rango, tanto a nivel social como militar, de su propietario.

Un segundo tipo de casco fue el llamado «de cimera». Tiene forma de casquete hemiesférico, con saliente ápice superior en donde se situaban vistosas plumas o crines de caballo. Le siguió otro tipo, «de apéndice de botón», de perfil muy parecido al anterior, también decorado, pero finalizado en un simple botón, del que toma su nombre.

El casco corintio, que también conocieron y que facilitaba incluso una mayor protección, fue, sin embargo, apenas empleado. Un hermoso ejemplar, hallado en Vulci, decorado con el tema de Heracles, Apolo y la cierva, puede ser admirado en la Biblioteca Nacional de París.

Las protecciones metálicas del cuerpo fueron siempre muy limitadas. Respecto a las corazas, debe indicarse que las hubo de diferentes tipos, sobresaliendo la de dos

piezas *(bivalva)* que se ataban sobre los lados y los hombros mediante correas y hebillas. Adoptaban tanto las formas lisas, a modo de lorigas, como las anatómicas, de tipo «musculado», imitando la musculatura pectoral y abdominal humana, forma esta de clara influencia griega.

En cuanto a los escudos, asimismo de bronce, sus tipologías fueron sobre todo de formas circulares, decorados con diferentes motivos o emblemas *(epísema)* que individualizaban sus orígenes gentilicios o cívicos. Para que no pesaran en exceso se fabricaron con lámina broncínea delgada, por lo que, de hecho, fueron de débil consistencia. Prácticamente, los pocos que han llegado lo han hecho en un estado de conservación muy deficiente.

Las *cnemides,* que protegían las piernas, fueron de dos tipos, uno más tosco, a base de una plancha de bronce que adoptaba la anatomía de la pierna, y otro más ligero, en forma de placas con anillas laterales por las que pasaban las tiras de cuero de sujeción.

Referente a las armas ofensivas hay que decir que han llegado pocos arcos y flechas y, en cambio, muchísimas más lanzas, jabalinas, espadas, puñales y hachas.

La lanza y la jabalina, bien de bronce, bien de hierro, fueron las armas más corrientes, si se toma como referencia la abundancia —siempre relativa— con que aparecen en las tumbas. Las mismas conocieron diferentes tipos, tanto en sus láminas como en su sistema de sujeción al asta o mango al que iban incorporadas. Las láminas adoptaron formas de hoja de laurel o de olivo, pero también se conocieron las triangulares y las de bordes ondulados. Para Plinio el Viejo *(Nat. Hist.,* VII, 57, 201), la lanza ligera que manejaban los *veliti* romanos era de origen etrusco. Las espadas y puñales también fueron de una gran variedad, según evidencian sus láminas y sus empuñaduras, casi siempre decoradas. Las láminas podían ser estrechas y anchas, rectas o asimétricas, cortas y largas; las empuñaduras, básicamente, adoptaron forma de antenas de botón o en forma de «T». Entre las cortas cabe destacar la muy parecida a la griega *máchaira,* de tipología similar a las falcatas ibéricas.

Las hachas, en su mayoría de bronce, presentaban uno o dos filos *(bipennis)* y su variedad venía dada por el distinto tipo de enmangamiento. De hecho, constituían un antiguo símbolo de valor económico y de poder (G. Bartoloni). Según esta autora, si se exceptúa el ejemplar de la *Tomba del Littore* (Vetulonia) o de la que aparece en la estela de *Avele Feluske,* hoy en Florencia, las que han llegado a nuestros días lo han hecho en formas miniaturizadas y simbólicas. Además de los pequeños ejemplares en bronce, marfil y hueso de la necrópolis de San Montano del enclave griego de Pitecusa, desde donde se difundiría tal tipo de hacha, también se han localizado *bipennis* fabricadas en cerámica en Tarquinia (túmulo de Poggio Gallinaro).

Además de las armas blancas citadas, bastones y mazas, sin olvidar las primitivas hondas, completaban la panoplia de las armas ofensivas.

Numerosas cerámicas —entre ellas, una *oinochóe,* atribuida al *Pittore della Sfinge barbuta,* hoy atesorada en París, que recoge el tema de la *Ilioupersis,* o caballo con el que los griegos penetraron en Troya—, diferentes relieves sobre lastras de terracota, al igual que restos de bocados de caballo y restos de carros de bronce de dos ruedas, testimonian la existencia de la caballería y de la carrería etruscas. Debe decirse, sin embargo, que el material hípico que nos ha llegado es poco significativo, pudiéndose señalar, entre otros, los restos de la biga de Ischia di Castro, localizados en 1967, el carro «de parada» de Monteleone (Spoleto), el carro de la *Tomba Bernardini,* y los elementos del carro de Castel San Mariano (Perugia).

Aunque conocemos las armas ofensivas y defensivas que emplearon los etruscos, se ignora prácticamente todo lo relacionado con la estructura de sus ejércitos y con las tácticas militares empleadas.

La lógica inclina a pensar que un guerrero con determinadas armas blancas —espada, puñal, lanza— podía disputar un combate de proximidad, un combate cuerpo a cuerpo, mientras que con otras (hondas, flechas, jabalinas) podría disputarlo a distancia. Ello quiere decir que los villanovianos, al principio, pudieron emplear tanto las luchas en línea, organizándose en batallones, para facilitar así el cuerpo a cuerpo, como las de orden disperso, para posibilitar el hostigamiento y ataque desde cierta lejanía. El primer tipo de lucha exigiría no sólo ejercitación y disciplina común, sino también concordancia de armamento para obtener la adecuada cohesión militar; en cambio, el segundo se regiría por el valor individual, la iniciativa y la agilidad del guerrero. Esto último comportaría, obviamente, un armamento mucho más ligero y la puesta en práctica de las emboscadas y guerrillas.

La presencia de arcos y sobre todo de bocados de caballo en las tumbas —no así todavía de carros ni caballos— deja ver que la caballería también ocupó, a finales del período villanoviano, un lugar destacado en las confrontaciones militares. Arma aristocrática entre los etruscos, su presencia exigía un entrenamiento prolongado y unos costos elevados, reservados sólo a las élites. Todas estas consideraciones pueden extraerse tanto del material militar hallado en las tumbas villanovianas como de la iconografía presente en determinadas cerámicas, sítulas, esculturas, placas de bronce, lastras de terracota y piedra, estelas y pequeños objetos (marfiles, escarabeos y copas).

El armamento de época villanoviana

En las tumbas villanovianas han aparecido, aunque muy irregularmente repartidas, tanto armas defensivas como ofensivas, en su mayoría de hierro. Los cascos localizados, «de cresta», «de cimera», de «apéndice de botón», obedecen en su tipología a los utilizados en época Hallstatt. Las urnas cinerarias, en muchos casos, se hallan recubiertas con cascos elaborados en cerámica, imitando a los de bronce, antes indicados. El área de Vulci ha deparado buenos ejemplares.

En cuanto a los escudos, de formas ovales, circulares e incluso cuadrangulares y bilobulados *(scuti bilobati,* según G. Colonna), debe decirse que suelen ser bastante escasos en las sepulturas villanovianas, con excepción tal vez de Veyes, en donde se han hallado algunos restos de los mismos, fabricados en bronce, con cercos de hierro, decorados y protegidos con un umbo central. Se puede afirmar, sin embargo, que casi todos los escudos villanovianos los hicieron de madera recubierta de pieles o de cuero, razón por la cual han desaparecido en la mayoría de los casos. Para A. Minto, las piedras discoidales o elípticas que recubrían las tumbas de incineración de Poggio della Guardia serían representaciones simbólicas de escudos, con finalidad apotropaica.

Las tumbas villanovianas no han facilitado, que sepamos, corazas metálicas, pero sí placas de bronce (Tarquinia, Veyes), destinadas al parecer a servir de protección al corazón *(kardiophylax).* Son de perímetro rectangular o elíptico (lados convexos y cóncavos) y presentan sencilla decoración geométrica. G. De Marinis las ha dividido en dos clases

(tipo «A», tipo «B») diferenciándolas por su perímetro y longitud. Otro tipo, algo mayor, adoptaba la forma de un «poncho» (ejemplar de Narce, del Museo de la Universidad de Filadelfia), constituyendo el precedente de las verdaderas corazas posteriores.

En cualquier caso, hemos de suponer que la totalidad —o la mayoría— de los soldados se protegerían con corazas hechas de cuero o de tejido fuertemente acolchado.

Más numerosos han sido los hallazgos de armas ofensivas correspondientes a aquella etapa cultural. Consisten en puñales, jabalinas, lanzas —algunas largas—, espadas —en su mayoría de corta longitud— y hachas, creídas éstas por A. Grenier como el arma de guerra por excelencia de los villanovianos. Tales características permiten aventurar que los combates serían cuerpo a cuerpo.

Aun cuando se puede reconstruir la panoplia completa de un guerrero villanoviano —que comportaba, según Ch. Saulnier, casco de bronce o de cuero, escudo de madera o de bronce, protector de corazón, *cnemides,* espada corta o puñal y lanza—, no ha llegado ninguna tumba en la que haya aparecido todo este armamento en su totalidad.

Una tumba villanoviana de Veyes contenía, sin embargo, un casco, un escudo, una lanza, dos calcañares, una espada, un hacha y un bocado de caballo. Este último elemento, signo evidente de distinción social, funcionaba como referente simbólico *(pars pro toto),* indicando el derecho de usar carro arrastrado por caballos.

Por otro lado, otra tumba de la necrópolis de Olmo Bello de Bisenzio ha facilitado un interesante *stámnos* de bronce, del siglo VIII a.C. (hoy en el Museo de Villa Giulia de Roma), que contiene, a modo de ornamento en su tapa y en la parte superior del cuerpo, una serie de guerreros itifálicos, armados con escudos redondos, lanzas, mazas y yelmos en el contexto de una escena de claro significado religioso, en la que una extraña figura encadenada es el centro de interés. Acerca del mismo nos ocuparemos en páginas posteriores.

La difusión del caballo y el empleo cada vez mayor de objetos metálicos, tanto de uso militar como funerario, significaron entre los etruscos un cambio no sólo económico sino también social, prefigurando tales elementos las principescas tumbas orientalizantes que muy pronto iban a aparecer.

Algunas piezas *—hólmos, dinos, askós—* recogen en su decoración caballeros armados, testimoniando con ello su carácter elitista. Digno de interés es un *askós* de la *Tomba Bernacci* de Bolonia, fechado en el siglo VIII a.C., trabajado a modo de artístico toro sobre el que se ha sobrepuesto un motivo plástico en forma de tosco caballero.

Al parecer, la ausencia de elementos defensivos en torno a los enclaves villanovianos de la Emilia, por ejemplo, y la disminución progresiva de los mismos, hacen suponer una vida pacífica en aquella región. No puede decirse lo mismo de la Etruria interior, en donde las localidades de Tarquinia y de Veyes, con sus abundantes restos de armas, testimonian la práctica de la guerra llevada a cabo entre los mismos etruscos, contra los montañeses de los Apeninos, así como contra los latinos, fenicios e incluso griegos, quienes en el siglo VIII a.C. ya estaban presentes en las colonias que habían fundado en suelo itálico.

Las armas del período orientalizante

El siglo VII a.C. conoció una nueva manera de entender la vida, circunstancia constatada por el lujo, el refinamiento y la riqueza de que se supieron rodear las clases altas etruscas. Infinidad de objetos exóticos de corte orientalizante, que primero

se importaron y después se fabricaron *in situ,* fueron demandados por la nobleza etrusca de las grandes ciudades costeras, cuyos medios económicos le permitían adquirir aquellos «signos de diferenciación». En muchas ocasiones, tales objetos, junto a variadas armas, tronos, carros e incluso caballos (A. Azzaroli), eran sepultados con sus propietarios en magníficas tumbas principescas.

Respecto al armamento se observa, sin embargo, una débil continuidad con la anterior etapa villanoviana, así como también determinadas influencias orientales y griegas que habían motivado la desaparición del armamento de la Edad del Hierro (P. Stary). Todo el período se caracteriza, en general, por el desarrollo de las armas defensivas, entre ellas, los cascos hemiesféricos, elaborados bajo tres formas (tipo «etrusco-corintio», tipo «campana» y tipo «Negau») y que se mantendrían hasta el siglo III a.C., y las espadas de corta lámina.

En cualquier caso, no se puede apreciar una uniformidad armamentística, por lo que se cuestiona, por parte de algunos etruscólogos, la existencia de ejércitos permanentes o, si se quiere, cívicos. Otro hecho observable en este período es la menor deposición de armas en las tumbas, a pesar de que las mismas se multiplicaron y de que se produjeron determinados progresos en el arte de la guerra.

La presencia de carros en las tumbas ha planteado, también, la cuestión de si los mismos sirvieron para la guerra o bien fueron empleados sólo para el transporte de los guerreros más importantes o para las competiciones deportivas y el triunfo o desfiles militares. El hecho de que la tradición literaria y las representaciones figuradas no recojan combates de carros no invalida la hipótesis de que Etruria conociera en esta etapa histórica —y para un período relativamente corto— la carrería como arma militar (A. Emiliozzi).

Sin embargo, el que los carros aparezcan en tumbas de carácter principesco —caso de los hallados en una tumba de Castel San Mariano, del ámbito perugino



Carro de Monteleone. Spoleto. (Metropolitan Museum, Nueva York.)

(hoy repartidos en varios museos europeos), o los restos del localizado en la *Tomba del Carro,* de la necrópolis de la Osteria (Vulci), actualmente en el Museo de Villa Giulia— nos lleva a argumentar que el carro hubo de ser un referente del rango social y de la connotación guerrera del que lo poseyó en vida. Aquel instrumento de prestigio, junto a otros, le permitiría en la ultratumba perpetuar el alto nivel de vida que disfrutó en la tierra.

Otro detalle arqueológico permite deducir que los carros etruscos orientalizantes hubieron de reducirse a bigas y a trigas, ya que junto a los restos de tales vehículos, siempre de sencillas líneas, de alma de madera forrada con placas de bronce y ruedas recubiertas de hierro, aparecen asociados comúnmente en unos casos dos bocados de caballo y en otros tres, hecho que tiene su confirmación en las representaciones figuradas, en las cuales nunca aparecen cuadrigas para el período orientalizante.

Las excavaciones arqueológicas y estudios subsiguientes han confirmado la escasa presencia de armas en las tumbas orientalizantes. Y así parece ser en los casos de Populonia, Vetulonia y Tarquinia, si bien Marsiliana d'Albegna constituye la excepción. En esta última localidad, en la necrópolis de Bandinella, una serie de tumbas, con material orientalizante, ha facilitado diferentes armas, sobre todo ofensivas, constituidas por lanzas, de hierro y de bronce, espadas, puñales y hachas de hierro. Restos de carros y bocados de caballo también están presentes.

Populonia, que conoció la presencia de marineros calcidios y fenicios, ha proporcionado unas cuantas tumbas orientalizantes con restos de armas: puntas de lanza, hachas, jabalinas, cuchillos y un casco de bronce de tipología corintia. En la *Tomba del Balsamario* se halló un *rhytion* en forma de cabeza de guerrero, tocada con casco. En la llamada *Tomba dei Carri,* saqueada ya de antiguo, aparecieron en sus tres *cellae* secundarias restos de dos carros con ruedas de hierro (bigas) y cajas con revestimiento de paneles de bronce con motivos ornamentales. Uno de ellos (1,80 m de longitud; 1,04 m el diámetro de sus ruedas) ha sido restaurado y puede verse en Florencia.

Por su parte, las tumbas de Vetulonia son pobres en armas, reduciéndose lo hallado a unas cuantas puntas de lanza, puñales y espadas, todo ello elaborado en hierro. Asimismo, se localizó un casco corintio, un par de *cnemides,* algunos bocados de caballo y los restos de un carro. Como excepción hay que señalar la *Tomba del Duce,* en donde quedaron recogidas la totalidad de armas esenciales defensivas y ofensivas de un guerrero, incluidos los restos de un carro, dos bocados de caballo, además de una sítula tipo «Kurd», varios *simpula* o copas rituales, páteras y una pequeña nave de origen sardo, ya aludida. También se localizó un yelmo de «campana», de bronce laminado, específico de Vetulonia, lugar desde donde se difundió tal tipo hacia el norte, y que estuvo en uso hasta finales del siglo VII a.C.

En Tarquinia, sus tumbas apenas contenían armas, salvo la *Tomba del Guerriero,* llamada así por haberse sepultado en la misma a un guerrero revestido de sus armas, todas ellas fabricadas de bronce. Las defensivas se componían de una espada, un protector del corazón, realzado en oro, una pieza de espaldera —tal vez de alguna posible coraza— y un escudo de cuero. Las ofensivas las formaban una punta de lanza, un puñal y dos hachas; asimismo, aparecieron dos bocados de caballo y algunas faleras. Al no haberse detectado casco alguno se pensó que hubo de ser de cuero, material perecedero y por esa razón no encontrado.

Otros enclaves etruscos también han facilitado armas de este período. A modo de resumen bástenos citar la *Tomba Regolini-Galassi* de Caere, estudiada hace años por

L. Pareti. Curiosamente, no se localizó en ella ningún arma defensiva, pero sí numerosas ofensivas, todas ellas de hierro: dos grandes lanzas, jabalinas, una punta de lanza, restos de un arco y diez flechas, además de cuatro hojas de cuchillo. La tumba contenía también un carro funerario de cuatro ruedas, que fue desmantelado en su día a causa de la falta de espacio, un lecho circundado de numerosas estatuillas de *bucchero* y ocho bocados de caballo.

En Preneste, sin embargo, sus dos célebres tumbas orientalizantes *(Barberini* y *Bernardini)* han sido parcas en objetos de uso militar.

Dato curioso que constatar es la presencia, aunque muy escasa, de escudos en tumbas femeninas (por ejemplo, en Veyes). La explicación puede hallarse en que se trataría de mujeres de un particular estatus social, tal vez esposas de jefes o mujeres que ejercían algún tipo de poder. El hecho también de aparecer escudos bilobulados siempre a pares y escudos redondos en número de cuatro *(Tomba Barberini)* en una misma tumba no demuestra la conexión funcional de los escudos con otras armas del ajuar, sino que tan sólo indicaría el rango gentilicio de la persona inhumada.

Piezas orientalizantes con temática militar

Como contrapartida a la escasez de armas auténticas, la época orientalizante fue rica en representaciones figuradas, si bien obedeciendo en su presentación estética a postulados egiptizantes y helénicos.

Donde aparecen figuradas con mayor profusión es en los objetos metálicos, en las cerámicas y en algunas estelas de piedra.

Entre los objetos metálicos hay que recoger una pátera de plata dorada de Caere, publicada muchas veces, hallada en la *Tomba Regolini-Galassi,* y hoy en el Vaticano. En la misma, diferentes hombres provistos de escudos, armas, arcos y lanzas, seguidos por jinetes lanzando flechas, atacan a un león; en el círculo exterior decorativo de la pátera se hallan un carro y tres infantes, a los que sigue una escolta de cuatro grupos de cinco infantes cada uno, separados por un jinete. Los infantes van armados cada uno con dos lanzas y un pequeño escudo redondo.

En Marsiliana d'Albegna, dos placas de bronce de forma triangular presentan la figuración de un guerrero con abundante armamento ofensivo. Interesante es también una *pyxis* de Chiusi, asimismo muy estudiada; tal pieza presenta en su tercer registro decorativo un guerrero montado sobre un carro, seguido de tres infantes y un caballero sin armas. Los guerreros van desnudos, pero tocados con casco corintio y portando un escudo circular y una gran lanza. Lo mismo cabe decir de un *lébes* de plata dorada de la *Tomba Bernardini* de Preneste, decorado con un desfile de jinetes y hoplitas.

Entre las cerámicas con representación de armas hay que aludir a tres magníficas piezas ampliamente divulgadas y conocidas: una jarra procedente de la *Tomba di Bocchoris,* la *oinochoe* de Tragliatella y la *Crátera de Aristonothos.*

La primera pieza, la jarra de *impasto* rojo, de la *Tomba di Bocchoris* de Tarquinia, está decorada con siete hoplitas armados con lanzas muy estilizadas y protegidos con cascos de cimera y escudos circulares. Por detrás de los mismos se distinguen las murallas y torres de una ciudad, clara evocación de perfiles orientales. Para H. Hencken, se trata de una pieza de iconografía fenicio-chipriota, pero con guerreros de «corte» griego. Tal vez nos hallemos ante la adaptación etrusca del tema de la *Tebaida,* con los siete guerreros que se presentan ante las siete puertas de Tebas.

La segunda, la *oinochoe* de Tragliatella, ha sido objeto de numerosos estudios e interpretaciones —incluso hermenéuticas—, dado que su temática figurativa presenta variados elementos y escenas, entre ellas, dos *symplegmata* y el famoso juego de la *Truia*. Nos interesa destacar aquí que en tal pieza cerámica aparecen infantes —a los que ya se aludió— portando cada uno un escudo circular con el emblema de su *géne*, armados de tres lanzas y ejecutando quizá la danza del *géranos* traducida al modo de una danza guerrera *(pyrriche)*. Delante de ellos está su jefe militar, *Mamarce*, intercambiando un objeto con su esposa *Thesathei;* entre ambos se halla una niña, de nombre *Velelia*, tal vez, la hija de la pareja (TLE, 74). Los pocos jinetes que aparecen figurados tienen también escudo y lanza.

A. Alföldi conecta la representación de esta *oinochoe* con las leyendas troyanas de Roma; F.-H. Massa-Pairault ve en ella un trasunto de Teseo y Ariadna. J. Martínez-Pinna aboga por la tesis de que sus figuraciones obedecen a momentos de la vida cotidiana de un noble, tal vez originario de la Etruria meridional.

La última pieza cerámica, la *Crátera* firmada por Aristonothos, será objeto de un epígrafe posterior.

Algunas estelas orientalizantes también recogieron elementos de temática militar. De las mismas tan sólo nos interesan para este apartado dos de ellas: la Estela de Monterozzi y la de *Avele Feluske* de la necrópolis Bambagini de Vetulonia.

La primera (1,11 m de altura), fechada por H. Hencken a comienzos del siglo VII a.C., está decorada con dos guerreros afrontados. Llevan lanza y casco con *paragnathides* y largo penacho rígido. Casi todo el tronco lo tienen protegido con un gran escudo circular. La de *Avele Feluske*, el Vencedor, estela (1,07 m de altura) que le fue dedicada por su compañero de armas *Hiruminia Phersnachs (Herminius* de Perugia), recoge la figura de dicho guerrero armado con una *bipennis*, tocado con casco corintio, de largo penacho, y portando escudo hoplítico circular con decoración geométrica.

EJÉRCITO Y ARMAMENTO DE LOS SIGLOS VI AL IV A.C.

El estudio del ejército y armamento etruscos de sus últimos períodos históricos puede efectuarse a través de una buena documentación arqueológica —piezas metálicas, cerámicas y esculturas, básicamente— hallada en la propia Etruria, en el Lacio y en el territorio falisco.

Entre los objetos metálicos que han facilitado información sobre el armamento de aquellos siglos sobresalen —por citar los más significativos— las placas del carro de Monteleone (Spoleto), la biga de Poggio di Castro, los llamados *trípodes Loeb*, diferentes sítulas, un bol de Chiusi y algunas estelas con relieves de singulares guerreros.

A todo ello puede añadirse el depósito de 125 yelmos de tipo «Negau» —cascos con «alero» o saliente lateral— que se localizó en las murallas de Vetulonia. Yelmos de bronce, entre los 20 y los 18 cm de altura, llamados así por los ejemplares que se encontraron en tal localidad de Eslovenia, que portaban inscripciones en una lengua germánica o rética, pero con grafías paleovénetas. Algunos de estos yelmos se atesoran en el Kunsthistorisches Museum de Viena.

El famoso carro de Monteleone, fechable entre el 550 y el 530 a.C., fue descubierto en 1902 y publicado muy pronto por L. Barnabei. Tal carro de guerra (hoy en el Metropolitan Museum de Nueva York) nos facilita interesante información militar. Su caja estaba recubierta con tres placas ornamentales de bronce, bellamente de-



Carro de Monteleone (decoración), Spoleto. (Metropolitan Museum, Nueva York.)

coradas. La central figura a Tetis entregando las armas a Aquiles; a ambos personajes los separan un casco corintio con penacho y un escudo oblongo con escotaduras laterales, decorado con Gorgona y cabeza de león. La placa de la derecha recoge el combate entre el propio Aquiles y Memnón, el hijo de la Aurora, portando ambos contendientes idéntico equipamiento hoplítico. En la placa de la izquierda se ve a Aquiles sobre un carro tirado por los caballos alados Balio y Xanto, expresión, sin duda, de su apoteosis y gloria, según apuntaron R. Hampe y E. Simon.

A la misma época pertenece el carro de parada hallado en 1967 en el *drómos* de la *Tomba della Biga* de la necrópolis de Poggio di Castro, en las ruinas de Castro, no lejos de Vulci. Se trata de una biga con una longitud de 4 m, comprendido su timón; el diámetro de sus ruedas es de 60 cm y se hallaban recubiertas con hierro. Su alma es de madera forrada con placas de bronce decoradas. Junto al carro aparecieron los esqueletos de dos caballos, sin duda sacrificados en el momento de la deposición en la tumba del propietario del carro. Tal ejemplar se halla hoy en el Museo de Villa Giulia.

Por su parte, los *trípodes Loeb,* hallados cerca de Perugia y hoy conservados en Múnich, fechados por M. Pallottino hacia el 540-530 a.C. —datación que fue rebajada por A. Hus— y analizados por I. Krauskopf, son, en realidad, tres calderos con tapadera, colocados sobre otros tantos elevados trípodes en cuyos montantes se hallan placas historiadas.

De ellos, uno —el denominado «trípode A» por los especialistas— carece de representación de guerreros, y los otros dos se adornan con diferentes escenas militares. El catalogado como «B» presenta en sus placas guerreros armados. Aparecen Perseo y las Gorgonas; Aquiles y Troilo; Hércules y el león de Nemea; Peleo y Tetis y Apolo y Tito, así como otros dos caballeros afrontados. El tercer trípode, el llamado «C», tiene, además de algunos personajes mitológicos, una sola representación militar, figurada en el registro inferior: el duelo entre dos infantes por encima de un guerrero caído. Aquí, en este ejemplar, el armamento portado por los contendientes es completo.

Mención aparte merecen las sítulas, vasijas de forma troncocónica, más o menos abombada en su parte superior, con asas o sin ellas, y que tuvieron amplia difusión en toda Europa (áreas de Eslovenia y del Tirol) y sobre todo en Italia del norte, presentando aquí, en opinión de G. Fogoroli, una gran unidad estilística. Destinadas

para sacar agua de los pozos o para transportarla, las hubo lisas y decoradas, abarcando en este caso una gran variedad temática.

Ante la imposibilidad de recoger todas las que lo merecen por su importancia, bástenos citar las cuatro más significativas y más estudiadas: la *sítula Benvenutti,* la de *la Certosa,* la de *Arnoaldi* y la conocida como *de Providence.*

La primera —la *sítula Benvenutti*—, fechada hacia el año 600 a.C., presenta una decoración muy interesante, distribuida en tres registros en los que se figuran, respectivamente, una escena de banquete y juegos, una seriación de animales fantásticos y domésticos y un desfile de guerreros. Interesa el último registro, el del desfile de guerreros, en el cual aparece un hombre sentado tocando una trompeta, que está siendo amenazado por un guerrero. Otro luchador de espaldas al anterior hace frente a un carro que es conducido por un hombre sin armas. Siguen después dos infantes con casco, escudo circular y sendas lanzas, los cuales están arrastrando a un prisionero; tras ellos aparece otro infante que porta dos prisioneros más. La escena, que indudablemente intenta presentar dos momentos distintos, alude a un combate militar y al final del mismo, con el regreso de los vencedores.

La *sítula della Certosa,* localizada en una tumba de incineración de Bolonia, constituye una verdadera joya de la broncística etrusca. Fechada a comienzos del siglo V a.C., presenta cuatro registros historiados.

En el primer registro superior aparece un desfile de cinco guerreros cuya marcha abren dos caballeros. Tras ellos se hallan otros ocho infantes idénticamente armados, si bien la tipología de los escudos es distinta —cuatro oblongos y cuatro redondos—, a los que sigue otra serie de cuatro infantes más. Cierran el desfile cuatro hombres vestidos con túnicas, tocados con *pétasos* y portando hachas al hombro.

El segundo registro representa una procesión sacrificial que abre un hombre conduciendo un toro. Dicha procesión la cierra un animal, tal vez un perro, de arqueada cola. El siguiente registro se desarrolla en torno a dos músicos recostados en un lecho. A un lado aparecen escenas campesinas (aquí está la primera representación de un arado etrusco) y al otro escenas de caza. El cuarto y último registro está decorado con diversos animales fantásticos al paso. De la boca del cuarto de ellos sale una pierna humana.

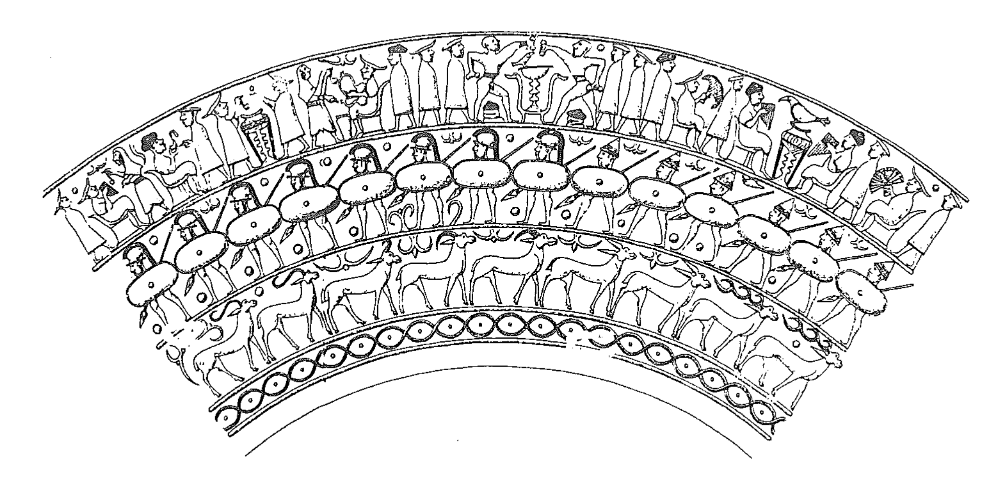
A diferencia de las dos anteriores, la *sítula Arnoaldi* está provista de asa. Presenta su superficie decorada con tres registros ornamentales, en los que se representan un combate de boxeo y una carrera de bigas, un desfile de hoplitas y un repertorio de animales.

Respecto a la carrera de bigas —registro superior—, hay que indicar que todas ellas —hay cinco— son de idéntica factura: carros de caja ligera y ruedas de cuatro radios. Los conductores visten larga túnica y bonete cónico. Azuzan con látigos a los veloces caballos. En uno de los carros van dos ocupantes.

El registro central tiene como motivo un desfile de hoplitas. Lo abre un guerrero, con casco hemiesférico y escudo rectangular. Le siguen un caballero sin armas y ocho hoplitas armados cada uno con dos lanzas y protegidos con cascos y con escudos. Cierra el desfile un segundo caballero, pero en este caso armado.

La parte inferior de la sítula presenta una serie de diez animales a la carrera, en su mayoría cérvidos.

La cuarta sítula que consideramos fue hallada en la Certosa (Bolonia) y hoy se conserva en Providence (Estados Unidos), localidad de la que ha tomado su nombre. Aunque fue estudiada con todo detalle por W. Lucke y H. Frey, no ha podido datarse con seguridad (se postula el final del siglo VI a.C.), pues la pieza procedía del mundo de los anticuarios.



Sítula de Providence. Franja ornamental. (Providence, Estados Unidos.)

Nos interesa el registro central (tiene tres), constituido por un desfile de 14 hoplitas, que portan todos el mismo escudo oval con umbo decorativo e idénticas armas: una lanza con punta de hoja de laurel. Difieren, sin embargo, en sus cascos de protección. Unos serían de bronce, de formas abombadas con penacho, y otros, tal vez, de cuero, cónicos y decorados con grecas.

Muy parecida es la decoración de un ánfora de figuras negras, del siglo VI a.C., hallada en Tarquinia (hoy en el British Museum), del *Pittore di Micale,* en la que se recoge una compacta tropa de guerreros provistos de cascos empenachados y equipados todos con su *clipeus,* avanzando al ritmo del sonido de una trompeta que hace sonar un músico al lado de la formación. Al no portar armas ofensivas, podemos pensar más en una danza militar que en una tropa de hoplitas en orden de combate.

Debemos recoger también un hermoso bol de Chiusi (16 cm de altura) de plata revestida con lámina de oro. En su friso central, y en el contexto de un cortejo sacrificial, aparecen algunos hoplitas con casco corintio, escudo circular y dos lanzas.

Finalmente, muestra, asimismo, de armamento la constituyen tres estelas, todas del siglo VI a.C.: la de *Avele Tites,* de Volterra, armado con lanza y espada corta; la de *Larth Tharnie,* localizada en Pomarance, cerca de la anterior población citada, y en la que el personaje va armado con un gran cuchillo; y la de *Larth Ninies,* de Fiésole, equipado con lanza y hacha. Las armas de estos tres personajes, aparte de su conexión con el mundo militar, deben evaluarse también como símbolos de autoridad política y aun religiosa. De dichas estelas se hablará más adelante.

Muy interesante es la estela anepígrafa, con decoración incisa de un combate entre dos guerreros, armados de lanza, espada corta y escudo protector, localizada en Monte Gualandro (Perugia), de cronología algo anterior a las estelas previamente comentadas.

Por lo que respecta al depósito de yelmos de Vetulonia, antes citado, el mismo consistía en más de un centenar de ejemplares, de lámina de bronce, del tipo «Negau», todos inutilizados a propósito a comienzos del siglo V a.C. Muchos de ellos portan la inscripción *Haspnaś,* lo que alude a la existencia de un ejército gentilicio en tal localidad y que, muy probablemente, por las circunstancias políticas del momento, fue disuelto o licenciado. M. Egg pensó, sin embargo, que se trataría de un depósito votivo que se

situó a los pies de la muralla de tal ciudad etrusca. Quizá aquí sus propietarios fueron derrotados, o tal vez serían armas enemigas colgadas primero del lienzo de la muralla y luego enterradas de acuerdo con algún ritual militar.



Estela de *Larth Ninies*. Fiésole.

Los ejércitos etruscos y el caso de Roma

Intereses económicos habían llevado a los etruscos, como vimos, a extenderse por la llanura padana, el Lacio y Campania. Para proteger dichos intereses, y mejorarlos si cabe, hay que pensar que habrían sabido instalar diferentes fortalezas en puntos concretos y quizá mantener pequeños ejércitos de ocupación. A. Alföldi lo sostiene, por ejemplo, para el caso de Veyes y su dominio sobre Roma y Fidenes. En realidad, no sabemos todavía si la penetración etrusca por aquellos ámbitos geográficos fue debida a intereses y relaciones puramente comerciales —lo más probable— o bien a una ocupación, sin más, de territorios, con presencia militar.

Las fuentes clásicas, para el caso concreto de Roma, son confusas sobre este particular, salpicando la dinastía de los Tarquinios con multitud de hechos militares. A ellas debe sumarse la información que ha deparado la *Tomba François,* que hace pensar en inestabilidades políticas, en alianzas de ciudades frente a terceros enemigos, en suma, en ambientes de rechazo a posibles ocupaciones militares. Roma misma participaría en una de aquellas alianzas frente a Vulci, enclave que sería finalmente derrotado por las armas.

Además, en el caso de Roma, la tradición atribuyó al etrusco Servio Tulio amplias reformas sociales, políticas y militares. La ciudadanía, la fortuna personal, la organización en *classes* y *centuriae* y el armamento fueron puntos básicos en su programa de gobierno.

Servio Tulio ligó de modo muy directo la fortuna personal con el servicio de las armas, determinando que los ciudadanos debían equiparse militarmente en función de su situación económica. En consecuencia, dividió a la sociedad en cinco *classes,* que comportaban a su vez 193 *centuriae.*

Gracias a Tito Livio y a Dionisio de Halicarnaso conocemos el equipamiento de la infantería de la Roma etrusca. En ambos autores, la descripción del armamento defensivo es muy similar. El objetivo consistía en facilitar la máxima seguridad física al guerrero, recordando en muchos aspectos la figura del hoplita griego. Así, las tres primeras *classes* se protegían con casco *(galea* o *krános)* y portaban armas de bronce. Además, la primera disponía de un escudo especial redondo *(clipeus* o *aspís aryoliké):* en cambio, la segunda y la tercera lo tenían oval o rectangular *(scutum* o *thyréos).* Estas tres *classes* formarían, de hecho, el sector armado más importante, constituyendo la llamada *classis clipeata,* esto es, el grupo «portador de escudo».

Únicamente, al parecer, la primera *classis* portaba coraza *(lorica* o *thórax).* Las dos primeras se protegían, también, las piernas con *cnemides* u *obreae.*

En cuanto al armamento ofensivo, los infantes disponían tan sólo de lanzas *(hasta, dóry)* y de espadas *(gladius, xífos).* Estas últimas eran exclusivas de las tres primeras *classes,* que también estaban dotadas de armas arrojadizas y de jabalinas *(tela).* La cuarta *classis* sólo manejaba una pequeña jabalina *(verutum).* La última *classis,* la quinta, estaba equipada con armas muy rudimentarias y nada operativas: hondas *(fundae)* y piedras *(lapides).*

Hay que pensar que el mundo militar etrusco sería muy similar al conocido en la Roma de los Tarquinios, que reservaba a las clases aristocráticas el equipamiento metálico y a los clientes, dependientes y siervos *(penéstes)* el armamento ligero.

En cuanto a la caballería, la tradición, de un modo totalmente anacrónico, alude a los *equites* de Rómulo, Tulo Hostilio, Tarquinio Prisco y Servio Tulio. Lo que sí parece claro es que la introducción de la caballería como arma militar en Roma fue debida a los reyes etruscos, pero se ignora cómo sería el reclutamiento y en qué condiciones se efectuaría. Dionisio de Halicarnaso (IV, 16), no obstante, señala que los *equites* fueron elegidos entre los ciudadanos más ricos y distinguidos. Tampoco sabemos cuál fue el armamento del caballero, aunque por algunas placas de terracota y por las sítulas antes indicadas, deducimos que hubo de ser idéntico al de los infantes.

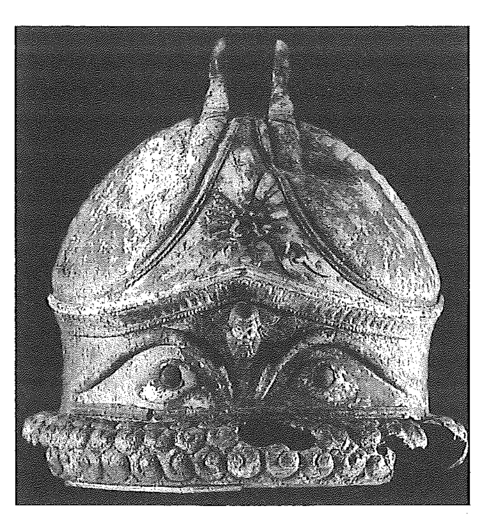
Las fuentes literarias han transmitido muy pocos testimonios sobre combates a caballo. Sin embargo, dos de ellos fueron célebres: el de Bruto contra *Arruns Tarquinius* (Tito Livio, II, 6; Valerio Máximo, V, 6) y el de A. Cornelius Cossus contra *Lars Tolumnius,* rey de Veyes (Tito Livio, IV, 19).

Podemos establecer que el ejército etrusco de los siglos VI y V a.C. se compondría de tropas variadas, destinadas a hacer frente a un tipo de combate múltiple e imprevisible. Estaría formado por una infantería cuyos hoplitas, según su armamento, derivado de las distintas ciudades, clanes y fortunas, quedarían repartidos en diferentes líneas de ataque. La variedad de escudos, con sus emblemas particulares, y de lanzas, así parece presumirlo.

Una caballería, servida por gente de la aristocracia, completaría el dispositivo militar. Su función, en algunos casos, hubo de ser básica, tal como parece deducirse de algunos fragmentos pictóricos (hoy en el Museo de Chiusi), procedentes de la *Tomba Paolozzi,* de tal localidad. En ellos se figura a un caballero que, traspasado por una lanza, cae de espaldas sobre la grupa de su montura, y a otro caballero, lanzando su jabalina. Además, se ha especulado que cuerpos de subalternos, armados a la ligera y reclutados entre los clientes y la gente humilde, servirían en los puntos de vanguardia.



Cabeza de guerrero, Orvieto. (Museo Arqueológico, Florencia.)



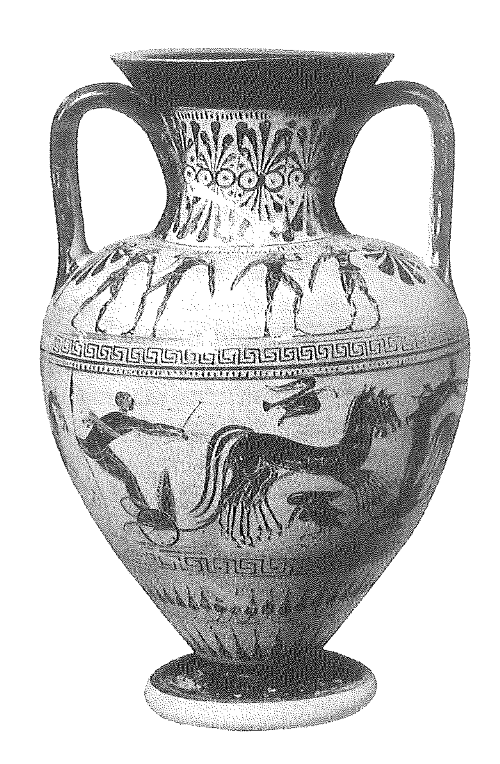
Yelmo etrusco. (Staatliche Museen, Berlín.)

Tácticas militares

Tampoco podemos decir mucho acerca de las tácticas empleadas por los etruscos en los choques militares, cuyo armamento, incluso ya desde el villanoviano, las determinaba y condicionaba. Recordando el desarrollo de las tácticas que los griegos de Cumas opusieron a los etruscos y a sus aliados itálicos en el 524 a.C., apuntado por Dionisio de Halicarnaso (VII, 4), y dejando a un lado las cifras fantásticas de guerreros que recoge, puede decirse que la caballería y la infantería etruscas combatían juntas, probablemente sin ningún orden establecido.

Esta información parece confirmada por la iconografía. Numerosas son las representaciones en las que se enfrentan o se mezclan hoplitas, infantería ligera, arqueros y caballeros, practicando sus tipos específicos de lucha. Ejemplo de ello serían un *ánfora póntica* de Vulci (hoy en Wurzburgo) y una lastra en terracota de Tarquinia.

Luego, en contacto más cercano con las ciudades de la Magna Grecia, tal vez adoptarían algunas tácticas del mundo helénico, cuyos ejércitos y armamentos fueron estudiados por A. M. Snodgrass. Sin embargo, muchas de las tácticas griegas —por ejemplo, el combate en formación de falange— no las podrían poner en práctica los etruscos muchas veces, dadas las características de sus rivales (latinos, sabinos o samnitas) que luchaban en orden disperso. Eso no significa, no obstante, que las desconocieran. Un relieve de Chiusi, fechado hacia el 480 a.C., muestra un combate de hoplitas integrados en falanges. El armamento y la disposición del orden de batalla *(táxis)* así hacen presumirlo. Aunque el esquema iconográfico de tal relieve es básicamente ático, la presencia de un arquero en un bando y la de un infante en otro hacen de la figuración algo autóctono, etrusco.



Ánfora con combates de hoplitas y cuadrigas corriendo. Pintor de Micali.

En general, las armas etruscas han sido descubiertas —figuradas o presenciales— en contextos funerarios (tumbas) donde eran dejadas para reafirmar la posición social de los difuntos, y menos en lugares de culto (templos y santuarios), aquí como exvotos, y en ambientes urbanos públicos y privados (casas de las élites), sin duda para su exhibición *(spolia hostium)*.

Especial interés, sin embargo, presentan determinadas armas ofensivas y defensivas, trabajadas en miniatura, asociadas a otro instrumental, también diminuto, de tipo agrario, enterradas en diferentes lugares, junto a edificios religiosos, caso, por ejemplo, de Brolio o Telamón (depósitos aquí del *Genio Militare* y de *Vivarelli-Strozzi)*.

Estos depósitos han sido relacionados por algunos estudiosos con la batalla de Telamón, del año 225 a.C., y por otros con una *favissa* adjunta a un santuario en donde se veneraría a una divinidad conectada con la agricultura y la guerra, quizá el héroe Echetlos. En cualquier caso, el significado último de estas armas en miniatura (lanzas, espadas, escudos, cascos, arreos de caballo) se nos escapa, pues en su fabricación hubieron de coexistir circunstancias religiosas y rituales —¿conectadas con los ritos de paso de los jóvenes guerreros?— y en menor medida económicas o lúdicas.

LA MARINA ETRUSCA

Los etruscos sobresalieron en las artes del mar, tanto en lo que se refiere a su marina mercante cuanto a la de guerra, sin olvidar las acciones piráticas, a las que aludieron diferentes autores clásicos (Tucídides y Estrabón, por ejemplo).

La arqueología, de una parte, y los textos y ecos literarios, de otra, permiten testimoniar la habilidad marinera de los etruscos desde su formación como *éthnos* hasta el final de su historia, según ha demostrado recientemente la arqueóloga G. Pettena.

Ha sido sopesada por algunos estudiosos la posibilidad de la existencia de una marina villanoviana, dedicada probablemente en los siglos X y IX a.C. a distribuir materias primas (metales, cereales) y que alcanzaría su *floruit* en las etapas orientalizante y arcaica etruscas, épocas en las que la aristocracia fundiaria y mercantil de las principales ciudades hicieron del mar una de las bases fundamentales de su economía, obteniendo muy altos rendimientos.

Lo que es un hecho innegable es que algunos autores clásicos alabaron las virtudes marineras y guerreras de los etruscos, que habían sido etiquetados en la literatura anterior, del siglo V a.C., como pelasgos o tirrenos. Incluso aquellas virtudes las recordaría Cicerón en una de sus obras *(De Repub.,* II, 4). Asimismo, un pasaje de Tito Livio (V, 33) sintetiza la importancia que la historiografía antigua atribuyó al dominio de los etruscos sobre el mar, hasta el extremo de que los mares que rodeaban Italia hubieron de ser designados con los nombres de «etrusco» (o «tirrénico») y «adriático» (nombre este derivado de Adria, una colonia etrusca).

Las costas y tierras de la vertiente tirrénica, las islas de Cerdeña y Córcega e incluso el estrecho de Mesina fueron controlados durante muchos siglos por los etruscos, lo que los llevaría a la fundación de diferentes colonias en tales ámbitos, a los que arribaban con sus bien provistas naves tanto mercantiles como militares.

Por otra parte, debe señalarse que las costas hispanas fueron asimismo visitadas, al igual que las islas Baleares y las Canarias, si hemos de creer lo dicho por Diodoro de Sicilia (V, 19-20), por Esteban de Bizancio en su *Ethniká* y por Ausonio *(Epist.,* XVII, 88-89).

Nada se puede decir de la nave que transportaba un cargamento de ánforas griegas y etruscas del siglo VI a.C. y que naufragó entre la Pointe de Bomporteau y la Pointe du Dattier (no lejos de Bon-Porté), pecio localizado en 1973 a 37 m de profundidad.

La presencia primero de los fenicios y luego de los cartagineses hubo de obligar a los etruscos a pactar con ellos diferentes acuerdos de carácter comercial, antes que declarar hostilidades. Uno de aquellos pactos fue recordado por Aristóteles *(Política,* III, 9, 36, 1280a), quien señala que el mismo se había acordado para hacer de ambos pueblos «ciudadanos de una sola comunidad» y así poder enfrentarse con garantías a los nuevos visitantes de los mares occidentales, los griegos, quienes habían sido capaces de fundar numerosas colonias en el sur de Italia e incluso en las islas, caso de Córcega, en donde, en virtud de un oráculo, los foceos habían fundado Alalia.

La batalla que años después enfrentaría a foceos y etrusco-cartagineses en aguas de tal localidad conocería el choque de 60 naves foceas contra otras tantas etrusco-cartaginesas. A pesar de obtener la victoria los griegos, las naves que se pudieron salvar quedaron tan dañadas que optaron por abandonar Córcega y marchar a Regio. Los cartagineses y etruscos se sortearon a los marinos capturados. Los que fueron a parar a manos etruscas sufrieron una inmediata muerte por lapidación en las afueras de Caere, ciudad llamada Agylla por Heródoto (I, 166-167).

Tipos de barcos

Por lo que sabemos, y a pesar de los problemas de cronología, origen e identificación de formas, los etruscos conocieron dos tipos de naves: las comerciales y las de guerra. Las primeras fueron, sin duda, las más numerosas. Se movían a vela y eran de formas más o menos redondas —los griegos las llamaban *stronghíloi*—, sin puente, presentando todo lo más un castillo a popa para el timonel, que controlaba uno o dos remos de gobierno. Eran, por lo tanto, lentas y poco manejables, al estar complementadas tan sólo con unos pocos remos. Sin embargo, eran bastante seguras y capaces de soportar largos viajes. Sus dimensiones fueron modestas, entre los 10 m de eslora y los 5 m de manga, y estaban dotadas con áncoras de piedra. En el pecio

de Bon-Porté, estudiado por B. Liou y por J. P. Joncheray, se hallaron los restos de una pequeña nave, con una eslora de 10 m.

Para proteger las naves comerciales pronto se construyeron naves de tipo militar, especializadas también en actividades de remolcado en caso de necesidad. Estas naves, fabricadas con madera de pino, abeto, haya o encina, tenían forma alargada *(makrá naus)* y se desplazaban a fuerza de remos, si bien tenían un mástil con una vela auxiliar de forma cuadrangular para aprovechar, si se presentaba, el viento favorable. La proa fue variando con el tiempo: de una estructura de tajamar se pasó a formas más agudas para finalizar en espolón *(akrostolion, rostrum),* que se laminó en bronce a partir del siglo VI a.C. y cuya utilidad militar fue clave en la batalla de Alalia. Para Plinio el Viejo *(Nat. Hist.,* VII, 209), el *rostrum* había sido una invención etrusca, llevada a cabo por un tal Piseo *(Piseus).* Quizá las proas por su parte superior adoptaban la forma de una testa de animal (ave, caballo, ariete, bovino); solían estar pintadas con dos grandes ojos apotropaicos, según se sabe por las representaciones que nos han llegado. Por su parte, las popas eran de estructura incurvada *(áphlaston, aplastrum),* realzadas con adornos en forma geométrica.

Los etruscos pronto adoptaron las pentecónteras o naves largas, de origen griego, provistas con un total de 50 remeros (25 por lado) y a las que aludió Tucídides (VI, 103-124). Acondicionadas para pasajeros y carga —los focenses habían evacuado Alalia en ellas—, podían ser empleadas en caso de guerra, pues también se solían equipar con los terribles *rostra.* Asimismo, emplearon las trirremes, que copiaron de los tiranos sicilianos luego de ser derrotados por ellos. Tenían unos 35 m de eslora y 5 m de manga, con una tripulación que podía alcanzar los 200 hombres, además de un pequeño contingente hoplítico de refuerzo. Por otro lado, sabemos por Diodoro de Sicilia (XIV, 41; 42, 3; 44, 7) que Dionisio I el Viejo, tirano de Siracusa, en su guerra del 398 a.C., contra cartagineses y etruscos, dispuso de naves de cuatro y cinco órdenes de remeros (cuatrirremes y quinquerremes).

La navegación de cabotaje se hacía durante el día y en cortas etapas. Al atardecer la nave era arrastrada a la costa, prefiriéndose vararla en las riberas de las lagunas costeras, abundantes en la Etruria de entonces, o en las bocas de los ríos. De utilísimo interés para este asunto, a pesar de haberse compuesto, al parecer, en época del emperador Caracalla (211-217), es un *Itinerarium maritimum* que enumeraba numerosas *positiones* costeras entre el *Portus Augusti* (hoy Porto) —el puerto de Roma— y *Macra Fluvius* (Foce del Magra) en una distancia de poco más de 429 km, que posibilitaban atracar en 28 escalas. En el mismo se citan, entre otros, los puertos etruscos de Pyrgi, Gravisca, Regae, Orbetello, Talamone, Populonia y Pisa. La distancia entre los puertos citados viene a ser de entre 4,4 km, la más cercana, hasta los 53,2 km, la más lejana.

Representaciones de barcos

Gracias, sobre todo, a las pinturas presentes en la cerámica etrusca y en algunas tumbas, conocemos numerosas representaciones de naves. Ante la imposibilidad de recoger todo el material que presenta temática marinera, bástenos con citar algunas de las piezas más importantes.

Se puede comenzar con una olla de Bisenzo (hoy en el Museo de Villa Giulia de Roma), del año 700 a.C., cuya decoración, muy tosca, consiste en una nave provista de un casco redondo y de una proa con prótomo de animal y dos remeros, además de

otro, que maneja un remo de timón libre. El hallazgo de tal cerámica a orillas del lago Bolsena hace pensar que se trata de una nave adecuada a la navegación lacustre o fluvial, no a la marítima.

Podemos continuar con un plato caeretano, de finales del siglo VIII o comienzos del VII a.C., hallado, sin embargo, en Roma. Con técnica de silueta presenta una nave con vela y nueve remos desde la cual un hombre, armado con una lanza, intenta golpear a un pez gigantesco. Ignoramos si se trata de una escena de género o representa algún asunto mitológico.

De la misma época, o quizá algo posterior (700-675 a.C.), es una *oinochóe* (hoy en la Universidad de Missouri) decorada en su franja central con una fila de cinco naves de velas desplegadas, probablemente de guerra, pues van provistas de *rostra*. Su estilo es geométrico y se ha atribuido al llamado *Pittore delle Palme*, que ambientó las naves entre peces y olas sinuosas. Del mismo pintor es otra *oinochóe*, también decorada con naves de casco redondo; una de las naves se halla con las velas recogidas. Estos tipos de barcos son idénticos a uno figurado en un vaso tardogeométrico de Ischia, que representa un naufragio.

Le sigue la nave que se labró en una *pyxís* ebúrnea de estilo jonio, trabajada en Chiusi a finales del siglo VII a.C., y que se halló en la *Tomba della Pania* de tal localidad. Dicha nave, de casco recurvo, velas plegadas y con popa de alta voluta, se halla tripulada por un timonel. Muy poco posteriores a esta importante pieza, hoy en Florencia —y a la que se aludirá más adelante—, son otros dos vasos pintados con naves. Uno es una crátera, de Caere (hoy en el Louvre), con naves todas idénticas, de altas popas, branques casi verticales y espolón, alternadas con pájaros marinos. El otro es un ánfora proveniente de Vulci *(Tomba della Polledrara)*, cuya nave presenta figurado con todo detalle el timón, incluyendo su eje central y los dos remos laterales.

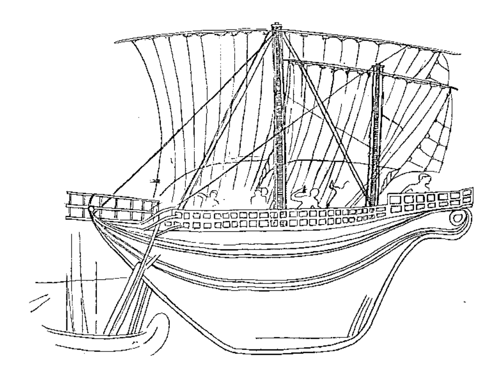
Un tipo de nave larga aparece «graffitado» en un vaso osuario de Veyes, fechable hacia el 650 a.C. En tal imagen, considerada por R. Vighi como la más antigua representación de una nave etrusco-itálica, la nave tiene dos castillos a proa y a popa, un mástil con la vela recogida con sogas, fijadas a los castillos, y un espolón bajo la proa, sin duda, el *rostrum*. Su tipología es un calco de la nave que aparece pintada en un vaso de Chipre, según afirmación de S. Paglieri.

Una *pyxís* etrusco-corintia de Caere, hoy en el Museo del Louvre, es otra pieza significativa. Fechada entre el 630 y el 620 a.C., se halla decorada con naves verdaderamente fantásticas. Una presenta la popa protegida con una gigantesca cabeza de pez, de la que sale una lanza y una especie de gran tienda que recubre a los guerreros, aunque son visibles el vigía, el timonel y seis remeros. La otra nave, con su vela recogida, tiene la proa en forma de un animal volátil, de cuyo cuello surge un espolón. La escena pudo inspirarse en episodios de la época, tal vez con motivo de algún enfrentamiento entre etruscos y griegos.

Una excelente representación de las famosas pentecónteras se halla pintada sobre un *dinos*, firmado por Exekias, y conservado hoy en el Museo de Villa Giulia.

También el celebérrimo *Vaso François*, obra ática de Kritias y de Ergótimos, pero descubierto en Chiusi, y al que se aludió con anterioridad, presenta en su repertorio decorativo la escena de una nave. Por otro lado, una *hydria* de figuras negras, de Vulci (hoy en el British Museum), obra del *Pittore di Micali*, está decorada con un navío de guerra al ataque. Su proa se halla protegida con un espolón y en su cubierta aparecen arqueros y combatientes. Las imágenes hacen pensar en la existencia de un ejército profesional, dependiente de la comunidad urbana de Vulci.

Finalmente, debemos aludir a dos tumbas de idéntico nombre *(Tomba della Nave)*, una en Caere y otra en Tarquinia, llamadas así por presentar en su decoración mural un tema marítimo. La tumba de Caere es más antigua y mucho más sobria en su ejecución pictórica; la de Tarquinia, conservada en muy mal estado, figura una nave oneraria junto a otras de menor calado, que es contemplada por su armador y comitente —representado a tamaño mucho mayor—, revestido de manto. Tal personaje y su nave reflejan, sin duda, la realidad mercantil y social de la Tarquinia de comienzos del siglo V a.C.



Barco de la *Tomba della Nave*. (Tarquinia.)

A partir de aquel siglo comienzan a faltar los testimonios iconográficos navales. Tan sólo algunas urnas volterranas son de relativo interés, pero ya fechables en el siglo III a.C., en las que aparecen naves o parte de ellas en escenas claramente asimilables al ciclo troyano (Rapto de Elena; naves de Ulises entre las sirenas), pero ya sin detectarse en las mismas elementos autóctonos.

En ocasiones, a las naves se les dio un claro valor sacral, según puede deducirse de los maderos que formaron en su día una pequeña barca y que fueron hallados a muchos kilómetros de la costa, en una tumba de Sasso di Furbara (Cerveteri), fechada a finales del siglo X a.C.

La crátera de Aristonothos

Epígrafe aparte merece la famosa crátera (36,30 cm de altura) firmada por el alfarero de origen griego (¿de las Cícladas?) Aristonothos, obra de la mitad del siglo VII a.C., localizada en Caere y hoy atesorada en los Museos Capitolinos (Palazzo dei Conservatori) de Roma. La misma, de fina arcilla, presenta en la superficie dos escenas decorativas principales. En una se recoge el episodio de la *Odisea* (IX, 382 y ss.) en el que Ulises y cuatro de sus compañeros ciegan a Polifemo con un palo. En la otra escena —que es la que interesa ahora— se figura un enfrentamiento naval. En el lado izquierdo se ve una nave larga, de tipo egeo, con alta popa curvada, proa baja y espolón en forma de ariete, con una fila de cinco remeros —en el otro lado irían



Crátera de Aristonotos. Caere. (Museos Capitolinos. Palazzo dei Conservatori. Roma.)

otros cinco— con timonel, cuyo puente está ocupado por tres hoplitas armados que portan escudos con diferentes emblemas *(epísema)*. En la otra nave, de tipología etrusca, de carga y de forma redondeada y sin *rostrum*, aunque de quilla saliente en su alta proa, se ve a otros tres guerreros, con armas y diferenciados también entre sí por los *epísema* de sus escudos, que ocupan el puente, mientras otro guerrerro controla el rumbo.

Que sepamos, ésta es la más antigua escena presente en la cerámica geométrica griega que testimonia un conflicto entre etruscos y griegos, circunstancia señalada por M. Cristofani. Para M. Martelli, se trataría de la representación realista de un encuentro de «guerra corsaria» entre una nave griega y un velero etrusco, caracterizado como nave oneraria y dotada de *rostrum* y de escolta armada.

Restos de naves etruscas

Para conocer el aspecto de una nave comercial etrusca del siglo VI a.C., además de las representaciones iconográficas, se puede también recurrir a los restos de un navío, encontrado en 1971 a 48 m de profundidad en Bon-Porté, no lejos de Saint-Tropez, que transportaba un cargamento de casi dos centenares de ánforas, en su mayoría etruscas (J. P. Joncheray). No supera los 10 m de eslora y su construcción es tosca, pues sus cuadernas se hallan ligadas, no ensambladas con clavijas. Esto es, fue armada mediante la técnica de las *suitiles naves* o «naves atadas» con ligamentos de fibra vegetal o animal, de las que hablaron Pacuvio, Virgilio y Plinio el Viejo, técnica que era conocida ya desde finales del tercer milenio antes de Cristo y por supuesto en tiempos de Homero *(Ilíada*, II, 135).

Asimismo, los restos de otra nave, también de pequeñas dimensiones y de la que falta la estructura, que se localizó en Cap d'Antibes, en las costas de Provenza (B. Bouloumié), han facilitado datos complementarios, sobre todo acerca de las ánforas vinarias que transportaba.

Por otra parte, se han podido recuperar fragmentos lígneos de una nave oneraria que naufragó en la isla del Giglio, y que transportaba un importante cargamento, al que luego se aludirá. Esta nave era técnicamente superior a la hallada en Bon-Porté, puesto que se construyó según la técnica de pernos de madera incrustados en el tablazón a fin de unir las cuadernas.

No se tienen datos todavía del pecio localizado en 1977 en aguas de Cala del Piccione (Populonia). Consisten en ánforas vinarias transportadas por una nave comercial, probablemente etrusca, del siglo IV a.C. Restos de otras naves se han detectado también en distintos puntos de las costas provenzales (Estèu dou Mièu, Pointe Lequin, Cassis, Sausset-les-Pins). Y, por supuesto, hallazgos subacuáticos de material etrusco en muchas localidades costeras toscanas, sin olvidar las costas de la isla de Elba y la de Montecristo.

En 1999 se descubrió el pecio denominado Grand Ribaud F, al sudoeste de la isla de Giens. El hallazgo más espectacular lo constituía un navío bastante bien conservado (más de 20 m de eslora y 7 m de manga) —no se sabe si griego, massaliota o etrusco— y con un cargamento de unas 800 ánforas etruscas que contenían vino, perfectamente estabilizadas en su origen, al decir de L. Long, además de otras cerámicas (copas áticas, *kántharoi* de *bucchero)* y vajilla metálica.

Un interesante estudio de M. Bonino, donde se enumeran 41 representaciones de naves villanovianas y etruscas, contribuye a clarificar el apartado de las embarcaciones. Además, tal autor, en dos tablas, que recogen información encuadrada entre los siglos VIII y VI a.C., documenta los elementos ciertos y probables que formarían parte de los componentes de las naves etruscas, cuyos prototipos deberían buscarse, según S. Paglieri, en los ejemplares del Mediterráneo oriental.

Los puertos etruscos

Las más importantes ciudades —entre ellas Populonia, Vulci, Tarquinia y Caere—, a pesar de distar algunos kilómetros del mar (excepto Populonia), contaron con buenos puertos que cobijaban a sus navíos y desde donde efectuaban sus exportaciones-importaciones. De ellos, Regae fue el puerto de Vulci, Gravisca el de Tarquinia, y Pyrgi, Punicum y Alsium los de Caere. En las costas del mar Adriático destacó el puerto de Spina.

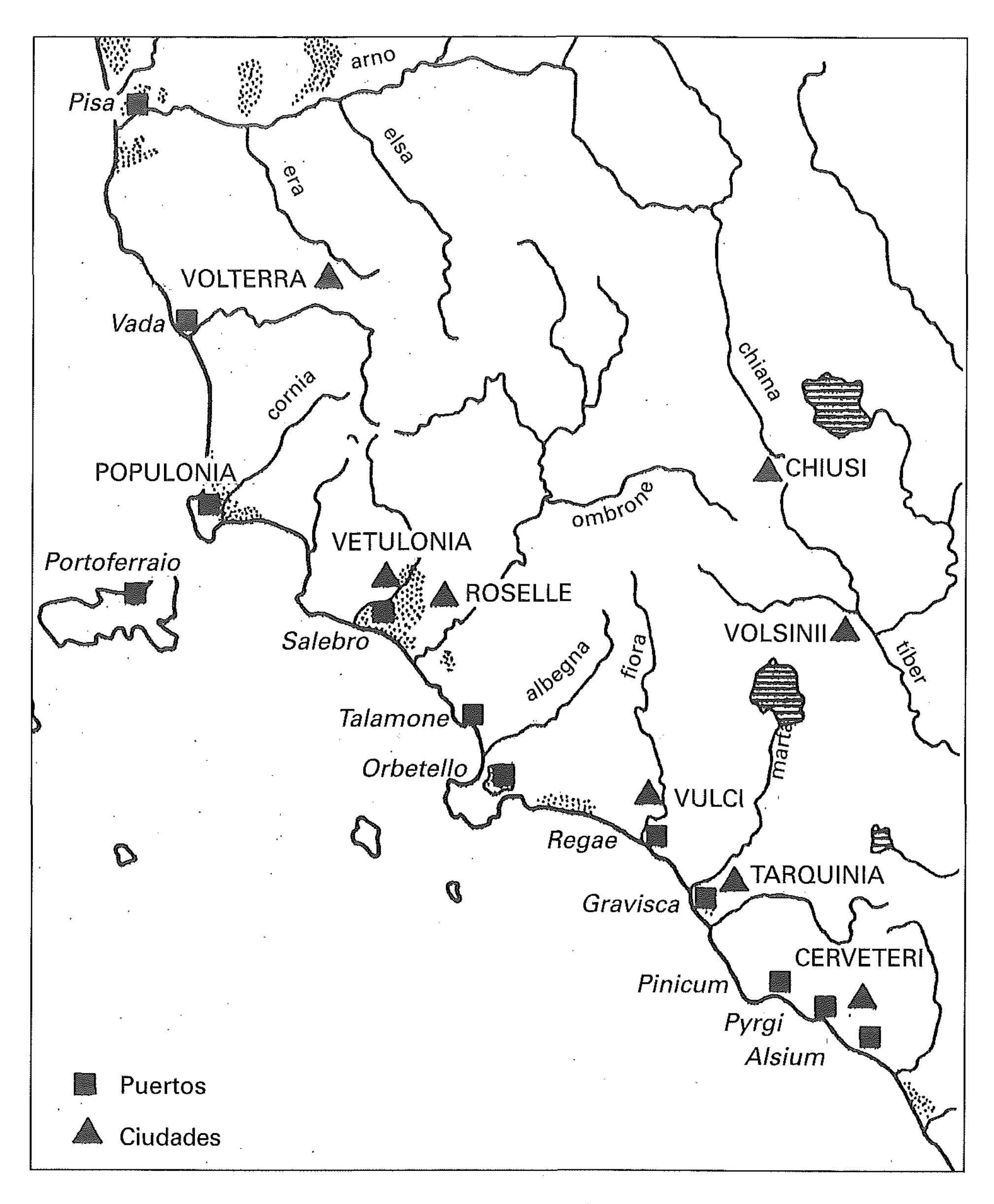
En el caso de Populonia, ciudad a orillas del mar, con su acrópolis sobre un promontorio, su puerto quedó dispuesto en la ciudad baja, junto a la costa. Contó con la infraestructura necesaria para dar salida a un gran volumen de metales, que exportaba tanto en bruto como elaborados y semielaborados, y a otras materias primas. La conquista romana, a inicios del siglo III a.C., alteraría la configuración de la ciudad, pero el puerto continuó operativo para las actividades navales (Tito Livio, XXX, 39), confirmando así la importancia del mismo. Su decadencia definitiva tuvo lugar con ocasión de la guerra civil del año 80 a.C.

El puerto de Regae (hoy Le Murelle), fundado hacia el 550 a.C., ha facilitado, además de sus necrópolis y restos urbanos, abundante material griego y etrusco, sobre todo ánforas de transporte. Por el mismo se daba salida a los más importantes productos de Vulci, entre ellos, cerámicas y bronces. En el territorio controlado por Vulci se hallaban también, más al norte, los puertos naturales de Orbetello y de Talamone *(Tlamu,* en etrusco).

Gravisca (cerca de Porto Clementino) —su nombre etrusco se ignora— fue el puerto de Tarquinia, fundado a finales del siglo VII a.C. Conoció muy pronto una gran actividad, dado el carácter de *empórion* de tal lugar. Los varios santuarios y asentamientos de gentes griegas hallados así lo dejan suponer. En el mismo trabajó Sóstratos, famoso en la Antigüedad como armador y rico mercader, de quien ha llegado un áncora de piedra, y a quien ya citamos en páginas anteriores. Gravisca, tras una serie de vicisitudes, en el año 181 a.C. pasaría a ser colonia romana.

De los tres puertos principales con que contó Caere, el más importante fue, al decir de Estrabón (V, 2), el de Pyrgi (Castello di Santa Severa), el cual se hallaba unido con la ciudad mediante una carreterra de 10 m de anchura y unos 13 km de longitud, casi trazada en línea recta. El puerto, como tal, hubo de comenzar a funcionar a partir del siglo VII a.C. Además de su núcleo urbano, contó con tres recintos religiosos, que han facilitado numerosos e importantes restos arqueológicos, entre ellos, tres famosas láminas de oro con inscripciones, a las que ya aludimos. Después de ser sometido a pillaje en el 384 a.C. por los siracusanos, y tras grandes altibajos en su funcionamiento, Pyrgi pasaría en el año 191 a.C. a convertirse también en colonia romana.

Vetulonia, a orillas del *Lacus Prile,* una amplísima laguna costera, también disponía en ella de un buen punto de escala marítima, activo desde el siglo VIII a.C. Tal la-



Puertos y metrópolis etruscas (siglos VII-V a.C.)

guna se halla hoy en día anegada por el sector costero de Castiglione della Pescaia, hallándose, pues, los restos urbanos etruscos alejados del mar.

Igualmente, Pisa, a orillas de otra laguna en la Antigüedad, contó con dos buenos puertos *(Portus Pisanus* y *Portus Fluvius),* puntos de apoyo para los viajes marítimos hacia Liguria y Provenza. En 1998 se hallaron los restos de uno de tales puertos de la ciudad etrusco-romana, incluso con algunas naves. Su excavación y posterior estudio van a facilitar utilísima información.

Por su parte, el puerto de Spina, aunque ubicado en un ambiente fluvial, no lejos de la costa adriática, tuvo en tiempos etruscos el carácter de puerto comercial, desde donde salían los productos del área véneta —entre ellos, el ámbar venido del Báltico— y se recibían los de origen griego que también se comerciaban con la cercana Adria, ciudad que daría —como dijimos— nombre al mar. Las excavaciones han facilitado restos de sus necrópolis con tumbas que datan de finales del siglo VI a.C. y que alcanzaron el III a.C.

Las actividades piráticas

El problema acerca de la piratería etrusca se halla todavía abierto en la investigación, según M. Giuffrida Ientile, autora de un estudio monográfico sobre el tema, a causa de la gran cantidad de dificultades historiográficas que presentan las fuentes clásicas, especialmente las griegas, y por el hecho de que la piratería fue una costumbre habitual de todos los pueblos en el período arcaico.

Se ignora si la misma existió o no en Etruria antes del siglo VIII a.C. y si fue o no auspiciada por algunas ciudades. En cualquier caso, fueron los escritores griegos quienes propalaron la existencia de una temida piratería etrusca, actividad, por otra parte, practicada también por los antiguos griegos, según testimonio de Homero *(Odisea,* IX, 39-66) y de Tucídides (I, 5), y que en muchas ocasiones se la asoció, sin más, a las prácticas comerciales, al no existir por aquel entonces, como muy bien ha señalado M. Gras, una clara diferenciación entre comerciantes y piratas.

G. Colonna y M. Torelli se inclinan a creer que las ciudades de la Etruria meridional prosperaron muy tempranamente (siglo VIII a.C.) debido a la piratería. Por su parte, J. Bérard pensó que fueron los fenicios quienes propalaron en Grecia el temor de los piratas para así mantener secretas las rutas sicilianas que ellos surcaban. Para A. Sánchez, habrían sido los propios tirrenos los que, a fin de salvaguardar su área de influencia comercial, habrían difundido su fama de piratas.

En cualquier caso, el inicio de la piratería etrusca debe ponerse en relación con el nacimiento de la marinería, que para V. S. Paglieri, habría tenido lugar en el siglo VII a.C., siglo en el que los etruscos estuvieron en condiciones de construir naves adecuadas, aptas para enfrentarse a las griegas.

Esta hipótesis concordaría con lo expuesto por D. Musti, quien argumenta que los griegos tuvieron ya, a partir del siglo VI a.C., conciencia de la potencia naval etrusca, capaz de surcar las aguas del Tirreno y del Adriático y de costear las islas de Córcega, Cerdeña, las Baleares y el litoral mediterráneo español.

Por Diodoro de Sicilia (V, 9) sabemos que los rodios y cnidios de Lípari hubieron de construir, en el 580 a.C., una flota para oponerla a los tirrenos, contra quienes tuvieron que luchar en no pocas batallas navales, de las que tenemos noticia por fuentes literarias (Estrabón y Pausanias) y epigráficas (inscripciones délficas). L. Rota propuso que la lucha etrusco-liparesi se planteó no tanto por la posesión de las islas Lípari como por su carácter de base de piratas.

Sería después de la batalla de Alalia, que tuvo lugar hacia el 540 a.C., cuando los griegos sentarían las premisas para construir la imagen de los tirrenos como piratas. Luego, en el siglo V a.C., tal imagen de corsarios se adscribió específicamente a los tirrenos que actuaban en zonas occidentales. En este ámbito y poco antes de la batalla de Cumas, Anaxilao, tirano de Rhegion, llegaría a fortificar el istmo



Hidria del Pittore del Vaticano. (Museum of Art, Toledo, Estados Unidos.)

de Scilleion para impedir el paso del estrecho siciliano de Mesina a las peligrosas naves etruscas.

Años más tarde, en el 454 a.C. —tal como se indicó con anterioridad—, Siracusa envió al navarca Failo a combatir a los piratas etruscos, pero, corrompido por éstos, fue sustituido por el estratego Apeles, quien depredó la costa tirrena y parte de la isla de Córcega, sometida entonces a los etruscos, regresando a Siracusa con un gran número de prisioneros y un rico botín.

Fue en el siglo el IV a.C. cuando se codificó el tema de la piratería en la historiografía griega y se difundió la fama y existencia de una verdadera y propia talasocracia etrusca. Éforo, un historiador de aquel siglo y una de las fuentes de Estrabón, recuerda que la fundación de las colonias griegas en Italia había sido obstaculizada por la presencia de piratas etruscos. De hecho, los escritores de ambiente cumano o siracusano llegaron a igualar los conceptos «pirata» y «etrusco», habida cuenta de los actos corsarios que perturbaban el paso de las naves por el sur de Italia.

También se sabe que Atenas hubo de defenderse de los piratas tirrénicos que obstaculizaban las rutas occidentales de sus naves cargadas con grano y otros productos. En el año 335 a.C., un *Decreto ático* confió al navarca Diótimo una misión contra los piratas, misión que tuvo éxito y que, a propuesta del político y orador Licurgo, de la familia de los Eteobutadas, fue objeto de honores. En aquel año o al siguiente, el monumento corégico de Lisícrates en Atenas recogió el tema de los piratas tirrenos transformados en delfines, tema presente en una copa ática de figuras negras del pintor Exequias, fechable en el 530 a.C. y hallada en Vulci, en una escultura pétrea de Taranto, en un pequeño plato hallado en las excavaciones de la Curia, en Roma (plato «Genucilia», hoy perdido), y en una hidria de figuras negras, de hacia el 520 a.C., tal vez elaborada en Vulci y hoy en el Museum of Art de Toledo (Estados Unidos), sin olvidar la leyenda recogida en el *Himno homérico* a Dioniso (VII, 1-59), vertida al latín en el siglo I o II por Higinio el Fabulista *(Fab.,* 134).

Como breve digresión podemos indicar que se ha argumentado que los delfines son amigos de los hombres por ser piratas arrepentidos (J. Dumont), apreciación que cuadra con el tenor de la leyenda. Además, algunos autores clásicos, entre ellos, Séneca *(Agam.,* 449), calificaron al delfín, a veces, de *tyrrhenus piscus.*

Otro *Decreto ático* del 325-324 a.C. postulaba la creación de una colonia en el Adriático (¿se llegó a fijar la misma en la costa pugliesa?) que serviría para proteger a los barcos atenienses de los peligrosos tirrenos, además de funcionar como presidio

para los que fueran capturados en actos de piratería, encargo que fue confiado a Milcíades, descendiente del conquistador de Lemnos.

Asimismo, dos oradores atenienses de aquellos años, Iperides y Dinarco, pronunciaron sendos discursos sobre la piratería tirrénica. De los mismos no ha llegado casi nada, excepto una cita de Dionisio de Halicarnaso para Dinarco y alguna glosa en los códices del erudito alejandrino del siglo II de nuestra era, Harpocración, para ambos. Parece ser que sus discursos aludirían a los tirrenos que actuaban tanto en ámbito egeo como occidental. Hay noticias, por otro lado, muy concretas (Diodoro de Sicilia, XVI, 82), de acciones piráticas por el mar Tirreno. Así, en el 339 a.C., el etrusco Postumio, tras haber depredado con sus doce naves diversas flotas, se presentó en Siracusa a ofrecer sus servicios a Timoleón; sin embargo, capturado por éste, sería ajusticiado. No falta quien cree que Postumio fue de origen romano o anziato (M. L. Scevola) o lo identifica con Mamerco. La estudiosa M. Giuffrida Ientile no ve inconveniente en considerarlo etrusco, dado que tal nombre se documenta en Pyrgi y en Campania.

Una inscripción de Delos del 299-298 a.C. registra el préstamo de 500 dracmas para luchar contra los tirrenos, y una inscripción funeraria de la misma época de Rodas —enclave que combatió activamente contra los piratas— alude a que tres hermanos habían muerto mientras combatían contra los piratas, el tecero de ellos específicamente contra los tirrenos.

En la época romana continuó vigente la idea de una pasada y poderosa talasocracia etrusca, a la que habría puesto fin precisamente la ciudad del Tíber (Estrabón, X, 4).

Los hechos bélicos

Gracias a determinadas fuentes clásicas se han podido conocer las más importantes actividades militares que, de grado o por fuerza, llevaron a cabo los etruscos. Aunque en páginas anteriores se ha aludido a ellas, he aquí, a modo de resumen, algunas de las más significativas:

1) Empresas corsarias y piráticas etruscas, que conocemos por el VII de los llamados *Himnos homéricos,* dedicado a Dioniso, así como por Heródoto (VI, 17) y por Ateneo *(Deipnosophistai,* 15, 672b).

2) La ayuda militar, totalmente mítica (Virgilio, *Eneida,* X, 163-214), facilitada por algunas ciudades etruscas a Eneas en su lucha contra los rútulos. El contingente etrusco, al mando de Tarcón, lo formaba una flota de treinta barcos. Un estudio de A. Montenegro, publicado hace años, permite conocer con detalle todo el catálogo de naves y personajes etruscos que intervinieron en aquella operación legendaria.

3) Incursiones etruscas en el estrecho de Mesina, que pueden seguirse en Estrabón (VI, 1-2).

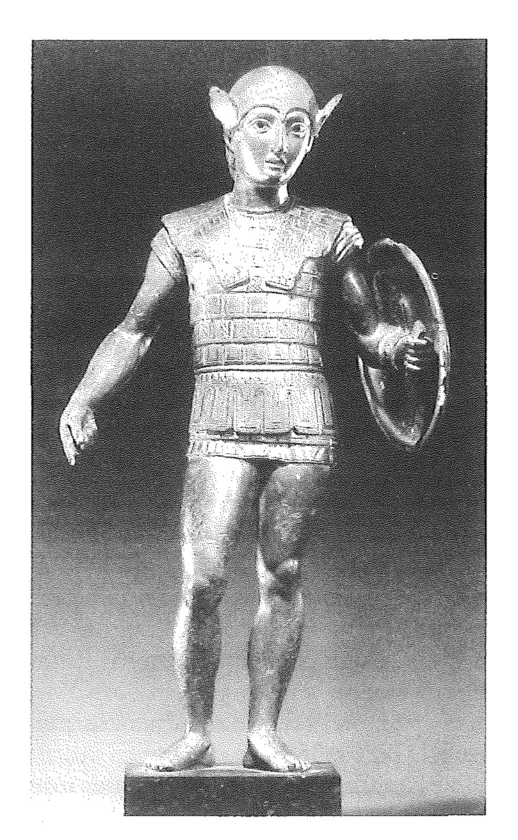
4) La alianza militar entre púnicos y etruscos para hacer frente a la amenaza griega, noticia transmitida por Aristóteles *(Política,* III, 1280a, 35 y ss.).

5) La batalla del mar Sardo en torno al año 540 a.C. (batalla de Alalia), que, aunque ganada por los focenses —fue una «victoria cadmea»—, al quedar tan maltrechos tuvieron que abandonar Córcega, dejando la isla expedita a los etruscos. Los hechos ocurridos pueden leerse en Heródoto (I, 164-167).

6) La batalla naval, habida entre el 485 y el 480 a.C., por el predominio de las islas Lípari, en la que los etruscos fueron incapaces de lograr la victoria. Esta batalla, teñida de tintes míticos por la tradición (Servio, *Ad Aen.*, I, 52), fue recogida por diferentes autores: Diodoro de Sicilia (V, 8-10), Pausanias *(Periegesis de Grecia,* X, 11 y 16) y Estrabón (VI, 2-10). Según las fuentes, los liparenses entregaron en el santuario griego de Delfos un indeterminado número de estatuas en recuerdo de aquella victoria naval. En tal localidad se pudo descubrir parte del basamento, de inicios del siglo V a.C., en el que se fijaron las precitadas estatuas con inscripciones alusivas. Años después los etruscos obsequiarían al mismo santuario con una donación en agradecimiento por la victoria obtenida sobre los cartagineses en las Lípari.

7) La batalla naval de Cumas, en la cual los etruscos fueron derrotados por Hierón de Siracusa en el año 474 a.C. La misma fue cantada por el poeta Píndaro *(Odas píticas,* I, 133-142) y recogida por Diodoro de Sicilia (II, 51). Algunos de sus despojos fueron entregados por el vencedor como ofrenda votiva en el templo de Zeus de Olimpia. De ellos han llegado dos yelmos, uno de tipo itálico y otro corintio, con inscripciones de Hierón y de los siracusanos. También fueron entregados trípodes en el santuario de Delfos.

8) Expediciones punitivas del año 453 a.C. por los navarcas siracusanos Failo y Apeles contra las costas de Etruria, áreas que se vieron gravemente dañadas. Aquellas expediciones habían sido motivadas por las correrías de los tirrenos por aguas cercanas a Sicilia. La narración de tales hechos puede seguirse en Diodoro de Sicilia (XI, 88).



Guerrero del monte Falterona. (British Museum, Londres.)

9) La contribución de los etruscos (414-413 a.C.) a la expedición naval de Atenas contra Siracusa. Tal hecho fue recogido por varios autores, entre ellos, Diodoro de Sicilia (XIII, 1) y Tucídides (VI, 88; VII, 53). Por otra parte, en los *Elogia Tarquiniensia* fue recordado *Velthur Spurinna,* quien guió una pequeña flota contra las islas Lípari y luego participó con tres pentecónteras en el asedio de Siracusa.

10) Luchas de Tarquinio Prisco contra los sabinos y algunos territorios etruscos. Las mismas son relatadas por Dionisio de Halicarnaso (III, 51).

11) Luchas de Tarquinio el Soberbio contra Roma (Tito Livio, II, 6-7).

12) La intervención militar de Porsenna, rey de Chiusi, en Roma, de la que llegó a apoderarse (Tito Livio, II, 15).

13) La derrota de los etruscos en Aricia, narrada por Tito Livio (II, 14).

14) Guerras entre Roma, Veyes y Fidenes, que pueden documentarse, asimismo, en Tito Livio (II, 43; IV, 30-34).

15) Las luchas que motivaron la caída de Veyes, cuyas circunstancias son narradas también por Tito Livio (V, 21-22).

16) La conquista por los romanos, entre el 310 y el 308 a.C., de la selva Cimina, región tenida por impenetrable, y situada entre el lago de Bolsena y el *Ciminus lacus* (actual Ronciglione). Tal conquista permitió a los romanos penetrar sin apenas dificultades en la Etruria septentrional.

17) Envío de una flota etrusca, esta vez como ayuda a la Siracusa de Agatocles, asediado por los cartagineses.

18) La ayuda etrusca a la expedición ultramarina africana de Escipión, del año 205 a.C., que, aunque autorizada por el senado romano, hubo de constituirse con tropas de voluntarios y una flota equipada a base de donativos privados. A la misma, ocho ciudades etruscas contribuyeron con sus prestaciones. Todas estas circunstancias fueron detalladas por Tito Livio (XXVIII, 45).

La inmolación de prisioneros

Los etruscos, al igual que otros pueblos orientales o la propia Roma, tuvieron —si se hace caso de algunos autores clásicos— la costumbre de inmolar a una parte o a la totalidad de prisioneros después de victorias militares terrestres o marítimas, sometiéndolos a diferentes suplicios. Aquellas muertes —indudablemente de carácter ritual— se consagrarían a los Manes de los antepasados heroizados del personaje que obtuviese la victoria sobre el enemigo, opinión esta presente y sedimentada en la «leyenda tirrénica» de Mírsilo de Metimna, a la que aludió en su obra Dionisio de Halicarnaso (I, 24).

Valerio Máximo (IX, 2), siguiendo a Virgilio, indicó que los etruscos no fueron menos atroces en la invención de tormentos. Ataban a vivos con cadáveres, disponiéndolos frontalmente, y dejaban que unos y otros se descompusieran. Virgilio en su *Eneida* (VIII, 478-488) adscribe al tirano de Caere, Mezenzio, tal práctica, al señalar que «ataba a los vivos con los muertos manos con manos, boca con boca y así los dejaba perecer con larga muerte en aquel espantoso abrazo, chorreando podredumbre y corrompida sangre».

Uno de los casos más significativos de crueldad se produjo con ocasión de la batalla de Alalia, según se sabe por Heródoto (I, 167). En la misma, y de acuerdo con modernas estimaciones, se hizo presos a unos 3.200 focenses que se repartieron los etruscos y cartagineses. Los 1.600 prisioneros que tocaron a los etruscos fueron conducidos a Agylla (Caere), siendo a continuación lapidados en sus cercanías. G. Colonna propone que lo serían a la altura del actual Montetosto.

A partir de aquel luctuoso hecho, y según Heródoto, «todo cuanto pasaba por el lugar en que yacían los focenses lapidados —fuesen rebaños, bestias de carga o personas— quedaba contrahecho, tullido e impotente». Ante esta circunstancia, claro castigo divino, los caeretanos decidieron reparar su falta, para lo cual no dudaron en acudir a Delfos. Allí, la Pitia les ordenó que en su patria efectuaran espléndidos sacrificios expiatorios y concursos atléticos en honor y memoria de los lapidados.

Quizá el ordenante de la lapidación inspiraría a Virgilio la «construcción» —según M. Gras— del personaje Mezenzio, tirano de Caere, que moriría a manos de Eneas en un duelo singular. No faltan autores (Catón, Macrobio, Varrón, Plinio el Viejo, Festo, Ovidio, Plutarco) que aceptaron la historicidad de tal personaje, envuel-

to en connotaciones de crueldad, ferocidad y desprecio por los dioses. Su tiránica y cruel actuación motivaría la sublevación de su pueblo y la expulsión de su propia ciudad, de donde debió huir a pie al país de los rútulos.

En cualquier caso, la figura de tal tirano, si es que llegó a existir, debe encuadrarse históricamente en un momento del dominio etrusco en el Lacio, a cuyas ciudades les había impuesto pesados tributos que debían pagar en vino. Por ello, Mezenzio sería recordado con posterioridad, en tiempos romanos, con ocasión de las populares fiestas *Vinalia*.

Para M. Gras, y tomando casi literalmente sus palabras, el episodio de la lapidación era aberrante en el mundo etrusco y sólo puede explicarse por referencia al mundo foceo, jonio y cartaginés, inspiradores de tal acto de barbarie.

Si en el relato herodoteo aquella acción tiene un preciso «sabor de delito religioso», la única manera de lavarla de la culpabilidad era la de ser expiada con la institución de «juegos» *(agones)* en honor de los difuntos griegos y con la construcción de un santuario, que quizá los caeretanos alzarían junto al túmulo de Montetosto, lugar del cruento sacrificio y tal vez sepulcro del *pater gentis* de la ciudad, junto al cual se celebraron los ritos sacrificiales expiatorios (M. Torelli). En cualquier caso, la manera de expiar la culpa, retomando el parecer de M. Gras, adoptó claros tintes helénicos.

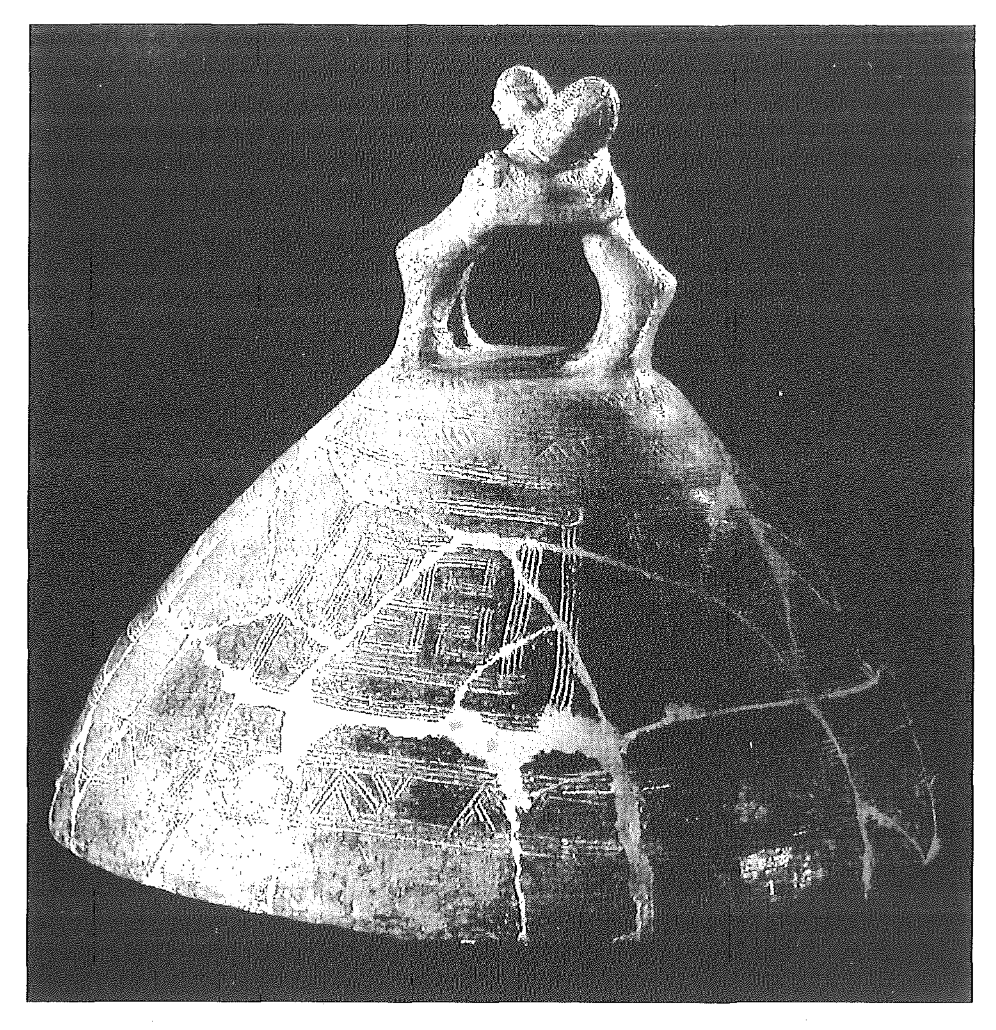
Otro episodio clave lo constituye la masacre de los 307 prisioneros romanos en el foro de Tarquinia en el 358 a.C. Aunque el relato histórico (Tito Livio, VII, 15) no permite profundizar mucho en lo acontecido, sí se puede precisar, siguiendo a D. Briquel, que el verbo utilizado *(immolare)* por el historiador romano tiene un claro sentido religioso. En cambio, para describir la venganza de los romanos, cuatro años después, al vencer a los tarquinienses y asesinar a muchos de ellos, el mismo historiador señaló que los 348 prisioneros llevados a Roma fueron azotados con varas en medio del foro antes de ser decapitados (Tito Livio, VII, 19). Así, cruelmente, los romanos lavaron con sangre la derrota sufrida con anterioridad. No se trató de muertes con connotaciones religiosas, sino simplemente de ejecuciones.

Debe recordarse también, aunque sea de índole literaria, el sacrificio de los prisioneros troyanos efectuado por Aquiles en honor de Patroclo. Aunque tal tema fue raro en el mundo griego, sin embargo tuvo fortuna en Tarento y sobre todo en el Lacio y en Etruria, como puede verse, por ejemplo, en las figuraciones de la *Tomba François*, en el sarcófago «del Sacerdote» *(Tomba Partunu* de Tarquinia), en el *stámnos* falisco del *Captivi Group* de Berlín, en un sarcófago de Torre San Severo en Orvieto, en una urna volterrana y en dos cistas prenestinas, según referencias de M. di Fazio.

La razón del éxito de tal temática tal vez haya que buscarla en la propaganda que hubo de extenderse por el ámbito mediterráneo a finales del siglo IV a.C. con motivo de la conquista de Asia por Alejandro Magno, acontecimiento que de hecho hubo de ritualizar la homérica Guerra de Troya.

Las muertes rituales

Muchos autores clásicos aludieron a la decapitación de los enemigos, en un contexto ritual, por parte de diferentes pueblos de la Antigüedad, entre ellos, escitas, celtas, germanos y, por supuesto, griegos y romanos. Igualmente, se ha querido ver esta práctica entre los etruscos (admitida por la etruscóloga L. Bonfante), principalmente si se analizan en tal sentido las representaciones iconográficas etruscas en las que apa-



Tapadera de urna de *impasto,* con escena de despedida. Museo Arqueológico de Chiusi.

rece el motivo de las «cabezas cortadas», sobre todo presente a partir del siglo IV a.C. y en numerosas urnas chiusinas (sin olvidar, por ejemplo, la *Porta Marzia* de Perugia).

De hecho, el uso de tal práctica —si es que llegó a realizarse— debe ponerse en relación con los contactos mantenidos por los etruscos con los celtas en áreas norteñas, en donde sí se ejecutaban decapitaciones rituales.

Muchas urnas chiusinas, como se ha señalado, están decoradas con elementos alusivos a sacrificios cruentos y a cabezas cortadas, pero tales decoraciones pueden también «leerse» como representaciones míticas de trasunto griego con motivos claramente celtas mejor que como ejecuciones reales llevadas a cabo por etruscos.

En cualquier caso, falta la base documental para sostener la historicidad de las decapitaciones como ritual sacrificial de práctica corriente entre los etruscos.

De igual modo, en conexión con las muertes rituales, la glíptica etrusca, según W. Martini, contiene un rico repertorio de imágenes cruentas, a base de guerreros

que unas veces blanden cabezas cortadas, en otras decapitan a enemigos e incluso matan a mujeres. Ello no quiere decir que los etruscos se comportaran con aquel grado de crueldad, sino que posiblemente desconocidas motivaciones ideológicas y culturales, con referentes míticos propios o helenos (Neoptólemo y Políxena, sacrificio de Ifigenia, cabeza de Orfeo, Hermes Psicopompo, Aulo Vibenna), harían que tales composiciones tuvieran difusión e incluso predilección en Etruria.

Hay que aludir también a las escenas de mutilación *(maschalismós)* y de desmembramiento *(sparagmós),* presentes en algunas gemas y escarabeos, que hacen evocar al Penteo de las *Bacantes* euripideas, a Pélope y Tántalo, a Orfeo, o al mito de Dioniso hecho pedazos por los Titanes, más que llevar a argumentar prácticas reales.

La Arqueología ha evidenciado algunas sepulturas presentes en el interior de las ciudades etruscas (Caere, Fidenes, Tarquinia, por ejemplo), que contravenían con ello las leyes, pues se supone que estaba prohibido enterrar a adultos en áreas urbanas.

En el caso de Tarquinia, se halló en su área urbana la sepultura, fechable en el siglo VIII a.C., de un individuo, probablemente no etrusco y tal vez capturado en algún hecho de armas, muerto de muerte violenta tras haber sobrevivido a castigos corporales. Se trataría asimismo de una muerte ritual.

Existen otras evidencias plásticas etruscas susceptibles de ser evaluadas como muertes rituales, caso —por sintetizar— de las existentes en la decoración de un sarcófago y dos urnas.

El sarcófago, fechado hacia el 300 a.C., proveniente de Tuscania y hoy en Villa Giulia (Roma), presenta en su relieve frontal el entierro de dos personas vivas en presencia de un altar en el cual se hallan el dios *Laran* y la diosa *Turan.* Dos personajes llevan piedras y un tercero acarrea maderos para señalar el lugar del enterramiento. Esta escena ha sido conectada por L. B. Van der Meer con el conocido episodio del entierro, a finales del siglo III a.C., de una pareja —hombre y mujer— de galos y de griegos vivos en el foro Boario de Roma, según recogió Tito Livio (XXII, 57).

Dos urnas (una en Florencia y otra en Bruselas), que constituyen un *unicum* por el tema decorativo, figuran la muerte de un hombre imberbe, apuñalado por la espalda. En la de Florencia la presencia de un sonador de *aulós* y el gesto del ejecutor califican la escena de muerte sacrificial, argumento no tan claro en la de Bruselas, de mayor complejidad interpretativa. En todo caso, estas escenas no serían sintomáticas de prácticas cotidianas. Se podría estar en presencia de un célebre acontecimiento histórico o mitológico nacional etrusco de hombres nobles ofrecidos como víctimas propiciatorias para salvar a la patria y que la memoria posterior no habría dudado en recordar en su iconografía.

Otro hecho de muerte ritual puede seguirse en el relato de Calímaco *(Fragm.,* 93 Pfeiffer) acerca del sacrificio de Teodoto, el más fuerte de los liparenses, inmolado a Apolo en un oscuro episodio de la conquista etrusca de las islas Lípari en época tardoarcaica. No han faltado estudiosos (A. J. Pfiffig) que han negado la historicidad de tal sacrificio; otros (M. Pallottino) han visto en él un acontecimiento en función antietrusca por parte de la propaganda siracusana, propaganda que argumentó aquella muerte como ejemplo de la proverbial crueldad etrusca.

Capítulo VIII

La vida cotidiana y lo inmediato

La vida cotidiana de los etruscos ha podido reconstruirse en sus líneas generales gracias a los numerosos testimonios arqueológicos y artísticos que han llegado hasta nosotros. Sin embargo, es de lamentar que la documentación escrita —que se reduce prácticamente a textos religiosos y funerarios— apenas haya facilitado información para conocer detalles de la vida familiar, social, afectiva o intelectual etrusca.

Este hecho ha impedido a los historiadores analizar y profundizar en la mentalidad, pensamiento y costumbres de aquellas gentes, creídas por griegos y romanos muy diferentes de los demás pueblos y de las que tan sólo destacaban sus rasgos negativos, entre ellos, la molicie y la pereza, en suma, la vida regalada *(tryphé).*

Para Diodoro de Sicilia, que tomó testimonios del viajero Posidonio de Apamea, los etruscos debían su *dolce far niente* a la riqueza de su territorio. Banqueteaban —dice en su *Biblioteca Histórica* (V, 40)— dos veces al día, comían en lujosas vajillas de metales preciosos, se vestían con mantos bordados de flores, se hacían servir por un considerable número de esclavos y se complacían en no pocas delicias afeminadas. Algo parecido, e incluso más exagerado, sostuvo el escritor griego Ateneo de Naúcratis, que en sus *Dehipnosophistai* (XII, 14, 517d-518b) dio crédito a lo que había escrito el también historiador griego Teopompo de Quíos, del siglo IV a.C.

Estas afirmaciones, en parte, tienen comprobación arqueológica, tanto en los restos materiales que han llegado como en el repertorio figurativo ornamental que aparece en numerosísimas tumbas (caso, por ejemplo, y por citar sólo una, de la *Tomba Regolini-Galassi,* de Caere).

Lamentablemente, el cuadro final de la vida etrusca siempre será incompleto, dada la carencia de información que se posee alusiva a las clases inferiores.

La familia

Los etruscos tenían como base social la familia *(lautn),* semejante, en general, a la griega o a las itálicas (umbros, oscos, latinos). Estaba constituida lógicamente por los esposos *(tusurthi);* hay que decir que el padre era llamado *apa* y la madre *ati.* La mujer o esposa recibió el nombre de *puia,* pero se ignora el nombre etrusco de «marido», pues no se ha hallado todavía tal acepción en los textos etruscos.



Espejo con escena familiar. (Ny Carlsberg Glyptotek, Copenhague.)

El gobierno de la familia, según R. A. Staccioli, era prerrogativa del *paterfamilias* y la descendencia de los hijos era patrilineal. La mujer, con el matrimonio, entraba a formar parte de la familia del marido, en cuyo contexto gozaba de una posición de particular dignidad y respeto y de una relativa autonomía, revelada por la conservación de su nombre de origen y la mención del mismo junto al del marido en la fórmula onomástica de los hijos (patronímico y matronímico).

Completaban la familia los hijos *(clan)* e hijas *(sec);* en no pocas ocasiones estaban incorporados a ella los abuelos *(ati nacna* = abuela; *papa* = abuelo), los nietos *(nefts)* y, por supuesto, los esclavos *(lethe)* y aun los libertos *(lautni),* cuyo número dependió de la riqueza de sus dueños y de las contingencias histórico-sociales.

Habida cuenta de que la duración de la vida del etrusco, según los *Libri fatales,* Varrón y Censorino, escritor romano del siglo III de nuestra era, se cifraba en doce hebdómadas (12 × 7 = 84 años), se ha sostenido que finalizada la segunda hebdómada, esto es, a los catorce años, tendría lugar el paso del niño a la mayoría de edad, momento en que adquiriría la plena capacidad militar y política —quizá no la jurídica—, pasando así a integrarse en la vida pública, como evidencia la inscripción del joven *Vel Zimarus* (TLE, 907; ET, Vc 1.56), quien ya a los catorce años había sido designado *zilath eterav* en Vulci.

La filiación personal

Los hijos e hijas tomaban su gentilicio o *nomen* de los padres, esto es, lo que para nosotros hoy en día es el «apellido», al que anteponían su nombre personal *(praenomen)* y le posponían un *cognomen* o sobrenombre. Muchos de los gentilicios etruscos, como ha señalado M. Torelli, se crearon a partir de la onomástica divina. De este modo, *Cilnei* derivó de *Cilen, Velchas* de *Velch(a), Tivs* de *Tiv, Uselnas* de *Usil, Nurtisen* de *Nurtia, Pethnas* de *Peth(a)n, Calunei* de *Calu, Unas* de *Uni, Turmnas* de *Turms,* y así sucesivamente. También, por supuesto, de una derivación patronímica *(Marcena* de *Marce)* o étnica *(Velthrite* de *Velathri).*

Junto a estos datos de filiación, que testimonian una clara individualidad jurídica singular, solían añadir en primer lugar el patronímico o nombre personal del padre y a continuación el matronímico, el de la madre. A veces, aparecía incluso el nombre de la abuela. Debe advertirse que las inscripciones griegas y las latinas (salvo

algunas bilingües etrusco-latinas y unas pocas latinas de época imperial halladas en Etruria) no incluyeron el nombre matronímico.

La aparición de la onomástica etrusca fue un hecho relativamente reciente, tras haberse consolidado una primitiva onomástica bimembre tan sólo a partir del siglo VII a.C. (epigrafía de Caere). En los siglos siguientes, dada la capacidad generativa de las familias, se adoptarían los restantes nombres.

Ejemplos de onomástica plurinominal etrusca podrían ser: *Arnt Hele Velus Remthal,* que equivale a «Arunte Elio (hijo de) Velio y de Ramizinia»; o *Larth Arnthal Plecus clan Ramthasc Apatrual,* es decir, «Lars, hijo de Arunte Pleco y de Ramza Apatronia». Otra fórmula onomástica más completa sería *Laris Tarnas Velus clan Ramthac Matunial Herma,* que se podría traducir como «Laris Tarna Herma, hijo de Vel y de Ramza Matuni». En este caso, *Laris* es el nombre personal, *Tarna* el nombre de la *gens* a la que pertenecía Laris, *Herma* identifica el sobrenombre, mientras que *Vel* es el patronímico y *Ramza Matuni* el matronímico.

En algunas fórmulas onomásticas femeninas pueden aparecer algunas peculiaridades, como la falta del nombre propio *(Marcnei pethnal sec* = «Marcnei, hija de Pethnei») o la presencia del gamonímico, esto es, el gentilicio del esposo con el apelativo *puia,* «esposa». Por ejemplo, *Thana Arntnei Tutnal Vl Papšla puia,* que equivale a «Thana Arntnei (hija de) Tutni y de Vel (el padre), esposa de Papasa».

Dado que entre los romanos y, por supuesto, entre los griegos se omitía el nombre de la madre —tenían uno solo, el gentilicio—, la presencia del mismo en la onomástica etrusca (el matronímico fue, sin embargo, raro en Volsinii y Caere) hizo pensar en la existencia de un matriarcado, presunción que, mantenida y aplicada a los etruscos por el alemán J. J. Bachofen en su célebre obra *Die Sage von Tanaquil* (Heidelberg, 1870) —contestada por L. Euing—, no ha podido ser demostrada por otras fuentes.

Todo lo más puede admitirse, como hace J. Heurgon, ciertos «rasgos de matriarcado y de ginecocracia», cuyos ejemplos se podrían centrar en las actuaciones de poder de Tanaquil y de Tulia, dos influyentes mujeres etruscas.

Finalmente, en el caso de los *lautni* y *lautnitha* o personas manumitidas a partir del año 90 a.C., su onomástica consistía en el nombre personal, seguido del nombre del patrono en genitivo (que sustituía al del padre del manumitido) y del gentilicio de su patrono junto al apelativo de su condición *(lautni/lautnitha),* ahora ya con el valor de liberto o liberta. Así, *Thana titi vescuś lautnitha,* es decir, «Thana Titi, liberta de Vescu».

En el caso de los esclavos, las fórmulas onomásticas eran muy simples: nombre individual, el gentilicio del patrono en genitivo y el apelativo *lautni* o *lautnitha,* que antes del 90 a.C. equivalían a «esclavo», «esclava». Por ejemplo, *Thana pumpnaś lautnitha,* «Thana, esclava de Pumpna». También, a veces, era suficiente sólo el nombre individual y el del dueño *(Antipater cicuś* = «Antipater [esclavo de] Cico»).

Un reciente libro de J. Hadas-Lebel (2004) analiza numerosísimos elementos onomásticos presentes en la epigrafía etrusca y en la epigrafía latina de Etruria a partir de los cuales ha estudiado la problemática del bilingüismo etrusco-latino que se dio en los territorios de civilización etrusca, luego dominados por Roma. Los *praenomina* latinos, presentes en la onomástica etrusca, los gentilicios, los *cognomina* y apelativos antropónimos etruscos, así como las influencias latinas sobre el formulario etrusco autóctono, entre otros contenidos, son magníficamente estudiados por el precitado autor, al cual nos remitimos.

Comentarios malévolos

Tampoco son ciertos los comentarios que circularon durante la Antigüedad clásica acerca de las costumbres promiscuas e inmorales de las familias etruscas, maledicencias propaladas por los historiadores griegos Teopompo y Timeo. A tales autores les chocaba la presencia de la mujer etrusca en los actos públicos, su asistencia a banquetes en los que bebía recostada en triclinios al lado de los hombres, o en ceremonias religiosas y espectáculos, cosa impensable, en aquellos tiempos, en una mujer griega o romana que se preciase de respetable ama de casa.

El citado Teopompo en el libro 43 de sus *Historias* (FGH, 114F 204), transcrito por Ateneo de Naúcratis en sus *Dehipnosophistai,* no dudó en decir que los tirrenos criaban a todos los niños que venían al mundo, aunque no se supiera quién había sido el padre de cada uno. Timeo, por su parte, indicó en el Libro I de su *Historia* (FGH, 566F 1) que las muchachas esclavas etruscas servían a los hombres totalmente desnudas.

Por su parte, el poeta cómico Plauto *(Cistellaria,* II, 3, 20 y ss.) declaraba, en referencia a una prostituta y un burdel, que las mujeres etruscas conseguían sus dotes comerciando con sus encantos, extrapolando palabras de Heródoto y retomando así lo dicho por Teopompo, quien no dudó en sostener que las etruscas, cuando se hallaban en los triclinios, no se situaban junto a sus maridos, sino al lado de quien consideraran conveniente.

Todas estas «leyendas», como ha señalado R. A. Staccioli, se habían elaborado ante la evidencia de la relativa autonomía y dignidad jurídica de que gozaron las mujeres etruscas, circunstancias que no se daban en las griegas ni en las romanas.

El matrimonio y la boda

Dada la carencia de datos documentales, se ignora todo lo concerniente al matrimonio y a sus requisitos legales. No obstante, se puede pensar, si nos fijamos en Roma, que Etruria conocería dos tipos de matrimonio: uno legal, parecido tal vez a lo que entre los romanos era la *conventio in manum,* esto es, la entrada de la mujer en la familia del marido, y otro libre o *sine manu,* que duraría mientras así lo acordasen los dos esposos y que se disolvería ante la separación personal de ambos.

Del primer tipo tenemos referencias arqueológicas relativas no sólo a los días anteriores a los esponsales, sino también a la ceremonia. Así, gracias a los magníficos relieves del sarcófago de Sperandio —que ya citamos—, hallado en un hipogeo de Perugia, si bien labrado en Chiusi hacia el 500 a.C., conocemos —según la interpretación de F.-H. Massa-Pairault— el viaje de una joven esposa a la casa de su marido. Precedida por un grupo de servidores encadenados (seguramente esclavos) que portan el equipaje, la mujer se despide de su padre alzando su mano. Tras ellos una serie de personas la acompañan en cortejo conduciendo mulas con bienes y un rebaño de ovejas y bueyes, todo ello perteneciente a su dote.

Alusiones a la dote matrimonial y a intercambios de presentes pueden verse en las figuraciones del espaldar del *trono de Verucchio* (Rímini) —hoy en el Museo Civico de Bolonia—, hecho de madera y bronce y localizado en una tumba principesca

de la necrópolis de Podere Lippi, de la mitad del siglo VII a.C. o poco antes. Si bien la interpretación de las cinco escenas que aparecen plasmadas presenta graves dificultades, la escena de la partida nupcial de una mujer en un carro de cuatro ruedas hace del trono una pieza que ha de incluirse en el ámbito del mundo femenino. Para M. Torelli, quien considera este trono lígneo como un *unicum,* las escenas se hallan ambientadas en los confines de un territorio, en donde se efectúan intercambios de bienes de naturaleza matrimonial, centrados en tejidos.

Asimismo, por un mojón de arenisca de Chiusi, sabemos de un cortejo que se dirige hacia la casa de los futuros esposos, quienes se hallan ante la puerta, debajo de un baldaquino, en compañía de otra persona que toma el brazo a la novia y hace actitud de entregarla al novio. Luego, mediante la unión de las manos derechas de ambos cónyuges *(dextrarum iunctio),* el matrimonio recibía sanción legal.

Un ejemplo de esta unión de manos se halla figurado en el relieve de un sarcófago de un sepulcro vulcente de Ponte Rotto (hoy conservado en el Museum of Fine Arts de Boston), fechable entre el 375 y el 370 a.C., que recoge la escena de un matrimonio. Aún era exigible una última ceremonia, que también conocemos por una pequeña urna hallada en Chiusi. Consistía ésta en el rito de la cobertura nupcial de los esposos con un velo y con una corona dorada, símbolos de la futura vida en común.

Debemos suponer que el día de la boda sería fijado de acuerdo con presagios favorables, extraídos de los sacrificios dispuestos al efecto, evitándose los días y meses de malos augurios. En fechas previas a la ceremonia, la novia sería —si nos hemos de guiar por las posteriores costumbres romanas— consagrada a una divinidad. Llegado el día propicio, la novia acudía a la casa de su futuro marido engalanada con sus mejores ropas y conducida en un carro lujosamente ataviado. Un sarcófago de piedra, procedente de la *Tomba dei Sarcofagi* de Caere y hoy en el Museo Vaticano, recoge en su decoración relivaria un cortejo nupcial, pero a pie. Lo abren diferentes músicos y un personaje portando el *lituus;* detrás de la pareja marital se hallan un joven y una biga «de parada», conducida por un cochero.

Antes de la entrega de la novia a su futuro marido y después del gesto de la mujer de abrirse el velo que le cubría la cabeza (y que recordaba la *anakalypsis* griega), tal y como puede verse en una lastra de Murlo, tendría lugar, muy probablemente, un banquete nupcial, tras el cual se procedería a las ceremonias de carácter legal.

Se ignora qué ocurría en caso de un futuro repudio o divorcio, actos a los que los romanos dieron excepcional importancia. Tampoco se conocen las particularidades y requisitos que se exigían para unas hipotéticas segundas nupcias tanto del hombre como de la mujer. Lo que sí parece cierto es que la mujer etrusca poseía una capacidad jurídica idéntica a la del hombre, pudiendo por ello poseer bienes propios.

El amor conyugal

Los testimonios más fehacientes del amor conyugal de los etruscos deben buscarse en las representaciones plásticas de las parejas presentes en algunas pinturas murales —muchas de época arcaica, figuradas con la familia al completo—, en diferentes tapaderas de sarcófagos y urnas cinerarias, piezas fabricadas tanto en terracota como en variados tipos de piedra, y en no pocos espejos de bronce.

En el caso de las pinturas, es de notable expresividad la representación de los esposos *Velcha* en la tarquiniense *Tomba degli Scudi,* quienes, sentados ante una mesa



Tapa del sarcófago de *Ramtha Viśnai.* Vulci. (Museum of Fine Arts, Boston.)

provista de viandas y frutas, en un ambiente de tristeza, no exento de un verdadero amor conyugal, parecen aguardar una vida mejor en el otro mundo.

Son mundialmente conocidos los dos famosos sarcófagos, llamados «de los esposos», descubiertos en Cerveteri (Caere) en el siglo pasado, labrados en terracota y fechables alrededor del año 530 a.C., hoy verdaderas piezas maestras, respectivamente, de los Museos del Louvre y de Villa Giulia. Un tercer sarcófago, en los fondos del British Museum, con temática idéntica es, por el contrario, totalmente falso.

Figuradas medio extendidas sobre un lecho *(klíne)* —recordando la disposición adoptada en vida durante los banquetes—, las indicadas parejas, unidas para la Eternidad en tales obras de arte, reflejan muy a las claras —en opinión de algunos estudiosos— el amor que se habían manifestado en su paso por la tierra.

No tan divulgados, pero también de indudable calidad e interés, a pesar de cierta inexpresividad plástica, son otros dos sarcófagos, de hacia el 350 a.C., procedentes de Vulci, que se trabajaron en piedra caliza, correspondientes uno a una tal *Ramtha Viśnai* y a su esposo *Arnth Tetnie,* y otro a su hijo *Larth Tetnie* y a la esposa de éste *Tanchvil Tarnai.* Ambos ejemplares se hallan en el Museum of Fine Arts de Boston.

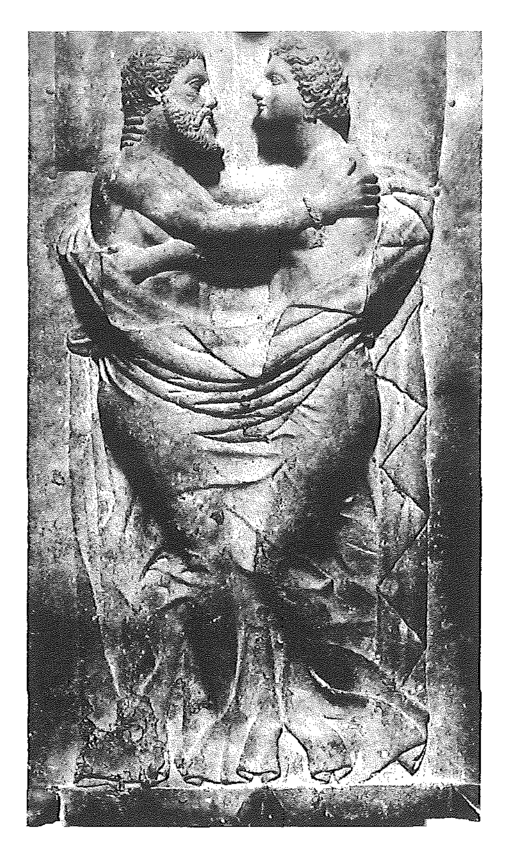
En los dos casos, los esposos, sobre una *klíne,* abrazados desnudos y bajo el mismo manto —una gran *tébenna,* símbolo del matrimonio, según M. Pallottino— y confortándose mutuamente, parecen rememorar los días de felicidad que vivieron en vida, si bien la preocupación latente en sus rostros deja entrever el temor al Más Allá. L. Bonfante se ha planteado la pregunta de si el desnudo de ambas parejas sería propio de la intimidad del matrimonio o bien si debe entenderse como una especie de heroización, dado que ambos matrimonios fueron representados siguiendo la moda griega, pero en un esquema plástico nunca empleado por el arte griego.

De menor calidad artística, si bien con los mismos planteamientos conceptuales —pareja nupcial sobre el *lectus genialis,* desnudos bajo un amplio manto—, es la tapa-

dera del sarcófago de piedra de unos esposos que pertenecieron a la *gens* de los *Cilnii* de Arezzo.

Además de estos ejemplares se conocen otros, en los que las parejas recostadas, esbozando su clásica sonrisa etrusca, desafían al tiempo con la eternidad de su amor conyugal. Esta imagen idílica no siempre fue así, pues en el *Tumulo della Pietrera* de Vetulonia, por ejemplo, la cámara fue reservada para sepultar a los hombres, relegando a las mujeres a fosas periféricas.

En cuanto a espejos con representación de parejas de esposos, baste citar el magnífico ejemplar conservado en la Ny Carlsberg Glyptotek de Copenhague, en el que aparece un hombre sentado que recibe las dulces caricias de su esposa, la cual ha hecho un alto en su labor de hilado. La escena se complementa con la presencia de un joven, sin duda, el hijo de ambos.



Sarcófago de *Larth Tetnie.* Vulci. (Museum of Fine Arts, Boston.)

El erotismo etrusco

Los autores griegos y también en parte los latinos vieron en la sociedad etrusca, según se dijo, un cúmulo de licencias y excesos de todo tipo que los llevó a catalogarla como desprovista de moral, sometida a todo tipo de vicios e indecencias. Acerca de este asunto, J. Martínez-Pinna ha señalado que en las fuentes literarias «el hombre [etrusco] es presentado como un individuo gordo, vago, poco industrioso, entregado a los placeres del cuerpo y con clara tendencia hacia una debilidad afeminada, mientras que la mujer ofrece una imagen de lascivia y de desvergüenza, [constituyendo], en definitiva, un ser peligrosamente libre».

De hecho, la realidad no hubo de ser tan exagerada como la maledicencia de determinados escritores clásicos la mostraron. En efecto, las mujeres etruscas gozaron de determinadas libertades personales. En consecuencia, banqueteaban, bebían y asistían a los juegos, al igual que los hombres y mezcladas entre ellos, acciones todas impensables en las mujeres griegas, con excepción de las *hetairai,* muy próximas a las prostitutas. Por ello no es de extrañar que para los griegos la mujer etrusca y la prostituta ateniense fuesen equiparables en usos y libertades.

Para determinados autores latinos, los criterios eran similares, si bien no tan radicales; sin embargo, también consideraron que las mujeres etruscas siempre habían sido algo libertinas, hallándose en virtudes personales muy lejos de las matronas romanas. Quizá el relato que mejor diferencie a la mujer etrusca de la romana lo facili-

te Tito Livio (I, 57) al contraponer en tiempos de Tarquinio el Soberbio los distintos comportamientos de las respectivas esposas de Sexto Tarquinio y Lucio Tarquinio Colatino, romano, una —etrusca— entregada al banquete y a los placeres *(in convivio luxuque cum aequalibus)* y otra —romana—, de nombre Lucrecia, recogida en sus aposentos, dedicada al hilado de la lana y velando con sus sirvientas *(sed nocte sera deditam lanae inter lucubrantes ancillas).*

El arte etrusco no dudó en recoger escenas que, de alguna manera, testimoniaban la vida de placeres y de lujos sensuales de que se rodearon. Dichas escenas pueden evaluarse, en el campo del erotismo, como el testimonio de unas costumbres cotidianas muy libres de la aristocracia, sin más, o bien verlas inmersas en contextos de contenido simbólico, religioso e incluso trascendente, asociándolas a principios fecundadores y vivificadores.

Una clara implicación erótica y sexual puede verse en el *stámnos* de bronce laminado, de la necrópolis de Olmo Bello de Bisenzio (hoy en el Museo de Villa Giulia, de Roma), del siglo VIII a.C. —al que ya aludimos—, en cuya tapadera se ven ocho personajes desnudos itifálicos en torno a un ser monstruoso con extremidades palmípedas, y por debajo, en los «hombros» del mismo recipiente, a otros cinco guerreros, también itifálicos, participando en lo que parece una danza guerrera junto a otras figuras, todo ello en el contexto de ancestrales ritos asociados a la muerte y a la agricultura.

Al mismo siglo se adscribe el famoso *carrito broncíneo* de la tumba 2, perteneciente a una *regina,* de la necrópolis de Olmo Bello de Bisenzio (y asimismo atesorado en el Museo de Villa Giulia). Entre sus escenas ornamentales existe una de indudable carácter erótico, que alude a ritos de sexualidad y fecundidad. La misma tiene como sujeto a un guerrero con yelmo y lanza que toca el seno a una mujer al tiempo que ésta lleva su mano hacia el falo del hombre, acción desarrollada en presencia de un muchacho.

Otra pieza erótica, que perteneció a algún objeto mobiliario, es el *Grupo de bronce* de la Costiaccia Bambagini, de Vetulonia —hombre y mujer—, fechado a inicios del siglo VII a.C. (hoy en Florencia), con los órganos sexuales muy acentuados. La nota (¿grotesca?, ¿simbólica?) la facilitan los rostros monstruosos y vagamente simiescos de las dos figuritas y el hecho de hallarse encadenadas.

Una doble escena de relaciones heterosexuales, que creemos no encierran ninguna relevancia simbólica, se representó en la pequeña *oinochóe* de Tragliatella, de finales del siglo VII a.C. En su interesante repertorio decorativo inciso, objeto de muchas teorías y comentarios, aparecen dos parejas realizando un *symplegma,* sin ningún tipo de connotación hierogámica. De hecho, todo el conjunto describe, al parecer, un ritual funerario en honor de una mujer llamada *Thesathei,* dispuesta a partir al Más Allá por vía marítima (su esposo hubo de ser un jefe guerrero y un navarca al mismo tiempo).

Un ánfora de figuras negras, hoy en el Museo de Wurzburgo, y un *píthos,* hallado en Barbaro Romano —ejemplares fechables en el siglo VI a.C.—, se ornan también con escenas de contenido sexual, al igual que algunas ánforas del *Pittore di Paride* (Museo del Louvre) en las que se representan sátiros de erectos penes. En el relieve de un sarcófago de Chiusi, asimismo del siglo VI a.C. (hoy atesorado en el museo antes citado), aparece una escena orgiástica, en la que se ve a tres parejas —formadas respectivamente por un Sileno y una mujer— que, al ritmo de la música de un cuarto Sileno, mantienen relaciones sexuales, variando el carácter de las mismas según las parejas.

Asimismo, composiciones de muy diferente contenido erótico aparecen figuradas en los espejos, en los que los divinos amantes, a veces, se hallan rodeados de otras figuras, unas veces dioses, otras Erotes o Lasas singularizados con sus nombres propios *(Thalna, Achviz, Zipna, Mean, Thanr).*

Algunos *symplegmata* consisten en besos, como los de *Atmite* y *Alcestei* del espejo de Civita Castellana (hoy en el Metropolitan Museum de Nueva York) y de *Acaviser* y *Turan* del espejo de Corchiano. La escena de este último, estudiada por L. Ambrosini, encierra en realidad un relato ya cantado en la *Odisea* (VIII, 267-366) y muy difundido por Etruria: el aviso que *Uslanes* transmite a su señor *Sethlanś* acerca de la infidelidad de su esposa *Turan.* En el espejo aparece *Sethlanś,* que, al salir de su taller con la rueda de fuego que está fabricando para el malvado *Ixion,* sorprende a su esposa en el acto de besar a *Acaviser.*

En algunos casos, las representaciones dejan incluso ver relaciones incestuosas, sugeridas por la pareja *Fufluns-Semla* (Dioniso-Sémele), hijo y madre en la mitología tradicional, que aparecen, en ocasiones, en actitudes claramente lascivas, caso de un notabilísimo espejo de Vulci, de mediados del siglo IV a.C., hoy en Berlín.

Por otra parte, en un espejo de Preneste, se figura una escena báquica en la que participan dos Silenos y un sátiro itifálicos, junto a una mujer semidesnuda, recostada en una *klíne.* En otro, de la misma localidad, aparece el sileno Marsias totalmente desnudo y un pequeño Pan, de erecto falo, danzando frente a una gran copa. En un tercero, de procedencia desconocida, se figura a un *voyeur* dispuesto a contemplar las relaciones sexuales de una pareja. En un cuarto, hoy en Nápoles, aparece otra representación amorosa, si bien interpretada de diversas maneras: para unos, se trataría de una relación heterosexual; para otros, de una escena de lesbianismo. Por otro lado, el hecho de que una de las figuras porte en su mano una especie de cinturón ha motivado que haya sido vista como una relación sadomasoquista. Este tipo de relación aparece también en la *Tomba della Fustigazione* de Tarquinia, del siglo V a.C., llamada así por el tipo de las escenas eróticas en ella figuradas. Una de las mismas recoge a una mujer, adornada tan sólo con un *tutulus,* que es penetrada y azotada a un tiempo por un hombre.



Espejo con escena de *toilette* femenina. (Staatliche Museen, Berlín.)

Numerosísimas fueron las representaciones de mujeres etruscas desnudas, ambientadas en escenas de baño, aseo personal y banquetes, demostrando así la ausencia de un sentimiento de pudor ante la desnudez.

Por su parte, algunas de las sítulas paleovénetas recogieron también escenas eróticas, sin duda, siguiendo modelos etruscos.

Muchas de las composiciones eróticas deben conectarse con el mundo de

ultratumba. Al aparecer, al estar figuradas en el interior de las tumbas pueden interpretarse como una contraposición entre la muerte y los placeres carnales de la vida terrena. Un ejemplo podrían constituirlo las dos escenas de *symplegma* que aparecen en los arquitrabes de la *Tomba dei Tori* de Tarquinia, del siglo VI a.C.: una, de carácter homosexual, y otra, más compleja, figurada a modo de un verdadero *ménage à trois.* J. P. Oleson conectó las pinturas de esta tumba con la mitología griega.

Cierto significado dionisíaco puede verse en el curioso motivo del «falo que vuela», pintado en la *Tomba del Topolino* y en la *Tomba delle Olimpiadi,* ambas en Tarquinia, y cuyo significado ha sido estudiado por M. Detienne y Fr. Lissarague. El motivo del falo, por otra parte, sería muy común en los bronces eróticos romanos.

Una estatuilla de bronce, acéfala, hallada en Paterno, localidad próxima a Vallombrosa, y hoy en Florencia —estudiada hace años por M. Buffa—, pudo representar a una divinidad fálica etrusca, de nombre desconocido (M. Buffa pensó en *Cath).* Tal estatuilla figura a un joven con los pies desnudos, cubierto con manto que le deja libre el hombro derecho y portando en la palma de su mano izquierda (la derecha falta) el órgano sexual masculino. Que sepamos, el culto a Príapo —divinidad griega, hijo de Dioniso y Afrodita— estuvo muy poco arraigado en Etruria, dada la escasez de elementos conectados con tal divinidad que se han encontrado, si bien pueden señalarse, entre ellos, el amuleto fálico que porta al cuello la dama *Larth Tartinaia,* un falo de bronce con la palabra *Vi,* y una estatuilla itifálica broncínea de Florencia. Esta estatuilla fue entregada como don por un tal *Arnth Alitle Pumpus,* según la inscripción que aparece en la misma.

Los etruscos tampoco dudaron en representar escenas homosexuales masculinas, cuyo mejor ejemplo se halla en la tarquiniense *Tomba delle Bighe* (calcos de O. M. von Stackelberg), en donde se ve a dos jóvenes manteniendo una relación en las tribunas desde las que diferentes espectadores observan unas pruebas atléticas.

También una escena de la *Tomba della Caccia e della Pesca,* de Tarquinia, existente en la pared del fondo de la primera cámara, que figura a dos caballeros regresando de una partida de caza (uno, vestido; otro, totalmente desnudo), puede interpretarse en clave de relación erótica entre ambos personajes. La presencia de una liebre, como presa, acude en favor de tal supuesto, dado el significado que dicho animal tenía en las representaciones griegas alusivas a amores masculinos.

Finalmente, recogemos la pareja de hombres, de diferente edad, que sobre una *klíne* y con los torsos desnudos, se están acariciando, composición de significado homosexual presente en las pinturas de la *Tomba della Quadriga Infernale,* descubiertas no hace mucho en Pianacce (Sarteano).

Las maledicencias de Teopompo

El escritor griego Teopompo de Quíos, a quien ya se ha citado, y a quien Cornelio Nepote calificó de *maledicentissimus scriptor,* no dudó en presentar a los etruscos como gente disoluta, licenciosa e indecente. Tan exagerados fueron, en general, sus comentarios, que algunos autores clásicos, Polibio entre ellos, no dudaron en calificarlo de calumniador.

He aquí recogido uno de sus más célebres pasajes acerca de tal asunto, en la versión que del mismo hizo Ateneo:

Teopompo, en el libro XLIII de sus «Historias», dice que era costumbre entre los tirrenos poseer a las mujeres en común. Las mujeres procuraban gran cuidado a su cuerpo y a menudo hacían gimnasia incluso con hombres, aunque a veces también entre ellas; no es una deshonra que las mujeres se muestren completamente desnudas. Además banquetean no con sus propios maridos sino con cualquier hombre, y brindan a la salud de quien quieren. Son grandes bebedoras y tienen buena presencia.

Los tirrenos crían a todos los niños que nacen sin saber quién es el padre de cada cual; éstos siguen, a su vez, el mismo modo de vida de quienes los han educado, embriagándose a menudo y uniéndose a todas las mujeres. No es vergonzoso para los tirrenos mostrarse en público haciendo «algo» [el acto sexual] e incluso sufriéndolo, pues se trata de una costumbre de su país.

Tan lejos están de concebir esto como indecoroso, que cuando el dueño de la casa está entregado al amor y alguien pregunta por él, se le dice que está haciendo esto o aquello, llamando al acto por su indecente nombre.

Cuando están reunidos entre amigos o familiares, actúan de la siguiente forma: una vez que han cesado de beber y se disponen a retirarse, los esclavos les llevan, mientras las lámparas están todavía encendidas, bien prostitutas, bien hermosos muchachos o incluso mujeres casadas, y cuando han disfrutado de éstos, los esclavos hacen entrar robustos jóvenes, quienes, a su vez, se unen unos con otros. A veces hacen el amor a la vista de todos, pero más frecuentemente sitúan alrededor de los lechos unas mamparas de celosía, sobre las que echan sus ropas. Ellos se unen a las mujeres con gran placer, pero también gozan con niños y adolescentes; en su país estos últimos tienen muy buena apariencia, pues viven en el lujo y conservan sus cuerpos lisos [...]. También entre los tirrenos existen muchas tiendas con especialistas similares a nuestros barberos. Cuando entran allí, se ofrecen sin reservas, no importándoles si están frente a espectadores o transeúntes.

Evidentemente, estas apreciaciones son exageradas, aun cuando pudiera existir un fondo de verdad. En cualquier caso, tales costumbres nunca permanecieron estáticas, sino que se adecuaron a los cambios sociológicos.

En los primeros siglos de historia etrusca, la mujer —según han revelado los ajuares de las tumbas— hubo de ser recatada, destacando en su función de madre, dedicada por entero a sus hijos (los ejemplares etruscos de *mater lactans* así lo testimonian, caso del ejemplar votivo de terracota de Caere, hoy en el British Museum), a su familia, a gestionar los bienes domésticos y a sus trabajos hogareños *(tintinnabulum* de la *Tomba degli Ori).* Sin embargo, es verdad que pronto, bajo el efecto del bienestar económico y la concentración del poder y de la riqueza en unas pocas manos, la mujer etrusca comenzó a «salir de las paredes domésticas», en expresión de A. Rallo, y participar en banquetes y procesiones, mostrándose así en público, incluso subida en bigas, o asistiendo a espectáculos públicos (juegos atléticos). Luego, con el devenir de nuevas situaciones sociopolíticas, la mujer volvió a atender su hogar, complaciendo a su marido (espejo de Copenhague), a amamantar a sus hijos (tema de la *mater lactans,* antes aludido, en un quemaperfumes de Tarquinia, del siglo IV a.C.) y a educar a sus hijos (urna de terracota de Chiusi).

Sea como fuere, la carencia de testimonios literarios nos impide conocer la exacta posición y el grado de libertad de la mujer en la sociedad etrusca, cuyas «conquistas sociales» se remontarían, sin duda, a tiempos antiquísimos, siendo residuo del estado de cosas que había prevalecido en las civilizaciones mediterráneas de tipo agrario antes de la llegada de los indoeuropeos. Luego, al contacto con las culturas



Peine de marfil. Marsiliana d'Albegna.

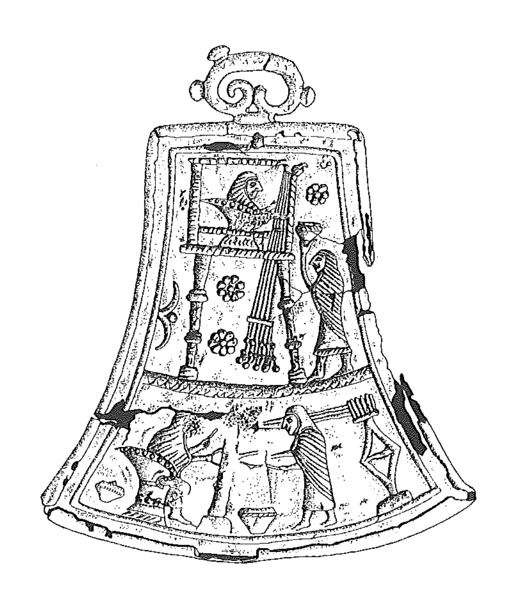
itálicas, en las que el hombre tenía prioridad jurídica y política, es probable que la mujer etrusca hubiera perdido alguna de sus prerrogativas (A. Hus). En todo caso, su situación personal fue superior a la de las mujeres griegas y latinas.

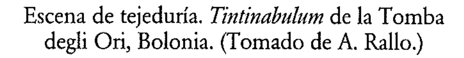
Respecto al hombre etrusco, debe indicarse que su vida sexual y afectiva se desarrolló de modo muy parecido a lo que era corriente en las costumbres orientales y griegas de sus coetáneos.

Los vestidos y el peinado

Los monumentos figurativos, en concreto las esculturas y pinturas, permiten conocer con detalle el vestuario etrusco, que estuvo influido muy directamente por el mundo oriental y el griego, cuyos patrones acabaron por imponerse en las gentes de casi todas las ciudades etruscas.

Las condiciones climáticas (entre ellas, el frío, el excesivo calor y la lluvia) motivaron el uso obligado entre mujeres y hombres de parasoles, como el de Tarquinia, con varillas y mango de hueso, de túnicas y mantos, así como de calzado, prendas todas muy semejantes y que realzaron con vivos colores. El paso de los siglos motivó que las modas en las prendas de vestir fueran variando, haciéndose siempre más sofisticadas, según se puede apreciar en las decoraciones presentes en numerosos espejos de bronce, urnas y sarcófagos.





Escena de tejeduría. *Tintinabulum* de la Tomba degli Ori, Bolonia. (Tomado de A. Rallo.)



Peinado femenino. (Museo Arqueológico, Chiusi.)

Así, en el período orientalizante la decoración de una urna bicónica de Caere presenta a una pareja vestida con mucha sencillez. El hombre va con *perizoma* y una *cintura* de tipo villanoviano, y la mujer, que le acaricia amorosamente el mentón, lleva largo vestido que cubre a una túnica íntima, al tiempo que va peinada con una larguísima trenza, moda entonces ya tradicional. En el orientalizante tardío, una *olpe* etrusco-corintia presenta similar decoración.

Para aquel período se detectan modas provenientes tanto de Oriente como de Grecia, según puede verse en las estatuas sedentes que han llegado y que muestran a los personajes cubiertos con largos vestidos y mantos decorados con cuadros.

Un *tintinnabulum* de bronce (11,50 cm de altura), fechable en el 600 a.C. o un poco antes, localizado en la *Tomba degli Ori,* en Bolonia, contiene una decoración singular, muy interesante para conocer el proceso del hilado de la lana y de la elaboración de los tejidos. En su superficie, según la restauración y estudio de C. Morigi Govi, aparecen mujeres efectuando las faenas de cardado, hilado y tejido. La novedad de esta pieza radica en ser la única que nos ha transmitido la imagen de un telar etrusco de dos pisos, tipo que se precisaba para tejer los largos *chitones.*

Asimismo, el *trono de Verucchio,* hallado en una tumba principesca de tal enclave etrusco, sito en territorio umbro —y al que anteriormente se ha hecho referencia—, presenta una interesante decoración con escenas de carros, mujeres y guerreros. En el resgistro superior aparecen mujeres ligadas al ciclo de la elaboración de la lana y de los tejidos (G. V. Gentile).

Gracias al *tintinnabulum* aludido, al *trono de Verucchio* y a determinados espejos de bronce, husos, ruecas (algunas de pasta vítrea, no operativas pero de evidente función simbólica), canillas y pesas de telar —hallados en las tumbas como atributos femeninos—, sabemos que el trabajo textil y la manufactura de los vestidos era competencia exclusiva de las mujeres (S. Tivoli, L. Bonfante).

En las mujeres etruscas

Las mujeres —las de clase social elevada— contaron, sin duda, con criadas que las ayudaron a lavarlas, vestirlas, peinarlas y a sugerirles incluso los perfumes, realizando las funciones que en el mundo romano hicieron las *ancillae, ornatrices* y *unguentariae.* De aquella manera, las *dominae* etruscas quedaban presentables —como imagina G. di Capua— para asistir a las ceremonias públicas, banquetes, celebraciones religiosas y funerarias, participaciones en juegos, así como en otros actos sociales.

De lo que no hay duda es de que vistieron elegantemente. La prenda usual —de origen jonio— era una larga túnica de tela ligera *(chitón),* enganchada al hombro, de mangas cortas, con o sin pliegues y adornos en los bordes, que se ceñía en las caderas mediante un cinturón; por encima la cubrían con un manto *(himátion)* blanco con los bordes rojos o negros, que llegaba hasta las rodillas. Un buen ejemplo de ello lo constituye la figuración de un ánfora de Vulci, obra del *Pittore di Paride* (hoy en Múnich), sin duda, uno de los más famosos vasos etruscos de la época arcaica, en donde las diosas que siguen al anciano Hermes van vestidas con mantos y largos vestidos.

En algunos casos *(Tomba Francesca Giustiniani* de Tarquinia), las mujeres adoptaban atavíos que recordaban antiguas modas cretenses, con faldas acampanadas y lujosamente bordadas y blusas con mangas a modo éstas de los actuales quimonos.

En general, las telas de los vestidos eran de lana, lino o de seda (preferentemente, de Mileto), todas blancas o teñidas de vivísimos colores, que se enriquecían con bordados de formas reticulares o florales y con flecos en no pocas ocasiones. Fueron tan estimadas como podría serlo el oro, el marfil u otros objetos de gran valor. En el caso de los vestidos ceremoniales, muchos estaban recubiertos con pequeñas laminillas de oro de variados perfiles, contribuyendo así a su suntuosidad.

Complemento adecuado del vestido era el peinado, que fue variando a lo largo de los siglos de la historia etrusca. En los tiempos antiguos, esto es, hasta el siglo VI a.C., las mujeres acostumbraron a llevar el pelo largo o recogido en una trenza, aunque siempre anudado en la nuca; después, en el siglo V a.C., sin olvidar la moda de las trenzas, protegidas con espirales de oro en algunos casos *(Tomba di Castel di Decima),* lo dejaron caer suelto hacia atrás o lo recogieron en forma de corona sobre la cabeza o bien lo rizaron, dejando sueltos algunos rizos por los lados del rostro. Para tal cometido contaron con adecuados instrumentos, entre ellos, peines, por lo común trabajados en marfil. Muy interesante, por citar un único ejemplo, es el peine (11 × 9'50 cm) hallado en la *Tomba degli Avori* de Marsiliana d'Albegna, ornamentado con prótomos de grifo, animales, flores de loto y esfinges.

Fue moda durante algún tiempo el enrubiar o decolorar el cabello, según atestiguan las pinturas de algunas tumbas de Tarquinia *(Tomba dei Giocolieri, Tomba dei Leopardi).* Aunque las mujeres solían ir con la cabeza sin cubrir, el tocado femenino consistía en velos (usados por lo común por las mujeres casadas), redes, cofias o bonetes,

rematados éstos en punta o simplemente redondeados, llamados *tutulus,* muy de moda hasta el siglo V a.C.

Las etruscas realzaron sus rostros con coloretes especiales, reservando el rojo para los labios y el sombreado para los ojos. El hallazgo de numerosísimos *arýballoi* y *alabastra* testimonia también el alto consumo que hicieron de las esencias odoríferas y perfumes, que se elaboraban tanto en el extranjero como en centros etruscos. Si en un principio su empleo tuvo carácter mágico-religioso, luego acabaron por ser destinados al disfrute personal (A. Rallo).

La «mascarilla cosmética», sugerida por el poeta Ovidio *(Medic. faciei,* 53-65) como muy probablemente empleada por las mujeres etruscas, hubo de tener un fuerte efecto astringente. La receta de tal autor alude como componentes a cebada, guisantes y huevos. Secados estos ingredientes, los mismos se reducían a harina que luego se mezclaba con polvos de cuernos de ciervo y bulbos de narciso sin cáscara. A ello se le añadían resina, almidón etrusco *(gummi cum semina etrusco)* y miel. Concluía el autor: «Cualquier mujer que se unte el rostro con tal cosmético, brillará con más lisura que su propio espejo.»

Diferentes espejos nos han transmitido, precisamente, escenas de *toilette* femeninas, caso, por citar un solo ejemplo, de uno, famoso y magnífico, de bronce, del British Museum, en donde una dama, de nombre *Malavisch,* sentada en un pequeño trono, se halla rodeada de *ornatrices* —una de ellas *Hinthial*— que le ajustan una diadema en la cabeza, en presencia de la diosa *Turan,* escena que se debe conectar con los ritos nupciales. El etruscólogo G. Colonna ve en la citada *Hinthial* el *eidolon* de la leyenda de la griega Helena.

Singular importancia han tenido los hallazgos realizados en la *Tomba di Decima,* del período orientalizante, consistentes en elementos de plata, ámbar y pasta vítrea, con los cuales se confeccionaría un rico vestido destinado a la propietaria de la tumba, vestido cuya reconstrucción aproximada efectuó L. Quilici en 1976, y que muestra la fantasía decorativa y el exotismo de determinadas prendas femeninas. Lo mismo cabe decir de la reconstrucción que tiempo atrás —en 1915— había hecho G. Pisa de los vestidos de la señora enterrada en la *Tomba Regolini-Galassi.*

En los hombres etruscos

El vestido de los hombres fue mucho más sencillo, reduciéndose a una prenda interior —el *perizoma*—, a modo de *shorts,* de origen cretense, sobre la que se colocaba en época arcaica una corta túnica que llegaba hasta las rodillas, sujeta a la cintura por un ceñidor. Una prenda muy común consistía en un manto colorado, de forma semicircular, que envolvía el cuerpo y que era echado por encima del hombro izquierdo, dejando el derecho al descubierto, conocido por griegos y romanos con los nombres de *tébennos* y *tébennum,* claro antecedente de lo que sería la toga romana, y que llegó a ser la prenda nacional. L. Bonfante piensa en la posibilidad de que tal prenda viniera del norte europeo, de donde arribaba el ámbar.

Ejemplos claros de *tébenna* se pueden ver en la *Tomba degli Auguri* de Tarquinia, por citar un único caso. Con el paso del tiempo dicha prenda se alargaría, hasta cubrir las rodillas, según testimonian las pinturas de la *Tomba delle Bighe,* también de Tarquinia. *Tébenna* más alargadas, alcanzando ya los pies, pueden detectarse en la *Tomba François* y en otras de Tarquinia y Volterra.

Respecto a la *toga,* uno de los ejemplos más significativos puede verse en la famosa estatua del *Arringatore* («El orador»), impresionante joya del Museo Arqueológico de Florencia.

En otras ocasiones, según deja ver la *Tomba del Triclinio* de Tarquinia, una especie de chal, llamado por los latinos *lacerna,* con un gran escote redondeado y con faldones, servía de complemento. Tal prenda, de vivos colores, solía estar bordada en sus ribetes y por ambos lados.

Los actores, danzantes y músicos, en el curso de sus actuaciones llevaban vestidos adecuados al papel representado, sin descuidar en los femeninos las ropas acampanadas y en los masculinos los largos y a un tiempo ligeros mantos, por lo general bellamente bordados. No faltaron, por otra parte, casos de travestismo muy evidente en personajes masculinos peinados a modo de mujeres.

Al comienzo de la historia etrusca, los hombres se dejaron la barba y el cabello largo y que cayera por la espalda, señal, para algunos especialistas, de diferenciación social. No debe olvidarse que Aristóteles *(Retórica,* 137a 29-31) señaló que en Lacedemonia era hermoso llevar los cabellos largos y que era una señal de identidad de todo hombre libre. Pero, a finales del siglo VI a.C., los rostros se afeitaron —aunque algunos permanecieron con barba— y los cabellos se acortaron y rizaron artificialmente *(Tomba dei Leopardi)* e incluso se decoloraron *(Tomba delle Leonesse, Tomba della Caccia e della Pesca).* En el caso de los atletas, los cabellos aparecen o muy cortos o rasurados totalmente por razones prácticas *(Tomba Cardarelli, Tomba della Scimmia, Tomba degli Auguri).*

Aunque los etruscos también solían ir con la cabeza descubierta, a veces se tocaron con unos bonetes semejantes a los de las mujeres. Los sacerdotes, por su parte, llevaban durante sus ceremonias gorros de lana o de piel en forma de capucha o bien sombreros de base ancha y punta cilíndrica. Las clases populares utilizaron en ocasiones el sombero de grandes alas, a imitación del *pétasos* griego. En el área toscana parece ser que estuvo reservado a los siervos y esclavos.

El calzado

Otro elemento diferenciador de los etruscos frente a griegos e itálicos fue el empleo de un variadísimo calzado, que iba desde las simples sandalias —estudiadas por L. Bonfante— hasta las lujosas botas abrochadas, no faltando incluso borceguíes de complicadas ataduras —precedentes de los *calcei senatorii* romanos— y chanclas para las épocas lluviosas, fabricadas éstas con suela de madera y láminas de bronce. Algunos zapatos y también botines, tanto masculinos como femeninos, de elegante diseño y de color rojo o negro (a veces fueron fabricados de paño rojo, verde o marrón), presentaban la punta hacia arriba *(calcei repandi),* recordando claramente las modas orientales, sobre todo jonias. Estaban abiertos por delante y cubrían el tobillo, al cual se ajustaban mediante diferentes correas atadas horizontalmente.

Se sabe que las *tyrrhenica sandalia* gozaron de justa fama en la Atenas del siglo V a.C., adonde se exportaron con todo éxito por su lujo y su buen acabado. Testimonios literarios griegos y latinos coinciden en su fama (O. Zanco). Incluso el gran escultor Fidias los adaptó a una estatua de Atenea, según testimonio del comediógrafo Cratino y del retórico Polo.

Durante los banquetes mujeres y hombres se solían quitar el calzado, depositándolo en unas mesitas apropiadas para tal menester.

Otro aspecto singular, no exento de significado religioso *(Venus della Canicella)* y social (niñitos o *putti* con *bullae*, pobres y esclavos), lo constituyó el desnudo. Los niños solían ir desnudos y los siervos y los atletas semidesnudos, cubiertos tan sólo con el *perizoma* (cerámicas con atletas del *Perizoma Group)* o con un suspensor (ésa es la imagen que reflejan las pinturas y algunas esculturas).

Sorprendente es la representación de parejas (marido y mujer) desnudas, abrazadas sobre el lecho y que yacen bajo la *tébenna* redonda, prenda que simbolizaba —como dijimos— el matrimonio, caso de la tapadera de los sarcófagos de *Ramtha Visnai* y *Arnth Tetnie* y de *Larth Tetnie* y *Tanchvil Tarnai*, a los que ya se aludió, o del *sarcófago Casuccini* de Chiusi, hoy en Palermo, en el que se figura una tierna escena matrimonial. Ignoramos, como se apuntó con anterioridad, si tales desnudos representaban sin más la desnudez íntima de dos personas o bien equivalían a una «heroización» (L. Bonfante), siguiendo patrones griegos conectados con la perspectiva del Más Allá. Una *oinochoai* de *bucchero pesante*, de mitad del siglo VI a.C. (hoy en Edimburgo), presenta en su decoración a danzantes desnudas, que tal vez estuviesen ejecutando ritos de iniciación femenina en el contexto de una escena que se nos escapa.

Por otro lado, la connotación negativa del desnudo puede verse también en la figura de un niño muerto, representado sin vestiduras en una urna de Volterra, mientras que la positiva o religiosa la tenemos en la representación de algunas figuras de divinidades, atletas y niñitos —éstos, desnudos, pero adornados con *bullae* y brazaletes, caso del *Fanciullo seduto* de Tarquinia o del *Putto Grazziani*.

Algunas figurillas desnudas fueron destinadas a usos mágicos. Además de hallarse sin vestidos, presentan las manos ligadas detrás de la espalda y las piernas rotas o puestas en sentido contrario, significando con ello la imposibilidad de que pudieran huir a la suerte negativa que se les deseaba. Muy famosas son dos de ellas, de plomo, localizadas en Sovana (hoy en el Museo Arqueológico de Florencia), de comienzos del siglo III a.C. Las mismas sirvieron como elementos negativos en contra de las personas cuyos nombres aparecían escritos en las piernas *(Zertur Cecnas* y *Velia Satnea:* CIE, 5234, 5235), tal vez un matrimonio contra quien alguien deseaba un daño.

En cualquier caso, el simbolismo del desnudo, junto con el del manto, fue muy evidente para señalar los tres grandes ritos de paso a los que estaba sometido cualquier etrusco: nacimiento, nupcias y muerte.

LAS JOYAS

Las mujeres y los hombres etruscos cuidaron mucho de su aspecto exterior, preocupándose no sólo de su vestimenta y peinado, que se acaban de ver, sino también de los complementos —joyas sobre todo—, y que terminaban por dar personalidad a los individuos que los lucían, generalmente pertenecientes a las clases altas.

Las fíbulas (una tipología en J. Sundwall), los broches y los alfileres, que emplearon con regularidad, estuvieron muy difundidos. Tales piezas, complementos obligados del buen vestir, fueron fabricadas en oro y plata, realzándose en muchas ocasiones con ámbar (caso de algunos ejemplares de la necrópolis de Podere Lippi en



Broche de oro. *Tomba Regolini-Galassi.* (Museo Gregoriano Etrusco, Vaticano.)

Verucchio), pasta vítrea y piedras semipreciosas; sin embargo, lo corriente es que tales objetos fueran fabricados en bronce. Las piezas reservadas a las mujeres se distinguían por su menor tamaño, su diversidad de modelos y su mayor riqueza ornamental. De las piezas citadas, las fíbulas vinieron a caer en desuso a partir del siglo V a.C., empleándose desde entonces sólo en los atuendos de determinados sacerdotes.

Ejemplos notabilísimos de fíbulas, trabajadas en el siglo VII a.C. en la Etruria septentrional costera, fueron las *fíbulas de dragón,* algunos de cuyos ejemplares se atesoran en Londres y en Florencia. Una muy famosa fue la hallada en Castelluccio di Pienza, cerca de Chiusi, fabricada con la técnica del oro granulado y realzada con una inscripción de 49 letras (TLE, 489), la cual precisa que tal joya fue donada a *Arath Velavesna* por *Mamurke Tursikina.* La importancia de esta fíbula, de 12 cm de longitud, radica precisamente en su epígrafe, pues contiene la más antigua mención indirecta escrita del étnico etrusco *(tursikina).* Atesorada en el Museo del Louvre, esta magnífica joya ha sido estudiada por J. Heurgon y C. De Simone.

Entre los broches hay que aludir al hallado en la *Tomba Regolini-Galassi* de Caere, de oro y de considerables dimensiones (31'5 cm de altura), que fue propiedad de *Larthia,* y que hoy se atesora en el Museo Gregoriano Etrusco del Vaticano. Le siguen en interés otros dos broches, asimismo de oro, hallados en Preneste *(Tomba Bernardini),* piezas realzadas con multitud de figuritas zoomorfas y fantásticas.

Como ejemplo de alfiler de cabeza, con decoración de granulado de oro, puede ser citado el que se localizó en la *Tomba del Littore* de Vetulonia. Tal pieza, de unos 20 cm de longitud, presenta ornamentada su minúscula cabeza (2,20 cm de diámetro) con temas zoomorfos (aves, caballo alado, ciervo).

Gracias a los ajuares funerarios —pues los etruscos se enterraron con sus más queridas joyas—, atesorados en diferentes tumbas de los siglos VII y VI a.C., poseemos infinidad de diademas, collares, pendientes, colgantes, pectorales, brazaletes, pulseras y anillos en su mayoría elaborados en talleres etruscos, siguiendo unas veces influencias orientales y otras helénicas.

De entre esta tipología de joyas —más adelante, en el apartado de la orfebrería se relacionarán algunas de ellas— puede ser citado, por poner un único ejemplo, el famoso colgante de oro (4 cm de altura), del Museo del Louvre, con la representación de la cabeza del dios fluvial griego Acheloo, figurado con cuernos, joya fabricada hacia el 500 a.C.

En general, todas las joyas que han llegado a nuestros días testimonian el alto nivel que alcanzó la orfebrería etrusca, cuyos orífices conocieron adecuadamente la

manipulación de los metales nobles, sobre todo en lo que se refiere al dorado, chapeado, puntilleado, filigrana, filamentación y granulación del oro, metal que venía de Asia y de África, y que se trabajaba en enclaves griegos del sur de Italia y en algunas de las ciudades de la Etruria meridional.

Reproducciones de infinidad de joyas fueron realizadas también en piedra, según se puede observar en los numerosísimos sarcófagos que representan a nobles y elegantes damas, engalanadas con sus mejores joyas, caso por ejemplo de *Larthia Seianti* (sarcófago en Florencia) y de *Seianti Hanunia* (sarcófago en el British Museum), mujeres ambas de Chiusi.

Diversos estudios de R. Higgins, E. Formigli, M. Cristofani, M. Martelli, F. Nicosia, C. Battaglia, entre otros, permiten conocer y apreciar la magnificencia de las joyas etruscas, utilizadas como complemento de los vestidos.

LA ALIMENTACIÓN

Buena parte de los estudios realizados sobre la alimentación de los antiguos griegos y romanos puede servirnos de referencia para conocer la dieta de los etruscos, temática poco estudiada, en general, dada la escasez de fuentes.

Los recientes estudios emprendidos por expertos en histología patológica, paleoetnología y paleontología (G. Fornaciari, F. Mallegni, F. Bartoli, A. Vitiello), los cuales han aplicado sus analíticas en la comprobación del calcio, el estroncio y el zinc presentes en los restos óseos, han facilitado determinados «marcadores» acerca de la nutrición de los etruscos, facilitando con ellos conclusiones de una más que aceptable alimentación tanto vegetal (carbohidratos) como cárnica (proteínas), que se fue enriqueciendo con el paso de los siglos hasta alcanzar sus mejores resultados alimentarios en época helenística.

La comida

Se sabe por Posidonio de Apamea, que vivió en el siglo I a.C., que los etruscos comían dos veces al día, circunstancia que originaba momentos de verdadero asueto e incluso de diversión y goce para las clases elevadas, que es de quienes, además del anterior autor aludido, las pinturas de las tumbas y buena parte de la plástica han proporcionado información.

A fin de que la comida fuera más agradable, ésta se solía servir por numerosos esclavos en lujosas mesas rectangulares, cubiertas con manteles exquisitamente bordados, y que se adornaban con ramos de flores. Sobre tales mesas, dispuestas de modo adecuado, la variada y rica vajilla de plata, de bronce y de cerámica aún realzaba más su belleza.

En Orvieto, la *Tomba Golini I* nos ha facilitado una serie de pinturas (hoy copiadas en el Museo Arqueológico de Florencia) que recogen los preparativos y el banquete funerario (el *syndeipnon* de los griegos) de uno de los miembros de la poderosa familia de los *Leinie*, propietaria de la misma, según los estudios de J. Heurgon y G. Barbieri.

En unas escenas, que se desarrollan en la ultratumba y en presencia de las divinidades infernales y de algunos miembros de la familia del difunto, aparecen el horno,

atendido por dos servidores, y las mesas con viandas y bebidas junto a los comensales; en otras se ve a los servidores preparando afanosamente diferentes manjares, no faltando la representación de un buey descuartizado, colgando de un gancho, y con la cabeza cortada, depositada en el suelo, así como una liebre, un corzo y cuatro volátiles (dos codornices y dos patos). Muchas de las figuras humanas se hallan designadas con sus nombres pintados de color negro.

Otro interesante documento, interpretado por F.-H. Massa-Pairault, acerca de la temática culinaria, lo constituye una pequeña cista de bronce, del siglo IV a.C., hallada en Preneste y hoy conservada en Bruselas. En la misma se figura a varios sirvientes cortando carne, preparando pescados y viandas o cocinando. Uno de ellos, en actitud de correr, lleva dos pinchos en los que se han insertado pedazos de carne ya asados. Por encima de las imágenes se hallan pequeños textos latinos alusivos a las escenas representadas.

Aunque la carne no fue, en absoluto, un alimento cotidiano, sobre todo para las clases humildes, sí se puede decir que se comía en días señalados (festividades y ceremonias sacrificiales) y en las celebraciones de banquetes funerarios, carnes especialmente de buey, oveja y cerdo. Uno de los problemas de su consumo lo constituía el de su conservación, aunque la salazón y el ahumado en parte resolverían este serio inconveniente, en opinión de G. Barbieri.

La carne, despiezada previamente, se consumiría hervida o asada, según deja ver la *hydria Ricci,* decorada con la escena del sacrificio de un animal, y las pinturas de la *Tomba Golini I.* La variedad de recipientes metálicos que nos han llegado permite deducir que la carne, además de asada, se cocinaría en muchísimas ocasiones con legumbres, cereales, raíces y plantas odoríferas, proporcionando así un variado repertorio de estofados.

También fue muy apreciada la carne procedente de la caza, dada la abundancia de liebres, ciervos, jabalíes, cabras salvajes y pájaros en tierras etruscas. Aunque se han hallado restos de tortugas —un animal muy común en países mediterráneos—, ignoramos si serviría o no de alimento. Los huevos de gallina estuvieron también presentes en la dieta etrusca.

Igualmente se sabe que consumieron pescado tanto de mar como de agua dulce, que les era suministrado por la pesca, actividad de la que se tratará en páginas posteriores. Es muy probable que, por influencia griega, consumieran *garum,* una especie de salmuera obtenida por la fermentación de algunas especies de peces, producto que alcanzaría luego un gran consumo entre los romanos.

Referencias indirectas nos hablan de la variada y selecta condimentación que emplearon para preparar sus alimentos. Sal, ajos, pimienta, aceite, piñones, uvas secas, hierbas aromáticas (hinojo, menta, silfio, mostaza) hicieron más agradables al paladar las carnes, los huevos y las verduras que comían y saboreaban con placer.

Por otro lado, los postres consistían en edulcorados pasteles y en las frutas más diversas, consumidas tanto frescas —solas o aliñadas con vino o miel— como secas (avellanas, nueces, bellotas dulces). G. Batini alude a la posibilidad de que el postre denominado *torta spunga* —la *spongia* romana— (un relleno de miel, piñones, uvas pasas y especias a medio cocer) fuese conocido por los etruscos. Igualmente, los quesos fueron muy apreciados, entre ellos, el *pecorino,* elaborado con leche de oveja. Gran fama tuvo, en época imperial romana, el *caseus lunensis,* fabricado en Luni (Plinio el Viejo, *Nat. Hist.,* XI, 97, 241), cuya región —la Lunigiana— fue incorporada a Etruria con la reforma de Augusto del 27 a.C. Marcial, por su parte *(Epigram.,* XIII, 30),

aludió al tamaño y peso de algunos de ellos, citando que uno solo bastaba para alimentar a mil esclavos. Evidentemente, la noticia acerca del queso de Luni debe adscribirse sólo a época romana, pero quizá tradujera claros antecedentes en torno a tal alimento.

La comida de los ricos era servida por esclavos sobre las mesas, junto a las cuales y en lechos al efecto *(klinaí)* los comensales semiacostados gustaban de la misma, bien en compañía de mujeres (lo más frecuente), bien en compañía de amigos, al modo griego. Por entre las mesas, perros, gatos y también gansos se disputaban las sobras que se habían arrojado al suelo.

La comida de la gente humilde, por el contrario, se reducía a unas gachas hervidas, a base de cereales, sobre todo de espelta, denominadas *clusinae pultes* (Marcial, *Epigram.*, XIII, 8), y a algunos platos de vegetales y pescado. Plinio el Viejo *(Nat. Hist.*, XVIII, 66) recuerda que el farro de Chiusi fue el alimento típico del pueblo romano.

La bebida

También algunos escritores romanos aluden a la bebida, reseñando diferentes tipos de vinos de variado cuerpo y calidad, tanto foráneos (de Corinto, Quíos, Samos y Clazomene) como autóctonos (de Luni, Gravisca, Fiésole, Arezzo, Todi, Veyes), y destacando además el gusto que tuvieron por los moscateles, bebida que era con la que se emborrachaban (vino *apianum).* Asimismo, gustaron de la hidromiel, costumbre tomada de los *sympósia* griegos. Además del vino, del agua y de la leche, ignoramos qué otras bebidas consumirían, pues, aunque se haya especulado con algunas obtenidas con grano fermentado, no existen pruebas sobre su posible consumo.

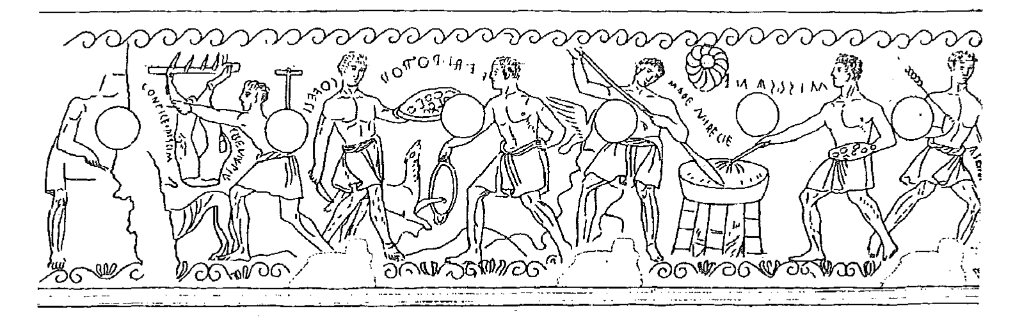
Por supuesto, la bebida era servida en ricas y exóticas vajillas de plata y en finas cerámicas, algunas imitando el plateado (J. D. Bealey). Muchas copas y tazas llegaron a estar marcadas con el nombre de sus propietarios, caso de la vajilla de la *Tomba Regolini-Galassi.*

Utillaje culinario

Las pinturas y relieves —por ejemplo, los existentes en la *Tomba dei Relievi* de Caere— y la información arqueológica han permitido hacerse una cumplida idea de los variados utensilios usados en las cocinas para preparar los alimentos: calderos, pucheros, ollas, escudillas, platos, cucharas, cazos, *infundibula* o coladores, asadores —a modo de los *obeloí* griegos—, parrillas, cuchillos, trébedes y atizadores para el fuego.

Además de estos utensilios, también sabemos que se sirvieron de morteros de piedra, madera o terracota para amasar el pan —que no hubo de ser de mucha calidad— o machacar determinados alimentos. Dispusieron, asimismo, de un amplísimo repertorio de vasos, tanto de tipología griega como propia, cuyos nombres etruscos y griegos han sido estudiados por G. Colonna, L. Biondi y G. Bagnasco Gianni.

Entre estos últimos vasos hay que aludir a los *thapna* (copa para beber), *culichna* (copa con asas), *naplan* (odres), *qutum* (vaso de uso militar y marinero), *pruchum*



Escenas de cocina. De una cista de Preneste.

(jarra escanciadora), *ulpaia* (vaso para vino y aceite), *lechtumuza* (vaso para aceite), *suntheruza* (a modo de pequeña *pyxís)* y *thina* (vaso globular con asas y sin pie a modo de olla o barrilete para contener vino o quizá algún tipo de bebida que hoy desconocemos).

Incluso nos han llegado algunos ralladores de queso, elaborados tanto en bronce como en plata (ejemplares de Caere y de Palestrina, hoy en el Museo de Villa Giulia de Roma, además de los de Populonia, Vetulonia, Sovana y Pontecagnano, entre otros). La existencia de este utensilio hace pensar, según apunta H. Blanck, que los etruscos consumirían alguna bebida parecida al *kykeón* de los héroes homéricos, formada por vino al que se le añadiría miel, cebada y, por supuesto, queso rallado, constituyendo así una bebida energética (A. Mele).

D. Ridgway, por su parte, insiste en la idea homérica, al conectar tal instrumento doméstico, que no se dudó en colocarlo junto a objetos de verdadera importancia —de oro, ámbar y marfil— en tumbas aristocráticas, con un pasaje de la *Ilíada* (XI, 629-641). Tras aquel modesto objeto —el rallador— se quería evidenciar una práctica e ideología aristocráticas, ejemplo de aculturación, tomadas del *sympósion* griego de naturaleza heroica al decir de J.-P. Thuillier.

Manipulación de los alimentos

Otro material arqueológico ha permitido estudiar también determinados aspectos culinarios. Así, un ánfora de figuras negras (31 cm de altura), conocida como *ánfora de Viterbo,* quizá de factura ática, aunque hallada en Etruria —y redescubierta en 1981—, recoge el procedimiento del sacrificio de un buey. Según su decoración, el buey era levantado en alto e inmovilizado por varios hombres, mientras que otro procedía con un cuchillo a degollarlo.

La precitada *hydria Ricci* (44 cm de altura), obra de un artista greco-oriental que tal vez habría emigrado a Caere, tiene figurada una extraordinaria escena sacrificial en la que se recogen desde los preparativos previos para sacrificar al animal hasta la cocción de las porciones en que había sido troceado (M. Detienne). Hay que señalar que incumbía a los hombres —incluso tratándose de nobles— la preparación del asado de carne que se iba a consumir tanto en los banquetes funerarios como en las comidas cotidianas.

Por otra parte, en los banquetes de carácter funerario y en los festines, la música y la danza, interpretada y ejecutada por jóvenes siervos de ambos sexos, eran obligadas.

Significado social de los banquetes

La imagen peyorativa que de los etruscos hicieron griegos y romanos tuvo parte de su argumento precisamente en los abundantes y desenfadados banquetes y convites, que con cualquier circunstancia acostumbraron a celebrar. Los romanos (por ejemplo, los poetas Catulo, XXXIX, 40, y Virgilio, *Geórgicas*, II, 193) pintaron al *oboesus etruscus* o *pinguis tyrrhenus* («el etrusco obeso») como el prototipo de aquella raza, prototipo que no se ajustaba en la mayoría de los casos a la realidad.

Uno de los temas preferidos de las pinturas funerarias fue el banquete, argumento pictórico que fue evolucionando en su figuración a través de los siglos etruscos. A partir del siglo VI a.C., los participantes en los mismos aparecen tendidos sobre los lechos, bien solos o acompañados, unas veces comiendo (en griego, *syndeipnon),* otras bebiendo o conversando *(sympósion).*

Hoy se argumenta que con la representación de los banquetes —que indudablemente eran reflejo de la realidad— se intentó reseñar y afirmar la categoría social de determinados difuntos y de sus grupos familiares más que destacar la molicie de la casi totalidad de los etruscos.

Aunque, como se ha dicho, la pintura fue el medio expresivo más idóneo para reflejar los banquetes y su ambiente social, sin embargo la primera representación de un banquete —en este caso funerario— la tenemos en la tapadera de una urna cineraria de *impasto*, hallada en Montescudaio, en el territorio de Volterra, a fechar en el siglo VII a.C., de clara tradición villanoviana. En este ejemplar, de unos 65 cm de altura, hoy atesorado en Florencia, el único que banquetea es un robusto señor, vestido y sentado en un trono cuya espaldera se ha perdido. Ante él se halla dispuesta una mesa circular de tres patas con diferentes panes redondos y cerca de ella una crátera o gran vaso para contener vino. Una sirviente, figurada a menor tamaño, asiste al señor abanicándole.



Urna de Montescudaio. (Museo Arqueológico, Florencia.)

Según G. Camporeale, tal banquete representa el símbolo de la clase aristo-

crática a la que hubo de pertenecer el difunto, cuyas cenizas se hallaban contenidas en el vaso. Para D. Briquel, dicho banquete era una marca de helenización, dado que el representado podía disfrutar de un producto de lujo (la crátera), posibilitado por los contactos con el mundo mediterráneo.

Asimismo, en la *Tomba delle Cinque Sedie,* de Caere, de la segunda mitad del siglo VII a.C., se recogió el tema del banquete, pero empleando el medio plástico. En el mismo participan cinco personas, figuradas en terracota (tres hombres y dos mujeres).

En una lastra arquitectónica de Poggio Civitate (Murlo) se representó otro banquete que, para A. Rathie, puede ser considerado como el ejemplo más antiguo en Etruria de un banquete con personajes semiextendidos sobre lechos conviviales. Finalmente, en otra de Acquarossa quedó plasmada una escena de *sympósion,* acompañada de música. En ambos casos, banquete y *sympósion* constituían el símbolo de la riqueza y del poderío de los señores que allí habitaban.

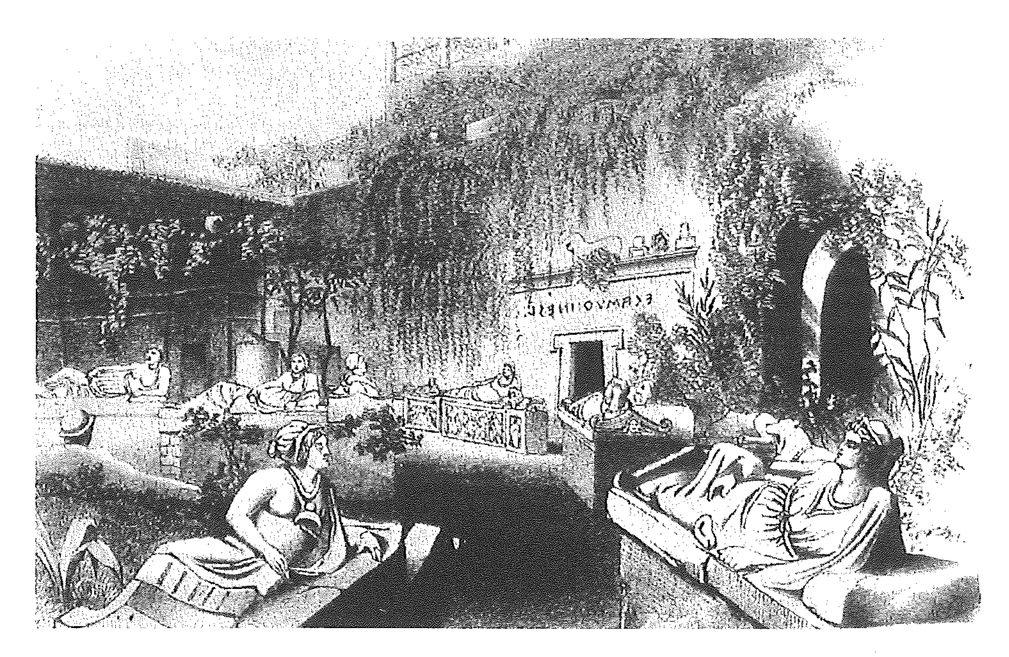
La «tryphé» etrusca

Con el vocablo griego *tryphé,* que, entre otras acepciones, significa «molicie», «lujo», «vida regalada», «afeminamiento», «libertinaje», se quiso definir desde los *Tyrrhenon nomima* («Costumbres de los tirrenos»), atribuidos a Aristóteles (Fr. 607 Rose), hasta los textos de los también griegos Teopompo (FGH, 115 F 204), Heráclide Póntico (FGH, II, 217, F 16) y Timeo (FGH, 566 F 1, F 50), el modo de comportamiento aristocrático de la sociedad etrusca opulenta.

En un principio, la *tryphé* fue inherente a la *gens,* dado que tal concepto traducía un modo de vida, pleno de delicias materiales *(habrosyne),* que imitaba el lujo de Oriente, de donde se acopiaban objetos específicamente suntuarios. Asimismo, era el exponente de una realidad económica fundamental, visible en la construcción de principescas tumbas repletas de riquísimos ajuares funerarios. Con la *tryphé* se quería definir a la oligarquía etrusca, no motivada por las actividades productivas, sino tan sólo consumidora de bienes y en cuyo seno las mujeres disfrutaban de amplias libertades —sociales y jurídicas— por ser las depositarias y garantes de alianzas familiares, posesión de tierras y canalizadoras de la progenie, tendente ello a evitar la dispersión de los patrimonios oligárquicos. Sin embargo, tal concepto iría poco a poco transformándose con los cambios ideológicos y de estilo de vida alcanzados por los etruscos hasta desaparecer diluido en una decadencia sobrevenida, en parte, a causa de la conquista romana.

Para Estrabón (V, 4) y para Posidonio (FGH, 87 F 1, 19), el buen vivir y el lujo fueron la causa de la desaparición de la civilización etrusca. Para el primero, «el lujo les hizo caer pronto en la molicie y, al igual que tuvieron que retirarse de la llanura del Po, cedieron en Campania ante los samnitas». Para el segundo autor, recogido también en Diodoro de Sicilia (V, 40), los etruscos, en general, habían «perdido el vigor *[andreia]* por el que fueron famosos en los tiempos más antiguos y a fuerza de banquetes y placeres afeminados perdieron la reputación que habían conseguido en la guerra».

Si griegos y romanos crearon la leyenda de la molicie de los etruscos, la realidad no hubo de ser tan extrema, puesto que Etruria, al decir de Virgilio, llegó a ser uno de los pueblos más fuertes y generosos de Italia. Ello lo afirma al hacer en sus *Geórgicas* (II, 532-533) el elogio de la vida virtuosa de los agricultores etruscos, vida que



Composición funeraria del «Giardino Campanari», según G. Dennis (1848).

«también llevaron en otro tiempo los antiguos sabinos, Remo y su hermano». Gracias a tales virtudes, sin duda, *creció fuerte Etruria.*

Hoy se cree que la *tryphé* etrusca constituyó un tópico griego aplicado al mundo etrusco, al que también se le achacó la *hybris* o falta de medida en normas de la vida.

Las divisiones del tiempo

Se desconoce en cuántas unidades de tiempo dividieron los etruscos el día, que era medido o contado de mediodía a mediodía (Servio, *Ad Aen.*, V, 738) y no de medianoche a medianoche como harían los romanos o de aurora a aurora como habían hecho los babilonios.

Por algunas referencias indirectas y determinadas glosas podemos afirmar que conocieron meses lunares de 29 días (la palabra «mes» se llamaba *tiv* o *tivr,* nombres que también designaban la luna). Esos meses estuvieron divididos muy probablemente en tres bloques de 8 días, coincidiendo con cada noveno la celebración de los mercados *(nundinae),* las audiencias reales y la práctica de la justicia, según Macrobio *(Sat.,* I, 16), y también en dos bloques de 14 días, llamándose *itis* al día que marcaba la mitad del mes, nombre que los romanos tomarían para designar los *idus.*

Junto al calendario lunar, pronto se adoptaría por influencia griega el calendario lunisolar —como lo hubo en la Roma arcaica (C. De Simone, P. Poccetti)—, siendo muy probable que también existiese un año agrícola *(avil)* de 10 meses, que iría desde el primero de marzo —en que se iniciaba el año etrusco— hasta el final de diciembre.

Se sabe que en cada ciudad se adoptaron nombres específicos para designar los meses con períodos de 30 días. Gracias a un *Glosario* del siglo VIII de nuestra era que nos ha llegado, además de por algunas inscripciones funerarias, se pueden conocer los nombres de ocho de ellos, y que latinizados son: *Velcitanus* (marzo), *Cabreas* (abril), *Ampiles* (mayo), *Aclus* (junio), *Traneus* (julio), *Hermius* (agosto), *Celius* (septiembre) y *Chosfer* (octubre). En el famoso *Liber linteus* de la momia de Zagreb (del que nos ocuparemos más adelante) probablemente están escritos también los nombres de noviembre *(¿lauchmne-ti?)* y diciembre *(¿perthereni?).*

Los nombres aluden a divinidades, caso de *Traneus: t(u)rane = Turan* = «Venus»; *Hermius:* «Hermes». O bien evocan simplemente numerales: *«xosfer* —de la raíz *cezp* = ocho». Otros son de significado desconocido.

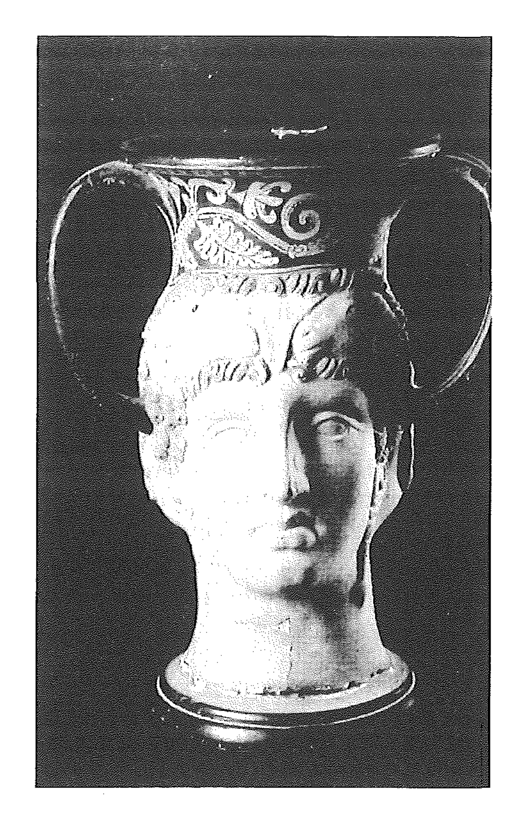
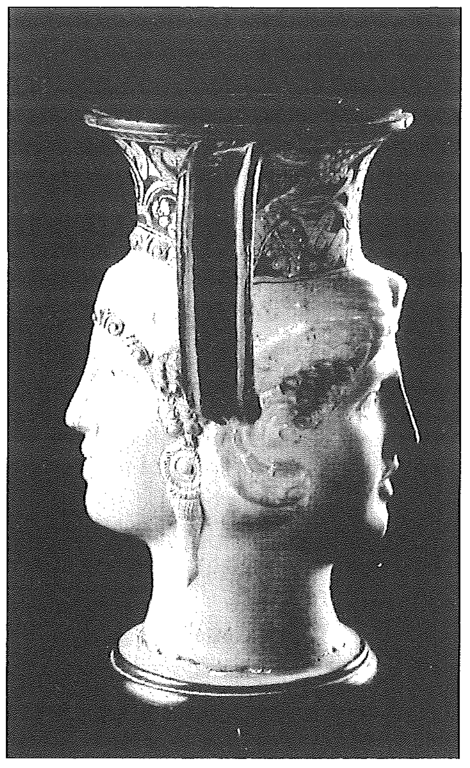
El calendario se mantuvo en secreto durante mucho tiempo, pues contenía la relación de días fastos y nefastos, cuyo conocimiento condicionaba, según A. Hus, la vida pública, así como la diversidad de cultos. Al parecer tan sólo se divulgó como consecuencia de las revueltas populares.

Anualmente, coincidiendo con las fiestas panetruscas del dios *Voltumna,* en el templo de la diosa *Nortia,* en las cercanías de Volsinii (Orvieto), según recuerda Tito Livio (VII, 3), se clavaba un clavo en uno de los muros de tal templo, ceremonia que simbolizaba el constante paso del tiempo y el cumplimiento inexorable del Destino. Tal ceremonia de cómputo cronológico sería adoptada por los romanos en el Templo Capitolino de Júpiter Óptimo Máximo.

Los años etruscos tomaron el nombre, con toda probabilidad, de dos magistrados epónimos *(zilci),* caso similar a lo que hizo Roma con sus dos cónsules, según revelan algunas inscripciones (Tarquinia, Caere, Cortona), y también el de uno solo (Tarquinia).



Sarcófago de una mujer de la familia Ceicna. (Tomado de J. Martha.)

Kántharos bifronte con cabeza de Hércules. (Museo de Villa Giulia, Roma.)

Los «saecula» etruscos

Este cómputo tan meticuloso demuestra que los etruscos fueron fatalistas y que tuvieron una visión muy clara de su propia duración temporal como pueblo, que habían iniciado, según sus cálculos, en el año 969-968 a.C., y como individuos desde su nacimiento hasta su muerte, esperanza de vida cifrada en 70 años, al decir de Censorino *(De Die Natali,* II, 6). Los *Libri fatales* etruscos la evaluaban, sin embargo, en *doce períodos de siete años* (12 × 7 = 84 años), si bien sólo hasta los 70 les era permitido a los hombres, mediante ritos expiatorios, prorrogar su destino. Consumidos los mismos, el etrusco no podía esperar nada de sus dioses. Y si llegaban a vivir 84 años, a partir de aquella edad los dioses los olvidaban completamente, sin ni siquera avisarles de su fin (C. O. Thulin).

De acuerdo con sus pensadores, el mundo habría de durar 12.000 años, de los cuales la mitad —seis milenios— correspondían a la historia de la humanidad. De esa cifra, Etruria disponía de diez siglos *(saecula)* —doce los romanos, según Varrón—, al cabo de los cuales desaparecerían como pueblo.

No es posible saber cuánto tiempo abarcaban esos siglos, pues se ignora el número de años asignado a cada uno de ellos, a pesar de que Censorino definiera el *saeculum* etrusco diciendo que era la más larga duración de la vida humana, delimitada por el nacimiento y la muerte, y que comportaba —repetimos—, de acuer-

do con los *Libri fatales,* doce períodos cada uno de siete años, esto es, un máximo de 84 años.

Aquella doctrina de los *saecula* era, al parecer, de origen oriental, en concreto, mesopotámica (A. Piganiol). Los habitantes de tal zona geográfica creyeron que los astros gobernaban la tierra por turnos de 350 años. Todo lo ocurrido en ellos tenía su adecuada correlación con la suerte de los hombres y de los Estados.

En el léxico bizantino, conocido como *Suda,* se recoge en la voz *Tyrrhenia* (IV, 609 Adler) el resumen de una cosmogonía etrusca, sin duda contaminada por presupuestos judeocristianos, debido a la época en que se compuso tal léxico, pero teñida de indudable sustrato etrusco. Según la misma, el hecho cosmogónico fue debido a la acción de un dios demiurgo, quien concedió a su creación una duración de doce milenios. En el primer milenio hizo el cielo y la tierra; en el segundo, el firmamento (cielo); en el tercero, el mar y las aguas de la tierra; en el cuarto, el sol, la luna y las estrellas; en el quinto todo ser viviente sobre la tierra y en las aguas, y, en el sexto milenio, al hombre. De acuerdo con el mito los restantes milenios —otros seis— pertenecerían al hombre. De ellos, a los etruscos —según señaló Censorino *(De Die Natali,* XVII, 6)— los dioses les asignaron —como se dijo antes— una existencia tan sólo de diez *saecula,* al cabo de los cuales se produciría el *finis nominis Etrusci,* esto es, el fin de su historia.

Aunque el siglo etrusco se había evaluado —según se ha indicado más arriba— en unos 84 años como mínimo, según otros cálculos (Varrón en Censorino, *De Die Natali,* XVII, 6) podía alcanzar también los 100, 119 o 123, no faltando otros que lo cifraban tan sólo en 44 años. De hecho, eran los fenómenos extraordinarios *(ostenta saecularia)* los que permitían *a posteriori* fijar la duración del siglo etrusco.

Naturalmente, cualquier prodigio podía anunciar el fin de uno de aquellos siglos, como ocurrió, por ejemplo, con el sonido agudo y doloroso de una trompeta, oído en un día del año 88 a.C., año de la guerra civil que enfrentó a Mario y Sila (Plutarco, *Sila,* 7) y que anunció el fin del siglo VIII etrusco. O con la aparición de un cometa *(Iulium sidus)* a finales de julio del año 44 a.C. (Servio, *Ad Bucol.,* IX, 46), fecha coincidente con la celebración de unos juegos en honor de C. Julio César, asesinado hacía pocas fechas, y que, según el arúspice etrusco Vulcanio *(Vulcanius),* era la señal del fin del siglo IX etrusco y el comienzo del X, el último de la historia etrusca. Sin embargo, para el umbro-etrusco Propercio (II, 1) aquel fin coincidió con la caída de Perugia en manos de Octaviano (Octavio Augusto) en el 40 a.C.

Capítulo IX

La vida cotidiana: distracciones y preocupaciones

Nada se sabe de la jornada cotidiana de los etruscos, que dependería lógicamente de la situación familiar, social y económica de cada uno. Hay que suponer que el día a día sería similar al vivido por un griego o un romano.

Ignoramos a qué hora de la mañana se levantaban, momento que variaría considerablemente según se fuese lucumón, arúspice, rico terrateniente, militar o esclavo. Tampoco se poseen referencias acerca del aseo personal, aunque hay que pensar en que sería cotidiano y esmerado —al menos por lo que respecta a las clases sociales superiores—, dada la gran cantidad de objetos de tocador (peines, pinzas, estiletes, almohadas, ungüentarios y espejos) que nos han llegado.

Diferenciación de funciones

En las sociedades del mundo antiguo, el destino de la mujer era el de procrear y educar a los hijos, además de participar en numerosas ocupaciones manuales. Hilar la lana fue, como dijo M. I. Finley, el emblema de su complejo y fundamental quehacer. Respecto al hombre, sus ocupaciones básicas fueron la confección de armas, la guerra, los trabajos agrícolas y el artesanado.

Los ajuares funerarios etruscos documentan muy bien tal diferencia de funciones, abundando en las tumbas de mujeres las fusayolas, las piezas de telar, ruecas, husos —incluso de material noble— para testimoniar en no pocos casos, aunque la mujer no trabajase, su posición social. En la *Odisea* (XXI, 350-353), que nos puede servir para ilustrar la vida de las cortes aristocráticas del primer orientalizante mediterráneo, Telémaco invita a su madre Penélope a acudir a su quehacer, esto es, al telar y a la rueca. Tanaquil, la mujer etrusca de Tarquinio Prisco, también fue recordada por Plinio el Viejo *(Nat. Hist.*, VIII, 194) con huso y rueca.

Otra ocupación femenina fue la de su participación activa en los funerales, ayudando tanto en los preparativos del entierro como en las lamentaciones y demás ceremonias funerarias, según evidencian determinados restos arqueológicos.

Por otro lado, en las tumbas masculinas lo usual fue la deposición de muy variadas armas y de carros, aparte de vajillas y otros enseres de carácter agrícola y artesa-

nal, testimonio —como se ha dicho— de sus ocupaciones básicas: la agricultura, el artesanado, la guerra y la caza.

La preparación de la comida cotidiana incumbía en Etruria, al parecer, tanto a mujeres como a hombres, si bien se ha pensado —deduciéndolo de la presencia de nombres femeninos en las cerámicas— que la organización de los banquetes y *symposia* sería cosa femenina, naturalmente contando con la colaboración de los sirvientes en el caso de las familias aristocráticas, tal como se puede observar en las pinturas de la *Tomba Golini I* de Orvieto.

Además de participar las esclavas y sirvientas en muy variadas tareas domésticas, también lo hicieron en el campo de la música (tocadoras de instrumentos, crótalos y flautas) y en el social, en este caso, como mujeres de compañía, asociadas las más de las veces a la prostitución.

Ocupaciones y distracciones

Debemos suponer que cada cual ocuparía la mañana y la tarde en sus negocios, actividades o trabajos, disfrutando, si llegaba el caso, al atardecer de algunos momentos de esparcimiento, reservados éstos sólo a las clases ricas y burguesas.

Esos buenos momentos del día —o de períodos de días, según las circunstancias, la categoría social y el grado de riqueza de las familias— se llenaban con numerosas distracciones, tanto puramente particulares o domésticas como proporcionadas con motivo de reuniones sociales, caso de las ceremonias funerarias o religiosas.

Las enfermedades también significaron un motivo de preocupación dentro del vivir cotidiano. Frente a ellas los etruscos poco pudieron hacer.

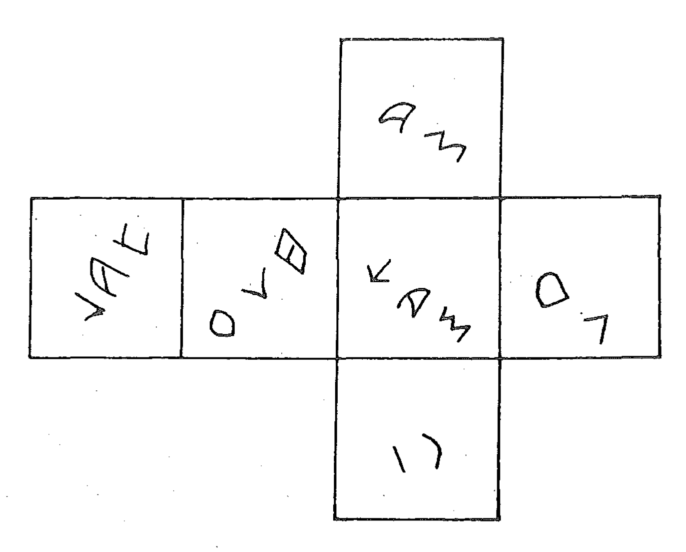
El juego de los dados

Entre las distracciones más comunes podemos hablar de uno de los juegos más difundidos entre los etruscos: el de los «dados». Se han hallado numerosos ejemplares de dados (Chiusi, Comarcchio, Populonia, Siena, Todi, Palestrina), elaborados en marfil, hueso y alabastro, e incluso una *tabula lusoria* para jugar sobre ella, junto a la bolsa que los contenía, figuradas *tabula* y bolsa en la *Tomba dei Relievi* de Caere, del siglo IV a.C. En Chianciano se hallaron apliques de marfil, en forma de ojos, que ornamentaron una caja destinada a guardar dados.

Los dados, cúbicos y paralelepípedos, encontrados en los ajuares de las tumbas, presentan en sus caras la serie numérica del 1 al 6 marcada en unos casos con puntos rodeados con circulitos incisos y en otros —se trata de un *unicum*— con las palabras de los numerales correspondientes. Este último caso puede verse en dos dados de Tuscania —para G. Colonna, procederían de Vulci—, hoy atesorados en la Biblioteca Nacional de París.

No han faltado hipótesis acerca de cómo se podría haber jugado con los dados. Puesto que se trata de especulaciones sin más, no podemos argumentar nada ni en cuanto al número de tiradas ni a la suma o resta de los números de sus caras.

La gran cantidad de dados recuperados testimonia, como se ha dicho, la difusión que tal juego doméstico tuvo en Etruria, practicado incluso por reyes, caso de *Laris Tolumnio* de Veyes, como recordó Tito Livio (IV, 17).



Números sobre un dado de marfil. Tuscania. (Biblioteca Nacional, París.)

El juego de fichas y de tabas

Asimismo, jugaron con fichas o piedrecitas a otra serie de juegos que se nos escapan, pero por las representaciones llegadas se ha pensado que podría tratarse del juego de «las cinco piedras» e incluso del de las «damas». En un recuadro relivario de una estela de Fiésole, del siglo VI a.C. (hoy en Florencia), se ve a dos jugadores sentados frente a una pequeña mesa en la que se apoya la tablilla del juego, uno de los cuales inicia el movimiento de la partida con su mano derecha. Idéntica situación aparece en una copa de *bucchero a cilindretto,* de Chiusi (hoy en Múnich), y en un ánfora de *bucchero,* asimismo chiusina (conservada ésta en Florencia), en la que se figura a dos jugadores, sentados ante una mesita, «moviendo» sus fichas.

También pequeños huesos de ovejas y cabras (en concreto, los astrágalos), elaborados incluso en bronce, testimonian el juego de las populares tabas, siendo posiblemente las posiciones de las caras de tales huesos las que determinarían la victoria. De todos modos, tampoco puede aducirse nada en la mecánica de este juego, si bien se sabe que utilizaban cuatro de aquellos huesos o múltiplos de cuatro en sus jugadas, de acuerdo con los ejemplares hallados en algunas tumbas de Volterra.

El «kóttabos»

Otro de los juegos, que venía a ser una variante profana de la libación, según B. d'Agostino, y que se solía practicar durante los banquetes, fue el del *kóttabos* —también conocido en Sicilia y en Grecia, en opinión, respectivamente, de S. Mazzarino y B. Sparkes—, que consistía en volcar un pequeño disco o platillo puesto en equilibrio sobre un asta metálica o candelabro de unos dos metros de altura *(líknon),* lanzan-

do chorros de vino, bien con fuertes bocanadas, bien desde una taza con asa manejada únicamente con el dedo índice de la mano derecha, que se introducía en la misma. El nombre de la taza *(kóttabis)* acabó por dar nombre al juego.

El lanzamiento podía hacerse tanto de pie (regla siciliana) como reclinado en el lecho del banquete (regla ática). Al vencedor se le concedía un premio que dependía de las posibilidades del organizador de la fiesta o, según algunos imaginativos autores, en la entrega de la más hermosa cortesana que se hallase presente en el *party* o (según los gustos) en la de un gracioso muchacho.

Representaciones del *kóttabos* —juego descrito, en parte, en el Libro XV, 655-669, de los *Dehipnosophistai* de Ateneo— pueden verse en un sarcófago de Tarquinia (hoy en Florencia), del siglo IV a.C., conectado con una escena de heroización o divinización, así como en dos tumbas de la misma localidad: en la *Tomba Cardarelli,* de finales del siglo VI a.C., y en la *Tomba Querciola I,* del 450 a.C. Por otro lado, se han localizado muchos *kóttaboi* de bronce, fechados en los siglos III y II a.C., uno de ellos, por ejemplo, en el Hipogeo de los *Volumni* de Perugia, estudiado hace años por A. von Gerkan y F. Messer-Schmidt.

Se sabe que este tipo de juego perduró hasta el siglo II de nuestra era.

Otros juegos

Aún se tiene noticias de otros juegos, entre ellos —si así se interpreta un friso de juegos sobre un ánfora etrusca de finales del siglo VI a.C., hoy en el British Museum—, la cucaña, consistente en trepar hasta el vértice de un largo palo, en donde se hallaría el premio, y el de las danzarinas con candelabro. En este último juego, el participante debía lanzar unas anillas y colocarlas sobre el asta de un candelabro *(thymiatérion)* que una danzarina sostenía con sus dos manos en equilibrio sobre su cabeza, tal como puede verse en una pintura de la *Tomba dei Giocolieri* de Tarquinia, de finales del siglo VI a.C., y en la *Tomba della Scimmia* de Chiusi. Para la estudiosa W. Lehman, se tratarían de unos pequeños discos con los que el jugador debía golpear la cima del *thymiatérion.*

Preocupaciones sanitarias y médicas

Los etruscos vigilaron su salud, si se aceptan las referencias, tanto directas como indirectas, de algunos autores griegos y latinos (Hesíodo, Esquilo, Horacio, Teofrasto, Diodoro de Sicilia, Plinio el Viejo, Varrón, Marciano Capella), quienes indicaron que la medicina y la farmacopea eran practicadas usualmente en Etruria.

Se sabe que tuvieron especial cuidado por la higiene pública, para lo cual se preocuparon, ante todo, en hacer habitables las zonas pantanosas, existentes en sus tierras, desecando las charcas infectadas, que originaban un paludismo endémico, mediante la excavación de adecuados canales de desagüe, recordados por Plinio el Viejo *(Nat. Hist.,* III, 16).

Aunque muchas zonas etruscas fueron aptas para ser habitadas, dada su situación geográfica y sus aguas de fácil escorrentía, otras —sobre todo las llanuras y casi todas las costas— fueron prácticamente inhabitables. Sidonio Apolinar, escritor latino del siglo V, yerno del emperador romano Avito, definió a Etruria en sus *Epistulae* (I, 5)

como *pestilens regio Tuscorum,* afirmación que ya había constatado con muchísima anterioridad Catón el Viejo *(Or.,* II, 20), con ocasión de la fundación de la colonia romana de Gravisca en un lugar en absoluto apropiado. Dicho autor, como ha recordado J. Heurgon, incluso llegó a señalar que el nombre de *Gravisca* derivaba de *gravis,* «pesado», «insano», porque el suelo de tal lugar exhalaba *gravem aerem,* esto es, «aire insano».

Por su parte, N. Toscanelli argumentó en 1927 que la malaria la importarían a Etruria los compañeros de Tirreno, hijo del rey Atys de Lidia, los cuales, tras su emigración, al desembarcar en Vetulonia habrían contaminado con su sangre a los anofeles del lago Prilius en el siglo XIII a.C. A partir de aquí, las picaduras de tales mosquitos, ya infectados, habrían ido extendiendo la malaria hasta originar la extinción de los etruscos.

Tal punto de vista, indemostrable y no compartido por la Etruscología oficial, no se corresponde con la realidad. Incluso, a pesar de la negativa frase de Sidonio Apolinar, lo cierto es que los etruscos supieron abandonar los malsanos lugares costeros, situarse en el interior y allí edificar sus ciudades en enclaves totalmente ventilados, sobre lomas y escarpadas cumbres.

Otro aspecto relacionado con la higiene pública fue el tratamiento dado a las aguas, a las que, a fin de hacerlas potables, retuvieron en sucesivos pozos o aljibes con bases de fina arena, dispuesta sobre diafragmas porosos, para que decantaran las impurezas.

Asimismo, las casas contaron en su interior con apropiadas instalaciones sanitarias, canalizándose por su exterior las aguas residuales. En Roma, la *Cloaca Máxima* fue una obra etrusca, mandada construir, según Tito Livio (I, 51), por Tarquinio el Soberbio. Tal obra, *receptáculo de todos los desechos de la ciudad,* y de la que se pueden ver todavía hoy algunos tramos de su bóveda, muestra bien a las claras la preocupación por la higiene y la salubridad públicas.

La medicina

Es también a Diodoro de Sicilia (V, 40) a quien debemos la afirmación de que los etruscos, además de prestar excepcional interés a la cultura literaria y la adivinación, también tuvieron especial cuidado por la medicina (el autor emplea la palabra *physiologia)* y el arte adivinatorio.

Lamentablemente, hoy se sabe muy poco de la medicina etrusca, que hubo de descansar en supuestos empíricos y sobre todo mágicos, dada su mentalidad tendente a buscar causas sobrenaturales sobre lo que acontecía usualmente. Muy lejos quedó su práctica de los conocimientos que había alcanzado un discípulo de Pitágoras, llamado Alcmeón, natural de Crotona, quien hacia el 500 a.C. había efectuado las primeras operaciones de ojos. O de los del gran Hipócrates de Cos (hacia 460-380 a.C.), a quien se le atribuyeron numerosos escritos médicos *(Corpus Hippocraticum).*

Si hemos de hacer caso a unos pasajes conservados, de tipo médico, en una obra del etrusco *Tarquenna* (identificables con el famoso arúspice Tarquicio Prisco), los conocimientos médicos se movieron en parámetros verdaderamente rudimentarios, conectados con creencias teúrgicas. Varrón *(De re rustica,* I, 2) refiere una frase del citado *Tarquenna,* de quien fue coetáneo, relativa al modo de curar ciertos dolores de los pies. He aquí su remedio o fórmula mágica rítmica:

> Cuando a uno comienzan a dolerle los pies, si piensas en ti puedes curarlo. Yo pienso en mí, cura mis pies. ¡Tome la tierra la enfermedad, que la salud permanezca aquí, en mis pies! ¡Que se cante esto veintisiete veces, que se toque la tierra, se escupa y se cante en ayunas!

Se ha pensado que los dolores aludidos podrían ser debidos a un ataque de gota, aun cuando para aliviar esta enfermedad recurrieron a la práctica del termalismo, al que se aludirá después.

Han llegado igualmente, por vía latina, fórmulas para la reducción de fracturas óseas e incluso jaculatorias para favorecer la maduración y cura de los forúnculos, según señaló el patólogo clínico L. Sterpellone.

La farmacopea

Al decir de Teofrasto en su *Historia Plantarum* (IX, 15), Etruria fue *fecunda en plantas medicinales,* sabiendo obtener de ellas preparados farmacológicos curativos, analgésicos e incluso anestésicos. Tales preparados corrían a cargo de específicos y versados colegios sacerdotales, que poseían el secreto de su fabricación, si aceptamos lo dicho por Varrón. A tales afirmaciones, corroboradas por la representación de algunas plantas en las pinturas funerarias y vasculares, deben añadirse los testimonios de Plinio el Viejo *(Nat. Hist.,* VII, 2) y de su coetáneo, el médico griego Dioscórides *(De Materia médica,* I, 3).

Con ellas se supone que hicieron los más variados ungüentos, emplastos y preparados, con los que trataron de curar diferentes enfermedades. Por desgracia, su exacto uso medicinal se ignora.

Se tiene noticia de algunas plantas muy utilizadas en farmacopea, entre ellas, el efémero, lirio hediondo y venenoso, pero rico en tanino, alcaloides, fósforo y potasio, del que extrajeron sedantes, cicatrizantes y hemostáticos; el *millefolium* o milenrama, con cuyo jugo mezclado con grasa de cerdo se fabricaron pomadas para curar heridas y consolidar tendones; y la *typha,* muy abundante en las zonas húmedas y pantanosas, planta de la que se ignora qué ventaja medicinal se obtuvo de ella (¿astringente?).

Conocieron, en opinión de L. Sterpellone, los beneficios de otras muchas plantas y hojas. Entre ellas, el laurel para combatir las hemorragias, el catarro y la diarrea; el ciprés para la tisis; la hiedra para desinfectar y curar úlceras; el nardo como sedante e hipnótico; la amapola, también como sedante; el pino como cicatrizante, y el convólvulo, de efectos purgativos.

Servio *(Ad Aen.,* II, 787) recoge una cita de Varrón recordando que una pomada etrusca era capaz de curar las plantas de los pies quemadas por carbones ardientes. Plinio el Viejo *(Nat. Hist.,* XIV, 2), a su vez, dice que los etruscos usaban las semillas de lino para elaborar un fármaco. Por otra parte, del *triticum spelta* se obtenía una harina que mezclada con otros ingredientes (entre ellos, almidón etrusco) daba un producto muy querido como cosmético por las mujeres. El poeta Ovidio, como se indicó en el capítulo anterior, lo recuerda en sus consejos de belleza *(Medicamina faciei,* I, 53-65).

Con las resinas de diferentes árboles se fabricaron variados perfumes y pomadas aromatizadas. En Roma se solía vender una afamada «tierra de Etruria», especie de emplasto preparado con arcilla y cenizas, que se aplicaba a la piel.

El termalismo

Los etruscos combatieron determinadas enfermedades (entre ellas, las que afectaban a la piel, la cistitis, la artritis, la artrosis y otros reumatismos, la blefaritis, la gastroduodenitis, la hipertensión, la obesidad y la gota) mediante la práctica del termalismo, habida cuenta la riqueza de surgentes y manantiales en el país. Muy famosas fueron las *Fontes Clusini* —recomendadas al poeta Horacio por A. Musa, el médico de Augusto—, las *Thermae Caeretanae,* las *Aquae Volaterranae,* las *Aquae Apollinares,* las *Aquae Populoniae,* las *Aquae Passerianae,* las *Aquae Ardeatinae,* las *Aquae Nepesinae,* las *Aquae Tauri* y las *Aquae calidae ad Vetulonias,* todas ellas muy bien conocidas luego por el gran mundo romano, que no dudó en resaltar las virtudes particulares de algunas de ella, caso de una fuente cercana a Falerii que, según Plinio el Viejo *(Nat. Hist.,* II, 230), una vez bebidas volvían a los bueyes blanquísimos.

Las indicadas aguas, al parecer, se tomaban en baños, bebidas o en apósitos. Nada se puede decir acerca de la periodicidad de su uso ni tampoco de las instalaciones que se habrían construido en torno a las mismas.

Las enfermedades

En cualquier caso, se está muy mal informado acerca de las enfermedades y defectos físicos que hubieron de padecer. La plástica y las pinturas apenas han dejado representaciones alusivas a estos temas. Pueden citarse la figura del enano *Arntha,* acondroplásico, presente en la *Tomba François* de Vulci, en donde se le figuró junto a su señor, el noble etrusco *Vel Saties,* y también unos cuantos espejos (de Tarquinia conocemos dos que representan, respectivamente, las figuras patológicas de un hombre macrocéfalo y de otro jorobado y raquítico).

No debe olvidarse el motivo de los pigmeos combatientes, frecuente en las *kelébai* del grupo de Volterra y en algunas cráteras de columnitas del *Pittore di Hesione,* ceramógrafo volterrano del siglo IV a.C., que tanto pueden aludir a enanismo real como a luchas fabulosas imaginadas, ni tampoco las figuras de pugilistas de pronunciado vientre *(Tomba degli Auguri, Tomba del Citaredo, Tomba Cardarelli),* ni la serie de estatuas funerarias, hoy en los museos de Florencia, Chiusi y Volterra, por ejemplo, que figuran a otros tantos etruscos extraordinariamente obesos, reproduciendo claramente tal patología.

Se sabe por los estudios efectuados en Pontecagnano (Salerno) que la incidencia de la anemia alcanzó casi al 10 por 100 de la población, cifra que podría extrapolarse a todo el ámbito etrusco. Diferentes restos óseos de diversos lugares muestran señales de artritis, espondilitis, osteoporosis, polio e incluso tuberculosis.

Conectado con el problema de las enfermedades no deja de impactar el sarcófago de *Hasti Afunei,* hallado en Chiusi y hoy en el Museo de Palermo. Tal mujer, que vivió a finales del siglo III a.C., aparece —lamentablemente acéfala— vestida y recostada en la tapadera de su sarcófago. Asimismo, y con lujosos atavíos, vuelve a ser figurada en el mediorrelieve del frontis en el acto de despedirse de sus familiares, todos ellos singularizados con sus nombres: su padre *Larth Afuna,* su madre *Larthi Purnei,* su esposo *Vel Arntni,* su hermano *Larce Afuna,* y otros más (CIE, 1812). Tal vez,

Hasti Afuna, conocedora del final de sus días a causa de una enfermedad, recurrió a despedirse de sus seres queridos para así prolongar su vida en su propia familia. Por detrás de la difunta (lado derecho) aparece el demonio del Destino; en el otro extremo se ve la puerta de los Infiernos, entreabierta, en la que se halla *Culsu. Vanth* con su gran llave está vigilándola.

La esperanza de vida, en cualquier caso, fue bastante alta, calculada en unos 44 años para los hombres y en unos 47 para las mujeres de la Etruria meridional y en 41 y 40, respectivamente, en la Etruria general, de acuerdo con el material epigráfico y antropológico manejado (M. Nielsen). No faltaron tampoco casos de gente longeva, como el del soldado *Laris Felsnas,* que llegó a vivir 106 años.

La quema de seres vivos

Por el erudito romano Macrobio, perteneciente a la escuela del neoplatonismo, y que vivió a finales del siglo IV de nuestra era, tenemos la noticia *(Saturnalia,* III, 20) de que los seres animales y humanos nacidos con deformaciones físicas (catalogados como *prodigia)* eran quemados vivos. Aquella quema, sin embargo, debía efectuarse con arbustos y maderas consideradas *infelices.* Entre ellas, el higo oscuro, los árboles que daban bayas negras, el ciruelo y el arbusto espinoso.

Sacrificios infantiles

Otro asunto significativo —subrayado por M. di Fazio en un reciente estudio— es el relativo a si los etruscos efectuaron sacrificios infantiles, tan recordados en el mundo antiguo según las fuentes y aplicados a distintos pueblos.

Por Macrobio *(Sat.,* I, 7), antes citado, se sabe que Junio Bruto había puesto fin a los sacrificios de niños efectuados bajo el régimen de los Tarquinios, sustituyendo aquel ritual cruento mediante ofrendas de imágenes.

A esa referencia textual debe añadirse lo aportado por la Arqueología, que parece confirmar el rito de los sacrificios infantiles, si bien de modo muy poco significativo, dado que no se conocen hasta ahora deposiciones de niños en fase precedente a la dentición.

Sabemos que en la Etruria villanoviana fue generalizado el enterramiento de niños tanto en las necrópolis —aunque diferenciados de las deposiciones de adultos— como bajo el pavimento de las viviendas, costumbre que alcanzaría los tiempos históricos. En el caso concreto de Tarquinia, en su interior urbano se localizó un complejo monumental en el cual se hallaron algunas sepulturas infantiles fechables entre los siglos VIII y VI a.C. Aparecieron los restos con malformaciones de un niño de ocho años —albino y encefalopático— y cuatro neonatos o fetos (C. Chiaramonte Treré).

Dado el tipo de enterramiento de tal niño, se ha pensado en los *prodigia* a los que los etruscos tan atentos estaban. Tito Livio (XXVII, 11) recogió, entre otros prodigios, el nacimiento en Roma de un niño anormal —con cabeza de elefante— en el siglo III a.C., prodigio que sería expiado *etrusco ritu* con el sacrificio del neonato.

Los enterramientos de los niños tarquinienses eran pobres en ajuares, hecho explicable, bien por pertenecer a familias humildes, bien debido a su corta edad y no

estar integrados por ello en la comunidad. Los análisis antropológicos efectuados sobre los restos no determinaron ninguna muerte violenta, si bien ese hecho no aporta ningún dato concluyente sobre si fueron o no sacrificados.

Que se sepa los etruscos no representaron muertes violentas de niños en sus figuraciones. Incluso el motivo pictórico de una *oinochoe,* hoy en Orvieto, que recoge a dos mujeres sosteniendo a un niño desnudo y empuñando un cuchillo ha sido desestimado como representación de un sacrificio infantil, pues tal pintura puede ser interpretada míticamente (¿Orfeo niño dilacerado por las Bacantes?).

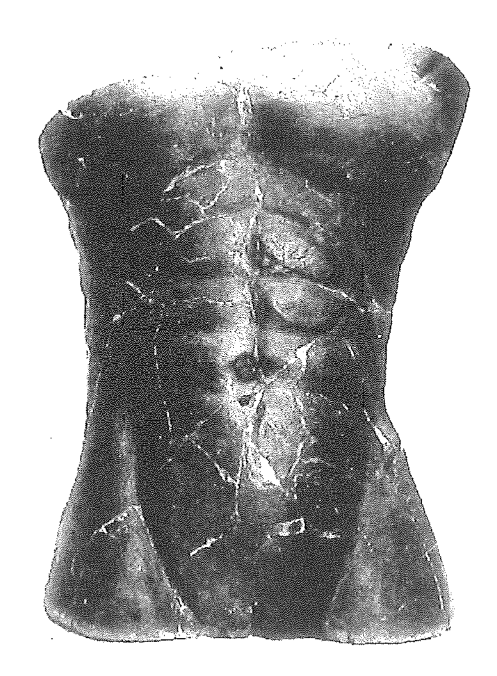
Conocimientos anatómicos

De acuerdo con los exvotos que nos han llegado, que modelaban partes del cuerpo humano (en última instancia se volvían hacia sus dioses pidiendo curación), puede afirmarse que los etruscos tuvieron rudimentarios conocimientos de la anatomía humana. Fabricados los exvotos en terracota y también, aunque menos, en bronce, mármol y metales preciosos, tales *donaria* estaban conectados con el concepto de «sustitución», a su vez relacionado con el de «enfermedad» como culpa que había que expiar. El valor último de los mismos era el de una ofrenda para obtener la curación o la protección frente a la enfermedad, fijada en la parte del cuerpo que se modelaba.

Las partes anatómicas más comúnmente figuradas fueron: tórax masculinos y femeninos, cabezas, ojos, orejas, nariz, lengua, senos, pies, manos, órganos genitales masculinos y femeninos, corazón, pulmones e intestinos. En algunos casos se trataba de exvotos poliviscerales por hallarse enfermo más de un órgano o por ignorarse la naturaleza de un mal, existente en alguno de ellos.

En numerosos lugares etruscos se han hallado tales exvotos, sobresaliendo por su interés un pequeño torso, conocido como «el hombre abierto» (hoy en el Museo Etrusco del Vaticano), en terracota, con una incisión torácico-abdominal que permite apreciar claramente los pulmones, el corazón, los riñones, el hígado, el estómago y el intestino de la persona que lo había dedicado.

También en el mismo museo se halla un tórax humano en mármol, en el que se marcan perfectamente el esternón y las costillas, si bien con claras imprecisiones anatómicas. Por otro lado, un torso viril, del que restan 75 cm de altura, hecho también de terracota y localizado en Portonaccio (Veyes), demuestra el dominio de su anónimo artista en la plástica de la musculatura abdominal y pectoral.



Torso en terracota. Veyes. (Museo de Villa Giulia, Roma.)

Como ejemplos poliviscerales, estudiados por M. Tabanelli, pueden aducirse aquí los 22 hallados en Bolsena (hoy depositados en Florencia) o los del Museo de Villa Giulia.

Las prácticas quirúrgicas

Los etruscos hubieron de practicar una cirujía muy primitiva, que les vendría al principio exigida por razones de guerra y que con el tiempo se aplicaría a todo tipo de incidencias quirúrgicas. Al parecer tales operaciones, entre ellas, amputar miembros, suturar heridas, detener hemorragias, reducir luxaciones, inmovilizar fracturas, extraer cálculos de la uretra y cuerpos extraños de los ojos, serían realizadas primeramente por personas del ámbito militar, sin conocimientos médicos, para terminar siendo realizadas por sacerdotes especializados.

En cualquier caso, prueba de su práctica es el modesto instrumental quirúrgico que ha llegado, fabricado en bronce y tal vez originario de Grecia (o hecho en Etruria por artífices griegos y quizá locales). El repertorio de piezas es realmente insignificante, reduciéndose a cuchillos, láminas cortantes, estiletes, pinzas de diferentes tamaños (algunas dentadas), bisturíes, lancetas, espátulas, varillas, cucharillas y sondas de distintas longitudes, con o sin orificios.

Un instrumento especial, no conocido quizá ni por los griegos ni romanos —sí por los egipcios—, fue el denominado *thumi,* consistente en un cuchillo de largo mango (algo más de 20 cm) y lama metálica muy plana, cortante y en forma de media luna. Con el mismo se efectuarían trepanaciones. Que sepamos, hasta ahora tan sólo se han localizado en tierra etrusca dos de dichos instrumentos, de bronce, al parecer venidos muy probablemente de Egipto y hoy conservados en el Museo de Chiusi y en el Museo Pigorini de Roma. Otros tres ejemplares, si bien con lama triangular y no de media luna, se hallan expuestos en Turín.

Asimismo, ha sido hallado un cráneo en una necrópolis de Pontecagnano (Salerno) con una trepanación en la región parietooccipital derecha, de unos 5 cm de lado, publicado en 1991 por G. Fornaciarii, juntamente con otros especialistas, y que constituye, que sepamos, el primer caso conocido de tal práctica quirúrgica. Efectuada en Campania en el siglo IV a.C. —fecha del cráneo—, es lógico que tal tipo de operación se conociese y practicase en otros puntos de Etruria.

La única escena de carácter quirúrgico representada se halla en un espejo (22,8 cm de altura), conservado en Bolonia y fechado en el siglo V a.C. La misma alude a una escena del ciclo troyano. En tal figuración se ve al héroe Filoctetes que ha sido herido en el calcaño por una serpiente, que está a sus pies. Tal héroe, apoyado en su lanza, está siendo curado por el médico Macaón, discípulo del dios de la medicina, Esculapio, que procede al vendaje de la herida. Al fondo de la escena, sobre una silla se hallan dos vasitos que contienen el medicamento antivenenoso.

En donde sobresalieron los etruscos fue en odontología, practicando prótesis y puentes dentales en los que empleaban hilos o laminitas de oro, coronas e incluso dientes postizos, según se ha podido deducir de una serie de restos de mandíbulas y dientes que fueron objeto de tratamiento odontológico. Así, un cráneo hallado en Città delle Pieve, cerca de Chiusi, presenta una laminita de oro que une todos los incisivos, caninos y premolares inferiores afectados por la piorrea alveolar; una prótesis, también de oro, que conserva todavía cuatro dientes, procedente de Palestrina, se

puede ver en el Museo de Villa Giulia de Roma. En este mismo museo se encuentra otra prótesis localizada en Satricum, destinada en su día a recibir cuatro dientes. Una mandíbula inferior, de Populonia, también tiene unidos los diez dientes anteriores con la misma técnica de la lámina de oro; otra mandíbula inferior con su correspondiente cráneo, de Falerii Veteres (hoy en Villa Giulia), estudiada por G. Baggieri, está protegida por una prótesis de oro formada por cuatro anillos cuadrangulares. En el Museo Nacional de Tarquinia se atesoran otras prótesis, elaboradas con diferentes anillos de oro, a modo de puentes, en algunas de las cuales todavía se conservan unas cuantas piezas dentarias.

Numerosas han sido las coronas dentarias halladas, elaboradas tanto en oro como en piedra, concha o esmalte. Incluso se han llegado a localizar piezas dentarias retocadas con dientes de animales. Los restos óseos hallados permiten saber que los etruscos sufrieron, además de piorrea y de paradentosis, también de caries, si bien esta última fue de escasa incidencia. Los estudios de los radiólogos G. Benssi y A. Toti (1959) sobre más de mil dientes de cráneos greco-etruscos (hoy en Spina) evidenciaron la escasa incidencia de la caries. A la misma conclusión llegaron N. A. Barnicor y D. R. Brothwell al analizar un total de 427 dientes de 32 cráneos etruscos del Museo del Hombre de París, indicando que tan sólo el 4,6 por 100 eran dientes cariados.

La música y la danza

Como se ha podido observar, la música, que los etruscos recibieron de los colonos griegos, se hallaba presente en muchas manifestaciones de la vida cotidiana, tanto de carácter privado (banquetes, bodas, ceremonias funerarias) como público (espectáculos, concursos deportivos) y estatal (desfiles militares, cortejos, culto religioso). Fue una música fundamentalmente instrumental abierta a todas las clases sociales y que, en opinión de algunos etruscólogos, evocaría cadencias y tonos del Asia Menor.

Aquella arraigada afición a la música se ha visto confirmada por los restos arqueológicos hallados, las pinturas de las tumbas y las abundantes referencias literarias, fuentes que nos han permitido conocer los instrumentos musicales empleados e incluso saber que en algunas ocasiones sus intérpretes y oyentes alcanzaron situaciones de éxtasis, como puede deducirse de un relieve de Chiusi.

La flauta y los flautistas

No sólo se interpretaba música durante las paradas y danzas militares, los banquetes y las ceremonias religiosas y funerarias; también sabemos por indicación de Aristóteles (FHG, II, 132) que los etruscos practicaban el pugilato, azotaban a los esclavos, amasaban el pan o preparaban las comidas al son de la flauta, evidentemente no con fines de ambientación o arte, sino para ritmar las fases deportivas y disminuir, en su caso, el esfuerzo físico de dichos trabajos. Tal cita tiene su confirmación en las pinturas, caso por ejemplo, de la *Tomba Golini I* de Orvieto (finales del siglo IV a.C.), en una de cuyas paredes se puede ver a un personaje trabajando delante de un flautista *(suplu, subulo).*

Según Servio *(Ad Aen.,* I, 67), en tiempos antiquísimos, Tirreno y Lido, con ocasión de una época de hambre y asedio, habían entretenido a su gente con música de



Música y danza. *Tomba dei Leopardi.* Tarquinia.

flauta y trompeta. El escritor hispanolatino Higinio, del siglo I, nos revela en su atribuida *Astronomía* (II, 17) que el propio Tirreno, extasiado por la música báquica, había caído al mar, en donde milagrosamente se convirtió en delfín.

Según otro relato, transmitido por el retórico prenestino Claudio Eliano (170-235) en su *Historia de los animales* (XII, 46), escrita en griego, se sabe que en las cacerías etruscas los jabalíes y los ciervos eran atraídos a las redes al son de la doble flauta *(diaulós),* flauta señalada por Ateneo (IV, 156a) como el instrumento musical nacional etrusco, que habrían copiado de Lidia.

También conocieron la flauta sencilla, de una sola caña cilíndrica *(aulós* en griego, *tibia* en latín), e incluso la flauta travesera, ésta representada en el hipogeo de los *Volumni* en Perugia. Las fabricaron con diversos materiales, entre ellos, la madera, el hueso y el marfil, acogiéndose a dos tipologías: *aulós* de tubos largos y estrechos —el del lado izquierdo de mayor longitud— y de formas cilíndricas, que obedecía a prototipos helénicos (caso de los ejemplares hallados en el pecio de la isla del Giglio), y *aulós* de formas cónicas y más reducidas, de tipo no helénico. Los sonidos agudos

(octava) y graves (bordón) de tales instrumentos se podían oír en todas las manifestaciones musicales etruscas.

Los *subulones* o flautistas, socialmente de la clase libre y verdaderos profesionales de la música, iban vestidos de modo especial, con largos *chitones* de mangas cortas *(Tomba degli Auguri)*, y portaban una banda de cuero en las mejillas para protegerse los labios *(phorbeia)*, como podemos ver, por ejemplo, en un relieve de Chiusi, hoy conservado en el Museo Barracco de Roma. En cualquier acto festivo, báquico, procesional o funerario, la presencia de tales músicos era cosa obligada. Lo fue también en los combates de boxeo, pues sus notas marcarían el comienzo de los mismos, así como sus diferentes asaltos. En los intervalos, los flautistas —es de suponer— entretendrían a los espectadores con sus músicas.

La imagen más significativa del «auleta» etrusco es, sin duda, la ofrecida en la *Tomba dei Leopardi*, de Tarquinia, que lo figura con los labios cerrados sobre la boquilla del *diaulós* y las mejillas fuertemente hinchadas debido al esfuerzo de la ejecución. Cada una de sus manos aguanta las correspondientes cañas del instrumento.

Las trompetas

Asimismo, en los enfrentamientos militares el sonido estrepitoso de las trompetas de bronce *(tyrseniké sálpinx, tyrrhenica tuba)* ayudaba a enardecer a los soldados etruscos y a atemorizar a los enemigos. Tal instrumento gozó de justa fama, hasta el extremo de que los grandes trágicos griegos (Esquilo, Sófocles y Eurípides) aludieron al mismo en sus obras. Sófocles en concreto, en su tragedia *Áyax*, no dudó en comparar la voz de la diosa Atenea con el sonido de una trompeta tirrénica *de broncínea boca*.

El propio Plinio el Viejo *(Nat. Hist.*, VII, 51), con evidente anacronismo, llegó a atribuir a los etruscos la invención de la trompeta, siendo *Pisaeus*, el hijo de Tirreno, su inventor. También Estrabón (VII, 2) consideró que los etruscos fueron los creadores de dicho instrumento. Esta idea fue repetida por muchísimos otros autores, entre ellos, Silio Itálico, Ateneo, Servio, Lactancio e incluso San Isidoro de Sevilla.

Por otra parte, hay que indicar que la trompeta estuvo presente en cuantos hechos militares desarrollaron los etruscos, comenzando por las batallas (Tito Livio, IX, 32) y terminando por las ejecuciones de prisioneros, sin olvidar las competiciones deportivas, en las cuales su sonido indicaría el comienzo y el final de las mismas.

En la Roma etrusca se celebraba dos veces al año una ceremonia durante la cual las trompetas eran purificadas *(tubilustrium* o *lustratio tubae)*.

Al igual que en el caso del *aulós*, los etruscos conocieron diversos tipos de trompeta que, obviamente, producían sonidos distintos, entre ellos, la *tuba* (trompeta recta), el *lituus* (trompeta alargada con extremidad curva) y el *cornu* (trompa circular). De estos tres tipos de instrumentos, el que producía sonidos, si se quiere, más desgarradores, era el *lituus*, tocado durante las guerras, las razias y los ataques piráticos. Su primera función, según R. Rebuffat, fue la de servir de comunicación entre las naves. Tal instrumento, fabricado de cobre o de hierro, pero con embocaduras de hueso y de, aproximadamente, 1,50 m de longitud, aparte de ser conocido por algunas pinturas (ánfora del *Pittore di Berlino)*, también lo es por haber llegado a nuestros días algunos ejemplares, como el existente en el Vaticano y el hallado en una *favissa* de Tarquinia, en el área sagrada de Pian di Civitá, fechable en el siglo VII a.C. Se ha supuesto que sólo la fuerza con que la boca impelía el aire sería capaz de determinar la diversidad de sonidos, siempre limitados.

La trompa circular o *cornu,* fabricada también en metal, se generalizó hacia la mitad del siglo IV a.C. La conocemos por una representación sobre un ánfora de figuras negras de Tarquinia, en la que un músico, tocando tal instrumento, se halla al frente de una tropa de hoplitas. También en una terracota arcaica (hoy en el Ashmolean Museum de Oxford), decorada con una escena de triunfo, se ve una trompa de pequeño tamaño. En la *Tomba Golini I* aparece la figura de otro *cornu.* Diferentes urnas de Volterra testimonian también la presencia de tales trompetas. El sonido de dicho instrumento hubo de ser parecido, quizá, al de una trompeta de nuestros días, aunque más grave.

Instrumentos de cuerda

Conocieron, asimismo, los etruscos algunos instrumentos de cuerda, entre ellos, la lira y la cítara, que solían tocar acompañando a la música de la flauta. Por lo general, estos dos instrumentos los solían tañer usualmente los hombres, tanto de condición libre (músicos oficiales) como servil (músicos domésticos). En casos muy especiales (danzas de animación), también las mujeres y los niños podían tocar dichos instrumentos de cuerda. Para su adecuado manejo empleaban plectros de hueso o marfil, y nos han llegado algunos de estos elementos auxiliares (la Colección Castellani del Museo de Villa Giulia de Roma conserva un interesante grupo de plectros).

Se sirvieron de diferentes tipos de liras, desde las más simples hasta las más complejas, sin olvidar el barbiton heptacordo *(Tomba del Triclinio* en Tarquinia, *Tomba della Caia* en Chiusi —ésta hoy perdida—), la lira de claves *(stámnos* de Caere, del siglo III a.C., hoy en Viena) y la lira disimétrica (sítula de la Certosa).

Respecto a las cítaras, conocieron dos tipos: la «cítara de cuna», llamada también «cítara de ojos» por el tipo de decoración, y la «cítara de concierto» o «gran cítara». Las primeras fueron tanto heptacordas (caso de la figurada en un relieve de Chiusi, hoy en Berlín, y en la *Tomba Golini I* de Orvieto) como hexacordas *(Tomba dei Leopardi* de Tarquinia). El musicólogo B. Lawergren ha mostrado los paralelos técnicos de este tipo de cítaras con las de Anatolia, además de señalar la escasez de ejemplares de tal tipo en Grecia.

La «cítara de concierto» sólo estuvo en uso hasta el siglo V a.C. Entre las representaciones que nos han llegado señalamos únicamente la existente en la *Tomba della Pulcella* de Tarquinia, de gran tamaño y con caja trapezoidal y de tipo heptacordo. Este tipo de cítara fue evolucionando a formas más simples hasta alcanzar cajas de resonancia de forma paralelepípeda (urna de alabastro de Volterra).

La música de lira y de cítara fue muy común, según J.-R. Jannot, en los banquetes, en los funerales (ceremonias de la *próthesis* y de la *ekphorá)* y en los llamados «ritos de puerta». Estos últimos tenían lugar delante de la puerta cerrada de la tumba o ante las falsas puertas del interior de las mismas, como puede verse en las figuraciones existentes en la *Tomba Cardarelli* o en la *dei Vasi Dipinti.* En cambio, en las escenas de danza, de juegos atléticos o teatrales no aparecen representadas ni liras ni cítaras.

Instrumentos de percusión

Entre los instrumentos de percusión, los crótalos fueron los únicamente empleados. Los hicieron de bronce, madera e incluso terracota y casi siempre fueron manejados por mujeres danzarinas, vestidas con ropas amplias y transparentes. Que sepa-



Ánfora con escena de música y danza. (Wurzburgo.)



Espejo con sonadoras de crótalos. (Staatliche Museen, Berlín.)

mos los etruscos no representaron tamboriles, ni címbalos ni sistros, lo que no significa que no los conocieran.

Roma no dudaría más tarde en contratar a músicos etruscos (los *subulones)* para que actuaran en sus ceremonias de sacrificios que se iniciaban con sonidos de flautas. Llegarían a crear su propio colegio de *subulones,* especializados en la música que acompañaba los sacrificios. También de los etruscos tomaron los romanos su música militar.

La danza

Por otra parte, la danza —junto con el canto y, por supuesto, la música— sirvió para alegrar las fiestas etruscas, ocupando un importante lugar en las ceremonias religiosas (culto), civiles (banquetes, bodas, funerales) y militares (danzas de duelo, danza de los escudos).

La danza etrusca hubo de diferenciarse muy poco de la griega, salvo en que ésta fue más gesticulante y en que la etrusca fue mucho más individualista, según refleja la documentación llegada, permitiendo así al bailador seguir el ritmo musical con mayor detenimiento y atención.

Tuvo en Etruria un origen ritual y religioso y fue tal su raigambre y prestigio que Roma no dudó —según narra Tito Livio (VII, 2)— en llamar a danzantes y mimos etruscos para apaciguar con el ritmo de sus movimientos a las enfurecidas divinidades, causantes de una terrible peste que en el año 364 a.C. diezmaba a los romanos.



Sítula de Bisenzio. (Museo de Villa Giulia, Roma.)

La danza, en cualquier caso, es uno de los motivos más populares del arte etrusco, y nos han llegado infinidad de manifestaciones en tal sentido. Las primeras representaciones de danzas estuvieron asociadas a contextos funerarios militares, tal como puede verse en el *stámnos* de bronce de Bisenzio, al que ya hicimos referencia. En el mismo se ven —recordemos— numerosas figurillas de hombres desnudos blandiendo escudos y armas con pasos rítmicos en torno a una bestia encadenada, que funcionaría como tótem o como símbolo —para otros— de la propia Muerte.

Una sítula, en plata dorada, del siglo VII a.C., con decoración y el nombre de *Plikaśna,* grabado dos veces, hallada en Chiusi y hoy en Florencia, presenta a dos guerreros en trance de saltar, precediendo a otros que marchan a caballo y a pie, componentes sin duda del ejército gentilicio-clientelar del propietario de la sítula. El tema central decorativo representa, sin embargo, un combate de boxeo con acompañamiento musical. Un vaso falisco-capenate, conservado en Hamburgo, y una de las *pyxídes* de marfil de la Pania (Chiusi), atesorada en Florencia, también recogen el motivo de la danza armada.

Sobre cerámica se figuraron infinidad de danzas de tal género, ambientadas en medio de combates fingidos y de procesiones con acompañamiento a veces de músicos. Por citar un par de ejemplos: el ánfora de figuras negras del siglo VI a.C. (hoy en el British Museum), anteriormente citada, del *Pittore di Micali,* y el ánfora del *Pittore dei Satiri Danzanti* (Karlsruhe, Badisches Landesmuseum), recogen entre sus escenas un grupo de figuras de danzantes acompañadas de músicos.

En otras ocasiones, en algunas pinturas de tumbas son sátiros (o Silenos) los que se hallan bailando en torno a determinados dioses o bien personajes que danzan al son de instrumentos musicales *(Tomba del Triclinio* y *Tomba dei Leopardi,* ésta muy famosa por tal motivo). En la *Tomba delle Baccanti* y en la *delle Fustigazione,* sonadores de lira y de cítara se hallan danzando con un entusiasmo tal que parecen presos de éxtasis (J.-R. Jannot). En la *Tomba delle Iscrizioni,* un «auleta» anónimo —¡el perro que aparece en la escena tiene nombre: *Aefla!*— ejecuta un paso de danza en medio de los participantes del banquete.

También han llegado representaciones de danzas a modo de ritos coreográficos, ejecutadas por mujeres que se golpean el pecho y se arrancan el cabello. Estas danzas de tipo funerario se hallan dirigidas y pautadas asimismo por una mujer que toca el *aulós.*

Sabemos también que los guerreros etruscos practicaban danzas militares rítmicas de carácter funerario, mágico y religioso, batiendo en ocasiones sus lanzas sobre los escudos.

Para G. Camporeale, el danzador armado hubo de tener el mismo rango social que los actores, atletas y bailarines en general. Serían profesionales, probablemente ligados hasta el siglo V a.C. a los señores ricos, para pasar a serlo con posterioridad a las autoridades de las ciudades.

La plástica también recogió numerosas escenas de danza y música. Bástenos citar algunas urnas funerarias de Chiusi con tal temática, realizadas por famosos escultores locales que supieron imitar el estilo jonio, y en las que se figuran hombres y mujeres bailando en solitario o en grupo (J.-R. Jannot no duda en aceptar la existencia de cuerpos de ballet) al son de la doble flauta.

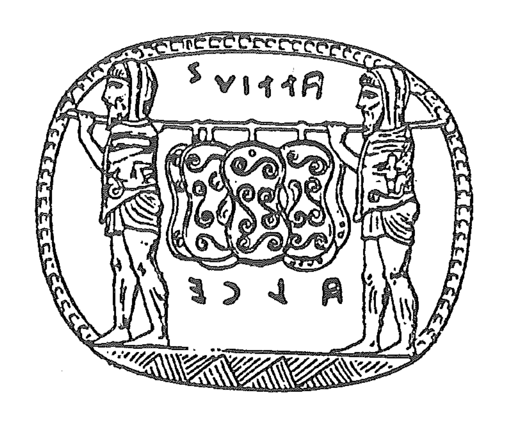
Tal autor, a propósito de dos relieves con temática de danza, labrados sobre una basa cuadrangular del Ny Carlsberg Museum de Copenhague, y otro relieve, de origen clusino, conservado en Florencia, insiste en tal idea, aceptada en buena parte por el estudioso J. G. Szilagyi.

La gema de Apio: ¿un rito saliar etrusco?

Una hermosa gema del siglo IV a.C., con la inscripción de *Appivs alce* (TLE, 777), del Museo Arqueológico de Florencia, muy parecida a otra, anepígrafa, conservada en Berlín, presenta una escena evaluada como una representación del *rito saliar,* cuyo



Danza etrusca. Urna funeraria de Chiusi.



Gema con un «ritual de los Salios». (Museo Arqueológico, Florencia.). (Tomado de M. Torelli).

desarrollo puede leerse en Dionisio de Halicarnaso (II, 70). Si se acepta esta hipótesis, Etruria habría conocido también la existencia de este colegio y de un rito similar al de los salios latinos.

En la gema se ve a dos personajes barbudos, vestidos con túnica corta sobre la que va un manto adornado con un tritón, en un caso, y con un capricornio en otro, descalzos, pero velados, que transportan seis escudos sagrados *(ancilia)*, pendientes de una pértiga que cargan sobre su hombro. Tal transporte, a través de la ciudad, dando pequeños saltos rituales *(saltatio, amptruatio)* al tiempo que se golpeaban los escudos, se efectuaba en Roma dos veces al año (marzo y octubre), señalando con el mismo el inicio y el final de un período bélico.

Dado el origen etrusco de la gema, no es impensable aceptar la existencia de aquel rito.

El humor etrusco

Al no haber llegado ninguna obra literaria ni tampoco referencias en las inscripciones etruscas a palabras conectadas con el humor, J. K. Whitehead se planteó en un interesante artículo, aparecido en 1996, la posibilidad de acercarse al humor de aquella civilización, aspecto de la vida cotidiana etrusca totalmente desconocido. A tal fin, dicha autora fue explorando en el arte etrusco cuantas escenas o figuraciones plásticas fueran susceptibles de ser interpretadas, bajo los condicionantes modernos, en clave de humor.

Espigando en paneles pictóricos (de la *Tomba Campana*, por ejemplo), en las decoraciones de ánforas (una del Pintor del Sileno) y de hidrias (de Caere), en algunos *askoi*, susceptibles de mostrar un lado cómico en sus perfiles más o menos exagerados, y en urnas cinerarias (la de Paolozzi, con cabezas de grifos de enormes genitales), la evidencia de un humor etrusco, incluso crítico, es innegable. Y esa evidencia se reafirma al examinar algunos temas míticos que decoraron determinadas cerámicas (como puede ser la hidria caeretana del llamado Pintor Busiris, del siglo VI a.C., hoy en Viena, en la cual se parodia una escena de Heracles) o al evaluar determinadas terracotas que figuran a Silenos y Ménades en posturas más o menos festivas o cómicas. Y, sobre todo, al contemplar algunas pinturas presentes en las tumbas (caso de las fuertes escenas eróticas de la *Tomba dei Tori* de Tarquinia), susceptibles de ser «leídas» bajo la ironía, la sonrisa o el humor, aparte de su posible significado apotropaico o mítico, conectado con la figura de Troilo.

Capítulo X

La vida cotidiana y lo trascendente

A pesar de la mala imagen de los etruscos imperante entre griegos y romanos, no debe olvidarse que muchos aspectos de sus costumbres fueron parecidos al estilo de vida de aquéllos y otros pueblos mediterráneos, caso, por ejemplo, de todo lo concerniente a los juegos atléticos y a los cultos funerarios. No debe olvidarse tampoco que Roma tomaría de los etruscos las formas más antiguas de sus famosos *ludi.*

Los etruscos supieron, en todo caso, elevar a la categoría de lo trascendente dos de sus formas cotidianas de vida: los juegos atléticos y las ceremonias funerarias. Y ello dentro del signo de lo sagrado, quizá el mayor elemento de cohesión social y política a lo largo del decurso histórico etrusco.

Juegos atléticos

En el siglo VII a.C., los juegos atléticos fueron cosa común en Etruria, según sabemos por la documentación arqueológica y por algunas referencias literarias. La fuente más antigua que habla de unos juegos en Etruria la constituye Heródoto (I, 167) al recordar cómo la Pitia de Delfos ordenó a los caeretanos realizar suntuosos sacrificios y juegos gimnásticos y ecuestres para expiar el lapidamiento con el que habían castigado a los derrotados focenses después de la batalla de Alalia.

Sin embargo, Tito Livio (I, 35), que vivió cuatro siglos después de Heródoto, recogió una noticia sobre juegos etruscos todavía mucho más antigua, al comentar cómo Lucio Tarquinio Prisco, tras lograr la victoria sobre los latinos, empleó las riquezas obtenidas en celebrar unos juegos, «más espléndidos que los organizados por sus antecesores». Asimismo, tal historiador recuerda que dicho rey trazó el recinto de lo que llegaría a ser en Roma el Circo Máximo, haciendo construir palcos, a los que se dio el nombre de *Foros,* para los senadores y los caballeros. Aquellos juegos consistían en carreras de caballos y en combates de atletas, «etruscos en su mayor parte, unos y otros».

Los juegos etruscos fueron, en líneas generales, muy parecidos a los griegos —los *agones*—, practicándose casi las mismas pruebas, de cuyas reglas y variantes nada sabemos. No obstante, específicamente etruscos fueron los juegos de la *Truia,* del *Phersu,* y el de las danzarinas con candelabro.

Motivo de los juegos

En general, si se acepta el tipo de documentos que nos han llegado, los juegos atléticos e hípicos se desarrollarían con motivo, sobre todo, de determinados funerales de la clase oligárquica y dirigente. Pero no deben ser limitados exclusivamente al ámbito funerario, puesto que también se celebraron manifestaciones atléticas organizadas tanto por las autoridades religiosas como por los dirigentes de los enclaves urbanos.

En el *Fanum Voltumnae,* el santuario nacional etrusco, se celebraron anualmente, primero con ocasión de la elección del rey o *lucumón* y luego, a partir de finales del siglo VI a.C., de la del *sacerdos Etruriae,* unos magníficos juegos deportivos y grandes festejos. Para H. S. Versnel, los juegos tendrían lugar en el transcurso de una fiesta que conmemoraba el Año Nuevo, parecida a la *Akitu* de Babilonia.

Un pasaje de Tito Livio (V, 1) informa también que una serie de juegos *(solemnia ludorum)* eran organizados regularmente por el conjunto de ciudades etruscas, al igual que hacían las *poleis* griegas con sus juegos panhelénicos, y a ellos acudían atletas y actores de diferentes ciudades.

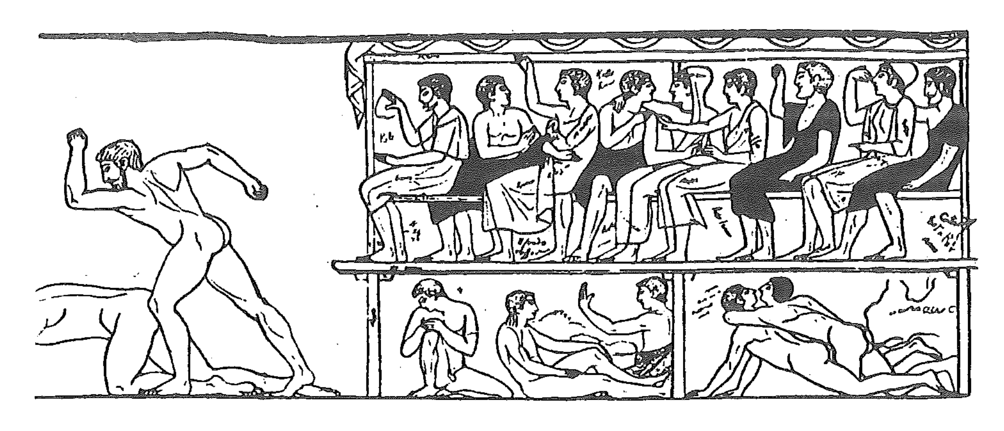
Lugar de celebración

Los juegos se celebrarían en pleno campo, en espacios dispuestos al efecto, no lejos de las zonas funerarias y, en su caso, de culto. En la *Tomba della Cuccumella* de Vulci se halló, en el centro de uno de sus túmulos de comienzos del siglo VI a.C., un ámbito rectangular que presentaba sobre tres de sus lados dos filas de siete gradas, espacio y disposición evaluados por su excavador U. Ferraguti, ya en 1929, como «una sala para ceremonias o espectáculos funerarios». Nos hallamos, por lo tanto, ante un ejemplo único de un *pequeño estadio privado,* de carácter gentilicio, que fue dedicado, en opinión de A. Hus, al héroe de la ciudad Aulo Vibenna.

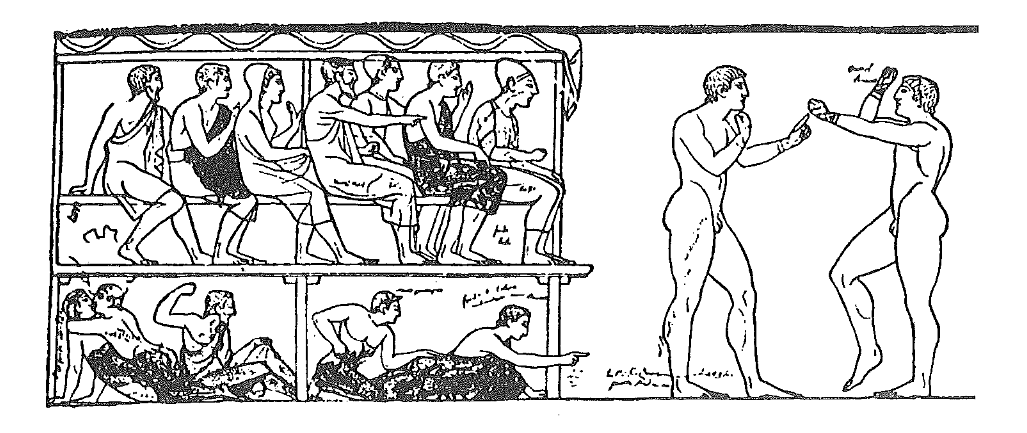
También en Blera se halló un espacio similar, cronológicamente un poco más antiguo, con gradas sobre dos de sus lados. Este espacio ha sido considerado por G. Colonna como el «teatro» más antiguo de Italia, área que se reservaría, sin duda alguna, para el desarrollo de juegos y danzas funerarias. Lo mismo cabe decir del edificio de comienzos del siglo V a.C. localizado en Caere. Sus restos han testimoniado que era de planta elíptica con gradas y a cielo abierto. Muy bien pudo ser lugar, entre otros usos funcionales, para practicar en él espectáculos y juegos.

Documentos figurados sobre los juegos

El documento figurado más completo sobre temática atlética etrusca quizá sea el que ha facilitado la *Tomba delle Olimpiadi,* de Tarquinia, descubierta en 1958, en cuyos frescos, estudiados por R. Bartoccini, C. M. Lerici y M. Moretti, se recogieron, además de un banquete funerario con personajes masculinos, varios motivos atléticos. Así, en la pared derecha se observan tres corredores a pie, un saltador de longitud y un discóbolo, y junto a ellos dos grandes vasos, el premio de los vencedores.



Atletas y espectadores. *Tomba delle Bighe.* (Museo de Tarquinia.)



Espectadores y atletas. *Tomba delle Bighe.* (Museo de Tarquinia.)

Asimismo, aparece el juego del *Phersu,* similar al de la *Tomba degli Auguri.* En la pared izquierda se hallan un par de pugilistas, en el contexto de una escena muy mal conservada, y una carrera de cuatro bigas, una de las cuales está fuera de la competición a causa de una caída espectacular.

Le sigue en importancia los juegos representados en la *Tomba delle Bighe,* que fue trasladada al Museo de Tarquinia, y en la que aparecen, además de banquetes y danzas, los juegos funerarios que se celebrarían en honor de su propietario ante unos espectadores acomodados en tribunas de madera. En los mismos participan tres aurigas y tres jinetes, varios púgiles, luchadores, discóbolos, además de un lanzador de jabalina. Aparecen también seis *agonothétai,* un *desultor* y otros atletas en reposo.

De no menor interés son los juegos que se pintaron en la *Tomba del Poggio al Moro.* Gracias a las copias que se pudieron hacer y a la descripción que de la tumba hizo G. Dennis, la Etruscología ha podido conocer el programa de juegos atléticos de su friso corrido. Los mismos, según J.-R. Jannot, constituían un espectáculo que se desarrollaba con ocasión de un banquete funerario.

En su lado derecho se figuró una carrera de bigas a gran galope, a la que seguía una danza guerrera. En uno de sus frontis, y por debajo de la escena del banquete, se representaron escenas de lucha y un discóbolo. En la pared izquierda aparecían acróbatas, una carrera de fondo, una danza ejecutada al sonido de crótalos, unos personajes participando en un juego que no ha podido ser definido claramente y un saltador. Aunque no apareció figurado ningún lanzador de jabalina, los expertos suponen que también formaría parte de la decoración pictórica.

Asimismo ha facilitado notable información sobre esta materia un gran número de vasos etruscos de figuras negras, entre los que citamos la célebre ánfora, atribuida al *Pittore di Micale,* del British Museum, pieza de finales del siglo VI a.C. y que presenta un festival atlético casi completo, con pugilistas, discóbolo, lanzador de jabalina, carrera de bigas, junto a otros personajes, danzarinas, sátiros itifálicos y dos árbitros (o quizá espectadores).

Lo mismo cabe decir de los espejos de bronce, algunos de los cuales se adornaron con escenas de juegos, prefiriéndose sobre todo el tema del combate entre Pólux, uno de los Dióscuros, y el gigante Amico, hijo de Poseidón.

Numerosas figurillas de bronce presentan un repertorio extenso sobre la temática atlética, sobresaliendo, entre ellas, los lanzadores de jabalina (caso del ejemplar de Caere, de 45 cm de altura, fechado hacia el 480 a.C., y hoy en París), los discóbolos y los atletas desnudos. También algunas gemas recogieron esta temática. P. Zazoff en un *Catálogo* y bajo la rúbrica «atleta» recogió 17 ejemplares. Tales gemas registran siempre un único personaje, portando un disco, una jabalina, pesas de gimnasia o estrigilos.

Párrafo aparte merecen las cistas de Preneste, algunas de las cuales llevan grabadas escenas conectadas con los juegos funerarios. Lo mismo cabe decir de algunas sítulas (entre ellas, las conocidas como *Benvenutti, Certosa* y *Arnoaldi).*

Los atletas

¿Quiénes eran los participantes en los juegos atléticos e hípicos etruscos? Para contestar a esta pregunta poseemos dos textos básicos: uno de Festo (340-42 L) y otro de Tito Livio (V, 1). De acuerdo con el primer autor, los participantes serían o podrían ser miembros de familias nobles (tesis que aceptan, entre otros, M. Pallottino, J. Heurgon y J. P. Néraudau). Si se sigue a Tito Livio, parece ser que prácticamente todos los atletas etruscos fueron esclavos, a imitación de lo que ocurriría en Roma (Cameron).

El texto de Festo alude al auriga Ratumenna (en etrusco, *Rathumsna),* vencedor de una competición en Veyes, en tiempos de Tarquinio el Soberbio. El de Tito Livio, a la interrupción violenta en el año 403 a.C. por parte de un rey de Veyes de unos juegos anuales *(ludicrum)* —evidentemente celebrados en el *Fanum Voltumnae*— al ordenar retirar a sus «actores» *(artifices,* en latín), casi todos los cuales eran esclavos suyos, de las competiciones deportivas. Aquella retirada fue debida a no haber sido elegido tal rey como «sacerdote» de la Liga etrusca.

El pasaje del precitado historiador latino revela, como ha matizado D. Briquel, la sociología del mundo de los juegos etruscos, totalmente diferente de la de los panhelénicos. A los primeros no acudían libremente los atletas siguiendo la llamada de sus ciudades, sino especialistas de condición servil, cuyo señor podía retirarlos de las competiciones cuando lo creyera conveniente.

En opinión de J.-P. Thuillier, la práctica del atletismo —salvo excepciones— no hubo de ser cultivada por las clases dirigentes etruscas, ni siquiera por las medias. Los componentes de dichas clases prefirieron siempre ser espectadores.

Variedad de premios

A los atletas o competidores victoriosos se les obsequiaba con trípodes hasta el siglo VII a.C. Luego, según testimonian las lastras de Murlo, el premio consistiría en un caldero de dos asas. Durante la etapa arcaica y clásica se recompensaría a los vencedores con grandes boles de bronce, según puede verse en el ánfora del *Pittore di Micali,* del British Museum, o en la *Tomba degli Auguri.* En un cipo funerario de Chiusi aparecen, como premio, tres ánforas situadas entre los pies de los corredores y en la *Tomba del Guerriero* diferentes tipos de vasos.

Hay que suponer que los premios no sólo se limitarían a esta categoría de objetos, sino que también pudieron haber sido de otro tipo, no recogido en las representaciones figuradas.

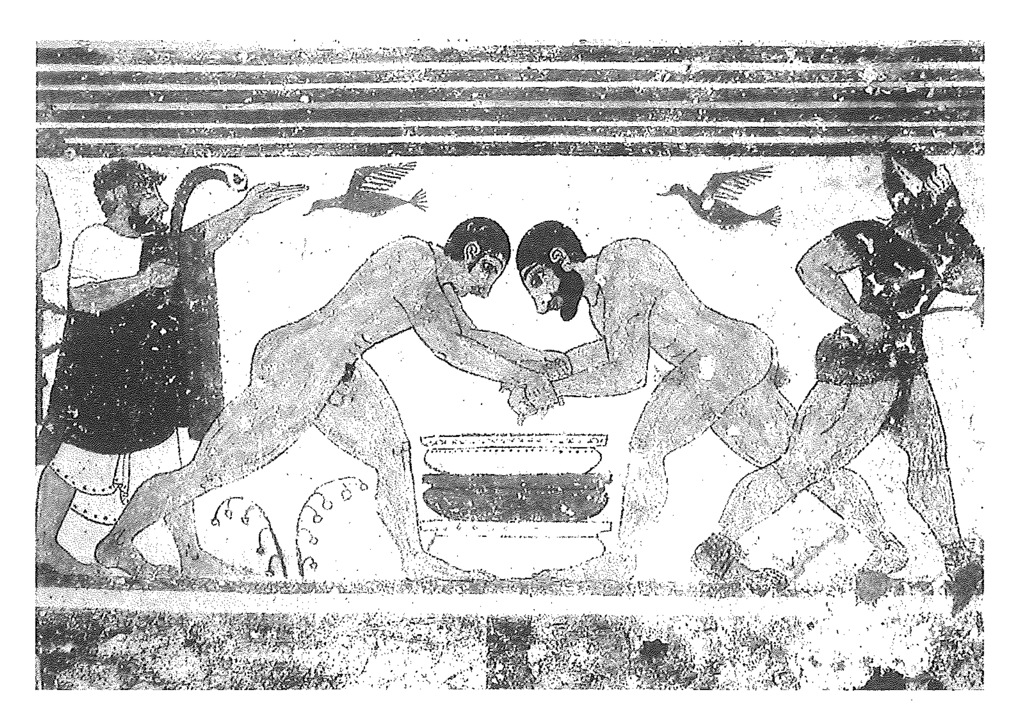
Los espectadores

Respecto a los espectadores debe indicarse que en muchas piezas ornamentales y en determinadas pinturas funerarias aparecen contemplando las pruebas deportivas. Se hallan sentados en gradas, generalmente de madera e incluso protegidas con cubiertas en algunos casos, como puede observarse en la *Tomba delle Bighe.* Las pinturas de esta tumba, fechadas en el 500 a.C. y atribuidas por F. Poulsen a un pintor griego, reflejan, en realidad, el ambiente de una palestra helénica en la que participan numerosos atletas y corredores de bigas. Muy interesantes son las tribunas representadas, provistas de bancos situados sobre estrados y ocupados por hombres y mujeres sentados según una jerarquía social. Lo que más llama la atención son las escenas eróticas *(symplegma),* protagonizadas por algunos espectadores, que tienen lugar al mismo tiempo que se desarrollan los juegos.

La lucha y el pugilismo

El espacio disponible en la *Tomba della Cuccumella* no permitía celebrar pruebas hípicas ni carreras, ni tampoco lanzamientos y saltos, pero sí la lucha y el pugilismo, los dos deportes más practicados y de mayor éxito en el siglo VI a.C., en autorizada opinión de J.-P. Thuillier, gran conocedor de los juegos etruscos.

Un vaso de *bucchero sottile* de Veyes (hoy extraviado) constituye un documento excepcional para estas especialidades deportivas, no sólo por su antigüedad (siglo VII a.C.), sino por llevar inciso dentro de una metopa un combate de boxeo, tema presente también en una basa y en un ánfora de Chiusi. En la basa, hoy en Florencia, se ve a un «auleta» y a tres pugilistas, totalmente desnudos y con un brazo en el aire, en actitud de danza. Igualmente, la hermosa *sítula de Plikaśna,* del siglo VII a.C., localizada en Chiusi —y a la que ya se aludió—, presenta como escena central un combate de



Pugilistas de la *Tomba degli Auguri.* Tarquinia.

boxeo con acompañamiento musical. En un ánfora, del siglo VI a.C. (hoy en Wiesbaden), se figura un combate de boxeo.

El tema del pugilismo aparece en las pinturas de diferentes tumbas *(Tomba Cardarelli, Tomba degli Auguri, Tomba della Scimmia, Tomba delle Olimpiadi, Tomba de Grotte S. Stefano,* etc.), al igual que en varias placas de bronce de cinturones, halladas en Casole di Elsa (Siena), así como en algunas estelas funerarias de Felsina.

También numerosísimos vasos cerámicos (pensemos en el ánfora del *Pittore di Micali)* fueron ornados con el tema del pugilismo. Los mismos se incorporaron como ajuar funerario en no pocas ocasiones, incluso depositándose en tumbas femeninas, caso, por ejemplo, de la *Tomba dei Vasi greci,* en la cual aparecieron ánforas del taller de Nicosthenes, decoradas con boxeadores y luchadores. Algunas piezas contienen inscripciones con el nombre de la propietaria *(Mi Culnaial* = «Yo [soy] de Culni»).

A diferencia del pugilismo griego, estos combates contaban con la presencia de flautistas, encargados de marcar con su música el comienzo de los asaltos o de amenizar los tiempos muertos entre ellos. Asimismo, estaban controlados por uno o varios árbitros *(tevarath)* y al vencedor se le recompensaba, como se ha señalado antes, con un premio.

Por otro lado, un bellísimo *dinos* del Museo de Arezzo, de finales del siglo VI a.C., muestra en su decoración a dos fuertes luchadores afrontados y en posición de iniciar el combate, al lado de machos cabríos. La *Tomba degli Auguri,* antes citada, presenta, asimismo, una pareja de luchadores y otra de boxeadores. Un grupo de bronces del siglo VI a.C., de Poggio Civitate (Murlo), ha facilitado también temática de luchadores. Muy prontamente toda esta temática se simbolizó bajo planteamientos

mitológicos, pasando a designar, a veces, el combate entre Peleo y Atalante, como demuestra un espejo etrusco del Vaticano.

Una inscripción existente en el monumento de los tesalios de Farsale, descubierto en 1894 en Delfos (se trata de una basa de caliza con una serie de ocho estatuas y ocho textos grabados sobre el zócalo), recoge la presencia, entre los años 490-480 a.C., de un luchador etrusco —*el hombre más fuerte de los tirrenos*— que, sin embargo, había sido derrotado y muerto en un combate por un tal Telémaco. Se ignoran los detalles del porqué de la estancia de tal etrusco en Delfos, aunque no sería aventurado suponer, como lo hace J.-P. Thuillier, que habría acudido a tal localidad griega a participar en algún combate de exhibición o enrolado en un equipo de luchadores para disputar combates abiertos entre Etruria y Grecia.

Los luchadores practicaban su deporte totalmente desnudos y en algunas ocasiones iban sólo con un suspensor. Las manos estaban protegidas con manoplas o cintas de cuero enrolladas alrededor de las mismas y de la muñeca, dejando los dedos libres *(Tomba della Scimmia)*. A veces se enrollaron con las indicadas cintas de cuero únicamente los dedos, pero dejando libre el pulgar, como puede verse en la *Cista Ficorini.*

Carreras de carros y de caballos

Las carreras de carros consistieron básicamente en competiciones de bigas, trigas y cuadrigas, diferenciándose las mismas, de acuerdo con el material llegado, no sólo por el número de caballos (2, 3 y 4), sino también por las vestimentas de los aurigas, las riendas y la tipología técnica, según se tratara del tipo de carro arrastrado. Un *ánfora póntica,* conservada en Múnich, de la mitad del siglo VI a.C., contiene el documento más antiguo de este tipo de competición, recogido también en algunas sítulas, junto a otras escenas de lucha o de costumbrismo, y en las pinturas de algunas tumbas.

La figuración de aquellas carreras presenta, en opinión de R. C. Bronson y A. Azzaroli, indudables analogías con la tradición griega; sin embargo, en Etruria tuvieron algunas diferencias específicas, siendo la más significativa el lugar de competición, que no era otro que el propio campo abierto.

De acuerdo con las representaciones de la *Tomba delle Olimpiadi* de Tarquinia, y la *Tomba del Colle,* en Chiusi, los competidores debían alcanzar una meta, indicada mediante una columna o palo que debían traspasar para volver al punto de partida. Las pinturas con esta temática son muy vivaces, pues en ellas se ha logrado captar la velocidad, las caídas que se producían (caso del auriga que cae dando una voltereta en el aire, de la *Tomba di Poggio al Moro* de Chiusi), la tensión de los propios aurigas —algunos aparecen con la cabeza vuelta escrutando la situación de la carrera—, los latigazos que propinan a sus caballos, etc.

Las carreras de bigas —las más populares— tuvieron continuidad, como es sabido, en tiempos romanos. Por ejemplo, en época de Cicerón, en el gran circo de Roma llegaron a correr cuadrigas propiedad de Aulo Caecina, heredero de una rica familia patricia de Volterra, quien para anunciar a sus amigos de aquella ciudad el resultado de las carreras dejaba escapar golondrinas, traídas a Roma desde la propia Volterra, pintadas con los colores del partido ganador (Plinio el Viejo, *Nat. Hist.,* X, 71).

Las carreras de trigas, éstas específicamente etruscas, han podido ser documentadas gracias al hallazgo de series de tres bocados idénticos de caballo en algunas tumbas, así como por algunas representaciones plásticas, entre ellas, el relieve de un cipo funerario (75 cm de longitud × 31 cm de altura), decorado con una competición de carros arrastrados por tres caballos que guían expertos aurigas. Tal relieve, de Chiusi, perteneciente al último momento del período arcaico, se halla conservado en el Museo de Palermo.

Varios autores clásicos (Festo, 340-42 L; Plinio el Viejo, *Nat. Hist.*, VIII, 161; Plutarco, *Publícola*, XIII) se hicieron eco de la saga del auriga Ratumenna, recordado aquí en páginas precedentes, quien, tras vencer con su cuadriga en Veyes, no dejó de frenar sus caballos hasta arribar al Capitolio de Roma, en donde fue derribado y muerto en tiempos de Tarquinio el Soberbio. Asimismo, con caballos se practicaron ejercicios medio acrobáticos, medio deportivos, consistentes en saltar de uno a otro en plena carrera *(desultores)*, como puede verse, por ejemplo, en la *Tomba della Scimmia*, ejercicios que luego tomarían los romanos.

Las carreras de caballos montados también fueron usuales, como lo demuestra una lastra de terracota de Murlo, estudiada por M. C. Root en 1973, en la que se ve a tres *jockeys* en fila montando a pelo sus caballos, representados —como ha señalado D. Briquel— «en la posición tradicional, pero inexacta del galope al vuelo», esto es, con las cuatro patas extendidas a la vez. También el tema quedó plasmado en pinturas de diferentes tumbas *(Tomba delle Bighe, Tomba delle Olimpiadi*, por ejemplo).

Lanzador de jabalina. (Museo del Louvre.)

Lanzamiento de disco, jabalina y peso

Estas tres especialidades del *péntathlon* griego no fueron muy practicadas en Etruria, aunque dos de ellas ya aparecían reflejadas en la *Tomba delle Olimpiadi* y en la decoración de un ánfora del *Pittore di Micali*, conservada en el British

Museum. Han llegado, sin embargo, bastantes figurillas de bronce representando a discóbolos etruscos, en su mayoría del siglo V a.C., si bien dispuestos en posiciones estáticas, apenas sin movimientos atléticos. No ocurre así en las pinturas sobre cerámica, caso de dos célebres *hydriai,* halladas en Orvieto (una conservada en tal localidad y otra en Viena), con la figuración de sendos discóbolos, de bastante calidad gráfica.

Por lo que respecta al lanzamiento de la jabalina —arma también de carácter guerrero—, poseemos representaciones de tal prueba atlética no sólo en la precitada ánfora del *Pittore di Micali,* sino también en singulares bronces, como el del *Lanzador de jabalina,* hallado en Caere y hoy atesorado en el Museo del Louvre que, aunque ha llegado sin su brazo derecho y sin la jabalina, constituye una excepcional obra, dada la calidad de su diseño y ejecución plástica. Este tema del lanzador de la jabalina también aparece en las pinturas de la *Tomba della Scimmia* de Chiusi y de la *Tomba del Guerriero.*

Una estatuilla de bronce de finales del siglo V a.C., conservada en el Museo Cívico de Bolonia, permite aventurar también la práctica del lanzamiento de peso. Al tratarse de un *unicum,* debe deducirse que tal deporte contó con muy pocos seguidores.

Carreras de velocidad y de fondo

Los etruscos practicaron también las carreras a pie, pero no las disputaron, al parecer, en estadios deportivos, puesto que hasta el momento presente la Arqueología no ha detectado ninguno de ellos en ciudades etruscas. Debemos suponer que tendrían lugar en sitios preparados para la ocasión. Dichas carreras, de acuerdo con la información figurativa que nos ha llegado, fueron de velocidad y de fondo y, en algunos casos, ambas a la vez.

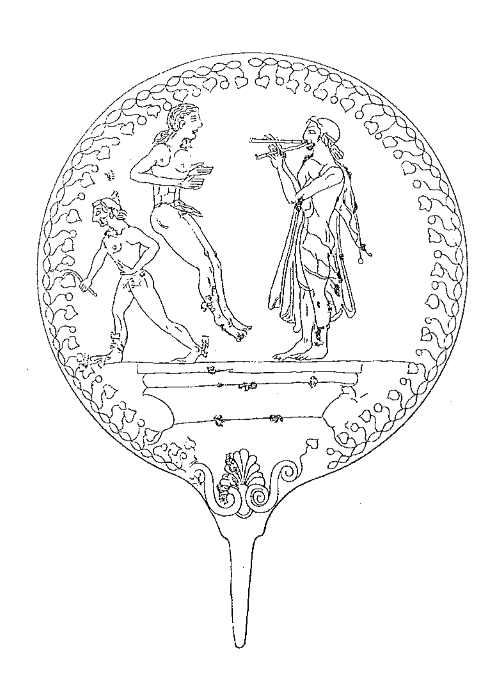
Las representaciones permiten precisar, al examinar con detalle la postura de los brazos y piernas de los competidores, si se trata de corredores de carreras de una o de otra especialidad. El esfuerzo nervioso y contenido denota a los velocistas, mientras que una mayor musculatura y disposición reposada señala a los fondistas.

La más interesante representación etrusca de una carrera a pie se halla en la *Tomba delle Olimpiadi* de Tarquinia, que figura una prueba de velocidad. Asimismo, en Chiusi, en dos tumbas hoy perdidas (Poggio Gaiella y Poggio al Moro), se figuraron también carreras pedestres. En las copias que se pudieron hacer se ve la salida de la carrera, con los participantes dispuestos en la misma línea, esperando la señal de partida que va a dar un árbitro *(tevarath,* en etrusco) situado ante ellos. La disposición de los atletas hace presumir que se trata de una carrera de fondo.

Asimismo, un cipo de Chiusi presenta de modo muy claro tal tipo de competición, que se repitió en numerosas cerámicas (ánforas de figuras negras de Tarquinia) y en espejos de bronce.

Salto de longitud

Otro deporte practicado fue el salto de longitud, pero en la modalidad de salto estático, sin impulso previo, o si se quiere, a pie juntillas, según han revelado un espejo de Chiusi y una gema conservada en París.



Salto de longitud. Espejo de Chiusi.

Otros deportes

Poco puede decirse de los deportes acuáticos etruscos. Conocemos la célebre escena del hombre que se zambulle en posición vertical, saltando desde un roquedo a las aguas, figurado en la *Tomba della Caccia e della Pesca* de Tarquinia, obra de un artista jonio que la plasmó hacia el 530 a.C. Asimismo, algunos pequeños bronces representan a nadadores.

Los juegos gladiatorios

Los etruscos no eludieron tampoco algunos juegos violentos, como la lucha de hombres contra animales salvajes y de hombres contra hombres, que luego tendrían su reflejo y continuidad en los juegos gladiatorios romanos, que fueron ante todo espectáculo cruento.

Tal vez los mismos serían vistos, en un principio, como sustitución de ancestrales sacrificios efectuados en el sepulcro del difunto, frente a él o en sus cercanías, si se acepta la opinión de Tertuliano *(De Spect.,* XII, 2-3) y de Servio *(Ad Aen.,* X, 519), o como verdaderos juegos funerarios no sacrificiales *(officium mortuorum honore debitum).*

Curiosamente, ningún combate de gladiadores se ha atestiguado en Etruria para una época alta, ni tampoco las investigaciones históricas (G. Ville) han determinado que tales combates fueran de origen etrusco. El supuesto origen etrusco se ha mantenido al aceptar determinada historiografía algunos pasajes de fuentes clásicas tardías —Nicolás Damasceno *(Frag.* 84 y en *Athen.,* IV, 153 y ss.), Tertuliano *(Ad Nat.,* 1, 10) e Isidoro de Sevilla *(Orig.,* X, 247).

Se sabe que las primeras figuraciones de gladiadores se documentan en monumentos oscos y samnitas, pueblos a los que se les puede atribuir la paternidad de tales combates, dado que de la guerra habían hecho su principal medio de subsistencia al enrolarse como mercenarios, primero en ejércitos etruscos y siciliotas y luego romanos.

Sin embargo, están documentados en Etruria a finales del siglo VI a.C. en diferentes pinturas de algunas tumbas *(Tomba degli Auguri, Tomba delle Olimpiadi, Tomba del Cardinali),* y en los relieves de diversas urnas.

Por otro lado, los combates gladiatorios, que se celebraron por primera vez en Roma en el año 264 a.C., con ocasión de los funerales organizados por el cónsul Décimo Junio Bruto y sus hermanos en honor de su padre Décimo Junio Pera (Tito Livio, *Epit.,* 16) —y en donde lucharon tres parejas de gladiadores en el Foro Boario—, acabarían por convertirse en un espectáculo público a partir del año 105 a.C., bajo el consulado de P. Rutilio Rufo y C. Manlio.

Elementos conectados con los juegos

Estamos muy mal informados acerca de numerosos elementos en torno a la infraestructura y material de los juegos etruscos. Que se sepa, hasta la fecha no ha aparecido en territorio etrusco —como se ha señalado anteriormente— ningún resto de estadio, circo o gimnasio, salvo el pequeño espacio con graderío de la *Tomba della Cuccumella* o el rectangular, también con gradas, de Blera y los restos del edificio a cielo abierto de Caere.

Lo mismo cabe decir del instrumental atlético empleado, prácticamente inexistente. Sabemos, por otra parte, que determinados atletas utilizaron el aceite para ungirse el cuerpo y también los árbitros para entregarlo como premio a los vencedores.

Algunos deportes los practicaron totalmente desnudos o en todo caso provistos de perizomas y de suspensores *(Tomba delle Olimpiadi).* Una estela de Felsina (hoy en Bolonia) figura a unos boxeadores cubiertos con un faldellín plisado que les llega a las rodillas. En otras representaciones van provistos de un taparrabos o calzoncillos. En muchos casos (cipo de Chiusi, *Tomba degli Auguri, Tomba della Scimmia,* vasos cerámicos), los atletas aparecen «infibulados», es decir, preparados tras una pequeña mutilación sexual para practicar determinados deportes sin riesgos.

La *infibulatio* fue una costumbre singularmente griega (W. E. Sweet) y los pormenores de su operación se conocen gracias a un texto de Celso *(Tratado de Medicina,* VII, 25). Consistía en horadar mediante una aguja el prepucio en dos puntos por los que se hacía pasar —para sujetar el pene— una cuerdecilla, la cual, a su vez, se fijaba a la cintura.

Un vaso griego, obra de Eufronios, hallado en Capua y hoy en Berlín, y otro, atribuido a Peithinos, localizado en Tarquinia, reproducen la escena de la *infibulatio:* el acto de hacer pasar por el prepucio del pene la cuerdecilla que luego el atleta fija a su cintura. Para Etruria tenemos el ejemplo en un espejo de bronce, hoy en Viena, en el que uno de los dos gimnastas está en trance de «infibularse».

Celebraciones funerarias

La serie de fiestas celebradas tanto a nivel privado como en honor de los dioses o bien con ocasión de determinados funerales fueron, asimismo, un buen pretexto para que las familias de la nobleza y de las clases ricas obsequiasen a sus amistades con copiosos banquetes y, en su caso, deslumbrantes espectáculos, que las pinturas de algunas tumbas, numerosos cipos, estelas, lastras y urnas cinerarias recogieron con todo lujo de detalles. A ello deben añadirse los variadísimos utensilios de cerámica (hornillos, cálices, copas, platos, cucharas) y de metal empleados en la preparación y desarrollo de tales banquetes, dejados luego en las tumbas como componentes del ajuar funerario (caso del servicio portaviandas, probablemente de Chiusi, formado por diez piezas), inequívoca señal del prestigio personal del difunto y dispuestos para una posterior celebración.

En la etapa orientalizante, aquellos banquetes y espectáculos definían el estatus de las grandes familias etruscas que no tenían inconveniente en enterrar copiosos bienes de lujo y riqueza junto a sus difuntos. Aunque dichos bienes, atesorados en las tumbas, sólo iban a tener función religiosa —y en ningún caso económica—, a la nobleza poco le importaba. Le bastaba con que los familiares los vieran en el momento del sepelio o en los periódicos banquetes que se iban a celebrar o que la opinión pública tuviera noticia de la cuantía de los mismos.

En épocas posteriores, a partir del siglo V a.C., y aunque al parecer no se dictaron leyes antisuntuarias, la propia marcha económica hizo que disminuyera el lujo de las necrópolis y de las singulares tumbas, si bien siempre se mantuvo la diferenciación de la riqueza reflejada externamente en las tipologías arquitectónicas. Lo mismo cabe decir de los banquetes (restos en la tumba «A» de Casa Nocera, en Casale Marittimo), espectáculos y juegos que habían ido tomando carta de naturaleza ya desde la etapa villanoviana. Juegos que quizá tengan su prueba en un *dinos* del Museo de Los Ángeles y en el carrito de bronce, que ya conocemos, de la necrópolis de Olmo Bello de Bisenzio, en el cual M. Torelli ve «todos los elementos de la ideología de la naciente aristocracia etrusca, la guerra (con su reproducción para el ritual funerario en los juegos gladiatorios) y la caza».

En cualquier caso, sabemos que dichos banquetes tenían lugar, por lo común, en el interior de las tumbas, si éstas tenían capacidad para ello, o bien se celebraban frente a la fachada de las mismas, que se adornaban con cintas y guirnaldas, o bien bajo una tienda levantada para la ocasión o, sin más, al aire libre. Eran servidos por esclavos y esclavas de deslumbrante belleza y en los mismos participaban en pie de igualdad hombres y mujeres, quienes, cubiertos con coronas de hojas y flores, tendidos en lechos y, luego, a partir del siglo V a.C., sentados, daban buena cuenta de las carnes, hortalizas, frutas y vino dispuestos al efecto.

Estas comidas, que aun contando con la *próthesis* (exposición) del difunto, debían transcurrir en animada conversación, estaban amenizadas con música y bailes, que



Escena de banquete etrusco.

corrían a cargo también de siervos, como han testimoniado, por citar unos pocos ejemplos, las lastras de la *regia* de Murlo o las figuraciones de la *Tomba della Caccia e della Pesca* y de la *Tomba del Vecchio,* ambas en Tarquinia, o la *Tomba Golini I* de Orvieto.

Los funerales y los cultos funerarios

Son también las pinturas y los relieves de las tumbas —no han llegado textos— los que nos informan acerca de los funerales que celebraban los etruscos de condición rica. De acuerdo con tales fuentes, se ha supuesto que, sobrevenida la muerte, el cadáver de la persona, previamente lavado, ungido y vestido, era trasladado junto a su tumba. Allí quedaba expuesto (cipo de Chiusi con la figuración de la *próthesis,* hoy en el Museo Barracco de Roma) bajo un pórtico o en una tienda levantada al efecto, durante varios días, en general, los suficientes para que los parientes —incluso los que vivían lejos— pudieran acudir a las ceremonias funerarias. En Roma, aquella exposición del cadáver duraba nueve días.

Tras haberle elogiado públicamente, los más íntimos y allegados desfilaban ante los restos mortales del finado: los hombres se llevaban las manos a la frente en señal de duelo y las mujeres se lamentaban o portaban perfumes, al tiempo que unas lloronas, tanto de la familia como, en ocasiones, profesionales, se mesaban los cabellos, gritaban y gesticulaban ostensiblemente (estatuillas de *bucchero* del *Tumulo di Poggio Gallinaro,* de Tarquinia). Luego, se iniciaba una procesión que abrían dos flautistas; tras ellos seguían los familiares más directos, dos de los cuales tiraban del carro fúnebre, escoltado por llorosas mujeres. Detrás caminaban los demás parientes y el resto de las mujeres; otros dos flautistas cerraban el cortejo. El rito del traslado fúnebre *(ekphorá,* en griego) sería de gran solemnidad, si nos hacemos eco de lo dicho por Polibio (VI, 53) al hablar de la tradición romana republicana referente a tal asunto.

Aunque no nos han llegado representaciones del acto puntual del entierro, se ha supuesto que, en caso de incineración, el cadáver (modalidad usual en la Etruria interior) se llevaría directamente a una pira y tras la cremación se depositarían las cenizas en una urna, por lo general, antropomorfa, que se colocaba en la tumba; si se escogía la inhumación (que fue la práctica corriente en la zona costera meridional), el cadáver se introduciría directamente en un sarcófago de cerámica o de piedra, orientado, como era usual, hacia el oeste, que pasaría a ocupar el lugar asignado en la tumba o panteón familiar. A continuación del entierro tenía lugar el banquete, las danzas y los juegos funerarios, todo ello en las cercanías de la tumba. Junto a los restos mortales del finado se depositaban los vestidos y las joyas personales, armas, instrumentos variados e incluso manjares y bebidas, así como el carro mortuorio y el lecho de la *próthesis,* según se sabe por lo hallado en la *Tomba Regolini-Galassi.*

En la tumba, una de las almas del difunto —en opinión de A. J. Pfiffig y de otros autores, los etruscos creyeron en una dualidad anímica— permanecía junto a sus cenizas o junto a su cuerpo, disfrutando de lo que allí habían dejado sus parientes, siendo necesario, sin embargo, para su inmediata revitalización y para que su entidad como ser continuase de algún modo presente, que se le ofrecieran banquetes *(Tomba della Scofra Nera, Tomba del Triclinium, Tomba del Letto Funebre,* etc.), con alimentos muy concretos, entre ellos huevos y granadas, especialmente, creídos regeneradores. Una de estas granadas fue localizada en una *phiále* de una tumba de Casale Marittimo. También se le dedicaban juegos funerarios, que se solían repetir con determinada periodicidad.

Como epílogo de los funerales, se celebraban juegos variados y espectáculos, según se acaba de decir, costeados por la familia del difunto, y en los que solían participar atletas asalariados e *histriones.*

Los dos personajes de la *Tomba degli Auguri,* figurados en el acto de efectuar un gesto de saludo y de lamentación en dirección a la falsa puerta pintada en la pared (¿la Puerta de los Infiernos?), se hallan calificados en sendas inscripciones como *apas tanasar* (TLE, 82) y *tanasar* (TLE, 83), respectivamente. Tales conceptos equivalen, según algunos especialistas, a «histriones de la cosa fúnebre», lo que indica —en el supuesto de que sea así— que eran personas que actuaban a sueldo. De ello se infiere que algún motivo, conectado con el *éthos* aristocrático, impediría a los familiares del difunto participar en actos, gestos o juegos considerados inapropiados para las familias de rango social elevado. Sin embargo, sí podían tomar parte en los banquetes funerarios, que se hacían extensivos a la totalidad de los familiares.

Elegido un lugar apropiado, en él se celebraban los juegos atléticos antes descritos: carreras de bigas, trigas y cuadrigas, así como competiciones atléticas de diferentes especialidades y algunos juegos de raigambre puramente local, caso de la *Truia,* del *Phersu* y de algunas danzas específicas.

a) La *Truia*

Gran interés hubieron de alcanzar las carreras de caballos en laberínticas pistas. Una de éstas, citada por el poeta Virgilio *(Eneida,* V, 545 y ss.), fue la *Truia* (en latín, *lusus Troiae),* consistente en la competición de dos jinetes armados, y acompañados por soldados de infantería, que debían recorrer un trayecto en forma de laberinto. Una *oinochóe* de Tragliatella, pieza ya citada con anterioridad, fechable a finales del siglo VII a.C., testimonia el origen etrusco del indicado juego.

Aunque este origen fue discutido por K. W. Weeber, quien basándose en la inscripción *Truia* lo conectaba con la Troya asiática, la mayoría de especialistas lo aceptan como totalmente etrusco. Por su parte, A. Alföldi lo conecta con la creación de la caballería romana por los dinastas etruscos establecidos en Roma. Tal autor ve en la precitada *oinochoe* el documento más antiguo que testimonia la creencia de los etruscos en su origen troyano. Para G. Capdeville, el nombre *Truia* designaría la parada militar y el lugar (o sólo el lugar) donde se desarrollaba la misma, en atención a que tal vocablo puede derivar o conectarse con *truare, antruare, amptruare* y *redamptruare,* términos para describir, en el ritual de los salios, el movimiento de la danza (Festo, 334, 19 L).

El juego de la *Truia* sería practicado en el mundo romano durante buena parte del siglo I a.C. por jóvenes de familias nobles. Se celebró con Sila y repetidamente con César y Agusto con motivo de diferentes circunstancias (presentación de jóvenes guerreros, entierros, *ludi saeculares,* fundación de ciudades).

b) El *Phersu*

Otro de los espectáculos de carácter funerario —y en verdad sangriento— fue el combate de gladiadores, al que ya se hizo referencia, que finalizaba con la muerte de uno de los contendientes, espectáculo que renovaba la antigua y bárbara costumbre

de sacrificar a los prisioneros de guerra y que en el 264 a.C. sería introducido en Roma —como se dijo— por el cónsul Décimo Junio Bruto con motivo de los funerales de su padre.

J. Heurgon sostuvo hace años que no existieron *stricto sensu* representaciones etruscas de tal género, y más tarde G. Ville negó que las luchas gladiatorias fueran de origen etrusco, tesis mantenida en su día por el escritor tardío Nicolás Damasceno *(Fragm.,* 84).

Conectado con estos combates y, según algunos, el verdadero precedente de ellos, aunque de impreciso origen y significado, estaba el *Phersu* (hombre con máscara roja completada con una larga barba negra puntiaguda), que conocemos por haber sido representado pictóricamente en algunas tumbas del siglo VI a.C., entre ellas, las *degli Auguri, delle Olimpiadi* y *del Pulcinella,* todas en Tarquinia, y también en unas cuantas ánforas y pequeños bronces.

Aquel espectáculo, salvaje a todas luces, consistía en la lucha entre un hombre enmascarado —el *Phersu*—, que se ayudaba de un feroz perro al que estaba sujeto por un largo lazo, contra otro hombre —quizá un prisionero condenado a muerte—, totalmente desnudo, pero con la cabeza tapada con un saco y armado con una maza. Lógicamente, si este último lograba matar al perro conseguía la victoria y con ello su libertad, teniendo a su disposición al hombre enmascarado, al *Phersu.* Lo usual, al parecer, era que el portador de la maza fuese irremediablemente destrozado por el perro.

Con toda probabilidad este espectáculo habría sustituido a los primeros encuentros de tipo gladiatorio o a ritos funerarios más antiguos, en los que —si se trataba



El *Phersu. Tomba degli Auguri.* Tarquinia.

tan sólo de *principes* o personajes importantes— se mataría a hombres, mujeres y niños prisioneros para acompañar así al difunto al Más Allá. Para evitar este inútil derramamiento de sangre se idearía el ya comentado *Phersu* (el equivalente latino de tal vocablo es *persona,* esto es, «máscara, «personaje teatral»), espectáculo que determinaría quién habría de acompañar al difunto en su viaje al otro mundo.

Para D. Rebuffat Emmanuel (1997), el *Phersu* no era un combate, sino una ceremonia de tipo ritual, que tal autor conecta con el episodio de Heracles en el Hades para capturar a Cerbero. En cambio, para Y. Bomati (1986), el *Phersu,* ligado a la muerte, sería un demonio cruel, servidor de Dioniso, que ejecutaba un sacrificio humano propiciatorio, gracias al cual los etruscos tenderían a familiarizarse con el culto dionisíaco.

Por su parte, para P. Blome (1986), tendría carácter ctónico en un contexto de prueba cruenta. La víctima —esclavo o prisionero de guerra— vendría a encarnar todas las impurezas colectivas y con su muerte la colectividad quedaría libre de ellas. En opinión de J.-P. Thuillier (1990), el *Phersu* consistía en la verdadera ejecución de una persona, atacada en este caso por un mastín. Su fin era el derramamiento de sangre, una especie de *damnatio ad bestias.* Aduce tal autor el ejemplo recogido por Suetonio *(Domit.,* 10, 13) al recordar que bajo el emperador Domiciano un *paterfamilias* fue entregado a los perros en la arena por haber osado criticar a los gladiadores favoritos del emperador.

J.-R. Jannot (1993) reconoció que en la figura del *Phersu* podían hallarse diversos significados funcionales que iban desde el acróbata que se agita al mimo que provoca la risa remedando a los demás atletas, pasando por el danzador-mimo que representa leyendas y mitos, todo en una asociación risa-muerte.

En cualquier caso, a falta de documentación escrita, las imágenes de la escena del *Phersu* son susceptibles de dos lecturas diametralmente opuestas, según ha señalado M. di Fozio (2001). Por un lado, sacrificio sanguinario; por otro, representación simbólica con —todo lo más— algún que otro rasguño para alguno de los figurantes. La escena del *Phersu,* cuyo simbolismo último es muy difícil de averiguar, no tiene por qué ser interpretada bajo un planteamiento cruento.

Cabe señalar, además, que dentro del «juego» del *Phersu* se conocieron modalidades o variantes, según puede deducirse de los *Phersu* de la *Tomba degli Auguri,* antes citada. En la pared derecha de tal tumba aparece el *Phersu* con máscara y con el perro que alcanza las piernas de un hombre ya herido, cubierta su cabeza con un saco y armado con una clava. Sin embargo, en la pared izquierda se observa a otro *Phersu* con máscara barbada y el rostro vuelto a su izquierda, con el sexo al descubierto y en actitud de ir corriendo, tal vez en fuga.

En el primer caso tenemos a un *Phersu* vencedor, en el segundo a otro huyendo. ¿Cuál es la razón? ¿Uno victorioso y otro derrotado?

Igualmente, hay que reseñar que el *Phersu* de la *Tomba del Pulcinella* aparece solo, en actitud de danza, con máscara barbada y el típico gorro puntiagudo *(tutulus).*

Todas estas variantes complican la interpretación del significado último del *Phersu.*

c) Danzas y bailes

Entre aquellos espectáculos funerarios también solían ejecutarse diferentes danzas, a cargo de bailarines profesionales, disfrazados o no, según conviniera, de Silenos y Ménades y simulando el rapto de éstas por aquéllos, o bien de guerreros arma-

dos, interpretando danzas rituales con acompañamiento musical. La *Tomba dei Baccanti,* la *Tomba dei Leoni* y la *Tomba del Triclinio* informan con sus pinturas de no pocos aspectos de este tipo de danzas. Una de ellas, evocada anacrónicamente por el poeta latino Ovidio *(Ars amandi,* I, 111), consistía en el ritmo del *tripudium,* danza saltarina de tres tiempos a cargo de bailarines, llamados *ister* en etrusco (de donde deriva la palabra latina *histrio* y la nuestra «histrión»).

En la *Tomba dei Giocolieri* de Tarquinia, una de sus escenas —recordada con anterioridad— representa a un señor sentado ante quien una danzarina intenta mantener un candelabro, en equilibrio sobre su cabeza, al tiempo que un joven se afana en hacer blanco en el mismo con algunos anillos. Un flautista mide el tiempo de duración de las tiradas. Este mismo espectáculo, ignorado entre los griegos, aparece también en la *Tomba della Scimmia* de Chiusi.

Una basa cuadrangular (62 × 59 cm) de la Ny Carlsberg Glyptotek de Copenhague —a la que se aludió en páginas anteriores— presenta en sus relieves una danza específica, ejecutada tal vez durante los espectáculos funerarios: la «danza de las hachas», llamada así por J.-R. Jannot. Dicha danza se halla figurada en el contexto de un banquete que celebran dos parejas masculinas, y en el que aparecen además unos jóvenes con caballos y otros cinco personajes que danzan con vivo ritmo. En la escena de la «danza de las hachas» se ve a dos hombres barbudos enarbolando tal instrumento, los cuales parecen perseguir, bailando, a dos mujeres, que portan, respectivamente, una gran bandeja llena de pasteles y una *phiále* vacía.

El precitado estudioso conecta la escena con el mito griego de Fineo, en el pasaje concreto en que los hijos de Bóreas, Zetes y Calais, se lanzaban con sus espadas a perseguir a las harpías, que habían robado la comida de Fineo.

El mito inspiró, por otra parte, diversas representaciones plásticas e incluso posibles representaciones coreográficas que tendrían lugar con ocasión de las ceremonias funerarias.

La «danza de las grullas»

El mito de Teseo fue objeto de una celebración original, que en la griega Delos tenía lugar cada cinco años, consistente, entre otras particularidades, en la ejecución de una danza, denominada *géranos* o «danza de las grullas» por el parecido de los movimientos de las bailarinas con el vuelo de tales aves.

Tal mito fue también conocido en Etruria, como demuestra la decoración de una hidria, de mitad del siglo VI a.C., hallada en la necrópolis de la Polledrara de Vulci, aunque fabricada probablemente en Caere (y hoy en el British Museum). En una de sus composiciones aparecen Aridana y Teseo, éste matando al Minotauro, y en otra cinco jóvenes salvadas de aquel monstruo por Teseo que, unidas en cadena por los brazos —a modo de prolongación del hilo que había servido para salir del laberinto—, están danzando al tiempo que siguen a Ariadna, la cual hace sonar una lira.

Asimismo, la danza en cadena puede verse en una olla, de finales del siglo VIII a.C., de la necrópolis de la Buccacce, en Bisenzio, en donde aparecen grupos de tres mujeres (figuras rosas), alternando con grupos de tres hombres (figuras negras), cogidos de las manos (M. A. Johnstone). También los relieves de varios cipos de Chiusi son susceptibles de ser interpretados como danzas derivadas de las de Teseo y Ariadna.

Sin embargo, la más completa imagen de tal ritual apareció fuera del ámbito etrusco, en concreto, en las pinturas de la *Tomba delle Danzatrici,* de finales del siglo V a.C., de Ruvo di Puglia (en la Apulia), hoy en parte conservadas en Nápoles. En ellas aparecen 54 mujeres danzantes dirigidas por dos *geranoulkoi,* que marcaban, cuando convenía, la inversión de la dirección del movimiento rítmico, al son de dos sonadores de lira (sólo se ha conservado uno de ellos). De acuerdo con los expertos (G. Gadaleta), el significado funerario y religioso del *géranos* es evidente, tanto más cuanto que recordaba la propia y compleja danza circular tenida por Teseo a su regreso a Delos, después de haber salvado a las víctimas destinadas al Minotauro.

En cualquier caso, los repetidos cambios de dirección de la larga fila femenina, posibilitados por la unión de las manos de modo alternado, aludían inequívocamente al recorrido de la salida del Laberinto, pero también a la fatal sucesión del nacimiento, muerte y resurrección de las creencias pitagóricas.

El viaje al Más Allá

Infinidad de piezas arqueológicas y pinturas representan el viaje de la supuesta segunda alma *(hinthial)* al Más Allá, lugar al que se accedía, a veces, a lomos de caballo. Este animal fue considerado un ser psicopompo, esto es, «portador de almas», como ha señalado J. M. Blázquez en un completo estudio alusivo a los caballos en el Infierno etrusco. Otras veces se arribaba simplemente andando y, en determinadas ocasiones, mediante diferentes tipos de carruaje (bigas, cuadrigas, *carpentum)* o barcas (caso de las navecillas funerarias de la *Tomba delle Tre Navicelle* de Vetulonia) e incluso cabalgando sobre animales fantásticos, caso del hipocampo, como puede verse en algunas ánforas de figuras negras y en algunas tumbas de Tarquinia *(Tomba dei Tori, Tomba del Barone).*

Los más antiguos documentos que relacionan el caballo con la vida de la Ultratumba, según J. M. Blázquez, los constituyen una serie de carritos de terracota (de Fontecucchiaia, de Orvieto), y restos de carros localizados en algunas tumbas (Capodimonte, Pitigliano).

El tema se halla ampliamente representado en Etruria, figurado sobre todo durante la etapa arcaica en algunos cipos de Chiusi y en numerosas estelas de Felsina (estudiadas, entre otros, por P. Ducati). Es imposible recoger aquí la cincuentena larga de estelas, todas felsineas, que representan a difuntos encaminándose al Hades montados en carros. Bastará, como ejemplo, citar la famosa *Pietra Zannoni,* de finales del siglo VI a.C., que muestra a un hombre en un carro, tirado por dos caballos, y precedido por un demonio psicopompo, en su viaje al Más Allá.

No faltan estelas en las que aparecen serpientes y también perros, que siguen a los carros. La presencia de este último animal indica que los etruscos creyeron que los mismos acompañarían a sus dueños en el Más Allá, en donde seguirían prestándoles compañía, creencia también aceptada por griegos y romanos.

La *pyxís* de marfil de estilo orientalizante de la *Tomba della Pania,* en Chiusi, que ya conocemos, ilustra también la partida de un guerrero sobre su carro, seguido de sus hoplitas en clara alusión funeraria.

Semejante temática se puede observar en una bellísima urna de plata de Vetulonia, de la *Tomba del Principe* y en numerosas urnas volterranas. De acuerdo con P. Moscati, existen algo más de 50 urnas, todas ellas labradas en Volterra, que reco-

gen en su *frontis* el tema del viaje al Más Allá. El esquema compositivo de base consiste en la presencia del *carpentum* tirado por dos mulos conducidos por un esclavo; sobre el carro viajan el difunto o una difunta sentados o recostados (a veces, aparece la pareja matrimonial, caso de una urna, del Museo Guarnacci de Volterra). Detrás del *carpentum* sigue el cortejo funerario y, en ocasiones, en el lado izquierdo de la escena se figura a un demonio femenino. Una de las urnas, ya tardía, del siglo II a.C., recoge el viaje funerario de un magistrado no en *carpentum,* sino sobre cuadriga. Los más interesantes ejemplares pueden verse en el *Corpus* de urnas volterranas de edad helenística, dirigido por M. Cristofani y G. Cateni.

El difunto, en ocasiones acompañado de un mono, animal considerado símbolo funerario en Etruria, debía efectuar un viaje lleno de peligros hasta alcanzar la Ultratumba, cuyo límite o final *(éschaton,* en griego) era marcado por serpientes aladas —como puede verse en un sarcófago de Tarquinia, hoy en Florencia—, animales con doble valor simbólico: el de «marcadores» de las extremidades del mundo y el de mensajeros infernales.

Si hacemos caso de las figuraciones presentes en las pinturas de tumbas o de vasos cerámicos, el difunto se veía obligado a atravesar lugares áridos, roquedales informes o impenetrables selvas e incluso extensiones marinas, y hacer frente, en compañía de sus guías o acompañantes —*Charu(n)* y *Vanth,* especialmente—, a numerosos animales dañinos y seres fantásticos.

Quizá la *Tomba Campana* de Veyes sea, de acuerdo con la antigua opinión de A. della Seta, la primera representación del viaje a la Ultratumba en caballo. El difunto, a escala pequeña y llevando las riendas de un felino, va montado sobre un caballo, de hermosa estampa, dirigido por otros dos personajes, uno de ellos portando la doble hacha o *bipennis.* Entre las patas del caballo camina un perro ladrando. A pesar de que algunos autores interpretan esta pintura como una escena de caza, muchos otros, entre ellos, J. A. Pfiffig, argumentan que se trata del viaje al Más Allá. Otras tumbas *(Tomba Golini I, Tomba Golini II, Tomba del Cardinale)* recogen esta misma temática.

Como dato curioso debemos reseñar un ánfora de figuras rojas de Orvieto que recogió el viaje al Más Allá de un difunto sobre un carro arrastrado por mulas (J. D. Beazley).

Cultos y ritos funerarios

Asimismo, periódicamente —tal vez de año en año— los deudos ofrecerían al pariente extinto determinados cultos funerarios, consistentes en libaciones, ofrendas vegetales, e incluso la inmolación de algunos animales, sin olvidar determinados ritos, que hoy ignoramos, todo ello celebrado, según S. Steingräber, en el interior de la tumba (caso de algunas de Caere) o delante de ella, bien en sus plataformas superiores (sobre todo en las tumbas de tipología *a dado* de las necrópolis rupestres y en los túmulos —caso, por ejemplo, de uno de la necrópolis de Grotta Porcina—) o, simplemente, en altares. La llamada *Ara Guglielmi,* de Vulci, hoy en Roma, permite hacernos una idea de los mismos. De tales altares se conocieron muchísimos en las necrópolis rupestres de la Etruria meridional, así como en los ámbitos ligados a santuarios y templos, pero desprovistos, en estos últimos casos, de todo carácter funerario.

Dichas prácticas de culto funerarias, popularizadas sobre todo a raíz de las influencias griegas, poseyeron un indudable sentido religioso, tendente a asegurar la supervivencia de los difuntos en el Más Allá. Quedaban, no obstante, muy lejos de las magnas ceremonias que, sin duda, antes del siglo V a.C., habrían celebrado los grupos gentilicios, en las imponentes tumbas de Tarquinia, Caere, Cortona y otros muchísimos lugares, en honor de sus antepasados comunes; prácticas con las cuales, además de cohesionar su identidad de grupo, elevaban al antepasado o antepasados a la categoría de héroes, cuya grandeza, por extensión, revertiría social y políticamente en los descendientes.

Tal culto al héroe ha sido puesto de relieve por F.-H. Massa-Pairault, autora que, aunque con reservas, admite dicha práctica religiosa, a imitación de lo que ocurría en Grecia.

Uno de los túmulos de Tarquinia —el de Poggio Gallinaro— hubo de adquirir en su etapa orientalizante un significado político excepcional. En su interior fueron halladas tres dobles hachas votivas de *bucchero,* cinco estatuillas de lloronas, de *impasto,* y tres plectros de marfil. El anónimo difunto allí enterrado, cuyo poder como *rex* —presumiblemente, de Tarquinia— quedaba significado por las hachas, asimismo habría sido objeto de una lamentación ritual (las lloronas), musicalmente ritmada (los plectros). Su tumba vendría a ser el símbolo de la unidad de la ciudad (¿formada por tres entidades políticas, una por hacha?) en torno a su héroe, a quien se le habrían tributado las correspondientes honras funerarias.

Con posterioridad, se produjeron ya claras prácticas de heroización, asociadas a *symposia* y a principios órfico-dionisíacos y pitagóricos, que pueden deducirse de las escenas presentes en algunos espejos (uno, de Vulci, con Dioniso (Bakchos) y Sémele; otro, de Nápoles, con el nacimiento de Dioniso), en algunas cerámicas (ánfora del Museo de Giessen) y en unos cuantos sarcófagos (uno de ellos, muy interesante, de Tarquinia, hoy en Florencia, y al que se ha aludido en páginas anteriores).

Esta última pieza, del siglo IV a.C., recoge en el relieve de su parte frontal una escena en la que una difunta, recostada y en trance de leer el contenido de un *volumen* que tiene desenrollado *(hieroi lógoi),* es amenazada por una de las serpientes aladas que marcaban el final del mundo y, por tanto, la Ultratumba. *Turms Aitas* —el servidor del Hades—, también recostado y detrás de ella, levanta la mano para tranquilizar al animal y permitir que tras la lectura de los «santos misterios» acceda al estatus heroizado o divino. En el relieve de la parte posterior se ve a la difunta —que ya ha sido admitida en el Más Allá— jugando al *kóttabos* en compañía de su esposo, que hubo de morir, lógicamente, con anterioridad. Ambos personajes se hallan encuadrados entre las dos serpientes aladas.

Capítulo XI

La vida económica

Como en todas las sociedades de la Antigüedad, la base de la economía etrusca descansó también en la agricultura. A ella le seguían en importancia la ganadería, la industria y el comercio, actividad esta que contó, aunque tardíamente, con el manejo de la moneda.

Hoy por hoy, sigue siendo todavía difícil analizar en conjunto la vida económica de Etruria, vida que conoció altibajos a lo largo de los tiempos; sin embargo, su tónica fue, en general, ascendente, pues incluso cuando los etruscos estuvieron dominados por los romanos continuaron manteniendo su tradicional producción agrícola e industrial.

Las actividades agrícolas

Es un hecho sabido, por la serie de inscripciones que nos han llegado y determinadas fuentes escritas, que los etruscos conocieron la propiedad privada de la tierra, querida y protegida por *Tinia* (Júpiter), dios que —según se decía en Chiusi— había enseñado, además de la *ars fulguratoria,* el arte de la agrimensura al *lucumón Arruns Velthumnus* a través de la ninfa *Vegoia.* En Tarquinia, en cambio, y según Cicerón *(De div.,* II, 50), tal asunto se ponía en boca de *Tages,* quien, al salir del suelo, dictó las normas de la limitación de tierras a Tarcón.

Aunque en no pocos lugares de Etruria existieron amplias zonas pantanosas, dada la morfología del terreno, que las hacía inhóspitas —Sidonio Apolinar *(Ep.,* I, 5) habla de la pestilente región de los etruscos *(pestilens regio Tuscorum),* en razón de la malaria que lo infectaba todo, y Catón *(Or.,* II, 20) la testimonia al aludir a la colonia romana de Gravisca—, los conocimientos técnicos hidráulicos y agrícolas de los etruscos les permitieron afrontar todo tipo de problemas, entre ellos, el drenaje de los campos y de las ciudades, caso, por ejemplo, de la propia Roma, cuyos valles fueron desaguados en tiempos de Tarquinio Prisco, según Tito Livio (I, 38), o la canalización de grandes corrientes de agua mediante una red de canales subsidiarios, caso de los excavados en las cercanías del río Po, recordados como obra etrusca por Plinio el Viejo *(Nat. Hist.,* III, 16), o abriendo para ello en la roca, si así lo exigía el terreno, espectaculares galerías, caso del Ponte Sodo (75 m de largo × 7 m de alto y 8 m de anchura) en Veyes, que posibilitó el paso del torrente Valchetta y la regulación de las aguas del Cremera.

También fueron capaces de establecer regadíos a media y larga distancia, siendo su obra más espectacular el canal subterráneo, de 1.350 m de longitud, verdadero emisario del lago Albano, que ubicaron en las cercanías del actual Castel Gandolfo. Las obras del mismo, junto a aquel lago —por lo demás sujeto de un prodigio en relación con la captura de Veyes, relatado por varios autores, entre ellos, Tito Livio (V, 15) y Cicerón *(De div.,* I, 44)—, hubieron de durar un largo año de duros trabajos, debiéndose abrir más de 60 pozos verticales de aireación para facilitar la excavación a los trabajadores. Creído obra etrusca, no han faltado autores (G. Baffioni) que piensan que su construcción fue romana y que su realización sería coetánea al asedio de Veyes.

Con inteligencia y trabajo los etruscos fueron capaces, pues, de recuperar para la agricultura grandes áreas de terreno —sobre todo en la Etruria meridional (Caere y Veyes)— desecándolas adecuadamente mediante un sistema de pozos y canales subterráneos (llamados *cuniculi* por los romanos), que permitían eliminar las aguas acumuladas en las capas superficiales de toba y convertirlas en tierras fértiles, produciendo con ello excelentes cultivos de regadío y de secano, llegando así a hacer proverbial la feracidad de Etruria.

Varios autores latinos, entre ellos, Varrón, Tito Livio y Plinio el Joven —según la relación de fuentes literarias realizadas por P. Moscati—, hablan de los opulentos campos de Etruria y de la riqueza de las llanuras etruscas «fecundas en trigo, ganado y en todo». No obstante esta generalización, hubo sustanciales diferencias entre la Etruria marítima y la Etruria interior, pero en líneas generales el país se caracterizó por la fertilidad y el buen rendimiento de sus tierras.

La propiedad de los campos

Tinia, en cuanto protector y garante de la propiedad privada, había enseñado el arte de la agrimensura, pero también dictado unas leyes que fueron recogidas en los libros de la ninfa *Vegoia,* y que se incluirían en la recopilación del *Corpus* de los *Agrimensores* en su redacción de finales del siglo I a.C., en un momento de reformas agrarias y redistribución de tierras. Uno de sus fragmentos, que ha llegado afortunadamente a nuestros días (H. Lachmann, J. Heurgon), relativo a la propiedad de los campos, dice así:

> Has de saber que el mar ha sido separado del cielo. Así, cuando Júpiter [Tinia] hubo reivindicado la tierra de Etruria, estableció y ordenó que las llanuras fueran medidas y los campos delimitados. Conociendo la avaricia humana y las pasiones que excita la tierra, quiso que todo estuviera definido mediante límites. Estos límites, si alguien algún día, movido por la avaricia del siglo VIII, despreciara los bienes que le han sido concedidos y codiciara los ajenos, serán, mediante maniobras dolosas, violados o desplazados. Pero aquel que los haya tocado o desplazado para extender sus propiedades y disminuir las de otro, será, por este crimen, condenado por los dioses. Si son esclavos, caerán en una servidumbre aún peor. Pero si existe la complicidad del amo, muy pronto la casa de éste será extirpada y su raza perecerá entera. Los que hayan desplazado los límites serán alcanzados por las peores enfermedades y las peores heridas y se verán afligidos en sus miembros debilitados. Después la tierra será sacudida por frecuentes tempestades y torbellinos que la harán tambalearse. Las cosechas se perderán y serán aplastadas por lluvias y granizo, se

agostarán bajo la canícula y serán destruidas por la cizaña. Surgirán numerosas disensiones entre las gentes. Has de saber que tales castigos se producirán cuando tales crímenes se cometan. Por eso no tengas ni mala fe ni lengua engañosa. Guarda en tu corazón nuestras enseñanzas.

El hallazgo de unos cuantos mojones, alusivos a los límites de propiedad privada (por ejemplo el hallado en Bettona, en la Umbría, y contenido en TLE, 692), además del famoso *cipo de Perugia* (TLE, 570), relativo también a límites de propiedades rústicas, corroboran la existencia de la propiedad privada de la tierra entre los etruscos, quienes conocieron no sólo la gran propiedad, sino también los campos de mediana y pequeña extensión, propiedades todas ellas delimitadas adecuadamente mediante mojones, que contenían la palabra etrusca *tular* («confines», «límites»).

La *limitatio,* mediante los mojones con la indicación de la antedicha palabra en ellos escrita, no sólo afectaba a los campos agrícolas, sino también al *pomerium* de las ciudades, como puede verse en un mojón de Perugia, que lleva escrita la expresión *tezan teta tular* (TLE, 571), así como a los límites territoriales de un enclave urbano, caso, por ejemplo, de Fiésole, con mojones que indican *tular śpural* (TLE, 675) y *śpu[.]pu[.]* (TLE, 689); a los de una tumba, según testimonia una inscripción de Montepulciano, sobre piedra, que dice en su primera línea *tular hilar nesl* (TLE, 515) e, incluso, al de las fronteras de la Liga etrusca en Cortona, en donde se halló un texto con la indicación de *tular raśnal* (TLE, 632).

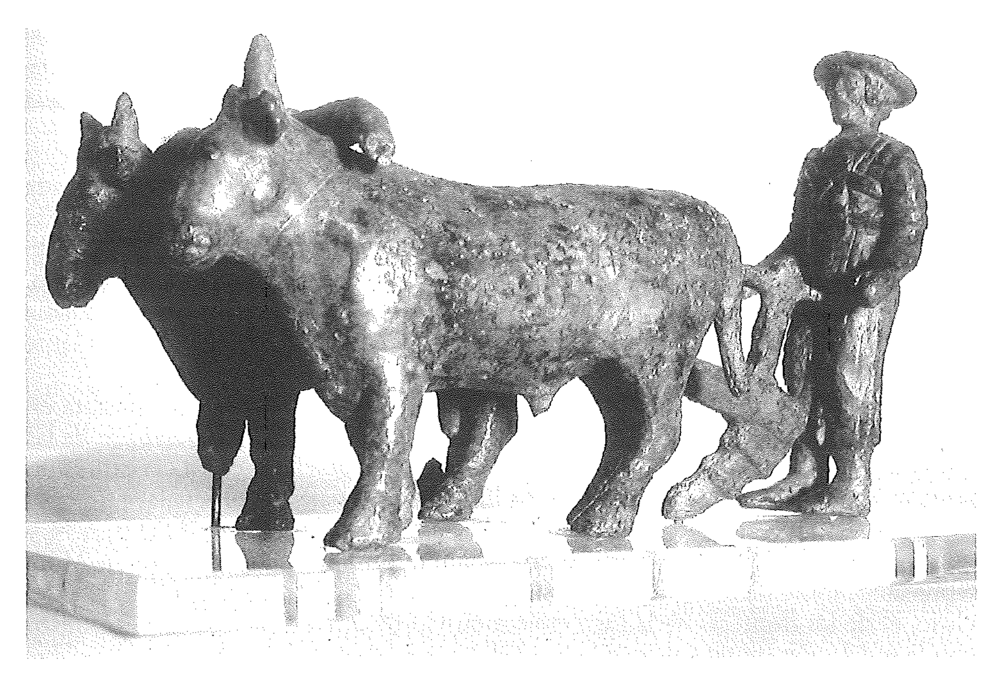
Como se dijo al hablar del desarrollo histórico de Etruria, una de las consecuencias de la primera guerra civil de la época republicana romana, motivada por el enfrentamiento de Cayo Mario y L. Cornelio Sila, se manifestó en el régimen de las propiedades de los campos, los cuales fueron desposeídos a sus legítimos dueños etruscos y entregados por el vencedor Sila a sus veteranos en el año 82 a.C., muchos de los cuales las trabajaron en calidad de colonos.

En relación con aquellos colonos que recibieron tierras puede ponerse el cipo sepulcral hallado en Montepulciano, que, además de testimoniar la existencia de una *limitatio* en el terreno de una tumba *(tular hilar nesl),* recoge también el nombre del difunto *Au.Latini (=Aulus Latinius),* a quien la inscripción califica de *claruchieś.* J. Heurgon se preguntó si tal vocablo no sería un genitivo formado a partir de la palabra griega *klerouchos,* aceptada tardíamente por el vocabulario etrusco. Si esto es así, tendríamos la confirmación por parte de una fuente etrusca de la presencia de colonos militares latinos (caso del precitado *Aulus Latinius)* beneficiados con la asignación de tierras.

Dominio de la agricultura

Que los etruscos dominaron la agricultura es un hecho constatado, sobre todo por habernos llegado unos pocos fragmentos de un *Tratado agrícola,* debido a un tal *Saserna,* un campesino etrusco, inventor de un insecticida, que vivió a finales del siglo II a.C., y tenido por autoridad en la materia por Varrón, Columela y Plinio el Viejo.

Aunque es una referencia de indudable importancia, tal tratado obedece, de hecho, a un testimonio agrícola tardío, más en conexión con la tradición agronómica romana que con la etrusca. En cualquier caso, confirma la pericia que los etruscos tuvieron en el campo de la agricultura.



Labrador. Bronce de Arezzo. (Museo de Villa Giulia, Roma.)

Algunos pequeños bronces (por ejemplo, el de Arezzo, que representa a un labrador arando con un par de bueyes, o uno de los registros de la sítula de la Certosa) permiten hacerse una idea del nivel alcanzado en la práctica de la agricultura, que se refrenda con la serie de aperos descubiertos en las excavaciones arqueológicas o en hallazgos fortuitos. Trabajados en bronce y en hierro, las azadas, escardillos, podaderas, palas, picos, hoces, cuchillos, rejas de arados y arados (tipo «Trittolemo»; arado y azadones del *ripostiglio* votivo de Talamone; arado de ruedas o *plovum)* sirven para ilustrarnos en los aspectos agrícolas, cuyas fases fueron estudiadas por G. Forni.

Instrumentos agrícolas etruscos. (Tomado de E. MacNamara.)

Se sabe, además, que los etruscos llegaron a ser excelentes agrimensores, especializados en la *limitatio* o parcelación de campos que obtenían mediante el correcto manejo de una regla móvil dispuesta para girar sobre un círculo graduado *(groma).* La superficie de las parcelas se marcaba por medio de mojones —sacros e inviolables—, que testimoniaban los derechos de propiedad y cuyos límites *(tular,* en etrusco) se hallaban consagrados a *Tinia,* el protector de la propiedad privada, según se ha indicado más arriba. Detrás de la palabra *tular,* ins-

crita en los mojones, se solía poner el gentilicio del propietario en caso genitivo —por ejemplo: *Tular Alfis* = «confines de Alfio» (TLE, 530), *Tular Larns* = «confines de Larn» (TLE, 692).

A ello debe unirse la figura de los *aquilices,* especialistas expertos en la búsqueda de aguas subterráneas para riego y en la construcción de pozos artesianos, cuya fama fue recordada por Séneca, Plinio el Viejo y Varrón.

Variedad de explotaciones

Muy distinta fue la explotación agrícola de la Etruria meridional a la de la norteña, variando no sólo por la clase de sus cultivos, sino también por los sistemas aplicados en su desarrollo. En el norte, grandes zonas boscosas permitieron la producción maderera (coníferas, hayas, encinas, olmos, castaños), de la que se obtenían materiales para la construcción, maderamen para navíos y carbón vegetal. La importancia y frondosidad de sus bosques eran tales que todavía, en el siglo IV a.C., el bosque Cimino pasaba por ser «impenetrable», al decir de Tito Livio. Otras amplias áreas norteñas se dedicaron también al cultivo extensivo de los cereales (cebada, mijo, diversas clases de trigo, entre ellas, el *triticum dicoccum,* de fácil cultivo).

En el sur, en cambio, las grandes fincas de los patricios fueron parceladas a fin de obtener mayores rendimientos, dedicándolas a cultivos intensivos, entre los cuales el cereal y la vid —que conoció diversas variedades, algunas de igual calidad que las de Tarraco (Tarragona), al decir de Marcial *(Epigr.,* XIII, 118)— destacaban sobre cualesquiera otras, permitiendo incluso la exportación de los excedentes, ya a partir del siglo VII a.C., sobre todo desde Caere y Vulci.

Atenas y la propia Roma, en algunos momentos críticos de carestía o de guerra, no dudaron en recurrir a las reservas cerealísticas de Etruria. Varrón, Diodoro de Sicilia, Ovidio, Plinio el Viejo y Columela, entre otros autores, alaban en diferentes pasajes de sus obras las milagrosas y abundantes cosechas de los *Tusci campi,* evaluadas en un quince por uno de rendimiento (Varrón, *De re rustica,* I, 44). Cálculos más realistas, efectuados modernamente, señalan que la producción sería de cinco a tres por uno, dependiendo del tipo de suelos y del número de labranzas previas a la siembra.

Árboles frutales y árboles «infelices»

Los etruscos cultivaron también diferentes árboles frutales, si bien muchos de ellos fueron de difusión tardía, como los manzanos, los melocotoneros y los cerezos —éstos introducidos en Roma por Lúculo en el 73 a.C. (Plinio el Viejo, *Nat. Hist.,* XV, 102). Las cerezas fueron consideradas al principio como un fruto exótico, traído del Ponto Euxino. De África se importaron los limones, que se emplearon para preparados medicinales, para contravenenos y para obtener un buen aliento, no siendo utilizados en la alimentación. El membrillo, de origen oriental, no fue conocido. Algunas excavaciones han facilitado restos de cáscaras de nuez y de avellana, así como huesos de ciruelas, documentándose con ello el consumo de tales frutos.

Por otra parte, las pinturas de las tumbas recogen, entre otros árboles, la granada, la palmera, el ciprés y el laurel.

Las referencias literarias, transmitidas por Macrobio *(Saturnalia,* III, 20), nos hablan de tres listas con nombres de árboles que han de tenerse en consideración. Las mismas aluden a *fici* («higos»), a *arbores felices* (o de buen augurio) y a *arbores infelices* (o de mal augurio), catalogados así en función del color de las hojas o frutos que tuvieran. La primera lista, con un repertorio de 25 especies de higos, enumeradas por orden alfabético, fue tomada por Macrobio del gramático de época augústea Cloacio Vero. Debe indicarse que el higo blanco *(ficus alba)* era de buen augurio y el negro *(ficus nigra)* de malo. La segunda lista la tomó de Veranio, autor de finales de la República romana, y la tercera del *Ostentarium arborarium* del arúspice Tarquicio Prisco.

Respecto al listado de los *arbores felices,* Veranio comenzaba en sus *Libri auspiciorum* con diferentes especies de encinas: la encina ordinaria *(avercus),* el roble *(aesculus),* la carrasca *(ilex)* y el alcornoque *(suberies).* Les seguían la haya *(fagus),* el avellano *(corylus),* el serbal *(sorbus),* la higuera blanca *(ficus alba),* el peral *(pirus),* el melocotón *(malus),* la viña *(vitis),* el ciruelo *(prunus),* el cornejo *(cornus)* y el almez *(lotus).* Este listado de *arbores felices* no incluyó ni el laurel, tal vez porque sus bayas son de color negro, ni el olivo, por existir la variedad de aceitunas negras.

La lista de Tarquicio Prisco, recogida en su *Ostentarium arborarium,* tras señalar que determinados *arbores* son llamados *infelices* por hallarse bajo la protección de los dioses infernales, enumera árboles de bayas y frutos negros y árboles y arbustos de ramajes espinosos. Así, recoge la aladierna *(alaternus),* la caña sanguina *(sanguis),* el helecho *(filix),* el higo negro *(ficus atra)* y todos los que producen bayas y frutos negros. Igualmente, *arbores infelices* son el acebo *(acrifolium),* el peral salvaje *(pirus silvaticus),* el ciruelo *(pruscus),* la zarza *(rubus)* y los arbustos espinosos *(sentes).*

Todos estos árboles debían ser empleados para quemar vivos a los *monstra,* esto es, a los seres vivos, animales o personas, que hubiesen nacido con deformaciones físicas, y a cuantos prodigios y presagios fuesen considerados funestos.

Ya en tiempos romanos, y para Plinio el Viejo *(Nat. Hist.,* XIV, 119), los árboles tocados por los rayos hubieron de estar incluidos entre los *arbores infelices.* Asimismo, consideró que la madera de determinados árboles podía tener «hechizos» defensivos y ofensivos a la vez. En tal sentido recogió una creencia *(Nat. Hist.,* 45) según la cual un pedazo de madera de un árbol golpeado por el rayo, arrancado con los dientes y teniendo las manos detrás de la espalda, aplicado después sobre un diente dolorido, calmaba el dolor.

Los arbustos y árboles negativos, según R. Bloch, evidenciaban para los etruscos prodigios funestos, siendo expresión de potencias infernales y, por lo tanto, anunciadores de males y desgracias.

Frente a ellos estaban, sin embargo, los *arbores felices,* comestibles y reguladores del desarrollo de la vida del ciudadano.

El vino y el aceite

La viña, dejando a un lado la *vitis silvestris,* conocida desde tiempos neolíticos, apareció primeramente como cultivo organizado en Campania, desde donde pasó al Lacio y a Etruria meridional a finales del siglo IX a.C. Su cultivo *(vitis vinifera)* tuvo un significado no sólo económico, sino también político, dado que su producto, el vino (estudios de B. Bouloumié), quedó muy pronto unido al *sympósion,* práctica que, importada desde Grecia, llegó a estar muy difundida entre la aristocracia etrus-

ca, según revelan diferentes pinturas funerarias (y cuyas primeras tipologías puso de manifiesto S. De Marinis), así como numerosos vasos cerámicos de importación euboica, ática y cicládica y ánforas vinarias.

El vino y, por supuesto, la viña, a la que hicieron prosperar mediante oportunos injertos, fueron considerados bienes muy preciados, en conexión tanto con la economía y la política —como se ha dicho— cuanto, incluso, con principios religiosos y funerarios (con vino se lavaban los huesos recogidos después de la cremación de los cadáveres). No es, pues, de extrañar que Mezenzio, rey de Caere —según se sabe por la leyenda etiológica sobre el origen de los *Vinalia*—, exigiera como tributo a los latinos su producción vinícola. Dionisio de Halicarnaso (I, 37) no dejó de admirar tampoco los vinos etruscos y Plinio el Viejo *(Nat. Hist.,* XIV, 36) aludió a las distintas variedades de uva cultivadas, recogiendo algunos de sus nombres *(sopina, talpona, etesiaca, conseminea)* y sus lugares de producción. Quizá el vino más apreciado fue el llamado por Plinio el Viejo *apianum,* hecho de dulces uvas y de paladar cercano al moscatel, y del cual tuvimos ocasión de hablar en páginas precedentes.

El olivo, que era desconocido en el Lacio (no así en Etruria y en otras regiones de Italia) hasta la época de Tarquinio Prisco —a quien se debería su introducción, según el analista de la época augústea Fenestella—, sólo alcanzó un cultivo extensivo a partir del siglo II de nuestra era. Puede decirse que el pueblo llano apenas hizo consumo del aceite, quedando su uso reservado a las clases aristocráticas, que lo emplearon al comienzo de su explotación para preparar ungüentos aromáticos e incluso en prácticas ginecológicas conectadas con el parto. Por supuesto, depositado en adecuadas lucernas y lampadarios sirvió para la iluminación de las casas.

Dicho aceite, antes de su producción local, era importado de Grecia en grandes cantidades, según han demostrado las numerosas ánforas halladas en distintas necrópolis. Una de las más antiguas inscripciones etruscas (TLE, 762), de finales del siglo VII a.C., presente en un *arýballos* de *bucchero* del Museo Ch. Albert de Montecarlo, designa al aceite y a su continente con la expresión de *aska eleivana,* esto es, «vaso de aceite» (voces derivadas del griego *askós* = vaso, odre y *elaiou* = de aceite).

Otros cultivos

Asimismo, el lino fue cultivado en distintos lugares, sobresaliendo, entre ellos, el área de Tarquinia, centro productor de los velámenes de lino que precisaban los barcos etruscos.

Poco sabemos de las legumbres (judías, garbanzos, guisantes, habas) y verduras (puerros, nabos, cebollas, espárragos), cultivadas y consumidas por los etruscos. Al parecer la alcachofa, originaria de Italia, y la col, fueron las verduras más apetecidas.

Si nos atenemos al repertorio decorativo vegetal de las tumbas, puede observarse una gran variedad de plantas ornamentales y de flores, lo que evidencia el cultivo de las mismas en adecuados jardines, si bien reducidos a ámbitos privados.

Los recientes estudios de G. Barker, relacionados con la arqueología de la agricultura etrusca y en general sobre la arqueología del paisaje, constituyen excelentes planteamientos para un mejor conocimiento de la agricultura y la ganadería etruscas.

Las actividades ganaderas

Buen complemento de la agricultura fue la ganadería, que pudo criarse, según la documentación llegada, en las grandes fincas y en las cañadas de los bosques (Licofrón, *Alex.*, 1241). Bueyes —alabados por Columela (VI, 1)—, becerros, ovejas, carneros, cerdos —éstos criados en grandes piaras, al decir del historiador Polibio (XII, 4)— y asnos, al cuidado de pastores, porqueros y muleros de condición esclava, fueron las especies más protegidas y de las que aprovecharon sus pieles, lana, huesos, carne, grasa, leche (con la de oveja hicieron afamados quesos) o su potencia animal, según la raza. El número de ovejas hubo de ser muy elevado, si nos atenemos a lo señalado por Juvenal (VI, 289) al indicar que en tiempos de la invasión de Aníbal las mujeres romanas encallecían sus manos hilando la lana etrusca. A dichas especies se añadieron muy pronto los animales de granja (gallinas, pollos, ocas, patos) e incluso abejas, beneficiándose, obviamente, de su miel.

Especial cuidado dispensaron a la cría de caballos, en general de buena estampa, que se deduce de las numerosas figuraciones que han llegado de tales animales *(Tomba Giustiniani, Tomba delle Bighe, Tomba del Barone,* todas en Tarquinia) y que emplearon en las competiciones ecuestres (carreras de bigas, de trigas y de caballos), en cacerías de animales y en la guerra.

La caza

También los nobles etruscos practicaron la caza, según se sabe por determinadas pinturas *(Tomba della Caccia e della Pesca, Tomba degli Animali Dipinti, Tomba del Cacciatore, Tomba Golini I, Tomba della Scrofa Nera),* por algunos relieves (sítula de La Cartuja; cipo de Chiusi del British Museum; plaquita de marfil del Museo de Florencia, carrito ritual de Bisenzio, carro de Castel San Mariano, cerca de Perugia), por unos cuantos textos clásicos alusivos a la abundancia de animales (Estrabón, V, 2; Plinio el Joven, *Epist.*, V, 6; Rutilio Namaciano, *De Red. suo,* 615-616 s.) y, sobre todo, por la no escasa deposición de canes en las tumbas.

La caza fue muy abundante y variada en los bosques —el bosque Cimino sería ideal—, montes bajos, lagos y marismas de Etruria. Para tal actividad, estudiada en 1984 por G. Camporeale, se ayudaron de esclavos, de jaurías de perros perfectamente adiestrados y de diverso instrumental venatorio (bastones, venablos, jabalinas, trampas, hondas, redes), según dijimos. Es más, según Plinio el Viejo *(Nat. Hist.*, VII, 56), un etrusco de nombre *Piseo* fue considerado el inventor, entre otras cosas, de los venablos empleados en la caza. Y algunos héroes de origen etrusco, mencionados en la *Eneida,* fueron calificados de cazadores.

El retórico prenestino Claudio Eliano, al que antes aludimos, no dudó en recoger en su *Historia de los animales* (XII, 46) la curiosa información de que los etruscos capturaban jabalíes y ciervos con la ayuda de música. He aquí lo que dijo tal autor acerca del asunto:

> Hay un relato que circula entre los etruscos que dice que ellos capturan los jabalíes y los ciervos no sólo con redes y con perros, como se hace en general, sino también con la participación de la música. Esto se hace del siguiente modo: dispo-

nen sus redes y demás artilugios de caza y tienden sus trampas; pero, además, allí se aposta un flautista de talento que procura tocar sus melodías más armoniosas y hacer sonar lo más dulce que exista en el arte de las flautas. Y, en el silencio y la paz reinante, esta música alcanza fácilmente las cumbres, los valles y el fondo de la espesura. En definitiva, el sonido penetra en todas las madrigueras y guaridas de los animales. Y al principio empiezan por asombrarse y tener miedo, pero después el puro e irresistible placer de la música se apodera de ellos y, una vez que los ha seducido, olvidan sus cachorros y su guarida. Y, aunque a los animales no les gusta alejarse de su territorio, arrastrados como si fueran víctimas de un encantamiento, fascinados por la melodía, se acercan y caen en las redes de los cazadores.

El jabalí —cuya caza tal vez en plan colectivo confería gloria a su cazador—, el ciervo y la liebre fueron apreciados por la exquisitez de su carne, lo mismo que diferentes tipos de aves (patos, perdices, codornices, tordos). No cazaron, sin embargo, los animales de significación religiosa, cuya relación quedó reseñada en sus *Libri Ostentaria*.

Una copa de plata y oro, del siglo VI a.C., procedente de la *Tomba Regolini-Galassi* de Caere (hoy en el Museo de Villa Giulia de Roma), recoge el motivo del arquero a caballo cazando leones y águilas. Se trata de una decoración insólita en el ámbito etrusco —pues se ignora si cazaron o no a caballo—, aunque no en el oriental ni en las regiones esteparias del norte del mar Negro y del Caspio. En cualquier caso, debe indicarse que tal copa no fue fabricada en Etruria, sino en algún taller fenicio.

Curiosa es la corta escena de caza que se aprecia en el pie de la *oinochoe* de Tragliatella, en la cual aparecen un perro y una liebre. Quizá el artista no llegó a finalizar su trabajo, pues la disposición de ambos animales es inusual: la liebre parece perseguir al perro y no al revés.

Aunque no fue corriente, algunas representaciones (ánfora de figuras negras de Múnich, *Tomba Querciola I*, de Tarquinia) recogieron la presencia de la mujer en partidas venatorias. Este hecho, que no tuvo paralelos ni en el mundo griego ni en el romano contemporáneos a los etruscos, testimonia la costumbre específicamente etrusca de no excluir a las mujeres de ninguna actividad.

A partir del siglo III a.C., las representaciones venatorias se hicieron cada vez más esporádicas, dado que las clases sociales aristocráticas fueron disminuyendo su prestigio. La caza había perdido, pues, su carácter deportivo, propio de los grupos aristocráticos, prevaleciendo sin más su significado alimentario.

Por supuesto, muchas de las escenas de caza que nos han llegado pueden interpretarse en clave elitista para destacar el estatus del cazador (caza de leones y avestruces, animales que no se dieron en Italia), mitológica (león nemeo, jabalí calidonio, aves estinfálidas), funeraria (felinos, monstruos de cuerpo leonino) y aun erótica (ciervo, liebre).

Al no haber llegado literatura específica sobre la caza (normativas jurídicas, religiosas, organización, vedas, precios), muchos de los aspectos sobre la misma permanecen en nuestro más absoluto desconocimiento.

La pesca

Por su parte, la pesca ocupó, asimismo, a no pocos etruscos, aunque lo común fue que esta actividad quedase en manos de las clases socialmente inferiores (su práctica no exigía costos ni dotes físicas), para las que su ingesta constituía un importante aporte de proteínas.

La pesca organizada se practicó sobre todo en el mar, donde, tras ser avistados los bancos de atunes y delfines desde observatorios construidos al efecto, se procedía a su captura con arpones y redes. Estrabón (V, 2) recuerda el *thunnoskopeion* de Populonia del siglo I a.C y el existente sobre el Monte Argentario, en Orbetello. Los peces obtenidos se comercializaban luego en factorías costeras, caso, por ejemplo, de Pyrgi, el puerto principal de Caere.

También se tiene noticia de la pesca en lagos (Bracciano, Bolsena y Vico) y en ríos. Sabemos que en estas aguas, y durante la época romana, se pescaban doradas, lubinas, róbalos y otras especies marinas que se habían aclimatado al agua dulce, al decir de Columela *(De re rust.,* VIII, 16).

Aunque son muy pocos los restos que han testimoniado la actividad pesquera (pesos de redes, anzuelos, arpones, un tridente de bronce, de Vetulonia, hoy en Florencia, y otro de hierro, descubierto recientemente en el túmulo de S. Jacopo de Pisa), unos pocos modelos de barcos en terracota, hallados en algunas necrópolis de Veyes, y una especie de piragua, encontrada en una tumba de la necrópolis del Sasso di Furbara (entre Caere y Pyrgi), del siglo VII a.C. —estudiada por D. Brusadin Laplace—, confirman su práctica.

Hay que señalar, por otra parte, que se han conservado algunos desperdicios de peces. Entre ellos, unas cuantas vértebras halladas en un plato de Pyrgi, conchas de moluscos y valvas de mejillones, estas últimas en tumbas de Tarquinia y Caere. Aunque tangencial con la pesca, debe decirse que se han hallado fragmentos de coral en el santuario de Gravisca, en cuya costa existieron algunos arrecifes con tal especie.



Tomba della Caccia e della Pesca. Tarquinia.

La pesca, que sepamos, tuvo escasa repercusión en las artes figurativas etruscas. Además de algunas escenas presentes en la *Tomba della Caccia e della Pesca,* tal temática sólo se difundió en varias series de platos de cerámica, de los siglos IV y III a.C., ornamentados con distintas variedades de pescados. Una jarrita de *impasto,* fragmentada, de fecha muy anterior, de la primera mitad del siglo VII a.C., elaborada en Veyes, tiene incisa una embarcación con vela y remos, pero sin pescadores ni remeros, si bien un arpón ha ensartado un grueso pez. Un plato, fabricado en Caere, de mitad del siglo VII a.C., y que se halló en la necrópolis de la Laurentina, cerca de Roma, fue ornamentado, también, con la captura con arpón de un gran pez por parte de un pescador, único personaje figurado.

Muchísimas cuestiones acerca de la pesca (control, precios, tasas, organización, fiestas) nos son totalmente desconocidas.

La minería

Etruria constituyó uno de los lugares más ricos de todo el Mediterráneo en recursos mineros, especialmente en hierro, cobre, plomo, galena argentífera y en menor medida estaño, arsénico y antimonio, según evidencian los estudios arqueometalúrgicos emprendidos en los últimos años.

Diferentes *ripostigli* con objetos de bronce, localizados en la isla de Elba y en puntos de Populonia y Vetulonia, así como otros diversos materiales (hachas, fíbulas, navajas), testimonian la gran importancia de la minería y de la industria metalúrgica ya en la etapa villanoviana e incluso antes (siglo X a.C.).

Aunque se ignoran los detalles técnicos de la explotación y de la fundición de los metales por parte de los artesanos y metalistas etruscos, numerosos restos de pozos —algunos de hasta 80 m de profundidad, otros abandonados muy pronto (Serrabottini)—, galerías, hornos de fundición (los de Follonica, en Populonia, el de Val Temperino, los siete de Val Fulcinaia, los restos del de Poggio Civitella, cerca de Montalcino, por ejemplo), variados picos, tenazas, moldes, recipientes de trituración, gran cantidad de escorias, sobre todo las de Populonia —reaprovechadas incluso en tiempos modernos—, y el hallazgo de una lámpara de minero, con agujeros para ser fijada, propiedad que fue de un tal *Akiu,* han permitido deducir que la producción de metales conoció un notabilísimo rendimiento.

Se sabe que los hornos precisaron de una temperatura superior a los 1.100 grados, y que, por los restos hallados, eran de planta circular de 1 m de altura × unos 50 cm de diámetro y que fueron construidos con piedras de gres local, unidas con arcillas refractarias, disponiendo de agujeros de aireación (hornos tipo *a graticola).* El mineral se introducía directamente mezclado con el carbón de leña y, una vez efectuada la fusión era preciso desmontar las paredes para recuperar los panes de metal, despreciando las escorias, ricas, sin embargo, en metal inerte (de un 40 a un 60 por 100). A lo sumo, tales hornos podían servir para dos o tres veces. En no pocas ocasiones era preciso un refinado, sobre todo para el hierro, en otros hornos de tamaño mayor y de estructura cilíndrica (unos 2 m de altura × 1 m de base).

Aquella producción atendería las necesidades internas, además de posibilitar la salida de un alto porcentaje de excedentes metálicos que exportaron tanto en bruto como en lingotes (un barco hundido junto a la isla del Giglio transportaba plomo y cobre) y, por supuesto, también manufacturados. Obviamente, la cadena industrial comportó la existencia de una variada gama de artesanos y metalistas especializados.

En general, todas las manufacturas metálicas (armas, vasos de bronce —sobre todo los «de borde perlado»—, *oinochóai* picudas —«tipo schnabelkanne»—, metalurgia artística) gozaron siempre de un gran prestigio en toda la cuenca mediterránea, en especial entre los griegos.

Fueron estos quienes muy pronto, y como se dijo con anterioridad, habían llegado a visitar determinadas áreas italianas en busca de los metales que ellos precisaban. Sería el metal etrusco el elemento de cambio respecto a los productos artesanales griegos y muy pronto, por ello, las comunidades villanovianas harían de su acopio un instrumento de poder y, lógicamente, de intercambio. El control de los minerales haría que sus detentadores —las clases aristocráticas— se convirtieran en la clase dominante.

Las zonas mineras etruscas por antonomasia comprendieron distritos específicos: el de los montes de la Tolfa, que en tiempos históricos fue límite entre Tarquinia y Caere; el de los montes Amiata y el de las Colinas Metalíferas (A. Zifferero), dependiente de Vetulonia; el del Campigliese, cuyo metal se controlaba desde Populonia, y el del Volterrano, con diferentes enclaves. A ellos debe añadirse la isla de Elba, generosa ésta, según Virgilio *(Eneida,* X, 174) y Estrabón (V, 2), «en minas de hierro inagotables».

Por desgracia, ignoramos todo lo relacionado con la propiedad de las minas, con su organización y con sus sistemas de producción (se precisaban 40 unidades de carbón para obtener una sola unidad de metal), si bien el haber localizado algunos centros de extracción y exportación —caso del complejo que existió en las cercanías de Massa Marittima, dependiente de Vetulonia— permite deducir, como hemos argumentado, que determinadas familias, ya desde la Edad del Bronce, controlaban las actividades metalúrgicas.

En cualquier caso, las fuentes literarias (Rutilio Namaciano y Diodoro de Sicilia, además de los citados Virgilio y Estrabón) son coincidentes a la hora de emplear palabras de admiración en lo referente a la minería etrusca. Los estudios de G. Camporeale han demostrado la importancia que como centros mineros y de manufacturación metálica tuvieron Arezzo, Volterra, Populonia, Vetulonia y Tarquinia especialmente.

Populonia emitió en el siglo III a.C. una serie de monedas en cuyo anverso se figuró la cabeza del dios etrusco *Sethlans,* titular del artesanado, y en su reverso unas tenazas y un martillo. Según D. Briquel, aquellas monedas proclamaban de modo sobrado lo que la ciudad «debía a los que trabajaban en sus talleres metalúrgicos», ubicados fuera de las murallas de la ciudad.

Minerales no metálicos

Entre los minerales no metálicos y de origen lítico hay que citar, siguiendo a G. Tanelli, el ocre y el cinabrio, usados como colorantes, la alúmina, a partir de la cual prepararon el alumbre, empleado también como producto medicinal y sobre todo como mordiente para fijar los colores en tejidos y cueros. Asimismo, hicieron un amplio uso de las arcillas para fabricar cerámicas y materiales refractarios, así como de los alabastros yesosos y calcáreos, además de la toba, el granito y varios tipos de piedra arenisca.

El oro

Por lo que sabemos, el oro, aunque geológicamente se registra en Massa Marittima, no se extrajo de tal zona. Fue de origen foráneo, obtenido mediante intercam-

bios comerciales, y traído de zonas de los Alpes, de la Padana y de Tracia, sin olvidar Al-Mina y otros puntos del Oriente Próximo, vía Pitecusa, en opinión de M. Grant. También Hispania aportó oro a Etruria.

La plata

La galena argentífera se extrajo, según G. Sperl, de las Colinas Metalíferas. A partir de la Edad del Hierro, en Campiglia Marittima, y bajo el control de Populonia, se explotó dicho metal de modo intensivo. Sin embargo, Etruria se vio obligada a importar plata de Hispania, vía Tharros y el comercio fenicio-púnico, dada su demanda. Por otro lado, y como contraste, los objetos labrados en dicho metal han sido localizados en reducido número, incluso monetalmente hablando.

El hierro

Trazas de manipulación del hierro, durante las últimas fases del Bronce final, han sido señaladas en el hábitat de Scarceta (Manciano) del valle del Fiora, así como en algunos niveles de una cabaña protovillanoviana de San Giovenale (Blera) y en el hábitat del Elcefo (Allumiere), en los precitados montes de la Tolfa.

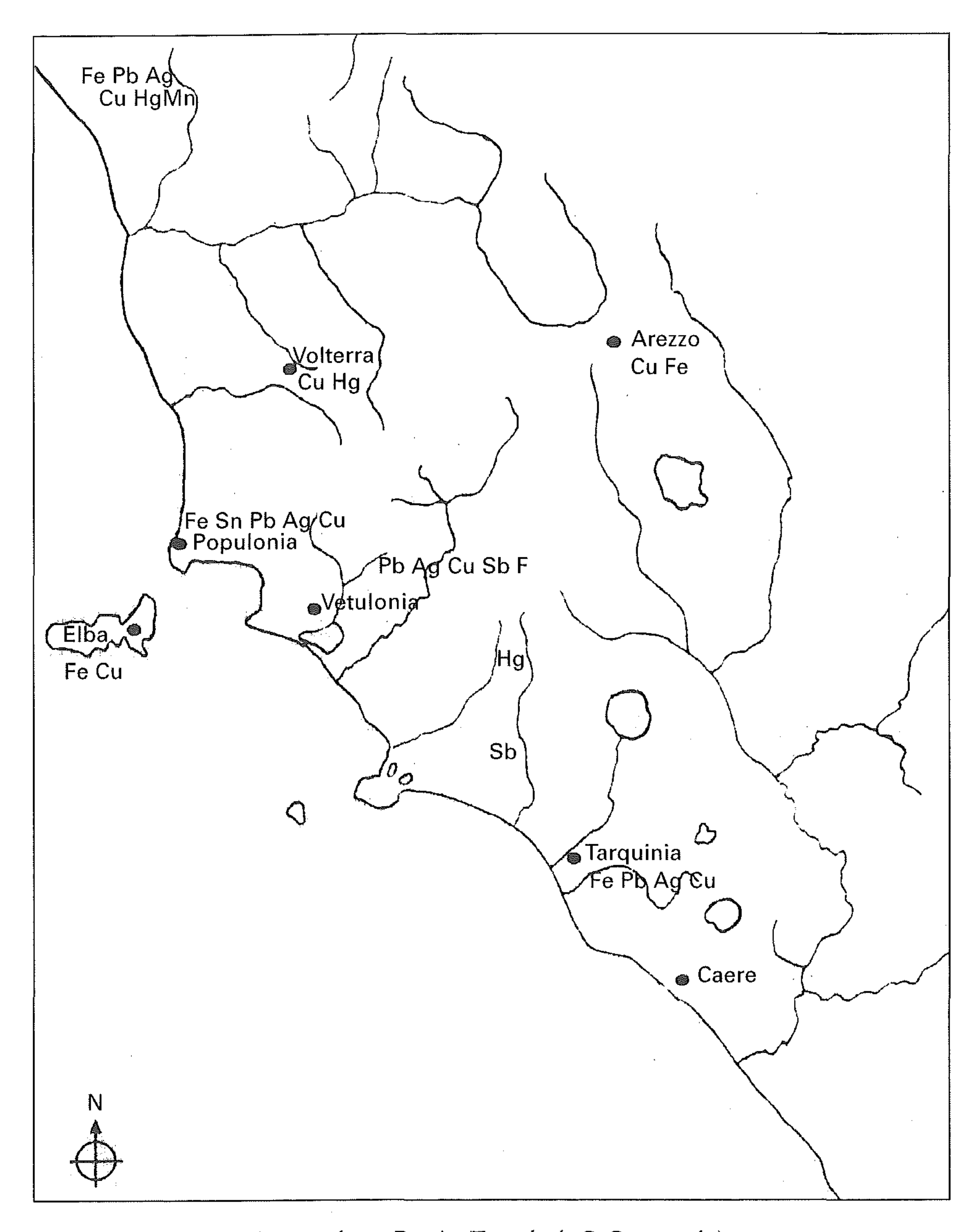
El hierro se explotó ya desde tiempos villanovianos, no sólo en la isla de Elba —señalada también por Diodoro de Sicilia (V, 13) como «contenedora de mineral de hierro en gran cantidad»—, sino también en otros lugares itálicos (Tarquinia, Caere, norte del Arno, Alpes Apuanos). Sus mineralizaciones, por lo que sabemos, estaban constituidas por hematites y magnetitas en gangas silicáticas. Los numerosos cúmulos de escorias depositados en dichas zonas mineras, señalados por B. Busatti, S. Bastianelli y G. Camporeale, entre otros estudiosos, testimonian el gran empleo que hicieron del hierro.

El cobre

El cobre fue el primer mineral extraído y trabajado, en lo que llegaría a ser Etruria, por gentes anatólicas ya desde el Calcolítico (M. Zecchini). En Toscana se prospectó, al parecer, en el área de los montes Amiata ya desde el segundo milenio precristiano. Arezzo contó también con importantes recursos en cobre, en la zona de los montes de Rognosi. El sector más rico fue, sin embargo, Populonia, aunque aquí no se llegó a explotar hasta el siglo v a.C., según opinión de J. D. Muhly. En cualquier caso, el cobre etrusco, obtenido de mineralizaciones de sulfuro de cobre, carbonatos de cobre y cobre nativo, además de mineralizaciones polimetálicas, no fue autosuficiente para las necesidades industriales, por lo que su importación fue una necesidad real.

El plomo

Respecto al plomo se han señalado yacimientos en Bottino, en Batignano, en el Campigliese y en la Tolfa, aunque se desconocen sus fechas y sus fases de explotación. Fue un metal muy necesario en la industria broncística.



Los metales en Etruria. (Tomado de G. Camporeale.)

El estaño

De la casiterita obtuvieron el estaño. Tal mineral, aunque en yacimientos sin importancia, se hallaba en Monte Valerio, en las cercanías de Campiglia Marittima, asociado a las hematites. También se encontraba en los montes Amiata y de la Tolfa, así

como en la isla de Elba. Se ignora si el estaño local fue o no empleado en la producción del bronce. Lo más probable es que los etruscos, dadas sus necesidades industriales, hicieran acopio de él, bien de Hispania bien de Cornualles, en opinión de L. Cambi.

El arsénico y el antimonio

El arsénico y el antimonio fueron empleados de modo muy secundario en las actividades metalo-técnicas etruscas. El primero aparecía como componente en mineralizaciones polimetálicas de cobre, plomo y cinc, y el segundo se hallaba en áreas del Volterrano, en donde, según L. Cambi, se han localizado «botones» de tal metal.

Las salinas

Punto y aparte merece la explotación de las salinas, de las que conocemos pocas en Etruria. Una de las riquezas de Veyes, según recordó Dionisio de Halicarnaso (II, 55), sería la sal, obtenida de las salinas de la desembocadura del Tíber, y que distribuirían por toda Etruria y por el sur de Italia, según M. Grant. Asimismo, Volterra contó con salinas de extracción que estuvieron en explotación hasta la Edad Media. En otros puntos (desembocadura del Albegna y del Mignone) también existieron salinas, aunque de bajo rendimiento.

La industria

La industria etrusca, controlada por la nobleza, descansó sobre todo en la manipulación de los metales, dada la abundancia de los mismos en el país (del exterior se importaba el oro y la plata) y la perfección cada vez mayor del utillaje y de las nuevas tecnologías —soldaduras, cera perdida, laminado— que tomaban de los artesanos griegos.

Manufacturas metálicas

Con hierro, del cual ya en el siglo VII a.C. se habían obtenido varias calidades en función de su dureza y de su grado de carburación, se confeccionaron numerosísimas herramientas, armas y enseres de uso cotidiano que fueron elaborados por expertos metalúrgicos en los excelentes obradores de Vetulonia, Vulci, Perugia, Cortona, Arezzo y otras ciudades.

El bronce, entre otras finalidades, sirvió para realizar magníficos utensilios de lujo (candelabros, espejos, vajilla metálica, urnas cinerarias, estatuillas y variada joyería), de gran éxito entre las clases nobles y oligárquicas. También en bronce se confeccionaron multitud de objetos de uso cotidiano (apliques de muebles, trípodes, calderos, navajas, estrigilos, instrumental médico), y por supuesto armas de todo tipo.

Diferentes estudios (de L. Follo, E. Formigli y P. T. Craddock, entre otros) han permitido averiguar que el bronce etrusco (liga de estaño y cobre) contenía aproxi-



Kotýle de oro. *Tomba Bernardini.* (Museo de Villa Giulia, Roma.)

madamente un 80 por 100 de cobre, un 10 o 15 por 100 de estaño y la presencia, a veces, de un pequeño porcentaje de plomo, debido más a las impurezas ocasionales que a un añadido intencionado, aunque no se puede generalizar esta afirmación, ya que cada vez fue en aumento la cantidad de plomo que se incluía en el bronce. Para su elaboración industrial los etruscos conocieron las técnicas del batido en frío, así como las recristalizaciones térmicas. Dicho metal lo obtuvieron mediante dos procedimientos: la fundición y la elaboración plástica.

Para fabricar las estatuas metálicas de mediano y gran tamaño, el bronce era trabajado en fragmentos que luego se soldaban y pulían para un mejor acabado. Así, el *Marte* de Todi fue fundido en seis piezas y *l'Arringatore* en siete. En no pocas ocasiones, a partir del siglo VI a.C., los bronces recibieron incrustaciones de oro o de plata e incluso algunos llegaron a dorarse.

El caso de los «ripostigli»

Asociados a la metalurgia y a planteamientos económicos y sociales se hallan algunos de los más antiguos *ripostigli* («escondrijos») hallados en distintos puntos de Etruria.

El hecho de haberse localizado en ellos objetos metálicos de uso cotidiano y personal (hachas, arpones, armas, fíbulas, anillos), así como panes metálicos junto a objetos a medio elaborar o intencionadamente rotos, ha motivado que se hayan interpretado tales «escondrijos» de variadas maneras. Dos de ellas son opuestas: la que ve en los mismos claras formas de acopio de excedentes económicos, queridos por la autoridad pública, y la que los evalúan como reservas exclusivamente individuales, metales pertenecientes a fundidores-artesanos-comerciantes que operarían por su cuenta, fuera de las comunidades y de modo itinerante. No debe dejarse de lado el valor premonetal de algunas de las piezas de los *ripostigli,* caso de las hachas, muchas marcadas con contraseñas o con letras aisladas y, a veces, con secuencias de letras. De los citados «escondrijos», uno muy interesante, cuya cronología abarca del siglo IX al VII a.C., es el de San Francesco, en Bolonia, *ripostiglio* que ha deparado 14.841 objetos (entre piezas y fragmentos de bronce), muchos de ellos marcados con letras etruscas.

La cerámica

A la siderurgia la seguía en importancia la fabricación de cerámica, con tipos tomados directamente de Grecia y del Egeo y con otros de creación propia, como el célebre *bucchero nero,* de pulida y brillante superficie y que se difundió por Hispania, Galia y distintos países de la moderna Europa central, coincidente ello con la gran expansión comercial de los siglos VI y V a.C. Con anterioridad, la aparición del ánfora mer-

cantil —tanto de fondo puntiagudo como plano— había motivado la creación de hornos de mayores dimensiones, los cuales trabajaban industrialmente, elaborando cerámicas para la exportación de los productos agrícolas que controlaba la aristocracia terrateniente.

Hilanderías y tenerías

A mayor distancia, por hallarse prácticamente todas en ámbitos domésticos, estaban las hilanderías. Ejemplo de sus actividades son el huso de bronce de la Tumba 22 de Melenzani, las canillas de *impasto* de Poggio Selciatello (Tarquinia) y las del Cassale del Foso (Veyes).

Lo mismo cabe decir de las tejedurías, para cuyo conocimiento se dispone del *trono lígneo* de Verucchio, un componente funerario de la tumba 89 de la necrópolis de Podere Lippi, y que perteneció a un personaje de elevado rango, y del famoso *tintinabulum* de la *Tomba degli Ori,* de la tumba 5 de la necrópolis del Arsenal de Bolonia, así como de numerosas fusayolas y pesas de telar halladas en distintas tumbas. Al haberse fabricado las ruecas y los husos, en su mayoría, de madera, el carácter perecedero de tal materia ha motivado casi su desaparición, habiéndose perdido por ello una preciosa fuente de información.

Un edificio del siglo V a.C., de las cercanías de Mantua, ha facilitado, a partir de las diversas pesas de telar halladas en un amplio aposento, datos de lo que pudo haber sido un taller de confección de tejidos. Igual cabe decir de otro edificio de la Accesa (Massa Marittima), en el que se descubrieron unas 60 pesas de telar.

El espaldar del *trono* de Verucchio, al que ya se aludió, obra de la mitad del siglo VII a.C., recoge en su parte interna varios registros temáticos, entre ellos, el ciclo completo de la elaboración de la lana, desde el esquileo de los animales, efectuado por siervas, hasta el proceso del hilado y confección del tejido. Asimismo, en las dos caras del *tintinabulum* broncíneo de la necrópolis del Arsenal de Bolonia, del año 600 a.C., se representa el proceso de los tejidos, manipulados por mujeres. Puede verse el cardado y bobinado de la lana sobre rueca, el hilado con husos, la preparación de los hilos del tejido y, finalmente, la confección de una pieza de ropa en un telar de estructura vertical.

Apropiadas cistas o cubos (a modo del *tálaros* griego) servían para contener los hilos, caso del cubo de lámina de plata (16,50 cm de altura) de la *Tomba Castellani* de Preneste (hoy en los Museos Capitolinos de Roma) o de la sítula de plata de la *Tomba Regolini-Galassi* de Caere.

Muy poco sabemos de las tenerías, en donde se manipulaban los cueros, aunque se sabe que exportaron calzado a todos los pueblos ribereños del Mediterráneo.

Conectado con estas actividades hay que hacer alusión al alumbre, un sulfato doble de potasio y aluminio hidratado, abundante en el Campligiese, que los etruscos emplearon como mordiente en tintorería para fijar la coloración de los tejidos, así como en la industria del cuero (calzado y guarnicionería). También, aunque ya al final de su historia, los etruscos se interesaron por el molusco *murex,* del cual se obtenía la preciadísima púrpura, que tantos beneficios económicos había reportado a los fenicios.

Industria maderera

La industria de la madera, suministrada por sus bien poblados bosques, se centró sobre todo en la construcción de navíos militares y comerciales, a los que, a la calidad de sus maderas —robles y hayas de Volterra, abetos de Ruselas, Perugia y Chiusi, pinos y abetos de Caere—, se añadía un perfecto acabado, lo que les permitió, junto a la pericia de sus marineros y hombres de empresa, competir incluso en los primeros siglos de su historia con griegos y cartagineses, hasta hacerse dueños del mar.

Ni que decir tiene que la metalurgia exigió una gran cantidad de madera como combustible, así como de carbón vegetal, precisándose —de acuerdo con las cifras generales obtenidas por L. Horne y por G. Sperl para Etruria— un costo de 20 kg de carbón vegetal o 140 kg de leña para obtener 1 kg de metal. En el caso de la obtención de metal siderúrgico bruto, el consumo de carbón o de leña se reducía considerablemente.

El comercio

Al comienzo de la historia etrusca, el comercio, fundamentalmente de tipo interior, se redujo al intercambio de materias primas y de unas cuantas manufacturas sin que existiesen regulaciones comerciales de ningún tipo (mecanismo del don y contradon del denominado *gift trade)* y en el que los acuerdos o las rapiñas eran la mecánica usual para el acopio de determinados bienes que interesaban, sobre todo, a las clases aristocráticas. Lo mismo cabe decir del incipiente comercio exterior, no organizado y ya mantenido a finales de la Edad del Bronce, entre los siglos XIII y XI a.C., deducible de unos pocos fragmentos de cerámica micénica hallados en Luni sul Mignone, Monte Rovello, San Giovenale y Frattesina Polesine, enclave este en conexión con la costa adriática.

Algo parecido realizarían los villanovianos, a finales del siglo IX a.C., al llegar a las cercanas islas de Córcega y Cerdeña, así como al sur de Italia, siguiendo una navegación de cabotaje. Se ha de suponer que no sólo actuaron como comerciantes, intercambiando excedentes, sino también como piratas, robando cuanto tenían a mano, si la ocasión se presentaba.

Gracias a las influencias griegas —tras haberse establecido los eubeos en una primera base comercial en la isla de Pitecusa (hoy Ischia)—, durante el siglo VII a.C., el comercio marítimo etrusco se tornaría más regular, extendiendo sus productos por todo el Mediterráneo, si bien los llevados hacia Oriente —básicamente metales— lo serían por navegantes helenos más que etruscos.

Como contrapartida obtuvieron tridacnas, venidos del océano Índico o del mar Rojo, y que utilizaron como preciosos contenedores de cosméticos (bellísimo el ejemplar de Vulci, hoy en el British Museum), y huevos de avestruz de África o Mesopotamia, algunos decorados en origen (como uno de la *Tomba di Iside* de Vulci, del siglo VII a.C., también guardado en Londres).

Numerosos objetos de fayenza (cuentas de collar, escarabeos, joyitas y recipientes) fueron importados de Egipto, como la sítula del faraón Bocchoris, del Museo

Nacional de Tarquinia, o del área sirio-palestina, caso del vaso en *fritta* azul de Vulci, de gran preciosismo, hoy en Berlín. También de Fenicia y Rodas, como el collar egiptizante localizado en la tumba antes citada, adornado con amuletos que figuran las divinidades egipcias Nefertum y Sekhmet.

El marfil, trabajado o no, piezas metálicas cinceladas, vasos de plata, variadísima joyería y magníficos trípodes y calderos de bronce arribaron desde Chipre, Fenicia, Siria, Urartu y Asiria. Asimismo, con el ámbar (Plinio el Viejo, *Nat. Hist.*, XXXVII, 30-53), venido del norte de Europa, se fabricaron apreciadísimas joyas durante la etapa orientalizante. Las élites sociales fueron muy aficionadas a todos aquellos productos y bienes representativos de la exhibición del lujo, propia de aquella etapa histórica.

Las relaciones comerciales exigidas para el acopio de tales bienes de consumo precisaron, como es natural, de la concesión de *empória*, por parte de las autoridades etruscas, a comerciantes extranjeros (singularmente de origen griego), siendo los más importantes los que se autorizaron en Pyrgi, el puerto de Caere; Gravisca, el puerto de Tarquinia; y Regae, el de Vulci. En ellos, se ubicaron también, en virtud del *hospitium*, enclaves religiosos de culto griego.

Por el Occidente los etruscos comerciaron sobre todo con vino, cerámicas (ánforas, *kántharoi* y diversa vajilla de mesa), metales y, en menor cantidad, con aceite y marfil. De Córcega, por ejemplo, además de recibir —después del control de la isla— minerales como tributo, también obtuvieron bienes muy solicitados y escasos, tales como resinas, cera y miel, y sobre todo esclavos, al decir de Diodoro de Sicilia (V, 13).

Los materiales descubiertos en las costas del sur de Francia (M. Py, B. Bouloumié), singularmente los aportados por los restos de naufragios ocurridos en el siglo VI a.C. (Cap d'Antibes, Bon-Porté, Pointe du Dattier, Esteù deu Mieù, Pointe Lequin, Cassis, Sausset-les-Pins y Grand Ribaud F, cerca de la isla de Giens), así lo constatan. Asimismo, en España, según M. Almagro Gorbea, E. Sanmartí y M. A. Martín, una cincuentena de yacimientos, distribuidos a lo largo de la costa mediterránea (Ampurias, Ullastret, Toscanos, Málaga) y del Atlántico meridional (Cádiz, La Algaida, Huelva), con alguna penetración en el interior (La Pedrera —en Lérida—, Segóbriga, Alcurucén, Cancho Roano) y en las Baleares, han facilitado materiales etruscos, sobre todo ejemplares de *bucchero* y ánforas de vino, así como algunos bronces, joyas y estatuillas.

El comercio con la Europa central, septentrional y oriental fue, aunque no importante, sí significativo, enviándose —o intercambiándose por terceros— objetos de ornamentación personal (fíbulas), vajilla y calderos de bronce —como el hallado en Hassle (Suecia), del período orientalizante—, cerámicas finas, armas, manufacturas de marfil, calzados de lujo y, particularmente, vino.

Uno de los problemas al analizar el comercio consiste en la heterogeneidad de los cargamentos, muy evidente en el comercio marítimo del siglo VI a.C., según han demostrado los pecios detectados en aguas del Mediodía francés. En Cap d'Antibes, según señaló M. Gras, junto al material etrusco (180 ánforas de transporte), se localizaron ánforas corintias y una lámpara púnica; en los otros pecios aparecía material griego asociado al etrusco (Grand Ribaud F). Ello quiere decir, en el supuesto de que las naves que transportaban tales cargamentos fueran etruscas —la identificación de su procedencia se desconoce—, que los etruscos, al igual que los fenicios, se dedicaron también al comercio de redistribución.

El pecio tirrénico de la isla del Giglio

En las costas italianas también se han localizado restos de naufragios comerciales que tuvieron lugar en tiempos etruscos, destacando por su interés el de la Torre Baratti (Populonia), con restos lígneos de una nave del siglo IX a.C., el del promontorio del Circeo (P. A. Giaufrotta), del que se han recuperado ánforas vinarias y vajilla de mesa, aceites perfumados y metales en bruto, y, sobre todo, el de la rada de la isla del Giglio (M. Bound).

Los materiales de este último pecio (hoy en el Museo Arqueológico de Florencia) son de gran interés, sobre todo por el elevado número de cerámicas recuperadas —copas jónicas, *kántharoi* de *bucchero* etrusco, *arýballoi* con restos de aceites perfumados, tanto de procedencia corintia como laconia y etrusca, *oinochóai,* un *kóthon* corintio, ánforas de transporte fenicias, etruscas (130) y griegas (de Samos y Clazomenes), vasos, y varias lucernas de tipo greco-oriental.

La nave que naufragó transportaba, asimismo, productos alimentarios (entre ellos, piñones y aceitunas), lingotes de metal (cobre, hierro, plomo con contraseña), objetos de lujo (dos piezas de ámbar), elementos de tipo militar (yelmo corintio decorado, puntas de flecha).

Otros objetos localizados aluden directamente al tipo de vida aristocrática que hubo de llevar el *naúkleros,* que ejercitaba las *empória* en su propia nave oneraria, entre ellos, un servicio de escritorio (formado por una pequeña tablilla de boj de un díptico y un estilo de madera de 25 cm de longitud), no menos de nueve *diauloi* (flautas dobles trabajadas en hueso, marfil y madera) y diferentes astrágalos de hueso para jugar, aparte de algunos instrumentos necesarios para la práctica de la pesca.

Según M. Cristofani, la combinación de los elementos presentes en la carga de la nave permite deducir que el naufragio se produciría en el decenio del 590-580 a.C. (para G. Camporeale, a finales del siglo VII a.C.) y que la nave provendría de las costas de la Jonia asiática, quizá de Samos, habiendo efectuado algunas escalas en puertos griegos y etruscos —en los que traficaría con su carga y adquiriría productos y bienes locales, y que su punto de destino habría de ser la Galia meridional.

La aristocracia y el comercio

La aristocracia de las principales ciudades etruscas, que participaba en el comercio, entendía especialmente en productos de calidad y bienes de prestigio, cuya posesión se convertía más en instrumento de intención política que económica *(chieftains's trade).* Muchas de las relaciones del siglo VII a.C., marcadas por el mecanismo del don entre la aristocracia de determinadas ciudades y los régulos de pequeños enclaves no muy lejanos, motivarían una inicial dependencia política de éstos con aquélla. A continuación se generaría una lógica dependencia económica, que haría arribar a los pequeños enclaves los productos de las grandes ciudades. El don o regalo suponía, en la práctica, la posterior circulación de los más variados productos, canalizados mediante una adecuada infraestructura comercial, que lamentablemente desconocemos.

La intervención aristocrática en el intercambio de productos no se detuvo en tal nivel, sino que intentó explotar los recursos naturales de los lugares con los que co-

merciaba, no dudando muchos nobles en hacerse propietarios de barcos para obtener todavía mayores rendimientos económicos, en el supuesto de que mantuvieran contactos comerciales con lugares más o menos distantes. Ejemplo de esta afirmación sería la célebre y varias veces citada *oinochoe* de Tragliatella, de finales del siglo VII a.C., en la que se representa, entre otros asuntos, a un noble, un barco y una serie de animales. Como ha señalado J. Martínez-Pinna, lo que sobresale en la figuración de tal vaso es la relación directa entre el mercader, el medio y el producto del comercio realizado o por realizar.

Por otra parte, los extranjeros podían participar también en el mecanismo comercial etrusco, cuyo ejemplo puede verse, como se dijo, en el noble corintio Demarato, padre de Tarquinio Prisco, que comerciaba, a mitad del siglo VII a.C., con los etruscos «llevando mercancía griega a los etruscos y mercancía etrusca a Grecia», al decir de Dionisio de Halicarnaso (III, 46).

A lo largo del siglo VI a.C. —y del V a.C., aunque en menor número— continuaron reproduciéndose los mismos tipos de barcos y actividades comerciales en ambientes aristocráticos, lo que quiere decir que el comercio, que seguía basándose en el principio del intercambio, pudo organizarse de modo continuado y sistemático gracias al nacimiento de una verdadera clase mercantil, la cual iba logrando dar salida a los excedentes agrícolas (venta de trigo a Grecia y Roma), así como a la producción artesanal e incluso industrial, importando, como contrapartida, productos de gran valor material que satisfacían ante todo a las clases económicamente elevadas del período orientalizante.

En aquel siglo, los golfos de Génova y de León fueron surcados una y otra vez por las naves etruscas en busca del estaño, que arribaba allí por vía interior desde Bretaña y Cornualles. Los despojos de una serie de naves naufragadas, a cuyos pecios ya se ha aludido, así lo demuestran. Lo mismo cabe decir de todo el sur del mar Tirreno, Sicilia y la Magna Grecia, puntos en los que, a cambio de productos griegos de prestigio (cerámicas finas, marfiles, perfumes, manufacturas metálicas), los etruscos entregaban metales, cerámicas, cereales y vino.

Las «tesserae hospitales»

Las relaciones personales, que descansaban en la economía mediante el sistema del don, se fueron adaptando con el paso del tiempo a un marco más regular a través de una especie de *tesserae hospitales,* puestas de manifiesto por G. Messineo en 1983. Tales *tesserae* constituyen unos verdaderos «documentos de hospitalidad» consistentes en plaquitas de marfil de variadas formas, decoradas y provistas de unos agujeros, que tenían que coincidir con una plaquita gemela que poseía la otra parte con la que se había alcanzado el pacto o el acuerdo económico. En una de sus caras existe una inscripción con el nombre del propietario de la misma, constituyendo de hecho una especie de carta de presentación que el tenedor de la plaquita utilizaba en sus desplazamientos y en las relaciones comerciales con el poseedor de la tablilla gemela.

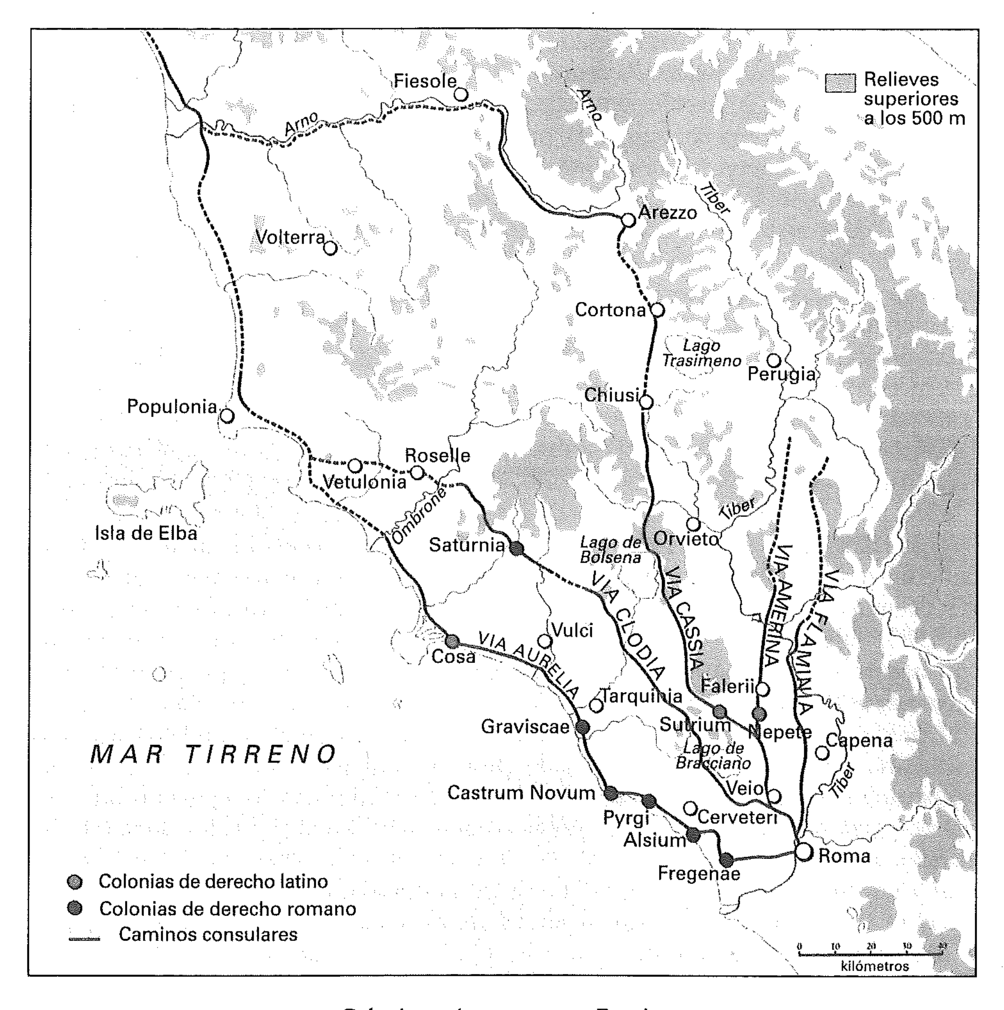
Conocemos tres de esas importantes plaquitas, todas del siglo VI a.C.

Una, de marfil y con la forma de un jabalí, fue hallada en la africana Cartago, en la necrópolis de St. Monique —su texto (TLE, 724)— dice *mi puinel karthazie els [---]na,* que podemos traducir, hasta donde es posible, como «Yo soy el Púnico Cartaginés...». Otra —a la que ya se aludió con anterioridad—, en Roma *(araz silqetenas*

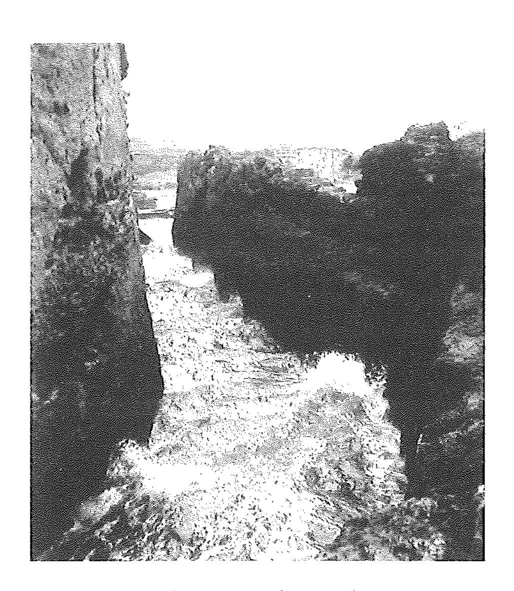
spurianas, que interpretamos como «Araz Silqetenas [huésped] de Spurianas»). Y la tercera, en el complejo de Poggio Civitate, en Murlo *(mi avil[eś—]).* Otros dos ejemplares de Capua no presentan inscripción, aunque sí los agujeros identificativos.

La red de caminos

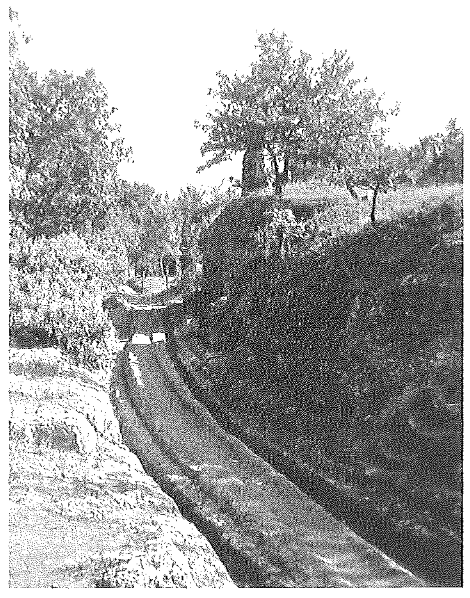
El comercio interior, por otra parte, pudo realizarse a través de la red de calzadas y caminos, expeditos después de tallar o demoler muchos kilómetros de ingentes rocas, que cruzaban el accidentado territorio etrusco y sectores limítrofes, y que en portentosas muestras de alarde técnico trazaron sus afamados ingenieros. Los caminos de Sovana con sus cortaduras a pico en la roca tobosa, o los del territorio falisco (Corchiano, Fantibassi, por ejemplo), son de lo más espectacular, alcanzando sus *tagliate* los 20 m de altura y los 6 m de anchura. En la zona falisca suelen existir ins-



Colonias y vías romanas en Etruria.



La *tagliata etrusca* de Ansedonia.



Camino de la necrópolis de Caere.

cripciones incisas en las paredes tobosas, tanto en lengua falisca, como etrusca y latina. En la *tagliata* de Corchiano todavía es legible en una de sus paredes el nombre etrusco de *Larth Velarnies,* que tal vez perteneció al constructor de tan impresionante camino. Por supuesto, la amplia red viaria etrusca —estudiada, entre otros, por M. Lopes Pegna— sería aprovechada en parte y muy pronto por los romanos (Vía Salaria, Vía Aurelia, Vía Clodia, Vía Cassia, Vía Aemilia, entre otras).

Sobre los carriles, hundidos en sus caminos y calzadas, carros de cuatro ruedas con cajas de madera, protegidas con láminas de bronce, y llantas metálicas, arrastrados por bueyes, mulos y caballos, transportaban los productos.

El comercio exterior se efectuó al principio por las vías terrestres que se acaban de indicar, transitando por los caminos practicados a través de pasos montañosos o bordeando más o menos las numerosas rutas fluviales, que iban hacia el norte (Ombrone, Scultenna, Reno, Po, Ticino, Adda, Oglio, Adigio, etc.), hasta alcanzar los territorios ligur, celta y véneto, para luego arribar a los valles del Ródano, del Rin y del Elba. O bien por las calzadas y caminos, posibilitados por los valles del Sacco, Liri y Garigliano que llegaban hasta la serie de colonias etruscas de Campania (Capua, Suessula, Nola), para desde ellas alcanzar las colonias griegas del sur de Italia, sobre todo las del golfo de Tarento (Siris, Metaponto, Taranto).

El comercio marítimo

Asimismo, a lo largo de las costas tirrenas se efectuó al comienzo una navegación de pequeño cabotaje que, además de permitir la unión y el contacto de unas zonas costeras con otras, propició el intercambio comercial y cultural. En el golfo de Baratti,

en el área de Populonia, se ha encontrado un yacimiento costero marítimo, fechado por los expertos en el siglo X a.C. y más al sur, en Torre Valdaliga, cerca de Civitavecchia, ha aparecido otro, incluso de mayor antigüedad. Tales asentamientos marítimos son señal inequívoca de la clara proyección marinera de los etruscos, que ampliarían a puntos más lejanos del Mediterráneo en tiempos posteriores.

Durante los siglos VII y VI a.C. los contactos comerciales con los helenos (primero los eubeos y luego los corintios y foceos) fueron muy intensos. De esta manera, las producciones orientales (cerámicas, vasos de alabastro, objetos de marfil, huevos de avestruz decorados, conchas incisas) se difundieron por Etruria. La primera ciudad etrusca que se lanzó al comercio marítimo fue Caere, sobre todo entre los años 700 y 650 a.C., hecho que redundó en su prosperidad material. Puede afirmarse que entre el final del siglo VII y la mitad del VI a.C. los etruscos gozaron de plena libertad en los mares y sus exportaciones (productos agrícolas, vino, *bucchero* y vasos etrusco-corintios) se difundieron ampliamente por todo el Mediterráneo.

Sin embargo, a partir del 540 a.C., el comercio etrusco sufrió un sensible retroceso en el exterior, motivado no sólo por la presencia de nuevos navegantes griegos y el incremento de la potencialidad cartaginesa, sino también por la propia pérdida de la calidad de sus manufacturas. Ante ello, Etruria se vio obligada a potenciar nuevos mercados —comercio centroeuropeo— y a llevar a cabo una serie de acciones militares y diplomáticas en el Tirreno, a fin de crear una mejor área para la distribución de sus productos.

El comercio y la piratería

Las ciudades etruscas pudieron así organizar una política comercial que les llevó al control de nuevos mercados y de sus vías de acceso, estableciendo incluso colonias permanentes en el extranjero. Esto provocó el choque con los griegos, quienes en el Mediterráneo occidental habían fundado la colonia de Massalia (Marsella) en las bocas del Ródano, y la de Alalia en las costas de Córcega, y obligó a los etruscos a pactar con los cartagineses —según se sabe por Aristóteles *(Política,* III, 9)— para repartirse ambas potencias las áreas comerciales marítimas.

Todo el sistema político-económico de los etruscos se mantuvo más o menos estable hasta el año 474 a.C., momento en que fueron derrotados en aguas de Cumas por los siracusanos. A partir de entonces, la presencia de comerciantes etruscos en el mar disminuyó sensiblemente. Con ello, la pretendida talasocracia etrusca, evocada en el siglo IV a.C. por Timeo de Tauromenio, dejaba de existir.

No lo hizo la piratería, práctica a la que se aludió en páginas anteriores. Diferentes estudios de M. Torelli, M. Gras, M. Giuffrida Gentile y S. C. Bakhuizen, entre otros, permiten conocer no pocos aspectos de la misma, que se mantuvo aún intacta durante dos siglos hasta ser eliminada por los romanos. Tal piratería tirrénica *(leistai Tyrsenoi),* cuya existencia fue propalada por los griegos —sus competidores en el campo comercial marítimo— y testimoniada por los romanos (Cicerón, *De republ.,* II, 4), incluso llegó a pasar al anecdotario cotidiano, según refleja un himno atribuido a Homero *(Himno VII),* anteriormente recordado.

El argumento del mismo, estudiado por A. W. James, se centra en la leyenda de que los tirrenos llegaron en su osadía pirática a capturar al propio Dioniso *(Fufluns,* en etrusco) y a intentar venderlo como esclavo (en la versión latina de Higinio el Fabulista, a violarlo a causa de su belleza). El dios, ante tamaña osadía, se vio obligado

a realizar una serie de prodigios (aparición de una frondosa viña que cubrió el barco, conversión del propio Dioniso en león) a fin de desembarazarse de sus raptores. Al ser devorado el capitán tirreno por el león, sus marineros no dudaron en lanzarse al mar para eludir la muerte, siendo convertidos finalmente en delfines. Una hidria de figuras negras, fechable en el 520 a.C. y tal vez trabajada en Vulci por artistas jónicos, y hoy atesorada en el Museum of Art de Toledo (Estados Unidos), a la que también hemos hecho referencia, representa magistralmente la metamorfosis de los piratas tirrenos en delfines (el delfín de la izquierda, curiosamente, todavía tiene cabeza humana).

La moneda

El comercio etrusco se basó al comienzo, como se ha dicho, y durante algunos siglos, en el trueque de productos y materias primas, sin plantearlo en términos monetarios. La moneda, como tal, apareció por primera vez en Italia hacia el año 550 a.C. en las colonias griegas (Síbaris, Metaponto, Crotona, Tarento, Reggio, etc.), acuñándose ejemplares a imitación de las series griegas y chipriotas. La emisión de las series monetales etruscas —que no fueron unitarias ni nacieron en un único lugar, según apuntó F. Panvini Rosati— tendría lugar poco después, aunque coincidió, sin embargo, en un momento ya de clara decadencia política y económica.

De hecho, tres circunstancias llevaron a los etruscos a emitir moneda: su activa participación en el comercio interno marítimo en áreas meridionales de Italia, el pago a mercenarios (luchas en Sicilia y contra los romanos) y la ayuda económica prestada a Roma en las guerras púnicas contra Aníbal.

Previamente a la aparición de la moneda etrusca, diferentes utensilios de bronce —muchos de ellos atesorados en *ripostigli*— hubieron de funcionar como elementos de referencia premonetal. El hecho de llevar incorporadas contraseñas alfabéticas (caso del *ripostiglio* de San Francesco, en Bolonia, ya citado) evidencia que pudieron haber circulado con categoría premonetal entre los siglos IX y VII a.C. (el sistema de contraseña alfabética también se dio en el siglo VI a.C. sobre cerámicas). Al propio tiempo, el bronce, tanto en bruto *(aes rude),* pesado en balanzas, como en forma de anillos o de figuras, fue utilizado con valores ponderales fijos, pudiendo por ello servir de referencia o patrón.

La presencia del *aes rude* en depósitos de santuarios (como el del Felterona, con millares de piezas) y en ambientes funerarios (aquí sólo con una o dos piezas por deposición), significa que tal tipo de metal hubo de ser empleado como instrumento que cumplía dos funciones: la de facilitar el cambio de productos o su compraventa, dado su carácter de patrón referencial, como se ha dicho, y la de acumular riqueza con la simple posesión de tales piezas metálicas.

Asimismo, los objetos metálicos —sobre todo, los asadores—, el empleo de monedas griegas que ya circulaban y la plata, que se pesaba de acuerdo con una unidad extranjera (el *pie persa,* que equivalía a 5,70 g), sirvieron en no pocas ocasiones como elemento de canje comercial o como referencia del mismo.

A los trozos de bronce les siguieron, en torno a la mitad del siglo VI a.C., lingotes del mismo metal, fundidos en forma de panes y con una marca o contraseña de su valor oficial *(aes signatum)* que tuvieron un claro carácter protomonetal, prácticamente por toda Etruria. Plinio el Viejo *(Nat. Hist.,* XXXIII, 43) recoge de Timeo la noticia según la cual *Servius* (Servio Tulio) *rex primus aes signavit,* dando con ello tal

rey garantía del peso y funcionalidad económica a las piezas. En Marzabotto, por poner un ejemplo, entre otros muchos que podrían aducirse, se han hallado matrices que sirvieron para emitir «panes de bronce» con el motivo de la *rama seca,* lo que demuestra la pujanza de tal enclave, capaz de batir aquel tipo de unidad protomonetal.

La particularidad de aquellos «panes» o lingotes consistía en que la contraseña o motivo de la *rama seca* permitía el que fueran contados o evaluados de acuerdo con el número de «ramas» presentes en una o en ambas de sus caras. La circulación de las piezas finalizó una vez que se adoptó un sistema estándar aplicado a sus diversas fracciones ponderales.

Existen, obvio es decirlo, muchas lagunas en el conocimiento de la numismática etrusca. Las bases para su estudio, dejando a un lado las aportaciones pioneras de E. Babelon, A. Sambon, H. J. Haeberlin, A. Sydenhan y S. L. Cesano, se establecieron a partir del *Congreso Internacional sobre moneda etrusca,* celebrado en Nápoles en 1975 y cuyos trabajos se publicarían al año siguiente en Roma en el *Supplemento* del volumen 22 de los *Annali dell'Istituto Italiano di Numismatica.* Falta, que sepamos, por redactar un *Corpus* de las monedas etruscas, instrumento a todas luces imprescindible para el estudio de las primeras monedas de Italia.

Las primeras cecas etruscas

Se sabe que aparecieron en Etruria, hacia la mitad del siglo V a.C., las primeras monedas de oro, plata y bronce acuñadas o fundidas en diferentes cecas de Volterra, Populonia, Vulci y Vetulonia. Se trataba, al principio, de sencillos discos metálicos adornados en sus dos caras —o sólo en una— con diferentes motivos.

En torno a un peso de 5,8 g —pie microasiático— se basó la más antigua acuñación monetal etrusca en plata, que luego derivó hacia sistemas ponderales propiamente locales, a veces de compleja metrología (caso de Populonia), arbitrados para las emisiones en otros metales. Luego, en contacto con Roma, los etruscos idearon un parámetro coherente que les posibilitó pasar de un sistema de pesos a otro, además de acuñar bronces con escala duodecimal, similar al modelo romano.

Al final de la Segunda Guerra Púnica (201 a.C.), la «atormentada y nunca en verdad floreciente» experiencia monetal de Etruria, en opinión de A. Maggiani, hubo de llegar a su fin, dado que el sistema monetario de cambio fue únicamente el romano.

Monedas de Populonia

En Populonia, sus emisiones de plata —tras unos ensayos aislados y de reducida circulación— estuvieron decoradas, en un primer momento, con cabezas de Gorgona —el tipo más popular— en el anverso, permaneciendo totalmente liso el reverso. No faltaron tampoco las acuñadas con variados motivos iconográficos, entre ellos, ruedas, cabezas juveniles o cabezas de Hermes, manteniendo liso el reverso. Dichas monedas, también de plata, conocieron diferentes series y valores con pesos entre 1 y 8 g.

Aun cuando no hay datos cuantitativos y sí muchos problemas de tipo metrológico, ponderal y cronológico, se conocen otras emisiones, también acuñadas en Populonia, y en plata, en el siglo IV a.C., con temas muy variados en cuanto a series y




Didracma de plata. Populonia.

motivos decorativos. Nos referimos a monedas en cuyos anversos aparecen el busto de Atenea, la cabeza de Heracles (considerado en Etruria el padre del príncipe Tirreno), la de Gorgona con lengua colgante y otras variadas cabezas femeninas con diadema, además de masculinas laureadas. En sus reversos, que sí aparecen decorados, salvo alguna que otra serie, los tipos conocen distintas variantes, que van desde estrellas, clavas y crecientes lunares a tridentes y pulpos.

Asimismo, Populonia acuñó monedas de oro a comienzos del siglo IV a.C. Se trata de los famosos áureos con cabeza de león, de los que han llegado unos 50 ejemplares y que se emitieron, subdivididos en tres series nominales, con el signo del valor de 50, 25 y 12,5 unidades. Junto a tal motivo numismático aparecieron otras series áureas con Gorgonas, hipocampos, lechuzas, áncoras, cráteras y cabezas barbadas, con un peso entre el medio y los 6 g, a imitación quizá de las series siracusanas.

Para el estudio de las monedas de Populonia han sido de gran utilidad, entre otro tipo de información, los hallazgos de tres *ripostigli:* el de las cercanías de Sovana, localizado en 1885; el del Valle d'Orcia (1930), y el de Poggio della Porcareccia (1939), con más de un millar de ejemplares entre los tres conjuntos, según F. Catalli.

Junto a las emisiones de plata y de oro, también aquella ciudad minera acuñó, en el curso del siglo III a.C., algunas series de bronce, casi todas marcadas con la leyenda toponímica de *Pupluna.* Su iconografía fue muy variada, desde cabezas de *Turms* (Hermes), *Sethlans* (Hefesto), *Hercle* (Heracles) y *Menrva* (Atenea), a cabezas juveniles y figuras de animales, entre ellas, lechuzas.

Unas pocas monedas que portan en el anverso la cabeza de Hefesto, tras la que se ve la proa de una nave y en el reverso los atributos de tal dios (tenazas y martillo) y la leyenda *Pufluna Vetalu Cha* —este último elemento sólo ha aparecido en un ejemplar—, emitidas en el siglo III a.C., hicieron pensar en una posible alianza monetaria

entre Populonia, Vetulonia y Caere o Chiusi. M. Cristofani ha podido demostrar la inexistencia de tal alianza al analizar filológicamente la leyenda. *Vetalu* no equivale a Vetulonia, sino a un nombre personal. *Cha* permanece inexplicable.

Monedas de Vulci

De Vulci, que hubo de emitir monedas de plata al mismo tiempo que Populonia (primera mitad del siglo V a.C.), han llegado cuatro importantes series clasificadas de acuerdo con sus anversos: la de la Gorgona con el reverso de una rueda y la leyenda *Thezi;* la de la esfinge sedente, con cabeza masculina y dos serpientes en el reverso y también la leyenda *Thezi;* la de la cabeza de ternero con el hipocampo en el reverso y la leyenda con variante *(Thezle),* y otra cuarta con la Gorgona y la rueda, pero anepígrafa.

Además de estas emisiones, Vulci acuñó algunas series con el reverso totalmente liso, mientras que en el anverso aparecían jabalíes, quimeras, cabezas de león y también leones con cuerpo serpentiforme. Algunos expertos adjudican estas emisiones, sin embargo, a Populonia.

Un dato considerable es el limitadísimo número de ejemplares que ha llegado de las series acuñadas. Su escasez, quizá, se debió a una restringida emisión monetal de la que sería responsable algún grupo gentilicio, o bien a no haberse producido los suficientes hallazgos. Tal circunstancia dificulta el conocer sus emisiones y todo lo que ello comporta. Sin embargo, se ha podido comprobar que la metrología de las piezas conocidas fue similar a la empleada en las colonias griegas de la Italia meridional y de Sicilia.

Monedas de Vetulonia

Por otro lado, las monedas de Vetulonia, muy dispersas en colecciones y museos, consisten en diversas series de bronce, emitidas a partir de finales del siglo IV a.C. Entre ellas, además de una primera serie con cabeza femenina y reverso liso o con caduceo (unos 20 ejemplares), sobresalen cerca de 300 sextantes y unas 25 uncias, con un peso entre los 3 y los 8 g, aproximadamente. En ellas aparece el motivo de una cabeza viril con la leyenda *Vatl* en el anverso y el de un tridente, entre delfines, en el reverso. Algunos *quadrantes* complementaron la emisión de tales bronces, destinados al parecer al pequeño comercio.

También dicha ciudad acuñó series de plata, de las que han llegado tan sólo monedas sueltas. Se trata de unos cuantos quinarios, en los que figura la cabeza de Hermes tocada con *pétasos* en el anverso y un creciente lunar con la leyenda de la localidad en el reverso.

Sus emisiones no sobrepasaron los comienzos del siglo III a.C. y siempre atendieron, al parecer, el área de influencia de la ciudad.

Otras cecas de menor significación

Más tarde, y de acuerdo con patrones romanos, Tarquinia, Volterra, Chiusi y otras ciudades acuñarían, asimismo, distintas series monetales, adornadas con los conocidos motivos de héroes, dioses marinos y delfines, sin olvidar las típicas ruedas,

anclas, mazas, ánforas, crecientes lunares y un extenso repertorio de animales salvajes y míticos.

Si se toma como referencia la escasez de moneda llegada de Tarquinia, se deduce que la ceca de tal ciudad hubo de ser de importancia secundaria. Al parecer, según los expertos, a comienzos del siglo III a.C., apenas si tenía actividad.

De tal enclave se conocen ases, sextantes, semises, *quadrantes,* además de uncias y semiuncias. Asimismo, en algunas tumbas han aparecido piezas de *aes rude* y de *aes signatum,* estas últimas con diversas y sencillas figuraciones.

Los motivos iconográficos de las monedas tarquinienses se reducen en sus anversos a prótomos de jabalíes y de carneros, a delfines, arados, yugos, caduceos e insectos, y en sus reversos a puntas de lanza, bastones, anclas, yugos, crecientes lunares y también caduceos. Algunas series presentan idénticos motivos en ambas caras, compuestos de astros y arados, como puede verse en algunos ases y trientes que nos han llegado.

Volterra, la antigua *Velathri,* fabricó sobre todo moneda fundida. A tal ceca se le han atribuido tres series: dos, que van del dupondio a la uncia, con anversos a base de testas juveniles bifrontes (tal vez aludan al dios *Culśanś* o a la doble faz de Etruria, la de Tirreno y la de Tarconte), con tocado puntiagudo, y reversos con la leyenda del lugar en torno a los signos de valor (primera serie) y a la imagen de una clava de Hércules y los signos del valor (segunda serie); y una tercera, del dupondio al semis, también con testa bifronte en el anverso y delfín y leyenda *Velathri* en el reverso.

Las monedas volterranas halladas en algunas de sus necrópolis y enclaves urbanos circularon entre el 265 y el 190 a.C., aproximadamente, pasando a continuación a ser absorbidas por el numerario romano.

Debe señalarse por su interés un *ripostiglio* de Volterra, hallado cerca de sus murallas en 1868. En el interior de una vasija se encontraron numerosas monedas de plata de pequeño tamaño y anepígrafas. Por su tipología correspondían a ejemplares focenses de la mitad del siglo VI a.C. (hipótesis de M. Martelli). Si esto fuera así, nos hallaríamos ante una de las primeras emisiones de monedas etruscas adscritas a una ciudad concreta, muy en contacto con el mundo griego y en particular con los focenses de Massalia. Otras monedas volterranas presentaban imágenes del Pegaso y de la Gorgona, siendo las primeras de doble peso que las segundas.

Algunas monedas de oro, de las que se conocen muy pocos ejemplares, con la leyenda *Velzpapi* o *Velsu,* según los casos, han sido atribuidas a la ciudad de Volsinii. Se trata de pequeñas piezas de poco peso —entre 4 y 1,5 g— con cabezas femeninas y masculinas en el anverso y un toro o un perro corriendo en el reverso.

Monedas etruscas sin leyenda de ceca

Junto a las monedas de las cecas hasta aquí enumeradas, han llegado otras muchas de las que ignoramos su lugar de emisión por carecer de leyendas toponímicas que las identifiquen.

Hay que comenzar por algunas monedas de plata de las que, aunque presentan diferentes leyendas *(Peithesa, Curt, Metl, Vercnas),* se ignora, sin embargo, su lugar de emisión por no hacer referencia las mismas a ciudades concretas, sino con más probabilidad a los magistrados encargados de las emisiones. Una única moneda en bronce —una uncia—, con la leyenda *Tlam* (o *Xaru,* según la lectura de M. Cristofani), no parece de origen etrusco.

A todos estos ejemplares les sigue una cuarentena de monedas de características similares, de las que, además de su origen, se desconocen también su sistema ponderal, su cronología y su área de circulación. Lo que sí presentan claro en su anverso es, sin embargo, los signos epigráficos de su valor. F. Catalli las divide en seis series organizadas entre valores máximos de 100 unidades y mínimos de una unidad. Por su parte, T. Hackens ha calculado que la moneda de mayor unidad de todas éstas pesaría unos 40 g, mientras que la menor sería de medio gramo. En sus anversos aparece, por lo general, una cabeza barbuda y laureada o una cabeza de Atenea con el yelmo; en sus reversos, mucho más variados, pueden verse hipocampos, águilas, grifos, una cabeza de asno, gallos, serpientes, peces, astros o simplemente están lisos, sin iconografía ninguna.

Algunos estudiosos piensan que tales monedas —puestas en circulación hacia el año 350 a.C.— se inspiraron en ejemplares de ambiente siciliano, de las que copiaron sus motivos numismáticos.

Altamente interesantes son las monedas de la denominada «serie oval», ya estudiada en 1910 por E. J. Häberlin, y de la que en la actualidad se poseen 482 piezas, articuladas en ases, semises, *quadrantes,* sextantes y uncias (L. Ambrosini). El motivo ornamental de su anverso es la clava, portando en el reverso el signo de su valor. Aunque circularon por toda Etruria, se ignora la ceca de su emisión (G. Colonna las atribuye a Volsinii). Su cronología se ha fijado en el siglo III a.C.

Otras emisiones, entre ellas, siete series fundidas en bronce, con el tema de la rueda, presente en todos los anversos, y una gran variedad ornamental en sus reversos, hubieron de circular en la Etruria norteña interior, si bien se ignoran cecas y tiempos de emisión.

Junto a la serie con la leyenda *Peithesa,* a la que antes se ha aludido, circularon otras dos series de bronce, de 5 y 2,5 g de peso medio, respectivamente, caracterizadas por la decoración de sus anversos con motivos exóticos. Una de ellas, constituida por 164 ejemplares conocidos, presenta la cabeza de un negro en el anverso y un elefante con campanilla en el cuello y signo alfabético en el reverso. La otra serie, con 112 ejemplares, tiene una cabeza viril cubierta con una piel de lobo en el anverso y un perro lobo y signo alfabético en el reverso.

Las figuras del hombre negro y del elefante han permitido avanzar algunas hipótesis, así como una posible cronología. La presencia de negros y paquidermos en los





Moneda etrusca con «cabeza de negro» y «elefante».

ejércitos de Aníbal las situaría en los años de la Segunda Guerra Púnica o quizá podrían haber tenido una circulación más antigua, si se hacen coincidir con la llegada de Pirro a Italia, lo cual daría una fecha alrededor del año 280 a.C.

Otras cuatro series, labradas en plata, pueden cerrar este apartado. Presentan como motivos iconográficos —además del signo de su valor— testas viriles y pulpos que salen de un ánfora en sus anversos, hallándose lisos sus reversos. La carencia de leyenda impide conocer sus cecas de emisión.

En cualquier caso, a finales del siglo III a.C., la moneda etrusca fue desapareciendo paulatinamente de la circulación, siendo absorbida por las emisiones romanas, mucho más numerosas y de mayor belleza formal.

Monedas extranjeras en Etruria

Pocos son los estudios acerca de la presencia de monedas extranjeras en tierras etruscas (P. Visoná, F. Catalli). Gracias a los mismos se sabe que un significativo numerario de procedencia macedonia, griega, magno-griega, siciliota, púnica y romana circuló de hecho por toda Etruria por razones comerciales.

Entre los hallazgos más importantes hay que aludir al efectuado en Pyrgi, con tetradracmas de Siracusa, Messana, Leontini e incluso de Atenas, monedas todas emitidas hacia el 480 a.C. También en esta localidad fueron halladas monedas romanas *(aes grave),* aunque en este caso con claro significado votivo. En el área de Tarquinia también se han localizado monedas procedentes de Himera y de Agrigento, del siglo V a.C. Etruria meridonal conoció, a partir del siglo IV a.C., la difusión de monedas púnicas.

De la Etruria septentrional se tienen los hallazgos de monedas focenses en Volterra, así como abundantes ejemplares romanos con la leyenda de *Roma* y *Romano* en Populonia, Vetulonia y Clusium.

EL SISTEMA PONDERAL

Vistas las bondades de regirse por un sistema de pesas y medidas, necesario en cualquier tipo de civilización, los etruscos se dotaron de tal recurso para manejarse en su vida cotidiana. Al igual que ocurrió en el Próximo Oriente y en Grecia, los etruscos no dispusieron de un sistema uniforme, sino que varió en función de sus ciudades.

Hasta el presente se han podido clasificar, como etruscos y dentro de su sistema ponderal, tan sólo diez pesos metálicos o «contrapesos» (de bronce y plomo), localizados en Cerveteri, Volterra, Lucca, Chiusi y Vetulonia, aparte de otros varios elaborados en piedra (procedentes éstos en su mayoría de Marzabotto).

De acuerdo con A. Maggiani, los ejemplares ponderales metálicos etruscos adoptaron diversas formas: a modo de ánforas, de cabezas humanas con anillo de suspensión, de conos y de bolas. Uno de los más interesantes, un *aequipondium* de Cerveteri (hoy en el Museo de Villa Giulia), de bronce y plomo, con un peso de 734,87 g, de forma ovoide (10 cm de altura) y con anillo de suspensión, fechable en el siglo III a.C., presenta una inscripción en diez líneas de compleja interpretación, aunque muy bien estudiada por el etruscólogo antes citado. Así, se sabe que tal «contrapeso» lo dedicó

de buen grado al dios *Turms* un tal *Ukhus Luvkhmes.* El resto de la inscripción se asemeja a las inscripciones sobre pesos y balanzas del mundo griego y romano, en los que se suele indicar el nombre de los magistrados encargados del control de los pesos, el lugar (templo o santuario) donde se hallaba el peso patrón, el peso concreto y la magistratura epónima bajo la que se instituyó el peso. En el caso de este *aequipondium* caeretano, el sistema ponderal se efectuó durante el «zilacato» de un tal *Larth Nulathes.*

El peso de los ejemplares que se han localizado ha sido evaluado de acuerdo con una escala ponderal susceptible de tres categorías que estuvieron en uso: la *libra pesante,* equivalente a 358,125 g, la *libra ligera,* de 286,5 g —la más utilizada al parecer— y la *estátera,* de tan sólo 11,46 g.

Capítulo XII

El arte etrusco ornamental

Una de las páginas más originales de la civilización etrusca, a pesar de lo dicho en su día por J. Martha («el arte etrusco no tuvo tiempo de formarse»), la constituye precisamente su arte, el cual, a pesar de los numerosos y constantes préstamos orientales, griegos y centroeuropeos, contiene muchísimos elementos propios en cuanto a la forma y al tema, que lo distinguen tanto del arte griego como del oriental y del romano. De hecho, el arte etrusco —etiquetado por algunos estudiosos como *arte periférico*—, de asombrosa producción cuantitativa y cualitativa, ha servido, sin embargo, para hacer inteligible aquella fabulosa civilización, pues, como apuntó E. Panofsky, los etruscos orientaron su arte «a la perpetuación de las apariencias» de su presente histórico en una especie de obstinado desafío al porvenir. Aquel presente histórico es lo que rememora en nuestros días buena parte de lo que sabemos del extinguido pueblo etrusco.

Considerado tal arte por R. Bianchi Bandinelli de *carácter artesanal* con algunos ejemplos resultado de un *buen hacer espontáneo,* el hecho es que impacta y que, desde luego, tiene personalidad propia a la vista de su innegable vitalidad.

Etapas, períodos y fases

Aunque se va a exponer el arte etrusco de modo resumido y como un todo unitario, debe indicarse, sin embargo, que en su evolución conoció diferentes etapas o períodos, explicitados, entre otros, por M. Cristofani, así como numerosas escuelas y tendencias locales, valoradas de distintas maneras a lo largo de la Historia por los especialistas.

A la *etapa de formación,* que arrancó sin tradiciones propias y con elementos «primitivos» (villanovianos), siguió una *fase orientalizante* (700-535 a.C.), de compleja problemática (G. M. A. Hanfmann, I. Strom), cuya estética se proyectó sobre todo en los bienes de lujo (joyas, marfiles, cerámicas de importación), en el nacimiento de la escultura y en las tumbas principescas. Tras ella, la *fase arcaica* (535-475 a.C.), verdadera edad de oro artística, fue testigo de una gran actividad coroplástica, centrada en la gran escultura religiosa y funeraria, en la pintura mural y en la broncística, fase plenamente influida por la serie de artistas griegos (jónicos y áticos) asentados en Etruria. En dicha fase, susceptible de dividirse en tres subfases, el arte etrusco llegó a su apogeo, personalizado en el gran escultor *Vulca* de Veyes. El *período clásico* (475-310 a.C.) —históricamente de crisis—, aunque en Etruria se vio influido por los cánones de la

gran escultura griega, dio origen, sin embargo, a producciones de cierto «provincialismo», dado que el país, castigado por sucesivas derrotas militares, iba perdiendo su poder creador. A finales del siglo IV a.C., la influencia del helenismo se impondría en las líneas artísticas etruscas, originando una *fase decadente* (310-265 a.C.), con producciones, eso sí, abundantes, pero de desigual calidad. Con la conquista romana el arte etrusco quedaría reducido a escuelas muy concretas, pero carentes de personalidad autónoma.

LA ARQUITECTURA

Los etruscos fueron expertos arquitectos, como hemos tenido ocasión de señalar en algunos epígrafes anteriores. Repitiendo afirmaciones ya dichas, sobresalieron en la urbanística, planificando de modo adecuado, con reglas y ritos religiosos, sus ciudades, que dividieron en espacios cuadrangulares en torno a ejes norte-sur y este-oeste (vías *cardo* y *decumana),* según han testimoniado las excavaciones de Marzabotto, conjunto único en Italia por la regularidad de sus viviendas y disposición de sus calles en damero, todo ello comentado con anterioridad.

Si el terreno no posibilitaba la planificación urbana, los arquitectos no tenían inconveniente en adaptarse a las sinuosidades del mismo. Tarquinia, Caere o Volterra, por citar unos pocos casos, no se ajustaron a los principios urbanísticos religiosos, pero no hubo mayor inconveniente en situar allí núcleos urbanos.

También trazaron calzadas y caminos y construyeron puentes (la piedra se empleó en ellos sólo en la etapa helenística), lo que les posibilitó unas rápidas comunicaciones. Asimismo, lograron realizar importantes obras de ingeniería hidráulica, gracias a las cuales pudieron captar aguas, así como desecar y sanear grandes zonas pantanosas. Llegaron incluso a regular las corrientes fluviales (Ponte Sodo en Veyes), las lacustres (si se acepta como obra etrusca el canal emisario del lago Albano) y las costeras, conectadas éstas con cercanas lagunas interiores, tal como puede observarse en la famosa obra de ingeniería conocida como *Tagliata etrusca,* abierta en el roquedo de Cosa, enclave etrusco y luego colonia latina, no lejos de la actual Orbetello.

Aunque poco ha quedado de sus ciudades —construidas con materiales sencillos (maderas, adobes y ladrillos)—, sí causan admiración las magníficas murallas de piedra que las protegieron y las puertas abiertas en ellas con grandiosos arcos de medio punto, coronadas, a veces, con un complejo ático, caso de la «Puerta de Augusto» de Perugia.

Son escasos también los restos de su arquitectura religiosa, sobre todo de época arcaica, con templos de rasgos peculiares, descritos, como se dijo en páginas anteriores, por el tratadista Vitrubio, consistentes en un alto podio sobre el que se levantaba la construcción sagrada. Entablamentos y frontón, sobre columnas de «orden toscano», fueron, además, realzados con terracotas pintadas de vivos colores (placas, antefijas, acróteras, bandas caladas, estatuas).

Las columnas de «orden toscano» quedaron definitivamente estructuradas y diseñadas a finales del siglo VI a.C. Habían derivado, de acuerdo con los restos arqueológicos conocidos, de la columna dórica *(Tomba della Cuccumella, Tomba delle Colonne Doriche* de Caere), llegada aquélla a Etruria a través de Sicilia y de la Magna Grecia. La columna y el capitel toscanos no fueron una creación original, sino totalmente ecléctica, pero acabaron por dar personalidad a las construcciones etruscas.

Por su parte, la ornamentación con terracotas policromadas se tomó, antes del año 600 a.C., de las ciudades griegas del Asia Menor. El espacio triangular de los

frontones de los templos permaneció vacío de decoración hasta el año 400 a.C., momento en que, por influencia griega, dicho espacio se rellenó con escenas figuradas, elaboradas en terracota. Los especialistas han señalado que los templos etruscos presentaron, por lo general, un aspecto arcaico, cargado y macizo, características que los distinguían de las construcciones religiosas griegas y romanas.

La arquitectura funeraria evolucionó también, según los lugares y las épocas, desde las tumbas de *simple pozo,* destinadas a contener las urnas con las cenizas del difunto, hasta las *tumbas de fosa,* desplazadas muy pronto por la *tumba de cámara,* ya de carácter monumental, preparada para la inhumación de los difuntos y cubierta generalmente con un grandioso *túmulo circular,* quizá el principal elemento arquitectónico etrusco, y que, aisladas en el campo o agrupadas a lo largo de silenciosas calles, formaban impresionantes necrópolis.

El túmulo, según descripción de A. Hus, se compone de un zócalo circular, delimitado por una *crepís* moldurada, sobre la que se sitúa una acumulación de tierra, de forma más o menos cónica, a veces sobremontada con un coronamiento. A su interior, que podía contener varias tumbas —caso del túmulo II de Caere—, se accedía por un pasillo *(drómos)* de diferentes longitudes, según los casos.

A tales tumbas les sucedieron las *tumbas hipogeo,* verdaderos complejos de cámaras subterráneas que reproducían con toda fidelidad el esquema y el interior de las moradas de los vivos, uno de cuyos ejemplos podría verse en el hipogeo de los *Volumni* en Perugia.

La grandeza de las necrópolis etruscas, la riqueza material y decorativa de las tumbas, así como la cuidadosa ejecución de sus pinturas y plástica, hablan de la gran importancia que para los etruscos tenía la Ultratumba.

Aunque los paramentos constructivos de las tumbas fueron en general uniformes, la arquitectura funeraria presentaba evidentes diferencias estructurales según se tratase del norte o del sur de Italia, diferencias debidas sobre todo a la distinta configuración geomórfica de ambas regiones: toba volcánica en el sur, frente a rocas sedimentarias en el norte.

Hasta ahora, que sepamos, ha sido hallado en Etruria tan sólo un edificio teatral estable, de piedra, en Castelsecco (Arezzo), fechado en la segunda mitad del siglo II a.C., en el ámbito de un área sagrada. Del mismo han llegado los basamentos de la *orchestra* y algunas hileras de la cávea. Otros teatros, de mayor antigüedad, fueron construidos tal vez de madera, a modo de teatros desmontables. No hay duda de que existieron, ya que diferentes representaciones pictóricas así lo testimonian, caso, por ejemplo, de la *Tomba delle Bighe,* en Tarquinia, en donde aparece figurado un teatro etrusco. Algunos espacios a cielo abierto con gradas excavadas, caso del basamento circular de Grotta Porcina o el de la *Tomba della Cuccumella* en Vulci, pueden ser testimonio de otros tantos teatros. En cualquier supuesto, nunca se levantaron al estilo de los teatros monumentales griegos o romanos.

La escultura

Es innegable, a la vista de los numerosísimos ejemplares que han llegado a nuestros días, que los etruscos fueron excelentes escultores, ya reconocidos en la propia Antigüedad por diferentes autores griegos y latinos.

Por su finalidad, los etruscos conocieron tres tipos de escultura: funeraria (elaborada en terracota y en piedra), religiosa (terracota y bronce y en menor medida piedra) y de «uso doméstico» (trabajadas estas esculturas en bronce, y que terminaban por ser depositadas en las tumbas).

Cada una de las ciudades que se dedicó a la realización de piezas escultóricas poseyó sus propias características plásticas, dentro de una tónica general de imitación de modelos orientalizantes y griegos, destacando en su primera etapa de formación las ciudades de Caere, Tarquinia, Veyes y Vulci.

La escultura, trabajada fundamentalmente en bronce y en barro cocido —los artistas etruscos no utilizaron en general la piedra ni el mármol como elemento plástico—, conoció, a partir de su etapa arcaica, una evolución muy visible no sólo en sus diversos talleres, sino también en su temática y en sus postulados estéticos, alejándose poco a poco de la plástica oriental, singularmente siria, y de la griega, a pesar de su notable influencia. Razones religiosas, y también económicas, más que estéticas o técnicas, fueron las que marcaron la gran diferencia entre ambas maneras de entender la escultura.

Ejemplares broncíneos

Fue con el bronce, martilleado o fundido y tanto a gran tamaño como en minúsculas obras, donde el artista etrusco alcanzó su máxima expresividad. Basta recordar unas pocas piezas, mundialmente conocidas y ampliamente estudiadas, para hacerse idea de su excelente calidad: la *Loba capitolina,* la *Quimera* de Arezzo, el *Marte* de Todi y el *Orador* —conocida ésta con el nombre italiano de *l'Arringatore*—, piezas cumbres del arte universal de todos los tiempos.

a) La *Loba capitolina*

La *Loba capitolina* (1,14 m de longitud), cuya historia ha estudiado M. E. Micheli, fue una obra de un taller no precisado (¿Vulci?, ¿Tarquinia?), de finales del siglo v a.C. en opinión de F. Matz. Tal loba, figurada a un tiempo recelosa y agresiva, estuvo quizá destinada a vigilar alguna tumba principesca o a presidir, como elemento apotropaico, algún recinto sagrado. Se piensa en el *ficus Ruminalis,* la higuera consagrada a Júpiter, junto a la cual habrían sido expuestos Rómulo y Remo, niños amamantados precisamente allí por una loba, según la leyenda.

Tito Livio (X, 23), por su parte, alude a la existencia de una loba que, en el año 296 a.C., se había convertido en símbolo de los romanos; Cicerón *(Cat.,* III, 8) recuerda que en el año 65 a.C. una loba de bronce dorado, que se hallaba en el Capitolio, había sido herida por un rayo. Lo curioso es que la actual *Loba capitolina,* que se exhibe en el Museo del Palazzo dei Conservatori de Roma, presenta un desperfecto en su anca trasera. No es, en absoluto, consecuencia de aquel hecho, dado que la *Loba capitolina* hoy existente —de acuerdo con los análisis efectuados en 1999— no es de bronce dorado. Se ignora a qué simulacro, golpeado por el rayo, aludiría Cicerón. Perdida la estatua durante algún tiempo, y recuperada a finales de la Edad Media, pasó a ser expuesta al público con el aditamento de dos figuritas, obra del artista del Renacimiento A. del Pollaiuolo, que representan a los míticos Rómulo y Remo.

Loba Capitolina. (Museo Capitolino. Palazzo dei Conservatori, Roma.)

La sequedad y la tensión del animal realzan su carácter de obra maestra —naturalismo y arcaismo a un tiempo—, convertida para siempre en símbolo de Roma.

b) La *Quimera* de Arezzo

La *Quimera* (1,82 m de longitud), hallada en 1553 en Arezzo y hoy conservada en el Museo Arqueológico de Florencia, constituye otro soberbio ejemplar broncíneo del siglo IV a.C. o quizá de finales del anterior, con evidente influencia griega, recibida por mediación de Sicilia. Se trata de la mítica visión de un animal híbrido, formado por un león de rugientes fauces, un prótomo de cabra que le surge a la feroz fiera de su lomo, y una serpiente, que constituye su cola, elemento este que le fue añadido en 1785 en sustitución de la originaria inacabada.



Quimera de Arezzo. Florencia.

El fantástico animal se halla, amenazante, en espera, tal vez, del ataque de su

agresor, que según el mito sería Belerofonte, hijo de Glauco, rey del Epiro, mito difundido en Etruria en el período orientalizante y muy pronto incorporado al repertorio decorativo etrusco, según O. Terrosi Zanco. Se ignora si tal oponente, que iría montado sobre su caballo Pegaso, llegó o no a fundirse y a formar un todo con la *Quimera*. Sobre su pata derecha se halla la inscripción etrusca *tinścvil* (TLE, 663), esto es, «don para Tinia», lo que testimonia su carácter de obra votiva.

c) El *Marte* de Todi

La estatua de *Marte* (1,42 m de altura), hallada en 1835 en Monte Santo, junto a Todi (Umbría) y hoy en el Museo Gregoriano Etrusco del Vaticano, fundida en seis piezas de bronce, es una obra etrusca ya tardía, de principios del siglo IV a.C., pero con claras influencias áticas, a la manera fidíaca. Representa, mejor que a la divinidad de tal nombre —sería en ese supuesto una «divinidad oferente»—, a un joven soldado pensativo, dispuesto en estudiado equilibrio, con el cuerpo descansando en la pierna derecha, postura típica de una estatua honorífica. El guerrero, que viste una coraza de lambrequines, tenía sobre la cabeza un yelmo, hoy perdido. También le falta la lanza que empuñaba en su mano izquierda. Con la derecha hace el gesto típico de la libación. Se conoce el nombre de su dedicante, un tal *Ahal Trutitis* —un jefe celta, en opinión de F.-H. Massa-Pairault, o umbro, para G. Camporeale—, según reza la inscripción que se halla sobre la coraza. Al parecer se fundió en algún taller de Orvieto.



L'Arringatore. Aulo Metelo. (Museo Arqueológico, Florencia.)

d) *L'Arringatore*

Otra de las grandes piezas maestras, notabilísima por su gran naturalismo, es la estatua del *Orador* (1,80 m de altura). Fechada a finales del siglo II a.C. o comienzos del I a.C. y descubierta en 1566, en un santuario de Pila, cerca de Perugia, y hoy en el Museo Arqueológico de Florencia, representa a *Auleś Meteliś*, según indica la inscripción etrusca incisa en el borde inferior de la toga (TLE, 651). Tal personaje, de rostro maduro, vestido con toga *exigua praetexta* y con túnica con un *angustus clavus*, y calzado totalmente a la romana *(calceus patricius)*, no está figurado en el acto de saludar o dirigir la palabra a

sus conciudadanos *(adlocutio),* como por lo común se cree, sino muy probablemente en el de oración o ruego, esto es, en el acto del *silentium manu facere:* brazo levantado que acompaña al silencio antes de efectuar la promesa o petición. Su dignidad queda también resaltada por el grueso anillo que lleva en el dedo anular de su mano derecha. No debe olvidarse que tal pieza, fundida en siete fragmentos, luego ensamblados, fue depositada como exvoto y que el texto de la inscripción (doce palabras distribuidas en tres líneas) evoca una ofrenda a la divinidad o numen *Tece Sanś.* Sin lugar a dudas, esta pieza de producción aretina señala el momento exacto en que la escultura etrusca llegó a fundirse con los parámetros de lo que sería la gran plástica romana.

e) *Bruto Capitolino*

Otro bronce de gran calidad es el de una cabeza-retrato conocida como *Bruto Capitolino* (32 cm de altura; 69 cm con el busto moderno), joya hoy del Palazzo dei Conservatori de Roma. La cabeza representa a un hombre maduro, de rasgos muy acusados y personalísimos: pequeños ojos con arcadas supraciliares prominentes, nariz aguileña, labios sutiles y cerrados, arrugas acentuadas. Sus cabellos plásticamente son poco pronunciados, pues se adhieren a la cabeza de modo natural, si bien resaltan una incipiente calvicie frontal. Dada la ligera torsión del cuello, se ha supuesto que debía ser contemplada desde abajo, por lo que hubo de pertenecer a una estatua ecuestre, hoy perdida. No existe ningún fundamento histórico para identificar esta cabeza con Lucio Juno Bruto, el fundador de la República romana, y sí muchas teorías acerca del taller en que fue fundida. Se han propuesto diferentes cronologías (W. H. Gross, M. Torelli, F. Rebecchi), siendo la más factible la de la primera mitad del siglo III a.C., época en la que todavía no se había introducido en Roma la moda del rostro afeitado.

f) *Hombre recostado*

Asimismo, otro significativo bronce, que venía a ser la culminación de las urnas antropomorfas, lo constituye una urna cineraria, en cuya tapa (42 cm de altura × 69,50 cm de longitud) se figura a un *hombre recostado* en actitud de banquetear, desnudo en su parte superior y con torques y un brazalete como adorno y diadema en la cabeza. Hallada en Perugia, em 1843, hoy se atesora en el Museo del Ermitage de San Petersburgo. La diadema y la *bulla* de oro, así como la lastra broncínea con la figura de una esfinge que ornamentaron esta magnífica obra pertenecen, sin embargo, al Museo del Louvre. La plasticidad de este bronce, fechable en el siglo IV a.C., hace del mismo un ejemplar de honda expresividad, a pesar de las evidentes concesiones a la forzada anatomía del *hombre recostado.* Constituye, en verdad, un *unicum,* que imitaba los ejemplares en piedra documentados en Chiusi.

g) El *hoplita* de Falterona

De las restantes figuras en bronce, muy numerosas y que respondieron plásticamente a diferentes escuelas locales, podemos reseñar, como síntesis, las halladas en el depósito votivo del monte Falterona, en los Apeninos, al norte de Arezzo. Sobresa-

le, de entre ellas, la *estatua de un hoplita* (30,50 cm de altura), fechada en el 450 a.C. Se trata de un exvoto en bronce que expresa todo el ideal de isonomía de las clases hoplíticas etruscas. Tal guerrero, con armadura de estilo griego, porta escudo redondo en su antebrazo izquierdo, y en su mano una espada; en la mano derecha llevaría una lanza que hoy le falta. Su cráneo está protegido por un yelmo ático, cuyas paragnátides están levantadas, dejando ver su imberbe rostro. Algunos autores suponen que se realizó en Orvieto. Esta magnífica pieza la atesora hoy el British Museum.

La coroplástica

La coroplástica etrusca, que se especializó en placas figuradas, sarcófagos, urnas cinerarias, decoraciones arquitectónicas (antefijas, antepagmenta, estatuas acroteriales, acróteras) y esculturas votivas, fue capaz de realizar estatuas de terracota incluso de grandes proporciones que luego policromaba, utilizando como colores base el blanco, el negro y el rojo. Al igual que en Grecia, los artistas etruscos emplearon diferentes convenciones cromáticas, que en el caso de las carnaciones masculinas se fijaron en los tonos rojos oscuros y en las de las femeninas en los blancos o más raramente rosas. No sólo se trabajaron ejemplares con moldes (decoración del tejado de Murlo, por ejemplo), sino que también se modelaron grupos de guerreros combatiendo, como los de Falerii (Civitacastellana) o Pyrgi, e incluso magníficas esculturas aisladas de bulto redondo.

a) *Las terracotas de Pyrgi*

El «Templo A» de Pyrgi contó en su sector posterior con un magnífico altorrelieve policromado sobre placas de terracota (1,26 m de altura), hoy restaurado en parte y expuesto en el Museo de Villa Giulia de Roma. El mismo evidencia la gran calidad plástica y los recursos compositivos de su anónimo autor, que supo plasmar la trágica muerte de dos de los héroes de la saga griega más conocida en Etruria, Capaneo y Tideo, partícipes de la fallida expedición de *Los Siete contra Tebas.* El primero, Capaneo, aparece figurado en el momento de recibir el mortal rayo de Zeus, y el segundo, Tideo, caído en tierra y ya en trance de morir, todavía tiene arrestos para sorber los sesos de Melanipo, muerto a su vez por Anfiaro, adivino y jefe guerrero de Argos. La diosa Atenea contempla aterrorizada la brutal escena.

Después de la destrucción de Pyrgi en el 384 a.C. por el ataque del tirano Dionisio I el Viejo de Siracusa, el «Templo A» fue provisto de una nueva decoración, también de terracota. De los restos hallados han podido ser identificadas algunas piezas pertenecientes a diversos personajes de la mitología griega, caso de un Heracles desnudo, tocado con una corona de hojas de un héroe (¿Evandro?), caso de una Leucótea, cuyo rostro, bellísimo, expresa temor, y de un Palemón, hijo de la anterior.

El «Templo B», mucho más antiguo, se hallaba, asimismo, decorado con placas de terracota de revestimiento que recogían escenas alusivas a los famosos *Trabajos de Hércules.* De mayor interés eran, sin embargo, las antefijas que adornaban las cámaras de un edificio, existente en el lado meridional del *témenos,* destinadas —como se dijo con anterioridad—, tal vez, a las personas que ocasionalmente frecuentaran el santuario o a las hieródulas del mismo. Se han recuperado tres parejas de tales antefijas, que representan

cada una de ellas a un personaje masculino y a otro femenino: un hombre alado sobre un fondo de llamas (¿Helios?); una divinidad femenina con cuatro alas de la que sólo se conserva su parte inferior (¿Eos?); hombre con cabeza de gallo o de grulla (¿danzante de un *géranos?);* mujer con manto portando dos objetos circulares o páteras (¿Nyx?); figura femenina encuadrada entre dos caballos rampantes a modo de *pótnia híppon;* y un personaje masculino, también entre dos caballos rampantes, o *despótes híppon.*

Todas ellas, según M. Cristofani, aparecen ligadas respectivamente al viaje sobre el mar, a símbolos astrales y al dominio sobre los caballos, entendidos en cuanto referentes a personajes astrales. Sin embargo, la interpretación de este ciclo figurativo no ha sido fijada todavía. Para O. von Vacano y G. Colonna, en las antefijas se recogió la representación cósmica, comprendiendo el Sol, la Aurora, la estrella matutina, Fósforo y la noche, además de una probable figuración de Heracles con los caballos y una epifanía de Leucótea. Otra interpretación, avanzada por M. Verzàr y aceptada por F. Coarelli con algunas variantes, conecta las figuraciones con el mito de Teseo y del Laberinto. Finalmente, F.-H. Massa-Pairault ha sugerido su conexión con la leyenda de los Memnónidas y de los Meleágridas.

En cualquier caso, la ornamentación del «Templo B» y de sus edificios anejos se basaría, tal vez, en un calendario de fiestas, ligado al curso del sol y a creencias astrales, de lejano trasfondo oriental.

b) *El llamado «cowboy» de Murlo*

Muy divulgada y famosa es la *estatua acroterial* de un personaje sentado, tocado con «amplio sombrero», tal vez un augur, y que sirvió junto a otras estatuas (no menos de dieciséis) de elemento decorativo del *columen* del tejado del complejo palacial de Poggio Civitate (Murlo). Las mismas, que representaban a los antepasados, masculinos y femeninos, del *princeps* palacial, estaban significadas con atributos y enseñas religiosas y civiles y tenían, además de su valor ornamental, una doble función simbólica (celebrativa y apotropaica).

A la estatua que consideramos, debido a su curioso sombrero, se le ha puesto el impropio y anacrónico nombre de *cowboy de Murlo.* Su rostro presenta larga barba, lisa y rectangular, que le cae sobre el pecho, y sus manos, cerradas, abrazarían un objeto tubular, hoy desaparecido, atributo de su mando. Aunque ha llegado incompleta —le faltan los pies y parte del brazo izquierdo—, alcanzaría más de metro y medio de altura. Hoy puede verse en el Palacio Comunal de Siena.

c) *El Apolo de Vulca*

Obra tal vez cumbre de la coroplástica etrusca —restaurada recientemente— es el famosísimo Apolo *(Aplu,* en etrusco) que decoró hacia el 510 a.C., junto con otras figuras de tamaño natural —Heracles *(Hercle),* Hermes *(Turms),* Leto *(Letun),* también llamada Latona, y tal vez Minerva—, el *columen* o viga mayor del templo del Portonaccio en Veyes.

Este Apolo, hallado fortuitamente en fragmentos en 1916 —y las otras esculturas complementarias de particular elegancia y calidad—, fue realizado por *Vulca,* ya citado varias veces, único artista coroplástico etrusco de nombre conocido y de justa fama.



Apolo, obra de Vulca de Veyes. (Museo de Villa Giulia, Roma.)

El conjunto de tales esculturas, todas policromadas con brillantes colores, figuraba la lucha entre Apolo y Heracles por la posesión de la cierva de Cerinia. La estatua de Apolo, que ha llegado más completa —el conjunto fue destruido con ocasión del ataque romano del 396 a.C.—, centra el interés en su rostro, en el cual sobresalen sus ojos de mandorla, su sonrisa arcaica, las largas trenzas y los rizos en la frente. El cuerpo del dios, envuelto por finísimo vestido, avanza frente a su rival Heracles, en actitud de determinación y fuerza. A esta gesticulación se contrapone el otro grupo acroterial, Leto y *Aplu,* en el que se evidencia la ternura maternal de la diosa Leto, la cual acaricia y protege al pequeño *Aplu* —sólo restan sus piernas y pies— que lleva en sus brazos, protegiéndolo del ataque de la serpiente pitón.

Estas famosas esculturas de tamaño natural (el Apolo mide 1,81 m de altura y la figura de Leto 1,66 m) se hallan atesoradas en el Museo de Villa Giulia de Roma.

Vulca de Veyes, llamado a Roma por Tarquinio Prisco, según Plinio el Viejo *(Nat. Hist.,* XXXV, 157), también trabajó en la decoración del Templo de Júpiter Capitolino de la ciudad del Tíber, para el que modeló la estatua de Júpiter y una cuadriga.

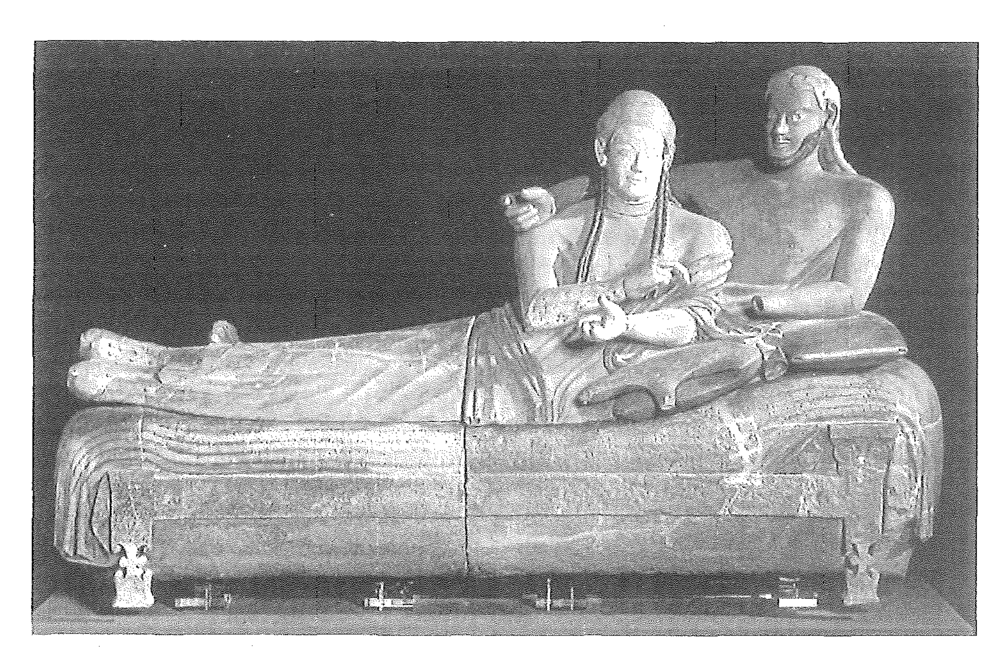
d) *Los sarcófagos de barro*

Otras famosas esculturas las constituyen las que, trabajadas tanto en terracota como en piedra arenisca y mármol, adornan las tapas de los sarcófagos. Debemos indicar que estos últimos, reservados en exclusiva a las clases aristocráticas por razones económicas, comportaban además una gran importancia ideológica y social.

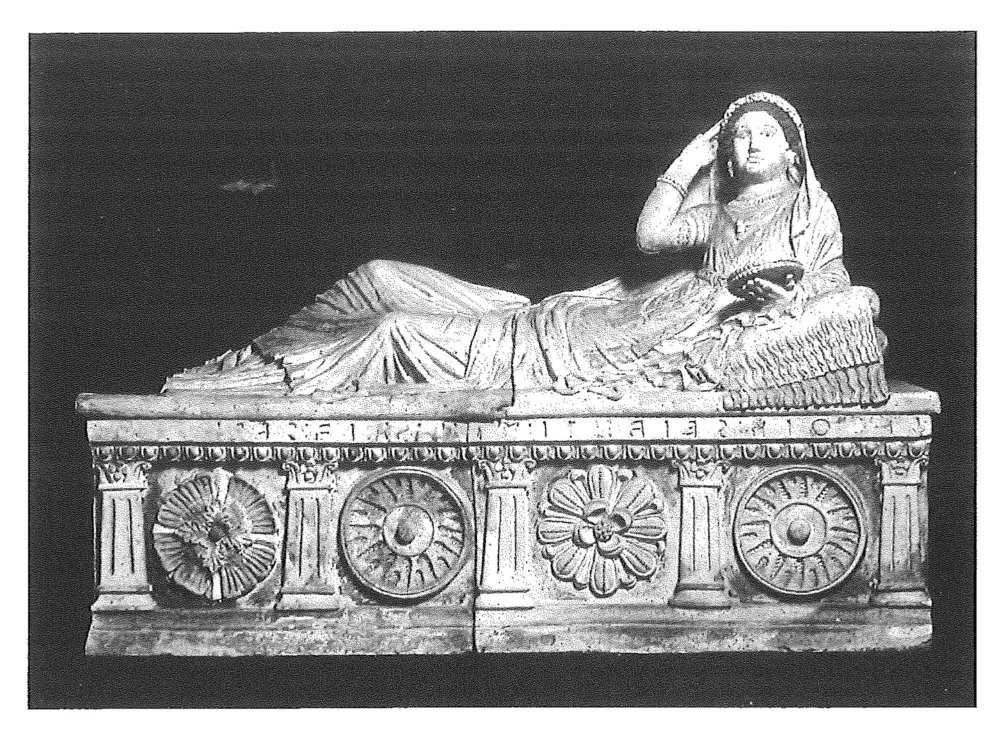
Su elaboración muy pronto se hizo estandarizada, si bien se procuró conservar en su modelado rasgos distintivos —vestuario, joyería— y peculiares —fisonomía, obesidad— de las personas en ellos inhumadas o incineradas, que acabarían por crear verdaderos «tipos», punto de arranque de los posteriores retratos. Muchos especialistas no dudan en sostener que la retratística romana derivaba de la etrusca.

Además de singulares retratos de difuntos, ya fueran hombres o mujeres, en muchísimos otros casos representaban a un matrimonio, por lo común reclinado amorosamente sobre un lecho *(klíne),* temática innovadora de clara raíz etrusca.

Sarcófago de los Esposos. Cerveteri. (Museo de Villa Giulia, Roma.)



Sarcófago de los Esposos. Cerveteri. (Museo del Louvre, París.)



Sarcófago de Larthia Seianti. Chiusi. (Museo Arqueológico, Florencia.)

Entre los sarcófagos de barro más conocidos hay que citar, ante todo, los dos famosos *Sarcófagos de los esposos,* de hacia el 530 a.C., obras de un mismo taller y ambos procedentes de la necrópolis de Caere (La Banditaccia). Hoy tales joyas de la plástica etrusca están atesoradas, respectivamente, en los Museos de Villa Giulia de Roma y del Louvre.

Dichas obras capitales representan, en lo que es su tapadera, a una pareja recostada sobre un lecho funerario ricamente decorado, las cuales, en su disposición, recuerdan escenas sobre *klínai* de banquete. Su genial y anónimo autor, muy influido por el arte jonio, ha sabido reflejar la serenidad y dulzura en el rostro de los esposos, que esbozan una suave sonrisa (comúnmente conocida como «sonrisa etrusca»). Llaman la atención por su riqueza plástica, presente en los cabellos y en la armoniosa disposición de brazos y manos, que tendrían ocupadas con algunos objetos de metal precioso —sin duda, regalos mutuos—, hoy desaparecidos. Más aún, destacan sobre todo por la despreocupación técnica que presenta la parte inferior de los cuerpos, apenas esbozados. Las piernas, al estar extendidas en su totalidad, adoptan una posición físicamente imposible, pero tal artificioso recurso permitió a su autor una solución de sencilla plasticidad, totalmente original. Ambos sarcófagos son de parecidas dimensiones (2,20 m de largo el de Villa Giulia y 1,90 m el del Louvre).

De no menor interés es el *sarcófago de Larthia Seianti,* también de terracota (1,64 m de longitud), obra de finales del siglo III o comienzos del II a.C., localizado en la tumba de la familia *Larcna,* en La Martinella (Chiusi), y hoy en el Museo Arqueológico de Florencia. Representa a una difunta de mediana edad, enjoyada y ataviada

muy lujosamente, reclinada sobre el lecho y portando en su mano izquierda la pátera, al tiempo que recoge con la otra el manto que cubre la túnica. El friso del sarcófago está adornado con triglifos y metopas. Los restos de su policromía, aún visible, realzan el rico trabajo del modelado. Muy parecido a éste, en estilo y cronología, es el *sarcófago de Seianti Hanunia Tlesnasa,* también proveniente de Chiusi (Poggio Cantarello) y en la actualidad en el British Museum. Está policromado y es de sorprendente efecto plástico. Los restos óseos que se hallaron en su interior han sido estudiados por varios especialistas (patólogos y odontólogos), estableciéndose que la citada *Seianti Hanunia* habría muerto entre los cincuenta y los cincuenta y cinco años (S. Haynes).

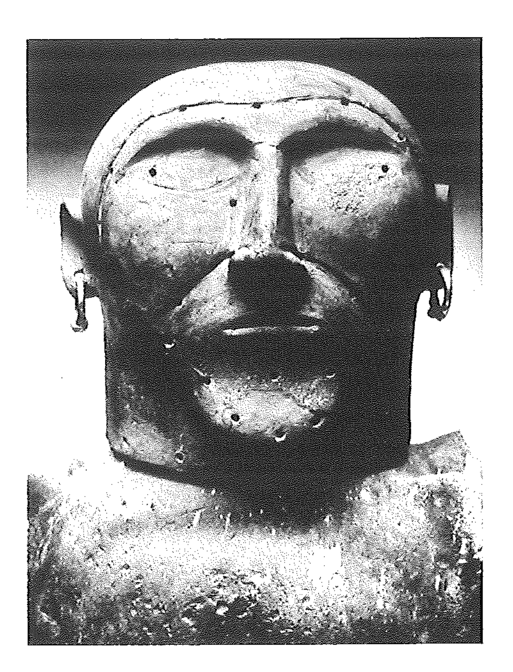
e) *Las tapaderas de urnas*

Sin duda debe citarse aquí, ante todo, la tapadera de una urna cineraria de *impasto,* de tipología villanoviana, elaborada a finales del siglo IX a.C. y hallada en Pontecagnano (Salerno), decorada con dos figuras monstruosas —una masculina y otra femenina abrazadas— que constituyen la primera escena narrativa de tal localidad. Se ignora su específico significado (pareja hierogámica, diosa de la muerte que abraza al difunto, diosa que acoge a un guerrero). En cualquier caso, la categoría de la pieza alude al rango social de su destinatario.

Le sigue en interés la anteriormente citada urna de Montescudaio, de la primera mitad del siglo VII a.C., cuya tapadera reproduce un banquete funerario, de tipo homérico en opinión de F. Nicosia, tenido en solitario por un hombre al que le ayuda una sirviente. Tal pieza presenta además decoración plástica de esvásticas y una figurilla sentada sobre el asa, ejemplo típico de la plástica primitiva tardovillanoviana.

Muy interesantes son, asimismo, las tapaderas de algunos vasos cinerarios de terracota y de considererable tamaño (casi 1 m de altura), procedentes del área de Chiusi, cuyos ejemplos, dentro de un estilo orientalizante-etrusco, podrían ser los famosos *cinerarios Gualandi* y *Paolozzi.* Las citadas tapaderas van realzadas con una gran figura femenina de bulto redondo que apoya su brazo izquierdo sobre el pecho, hallándose rodeada de otras pequeñas figuritas esquemáticas a modo de *chorós* con las manos también a la altura del pecho, perpetuando así el rito fúnebre en honor de la difunta. En la «espalda» de ambos vasos hay otras estatuillas de bulto redondo que alternan con prótomos de grifos —los pájaros funerarios por excelencia— de fauces abiertas, imitando las cabezas de los calderos de bronce de tradición oriental, con el aditamento de lo que parece ser testículos humanos, que hacen de ellos claros símbolos fálicos. De similar estructura es el *vaso Coleman,* que fue localizado en la parte superior de una tumba chiusina que contenía un gran *dolium,* en cuyo interior apareció una urna bicónica situada sobre un trono ante el que se hallaba una mesa de cuatro patas, además de un hacha y de un incensario, todo ello fechado por los expertos hacia el 680 a.C., excepto el precitado *vaso.* Las imágenes pequeñas sobre estas tapaderas tal vez representarían a las participantes de los ritos funerarios (plañideras, bailarinas) celebrados en honor de la gran figura central.

Impresionante es la *cabeza* (18 cm de altura) que sirvió de tapadera de una urna canópica de Dolciano, de hacia el año 600 a.C., hoy en el Museo Arqueológico de Chiusi, cuya tosca plasticidad hubo de ser recubierta por una máscara metálica (ac-



Cabeza de un «vaso canopo». Dolciano. (Museo Arqueológico de Chiusi.)

tualmente perdida), según evidencian los numerosos orificios que aparecen en ella.

Debe ser mencionada también la urna de terracota (siglo II a.C.) del Worcester Art Museum (Massachusetts, Estados Unidos), que en su tapadera figura a un *hombre reclinado* sobre el lecho funerario, mientras que en la pared de la urna se ha representado una batalla contra los galos.

Asimismo, otras urnas son igualmente notables, destacando, entre ellas, una de época helenística (siglos II y I a.C.), del Museo Guarnacci de Volterra, en cuya tapadera se halla modelado un *hombre banqueteando,* acompañado de una mujer (¿su esposa?, ¿un demonio femenino?), de gran efectismo plástico, y la de *Thana Ancarui Helesa,* del British Museum.

Conectado con estos ejemplares debe señalarse el sarcófago, también de terracota (finales del siglo III a.C. o principios del II a.C.), del Museo Vaticano, de concepción artística muy «manierista», que representa en su tapadera a un joven desnudo echado sobre el lecho con las piernas contraídas y la mano izquierda agarrada a los pliegues del cobertor como en un espasmo. La presencia de un perro de caza a su lado, lamiéndose una herida, hace pensar que el titular del sarcófago habría muerto a consecuencia de un incidente de caza. Para algunos estudiosos, la figuración representaría el relato mítico de la muerte de Adonis. En las publicaciones al uso, esta pieza es conocida como el *Adonis moribundo.*

f) *Otras obras de terracota*

De significativo interés son las tres esculturas de finales del siglo VII a.C. (50 cm de altura como promedio), con influencias plásticas norsirianas, que adornaron en su día otros tantos asientos de la cámara lateral de la *Tomba delle Cinque Sedie* de la necrópolis de la Banditaccia, en Caere. Los citados ejemplares (tres hombres y dos mujeres), en los que se puede ver un intento de individualizar los rasgos de los representados, sin duda, ancestros a modo de *imagines maiorum* de la pareja titular de la tumba, se figuran sentados con la mano izquierda puesta sobre la rodilla y la derecha extendida para recibir un objeto, hoy día perdido. Cuatro de ellas (dos cuerpos y dos cabezas) se atesoran en Londres y otra, masculina, en el Museo del Palazzo dei Conservatori de Roma.

Más por su interés religioso que artístico debemos reseñar las 33 estatuillas de *bucchero,* de tan sólo 10 cm de altura, que fueron halladas en la *Tomba Regolini-Galassi,* divisibles por la disposición de sus manos en cuatro grupos, y que hubieron de

funcionar simbólicamente como componentes de un coro de lamentadores funerarios.

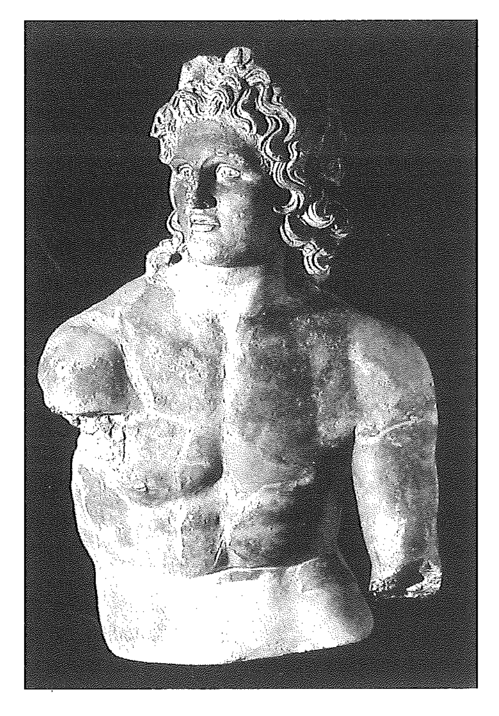
También al período arcaico (siglo VI a.C.) pertenece el extraordinario grupo de *Eos y Céfalo* que adornó el acroterio de un templo de la Vigna Marini-Vitalini de Caere, hoy conservado en Berlín. Tal pieza figura a la diosa Eos en el momento de raptar al joven Céfalo, de quien estaba enamorada.

Notabilísima, también, por la gran influencia que presenta del gran artista griego Policleto, es la *Testa Malavolta* (18 cm de altura), llamada así por el nombre de su descubridor. Labrada en terracota, en la segunda mitad del siglo V a.C., y hallada en el templo del Portonaccio de Veyes, hoy se atesora en el Museo de Villa Giulia de Roma. Sobresalen su bien trabajado cabello, sus grandes ojos y su pronunciada boca.

Son, asimismo, importantes los restos plásticos, descubiertos hace muchos años, que adornaron el santuario de la Cannicella en Orvieto, así como los de los dos frontones del «Templo Belvedere», también de la misma localidad, consistentes en altorrelieves que figuraban a distintos personajes de la Guerra de Troya. Tales placas, de finales del siglo V a.C. o comienzos del IV a.C., contienen influencias muy claras del arte clásico griego. Destaca una *figura masculina* desnuda pero con clámide en sus espaldas (82 cm de altura) y la *cabeza de un viejo* calvo y barbado (16 cm de altura) de gran realismo, con restos de policromía.

Por otra parte, la lastra de terracota con los dos magníficos *caballos alados* (1,14 m de altura), de hacia el 300 a.C., que embelleció el frontón del templo del Ara della Regina en Tarquinia, es de indudable calidad. Aunque anatómicamente los equinos están mal proporcionados, el artista logró transmitir con ellos un «efecto impresionista» de gran sugestión, al decir de G. Buzzi y A. Giuliano. El sombreado y el claroscuro que proporcionan consiguen obtener, de hecho, la tercera dimensión en una lastra resuelta mediante un altorrelieve.

De Falerii, capital del Estado falisco, provienen los restos de las terracotas que realzaron el templo que existió en Lo Scasato (hoy en el Museo de Villa Giulia), de indudable escuela etrusca, pero con muy claras influencias de Lisipo o de Scopas (A. Andren). De entre lo llegado —que testimonia el fastuoso programa decorativo del frontón del templo— es de general admiración un bello busto de Apolo, policromado, tal vez de su acroterio, conocido como *Apollo dello Scasato*. Tal figura divina, junto con otros siete personajes, era el protagonista de un episodio mítico, desconocido hasta ahora.



Apollo dello Scasato. Falerii. (Museo de Villa Giulia, Roma.)

Son también reseñables los restos del frontón de estilo helenístico, quizá el

más importante de Etruria, existente en el santuario de I Fucoli (cerca de Chianciano), del territorio de Chiusi, excavado en 1986. Sus terracotas policromadas, del siglo II a.C., y de claras influencias pergameas, reproducen a diversos héroes y divinidades griegas. Sus acróteras, modeladas en altorrelieve, figuran a divinidades femeninas aladas, sobresaliendo una de ellas, de casi 1 m de altura y de muy fina factura, desnuda y en acto de iniciar el vuelo (A. Rastrelli).

Aunque de tiempos romanos (siglos II-I a.C.), las terracotas polícromas que adornaron los tímpanos del templo «B» de la toscana Talamone (8,82 m de longitud; 1,47 m de altura), con la temática de *Los Siete contra Tebas,* entre otros argumentos, iconográfica y estilísticamente se hallaban, sin embargo, ligadas a la tradición etrusca (O. W. von Vacano).

g) *Las lastras de Murlo y Acquarossa*

Punto y aparte merecen las lastras del siglo VI a.C., trabajadas en terracota con la técnica de la estampación de matrices, procedentes de las *regiae* de Murlo y de Acquarossa, las primeras atesoradas en el Museo Vescovado de Murlo y las segundas en el Museo Cívico de Viterbo.

Las que recubrían los pórticos de la *regia* de Murlo (55 × 24,50 cm) comprenden cuatro temas iconográficos: a) el banquete sobre dos *klínai,* celebrado por dos parejas asistidas respectivamente por dos sirvientes; b) una procesión nupcial con dos personajes femeninos sobre carro de dos ruedas, acompañados por servidores que van a pie, portando diversos objetos; c) juegos ecuestres, resueltos mediante tres jinetes que cabalgan sin silla, azuzando a sus respectivos caballos; y d) una asamblea de cinco personajes sentados —uno de ellos en trono, los demás en *sella curulis*— que tienen en su mano derecha sus atributos *(lituus,* manzana, flores, hacha *bipennis* y granadas), asistidos por tres sirvientes. Podrían tratarse, de acuerdo con una *graeca interpretatio,* de Zeus, Hera, Core, Hades y Démeter.

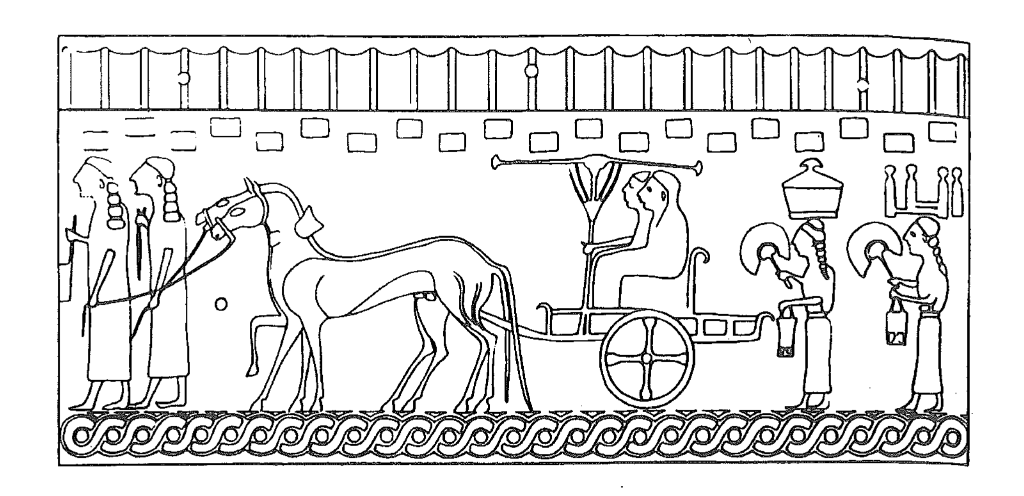
En la lastra que recoge el suntuoso banquete se ve a dos parejas. La de la izquierda la forman un hombre barbudo, con copa, y una mujer, también con una copa y con una flor. La pareja de la derecha está constituida por un hombre barbudo, portando copa y un huevo, y un joven (¿o una mujer?) cantando al son de la lira que tañe.

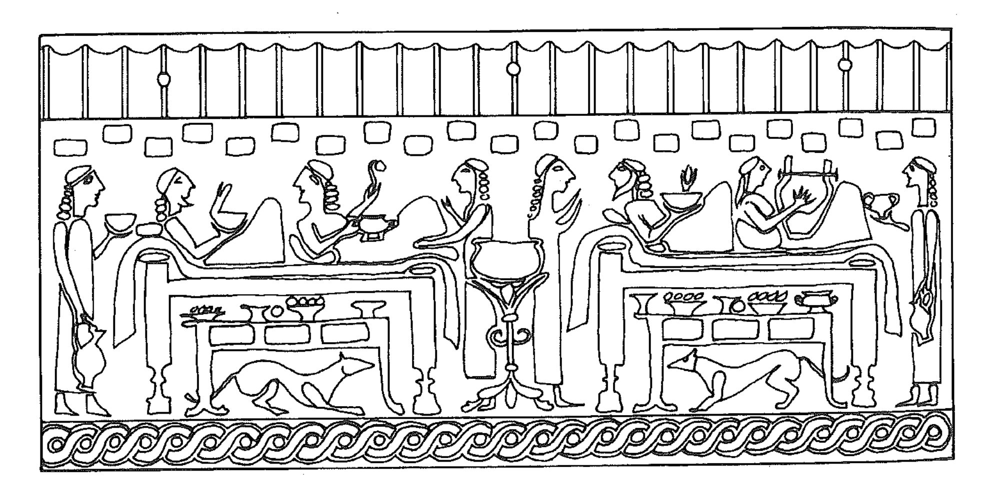
Para A. Rathje, el hecho de la presencia femenina hace que ésta sea la más antigua representación de un banquete mixto. No dejaría de aludir a la *tryphé,* en opinión de F.-H. Massa-Pairault.

La lastra con la procesión nupcial recoge a dos *paides amphithaleis* que manejan las riendas de los caballos que tiran del *carpentum* sobre el que van la novia y su madre, protegidas por un gran parasol. Por detrás, dos sirvientas portan el ajuar de la desposada. Sin duda, tal lastra representa, sin más, un hecho cotidiano, como ha señalado M. Torelli.

La carrera de caballos, montados por jinetes, traduce asimismo un hecho de la vida social, un *athlon* de la *iuventus,* interpretable como pruebas de cualificación para iniciarse en el mundo de los adultos (guerra y matrimonio).

La lastra con la última de las temáticas aludidas (asamblea de personajes) ha sido objeto de varias teorías (T. N. Gantz), negando algunos etruscólogos que su asunto obedezca a temática religiosa, a una *theon agorá.*





Lastras de terracota. Murlo. (Tomado de T. N. Gantz y J. P. Small.)

Todo este repertorio, coronado en la *simá* con la caza de dos liebres por parte de dos perros, evidencia aspectos muy queridos a la ideología aristocrática en una verdadera *syggéneia* que mancomunaba hombres y dioses.

Por otra parte, las lastras de la *regia* de Acquarossa muestran sustanciales novedades con respecto a las de Murlo, tanto desde el punto de vista plástico como argumental; por ejemplo, en este caso, la introducción de la temática ya claramente mitológica, asociada a gestas militares.

También pueden aislarse cuatro tipos argumentales en las lastras de Acquarossa: 1) abigarrada escena de *sympósion* exclusivamente masculino sobre *klínai;* 2) escena de *komos* a base de nueve figuras de danzantes —uno de ellos dando una espectacular cabriola— al son de la doble flauta, del cuerno y de la lira (en el relieve aparecen también odres de vino y una copa, así como un pájaro de largas patas y pico curvo); 3) escena, en el contexto de un *triumphus* de uno de los *Trabajos de Heracles,* relativa al

toro de Creta; y 4) otra escena, también del mismo héroe, pero con la temática del león de Nemea. Ambos registros se figuran dentro de un contexto de guerreros a pie, a caballo —tanto alados como no— y en carro.

h) *Otras lastras de interés*

Además de las lastras de los palacios de Murlo y Acquarossa, que se acaban de comentar, también se han localizado otras, asimismo de gran interés, en otros enclaves, caso de Tuscania (con ejemplares de las mismas hoy en Múnich y París), que figuran la partida o marcha de un guerrero sobre una biga, precedido de otros dos guerreros y un personaje portador de un *lituus,* símbolo del poder, con arqueros y hoplitas montados, con jinetes al galope o llevando lanza.

Estos mismos argumentos, si bien el *princeps* ahora representado va sobre una triga tirada por caballos alados, se repiten en otra lastra hallada en Colombella di Praeneste (hoy en el Museo de Preneste) o en las de Poggio Buco, con jinetes y un desfile sobre carro.

De Velletri provienen también diferentes lastras con relieves (hoy en el Museo Nazionale de Napóles) similares a los de las *regiae* de Murlo y Acquarossa, que comprenden, según M. Menichetti, los siguientes argumentos: escenas de banquete, procesiones con bigas —arrastradas por caballos alados— y con trigas, carreras de caballos, incluso en doble fila, y una escena de reunión al modo de una *theon agorá,* en la que Heracles hace su ingreso. Finalmente, señalemos que también algunas lastras localizadas en el templo de Sant'Omobono en Roma, pertenecientes a la segunda fase de tal edificio, presentan temáticas análogas (A. Sommella Mura).

Importantes estudios de Ch. Chateigner, M. Torelli y M. Menichetti analizan los relieves de las lastras que en todos los casos reflejaban la perspectiva del poder, pero realzando, ante todo, la *virtus* guerrera y el *reditus* triunfal de los *principes* etruscos junto a diversos componentes mitológicos.

Escultura en piedra

Las más antiguas esculturas etruscas de carácter funerario en piedra, con claras influencias sirio-hititas (G. Colonna y F. W. von Hase), son las dos de tamaño natural, fechables a comienzos del siglo VII a.C., halladas en la *Tomba delle Statue,* en Ceri —no confundirla con su cercana Caere *(Caere vetus)*—, sin duda símbolo protector de la *gens* titular de la tumba, ejemplares a los que ya se aludió en páginas anteriores. A ellas —y también del siglo VII a.C.— les siguen los ejemplares, hoy fragmentados, del *Tumulo della Pietrera* de Vetulonia, que se colocaron junto a los cinco lechos funerarios allí existentes. Se trataba de diez esculturas, cinco masculinas y otras tantas femeninas, de gran tamaño (1,70 m de altura las masculinas y 1,10 m las femeninas), aparentemente frontales (excepto la de una pareja), de cuerpo plano —la parte posterior sin esculpir— y cabezas de bulto redondo. Su técnica e iconografía recordaban las figuraciones existentes en las plaquitas de marfil o de *bucchero.* Se ha pensado que quizá las estatuas femeninas —todas vestidas— representarían a diosas de la muerte (¿tal vez a *Vanth?*) y las masculinas, cubiertas con unos simples *perizomas,* a los propios difuntos. La última teo-

ría expresada, basándose en el gesto de las manos en el pecho, las considera representación de antepasados en acto de duelo.

Les siguen en interés dos piezas, para ornamento de sepulcros, de Vulci, con influencias jonias, ambas conservadas en el Museo de Villa Giulia de Roma: un *Centauro* de piedra, labrado a comienzos del siglo VI a.C., de líneas sencillas, pero de atrevido y exagerado rostro, y el llamado *Caballero marino*, de la misma época, que cabalga un hipocampo (la cabeza de éste ha desaparecido) y que debía ser visualizada de perfil. La adhesión al gusto jónico se evidencia también, claramente, en una famosa *Cabeza de guerrero*, tocada con yelmo, de Orvieto (hoy en Florencia).

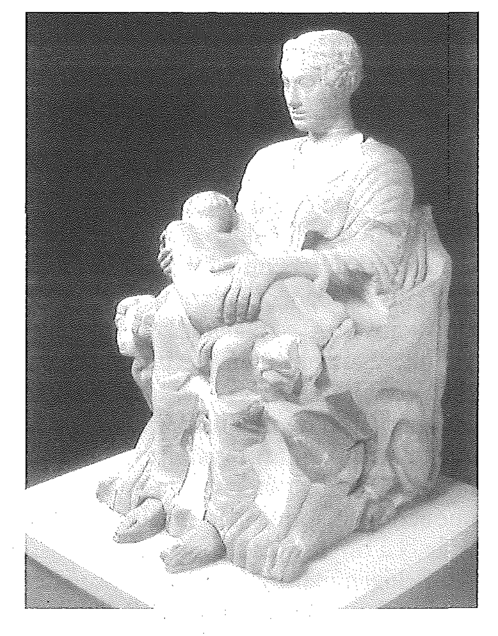
Tras estas esculturas arcaicas hay que citar otras dos estatuas femeninas, también del siglo VI a.C., una, completa, de Vulci, y de inspiración rodia (hoy en el British Museum), y otra —muy original, autóctona— con sólo el busto, de Chiusi (actualmente en Florencia).

La primera, conocida como la *Dama de la Tomba di Iside* (89 cm de altura), esculpida en mármol alabastrino, figurada erecta, a modo de *xóanon*, aparece cubierta con un largo vestido sobre el que va un manto. Sus manos, resueltas de modo muy tosco, se presentan avanzadas: con la izquierda empuñaría algún objeto y con la derecha, abierta, haría entrega de algún presente. Los dedos de los pies, en cambio, aparecen muy bien realizados. Tal escultura estuvo originariamente policromada.

La segunda, un busto de aspecto rudo, tallada como si la caliza fuese madera, destaca por la expresividad de su rostro, enmarcado entre larguísimas trenzas, en el cual sus ojos, grandes e hipnotizados, parecen contemplar una teofanía o algo sobrenatural.

a) *La «Mater Matuta»*

Entre las obras labradas en arenisca debe reseñarse la impresionante estatua-cinerario (90 cm de altura) de la necrópolis de La Pedata, en Chianciano (cercanías de Chiusi), conocida como *Mater Matuta*, obra del 460 a.C., y hoy atesorada en Florencia. La misma (tipológicamente una *kourotróphos)* figura a una mujer sedente sobre un trono de brazos formados por esfinges. La mujer se halla con su hijo dormido en su regazo, a modo de diosa madre, simbolizando quizá a la griega Hera Eileithyia, protectora de los nacimientos. Para A. Rastrelli, se trataría, sin embargo, no de una imagen divina o divinizada, sino de una mujer figurada en su opulento estatus de *materfamilias*. Quizá pueda pensarse en una mujer de la nobleza, muerta a consecuencia de un parto, cuya estatua se encomendaba a la divinidad.



Mater Matuta. Chianciano. (Museo Arqueológico, Florencia.)

A pesar de algunas desproporciones anatómicas (manos y pies sobre todo), su solemnidad y la expresión grave de su rostro —que no denota esperanza— evocan el más puro «estilo severo» del arte clásico griego.

Debe indicarse que la cabeza es móvil para permitir la deposición de las cenizas en una cavidad, practicada en la parte alta de la figura. También lo son los pies, adaptados a sendos huecos en la base de la escultura. Además de las cenizas de una difunta, en su interior fueron hallados una pequeña *oinochoe* ática que figura la cabeza de una mujer, un broche de oro, un anillo áureo con figura de guerrero e inscripción etrusca y dos pendientes de espiral. La pieza ha sido restaurada con fragmentos esculpidos *ex novo.*

b) *La «Venus de la Cannicella»*

No menos impactante es la llamada *Venus della Cannicella* (76,50 cm de altura), obra en mármol de alguna cantera de Paros (según A. Andren), pero localizada en Orvieto por haber sido colocada en uno de sus santuarios funerarios y que le ha dado su nombre. Parece ser que se esculpió, siguiendo el esquema de los *kouroi* griegos, hacia el año 530 a.C. en Naxos, isla desde donde fue llevada a Etruria. Aquí, además de restaurarle algunos de sus desperfectos (le fueron añadidas piezas de mármol de otras estatuas), le retocaron sus originales rasgos andróginos, para ser colocada en el santuario de la necrópolis de la Cannicella como símbolo de una diosa de la Fertilidad o del Amor *(Turan),* sin olvidar la esfera funeraria, en cuyo caso sería cercana a la Afrodita *epitymbía* griega o a la Venus *libitina* romana. Caracterizada por su completa desnudez, estuvo, sin embargo, adornada con diadema, pendientes y collar, piezas todas ellas, tal vez, de oro. Hoy puede admirarse en el Museo Civico Palazzo Faina de Orvieto.

c) *La «Testa Lorenzini» y las urnas cinerarias del «Arúspice» y del «Matrimonio»*

Al estilo tardoarcaico pertenece la conocida *Testa Lorenzini,* obra en mármol, localizada en la cantina de la casa Lorenzini de Volterra. Tal escultura, evaluada por R. Bianchi Bandinelli como «la más griega de las estatuas etruscas», hubo de pertenecer a una estatua cultual. La testa muestra a un hombre joven, tocado con una corona y con cavidades oculares vacías, en las cuales, originariamente, se hallarían incrustados ojos de otro material.

Interesante es también un grupo funerario, de la segunda mitad o finales del siglo V a.C., procedente de Chianciano, cerca de Chiusi, y hoy en Florencia, existente en la tapadera de una urna cineraria de arenisca (1,30 m de longitud), con claras influencias de la plástica griega. El grupo está formado por un *arúspice* que efectuaría una libación (la pátera se ha perdido), y por la diosa alada *Vanth,* de severo rostro, que acompañándole desenrolla un *volumen,* el cual, sin duda, contendría profecías escritas. La originalidad compositiva y la actitud serena que emanan ambas figuras hacen del ejemplar una verdadera obra de arte.

En el antedicho museo se halla otra urna cineraria alabastrina con restos de policromía, de la primera mitad del siglo IV a.C., originaria de Città delle Pieve, en cuya tapadera se figura a un *matrimonio.* La esposa, sedente, se halla retirando con su

mano el manto que vela su cabeza, y el esposo, semitumbado, pero abrazando con su derecha a su mujer, exhibe una pátera en la mano izquierda. La cabeza masculina de la urna parece que procede de otra figura.

d) *La estatua-cinerario llamada «Del Plutone»*

En el Museo de Palermo se halla una estatua-cinerario, originaria de Chiusi (1,35 m de altura), de toba, de mitad del siglo V a.C. o principios del IV a.C., con restos de policromía, de considerable impacto estético por su tosquedad de líneas y pesada volumetría. Se trata de una figura masculina, barbuda y con cabellera poco plástica, muy pegada al cráneo, sentada sobre trono de base cilíndrica y espaldar curvo, de tipología claramente oriental y en cierto modo con puntos de contacto con los vasos canopos. El busto y la parte inferior fueron esculpidos en dos bloques distintos, luego ensamblados. Asimismo, la cabeza y los antebrazos fueron también realizados aparte. Tal estatua tiene hueco su interior a fin de contener las cenizas del difunto.

e) *Algunos sarcófagos de piedra*

De mayor calidad, sin embargo, son los dos sarcófagos originarios de Vulci, que se conservan en el Museum of Fine Arts de Boston, que pertenecieron uno a una tal *Ramtha Visnai* y a su esposo *Arnth Tetnie,* y otro, de mayor interés plástico, a *Larth Tetnie* y a su esposa *Tanchvil Tarnai.*

De notable interés son los relieves que presentan los lados mayores de ambos sarcófagos. El relieve del primero se centra en la despedida de los dos esposos. La mujer lleva a sus sirvientes con sus objetos personales, precedidos por un esclavo con un gran abanico. El hombre marcha a cumplir con sus quehaceres de magistrado, seguido también de sus servidores, un escriba, dos músicos y una sirvienta. En los relieves del segundo sarcófago, el de *Larth Tetnie* y *Tanchvil Tarnai,* se recoge una batalla de griegos y amazonas, resuelta en cuatro grupos de combatientes.

La calidad plástica y la composición de los mismos evocan, salvando las distancias, algunos de los relieves del Mausoleo de Halicarnaso.

Los dos matrimonios esculturados aparecen abrazados y bajo sábanas en las tapaderas de sus respectivos sarcófagos, que han sido fechados, como se dijo en páginas anteriores, en la mitad del siglo IV a.C.

De la misma época es el célebre *Sarcófago de las Amazonas* (1,94 m de longitud; 62 cm de anchura), de fino mármol heleno, obra de un artista griego o etrusco, descubierto en Tarquinia y hoy en el Museo Arqueológico de Florencia. Tal sarcófago, bellamente policromado con escenas de amazonomaquia de altísimo nivel artístico, perteneció a *Ramtha Huzcnai,* madre o abuela del magistrado *Larth Apaiatru.* La tapa del mismo está decorada con finos relieves en sus pequeños frontones, los cuales presentan parte del mito de Acteón (P. Bocci).

Podemos recoger todavía otros seis sarcófagos más de muy alto interés. Uno, de la primera mitad del siglo IV a.C., labrado en mármol de Paros (2,15 m de longitud), hallado en la *Tomba dei Partunus* de Tarquinia (en cuyo Museo Arqueológico se conserva), figura a un *sacerdote* de rizada y larga barba, tendido en posición supina, cubierto con larga túnica. En una de sus manos porta una palma y en la otra una *pyxís.* En la caja del

sarcófago se halla pintado el mito de la muerte de los prisioneros troyanos por parte de Aquiles para vindicar la muerte de su amigo Patroclo, complementado en sus lados con escenas de amazonomaquia, todo ello, sin embargo, muy deteriorado, pero conocido gracias al estudio de L. Dasti y G. Körte, de finales del siglo XIX. Este *Sarcófago del sacerdote,* como así se le conoce, al parecer, fue esculpido en Sicilia.

Otro, de finales del siglo IV a.C., trabajado en mármol (2,20 m de longitud) y hallado en Tarquinia, en cuyo museo se guarda, perteneció a *Velthur Partunus,* el «Magnate», quien aparece echado sobre su lado izquierdo encima del lecho funerario portando la pátera. El interés del mismo radica en el rostro del difunto, de carácter retratístico. La inscripción (TLE, 126) presente en el frontis del sarcófago —decorado con escenas de una amazonomaquia y centauromaquia— recoge los importantes cargos que había desempeñado *Partunus,* muerto a los ochenta y dos años de edad.

Un tercero, de la primera mitad del siglo III a.C., es el que recoge en su tapadera la figura de un anciano personaje semitumbado, conocido como *Obesus etruscus,* con el vientre muy pronunciado. El anillo que porta en el anular derecho y la *phiále* de la mano izquierda subrayan la dignidad y la riqueza que hubo de tener en vida. La labra del mismo, la psicología que traduce el rostro, motivan la gran notoriedad del *Obesus,* una de las obras más refinadas de la producción plástica etrusca. Tal sarcófago proviene de Chiusi y se atesora hoy en Florencia.

El siguiente sarcófago, de finales del siglo III a.C., formó parte del monumento funerario de *Arnth Velimnas,* el fundador del hipogeo de los *Volumni* de Perugia. Este sarcófago consta de dos partes: una superior, constituida por un magnífico lecho ornamental sobre el que aparece recostado el difunto, que porta la consabida pátera; y otra inferior, a modo de gran zócalo que evoca la fachada de una tumba. En la parte central de este segundo cuerpo, *Arnth Velimnas* aparecía pintado junto a su hermano en el umbral de una puerta, la cual está enmarcada por dos impresionantes altorrelieves que figuran a dos divinidades aladas del destino.

El quinto (1,98 m de longitud) —uno de los 21 impresionantes sarcófagos que fueron hallados en la necrópolis de Monterozzi, de Tarquinia—, fechado hacia el 250 a.C., según G. Colonna—, perteneció al arúspice *Laris Pulenas,* quien aparece recostado sobre el lecho, apoyando su brazo izquierdo sobre dos cojines y teniendo en sus manos un *volumen* inscrito con un *elogium* en el que se recoge su genealogía (era descendiente de griegos), su devoción a los dioses *Catha* y *Pacha,* la autoría de un libro de aruspicina y los cargos desempeñados (TLE, 131). Las tres escenas relivarias del friso de este sarcófago, de gran efectismo plástico y volumétrico, son también de un gran interés religioso. Forman una secuencia continua en la que se ve a un demonio femenino *(Vanth)* portando una gran llave, sin duda encargado de introducir a un *togatus,* que tiene en su mano derecha un cuchillo sacrificial y que está mirando a la antes citada *Vanth;* a dos *Charu(n)* que, apartándose, amenazan con sus martillos (¿o dejan pasar?) al *togatus,* cuya cabeza está lamentablemente perdida; y a una figura alada que supervisa el castigo de un condenado en el Infierno, condenado identificado recientemente por F. Roncalli con Sísifo, habida cuenta de la roca que puede verse en el friso. Obviamente, el hombre con toga podría identificarse con *Laris Pulenas,* quien es recibido en el Más Allá sin sufrir castigo alguno al saber pronunciar las palabras sagradas que permitían acceder al otro mundo (y que conocía por su profesión) y efectuar los correspondientes sacrificios simbolizados en el cuchillo que porta.

El último sarcófago que aquí consideramos, obra de finales del siglo III a.C., perteneció a *Hasta Afunei,* de Chiusi (hoy conservado en Palermo) y del que se habló

con anterioridad. Sobresalen los relieves de su friso, con la escena de su despedida de la vida terrena.

No podemos finalizar este apartado sin hacer mención de otros sarcófagos de Chiusi, trabajados en piedra, a partir de finales del siglo IV a.C. Entre ellos, el magnífico de *Ra(vnth)u Vetanei* (hoy en Berlín), mujer que fue enterrada en la tumba de la familia *Velu*, y el denominado *Sarcófago François*, del Museo Arqueológico de Chiusi, correspondiente también a una mujer. Impresionantes son, de igual manera, el sarcófago de *Laris Sentinati Larcna* (también en Chiusi), con una galatomaquia en su *frontis* y costados, el llamado *Sarcófago Giulietti* (en Florencia), también con una galatomaquia, y el de *Thania Sentinati Cumerunia* (en París), mujer de rostro pensativo y ricamente enjoyada, según deja ver la estatua que adorna la tapadera. El *frontis* está decorado con una escena de temática griega (episodio de Troilo), encuadrada entre la Puerta del Más Allá y un amenazador *Charu(n)*.

Hemos de recordar también otros dos sarcófagos de Tarquinia: el del arúspice *Larth Alvethnas*, de finales del siglo IV a.C., con escenas de combates y lucha de animales, y el conocido como *Sarcófago de la cervatilla*, de la misma época, llamado así por el animal que abreva sobre la pátera del anciano difunto.

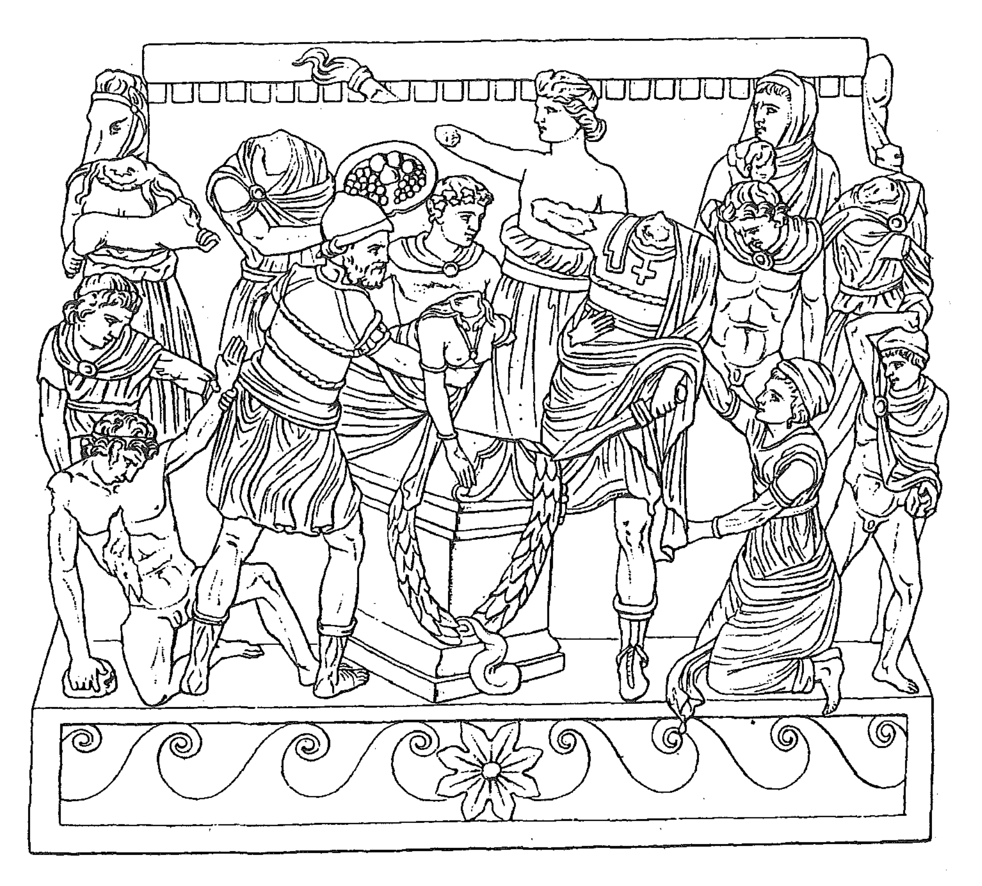
f) *Urnas alabastrinas*

No menos interesantes para el estudio de la escultura etrusca son las diferentes urnas de alabastro, labradas en varios talleres artesanales de Volterra, estudiadas en buena parte por F-.H. Massa-Pairault, en las que todo el cuidado estético se puso en el rostro de los difuntos que aparecen en sus tapaderas, aunque todos con rasgos impersonales. Contrastando con la placidez de los difuntos se hallan los relieves de las urnas, de distintas tipologías, todos ellos centrados en luchas de inspiración o temática griega (series de Troilo, Filoctetes, Agamenón, Helena, Ifigenia, Télefo). Quizá sus decoraciones traducirían las propias luchas que agitaban a las ciudades etruscas en aquellos tiempos (M. F. Briguet) o bien obedecieron a arquetipos griegos presentes en «cartones» circulantes, sin nada que ver con la realidad (L. B. Van der Meer).

La obra más lograda de este conjunto es, en nuestra opinión, la *urna de Larth Ceicnei* (hoy en el Museo del Louvre), fechable en el siglo II a.C. y atribuida al *Maestro de Myrtilos*, en cuya tapadera se halla representada tal difunta, apoyada sobre ricos cojines, portando en su mano izquierda una granada y en la derecha una cajita abierta que contiene un espejo.

De finales del siglo III a.C., y por tanto, anteriores a la urna precitada, son la de *Larth Purni Curce* y la de su hijo *Arnth Purni Curcesa*, ambas en Florencia.

En la pared frontal de la primera figura un combate troyano o tal vez céltico, en opinión de P. J. Holliday, y en sus lados laterales dos motivos, no muy repetidos en el repertorio iconográfico etrusco: el suicidio de un guerrero hoplita, que se hinca su espada en el vientre, y el intento de un pájaro de dejar ciego a otro guerrero al picotearle los ojos, escena que se puede interpretar como inequívoca llegada de la muerte, según se sabe por otras figuraciones artísticas. Ya en 1912 L. A. Milani aventuró que esta escena aludía al histórico duelo habido entre M. Valerio Corvino y un corpulento galo, descrito por Tito Livio (VII, 26). En el momento del combate, un cuervo se posó sobre el casco del romano en señal de la derrota del galo, a quien luego picotearía ojos y rostro, sobreviniéndole la derrota y muerte. El romano, en re-



Frontal de urna, con una escena de Ifigenia. Perugia. (Museo de Villa Giulia, Roma.)

cuerdo de tal incidente, adoptó el sobrenombre de *Corvus* o *Corvinus.* En la alusión de Milani existe un inconveniente: el hombre atacado por el pájaro representado en la urna va tocado con un casco corintio y, evidentemente, no puede ser un galo.

La segunda urna presenta el motivo de *Cacu* y los hermanos Vibenna.

A ellas les sigue la urna del Museo Guarnacci de Volterra, que contiene la escena del *reconocimiento de Paris* por parte de sus hermanos, hecho que le libró, según el mito, de una muerte cierta.

También de la misma época es la urna alabastrina de Todi (Museo Gregoriano Etrusco del Vaticano) que representa en el frontis de su caja la muerte del mítico rey griego Enómao, en un claro estilo de imitación pergamea. De tiempos helenísticos son las ocho urnas marmóreas, halladas en Chiusi, a finales del siglo XIX, en la *Tomba degli Umrana,* conocida como *Deposito delle Monache.* Todas ellas, bellamente ornadas con bajorrelieves de temática griega, a excepción de una, contuvieron las cenizas de varios componentes de una misma familia. De las citadas urnas, algunas se hallan en paradero desconocido. Por otra parte, numerosas urnas de Perugia, también de edad helenística (G. Dareggi), contienen interesantes relieves, todos de un intenso eclecticismo, atribuible quizá al gusto de los demandantes de tales piezas.

Asimismo, los relieves presentes en algunas urnas de época arcaica (tipos *a théca* —o caja— y *a casa* —o mansión—), originarias de Chiusi, son de alto interés, con escenas en las que se figuran sacrificios y banquetes funerarios.

g) *Estelas y relieves*

Entre las estelas funerarias de arenisca, y de estructura más o menos paralelepípeda y con claros resabios iconográficos orientalizantes, sirios, dóricos y jonios, hay que destacar varias en un intento de síntesis y que estudiaron en su día A. Minto, G. Buonamici, P. J. Riis, L. Banti, M. Renard y M. Pallottino, entre otros especialistas.

Por ejemplo, la de *Avele Feluske* (TLE, 363), de Vetulonia (1,07 cm de altura), fechada en el 630 a.C., en la que aparece tal personaje como guerrero armado, con yelmo corintio crestado y escudo redondo, blandiendo un hacha de dos filos *(bipennis)*, hacha figurada más como signo de mando que como simple arma. Dicha estela (hoy en Florencia), que le había sido dedicada por *Hirumina Phersnachs*, un compañero de armas, contiene la más antigua inscripción funeraria de Etruria, y cuya fórmula onomástica está compuesta ya por cuatro elementos.

A ella le siguen en importancia la de *Avile Tite* (TLE, 386), de Volterra (66,80 cm de altura), del 530 a.C., personaje figurado con largos cabellos y armado con lanza y espada corta, y la de *Larth Tharnie* (TLE, 407), hoy en Florencia, si bien hallada en Pomarance (cerca de Volterra), obra del 550 a.C., y similar a la anterior, aunque el personaje no porta lanza, pero sí un gran cuchillo. Y, finalmente, la de *Larth Ninie* (CIE, 1), de Fiésole, del 525 a.C. (1,38 m de altura), hoy también en Florencia, en la que aparece armado de lanza y hacha.

Quizá más interesantes, por su mayor simbolismo escatológico, sean las *Estelas de Felsina*, conocidas con el nombre de *ferro di cavallo* por su especial forma, y que, derivadas de otras protofelsineas (L. Polacco, M. Zuffa), como, por ejemplo, la de San Varano, de Forli (1,50 m de altura), estuvieron de moda durante los siglos V y IV a.C. Estudiadas en un primer momento por P. Ducati, se hallan esculpidas por ambos lados con finos relieves polícromos, con escenas separadas por fajas, tres por lo general en una cara y campo único en la otra. Usualmente, aparece el difunto en su viaje al Más Allá, junto a representaciones de celtomaquias, combates funerarios, banquetes y danzas (G. Sassatelli).

Una de ellas recoge el viaje funerario en carro por partida doble: el de un varón y el de una mujer (su esposa tal vez).

Otra, además del viaje del difunto en biga, contiene la escena del amamantamiento de un niño por una loba, en clara alusión a la infancia de Ocno, el fundador de Felsina y Mantua. Una tercera (hoy en Bolonia) presenta en su registro inferior el combate de un jinete etrusco contra un gigantesco celta armado con corta espada y protegido con escudo.

Asimismo, unas pocas recogen, junto al resto de su repertorio ornamental específico, el motivo de *Áyax suicidándose*, tema en ningún caso de carácter decorativo ni metafórico, sino como testimonio de la imagen rememoradora de un antepasado del difunto a quien se le dedicó la respectiva estela.

Algunas estelas presentan, además, inscripciones, caso de la *Estela Giardini Margherita* (núm. 12), que perteneció a una mujer, de nombre *Rakvi Satlnei*, descendiente de un tal *Aivas Talmunś*, o como la de *Veluś Kaiknaś*, ambas atesoradas en el



Fragmento del *Trono de Claudio.* (Museo de Letrán, Vaticano.)

Museo Arqueológico de Bolonia (TLE, 698-699). En esta última estela se ha plasmado también el triunfo del magistrado sobre sus enemigos, unas escenas de juegos, la consagración del botín y una nave de guerra, en clara alusión a la expedición naval efectuada por tal personaje por el Adriático.

Muy admirable es también la denominada *Pietra Zannoni,* estela felsinea de arenisca, de finales del siglo VI a.C., ya citada con anterioridad, en cuyo fino relieve, dividido en cuatro fajas o registros, se insiste en el viaje del difunto en carro al Más Allá junto a otras escenas de difícil identificación.

También de origen boloñés es la recientemente descubierta *Estela Malvasi Tortorelli,* localizada en un grupo de ocho sepulturas de *fosa* y *a dolio.* En la misma, de 1,27 m de altura, de arenisca, se figuran un par de terneras rampantes afrontadas

a un «Árbol de la Vida», lo cual constituye un *unicum* del orientalizante de Bolonia. El tema, claramente conocido en la glíptica oriental y en los relieves neosirios, arribaría a Etruria a finales del siglo VIII a.C.

El tema del «Árbol de la Vida» también aparece en otras estelas, entre ellas, la conocida como *Estela de Via Tofane* (96,50 cm de altura), también de Bolonia, de cronología algo posterior y cuya factura recuerda trabajos del norte de Siria.

Puede verse, asimismo, dicho tema en una «estela de disco» (72 cm de altura), del siglo VII a.C., de Saletto di Bentivoglio (Bolonia), en la que el «Árbol» aparece entre dos cabras rampantes. El disco superior se halla ornamentado con una tosca esfinge.

De los numerosos relieves que han llegado, baste citar dos de finales del siglo VIII o principios del VII a.C. que representan a dos personajes nobles sentados (hombre y tal vez mujer), existentes en el vano de ingreso de la *Tomba delle Statue,* de la localidad de Ceri.

De sobresaliente calidad plástica es el relieve del lado anterior del llamado *Sarcófago del Sperandio* —ya citado—, labrado en Chiusi, pero localizado en un hipogeo de Perugia, que recoge una escena que admite varias interpretaciones (una razia, una migración gentilicia o el desplazamiento matrimonial de una mujer). La finura de su acabado, sus acertadas proporciones y la sabia distribución de las figuras de hombres y animales a lo largo del friso hacen de tal pieza una obra maestra.

También debe ser citada por su interés historiográfico —aunque no es obra etrusca, sino imperial del siglo I y de mediana calidad artística— la lastra fragmentaria (restan 78 cm de altura) de Caere (hoy en el Museo del Vaticano), que formaba parte del llamado *Trono de Claudio,* sobre la cual, y con la técnica del bajorrelieve, se personificaron con la identificación de sus nombres tres pueblos etruscos (los tarquinienses, representados por su héroe epónimo, Tarconte, velado como un arúspice; los vulcenses, mediante una mujer o una diosa sentada, que tiene en la mano una flor, un pájaro o quizá un huso; y los vetulonenses, con una figura viril de pie —un hombre o una divinidad marítima con un timón sobre el hombro— junto a un árbol). Tal pieza, que sin duda recogería la totalidad de los quince *populi* de la Liga etrusca de tiempo imperial, pudo servir como pedestal para una imagen de Claudio (se encontró en 1840 junto a una estatua colosal de tal emperador) o ser un altar o un trono, hipótesis esta la más aceptada.

La pintura

La pintura etrusca destaca, aunque sea obvio decirlo, por su interés artístico e histórico. Casi toda, curiosamente, es un canto a la vida, y es la única que, de hecho, nos ha llegado del mundo antiguo occidental, si la evaluamos por su cantidad. Al lado de ella, los restos de pintura griega y romana no son nada significativo.

Debemos indicar que sólo puede estudiarse a partir de la cerámica, de algunas placas de terracota y, sobre todo, de las cámaras sepulcrales. Que se sepa se han localizado unas ciento noventa tumbas con pinturas murales y otro centenar con decoración pictórica simple. Hay que señalar que muchísimas otras se han destruido o perdido para siempre debido a diferentes circunstancias. Tan sólo una mínima parte de la pintura etrusca —cuyo estado de conservación es muy diferenciado— ha sido trasladada a museos.

Por otra parte, no se puede cuantificar ni hacer evaluaciones de calidad sobre las pinturas que, sin duda, hubieron de adornar los muros de los templos, de los pala-

cios y de las mansiones de los nobles, dado que nos han llegado muy pocos elementos de las mismas.

Los numerosísimos estudios que se han efectuado de la pintura etrusca —desde los más antiguos de L. Branzani, F. Weege, F. Von Stryk y F. Poulsen, hasta los más recientes de M. Pallottino, M. Moretti, J. G. Szilágyi, S. Steingräber, R. Cristofani y M. Cristofani— han permitido conocer las técnicas empleadas, así como desentrañar gran parte de su significado, eminentemente simbólico, mitológico y escatológico-funerario.

Cromatismo y técnica

En la fabricación de los colores, los etruscos utilizaron diferentes minerales y vegetales: el blanco lo obtenían de la cal, el rojo del óxido de hierro, el azul del lapislázuli y el negro del carbón vegetal. A estos cuatro colores básicos les seguirían muy pronto el amarillo, el verde, los rosados, marrones, violetas e incluso grises. En cuanto a la ejecución de sus pinturas, se conoce el proceso del preparado de las superficies que iban a ser pintadas: alisado, enlucido y preliminares técnicos para el tratamiento del fresco. Los colores se aplicaron *(graphikós)* sobre dibujos previamente silueteados, marcados o esbozados *(skiagraphía)* y seleccionados a partir de repertorios concretos («cartones» y «modelos»), siempre de gran rigor y perfecta estructura compositiva. En caso de rectificación *(ripensamento nel disegno,* según L. Vlad Borrelli), el artista corregía líneas y colores cuanto creyese necesario. En algunas tumbas de Tarquinia *(Tomba dei Leopardi, Tomba dei Giocolieri, Tomba della Caccia e della Pesca)* son evidentes tales rectificaciones.

Los ciclos pictóricos

En la evolución pictórica etrusca pueden verse cuatro grandes ciclos que coincidieron con la marcha de su propia civilización y en cuyo desarrollo cada vez eran más acusadas las influencias griegas.

De acuerdo con M. Pallottino, los indicados ciclos corresponden a: 1) el de los *maestros primitivos* (siglo VI a.C.), con influencias de origen jonio, muy claras en algunas tumbas tarquinienses; 2) el de los *maestros del estilo severo* (siglo V a.C.), creadores en buena parte de las series pictóricas de Tarquinia y de Chiusi; 3) el de las *influencias clásicas* (siglo IV a.C.), es decir, el de la adaptación al gran arte ático, venido al parecer directamente desde Grecia, y 4) el ciclo del *helenismo* (siglos III al I a.C.), caracterizado por la aceptación de las nuevas experiencias artísticas helenísticas y romanas.

Por otro lado, es difícil señalar qué influencia tuvo la pintura etrusca sobre la romana, aunque debe suponerse que sería considerable por razones de analogía con lo ocurrido con la arquitectura y la escultura.

Dado que la pintura más significativa es la aportada por las tumbas (se tienen testimonios pictóricos de unas 190), a ellas se va a dedicar el epígrafe que sigue. Debe recordarse que tumbas con ricas decoraciones murales, que han servido para reconstruir muchísimos aspectos de la vida cotidiana de aquellas gentes, han sido descubiertas en numerosas localidades del ámbito etrusco, las cuales pueden seguirse a la vista del *Catálogo* de E. Poulsgaard Markussen, completado con abundante bibliografía *(Painted Tombs in Etruria. A Catalogue,* Roma, 1998).

Algunas de las más significativas pinturas

A los ciclos pictóricos antes indicados conviene hacerlos preceder de las pinturas realizadas durante la etapa orientalizante, cuyo ejemplo más antiguo se halla en las existentes en la última de las tumbas recientemente descubiertas (junio de 2006), localizada en Veyes (Grotta Gramiccia), y a la que se aludió en páginas anteriores.

Dicha tumba, denominada *Tomba dei Leoni Ruggenti* por su temática pictórica, consistente en cuatro leones rugientes, figurados por debajo de unas aves acuáticas, ha sido fechada por los expertos en el 690-680 a.C., lo que hace de las mismas las más antiguas pinturas etruscas conocidas hasta la fecha. La técnica pictórica que se utilizó es elemental, a base de fijar los contornos de las figuras en la pared rocosa, remarcándolos con color negro y rellenando de pintura o de trazos geométricos el interior de las mismas.

La selección de animales que componen la pintura es susceptible de poseer un significado simbólico. Los pájaros acuáticos, en su calidad de aves migratorias, pueden aludir al paso de la vida a la muerte, mientras que los leones, de agresivas fauces y alguno con cola erecta, representarían el mundo infernal, evocando los miedos a tal lugar.

La excavación de la tumba ha permitido recuperar también numerosos objetos del ajuar funerario, entre ellos, vasos de fabricación local y de importación, laminillas de oro, fíbulas de bronce decoradas con ámbar y hueso, cuentas de fayenza y los restos de un carro de dos ruedas. Todo ello evidencia el elevado rango del anónimo personaje allí inhumado.

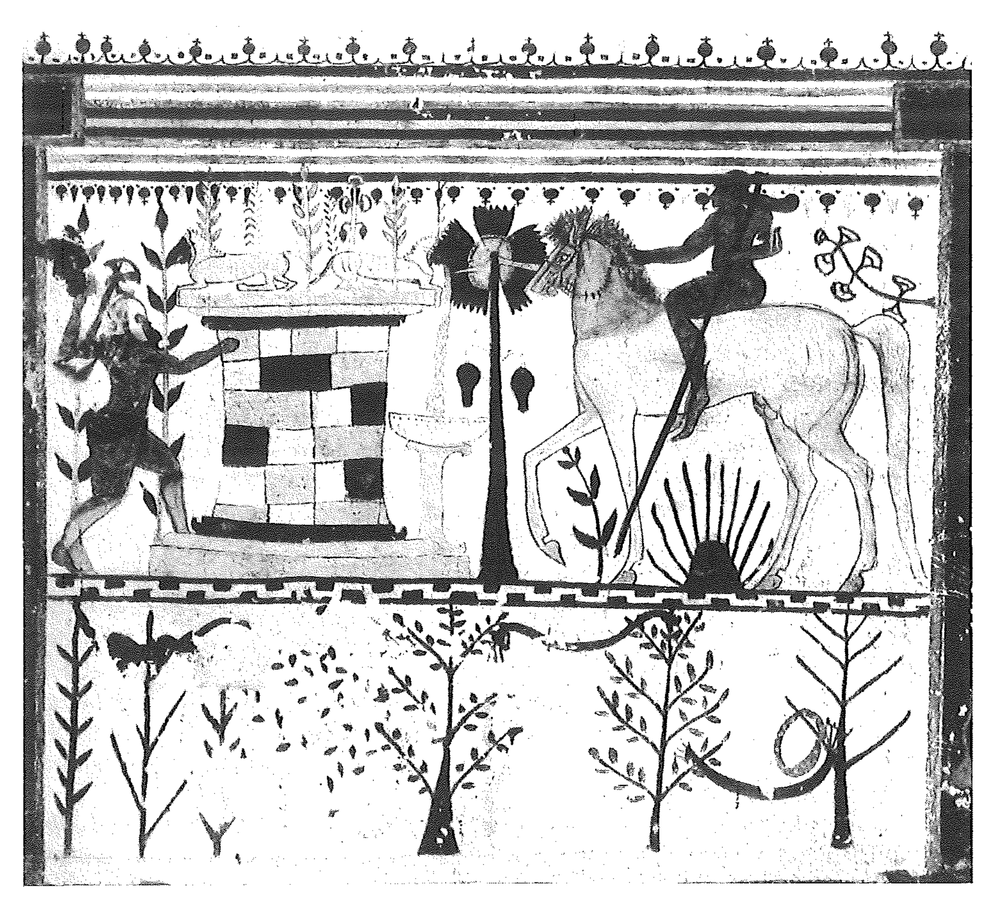
A las pinturas de esta tumba les siguen, cronológicamente, las de la *Tomba delle Anatre,* también en Veyes, que se pueden fechar un poco después, hacia el 660 a.C. Su temática, muy simple, consiste en una sencilla sucesión de cinco patos de esquemáticas líneas, resueltas con trazos muy ligeros y espontáneos de tono ocre claro.

La temática de gusto oriental todavía se hallaría presente en la *Tomba degli Animali Dipinti* y en la *Tomba dei Leoni Dipinti,* ambas en Caere: palmetas, fieras y héroes que las dominan rememoran tales gustos. La *Tomba Campana* de Veyes, del 600 a.C., con su decoración mural prácticamente desaparecida, presentaba, sin embargo, rasgos nuevos, tal vez inspirados en Creta, con figuras humanas, animales, monstruos y plantas componiendo escenas, diseñadas a modo de verdaderos tapices.

a) Ciclo de los maestros primitivos

Ya en el siglo VI a.C. la pintura etrusca adquirió su propio lenguaje estético, si bien todavía se hallaba ligada en parte a los presupuestos de la pintura vascular y de la coroplástica. Dos fueron los sectores en los que el medio pictórico fue aplicado: la decoración funeraria directa, con un gran centro en Tarquinia, y la decoración de ambientes civiles, religiosos y aun funerarios, realizadas sobre paneles de terracota *(pinakes)* que se fijaban en las paredes, técnica difundida de modo particular en Caere, a la que se sumaría Veyes en el siglo siguiente.

Tarquinia conoció por entonces uno de los períodos más florecientes de su escuela pictórica, destacando numerosas tumbas por su ornamentación, la cual supo adap-



Aquiles acechando a Troilo. Tomba dei Tori.

tarse a las formas greco-orientales. Entre las más significativas, pueden recogerse la *Tomba delle Pantere,* todavía de finales del siglo VII a.C., con pinturas esquemáticas lineales de tosca ejecución, y la *Tomba dei Tori,* ésta de mitad del siglo V a.C., quizá la más articulada arquitectónicamente y la que muestra en su estilo jónico, y con gran parquedad cromática, el tema mítico de *Aquiles acechando a Troilo* detrás de la fuente, figurado en la pared del fondo de la cámara central. Por encima de dicho tema aparecen un toro echado y otro embistiendo junto a dos escenas de alto contenido erótico.

Les siguen la *Tomba Bartoccini,* con el tema del *sympósion* en el tímpano, y la *Tomba degli Auguri,* ya de un jonismo puro, con diseño vigoroso y colorido cálido y armónico. En esta tumba, que encierra todo un mundo de creencias etruscas, se recoge la despedida del difunto, el tema de la «puerta cerrada» (¿Puerta del Más Allá?), un concurso de lucha y el tema del *Phersu.* En la *Tomba delle Leonesse,* muy ornamental, el tema del banquete aparecerá, por fin, bajo la forma que se vería luego consagrada. Notable es la pared del fondo con músicos y danzantes alrededor de una gran cratera, así como la generalidad de sus colores, todos muy vivaces. La *Tomba delle Olimpiade* es interesante por su banquete, carreras de carros y juegos atléticos.

Lo mismo cabe decir de la *Tomba della Caccia e della Pesca,* uno de los ejemplares más representativos de todo el arte figurativo mediterráneo de época arcaica, que sobresale por sus pinturas de tipo naturalista y de trazos muy libres. Sus dos cámaras recogen una gran fiesta —un banquete familiar—, en cuyo transcurso los personajes danzan y juegan entre los árboles cargados de coronas ornamentales o bien regresan de la caza o se hallan practicando la pesca.

En la *Tomba del Barone,* por otra parte, la pintura tarquiniense alcanzó su madurez de estilo, con el tema de la ofrenda de una copa a una dama (la titular de la tumba), situado en la pared del fondo. A pesar de su carácter de obra no acabada (algunas figuras son simples siluetas de rostros difuminados), su originalidad está precisamente en ello y, por supuesto, en la temática de sus caballos de fina estampa.

b) Ciclo de los maestros del estilo severo

Durante el siglo V a.C., desaparecidos los maestros jonios y sus discípulos del suelo etrusco, nuevas influencias tomaron carta de naturaleza, esta vez, con clara orientación propia del estilo severo griego. De todas las ciudades etruscas, Chiusi y Tarquinia —ésta nuevamente— conocerían una fase de gran esplendor en sus respectivas escuelas pictóricas.

En Chiusi debe reseñarse la *Tomba della Scimmia,* de planta compleja, en cuyas paredes aparece la propietaria de la misma con parasol y tocada con el *tutulus,* ante la cual se desarrollan juegos en su honor. Vemos músicos y danzantes, bufones, hombres a caballo, guerreros, pugilistas, una mona ligada a un árbol (dicho animal daría nombre a la tumba) y una carrera de bigas.

Sería Tarquinia, no obstante, la que conservaría la primacía artística, como puede verse en la *Tomba delle Bighe,* cuya cámara presenta dos frisos historiados superpuestos, en los que aparecen animados ejercicios físicos, banquetes y danzas, de gran realismo. Cuatro tumbas *(Triclinio, Letto Funebre, Scofra Nera* y *Leopardi)* serían las que acogerían los nuevos planteamientos pictóricos del nuevo ciclo, todas animadas con el consabido banquete figurado en las paredes del fondo y bailes en las laterales.

La *Tomba del Triclinio,* con sus tres *klínai* y sus respectivas parejas de comensales, destaca por los múltiples planos pictóricos posibilitados por las figuras de sus danzantes y la presencia de arbustos que separan a los personajes. Tal vez sea ésta la más famosa de las tumbas etruscas no sólo por su notable equilibrio compositivo, sino también por su diseño y por su refinado cromatismo. Las pinturas poseen una impronta estilística griega muy evidente.

La *Tomba del Letto Funebre,* de avanzado diseño, aunque de menor categoría compositiva que la anterior, sobresale, a pesar de su degradación, por su extraordinaria elegancia lineal y su cromatismo, caso del joven que domina a un caballo de carreras (pintado de azul). Su tema central es el banquete funerario, aparte de danzas, juegos deportivos, carreras de carros, todo ello en honor de dos difuntos situados sobre un gran catafalco.

La *Tomba della Scofra Nera* presenta un gran equilibrio en sus temas y en la selección de colores y tonalidades, con escorzos en muchos casos muy audaces en sus temas de banquete y caza.

La *Tomba dei Leopardi,* con el motivo central del banquete, sobresale por su vivo cromatismo, que hace olvidar los claros defectos anatómicos de muchas de sus figu-

ras (contorsiones forzadas, pies y piernas muy largos), todo ello motivado por su audacia compositiva. Uno de sus flautistas, sin duda un experto «auleta», de gran pureza de líneas e intensa expresividad, es una de las figuras más populares y difundidas de toda la pintura etrusca, como tuvimos ocasión de indicar.

A partir de la mitad del siglo V a.C. apareció un empobrecimiento de la escala cromática, atrofiándose al mismo tiempo la ornamentación, que quedó sometida a los esquemas narrativos anteriores, tal como puede verse en la *Tomba Francesca Giustiniani,* en la *Tomba della Nave* y en la *Tomba Querciola I,* todas ellas en Tarquinia. Al propio tiempo se fueron introduciendo los temas del viaje a la Ultratumba, los genios y demonios alados y diferentes símbolos ctónicos, preludio todo ello de un nuevo cambio pictórico que respondía a una nueva mentalidad.

c) Ciclo de las influencias clásicas

Durante las primeras décadas del siglo IV a.C. Tarquinia mantuvo temas y estilos del ciclo precedente. Sin embargo, en otros centros de la Etruria interior se aceptaría el gran arte ático, proveniente tanto de la península griega como de las colonias de la Magna Grecia, aceptando no sólo temas propios del helenismo clásico, sino también nuevas fórmulas pictóricas, entre ellas, la pintura de sombreado, la perspectiva y el retrato, que pondrían a disposición de una temática más amplia, etrusco-itálica.

En Tarquinia, en la necrópolis de Monterozzi, sobresalió la *Tomba del Orco I, II* y *III,* propiedad de los *Churinas* o *Murinas,* y en Volsinii —concretamente en Porano, cerca de Orvieto— las tumbas *Golini I* y *II.* En las escenas de las mismas se detecta la presencia del terrible demonio *Charu(n),* así como la de la pareja infernal *Aita* (Hades) y *Phersipnei* (Perséfone), junto al usual tema del banquete. Asimismo, hay que indicar que los personajes representados aparecen consignados con sus nombres.


Retrato de *Velia. Tomba dell'Orco I.* Tarquinia.

En la primera de las citadas, la del *Orco I,* debe destacarse la figura de la joven *Velia,* esposa de *Arnth Velcha,* que participa junto a él en el banquete. El perfil de *Velia,* cuya cabeza va tocada con una guirnalda, es de gran pureza de líneas. Su magnífico y enigmático rostro sugiere *un momento de abandono a la meditación,* como observó agudamente M. Pallottino. De interés, a pesar de su mal estado de conservación —prácticamente se ha perdido toda la escena—, es la pared en la que aparecen representados, sobre otro lecho, *Ravnthu Thefrinai* junto a su esposo, *Velthur Churina* (o *Murina),* que había sido *zilath mechl rasnal,* según los textos existentes (TLE, 87), rodeados de algunos de sus hijos.



Tomba degli Scudi. Banquete de la familia *Velcha,* Tarquinia.

En la *Golini I* (o de los *Velii)* se figura al difunto arribando al Más Allá sobre un carro tirado por caballos, lugar en el que, ante la presencia de los dioses infernales, se desarrolla un suntuoso banquete.

En la *Tomba degli Scudi,* también en Tarquinia, aparece el episodio de despedida del difunto, el cortejo y el consabido banquete, en el cual participan los miembros de la familia *Velcha,* cuyos rostros conforman una verdadera galería de retratos, todos ellos dominados por la tristeza y la meditación. El nombre de los dos personajes principales *(Larth Velcha* y su esposa *Velia Seitithi)* aparecen escritos detrás de sus cabezas con gruesas letras. El orgullo nobiliario se manifiesta también en el texto (TLE, 91) que alaba la personalidad del titular del sepulcro.

En la *Tomba del Orco II* se figura el mundo de la Ultratumba *(Nékya)* representado según la imaginería de la mitología griega: Gerión ante *Aita* y *Phersipnei,* sentados éstos en sus tronos; la «sombra» *(hinthial* o alma) del adivino Tiresias entre Áyax y Agamenón; el suplicio de Sísifo; Teseo.

Es interesante destacar la indicada escena del adivino Tiresias por lo singular de su pintura. El alma, sombra o «fantasma» del célebre adivino, ubicada entre dos héroes griegos, se halla inmersa en el paisaje de un cañaveral. La figura «vacía de rostro», identificada gracias a haber sido escrito el nombre del adivino (TLE, 88), sin duda se halla meditando acerca de la suerte de las almas, representadas curiosamente en la pintura por pequeñísimas figuras negras antropomorfas *(animulae,* en opinión de M. Torelli), las cuales, semejantes a insectos, revolotean entre las cañas, esperando, de acuerdo con la doctrina pitagórica, reencarnarse y volver a ser otra vez personas.



Las «sombras» de Tiresias y Agamenón. *Toma dell'Orco II.*

Podría también pensarse (M. Pallottino) que las esquemáticas y minúsculas figuras simbolizarían sin más las sombras de los muertos *(eidola)* evocadas por Tiresias, personaje que, a pesar de haber muerto, conservaba como privilegio el don de la profecía.

De indudable influencia griega son las pinturas que ornan la *Tomba dei Pigmei,* lamentablemente muy dañadas y sólo conservadas en parte. Se trata de escenas de un banquete y del combate entre seis pigmeos —uno sobre un caballo rojo— y cinco grullas, combate que evoca las figuraciones sobre los *vasos Cabirios* griegos.

Como se señaló con anterioridad, en el territorio chiusino (Pianacce, en Sarteano) se ha localizado recientemente la *Tomba della Quadriga Infernale,* notabilísima por sus pinturas, novedosas por su iconografía, por la riqueza y vivacidad de su colorido y por la articulación de sus cuatro campos pictóricos, algunos muy deteriorados. En ellos aparecen: una cuadriga de animales fantásticos —dos leones y dos grifos ápteros— conducida por un demonio *(¿Charu(n)?, ¿Nathum?),* a la que precede una figura alada; una pareja masculina acariciándose sobre una *klíne,* asistida por un joven portador de un *colum;* una enorme serpiente de tres cabezas, crestadas y barbudas, sobre un cuerpo en forzada espiral, de impactante vistosidad, y, finalmente, un hipocampo figurado sobre el frontón. Fechadas tales pinturas a finales del siglo IV a.C., han sido magistralmente publicadas en 2005 por su descubridora, la especialista A. Minetti.

d) Ciclo del helenismo

Coincidiendo con la conquista y sucesiva pacificación de Italia por los romanos, algunas ciudades etruscas —nuevamente Tarquinia, Caere y Vulci— conocieron un notable impulso pictórico que venía a ser suma de los planteamientos artísticos del helenismo, de Roma y también de los pueblos itálicos.

Se imitaron y asimilaron modelos clásicos tanto en lo referente a la composición de las escenas como en el tratamiento de los tipos aislados —de hecho, verdaderos retratos—, adaptándose los artistas, además, a los progresos técnicos. Sin embargo, la decoración funeraria de los hipogeos destinados a servir de tumba a varias generaciones de una misma familia fue decadente y de bajo nivel plástico. El tema dominante se centró en la suerte del hombre en el Más Allá, como puede verse en la *Tomba François* de Vulci —de la que nos ocupamos en páginas anteriores—, cuyas pinturas, del siglo III a.C., rompían con todas las tradiciones de tiempos pasados al evocar hechos históricos con personajes de la leyenda homérica y etrusca y miembros de la familia *Saties,* la titular del sepulcro.

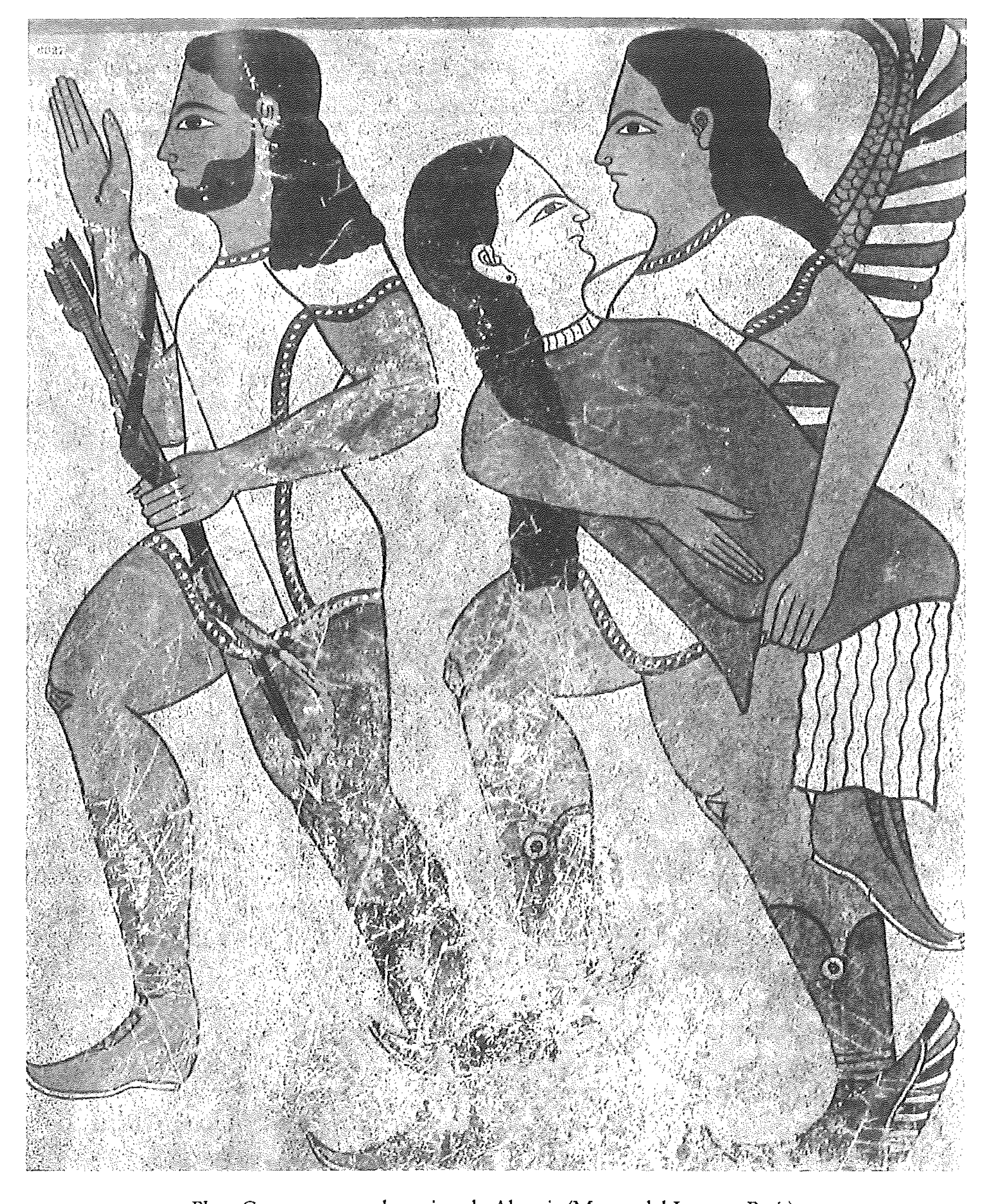
Uno de ellos, *Vel Saties,* que, coronado de laurel y vestido con la *toga picta* de tonos violáceos, se dispone, puesto en pie, a interpretar el vuelo de un ave, constituye uno de los primeros y más acabados retratos del arte etrusco. La presencia de la diosa *Vanth,* de alas desplegadas, y del demonio *Charu(n),* de azuladas carnes y armado con martillo (demonio que también sería figurado doblemente en la *Tomba Querciola II),* contribuyen a acentuar la tensión dramática de estas pinturas, hoy en Roma.

Si estas pinturas vulcenses son de un gran significado histórico por testimoniar un hecho ignorado por las fuentes escritas, para la religión etrusca tardía lo son las pinturas que adornaron un día —hoy están perdidas— la *Tomba del Cardinale* de Tarquinia. Las mismas, que serían publicadas por J. Byres en 1842, permiten adentrarse en el ambiente del alma que viaja al Más Allá, en un contexto de escenas de luchas gladiatorias y presencia de caballos, genios alados y demonios, todo ello teñido de influencias órfico-pitagóricas.

De finales del siglo II a.C. es la *Tomba del Tifone,* también de Tarquinia, propiedad que fue de la familia *Pumpu.* Su pared derecha, si bien en mal estado de conservación, aparece decorada con algunos miembros de tal linaje que son conducidos al Más Allá por demonios monstruosos. Los personajes se hallan togados y dispuestos en diferentes planos con perfiles que se superponen y líneas de vestidos que se confunden, todo ello muy próximo a algunos bajorrelieves romanos. Su pilastra central recoge a dos gigantes alados con pies anguiformes (Tifones) que sostienen la cornisa, y a una figura femenina de líneas estilizadas. Según M. Pallottino, esta tumba constituye un «documento precioso porque marca el paso entre la tradición pictórica etrusca y el arte romano».

Placas Boccanera y Campana

Además de las pinturas de las tumbas antes enumeradas, numerosas placas de terracota, imitando el género de los *pinakes leleueomenoi* o «placas blanqueadas», que, dispuestas de modo agrupado, formaban un friso, al igual que algunos sarcófagos, también fueron realzadas con motivos pictóricos de alto interés técnico y temático.



Placa Campana, con el motivo de Alcestis (Museo del Louvre, París).

De entre las «placas blanqueadas» sobresalen las conocidas como *placas Boccanera* (1,01 m de altura). Estilística y cronológicamente corresponden al primero de los ciclos pictóricos de M. Pallottino. De ellas se conservan tan sólo cinco ejemplares, hallados en la necrópolis de la Banditaccia de Caere y hoy atesorados en el British Museum. Su tipología plástica es de clara inspiración corintia y jonia, según los expertos. Además de las esfinges que se figuran en ellas, también aparecen personajes de ambos sexos en una escena que ha sido interpretada como



Lateral del *Sarcófago de las Amazonas.* Tarquinia. (Museo Arqueológico, Florencia.)

el *Juicio de Paris,* a pesar de la etrusquización del tema (Paris lleva barba, Hermes porta una rama a modo de caduceo y las diosas aparecen vestidas como nobles damas).

Muy interesantes también son las *placas Campana* (seis ejemplares de parecidas dimensiones y estilo), halladas también en Caere y hoy en el Museo del Louvre. Son de cronología un poco posterior a las anteriormente citadas y, desde luego, presentan una temática bastante enigmática. En una de ellas se ve a un hombre alado, precedido de un arquero, transportando en sus brazos a una joven envuelta en su *himátion;* en otra, a dos hombres sentados —uno anciano, con cetro— que conversan frente a frente, mientras revolotea lo que parece una minúscula sirena. De todas las interpretaciones, la más ajustada parece ser la de D. Rebuffat-Emmanuel, que ve en estas placas la *leyenda de Alcestis,* hija del rey Pelias de Yolco, y esposa de Admeto, rey de Feras (Tesalia).

Sarcófago de las Amazonas

En cuanto al *Sarcófago de las Amazonas,* citado con anterioridad, obra de la mitad del siglo VI a.C., debe decirse que es absolutamente excepcional por la calidad de sus pinturas, que recubren todos sus lados a modo de friso corrido (50 cm de altura), con un logradísimo juego de sombras y luces, colorido, fluidez del claroscuro, perspectiva, armonía y ritmo de las escenas (combates de amazonas, a pie o en cuadriga, contra griegos) de composición sencilla, pero cerrada. Aunque su repertorio pictórico está inspirado en las composiciones de amazonomaquia griega, es muy difícil identificar su prototipo exacto, al decir de los expertos.

No es descartable que sus pinturas hubiesen sido hechas por un artista griego establecido en la Italia meridional o por un discípulo etrusco. Las mismas, aplicadas sobre un fondo neutro que no llegó a finalizarse, fueron dañadas a la hora de grabar en la parte superior la correspondiente inscripción (TLE, 122) con los nombres de la difunta, *Ramtha Huzcnai,* que iba a ser enterrada en él, y de su nieto, *Larth Apaiatru, zil eteraia,* que le había facilitado tal sarcófago. La inscripción se repite dos veces de modo idéntico, una en la tapadera y otra, muy toscamente incisa, en el propio sarcófago.

Capítulo XIII

El arte etrusco práctico: los bronces

El artesanado etrusco destacó en la elaboración de utensilios de uso cotidiano. En primer lugar, hay que aludir a los objetos de bronce, altamente apreciados no sólo por los propios etruscos, sino también por los atenienses del siglo V a.C., según la apreciación de Ferécrates y de Critias, autores de aquella época, citados por Ateneo *(Dehipnosoph.,* I, 28 B, y XV, 700 C), para quienes los candelabros y los bronces etruscos llenaban las casas de sus conciudadanos.

Aquel éxito, que les había valido el título de *philótechnoi,* había tenido sus orígenes en la deposición de objetos etruscos en los santuarios griegos ya desde el siglo VIII a.C., como el trono que en Olimpia había dejado Arimnesto, sin olvidar otros elementos, asimismo broncíneos (trípodes, *thymiatéria,* fíbulas, bocados de caballo, puntas de lanza, cascos), hallados en aquella misma ciudad y también en Delfos, dejados muy probablemente como exvotos.

Los bronces de uso cotidiano

Gran calidad técnica y artística tuvieron algunos utensilios de uso cotidiano, realizados en bronce, de los que hicieron un alto consumo las clases aristocráticas y burguesas, ávidas de lujo y riqueza. Baste citar para este extremo los magníficos calderos y trípodes, los hermosos candelabros, los estilizados quemaperfumes —conocidos con el término griego de *thymiatérion*—, los prácticos braseros y carritos de incienso, sin olvidar, por supuesto, los espejos de cobre o bronce, decorados en sus dorsos con escenas en su mayoría míticas y, por lo general, de trasuntos griegos. Tampoco deben olvidarse las bellísimas cistas y sítulas ni, por supuesto, los incensarios —como los de Vetulonia—, ni un buen número de urnas cinerarias y vasos.

Todas las piezas broncíneas hablan del alto grado de preparación, gusto estético y virtuosismo de los artesanos etruscos, que podrían ejemplarizarse globalmente en la producción de Vulci (P. J. Riis).

Los calderos y trípodes

Respecto a los calderos y sus correspondientes soportes debe indicarse que eran de tipología oriental y griega, llegados directamente de Urartu, Siria, Asiria, Fenicia,

Chipre y, obviamente, de Grecia. Sin embargo, aquellas piezas se lograron imitar a la perfección en los talleres etruscos, sobre todo en los de Caere.

Al principio, los calderos del período orientalizante —sin asas— imitaron el estilo e iconografía de los bronces de Oriente. Se trata de los famosos *lébetes* (en singular, *lébes),* estudiados hace años por M. G. Marunti, consistentes en pequeñas cubas hemiesféricas, decoradas con prótomos de animales más o menos fantásticos (serpientes, sirenas, leones, grifos), que se sustentaban sobre sencillos trípodes y soportes cónicos de superficies decoradas. Buenos ejemplares son los conservados en el Museo de Villa Giulia de Roma, procedentes de la *Tomba Barberini* de Preneste.

Poco tiempo después, a los calderos se les fijó un trípode en su base, como puede verse en algunos ejemplares de Vetulonia, conservados en el Museo Arqueológico de Florencia, y en una bacineta, también de Vetulonia *(Tomba di Bes),* cuyos tres pies están decorados con jinetes sin brazos ni piernas. Interesantes son, asimismo, dos calderos del Museo de Villa Giulia de Roma, decorados uno con seis sirenas estilizadas, coronando cabezas de toros, y otro con hombres y perros.

Luego, a partir de finales del siglo VII a.C., los soportes de los calderos se hicieron independientes. De los mismos, los artesanos lograron hacer obras de arte, destacando algunos ejemplares de bronce, atesorados hoy en París, San Petersburgo, Londres y Múnich. Los tipos y decoración de los soportes de tiempos posteriores, ya de los siglos VI y V a.C., provienen, además de Vulci, de la Magna Grecia, y se hallan rematados por una corona floral. Por debajo, y a la altura de la cintra, están decorados con figurillas de animales que combaten, de prótomos de caballos, de silenos o de figuras formando composiciones mitológicas.

Los trípodes Loeb

Sin duda, los tres ejemplares más conocidos son los denominados *trípodes Loeb,* a los que ya se aludió al hablar de la vida militar etrusca. De clara influencia asiático-jonia, constituyeron una nueva forma de mueble, con pocos paralelos en Etruria y ninguno fuera de ella. Tales ejemplares, hallados en 1904 y hoy en Múnich, fueron fabricados hacia el 540-530 a.C., en algún taller de Caere, en opinión de L. Banti, aunque se encontraron en las cercanías de Perugia *(Tomba di San Valentino).*

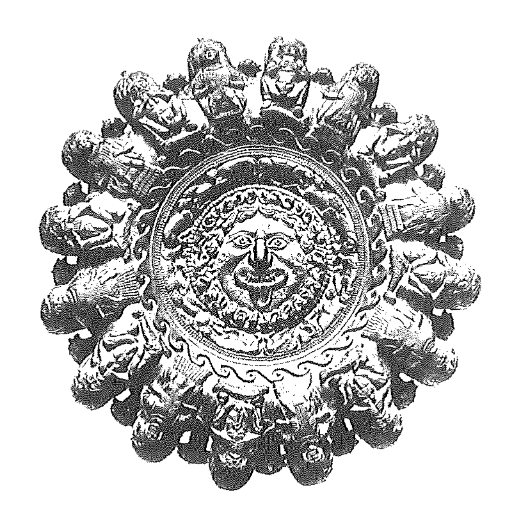
Dichos trípodes, denominados «A», «B» y «C», y que evolucionaron a partir de soportes locales autóctonos, vienen a ser altos estantes, de casi 1 m de altura, en forma de pirámide de tres caras, con placas todas decoradas. Sus lados están rematados por bordes arqueados y en sus diferentes placas de bronce se incluyeron decoraciones con motivos claramente griegos, con las historias de Perseo y la Medusa, Heracles estrangulando al león de Nemea y Peleo persiguiendo a Tetis. Tales motivos ornamentales significaron, por otra parte, el culmen de la broncística etrusca sobre placas.

Lucernarios y candelabros

Los etruscos también fabricaron en bronce un sinfín de lucernarios o candiles y candelabros de una gran calidad artística y técnica.

Sin duda alguna, el más célebre y significativo lucernario (o *lampadario,* en terminología italiana), en opinión de G. A. Mansuelli, es el hallado en una tumba de

Fratta y hoy atesorado en el Museo de la Academia Etrusca de Cortona, fechable en la mitad del siglo v a.C. De 58 cm de diámetro y 57,70 kg de peso, obra de algún taller vulcense, su centro, formado por una cavidad circular, está adornado por una Gorgona a la que rodea un friso de animales y monstruos que se atacan y destrozan. Sus 16 candilejas o picos, destinados a recibir las mechas, están realzados alternativamente con cabecitas del dios fluvial Aqueloo; por debajo aparecen silenos en cuclillas con siringas y doble flauta, sirenas con patas de pájaro en actitud de cantar, delfines deslizándose por las aguas y otros diferentes animales. No se ha descifrado todavía el significado de sus motivos, pero quizá pueda responder a algún simbolismo de tipo cosmogónico.



Lámpara de Cortona. (Museo de la Academia Etrusca, Cortona.)

Los candelabros o portacandelas, fabricados en bronce, hierro y plomo, alcanzaron un gran éxito en toda Etruria a partir del siglo VII a.C. Los formaban —según la descripción de A. Hus y el esquema de A. Testa— un fuste circular fijado sobre tres pies, coronado con una estatuilla, generalmente femenina, sobre la que se añadían tres vástagos, finalizados en dos pares de «cuernos», en forma de V, destinados a recibir las candelas o mechas. Esta tipología evolucionó con el tiempo, desarrollándose hasta un total de seis tipos (T. Dohrn). Ejemplares de todos estos tipos pueden verse en el Museo Gregoriano Etrusco del Vaticano, así como en Berlín.

A partir de la fase helenística, los candelabros se estilizaron, mostrando el fuste totalmente liso y muy delgado, de apariencia frágil y desprovisto de decoración, finalizando el mismo en una o varias estatuillas y cuatro o más vástagos para las candelas.

Quemaperfumes

Los *thymiatéria* o quemaperfumes, que estructuralmente vienen a ser idénticos a los candelabros y a los *trípodes Loeb*, se fabricaron sobre todo en el área vulcente. Los broncistas modelaron diferentes tipos (cuatro en la fase tardoarcaica, según A. Testa, y otros tantos para la helenística, según la ya antigua tipología de K. Wigand), los cuales fueron realzados con variada decoración, presente en los pies, fustes, coronamientos y platillos superiores.

Uno de los más famosos *thymiatérion* —procedente de Vulci y fechado hacia el 500 a.C.— está atesorado en el British Museum. En él destacan los leoncitos de su base y sobre todo la bailarina, de delicadas formas y elegante actitud, que sustenta el largo fuste.

Otro, de 59 cm de altura, también de un taller de Vulci, y hoy en el Museo Gregoriano Etrusco, debe ser aquí recogido por su decoración. En sus pies se hallan fi-

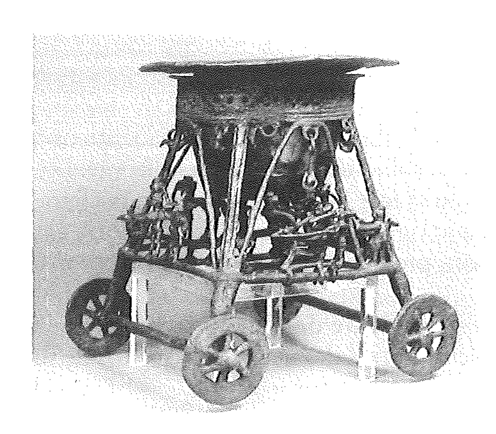
guras femeninas; su fuste arranca de una cariátide formada por un sátiro en actitud de jugar al *kóttabos.* El coronamiento se halla resuelto mediante la figurita de un niño que descansa sobre un solo pie al tiempo que juega con un perrito.

Interesantes son, también, los ejemplares atesorados en Berlín, procedentes de Vulci, que figuran a un Heracles; en Múnich, con un joven desnudo; y en Nueva York, con un Sileno. De Todi procede otro magnífico quemaperfumes, hoy en el Museo de Villa Giulia de Roma, resuelto mediante tres cavidades en la base (sin duda, *Lasas,* por estar representadas con alas) sobre las que se halla un Sileno manipulando algo sobre un recipiente; de su cabeza arranca el vástago, del que pende otra *Lasa,* elemento que finaliza en una cazoleta ornada de pájaros.

Braseros y carritos

Los braseros de bronce se difundieron en el ámbito etrusco sobre todo a partir del siglo IV a.C., sustituyendo poco a poco a los fabricados en *bucchero* y en terracota. Se trata de pequeños pilones, sostenidos por tres pies que representan grifos o bien otras figuras. A veces el reborde superior estaba rematado con diferentes figurillas, tal como puede verse en algunos ejemplares de Chiusi. Asimismo, los carritos de cuatro ruedas, elaborados también en bronce, son de gran interés. Sirvieron, a veces, de pebeteros o quemaperfumes o de soportes para tales objetos.

Uno de los más famosos carritos (hoy en el Museo de Villa Giulia de Roma) —ya comentado anteriormente— es el hallado en una tumba de fosa, del siglo VIII a.C., en Bisenzio, de tan sólo 29,50 cm de altura. Su decoración la forman una escena de agricultura, otra de caza y dos de lucha, además de dos grupos familiares, comprendiendo en ellos un hombre itifálico, armado de yelmo, escudo y lanza, y una mujer —tal vez una diosa— portando dos recipientes: una olla en la mano y una vasija sobre la cabeza. El otro grupo lo forman tres personas: un muchacho con cinturón y escudo oval y un guerrero itifálico, también con yelmo y lanza, tocando el seno a una mujer, la cual a su vez estimula sexualmente al hombre. En la compleja decoración aparecen, asimismo, diversos animales (perro, lobo, liebre, ciervo, dos cabras montesas y un jabalí).



Carrito de Bisenzio. (Museo de Villa Giulia, Roma.)

Como ha subrayado M. Menichetti, la iconografía del *carrito de Bisenzio* reúne y liga indisolublemente un ciclo vital que comprende muerte, agricultura, sexualidad, guerra y caza, emergiendo en tales valores la simbología de la naciente aristocracia etrusca.

Por su parte, M. Torelli, que ha considerado la pieza como «un incunable de la mentalidad aristocrática etrusco-itálica», estima que su decoración presenta una estructura de extraordinaria coherencia ideológica en torno a la naturaleza salvaje y al hombre, dentro de una lectura simbólica circular acerca del ciclo biótico.

A comienzos del siglo VII a.C., los carritos se decoraron con animales cuyas patas se sostenían sobre las cuatro ruedas. Encima de dichos animales se situaba el pequeño pilón en donde se quemaba el incienso o los perfumes. A partir del siglo VI a.C., a tal pilón se le hizo descansar sobre una figurilla, por lo común, de elegantes formas, caso de un ejemplar del Museo del Louvre, procedente de Vulci, con la figura de un *kouros* sosteniendo el consabido pilón.

Los espejos de bronce

Uno de los objetos etruscos, reservado al *mundus muliebrum* y conectado con su *toilette,* fue el espejo. Su estudio ha deparado numerosos y buenos trabajos, destacando el clásico de E. Gerhard *(Etruskische Spiegel)* en cinco volúmenes, publicados entre 1841 y 1862, continuado por A. Kluegmann y G. Körte (1897), magnífica publicación a la que seguirían, entre otras, las de P. Ducati, G. A. Mansuelli, J. D. Beazley, I. Mayer-Prokop, G. Matthies, D. Rebuffat y R. Bloch, además del inconcluso *Corpus Speculorum Etruscorum.*

Los espejos se fabricaron de acuerdo con tres tipos: *de caja,* constituida ésta por dos partes unidas por una charnela; *de pie,* para mantenerse encima de una mesa o soporte; y *de mango,* para el uso cotidiano. De los tres, el más corriente y el que conoció un mayor desarrollo fue el *de mango.*

Tal tipo de espejo, desde los inicios de su producción (finales del siglo VI a.C.) hasta comienzos del siglo II a.C., presentó una estructura casi constante, a base de un disco circular (de influencia egipcia y griega), plano al comienzo y luego ligeramente convexo, con una cara pulida y la otra incisa o en relieve —tipo éste muy raro— en la que se figuraron diferentes argumentos ornamentales. Una lengüeta por su base servía para poder ser fijado a un mango, que podía ser de marfil, de hueso o simplemente de madera. En el siglo III a.C., el mango —también de bronce— formaba parte directa con el disco. En este caso, el mango —de unos 12 cm de longitud— terminaba con una cabeza estilizada de animal, representando por lo común un cáprido. En el área de Preneste, los espejos adoptaron perfiles de discos piriformes.

Todas las partes de los espejos (canto, banda, medallón, cúpula, cordón, exergo y talón) solían ir más o menos decorados con temas que se ajustaban a esquemas muy parecidos y constantes: las zonas externas, con motivos vegetales, y el medallón con la escena más significativa, que comportaba entre uno y seis personajes, según A. Hus.

Se sabe que los espejos se fabricaron con moldes industriales, quizá hechos de piedra (C. Panseri, M. Leoni) o de pasta refractaria. Después de una primera colada se efectuaba una segunda destinada a facilitar el martilleado parcial y el pulimentado. Tras ello, se grababan con buril las escenas, copiándolas de modelos puestos a disposición de los artesanos. Todas estas operaciones, por razones de economía, rapidez y volumen de producción, se efectuarían en un mismo taller.

Hasta comienzos del siglo IV a.C., los espejos alcanzaron los 16 cm de diámetro. Luego se hicieron más grandes (entre 20 y 24 cm), para fabricarse, a comienzos del siglo III a.C., más convexos y más pequeños (de 10 a 12 cm). Su espesor oscilaba entre 1 y 4 mm y su peso alcanzaba los 400 g de promedio. Los hubo, sin embargo, más ligeros (unos 250 g) y también, por supuesto, más pesados (800 g).

El anverso o *recto* del espejo, destinado a reflejar el rostro de su usuaria o usuario, presentaba su superficie totalmente bruñida y sólo decorada en su periferia y en el co-



Espejo con el motivo de Eos y Céfalo. (Museo Gregoriano Etrusco, Vaticano.)

mienzo del mango con un tema fitomorfo. En el *reverso* o dorso, en donde se situaba la decoración, el medallón era el centro de interés, pues en él se figuraban las escenas, así como algunos pequeños epígrafes, indicativos de los nombres de los dioses y de los personajes que intervenían en ellas.

Las escenas recogen los más variados temas, desde trasuntos de la vida cotidiana (aseo de mujeres, banquetes, temas amorosos, deportes) hasta sencillas o complejas composiciones mitológicas que exigían —hay que suponerlo— unos más que notables conocimientos eruditos para poder comprenderlas, pues al lado de dioses más o menos conocidos aparecían otros más extraños o menos populares *(Atre, Enuna, Capne, Aratha).* G. Camporeale señala que hubo de existir una estrecha relación entre la calidad de los espejos, el sujeto argumental representado y el grado social y cultural de sus dueños.

Los temas más comunes, sin embargo, se inspiraron en la rica mitología griega, recogiéndose, entre otros temas, el juicio de Paris; la leyenda de Meleagro; el ciclo de Heracles; el nacimiento de Minerva; el asesinato de Troilo; Telefo amamantado por la bicha; el caballo de Troya; y los Dióscuros. De entre la temática típicamente etrusca sobresalieron la *leyenda de Cacu y Artile,* la de *Turan y Atunis* y la de *Aplu y Menrva.*

Ante la imposibilidad de reseñar la gran cantidad de espejos que alcanzaron categoría de verdadero arte, tan sólo se van a citar algunos de los más significativos.

De la época arcaica nos han llegado contados ejemplares y todos de desigual calidad. Entre los fechados hacia el 480 a.C., destacan dos, con relieves que fueron retocados a buril. El primero, de Vulci y hoy en el Vaticano, presenta el tema de Eos *(Thesan)* portando a Céfalo. El segundo, también quizá de Vulci y hoy en el British Museum, recoge el tema de Heracles raptando a la joven diosa llamada *Mlacuch.*

Entre los años 475 y 410 a.C. se asistió a un descenso en la calidad de los espejos, si bien algunos ejemplares —como el decorado con el tema de Heracles y Atlas, del Museo Vaticano— demuestran que la técnica se fue manteniendo a un buen nivel.

A finales del siglo V y durante todo el siglo IV a.C., se conoció una gran producción, sobresaliendo también en ella la calidad y el preciosismo decorativo. Los trazos se hicieron más libres y las composiciones más equilibradas. Se puede hablar para aquel siglo de «maestros» que, a falta de nombres, han sido denominados por el tema que trataron. Así, en primer lugar, se debe citar al *Maestro de Chalchas,* que, a comienzos del siglo IV a.C., fabricó y decoró un soberbio ejemplar (18,50 cm de altura; 14,80 cm de diámetro), todavía de *estilo severo* y algo arcaizante (ejemplar de Vulci y hoy en el Vaticano) que, aparte de la belleza de su composición, ha servido para estudiar la técnica de la aruspicina etrusca. Le siguen en importancia el *Maestro de*

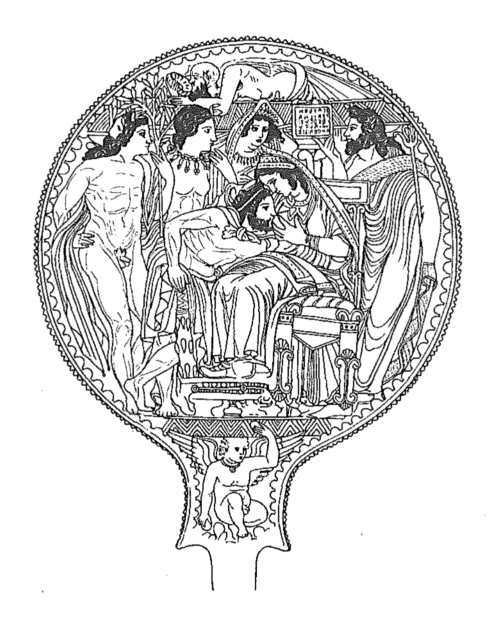
Aquiles y Pentesilea, autor de seis espejos; el *Maestro de Usil,* con tres ejemplares; el *Maestro de las Lasas* (16 espejos); el *Maestro de Helena* (13 espejos), y el *Maestro de las Figuras largas,* con 11 en su haber.

A mitad del siglo, las escenas se hicieron más abigarradas, incluyéndose también un mayor número de personajes. Entre los espejos más significativos hay que señalar uno, cuyo autor, inspirándose en un cuadro de Ctesilochos, discípulo del pintor griego Apeles, representó el nacimiento de Atenea surgiendo de la cabeza de Zeus. En la escena, toda ella ambientada con plantas, rocas, pájaros y hasta nubes, se hallan también *Thanr* y *Sethlans.* Notabilísimo por la calidad de su diseño es un espejo de Vulci, también de mitad del siglo IV a.C., que recoge los amores de *Fufluns,* que aparece totalmente desnudo, reflejando así sus formas mórbidas, y *Semla,* vestida con rico *himátion* y amplio manto y calzada con sandalias, figurados mientras se besan en el transcurso de un —gráficamente rebuscado— abrazo en presencia de *Apvlv* y un jovencito músico. Este ejemplar, estudiado por U. Fischer-Graf, se conserva en el Staatliche Museen de Berlín. Muy similar en el diseño es otro espejo, en regular estado de conservación, procedente de Castel Viscardo, pero en el que los personajes, dispuestos de idéntica forma, son *Atunis* y *Turan.* Junto a ellos están *Apvlv* y un joven alado de nombre *Tvrnv.*

Les siguen en interés un cuarto espejo, aunque ya de gusto helenizante. Se trata del mayor espejo en tamaño de los conocidos (número 176 de Gerhard), fechable en el año 300 a.C. o muy poco antes. En su decoración, asimétrica, aparecen cinco personajes, todos ellos figurados frontalmente, en torno a la Moira Átropo. Como quinto ejemplar del siglo IV a.C. destaca un espejo de Volterra, hoy en Florencia, decorado con el tema de Heracles adulto amamantado por Hera *(Uni),* diosa que aparece sentada y junto a la cual se hallan otras cuatro divinidades (tal vez Zeus, Apolo, Afrodita y Atenea). El asunto rememora la leyenda que sostenía que el héroe Heracles se haría inmortal tan sólo tras ingerir la leche de Hera.

Durante el siglo III a.C. la elaboración de espejos continuó siendo también numerosa, pero de irregular calidad, prevaleciendo en toda ella lo mediocre y anodino, dado el proceso industrial de su fabricación. Pueden aislarse, sin embargo, numerosos maestros, entre ellos, los conocidos como *Maestro del Gran Espejo de Vulci* («Espejo Durand»), hoy en París. Tal espejo contiene dos escenas sin conexión entre sí. En la parte superior del medallón aparece Heracles presentando a Zeus un niño llamado *Epur* y en la inferior un episodio de la leyenda troyana con las figuras de Helena, Agamenón, Menelao y Paris.

Al mismo siglo también pertenece un interesante espejo de Bolsena (hoy en el British Museum), en el que aparecen



Espejo con la lactancia de Heracles. Volterra. (Museo Arqueológico, Florencia.)

los hermanos Vibenna como guerreros, capturando a *Cacu,* que hace sonar su lira, y a *Artile,* que lee un díptico abierto sobre sus rodillas, temática inscrita en un fondo histórico que luego recogería Aulo Gelio, un escritor romano del siglo II de nuestra era.

Las cistas

Las *cistas* conocieron un gran desarrollo entre los siglos IV y II a.C., sobre todo en Preneste, localidad muy vinculada a Roma, pero etrusquizada, que se especializó en la fabricación de tales utensilios.

Sirvieron para guardar joyas y también pequeños objetos de tocador, y se componían de un cuerpo decorado externamente con incisiones grabadas a buril —a veces el cuerpo era calado— y sustentado por tres o cuatro pies, con forma de garras de felino, de ave o de prótomos de animales, y de una tapadera, cuya artística empuñadura consistía en una, dos o tres estatuillas figurando sátiros, ménades, guerreros o animales.

De bases ovaladas en su origen, se pasó luego a una forma totalmente cilíndrica regular y más alta. Su decoración estuvo inspirada en la gran pintura griega, conocida en Etruria a través de las cerámicas, y se adaptó, en cuanto a su composición, al marco de la cista en una escena continua y homogénea en la que se narraban los diferentes momentos de un mismo episodio, procurando que los dos más importantes quedasen en sus sectores frontales, significados por la disposición de las figurillas de las tapaderas.

a) La *Cista Ficorini*

De todas las cistas que nos han llegado, la más hermosa es, sin duda, la conocida como *Cista Ficorini* (llamada así por el nombre de su antiguo propietario), hoy atesorada en el Museo de Villa Giulia de Roma. Hallada en una tumba de Palestrina, en 1738, tiene una altura total de 77 cm y un diámetro de 38 cm. Su autor fue un broncista campano que la fabricó en Roma, según se sabe por la inscripción, en latín arcaico, en ella existente. En la base de la empuñadura de la tapa puede leerse la signatura del artista, un liberto, sin duda, de la *gens Plautia: Novios Plautios med Romai fecid* («Novio Plautio me hizo en Roma»). Dicho texto continúa con una segunda inscripción, la cual nos ha revelado el nombre de la dedicante: *Dindia Macolnia fileai dedit* («Dindia Malconia [la] dio a su hija»).

Su tema ornamental recoge una «argonáutica», similar a la ideada por el griego Kydias, y a la cual se añadieron motivos itálicos. Sus dos escenas principales corresponden, una, al castigo del gigante Amikos, hijo de Poseidón y rey de los bebryces, atado a un tronco de laurel en presencia de Atenea, tras ser derrotado por Pólux, uno de los Dióscuros, y otra, a la Fuente del agua, dispuesta a modo de gárgola en forma de cabeza de león. Junto a la fuente aparecen un Sileno y varios personajes dialogando, provistos de ánforas dispuestas a ser llenadas con el agua, y, en un segundo plano, parte de la nave Argos, de la que desciende un efebo con un vaso. Por encima de este friso central su halla una franja con palmetas, encuadradas con volutas jónicas y separadas con flores de loto. Unos lotos, que separan esfinges afrontadas, ornamentan la franja inferior del hermoso recipiente.



Cista Ficorini. Palestrina. (Museo Gregoriano Etrusco, Vaticano.)

La tapa se halla bellamente decorada con una escena incisa con cazadores míticos que persiguen a dos jabalíes y a un ciervo. Su asa está resuelta mediante tres figurillas erectas (Dioniso y dos sátiros) que se entrelazan con sus brazos.

Los estudios efectuados (importante el de T. Dohrn, entre otros) sitúan la realización de la *Cista Ficorini* entre mediados y final del siglo IV a.C. Otros estudiosos la sitúan a mitad del siglo III a.C.

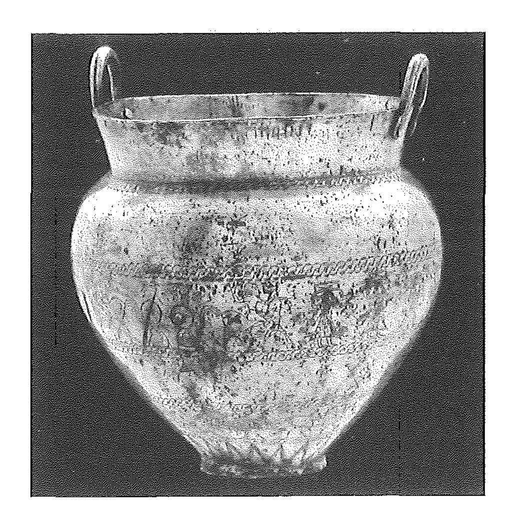
b) Otras cistas

Todavía se podrían recoger otras cistas de indudable interés e importancia. Pero baste con señalar dos más. Una, del British Museum (36 cm de altura), cuya tapadera la corona un joven Sátiro y una Ménade, casi desnudos, tendiéndose uno de sus brazos. Su friso decorativo se centra en un episodio de la leyenda de Aquiles. La otra *(cista Chrysippos),* de 63 cm de altura, hallada en Palestrina y conservada en el Museo de Villa Giulia, resuelve la empuñadura de su tapadera mediante dos amazonas llevando el cuerpo de una compañera. Por su parte, el friso del cuerpo reproduce el mito de Edipo y el jucio de Paris.

A partir del siglo III a.C. aparecieron las cistas rectangulares, de mediocre calidad. Técnicamente, eran de mucho más fácil manufactura, así como más sencillas de decorar, puesto que su armazón plana posibilitaba adecuar el tema al rectángulo de sus cuatro caras. Tuvieron pies de sostén y tapadera con asa, los elementos, quizá, más destacables en este tipo de cistas.

Las sítulas

Otros interesantes objetos broncíneos, cronológicamente anteriores, fueron las *sítulas,* cuyo desarrollo tuvo lugar primero en dos amplias zonas de Europa, en torno a Eslovenia y al Tirol, y luego en el norte de Italia, alrededor de Bolonia, según O. H. Frey.


Sítula de plata. Chiusi. (Museo Arqueológico, Florencia.)

La sítula constituye un producto típico hallstáttico que, desplazado a Italia, desde los Alpes, debido a la atracción ejercida por los centros urbanos etruscos, alcanzaría su demanda en las épocas orientalizante y arcaica. En contra de esta hipótesis se hallan E. Brizio y otros especialistas, que piensan que las sítulas fueron ingenio de una población local, en concreto, umbra.

En cuanto a su significado o finalidad, M. Hoernes, en un antiguo estudio, aparecido en 1894, pensó que se trataría de vasos que servirían para ser entregados como premio en competiciones. G. Kossack les dio un carácter

funerario, mientras que O. H. Frey apunta un interés utilitario, si bien dentro de connotaciones simbólicas, que pueden verse en la magnífica decoración con que fueron adornados tales recipientes. Sus escenas ornamentales pueden agruparse en tres grandes temas, conectados sobre todo con el mundo masculino: a) cortejos o procesiones festivas *(pompa),* asociados a veces con competiciones ecuestres y ágapes; b) juegos, sobre todo combates de boxeo, carreras de carros y de caballos y concursos musicales, y c) banquetes *(epulum)* de mayor o menor complejidad ambiental.

Los especialistas (M. V. Giuliani Pomes, entre otros) han dividido las sítulas en seis tipos, atendiendo a sus formas (troncocónicas —con diferentes variantes—; bicónicas; *stamnoides;* tipo *kálathos;* cilíndricas; y «en campana»). De ellas, las más significativas, y a las que ya se aludió en páginas anteriores, fueron la *sítula Benvenutti,* la de *la Certosa,* la de *Arnoaldi* y la *de Providence.* Por supuesto, todas ellas decoradas con los temas antes apuntados.

Urnas y vasos metálicos

La industria de urnas cinerarias metálicas estuvo muy ligada a la práctica funeraria de la incineración. Fueron el culmen y la adaptación de las fabricadas en cerámica en tiempos villanovianos. Su tipo más común fue la *urna bicónica,* sobre todo en Etruria meridional, que se elaboró con tres láminas de bronce: dos unidas por el centro de la urna con clavos de cabeza cónica y una tercera que formaba el pie. En el punto de unión de los dos troncos de cono se fijaban las asas o, en su caso, dos apéndices. En el Lacio y en el país falisco apareció la *urna de cabaña* de estructura rectangular, clara adaptación también de los modelos cerámicos locales anteriores, de plantas circulares y elipsoidales.

Una de las urnas más divulgadas ha sido la que se halló en la necrópolis de la Osteria, de Vulci, y hoy conservada en el Museo de Villa Giulia. La misma (28,50 cm de alto, 40,50 cm de largo y 35,70 cm de ancho), fabricada en bronce laminado y fundido, reproduce sin duda una vivienda regia de planta oval, de tiempos villanovianos. De su techumbre penden cadenas y pequeños anillos. Su coronamiento está resuelto a base de elementos acroteriales ornitoformes, estilizados, según la descripción de L. Ricciardi. A su claro carácter funerario se une el aspecto simbólico de la importante función social que hubo de desempeñar su anónimo propietario.

De innegable interés son, por otra parte, las urnas broncíneas en las que aparecen figurillas formando escenas y cuyo ejemplo más conocido, fechado en el siglo VIII a.C., lo constituye un *stámnos* metálico (32,50 cm de altura total) —citado varias veces— que sirvió como urna cineraria en la necrópolis de Olmo Bello en Bisenzio. Sobre su tapadera, como se indicó, se hallan ocho figurillas itifálicas (de una resta sólo su base) que efectúan un doble recorrido alrededor de un monstruoso y fantástico cuadrúpedo de extremidades palmípedas (¿un perro o un oso, en función de tótem?, ¿la figuración de la Muerte?), sentado y encadenado por el cuello y situado en el centro. Sobre los «hombros» de la urna se ven cinco guerreros desnudos, también itifálicos, tocados con un birrete plano *(pólos),* armados de lanzas, hondas, mazas, y protegidos con escudos, que realizan lo que parece una danza guerrera, y otros tres hombres con la cabeza descubierta y con las manos aparentemente ligadas. Además, existen otras dos escenas: un hombre con lanza y maza y otro que conduce un buey al posible lugar de su sacrificio (para algunos, un cam-

pesino que ara la tierra con su buey; para otros, un hombre que pica a un toro de largos cuernos).

La interpretación de esta pieza ha sido conectada, bien con ancestrales ritos encaminados a asegurar la fertilidad de la tierra, bien con ritos sangrientos que se tendrían con seres vivientes, fuese en un contexto de caza o de guerra (tapadera), fuese en un ambiente doméstico («hombros» de la urna). Tampoco se excluye una simbología de muerte y renacimiento, asociada a rituales agrarios (M. Torelli), ni tampoco a episodios conectados con la institución del colegio de los danzantes Salios, al servicio de divinidades guerreras (A. Calvetti).

En línea con este soberbio ejemplar se halla el revestimiento broncíneo con figuras de animales monstruosos y figuras humanas emplumadas hallado en Palestrina, atesorado, también, en el Museo de tal localidad. Otro personaje emplumado, similar, puede verse en el *asa de una sítula,* proveniente de Città di Castello (Perugia), del siglo VII a.C., y que se fabricaría tal vez en Vetulonia.

En el área de Chiusi, a comienzos del siglo VII a.C., sobre las urnas cinerarias de bronce se sobrepusieron *máscaras,* también del mismo metal, dotando así de personalidad a las mismas. En un principio, dichas máscaras —que intentaban perpetuar los rasgos del difunto— se colocaron sobre los rostros de los propios difuntos, pero pronto se fijaron sobre el vaso cinerario, sustituyendo a los yelmos que hasta entonces las tapaban. Los ejemplares que nos han llegado permiten seguir los progresos técnicos que se fueron logrando en tal campo. Si primero los rasgos faciales eran toscos, apenas insinuados, como puede verse en un ejemplar de Chiusi —hoy en el Museo Arqueológico de Florencia—, al final del siglo VII a.C., las mismas se modelaron ya con algo más de precisión, llegándose a hacer de bulto redondo. A mediados del siglo VI a.C., las máscaras se confeccionaron cada vez con las facciones más hieráticas e impersonales, para ir decayendo paulatinamente hasta abocar a su desaparición (M. P. Riis, M. Cristofani).

Además de constituir un estilo propio, aquella práctica de coronar las urnas con máscaras funerarias constituyó una de las primeras tentativas de antropomorfización del material funerario, según señaló A. Hus. Para un mayor realismo, a veces, a las vasijas se les añadían brazos en relieve e incluso se las colocaba sobre un pequeño trono o silla, quizá para recuperar con tal postura sedente la identidad que el difunto había perdido al ser incinerado.

En algunos puntos de la Campania, a finales del siglo VI a.C., diferentes y hermosos *dinoi* de bronce laminado, con tapaderas realzadas con estatuillas, también de bronce, pasaron a utilizarse como urnas cinerarias. Tales piezas se apoyaban en pequeños trípodes metálicos, de los que han llegado muy pocos ejemplares (uno, con garras de felino que sostiene un ejemplar broncíneo de Campania, se halla en Berlín).

Quizá el *dinos* funerario más hermoso sea uno, originario de Capua (hoy en el British Museum), en cuyo pomo se figura una ménade y un sátiro danzando y en su entorno —sobre la estrecha boca— cuatro amazonas, todo ello de excelente factura.

Los vasos broncíneos, producidos ya a partir del villanoviano, también tienen su interés. Entre los siglos VIII y comienzos del VI a.C., presentan decoraciones repujadas e incluso algunos elementos fundidos (soportes y asas). Sus formas eran típicas griegas *(lébetes, kántharoi, hydríai, ólpai, oinochóai)* y en algunos casos se fundieron de gran tamaño.

Gran personalidad alcanzaron algunos *lébetes,* debido a la decoración plástica, por lo común de lámina de bronce batida, incorporada en sus bordes, constituida en general por prótomos de fieros animales. Si en un principio fueron de procedencia

oriental y griega, pronto se elaboraron en Etruria. Han sido hallados ejemplares en muchos lugares, sobresaliendo los de la *Tomba Barberini* de Preneste, los del *Circolo dei Lebeti* de Vetulonia y los de la *Tomba Regolini-Galassi* de Caere. Particularmente divulgados son dos *lébetes* de la precitada *Tomba Barberini,* conservados en el Museo Gregoriano Etrusco, adornados ambos con varios prótomos de león.

Por otra parte, muy interesantes son, asimismo, unas jarritas de bronce laminado y asa fundida, que tuvieron una gran difusión no sólo en Etruria, sino también en Francia, Bélgica, Alemania y Cartago. Técnicamente, dichas jarritas son conocidas bajo dos denominaciones: como «tipo *schnabelkanne*», de marcado pico, y como «tipo *plumpekanne*», éstas de formas más redondeadas.

La producción de ejemplares broncíneos continuó de modo ininterrumpido hasta el siglo II a.C. En el siglo IV a.C. se fabricaron *oinochóai* en forma de cabeza humana, a las que seguirían, en el siglo siguiente, frascos de perfume, adoptando la forma de cabezas femeninas.

La variedad de piezas consignadas conoció una extraordinaria difusión y justa fama no sólo en Etruria, sino en todo el ámbito mediterráneo. Incluso un ateniense, de nombre Critias, a quien citamos al principio de este capítulo, que vivió en el siglo V a.C., no dudó en afirmar que los bronces etruscos de cualquier tipo eran los mejores de todos, sobrepasando a los griegos. Plinio el Viejo *(Nat. Hist.,* XXXIV, 16) no dudó en señalar que los bronces figurados toscanos, elaborados «sin ningún género de dudas» en Etruria, se habían difundido por todo el mundo.

Las estatuillas de bronce

Lo mismo cabe decir de las estatuillas de bronce, en cuya elaboración los estruscos fueron destacados artesanos. Desde exvotos, que los donantes depositaban en templos y santuarios, en calidad de ofrendas o regalos *(anathémata),* a colgantes —por ejemplo, el *Discóbolo* de la Pomerance Collection de Nueva York—, pasando por figuritas simplemente ornamentales u honoríficas, tanto autónomas como de conjunto, la broncística etrusca conoció una amplia tipología de temas, según han demostrado los hallazgos efectuados en el Monte Falterona (en los Apeninos, al norte de Arezzo), con más de 600 pequeños bronces, en Monte Acuto Ragazza, Brolio de Val di Chiana, Chiusi, Fonte veneziana (Arezzo) y Marzabotto, por citar algunas localidades famosas por sus pequeños bronces.

La gran cantidad de estatuillas que han llegado a nuestros días representan sobre todo a devotos y divinidades, sin olvidar un buen repertorio animalístico (grifos y cérvidos de Brolio, por ejemplo) y de héroes griegos (el *Áyax suicidándose,* de Populonia).

Las primeras experiencias plásticas de la broncística copiaron patrones peloponesíacos, según dejan ver algunos ejemplares de Vetulonia, Caere y Vulci. Luego, fueron adquiriendo personalidad poco a poco, aunque sin perder el referente helenístico, sometiéndose a estilizados cánones y adquiriendo un gran decorativismo, cuyo ejemplo podría resumirse en la estatuilla de un *lancero* del Museo Arqueológico de Perugia o en *los arúspices* del Museo de Villa Giulia de Roma.

Los excelentes estudios de A. Hus, G. Colonna, E. Richardson y M. Cristofani, entre otros muchos que también podrían aquí aportarse, permiten valorar la gran calidad de la broncística etrusca.

a) *Bronces de oferentes y donantes*

No se puede, por razones de espacio, desglosar aquí la ingente cantidad de ejemplares fundidos en bronce, pero sí hacer una sucinta selección de los mismos, a pesar de lo negativo que presenta todo tipo de reduccionismo.

Debemos comenzar por tres pequeños bronces, conservados dos en el Museo Arqueológico de Florencia y el tercero en el Museo del Louvre, figurando a *guerreros.* Uno de ellos —del depósito hallado en Brolio— va vestido sólo con perizoma, y puede ser fechado hacia el 700 a.C.; el otro, de mejor calidad, va provisto de yelmo, coraza y *cnemides* y está figurado en actitud de atacar. El del Louvre, procedente del Monte Falterona, va desnudo, pero armado con espada. Su plástica es fluida, dada la contorsión del cuerpo y la disposición de sus brazos.

Guerrero de Brolio. (Museo Arqueológico, Florencia.)

De mucha mayor belleza y logros técnicos es otra figurilla del mismo depósito del Monte Falterona, que representa a un *hoplita* (30,50 cm de altura), fundido hacia el 450 a.C., y del que se habló ya con anterioridad.

A todas estas piezas les siguen en interés otras que representan a devotos que adoptan la imagen del *kouros,* de ascendencia griega, esto es, del joven desnudo que encarna el ideal de la perfección, caso de los ejemplares de Talamone (en Florencia) o de Chiusi (en el British Museum). Lo mismo cabe decir de las figurillas femeninas *(kórai),* en las que puede seguirse la mudanza y el desarrollo de los vestidos y del peinado dentro de un ideal de belleza de tipo grequizante. Sobresalen algunas *kórai* del Museo del Louvre, así como la *Kóre* de Covignano (en Copenhague) y, sobre todo, la *Kóre de Campania,* conocida usualmente como *Afrodita de Sessa,* de 61 cm de altura y fundida hacia el 500 a.C. Tal pieza, en el British Museum, va vestida con largo *chitón* y calzada con zapatos puntiagudos y curvos, de origen oriental.

Aunque las figurillas de arúspices, vestidos con el manto de piel de animal y tocados con el típico birrete, ya se conocieron a partir del siglo VI a.C., sería después cuando alcanzarían una gran difusión. Podemos consignar, entre estos ejemplares,

el *Arúspice de la orilla izquierda del Tíber,* así llamado por ignorarse su lugar de fundición. Dentro de su tosquedad presenta un gran realismo en sus vestidos. Sabemos además el nombre de su dedicante por aparecer inscrito en la pieza (TLE, 736), un tal *Vel Sveitus,* sin duda, un arúspice. Obra del siglo IV a.C., el ejemplar está hoy en el Vaticano.

Quizá más famosas sean otras figurillas de arúspices —muy divulgadas— que, con una gran sobriedad de recursos plásticos, destacan por su alargado canon (unos 30 cm de altura). Van vestidos con el traje ritual —un manto ajustado—, tocados con bonete y con *bulla* al cuello, portando en su mano derecha una copa de sacrificio.

Al tiempo que las pequeñas figuras de guerreros iban descendiendo en producción, las de *oferentes* y *orantes* fueron en aumento, llegándose a fundir incluso algunos ejemplares de gran tamaño. A la desnudez y rigidez anatómica de los atletas —caso del *Lanzador de asta* de Chiusi, hoy en Londres, o del *Lanzador de jabalina* del Museo del Louvre, del que falta su brazo izquierdo— se contrapusieron las ricas vestiduras de importantes personajes de ambos sexos y una adecuada, aunque contenida, gesticulación expresiva.

Debemos comenzar reseñando una *oferente* (9 cm de altura), de finales del siglo VII a.C., de procedencia desconocida (hoy en Florencia), en la que destaca la solución dada a su peinado que, recogido en una larga pañoleta, le llega por la espalda prácticamente hasta los tobillos. Otra estatuilla, también una *oferente* femenina, localizada en Perugia, y hoy en Berlín, sobresale por la decoración de su vestido, por su tocado de origen jonio y por su curioso calzado oriental. Se la ha fechado alrededor del año 500 a.C.

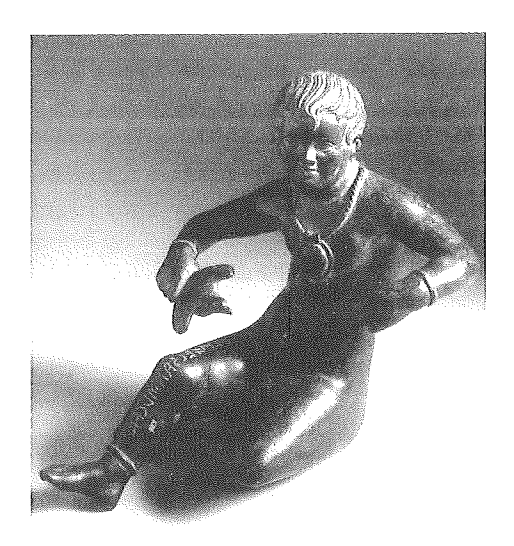
Igualmente, de notable interés son el *Oferente de Pizzirimonte* del British Museum, el *Oferente togado* de la isla de Farno (en la actualidad en Florencia), el *Oferente de Vetulonia,* asimismo en Florencia, y el *Oferente de Volterra* (57 cm de altura), conservado en el Museo Guarnacci.

Por otro lado, entre las figurillas que representan a *orantes,* tan sólo citamos la serie aparecida en Monte Acuto Ragazza (Bolonia), todas de diferentes calidades, dentro de su variedad plástica. De inspiración helenística han llegado, asimismo, muy buenos ejemplares.

Junto a todas estas piezas, también deben ser citadas algunas *máscaras de bronce,* como una de Chiusi (27 cm de altura), obra del 600 a.C., y hoy en Múnich, trabajada con la técnica del martilleado; algunos *bustos femeninos,* como uno de Vulci (34 cm), en el British Museum, y un gran número de *cabezas masculinas,* fundidas a partir del siglo IV a.C., de entre 15 y 30 cm de altura. Una de ellas, originaria de Gabii, pero conservada en el Museo del Louvre, adopta la forma de una *oinochóe.* Todas estas piezas, de clara inspiración helenística, acabarían por convertirse en verdaderos retratos, de impactante aspecto *(Cabeza de joven* de Florencia, *Cabeza-retrato* de Fiésole, en el Louvre). Uno de los bronces votivos más enigmáticos y geniales lo constituye el conocido como *Ombra della sera,* del Museo Guarnacci de Volterra, que figura a un joven totalmente desnudo, de alargadísimo y estilizado canon. Fue obra del siglo III a.C., trabajada a fusión plena.

b) *Figurillas de jóvenes*

La broncística etrusca alcanzó cotas de altísima calidad en determinadas figurillas que representaban a niñitos *(putti)* en las más variadas actitudes. De todas ellas vamos a centrarnos en tres pequeños ejemplares, sin duda exvotos, que fueron fundidos por



Fanciullo del lago Trasimeno. (Museo Gregoriano Etrusco, Vaticano.)

piezas que luego se ensamblaron. Se trata del *Fanciullo seduto* de Tarquinia, del *Fanciullo sedente* del lago Trasimeno, ambos en el Vaticano, y del *Fanciullo stante,* hallado en Montecchio, cerca de Cortona, y hoy en el Rijkmuseum de Leiden.

El citado en primer lugar (32,70 cm de altura), sentado en el suelo, sobresale por la articulación «barroca» dada a sus brazos y piernas y por el giro de su cabeza, formando un esquema compositivo cerrado. De su cuello pende una *bulla* discoidal, signo de su nacimiento como persona libre. La inscripción que presenta, incompleta (TLE, 148), en el brazo derecho —hoy en parte perdido—, alude a que la figurilla representa un don votivo, ofrecido al dios *Selvans.* Ha sido fechada a finales del siglo III a.C.

El segundo *fanciullo* (26 cm de altura), de la misma época y conocido también como *Putto Grazziani,* figura a otro niño asimismo sentado, que está jugando con una paloma. De su cuello cuelga una gran *bulla* discoidal y en sus brazos tiene sendos brazaletes. Su esquema compositivo es abierto, muy diferente al de la figurilla anterior. Una inscripción (TLE, 624), presente en su pierna derecha, señala su condición de exvoto que se dedicó, en algún santuario del lago Trasimeno, al dios *Tec(e)śanś* (identificable con el *Tecvm* del *Hígado de Piacenza).*

La última pieza, igualmente de finales del siglo III a.C. —algunos la rebajan al II a.C.—, figura a un niño de pie (32 cm de altura) jugando con una oca que tiene entre sus manos. También está desnudo, como los anteriores, y porta la consabida *bulla* discoidal colgada del cuello, además de otra suspendida en un brazalete sobre su brazo izquierdo. En su pierna derecha y en sentido vertical hay una inscripción (TLE, 652) en la que se indica que la pieza es un don votivo efectuado por una tal *Velia Fanacnei,* sin duda, la madre del niño, a *Thufltha* —divinidad citada en el antes mencionado *Hígado de Piacenza* y venerada en un santuario cercano a Cortona. Estilísticamente, esta estatuilla constituye uno de los más hermosos bronces etruscos, al tiempo que refleja una clara sensibilidad helenizante.

Bronces figurando a dioses

El proceso de antropomorfización de los dioses etruscos tuvo su reflejo en la plástica, elaborándose una iconografía de divinidades tomada de modelos orientalizantes y griegos, que se conocía por hallarse presente en los vasos cerámicos. Puede decirse que ya en el siglo VI a.C. estuvo delineado el repertorio figurativo de los dioses, según permiten conjeturar algunas imágenes presentes en las lastras del palacio de Murlo.

La primera imagen votiva de divinidad etrusca que se conoce se localizó en el santuario de Gravisca, el puerto de Tarquinia, frecuentado, como se dijo, por merca-

deres y marinos griegos. Allí se han hallado dos pequeños bronces que representan a una divinidad femenina armada, que ha sido identificada con Afrodita Enoplia.

Además, en la evolución de la plástica broncística puede observarse que los primeros seres divinos se diseñaron con un carácter belicoso muy acusado, para pasar luego, en época clásica y helenística, a una iconografía menos agresiva, conservando tan sólo las enseñas que recordaban su primitiva función, fuese o no militar.

Muchos y muy buenos son los pequeños bronces de divinidades que nos han llegado, y que, lamentablemente, no podemos reseñar en su totalidad.

De *Tinia,* el dios supremo entre los etruscos, según Aulo Caecina (referencia en Séneca, *Nat. Quaest.,* 2, 45), se conocen magníficos ejemplares, destacando los existentes en Baltimore (23 cm de altura) y en Malibu (Paul Getty Museum), ambos del siglo V a.C.

Del dios *Laran,* el titular de la guerra, hay que citar un ejemplar muy divulgado, pero de ignorada procedencia (hoy en Florencia), de refinada factura. Obra del siglo V a.C., aparece figurado como un hoplita.

Entre las figurillas de *Menrva,* diosa asimilable a la Atenea Prómachos griega y con claras atribuciones guerreras, sobresalen cuatro, todas en actitud combatiente. Se conservan en Viena, Módena, París y Roma. Los cuatro ejemplares la presentan con el brazo derecho alzado, cubierta con yelmo y protegida con coraza. La de Roma es de singular belleza plástica.

De la diosa *Uni,* titular del culto en Pyrgi y en Gravisca, y que hubo de funcionar como una especie de Gran diosa madre, aunque se la asimiló a la fenicia Astarté y a la Juno griega, se conocen pocos ejemplares. Uno de ellos, en Florencia, identificado con Juno Sospita, es muy interesante: la diosa va armada (hoy no conserva ni lanza ni brazo derecho) y está imaginada en el momento de avanzar velozmente contra un adversario.

Hercle, cuyo nombre etrusco recuerda su clara procedencia griega (Heracles), también sirvió como figura votiva. Los broncistas lo representaron primero como un héroe-cazador y héroe-combatiente, para finalizar figurándolo en reposo, incluso en actitud pensativa. De todos los ejemplares que conocemos, interesa reseñar uno del siglo III a.C. (de 28 cm de altura), originario de Poggio Castiglione (Massa Marittima) y hoy en Florencia, destacable por sus claras influencias praxitelianas.

Es, asimismo, altamente interesante un ejemplar de *Vanth,* la diosa alada de la Ultratumba, paredra femenina de



Estatua de *Menrva.* Vulci. (Museo Estense, Módena.)

Charu(n). Tal bronce, de procedencia desconocida, guardado en Londres, es obra del siglo V a.C. De rostro severo, con los cabellos sueltos, la diosa aparece vestida con un largo peplo y porta dos serpientes enroscadas en sus brazos.

Otros bronces figurando a dioses presentan igualmente un más que notable interés, caso de un barbudo *Fufluns,* dios agrario, asimilado al Dioniso griego, fundido en el año 480 a.C., hoy en Módena, aunque lamentablemente mutilado; de varios *Aplu* (Apolo) —uno en París, con inscripción (TLE, 737), conocido como *Apolo di Ferrara*— y también de *Turms,* identificado éste con el Hermes griego, y del que se conservan dos ejemplares, uno en el Ashmolean Museum de Oxford y otro en el Museo del Louvre.

Muy sugestivos son dos ejemplares que representan a *Culśanś* (el Jano latino) y a *Selvans,* el titular de los bosques. Ambos bronces proceden de Cortona y tienen igual altura (30 cm) y parecida técnica, aparte de estar los dos totalmente desnudos, pero portando torques en el cuello y calzando altas botas *(endromídes). Culśanś* tiene doble rostro y corona su cabeza con un bonete; *Selvans* va tocado con la piel de la cabeza de un felino. Ambas estatuillas presentan inscripciones a la altura del muslo derecho alusivas a su carácter de exvotos (TLE, 640 y 641). Su donante fue una tal *Velia Cvinti.*

Capítulo XIV

El arte etrusco práctico: orfebrería, marfiles y cerámica

Diferentes ciudades etruscas destacaron no sólo en la producción de bronces, sino también en la elaboración de impresionantes joyas y trabajos eborarios, solicitados por las clases aristocráticas, así como en la cerámica, conociendo ésta un amplio desarrollo que fue exigido por la gran demanda de la misma, fabricada en numerosos alfares. En algunos de ellos —y excepcionalmente—, sus artesanos no dudaron en consignar su propio nombre sobre sus producciones, como el temprano caso del ceramista *Larice Crepu* (CIE, 10486), activo en el territorio caeretano a mitad del siglo VI a.C.

Ni que decir tiene que siguió siendo Grecia la que facilitó numerosos modelos de aquellos productos que luego fueron modificados con el lenguaje propio etrusco, lo que les valdría su específica originalidad.

La orificería conoció el impacto de lo orientalizante, plasmándose en sus bellos objetos a un tiempo las técnicas y los esquemas ornamentales tanto geométricos como zoomorfos, hasta obtener piezas de verdadero preciosismo, atesoradas en las tumbas principescas, y que en vida habían servido a sus propietarios para definirlos socialmente. Lo mismo cabe decir de las manufacturas marfileñas, así como del trabajo con el ámbar y con la pasta vítrea, a los que se añadiría pronto la *fayenza,* cuya circulación quedaba restringida a las clases selectas.

A la cerámica tradicional, trabajada con la técnica del *impasto* y decoración geométrica, pronto se sobrepondrían las experiencias de las formas griegas, sobre todo las de tradición euboico-cicládica, transmitidas a través de las colonias de la Magna Grecia.

Luego, en concomitancia con el fenómeno urbano, el arte práctico continuaría evolucionando, pero con el reflejo de una evidente disminución de los bienes de lujo (joyas y marfiles), compensado tan sólo con un claro aumento de la producción vascular, que llegaría a distribuirse por todo el Mediterráneo.

La orfebrería

En el marco del arte etrusco y también en el de su civilización, la orfebrería alcanzó una gran importancia, girando la misma siempre en torno al ámbito familiar y, sobre todo, individual.

Las joyas etruscas, el más inmediato indicador del estatus social de quien las portaba —y a las que ya se aludió al hablar de la vida cotidiana—, además de testimoniar la riqueza personal, y la alta calidad técnica de sus orfebres, reafirman el grado de lujo al que había llegado aquella sociedad.

Como señaló Fr. W. von Hase, el arte de la orificería tuvo su inicio en Etruria en *la mitad del siglo* VIII *a.C., momento en que las clases aristocráticas sintieron* la necesidad de resaltar su supremacía mediante la exhibición de su riqueza. Para ello no dudaron en acopiar joyas procedentes tanto de artesanos extranjeros como etruscos, los cuales se habían hecho rápidamente con los secretos de su elaboración.

Muy pronto, a la técnica del *laminado* se le añadió, ya en el período orientalizante, la del *granulado,* obteniéndose incluso en algunos casos gránulos verdaderamente microscópicos (técnica del *pulviscolo),* de apenas 0,14 mm de diámetro, y que los orfebres fueron capaces de soldar en sus correspondientes láminas sin que se fundieran éstas. Gracias a los estudios de G. Piccardi, de S. Bordi y de F. Chlebecek, entre otros especialistas, hoy se han podido conocer las variadas técnicas de que se valieron los plateros etruscos y que no dejan de admirar.

Las fíbulas

Las primeras piezas consistían en sencillos pendientes y pectorales de lámina de oro, trabajada ésta mediante martilleado, localizados todos en el área de Veyes (necrópolis de Quattro Fontanili), ejemplares que reflejaban inequívocas influencias rodias.

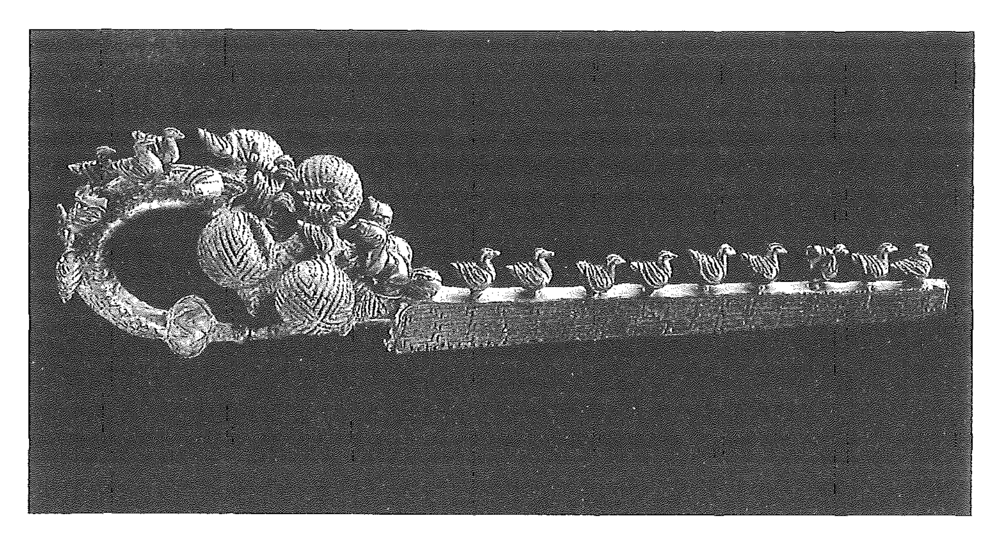
De Vetulonia, Caere, Vulci, Veyes, Tarquinia, Preneste, Marsiliana d'Albegna y otros numerosos lugares proceden, asimismo, cuantiosas y exquisitas joyas, decoradas con infinidad de motivos geométricos y zoomorfos estilizados, todas ellas de extraordinaria calidad.

Muy larga podría ser la relación de las mismas, pero a efectos de brevedad pueden ser recordadas, por ejemplo, algunas *fíbulas* del tipo denominado *dragón.* Una es la conocida como *Fíbula Corsini* (15,5 cm de longitud), proveniente de una tumba de Marsiliana d'Albegna —hoy conservada en Florencia—, pero hecha hacia el 650 a.C. en Caere. Fue trabajada en plata y revestida con lámina de oro, con granulado, y embellecida con dos leones y numerosos patos. La otra (19 cm de longitud) fue descubierta en la necrópolis de Ponte Sodo (Vulci); es también de notable calidad, labrada con abundante granulado y ornada con parejas de leoncitos con la cabeza vuelta. Puede admirarse en el British Museum.

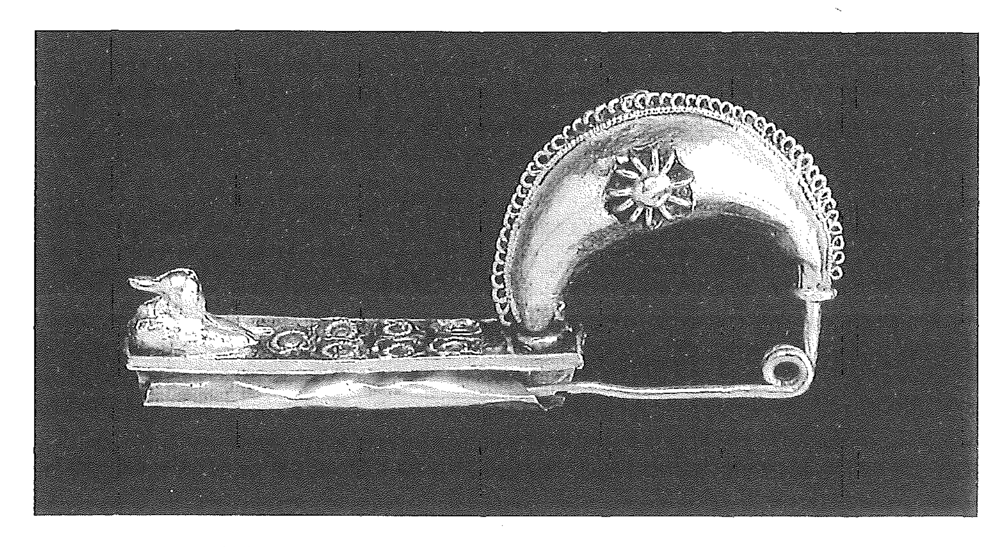
De Castelluccio di Pienza procede otra notabilísima fíbula de oro, del siglo VII a.C., decorada con granulación —a la que ya se aludió—, que presenta texto aplicado también con gránulos de oro. Este ejemplar se halla atesorado en el Museo del Louvre.

Al parecer, asimismo de Vulci es la *fíbula áurea* (8,50 cm de longitud) del siglo VI a.C. (hoy en Schaffhausen, Suiza), decorada con elementos del mito de Belerofonte, entre los que pueden verse la Quimera y dos caballos Pegasos, así como tres amazonas en la extremidad de tan magnífica pieza.

Interesantes son, desde luego, las diferentes fíbulas que se localizaron en la *Tomba del Littore* de Vetulonia, sobre todo una con «arco configurado», decorada con una es-



Fíbula de dragón, conocida como *Fíbula Corsini.* (Museo Arqueológico, Florencia.)

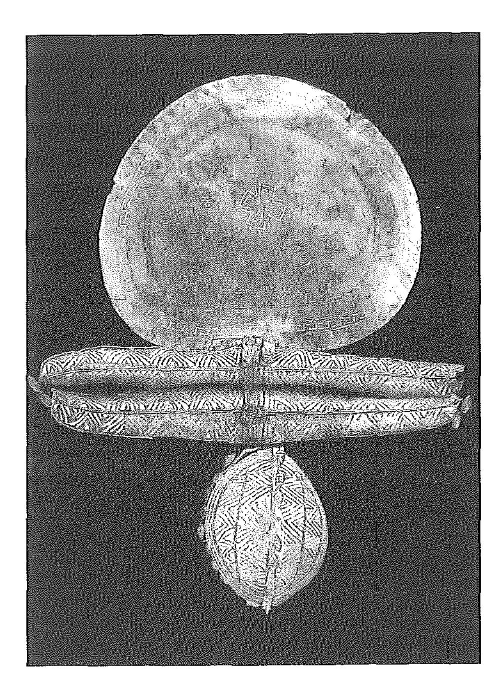


Fíbula tipo sanguijuela. (Museo Arqueológico, Chianciano Terme.)

finge y otros animales fantásticos, o las fíbulas tipo *sanguijuela,* de Vulci, y las del tipo *naveta,* de Poggio Gallinaro (Tarquinia).

Broches, brazaletes y collares

En cuanto a los broches, sobresale por su importancia el de la *Tomba Regolini-Galassi* de Caere (32 cm de longitud), que perteneció a una mujer llamada *Larthia,* trabajado hacia el 650 a.C., y hoy en el Museo Gregoriano Etrusco del Vaticano. Su disco superior, de línea ovalada, está decorado con cinco leones en relieve dentro de



Broche de Vulci. (Staatliche Antikensammlungen, Múnich.)

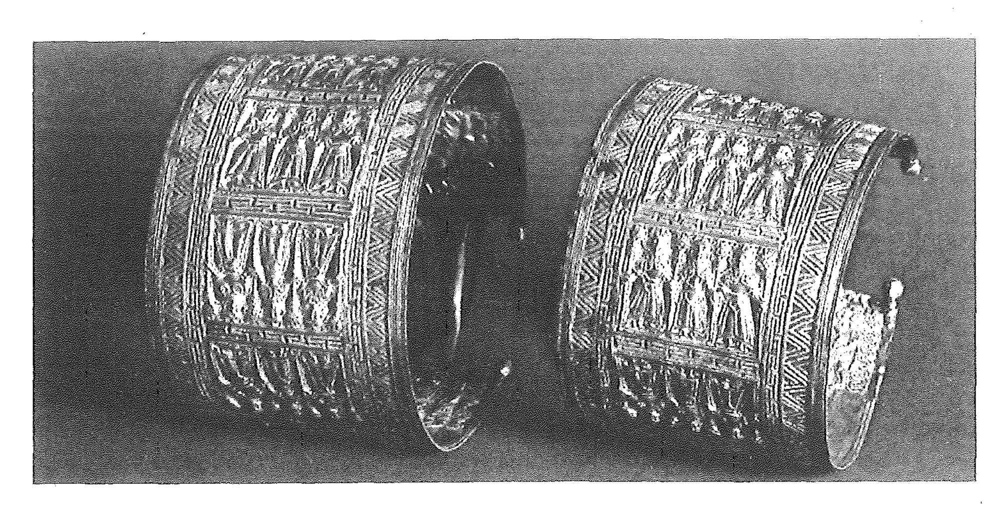
una doble orla floral; su colgante inferior lo está con hileras de pequeños leones y grifos de bulto redondo. Su estructura y temática decorativa son de clara inspiración oriental.

Le sigue en interés el *broche de Vulci* (19,20 cm de longitud), hoy en Múnich, de la misma época, también de oro, realzado con granulación y adornado con incisiones de pájaros, leones y guerreros, así como con una cruz.

Asimismo, de gran virtuosismo técnico es el *broche de oro,* hallado en la *Tomba Bernardini* de Preneste (hoy en el Museo de Villa Giulia) y que fue componente de un ancho cinturón o quizá pectoral actualmente perdido. Tal pieza, que se elaboró en Caere, está realzada con figurillas en relieve de numerosos leones, sirenas, caballos y quimeras. En esta misma tumba aparecieron otros broches, uno —soberbio— decorado con granulación y 130 figurillas de quimeras agachadas, leones alados y esfinges, y que se atesora en el precitado Museo de Roma.

Un magnífico *brazalete* (25 cm de diámetro), con temas del repertorio fenicio o sirio, a base de figuritas femeninas y con los consabidos gránulos, apareció en la riquísima *Tomba Regolini-Galassi.* Hoy se atesora en el Museo Gregoriano Etrusco del Vaticano.

Entre las *pulseras,* por otra parte, pueden ser recordadas dos de las que se localizaron en la Banditella (una de las necrópolis de Marsiliana d'Albegna), o las de Vetulonia



Brazaletes de oro. *Tomba Regolini-Galassi.* (Museo Gregoriano Etrusco, Vaticano.)

(éstas de 17 cm de longitud), con decoraciones de troquelado, consistentes en rostros femeninos y motivos florales y zoomorfos. Todas estas pulseras se hallan en Florencia.

Entre los *collares* de oro hay que hacer alusión al de la *Tomba del Littore*, formado por 125 granos de lámina de tal metal (Museo de Florencia), y al gran collar de la Maremma toscana, de cuya cadena, a base de mallas de hilos de oro, penden colgantes troquelados figurando cabecitas del dios Aqueloo, arpías con las alas extendidas, flores de loto y engastes de forma oval. En cuatro de ellos aún se conservan tres ónices y un ámbar. Esta impresionante pieza, de 28 cm de longitud, se atesora en el British Museum.

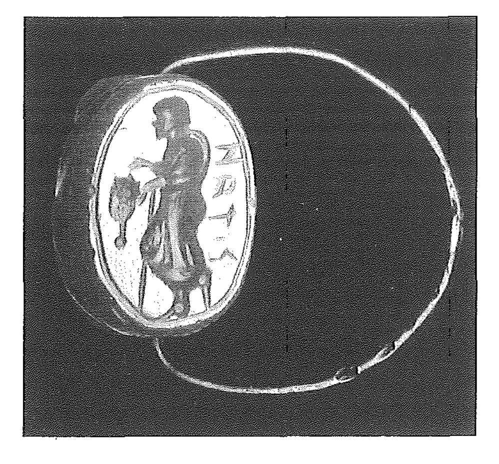
Pendientes, anillos y gemas

De la gran variedad de *pendientes* que han facilitado las tumbas hay que aludir a los ejemplares de la *Tomba dei Flabelli*, de Populonia, de oro laminado y bellísimas filigranas, y al juego (1,6 cm de altura), hallado en Vulci y hoy en Hamburgo, en forma de estuche con motivos florales, así como a los cuatro pendientes de disco, del British Museum, fechables en el siglo VI a.C., con diámetros de entre 2,8 y 6 cm, a base de rosáceas, pétalos de rosa y exuberante riqueza de granulado.

Respecto a los *anillos* debe indicarse su gran calidad y su variadísimo repertorio artístico, presente en sus engastes o en sus sellos, caso, por citar uno solo, del proveniente de Populonia (hoy en Florencia), en cuya mandorla aparece un guerrero despidiéndose de su mujer.

Sobresalen, por su interés, los que presentan escarabeo incorporado, que inspirarían, tal vez, la realización de magníficas gemas (W. Martini), a partir, sobre todo, del siglo IV a.C. Las mismas están constituidas por piedras semipreciosas (cornalina, ágata, sardónice, ámbar, ónice) de origen egipcio, sirio o fenicio, factibles de ser evaluadas estilísticamente en varias fases cronológicas que alcanzaron el siglo II a.C. (F. W. von Bissing, G. Hölbl).

Muchas de tales piedras a veces están realzadas con motivos ornamentales de tema guerrero o bien con figuras aisladas de héroes griegos, caso de Heracles (muy representado) en sus «trabajos» o en lucha contra Aqueloo o Anteo. También se tallaron gemas con divinidades del panteón etrusco (sobre todo *Menrva)*, con composiciones rituales (sardónice de Boston con la figura de *Tages;* escarabeo de Berlín en corniola con un arúspice) o escenas, como la existente en el más famoso escarabeo etrusco, conocido como *Gemma von Stoch,* de cornalina, del siglo V a.C. (de tan sólo 1,62 × 1,27 × 0,23 cm), localizado en Perugia, pero atesorado hoy en Múnich. En tal piedra se figuran cinco personajes, individualizados con sus nombres, escuchando al oráculo que predice la muerte de Anfiarao.



Escarabeo de cornalina con un arúspice. (Staatliche Museen, Berlín.)

Debemos hacer referencia también a la excelente gema del Museo Arqueológico de Florencia, de finales del siglo IV a.C., labrada en ágata, con la inscripción de *Appius alce,* que ya comentamos con anterioridad. La escena tallada en la misma recoge el transporte de los escudos sagrados *(arma ancilia per urbem ferre).* M. Torelli ha apuntado la hipótesis de que tal joya sería el don de un latino a un etrusco. En cuanto al texto, tal etruscólogo lo conecta con el famoso Apio Claudio, el Ciego.

Muchas de aquellas gemas, por ahora unas 130 con nombres incisos, enumerados por H. Rix, tuvieron, sin duda, un claro valor de referencia genealógica, apropiada al estatus ideológico de los nobles *(aristoi).*

Por otra parte, debe ser mencionado, asimismo, el riquísimo conjunto de joyas de oro descubierto en una tumba de Vulci, formado por dos pendientes de disco, un collar del que penden engastes con piedras de variada calidad, un alfiler de cabeza, tres fíbulas *de arco* y tres anillos, todo ello conservado en el Metropolitan Museum de Nueva York.

Las copas

De una tumba *de cámara* de Preneste proviene una *copa de oro* (hoy en el Victoria and Albert Museum de Londres), de 7,40 cm de altura y 10,80 cm de diámetro, constituida por dos láminas, una interna, lisa, y otra externa, cuya superficie aparece decorada con 23 bullones y unos 137.000 gránulos o bolitas de oro, formando los mismos hermosos motivos geométricos y redes vegetales entrelazadas. Fechada en el siglo VII a.C., su decoración la reivindica como obra etrusca y no de origen foráneo, a pesar de recordar prototipos orientales (de Nimrud y de Chipre).

Por la sencillez de sus líneas debe recordarse una *kotýle* de oro, de idéntica fecha, de la *Tomba Bernardini,* guardada hoy en el Museo de Villa Giulia. Esfinges estilizadas, propias de la mitología griega, decoran las dos asas de esta delicada copa. Otra *kotýle,* pero de plata dorada, de Pontecagnano, de la que sólo se conserva un asa, presenta como única ornamentación en su borde una falsa inscripción jeroglífica. La pieza se ha adscrito a un orfebre activo en la costa sirio-palestina hacia finales del siglo VII a.C.

No tan espectacular, pero sí sobresaliente por su elegante tracería decorativa, es otra copa de plata, adornada con flores de acanto y una rosa central de ocho pétalos con un granate como botón, que puede admirarse en el Museo Arqueológico de Nápoles.

También hay que recordar la denominada *sítula de Plikaśna* (13,80 cm de altura), hoy en Florencia. Trabajada en plata dorada por un artesano oriental, emigrado a Caere hacia mitad del siglo VII a.C., se halla decorada con figuras de hoplitas y de animales.

Nuevas técnicas

A partir del siglo VI a.C., la decoración del granulado se invierte. Pasaría a formar parte de los fondos, dejando las figuras sin cubrir, obteniéndose con ello efectos incluso «pictóricos». Este *estilo tapizado* a base de gránulos fue, sin duda, creación etrusca.

Los etruscos también trabajaron la *filigrana* (estudios de E. Formigli), técnica aplicada especialmente en collares, *bullae*, fíbulas y brazaletes, joyas siempre fabricadas en oro, metal al que se podía asociar ámbar, ágatas, cristal de roca y otros tipos de piedras preciosas.

Los motivos decorativos de las joyas presentan un extensísimo repertorio, sobresaliendo —como se ha visto— la animalística, temática que copiaba prototipos orientales, tanto de carácter exótico (arpías, esfinges, pegasos, sirenas, quimeras, hipoglifos) como natural (ciervos, leones, panteras, toros, serpientes), seguida por la representación humana (sola o en composiciones) y la del mundo divino (colgante con la figura del dios fluvial Aqueloo, del Museo del Louvre). Por supuesto, los temas florales y geométricos, con sus infinitas combinaciones, continuaron con su adecuado tratamiento, no faltando nunca como motivo ornamental en numerosísimas joyas, caso de la guirnalda-diadema de oro de Vulci (22 cm de longitud), del siglo III a.C., que imita frágiles hojas de encina.

Los marfiles

Otra importante manifestación artística, que por la novedad del material empleado y por la belleza de los motivos decorativos alcanzó un gran éxito en Etruria, fue la labra del marfil. Su apogeo se alcanzó en la época orientalizante, para decaer a comienzos del siglo IV a.C.

Si en un principio las piezas marfileñas se importaron de Siria, Fenicia y Chipre para abastecer a élites de notables posibilidades económicas, luego, con la llegada a Etruria de marfil asiático y africano y con la presencia de eborarios orientales en suelo etrusco, se pudieron instalar talleres locales que produjeron algunas piezas de muy notable preciosismo. Por su parte, los artesanos etruscos, una vez dominada la técnica, lograron efectuar muy buenas imitaciones.

Los mejores ejemplares marfileños se han localizado, sobre todo, en las grandes tumbas de Marsiliana d'Albegna, Caere, Chiusi, Populonia y Preneste. Consisten en pequeñas plaquitas que se emplearon como revestimiento ornamental de cofrecillos, *pyxides*, copas, mangos para espejos de bronce y apliques para diversos muebles, sin olvidar los lechos funerarios. Asimismo, en marfil, y también en hueso, se fabricaron infinidad de objetos: agujas, bastoncillos, pequeños discos, tapaderas, pinzas, peines, cucharillas, tubos cilíndricos para flautas, pendientes, anillos y, por supuesto, dados para jugar. Asociado al ámbar, al oro y a la plata, el empleo del marfil sirvió para realzar la calidad de las piezas, todas ellas demandadas por la aristocracia.

Su temática —claramente oriental, protocorintia y corintia en un primer momento— se centró, al igual que hemos visto en las joyas, en la animalística, tanto real como fantástica, en la figura humana, toda ella de pequeñas proporciones (7 a 8 cm de altura), bien de bulto redondo, bien relivaria, y en la ornamental, con numerosos motivos florales. Los eborarios etruscos admitieron el principio oriental de la repartición de los temas en registros o fajas, separadas por delgadas bandas florales estilizadas o geométricas. En la mayoría de los casos, las piezas fueron realzadas con policromía. De hecho, se ha sugerido que a partir de los excelentes trabajos en marfil hubo de nacer la gran plástica etrusca de terracota y de piedra.

Diferentes estudios, tanto de conjunto (Y. Huls, W. L. Brown) como específicos (M. R. Rebuffat, M. M. Benzi, M. Cristofani, F. Nicosia, M. E. Aubet), permiten conocer este apartado del arte etrusco.

Algunas piezas significativas

Junto a magníficos ejemplares, tal vez importados —caso de las plaquitas de la *Tomba Bernardini*, la *pyxís* de la *Tomba Regolini-Galassi* y algunas piezas de Marsiliana d'Albegna (un peine de tipo ritual, decorado en bajorrelieve con esfinges aladas y leones, una *pyxís* y una estatuilla femenina desnuda, entre ellas)—, pueden significarse algunas excelentes obras de fabricación local, como los famosos *antebrazos* de la *Tomba Barberini* (hoy en el Museo de Villa Giulia de Roma), decorados en sus franjas con elementos geométricos y zoomorfos muy variados. La función de tales objetos —de unos 30 cm de altura— es todavía discutida, creyéndose que hubieron de funcionar como mangos de abanico (Y. Huls). De fabricación asimismo local son unas hermosas *copas con cariátides* (algunas en el Museo de Villa Giulia) y la *Pyxís Tyszkiewicz* del Kunsthistorisches Museum de Viena.

En el siglo VII a.C. se labraron tres magníficas *pyxides* en un taller chiusino. Una de ellas, proveniente de Fonte Rotella (hoy en el Museo del Louvre), constituye una simple sección de colmillo de elefante, decorado con motivos zoomorfos y esfinges en sus dos franjas ornamentales, de clara inspiración jonia.

Las otras dos, también de influencia jonia, fueron halladas en la *Tomba della Pania*. La más conocida y divulgada (19 cm de altura), hoy en el Museo Arqueológico de Florencia —y a la que ya se aludió—, se halla decorada con cuatro registros separados por estrechas bandas fitomorfas. En el primero de la parte superior aparecen parte de una esfinge, un monstruo serpentiforme con tres cabezas, una nave con timonel, dos guerreros y tres carneros con figuras humanas bajo el vientre; tras un vacío puede verse otro carnero y un cuadrúpedo. Estas imágenes aluden muy claramente a dos escenas de la *Odisea* (el ecuentro de Ulises con el monstruo Escila y la huida del héroe del antro del Cíclope). En el segundo registro se figura la partida de un guerrero sobre su carro y una escena de ceremonia fúnebre con un *chorós* de plañideras en medio de danzas rituales. En los otros dos registros, un caballero con dos centauros y animales reales y fantásticos. El conjunto decorativo, de muy fina ejecución, estudiado, entre otros, por M. Cristofani, tal vez aluda al viaje de un difunto a la Ultratumba o a alguna escena de tipo iniciático.



Pyxís de la *Tomba della Pania*. (Museo Arqueológico, Florencia.)

Al siglo VII a.C. pertenecen también algunos *plectros* (10 cm de altura de promedio), elaborados con marfil y revestidos en ocasiones de lámina de oro, como el hallado en el túmulo de Monte-

tosto (Caere). Conectados tales objetos con la aristocracia, testimonian el gusto por la música, presente en muchas de las actividades y manifestaciones de la vida etrusca.

En una tumba *(thólos)* de Montefortini, en Comeana di Camignano, explorada entre 1966 y 1987, fue localizado un espléndido lote de piezas marfileñas, datadas en el 640-630 a.C. (F. Nicosia), atesorado en el Museo Arqueológico de Florencia. Lo novedoso de las piezas es su variada decoración en la serie de mitos griegos recogidos, entre ellos, la saga de Heracles o de Equidna, engendro con cuerpo de mujer y cola de serpiente, madre de numerosos hijos monstruosos, entre ellos, Ortro, el perro de Gerión, Cerbero, el perro de los Infiernos, la Hidra de Lerna y la Quimera, muerta por Belerofonte. También se hallan pasajes de la saga de Perseo, de Jasón y de Aristeo.

En suma, su anónimo artista, un maestro culto, difundió desde Chiusi excelentes obras eborarias, consistentes en peines, figurillas exentas (algunas de tan sólo 2,20 cm de altura) y pequeñas plaquitas de aplicación sobre cofrecillos y *pyxides.*

De finales del siglo VII a.C. son también los marfiles localizados en 1976 en el *Tumulo del Calzaiolo,* de San Casciano in Val di Pesa.

A partir de la mitad del siglo VI a.C., coincidiendo con el período arcaico, la producción ebúrnea se centró, sobre todo, en la ejecución de hermosas plaquitas rectangulares. Sus finos relieves, que fueron realzados con suave policromía, aplicados a cofrecillos de madera y a pequeños muebles, hacían de ellos verdaderas joyas, y por su perfección incluso llegaron a ser exportados. La temática ornamental de las mismas fue muy variada: figurillas femeninas (plaquitas del Museo de Bolonia); escenas de caza y de banquete (plaquitas de Orvieto, hoy en Florencia; plaquitas de Tarquinia, hoy en el Louvre).

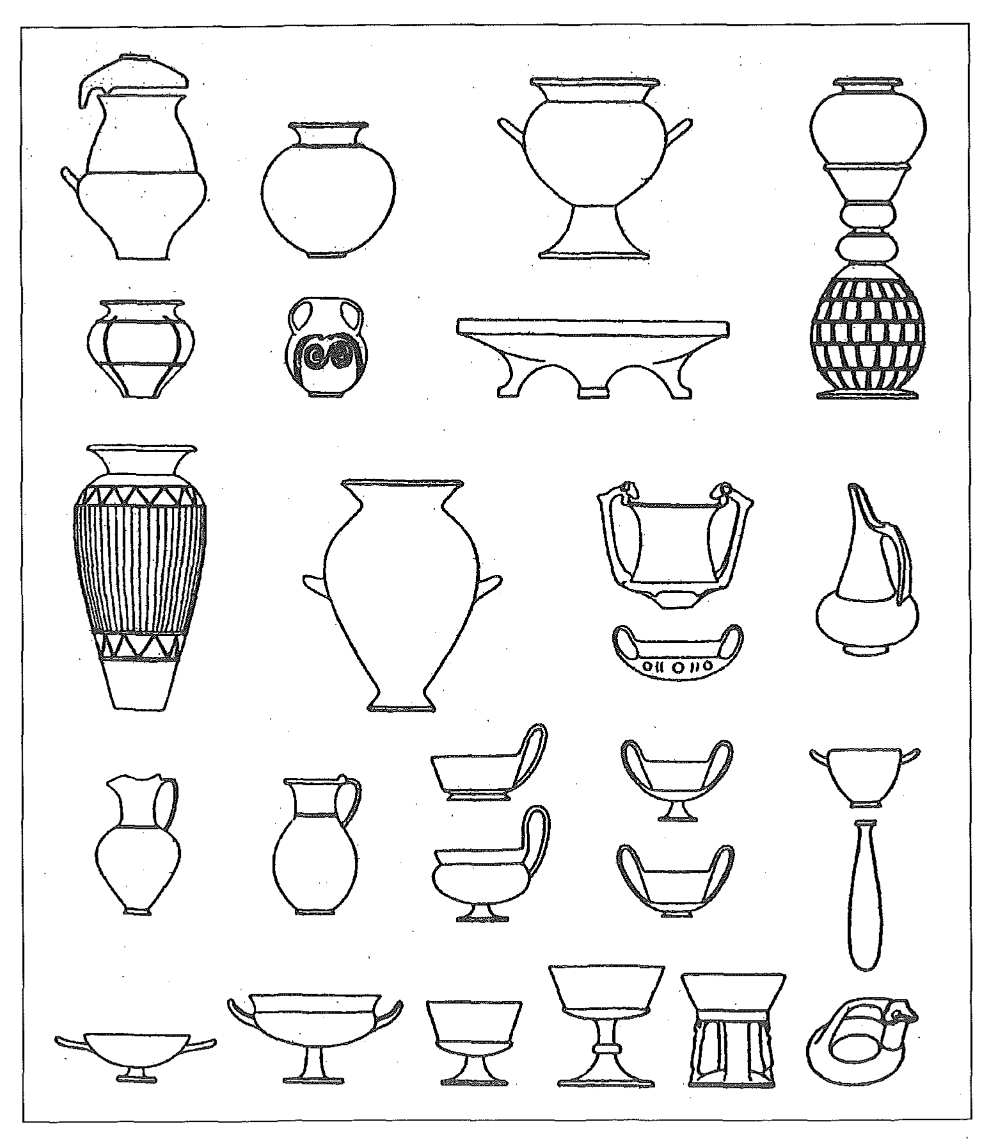
Sin embargo, a finales del siglo V a.C., los talleres especializados en la labra marfileña iniciaron su declive no sólo por la situación política y social que atravesaban las ciudades etruscas, sino también por la falta de marfil y por la pobreza de recursos artísticos, centrados en reproducir temas pasados y en crear tan sólo motivos banales. La mayoría de las plaquitas de aplicación se verían decoradas con cuadrúpedos, peces y pájaros estilizados (ejemplares de Nola, Marzabotto, Vulci, Chiusi y Capua). La factura de las mismas evidencia ante todo una producción en serie y no un trabajo básicamente artístico. No obstante, junto a tal producción, algunos ejemplares llegaron a sobresalir por su singularidad, caso de cuatro figurillas femeninas (11 cm de altura) que sirvieron de adorno a un pequeño cofre, halladas en una tumba de Chiusi y hoy atesoradas en París. Las mujeres van vestidas con *himátion* jonio y portan —excepto una— diferentes tabas en su mano derecha.

Con los comienzos del siglo IV a.C., momento crítico para Etruria, que había iniciado su decadencia histórica, los obradores marfileños no conocieron ninguna recuperación con respecto al siglo anterior, aunque produjeron pequeños ejemplares inspirados en modelos griegos a los que añadieron elementos específicamente etruscos. La carencia de marfil fue compensada con la talla del hueso, materia en la que todavía se lograron algunos ejemplares de notable interés (placas de revestimiento de Preneste, hoy en el Museo de Villa Giulia; mangos de espejos de Chiusi y Perugia).

Poco a poco, ante la falta de materia prima y la escasa demanda, fue extinguiéndose la fabricación de objetos eborarios, llegando, incluso, a desaparecer los artesanos especializados.

La cerámica etrusca

Puede decirse que el arte etrusco tuvo sus comienzos en la cerámica, que fue, en líneas generales, altamente interesante y de excelente calidad técnica, muy apreciada y demandada en la Antigüedad. Aunque sometida casi toda ella en tipología y asuntos ornamentales a la cerámica griega, una especialidad vascular de las muchas que se fabricaron en Etruria alcanzaría notable éxito y difusión: el *bucchero,* con ejemplares hallados desde Huelva hasta Ras el Basit y desde Karnak (Egipto) hasta Kościelec, según F. W. von Hase.



Tipología de la cerámica etrusco-itálica. (Según M. Pallottino.)

Los primeros ejemplares

Si en la Edad del Bronce la producción vascular itálica fue pobre y tosca, hecha a mano en su totalidad, con *impasto* oscuro (cerámica de arcilla no depurada) y con sencillas decoraciones geométricas, reservada prácticamente al ámbito doméstico, pronto en la fase *protovillanoviana,* y sobre todo ya en la *villanoviana,* aparecería una cerámica de mejor calidad, de mayor tamaño y de perfiles bitroncocónicos, muy empleada como recipientes para contener las cenizas de los difuntos, adoptando, a veces, las formas de una cabaña de planta circular o cuadrangular (ejemplar, por ejemplo, de la *Tomba Selciatello di Sopra,* en Tarquinia), o simplemente con el típico perfil bitroncocónico. En este último caso, tales urnas cinerarias estaban cubiertas con piezas cerámicas en forma de escudilla (asociadas a urnas cinerarias femeninas) o con yelmos (destinadas a hombres).

Entre los ajuares que solían acompañar a los restos cinerarios, si se trataba de mujeres, se hallaban, entre otros objetos, las fusayolas, y en el caso de los hombres, navajas de afeitar de bronce, todo ello delimitando un claro componente ideológico y de diferenciación sexual, social o de funciones. Toda esa cerámica, por supuesto, aparece decorada con sencillas incisiones geométricas.

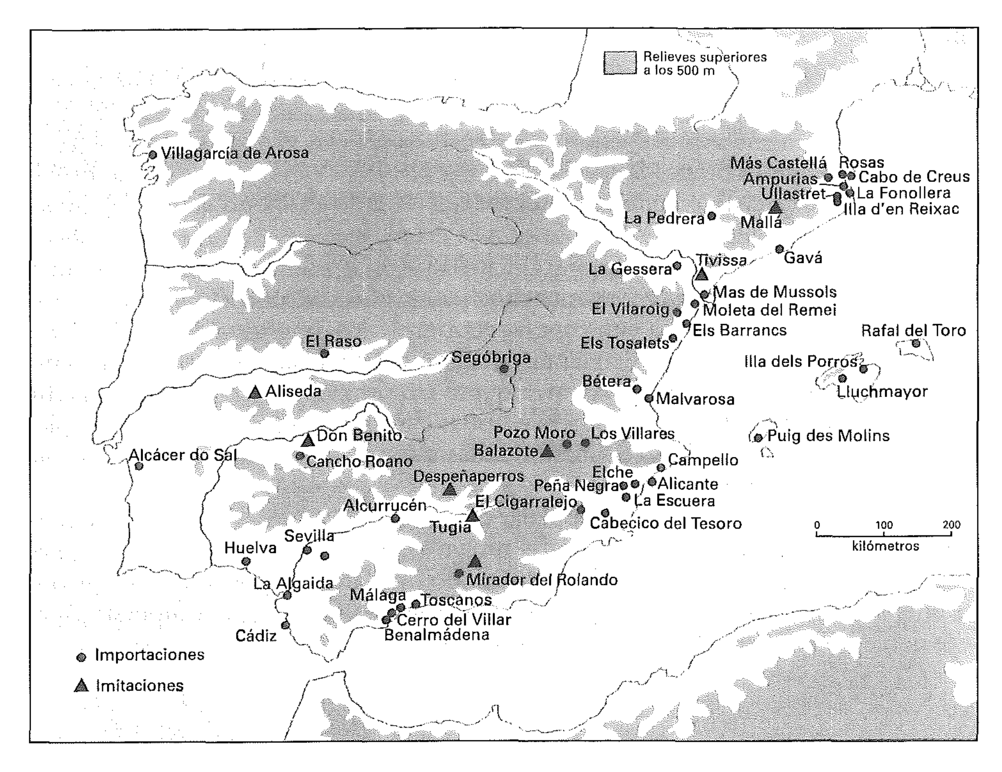
Cerámica del período orientalizante

Enseguida, ya en el siglo VIII a.C., la cerámica etrusca adoptó nuevas formas que eran continuación de la cerámica presente en las tumbas villanovianas. La selección de las arcillas, así como la cochura, en hornos adecuados de arcilla refractaria, fue más cuidada, todo ello estimulado por la presencia de material cerámico de origen griego. Está documentado que fueron los griegos quienes dieron a conocer a los etruscos el torno de alfarero, las nuevas técnicas de depuración de las pastas, así como el gusto por la decoración polícroma, que se disponía sobre apropiados engobes, y la diversidad de formas cerámicas.

Durante el *período orientalizante* se asistió en los alfares etruscos, en donde se modelaban, decoraban y cocían los vasos, a una mayor producción cuantitativa (exigida por la necesidad de almacenar y comerciar con vinos, aceite y granos) y cualitativa, sobre todo imitando cerámicas de la llamada *época geométrica griega,* cuyos ejemplares más significativos, de inspiración euboica, lograron fabricarse primero en Veyes y luego en Vulci.

En el territorio de esta ciudad, en Pescia Romana, se halló uno de los ejemplares más bellos de la cerámica geométrica griega, importada en Etruria y hoy en el Museo Arqueológico de Grosseto. Se trata de una *crátera euboica,* de pasta clara, con decoración rojo-marrón, atribuida al *Pittore di Cesnola,* fechada en el 730 a.C.

Entre las formas nuevas de este período —no se sabe si creación villanoviana, autóctona etrusca o de importación— hay que citar los *vasos canopos* (término tomado de la arqueología egipcia), que fueron utilizados en Etruria como urnas cinerarias y que se mantuvieron en uso mientras duró el rito funerario de la incineración. Tales urnas consistían en un pequeño contenedor de forma más o menos ovoidea, hecho de *impasto, bucchero* y raramente bronce, que se recubría con una tapadera en forma de ca-



Difusión en la península Ibérica de productos etrusco-itálicos.

beza humana, trabajada con todo cuidado hasta en los menores detalles. Andando el tiempo se añadirían, para humanizar más aquellos recipientes, pequeños brazos sobre el cuerpo de la urna. El área de Chiusi, por ejemplo, ha proporcionado los mejores ejemplares de dichos *vasos canopos.*

La cerámica etrusca de imitación geométrica griega intentó copiar no sólo el repertorio decorativo (animales reales y fantásticos, elementos florales y geométricos), sino también muchos de los tipos específicos. Entre ellos hay que citar el *kráter* (crátera), el *arýballos,* la *ólpe,* el *alábastron* y la *oinochóe* como los más aceptados. La producción de aquellos vasos etrusco-corintios se centralizó especialmente en Tarquinia, Caere y Vulci.

Caso aparte merece el *kántharos,* vaso cuyo uso, si en el mundo villanoviano había quedado restringido al ámbito aristocrático, conocería ahora una gran difusión, debido al activo comercio arcaico etrusco, sobre todo conectado con la exportación del vino. Tal vaso, asociado a ánforas de variadas tipologías —entre ellas, las famosas ánforas «longilignes» Py3B, particularmente adaptadas para un buen transporte—, ha sido hallado por todo el ámbito mediterráneo (Ampurias, Marsella, Lattes, Saint-Blaise, Tharros, Cartago, Mozia, Selinunte, Gela, Siracusa, Corfú, Corinto, Samos, Chipre, Ras el-Basit, etc.).

Durante algunos años del siglo VII a.C., mientras decae Vulci, aparecen en Tarquinia algunos ceramistas notables, entre ellos, el llamado *Pittore di Bocchoris,* que decora *oinochóai* y *kotýlai* con estilizadas figuras de animales, y el *Pittore delle Palme,* autor

este de importantes piezas. Agotados los repertorios ornamentales, serían Caere y Veyes los centros que destacarían en la producción cerámica, con piezas decoradas con motivos mitológicos y también estandarizados (*píthoi* de *impasto,* sobre todo).

Merece especial mención unas formas vasculares de *impasto,* conocidas con el nombre etrusco de *spanti* por aparecer el mismo grabado en los poquísimos ejemplares que han llegado hasta hoy, todos de procedencia caeretana y elaborados en el primer cuarto del siglo VII a.C. Como ha destacado G. Bagnasco Gianni, eran derivación de formas orientales, destinadas a ser utilizadas como vasos rituales, semejantes a las páteras y a los vasos hititas denominados *ishpantura.*

Algunos ceramistas famosos

Junto a las cerámicas con decoración geométrica comienza a florecer la cerámica claramente orientalizante, sobresaliendo algunos alfares en Caere. Aparecen, como motivos decorativos de interés, diferentes animales e incluso figuraciones totalmente novedosas, caso del centauro que decora un *píthos* elaborado en *impasto.* El *Pittore dell'Eptacordo* quizá sea el artista de mayor personalidad, manejando la figura humana con gran soltura, como puede verse en una de sus ánforas, hoy en Wurzburgo. En la misma aparece la danza acrobática de cinco personas al son de una cítara de siete cuerdas (tal instrumento ha servido para dar nombre al anónimo ceramógrafo).

A tal pintor también se le adscribe el famoso *bicónico de Caere* (hoy en el Museo de Cerveteri), pieza cerámica muy estudiada y en la que se figura, además de animales, una pareja humana, dependiente en su iconografía de algún modelo griego y en conexión con algún episodio de la Guerra de Troya.

Hacia la mitad del siglo VII a.C. se empezó también a imitar la cerámica corintia —estudiada, entre otros, por G. Colonna y J. G. Szilágyi—, originándose una abultada y rica producción local etrusco-corintia, con centros ubicados en Tarquinia (la llegada del corintio Demarato con su equipo de *fictores* fue determinante), Vulci, Veyes y Caere. Aquí, muy probablemente —en sentido afirmativo B. Schweitzer—, trabajó un gran artista ático, de origen cicládico, después de una estancia en Siracusa. Nos referimos a *Aristonothos,* autor de una celebérrima crátera, localizada precisamente en Caere y hoy atesorada en los Museos Capitolinos (Palazzo dei Conservatori) de Roma. Tal pieza, de la que se habló en páginas anteriores, se halla decorada con una escena de la *Odisea* (Ulises y sus compañeros ciegan al Cíclope) y con una batalla naval entablada entre dos naves de guerra, una griega (egea) y otra etrusca.

Se asistió también por aquellas fechas a un repentino cambio de técnica con ánforas de mayores dimensiones (60 cm de altura media) y asas de perfil muy curvado, y *arýballoi* piriformes de pequeño tamaño. Entre los pintores del *Gruppo di Monte Abatone* hay que reseñar al *Pittore dei Cappi,* quien, hacia el 630 a.C., inició la pintura vascular etrusco-corintia, incorporando a sus cerámicas, como temática, el hipocampo y la pantera. A este momento pertenecen la *oinochóe* de Tragliatella, que ya conocemos, con motivos incisos de gran capacidad narrativa y objeto, incluso, de propuestas interpretativas hermenéuticas, así como las obras del *Pittore di Garovaglio,* que introdujo como novedad las figuras de guerreros. Una *ólpe* de ruedecillas, hoy en el Museo de Villa Giulia de Roma, con diferentes hoplitas, es de gran interés.

Ceramista de notable fama, todavía no emancipado de las influencias orientalizantes, fue el *Pittore di Pescia Romana,* de gran habilidad técnica y de repertorio temá-

tico muy personal, virtudes presentes en los *kylikes, alábastra* y *arýballoi* globulares que realizó. Lo mismo cabe decir del *Pittore di Feoli,* de gran originalidad por saber dar a sus cerámicas una pintura de carácter monumental, además de dominar una amplia temática.

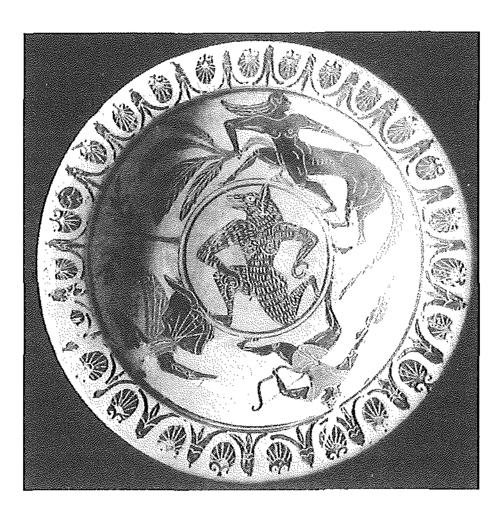
Coincidiendo, en parte, con la desaparición de la cerámica etrusco-corintia, en diferentes talleres artesanales de Etruria (en donde trabajaban, entre otros, el *Pittore delle Rondini,* el *Pittore della Sfinge Barbuta,* el *Pittore degli Archetti Policromi)* se comenzó a fabricar una cerámica típicamente etrusca de figuras negras sobre fondo rojo, a imitación —tanto decorativa como tipológica— de la cerámica ática, entonces en su total apogeo y de claro éxito entre las clases refinadas etruscas, junto a otra de uso cotidiano.

Las *ánforas* vinarias, tanto las caeretanas de fondo puntiagudo como las vulcenses de fondo plano —necesarias para la exportación del vino—, muchas de ellas con capacidades estandarizadas y de inspiración fenicia, según M. Gras, tuvieron un amplísimo mercado. Asimismo, las cerámicas propias del servicio de mesa *(oinochóai, ólpai, kratéres, hydríai* y *kylikes,* bien de fabricación griega, bien local, conocieron una gran demanda sobre todo por la belleza de sus formas y la riqueza de sus decoraciones que registraban mitos griegos y también orientales, pero con elementos de tradición iconográfica local (quimeras e hipocampos, entre otros motivos) en el caso de las piezas fabricadas en los alfares etruscos.

Los «vasos pónticos»

A mediados del siglo VI a.C., y hasta comienzos del siguiente, en Vulci se fabricaron magníficos ejemplares conocidos como *vasos pónticos,* llamados así, erróneamente, a finales del siglo XIX, por F. Dümmler, por haberlos creído fabricados en el Ponto Euxino. Los mismos difieren de las ánforas griegas en cuanto a su decoración, pues sus ceramistas —los del grupo del *Pittore di Paride,* éste el de mayor personalidad— prefirieron las composiciones abigarradas y coloristas, con rasgos claramente jonios.

Los ceramistas activos en Vulci fueron, entonces, numerosos y de gran personalidad, como el precitado *Pittore di Paride,* autor de una cuarentena de vasos, en los que plasmó un rico panorama mitológico griego (el *Juicio de Paris* —un bello ejemplar en Múnich—, *Teseo y el Minotauro,* los *Hechos de Hércules,* entre otros temas), y su discípulo, el *Pittore del Sileno,* quien decoró vasos con temática de Silenos, Ménades y escenas de banquete.



Plato con el *Rapto de Deyanira. Pittore de Tityos.* Vulci.

Ceramógrafos abiertos a gustos propiamente etruscos fueron el *Pittore di Amphiaraos,* del que se conocen unas 18 obras, y el *Pittore di Tityos,* éste con unas 25 obras atribuidas, todas ellas de gran soltura gráfica.

La «crátera François»

Junto a la producción *póntica* aparecieron otros ejemplares cerámicos, adscritos a los llamados *Gruppo della Tolfa* y *Gruppo della Foglia d'Edera,* con piezas también muy notables.

De gran interés son dos magníficas piezas: una es la célebre *kylix,* decorada con el tema de la *Nave de Dioniso,* de Vulci, y otra la crátera ática popularmente conocida como *Vaso François,* llamada así por el nombre de su descubridor, A. François, quien la encontró en 1844 en Fonte Rotella di Dolciano, cerca de Chiusi.

Tal crátera, firmada por el pintor Kleitas y el ceramista Ergótimos, fechable hacia el 565 a.C., llegó a Etruria en circunstancias desconocidas (¿petición directa?, ¿don o regalo?). Dañada en tiempos modernos y hoy totalmente reconstruida, presenta seis registros pictóricos en torno a las vicisitudes de los componentes de la estirpe de Peleo, con la temática central de las nupcias de Peleo y Tetis. La interpretación de los episodios se especifica mediante breves inscripciones griegas que a modo de adorno acompañan a personajes y objetos. Tras su restauración se han podido recuperar 130 inscripciones, con algunos errores de copia originarios, según evidenció el estudioso R. Wachter en 1991, inscripciones más para ser vistas que leídas (J. Signes).

Siguiendo la descripción del *Vaso,* efectuada por M. Menichetti, en el «lado A» del mismo, y partiendo desde la franja superior, aparecen los siguientes argumentos: 1) La caza del jabalí calidonio. Entre las parejas empeñadas en tal empresa se puede señalar a Peleo y Meleagro, Melanión y Atalanta, Cástor y Pólux. 2) En el registro siguiente se ven los juegos funerarios en honor de Patroclo. En ellos, Aquiles vigila o preside la carrera de las cuadrigas de Hippothoon, Damasippos, Automedonte y Olyteus (Odiseo). 3) El tercer registro comprende el cortejo nupcial de Peleo y Tetis. Esta última se halla sentada dentro de un templo dórico, mientras que Peleo está delante de su palacio. El cortejo, constituido por las principales divinidades griegas, además de las Horas, las Musas, las Gracias, las Ninfas y el Océano, lo abren Iris y el centauro Quirón. 4) El cuarto registro presenta el acecho o emboscada de Aquiles a Troilo. Junto a Aquiles se hallan su madre Tetis, Atenea y Hermes, y al lado de Troilo está Apolo. En la escena aparecen también Políxena, hermana de Troilo; un joven de nombre Troon, y una muchacha, llamada Rhodia. Delante de los muros de Troya está el rey Príamo, sentado, si bien expectante por lo que va a ocurrir. 5) En el registro quinto no aparecen figuras humanas, sino esfinges junto a elementos florales y dos panteras que atacan a un toro y a un cervato. 6) En el sexto y último friso de este



Vaso François. (Museo Arqueológico, Florencia.)

lado se aprecia una geranomaquia, esto es, la lucha que anualmente, según el mito griego, contraponía las grullas a los pigmeos.

En el «lado B» se representa: 1) El mito de Teseo y Ariadna. En el sector izquierdo se halla la nave de la que salen catorce personajes participantes de la empresa cretense —siete doncellas y siete jóvenes— formando un *chorós* o, si se quiere, la «danza de las grullas» *(géranos)*, a cuya cabeza está Teseo con la lira. Delante del héroe se ve a Ariadna, que le alarga la mano izquierda portando una corona y el ovillo de hilo. Entre ambos personajes está, a escala menor, Trofos, la nodriza de Ariadna. 2) En el segundo registro se figura la batalla entre Centauros y Lapitas, guiados estos últimos por Teseo. 3) En el tercer registro se continúa con la escena principal del lado anterior, esto es, con el cortejo nupcial de Peleo y Tetis. 4) En el siguiente registro se figura el cortejo dionisíaco que acompañó el regreso de Hefesto al Olimpo. Zeus y Hera se hallan sentados en un trono y junto a ambos se ve a Afrodita, Atenea y Ares, a los que siguen Ártemis y quizá Hermes y Posidón. 5) Al igual que en el lado opuesto, el quinto registro no tiene figuras humanas, sino grifos y dos leones que atacan a un toro y a un jabalí. 6) En el último registro, ya sobre el pie del vaso, se continúa con la escena de la geranomaquia.

Sobre las asas de la crátera son visibles otras dos escenas que se figuraron repetidas: la inferior presenta a Áyax transportando el cuerpo de Aquiles y la superior una *pótnia* con leones y una pantera con un ciervo. Hacia el interior de las asas se halla una Gorgona.

Este vaso, que de manera notable contribuyó a una mayor fijación en el área tirrénica del mito griego, destinado a ser comprendido únicamente en canales aristocráticos por el trasfondo del programa político y social de sus escenas, ha sido estudiado por varios especialistas, entre ellos, A. Minto (que le dedicó una monografía en el año 1960), A. Stewart, F. Brommer, E. Simon y M. Cristofani. Se conserva en el Museo Arqueológico de Florencia.

Cerámica del período arcaico

Sin embargo, tal vez sea el llamado *Pittore di Micali,* con su escuela en Vulci y activo entre el 510 y el 500 a.C., el más famoso ceramista de vasos de pinturas negras, a quien se le han atribuido hasta casi 200 ejemplares. Estudiada su carrera artística por N. Spivey, es posible conocer su importantísima producción. Sus vasos —casi todos de tipología griega, tras un estilo inicial muy cercano a la cerámica *póntica*— presentan escenas puramente decorativas, que contienen animales fantásticos (sirenas, pegasos, esfinges), así como palmetas y frisos vegetales. Asimismo, en las pinturas de danzas, carreras de caballos y de cuadrigas, sátiros eróticos y mujeres de transparentes vestidos, tal artista alcanzó un gran dominio.

Además de los discípulos de este pintor *(Pittore del Vaticano* —con su famosa hidria, ya recordada, de figuras negras con los piratas tirrenos transformados en delfines (hoy en Toledo, Estados Unidos)—, *Pittore di Kyknos, Gruppo di Kape Mukathesa),* que trabajaron en distintos alfares, en Orvieto se ubicó otro centro de cerámicas de figuras negras, que, por su variedad temática y compositiva, conoció varios talleres.

Tiempo después, a comienzos del siglo V a.C., y también por influencia ática, la cerámica etrusca produce vasos decorados con figuras rojas sobre fondo negro, adoptando como formas típicas la *crátera* con volutas, el *stámnos* y las *ánforas* —no así el *kántharos,* que dejó de exportarse—, formas que fueron muy bien acogidas, como tes-

timonian, entre otros, los diferentes talleres de imitación activos en Orvieto, Vulci, Volterra y Chiusi y de los que estamos mal informados.

Un ánfora (42,50 cm de altura) de una tumba de la necrópolis del Crocifisso del Tufo, de Orvieto, y hoy en el Museo Arqueológico de Florencia, facilitó, entre la cerámica pintada local, el más antiguo vaso etrusco de figuras rojas conocido. Fechado hacia el 480 a.C., sirvió al parecer, por el color de la arcilla, la deficiente cochura y la poca agilidad pictórica, de tanteo experimental, pero sus resultados no fueron satisfactorios, pues aquel tipo cerámico no tuvo continuidad por entonces.

Se sabe que uno de los iniciadores de tal tipo de cerámica en Etruria fue un griego, de nombre *Praxias,* proveniente de Cumas o de Reggio y que trabajó en Vulci hacia el 470 a.C., después de haber añadido a su nombre griego el etrusco grequizado de *Arnthe.*

En general, la temática decorativa continuó con los asuntos mitológicos —entre ellos, el ciclo de Dioniso,— para ir evolucionando hacia temas de género, esto es, escenas de palestra, guerreros, Sátiros y Ménades.

También Campania y el país falisco conocieron una gran actividad ceramista de imitación de figuras rojas. Otros alfares radicaron en Perugia y en Caere, aquí con un abultado número de ejemplares producidos. En la segunda mitad del siglo IV a.C., grupos muy activos de ceramógrafos se situaron en Vulci *(Gruppo dell'Imbuto,* estudiado por M. Cristofani), Volterra y Chiusi, produciendo grandes cráteras de cáliz, *kylikes,* copas y *kántharoi* con motivos decorativos tanto pictóricos como plásticos aplicados, y *askói,* reservados éstos, sobre todo, a usos funerarios. Su temática se centró básicamente en temas griegos, como es el caso del *Pittore di Hesione,* el más prolífico de los ceramistas volterranos, según L. Jehasse.

Junto a esta cerámica también se fabricaron, imitando siempre formas griegas, cerámicas sobre fondo blanco, cuya forma más popular fue la de la *lékythos* funeraria, muy de moda ya desde la mitad del siglo anterior.

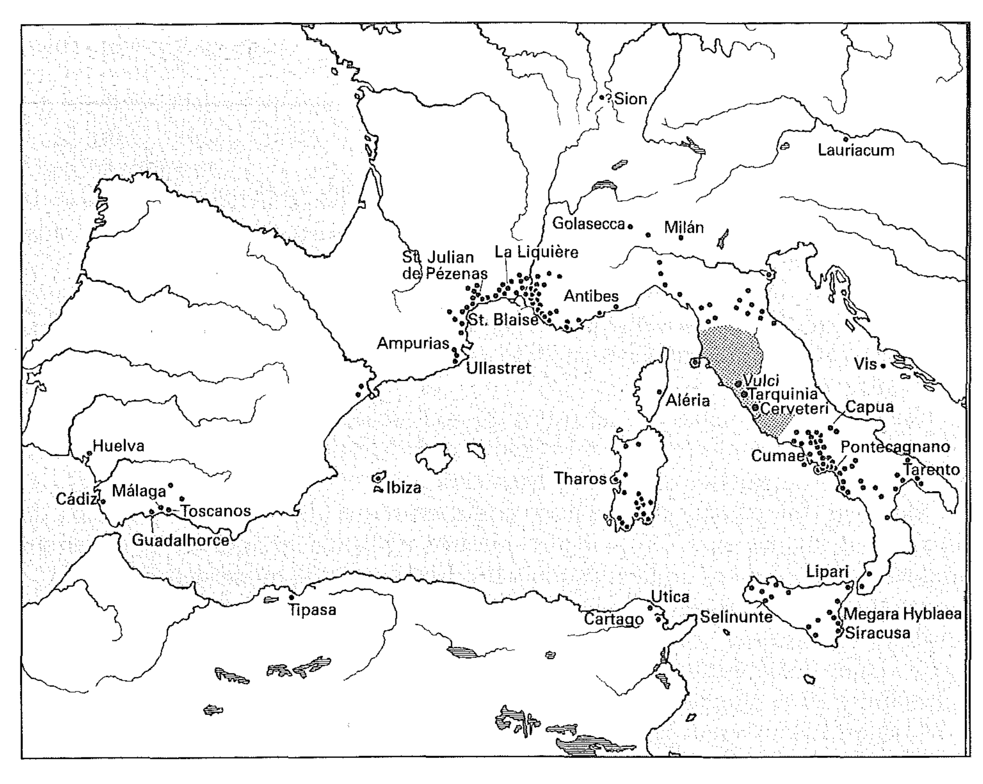
Cerámica del período de decadencia

Por otra parte, a finales del siglo IV a.C., la estandarización cada vez mayor de la cerámica abocó a una pérdida gradual de calidad y de estímulos innovadores, pasándose con ello a reducir el campo de las escenas pictóricas que, además, paulatinamente serían sustituidas por motivos geométricos y grandes cabezas femeninas pintadas de perfil *(Grupo de Torcop, Grupo Genucilia, Grupo de Gnatia).*

Entre el siglo IV y el III a.C. debe situarse al ceramógrafo altoadriático, denominado por G. Riccioni *il pittore senza occhi,* por la particularidad de pintar sus cráteras con testas de caballos y cabezas femeninas sin ojos, tal como puede verse en algunos ejemplares conservados en los museos de Adria y de Ferrara. También sobresalieron algunos ceramógrafos activos en Volterra y Chiusi.

Luego, durante todo el siglo III a.C., se asistiría a la desaparición casi total de la cerámica figurada etrusca por razones primero de empobrecimiento técnico y segundo por exigencias económicas achacables a los usuarios.

En cualquier caso, aquellas cerámicas serían sustituidas todas ellas por otra, muy original, de barniz negro, con potente brillo metálico y que, creada en Campania, pronto pasaría a Etruria. Desde aquí tendría una amplia difusión por todo el Mediterráneo occidental, con multitud de ejemplares hallados en Italia, sur de Francia, España



Distribución del *bucchero* etrusco en el Mediteráneo central y occidental. (Según F. W. von Hase.)

y norte de África. Denominada «cerámica etrusco-campana» o más genéricamente *cerámica campaniense* por los especialistas, fue estudiada y catalogada en 1950 por N. Lamboglia en tres grandes grupos: *Campaniense A, Campaniense B* y *Campaniense C.*

Aquella abundantísima producción de *cerámica campaniense,* de muy variada y elegante tipología, decoración y apliques en relieve y de hermosas tonalidades metálicas, conectaría en el siglo II a.C. con la *cerámica aretina,* de barniz negro, fabricada en Arezzo *(Arretium),* en donde llegaría a alcanzar justa fama, tiempo después, el taller de un tal *Ateius,* activo en época de Augusto.

Las pastas negras dieron paso —mediante nuevos efectos de cocción— a las rojas, obteniéndose así la famosísima *terra sigillata* (llamada de tal manera por presentar estampillada la marca del alfarero), especialidad esta que acabaría por sustituir a la cerámica anterior y por abastecer casi todos los mercados romanos.

El «bucchero»

Con este nombre, derivado del español «búcaro», se conoce la más típica cerámica etrusca, que muy pronto sobresalió por el color de su arcilla y por las singularidades de sus decoraciones y la tipología de ciertas formas, de elegante diseño, tomadas en su mayoría también del repertorio griego.

Se originó tempranamente, ya a comienzos del siglo VII a.C., a partir de la cerámica negra de *impasto* de tradición protohistórica y conoció una amplia difusión y consumo por todo el Mediterráneo y el sur de Europa. Su primera manufactura, que presentaba diferencias notables según los alfares y las regiones, comenzó a producirse en Etruria meridional con las formas denominadas *buccheroides* y finalizó con una serie de vasos de barniz negro de amplio consumo, elaborados a partir del siglo IV a.C.

Acerca de su técnica, estudiada por diferentes autores, entre ellos A. del Vital y N. Cuomo di Caprio, existen varias hipótesis, siendo la más aceptable la mantenida por M. Leoni y C. Trabucchi, quienes señalaron que la típica coloración negruzca de sus pastas era el resultado de la reacción química del carbón triturado o de sustancias orgánicas impastadas en la arcilla. La mayor o menor acción oxidante durante la cochura se reflejaría en la definitiva tonalidad de las piezas. La temperatura necesaria para obtener tal cerámica oscilaba entre los 700 y los 800 grados.

a) Su tipología

Dicha cerámica fue clasificada en tres categorías a finales del siglo XIX por O. Montelius, división que con algunos matices se ha mantenido hasta nuestros días. De acuerdo con tal autor, el *bucchero* conoció tres grandes tipologías:

a) *bucchero sottile*, con estructura a base de paredes muy delgadas (1 a 2 mm de espesor) y trabajado con superficies brillantes, de tonalidades negras, decoradas con incisiones o estampillas;

b) *bucchero* «de transición», de paredes un poco más gruesas (2 a 4 mm) y de superficies asimismo brillantes, decoradas con incisiones, puntillados o con impresión de sellos cilíndricos; este tipo de cerámica copiaba vasos de bronce de tipo rodio y se fabricó tanto con arcillas negras como grises;

c) *bucchero pesante*, cerámica ya de paredes gruesas y con pastas grises o grisesnegruzcas y con sobrios elementos decorativos, excepto en los ejemplares con relieves obtenidos por aplicación de moldes; sus dimensiones, en algunos casos, fueron considerables, alcanzando los 60 cm de altura.

Se podrían añadir dos nuevas clases a estos tres tipos: el *bucchero* «gris compacto», denominado también *bucchero spesso*, y el *bucchero rosso*, constituido este por grandes vasos de *impasto* de paredes robustas.

b) Etapas y fases de producción

Según J. Gran-Aymerich, gran conocedor de este tipo de cerámica, en el desarrollo de la producción del *bucchero* pueden distinguirse dos grandes etapas (orientalizante y arcaica), subdivididas ambas en seis fases cronológicas. La primera fase, de influencia claramente orientalizante, conoció la aparición de tal tipo de cerámica, si bien con ejemplares de pequeñas dimensiones, en Caere primero *(Tomba Regolini-Galassi)* y luego en Veyes, Tarquinia, Vulci y Vetulonia. A esta primera le seguiría otra fase con producción de *bucchero* de alta calidad, si se quiere «de prestigio» (siglo VII a.C.), a base de series estandarizadas de semilujo, perpetuando con las mismas la tradición aristocrática de su consumo (finales del siglo VII y principios del VI a.C.). Esta etapa

acabaría con una tercera fase (orientalizante final) con series también repetitivas de muy buena calidad, que consolidaron el distintivo de tal cerámica que pudo difundirse, dada su alta demanda, por todo el Mediterráneo y Europa meridional, como antes se dijo.

La segunda etapa se caracterizó, hacia el 575 a.C., por la elaboración de series de vasos plenamente estandarizados, sobresaliendo, de entre ellos, los *kántharoi* —fabricados ya desde el siglo VII a.C.—, las *oinochóai,* las ánforas y los *kálikai* (cálices), producción que también fue destinada a los mercados exteriores. Con estas cerámicas —en especial los *kántharoi*—, Etruria encontró una especie de *etalon* cerámico con función premonetal. La fase siguiente vio nacer los primeros síntomas de la recesión en su industria, pero todavía fue capaz de plantear algunas tentativas innovadoras, inspiradas lógicamente en vasos griegos. El consumo de este momento fue de carácter local, sin apenas exportación al exterior. Hacia el año 400 a.C. se inicia la última fase (postarcaica), caracterizada por una producción reducida y un limitado número de formas, trabajadas con pastas grises sobre todo. Nos hallamos ante el *bucchero* común o doméstico.

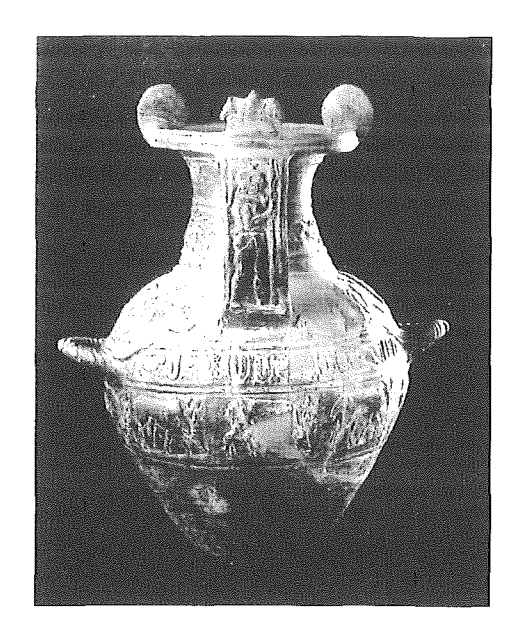
c) Motivos decorativos

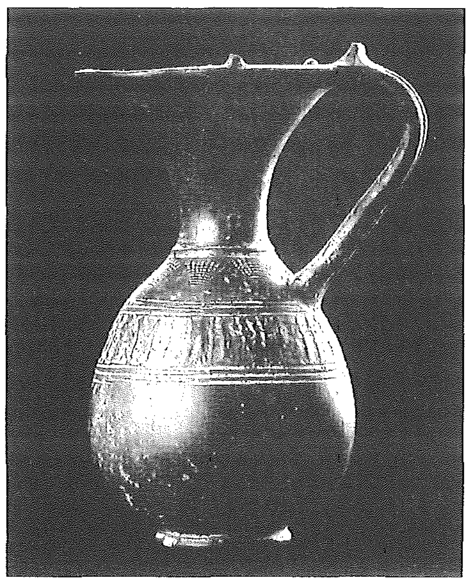
Respecto a la decoración del *bucchero,* los especialistas han destacado la importancia de los repertorios iconográficos existentes en tal cerámica. La mayoría de vasos presenta, en palabras de J. Gran-Aymerich, «una sintaxis decorativa compuesta de registros ornamentales no figurativos (motivos geométricos, incisos o en relieve, palmetas puntilleadas, hendidas y talladas), pero sobre un gran número de piezas aparece todo un mundo figurado rico y ecléctico, con figuras humanas, seres fantásticos y animales».

En cualquier caso, los motivos ornamentales son numerosísimos y en su mayoría puramente decorativos —caso del tema de la *Pótnia theron* («Señora de los animales»)— y no narrativos. Por otro lado, las composiciones mitológicas quedan centradas en unos cuantos temas significativos (Teseo, Heracles, Belerofonte, Aquiles). Asimismo, muchas de tales cerámicas aparecen con breves inscripciones incisas. Se trata de marcas de propiedad o de textos alusivos a su carácter de don o regalo, según ha evidenciado L. Agostiniani. No faltan ejemplares que presentan una o dos letras del alfabeto etrusco, constituyendo así ejemplos de lo que ha sido dado en llamar *alfabetario.*

El sistema decorativo en general se pudo realizar mediante dos técnicas: la impresión o estampado, que se efectuaba antes de la cochura de las piezas, cuando todavía la arcilla estaba fresca, y la incisión, que tenía lugar tras haberse ultimado la cocción. También se empleó, aunque no gozó de estima, la técnica de la escisión.

La impresión podía hacerse mediante cilindros, estampillas, matrices diversas y en algunos casos con la técnica de la barbotina. Singular interés presentan los ejemplares de *bucchero a cilindretto,* sobre todo los de tipo chiusino, con figuras humanas, y que tuvieron mucha difusión (F. Scalia). Por su parte, la incisión, que se efectuaba con agudos estiletes, punzones y peines metálicos (para obtener con éstos líneas paralelas), producía decoraciones menos precisas e inferiores en calidad a las logradas con la técnica de la impresión, que fue la más utilizada.





Hidria y Olpe de *bucchero* del siglo VI a.C. (Museo Arqueológico, Florencia.)

d) Funcionalidad

En cuanto a la funcionalidad del *bucchero* hay que señalar que casi todas sus series, fabricadas durante los siglos VII y VI a.C., corresponden a servicios de banquete y más exactamente a formas para el servicio del vino *(kántharoi, kýathoi, skýphoi, kotýlai, ólpai).* Les sigue la serie destinada a contener aceites perfumados *(arýballoi* y *alábastra)* y finaliza la producción con el gran número de formas destinadas a usos imprecisos, tal vez para servir como pequeños contenedores de aceite, miel o cualquier otro líquido, formas conectadas ante todo con el mundo femenino.

Muchísimos ejemplares de *bucchero* fueron depositados como exvotos en las *favissae* de los santuarios y de los templos, a menudo inscritos con *graffiti,* caso de la copa de *Araz Larani* (TLE, 24), hallada en Roma, en un pozo cerca del templo de Saturno, o del pie de una copa veyetana con el nombre de *Avile Vipiennas* (TLE, 35), sin olvidar la gran cantidad de tal cerámica hallada en el santuario del Portonaccio, en Veyes.

Es muy difícil recoger piezas capitales de tal cerámica, pues toda ella alcanzó altos niveles de calidad. Tal vez las *hydriai* de Caere, salidas del obrador de un maestro jonio emigrado a Etruria, y los llamados *vasos pónticos* —sobre todo los atribuidos al *Pittore di Tityos*—, constituyan los conjuntos de *bucchero* más importantes.

Una de las piezas más famosas es, sin duda, un vaso en forma de gallo, que se halló en Viterbo (hoy se atesora en el Metropolitan Museum de Nueva York). Su celebridad descansa en el hecho de presentar grabado en su panza un alfabeto etrusco (CIE, 10494).

Asimismo, hay que reseñar un *gutus* (vaso de cuello largo y estrecho, adaptado para verter perfumes en los sacrificios o agua en las manos de los invitados) de la *Tomba Calabresi,* en la necrópolis del Sorbo (Caere), de finales del siglo VII a.C., y un

bol con una decoración en relieve de 12 cabezas humanas en su base, localizado en la *Tomba dei Leoni Dipinti* de Caere, también del siglo VII a.C. Por su rareza, deben ser recordados los fragmentos de lo que fue un cofre, también de *bucchero,* de la primera mitad del siglo VI a.C., que se hallaron en el precitado santuario del Portonaccio, y que pudo haber contenido las *sortes* o piezas utilizadas en la práctica de la adivinación. Fue dedicado a *Menrva.*

Capítulo XV

El mundo de los dioses

La religión etrusca, cuyos estudios nucleares parten de las obras de C. O. Thulin (1906), C. Clemen (1936), R. Herbig (1948), G. Dumézil (1966), A. J. Pfiffig (1975), D. Briquel (1997) y J.-R. Jannot (1998), es una de las manifestaciones más conocidas de la vida cotidiana de los etruscos, regulada en todo momento por la voluntad de los dioses.

La carencia de fuentes —excepción hecha de pequeños fragmentos y noticias históricas de tipo religioso—, las distintas interpretaciones que pueden darse a los monumentos figurados, la ignorancia que se posee del fondo religioso etrusco y de las religiones de los pueblos vecinos a ellos, así como del grado exacto de influencias orientales y griegas que recibieron, hace que el conocimiento de la religión etrusca sea, de hecho, muy superficial.

Artificiosidades etimológicas

Según Tito Livio (V, 1), Etruria constituyó una nación muy aferrada a los ritos religiosos, destacando asimismo en el arte de ponerlos en práctica. Por su parte, Dionisio de Halicarnaso (I, 30) y Festo (487 L) explicaron el vocablo latino *tusci* —que había servido para denominar a los etruscos— a partir de un término griego de fonética parecida, *thyoskóos,* que significa «sacrificador», reiterando, sin duda, con tal artificioso recurso etimológico la idea de la constante actividad ritual etrusca.

Sin embargo, mucho más tarde, para el escritor cristiano del siglo IV Arnobio *(Adversus gentes,* VII, 26), tales manifestaciones sagradas eran tan sólo creencias extrañas a lo religioso, y no dudó dicho escritor en considerar a Etruria como la *generatriz y madre de las supersticiones.* El propio Isidoro de Sevilla *(Etymologicum,* IX, 2) hizo derivar el nombre de Etruria —que leyó *Tusci*— del verbo griego *thysiázo,* que significa «sacrificar», aceptando así la tópica creencia de la absoluta religiosidad de los etruscos, muy dados a los sacrificios (de ahí la etimología isidoriana del verbo griego, similar en concepto al nombre de los etruscos).

En cualquier caso, los sacrificios efectuados por los etruscos fueron tanto de animales como de seres humanos, si bien estos últimos tan sólo esporádicos y en muy contadas ocasiones. Diferentes restos arqueológicos testimonian el sacrificio de animales, como los hallados en los santuarios de Pyrgi, en donde aparecieron huesos de cerdos, bueyes, ovejas, tejones, zorras y perros (restos caninos han sido hallados tam-

bién en el santuario de Gravisca y, probablemente, de niños en el santuario primitivo del centro de Tarquinia). Al propio tiempo, las noticias históricas, como la recordada por Heródoto al aludir a la inmolación de focenses tras la batalla de Alalia, o la de Calímaco referente al sacrificio de Teodoto, el más fuerte de los lipareses, a Apolo en época tardoarcaica, o la de Tito Livio (VII, 15) acerca del sacrificio en el año 356 a.C. de varios centenares de romanos hechos prisioneros en Tarquinia, confirman la práctica de tales derramamientos de sangre, sedimentada en la «leyenda» tirrénica de Mirsilo de Metimna (Diodoro de Halicarnaso, I, 24).

La búsqueda de respuestas

Los etruscos —así se ha supuesto— consideraron que su vida y la de su pueblo no era algo sometido al azar, ni una causalidad mecánica. Era algo que controlaban los dioses (llamados en etrusco *aisera),* quienes, en contra de lo que pensaba el griego Epicuro, siempre se habían preocupado y se preocupaban por los humanos y por sus ciudades, imponiéndoles un destino. Ante aquella creencia, los hombres muy poco podían hacer, quedaban anulados frente a la divinidad. En consecuencia, según señaló A. Grenier, debía hacerse todo lo posible para conocer la voluntad de los dioses. Así se reforzarían las intenciones divinas favorables y se apartarían o dulcificarían las amenazas.

La ciencia religiosa etrusca se dio, por ello, en buscar procedimientos a fin de interrogar a los dioses, interpretar los signos que ellos pudiesen enviar a los hombres por cualquier medio que fuese y en reconocer los prodigios y expiarlos.

Una religión revelada

A diferencia de la religión griega y romana, la etrusca fue revelada. Valiéndose de unos profetas, según se sabe por Cicerón *(De div.,* II, 23) y Ovidio *(Met.,* XV, 553), los dioses la dieron a conocer a los hombres. El más célebre de aquellos profetas, creído nieto de Júpiter según Festo, fue Tages, personaje legendario —su mito lo ha estudiado J. R. Wood— que un día se apareció a Tarconte, el fundador de Tarquinia, mientras estaba arando la tierra. Al abrir un surco muy profundo, de ella —se contaba— surgió el profeta *Tages,* bajo el aspecto de un niño, pero con la sabiduría de un anciano. Pronto corrió la noticia de aquel hecho maravilloso y un buen número de gente se apiñó en torno al profeta para oírle, recogiendo sus sabias palabras y poniéndolas por escrito. Aquellos escritos originarían diferentes libros, entre ellos, los *Libri haruspicini,* parte fundamental de los *Libri Tagetici,* de gran éxito a partir del siglo II de nuestra era, muy consultados por filósofos y literatos, y el *Calendario brontoscópico* (examen de truenos), traducido más tarde por Publio Nigidio Figulo (98-45 a.C.), autor que escribió sobre gramática, teología y astronomía y fundador del neopitagorismo romano.

El extraordinario acontecimiento que significó el mito de la institución de la técnica aruspicial fue representado en unos pocos espejos de bronce, entre ellos, el que hoy se atesora en el Museo Arqueológico de Florencia y del que se hablará en páginas posteriores. En dicho espejo se figura a un tal *Pava Tarchies,* identificado por algunos con *Tages,* enseñando el arte de la aruspicina a Tarconte *(Tarchunus)* ante la presencia del dios *Voltumna.*

Unos cuantos autores atribuyeron, en cambio, la revelación a una profetisa, musa o ninfa, llamada *Vegoia, Begoe* o *Vegone,* según las distintas transcripciones latinas, la cual habría dictado las decisiones establecidas por *Tinia* —relativas a los límites de las tierras, trabajos hidráulicos y catastros— a un toscano, no se sabe si rey o sacerdote, llamado *Arruns Velthumnus.* Sus palabras proféticas —estudiadas modernamente, entre otros, por L. Zancan y A. Valvo— serían transcritas al latín por el historiador romano, de origen etrusco, Tarquicio Prisco, coetáneo de Cicerón, y recogidas en los llamados *Libri Vegoici,* que se guardaron por orden de Augusto en el templo de Apolo Palatino (Servio, *Ad Aen.,* VI, 72), junto a otros importantes escritos (entre ellos, las recopilaciones de algunos adivinos latinos o los *Libri Sibillini,* por ejemplo), siempre muy consultados y comentados.

LA «ETRUSCA DISCIPLINA»

La materia religiosa, en especial la considerada «mayor», que les fue revelada a los etruscos, como se acaba de señalar, a través del divino niño *Tages* y de la ninfa *Vegoia,* fue transmitida primeramente de generación en generación por vía oral, para acabar fijándose por escrito, en lengua latina, durante el siglo I a.C.

El conjunto de todos los libros sagrados constituyó la *Etrusca disciplina,* esto es, la serie de normas y prácticas religiosas que, correctamente interpretadas, posibilitaban los medios para conocer la voluntad de los dioses.

Dicha *Disciplina* —entendida la voz latina *disciplia* en su significado de «enseñanza»—, que descansó más en la práctica que en la teología, siguiendo la división ternaria de Cicerón *(De div.,* I, 72), se repartió en tres series de textos, etiquetados como *libri,* tras su traducción latina: *Libri Haruspicini, Libri Fulgurales* y *Libri Rituales.* Aquella división obedecía a razones prácticas y a motivaciones de contenido temático. Por otras fuentes conocemos otros tipos de clasificaciones. Uno de ellos lo sería en función de su autor, mítico o real, caso de los *Libri Tagetici, Vegoici* y *Tarquetani.*

Los primeros, los *Libri Haruspicini* (atribuidos a *Tages),* enseñaban las reglas para el examen de las entrañas *(exta)* de los animales ofrecidos en sacrificio, en especial el hígado. Con la inmolación de la víctima se producía un intercambio «en clave» entre los dioses y los hombres, siendo aquéllos los que enviaban determinados signos a éstos a través de los órganos del animal sacrificado. Un hallazgo, realizado en 1878, cerca de Piacenza, facilitó el modelo de un hígado en bronce, pieza clave para el estudio de la aruspicina etrusca, «hígado» al que se aludirá *in extenso* más adelante.

Los *Libri Fulgurales* (atribuidos a *Vegoia)* se centraban en la tipología, interpretación, rechazo e invocación de rayos y relámpagos, conectados en todos los casos con el destino *(fatum).* Para Séneca *(Nat. Quaest.,* II, 33), la ciencia relativa a los relámpagos se articulaba en tres momentos: análisis, interpretación y expiación, extremo este en conexión con la propiciación de los dioses.

Finalmente, los *Libri Rituales* constituyeron un conjunto menos homogéneo en cuanto a su contenido. Su colección (Festo, 285 L) estaba formada por los propios *Libri Rituales,* con normas para la fundación de ciudades, consagración de templos y altares, disposiciones jurídicas relativas a murallas y puertas, ritos sacrificiales e, incluso, el ordenamiento y el destino de los ejércitos *(Libri Exercituales),* mencionados por el historiador latino Ammiano Marcelino, y cualquier actividad civil en conexión con la guerra y la paz. Pero, además, comprendían los *Libri Ostentaria,* formados por

un catálogo interpretativo de todo tipo de prodigios y hechos anómalos; los *Libri Fatales,* alusivos al destino, esto es, a la división de la vida humana (fijada, como sabemos, en doce períodos de siete años) y la duración de los Estados (calculada en períodos variables de años); y los *Libri Acheruntici* (también atribuidos a *Tages),* cuyo nombre derivaba de Aqueronte, uno de los ríos mitológicos del Más Allá, libros estos relativos a la vida de ultratumba y a mostrar cómo el ser humano podría conseguir un mejor destino tras su muerte, convirtiéndose en uno más de los *Dii Animales.*

La *Etrusca disciplina,* constituida por los libros citados —los revelados y los exegéticos—, completada con la larga y rica experiencia de los sacerdotes, llegó a abarcar todos los campos de la vida de los hombres y de las ciudades, enseñando la voluntad de los dioses y los medios de comprender cada una de sus manifestaciones.

Lo que nos ha llegado de toda aquella literatura religiosa es muy limitado, dado que los textos sagrados etruscos se escribieron sobre soportes perecederos, en especial rollos de papiro y libros textiles *(libri lintei).* De los primeros, como ha señalado J.-R. Jannot, sólo se conocen representaciones plásticas (caso del rollo que tiene *Laris Pulenas* en su sarcófago de piedra), y de los segundos, aparte de los restos del *Liber linteus* de Zagreb, algunas reproducciones esculpidas en piedra (por ejemplo, en un sarcófago de Caere, hoy en el Vaticano; o en la *Tomba dei Relievi* también de Caere).

Caracteres de la religión etrusca

De acuerdo con la documentación existente se pueden señalar algunos caracteres específicos dentro de las creencias etruscas. Ante todo, el aspecto ritualístico de las prácticas religiosas, dentro de una escrupulosa ejecución y observancia minuciosa de las prescripciones a fin de contentar con ellas a una serie de dioses calificados de «inexplicables» *(Dii involuti)* y «secretos» *(Dii opertanei).* Aquellas prácticas, en manos de una cerrada clase sacerdotal, facilitaban el control ideológico religioso sobre el resto de las gentes.

Otra particularidad era el carácter agrario de muchos de sus elementos religiosos, que descansaban en divinidades con capacidades generadoras. Mentalmente sus sacerdotes observaron correspondencias claras y directas entre los mundos celeste, terrenal e infernal o del Más Allá, mundos poblados por divinidades específicas de contenido positivo o negativo, según los casos. Aquella correspondencia dio origen a una doctrina que, con principios mágicos, ligaba elementos concomitantes entre lo sensible y lo sobrenatural, siendo campo abonado para la intervención del personal sagrado. A nivel terrenal, los aspectos humano, animal y vegetal estaban, obviamente, ligados e interrelacionados, siendo los mismos capaces de recoger y, por supuesto, mostrar «señales divinas».

El desarrollo religioso, sin embargo, no se aferró a los primeros planteamientos arcaicos, sino que supo abrirse a otros planteamientos filosófico-religiosos y especulativos de origen exterior, ampliándose con ello el sistema ideológico originario. A las primitivas creencias se añadieron las concepciones antropomorfas y mitológicas de origen oriental y griego, ya presentes, por otro lado, en época arcaica. Durante la etapa clásica o período de crisis histórica se aceptaron los planteamientos órfico-pitagóricos y dionisíacos, para acoger en época helenística, coincidente con la decadencia y la romanización, las doctrinas astrológicas y mistéricas.

Siendo una religión revelada, o si se quiere «de libro», similar a la religión hebrea, cristiana e islámica, la etrusca asumió planteamientos oficiales, delineando un panteón con control religioso que gravitaba de modo pleno en las estructuras económicas y sociales.

Los dioses etruscos

Por lo que sabemos, los etruscos tuvieron al principio, según apuntó M. Pallottino, una concepción de la divinidad como algo misterioso *(Dii involuti),* superior, algo constituido por una única entidad más o menos enigmática, secreta y abstracta *(Dii opertanei)* que dominaba el mundo a través de manifestaciones tanto esporádicas como múltiples, concretadas, según gustase, en divinidades, grupos de divinidades y espíritus.

Si en un principio (siglos IX y VIII a.C.) el panteón fue imaginado a base de criaturas monstruosas (como las existentes en la tapa de un cinerario de terracota villanoviano de Pontecagnano, figuradas en un abrazo hierogámico, y en la famosa urna broncínea de Bisenzio, ya comentada), muy pronto, en los siglos siguientes y como resultado de las influencias religiosas orientales y griegas, concibieron a aquellos seres superiores —siempre herméticos, oscuros e incomprensibles— como entes ya totalmente individualizados, bajo formas antropomorfas.

De esta manera, se asistía al nacimiento de un abultado panteón de seres divinos que agruparon de modo jerárquico, aunque sin formar todavía tríadas, y que catalogaron como dioses celestes, de la tierra, del agua, del nacimiento, de la guerra, de los servicios cotidianos, de la curación y del Más Allá.

Dado que muchos de ellos se asemejaban en sus aspectos físicos, en su contenido teológico e incluso en sus nombres a los dioses griegos y latinos, es muy difícil determinar lo que hubo de genuinamente etrusco en los mismos.

A pesar de la individualidad religiosa y nominal de los dioses etruscos, fueron muy corrientes al principio las *denominaciones divinas binarias,* según ha subrayado C. De Simone. Según tal autor, los elementos binarios, al tiempo que definían de una manera global a un dios, lo presentaban también en dos conjuntos informativos con multitud de variantes que respondían a necesidades pragmáticas o religiosas muy variadas. Las mismas podían ir desde la yuxtaposición de dos personas divinas *(Śuri Cavatha; Pachathuras Cathsc),* la indicación de teónimo y su igualdad *(Tinia Calusna* = «Tinia, el de Calus»), a la de un teónimo y un gentilicio *(Selvans Sanchuneta; Uni Curtunei).*

Si primero se escribieron denominaciones binarias, luego algunas acabaron por separarse y adquirir el segundo miembro una connotación independiente y propia, caso del conjunto *Tin(i)a Velthum(e)na,* que, de divinidad unitaria gentilicia en sus orígenes, se escindiría en dos divinidades propias: *Tinia* y *Velthumena (Vertumnus),* el dios más significativo de Etruria.

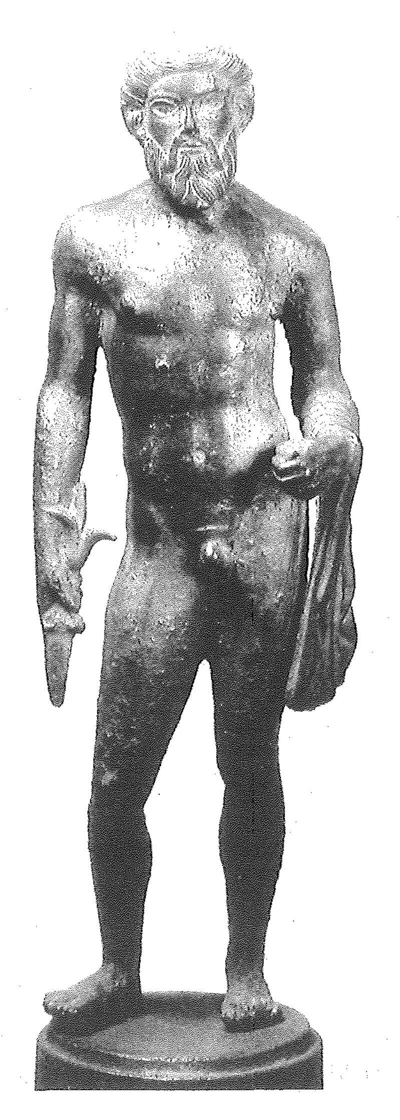
Fue muy usual, también, la presencia de entidades divinas de contenido plural que quedaron incorporadas al cortejo, esfera o ámbito de otras. Caso de *Achaviśur* y de *Ithavuśva* en torno a la diosa *Turan.* O el de los *Aiseras thuflthicla* en relación con *Thufltha,* sin olvidar la existencia de teónimos plurales *(Calusur, Kulśnuter, Selasva, Thesnchva).*

A pesar de las lagunas de conocimiento existentes —en relación con el significado funcional y teológico—, la presencia de grupos divinos plurales demuestra que fueron usuales en Etruria, y, además, de mucha originalidad, no evaluada todavía,

grupos estructurados tanto en asociaciones de carácter mayor (dioses importantes) como menor (dioses secundarios).

La gran tríada

Entre sus divinidades propias hay que destacar a la tríada principal, formada por *Tinia* (también *Tina y Tin), Uni* y *Menrva,* conocida en varios enclaves religiosos. Sin embargo, una unión en lo que respecta al culto de esta tríada, que correspondería a la Tríada Capitolina romana (Júpiter, Juno y Minerva), no puede documentarse con certidumbre en época etrusca.



Tinia. (Walters Art Gallery, Baltimore.)

a) *Tinia*

El primero, *Tinia,* equivalente al Zeus griego y al Júpiter latino, fue la más importante divinidad de Etruria, y sabemos por Séneca *(Nat. Quaest.,* II, 45) que reinaba en la totalidad del universo. Fue titular absoluto del mundo celeste, teniendo reservados para sí tres de sus rayos (Plinio el Viejo, *Nat. Hist.,* II, 138), que podía manejar a placer, y que eran demostración de su presencia. Su lugar de habitación residía, de acuerdo con Varrón, en la zona norte o nordeste del espacio. Se le rodeó de connotaciones paternales, haciéndosele padre de *Castur* y *Pultuce,* los Dióscuros etruscos, hermanos denominados en Etruria *Tinias cliniar,* «hijos de *Tinia*» (CIE, 10021), además de ejercer una total ascendencia sobre el dios *Turms,* el transmisor de sus órdenes.

Tuvo también un dominio sobre la vegetación y el mundo ctónico, según se sabe por el hallazgo de altares en Orvieto. En el fragmento de una taza, asimismo de Orvieto, se le llama *Tinia Calusna* (TLE, 270), reseñándose con ello su aspecto subterráneo e infernal, tal vez conectado con *Aita.*

En un principio se le representó en espejos, esculturas y cerámicas como un hombre joven, imberbe y desnudo, siendo una de sus mejores representaciones la imagen que de tal dios hizo *Vulca* de

Veyes para el templo de Júpiter Capitolino en Roma. Pero tras la difusión en tierras itálicas de la imagen del Zeus de Olimpia, *Tinia* acabaría por adoptar sus rasgos físicos, según prueba una terracota arquitectónica hallada en Orvieto o una *pyxís* en la que se le ve participando en la escena del nacimiento de Atenea.

El *Tinia* etrusco, a pesar de quedar asociado a mitos puramente de corte heleno (Minerva, Heracles), no fue un simple calco del Zeus griego o del Júpiter latino, sino que tuvo sus propios rasgos míticos y teológicos.

El llamado, aunque impropiamente, *Plomo de Magliano* y el *Liber linteus* de Zagreb prescriben determinados ritos en su honor, en contextos asociados tanto al mundo ctónico como al celeste. Tuvo culto en Orvieto, en donde contó, como mínimo, con dos santuarios, así como en Tarquinia, Volsinii y Arezzo (aquí le sería dedicada la magna obra broncínea conocida como la *Quimera).*

Su importancia religiosa quedó manifiesta en el hecho de estar registrado nada menos que cinco veces —con sus epítetos— en el *Hígado de Piacenza.* Uno de estos epítetos *(thuf),* atribuido en dos ocasiones al dios y en otra inscrito de modo aislado *(thuflthas),* quizá pudo haber servido para designar a los *penates* etruscos, a quienes Varrón llamó *complices y consentes,* creídos hombres y mujeres que aconsejaban a *Tinia.*

El nombre de *Thuflthа* aparece en el *Sátiro de Vulci* (CIE, 1033) y en una estatuilla de una colección privada francesa.

b) *Uni*

La esposa de *Tinia* fue *Uni,* la reina, la «delicia del género etrusco», diosa que compartía a veces con su esposo determinados sectores celestes y que figuraba en una de las casillas del *Hígado de Piacenza* seguida del epíteto *Mae.* Aparte de poder arrojar el rayo, tuvo connotaciones de diosa de la fecundidad, adoptando muy pronto los caracteres de la Hera griega.

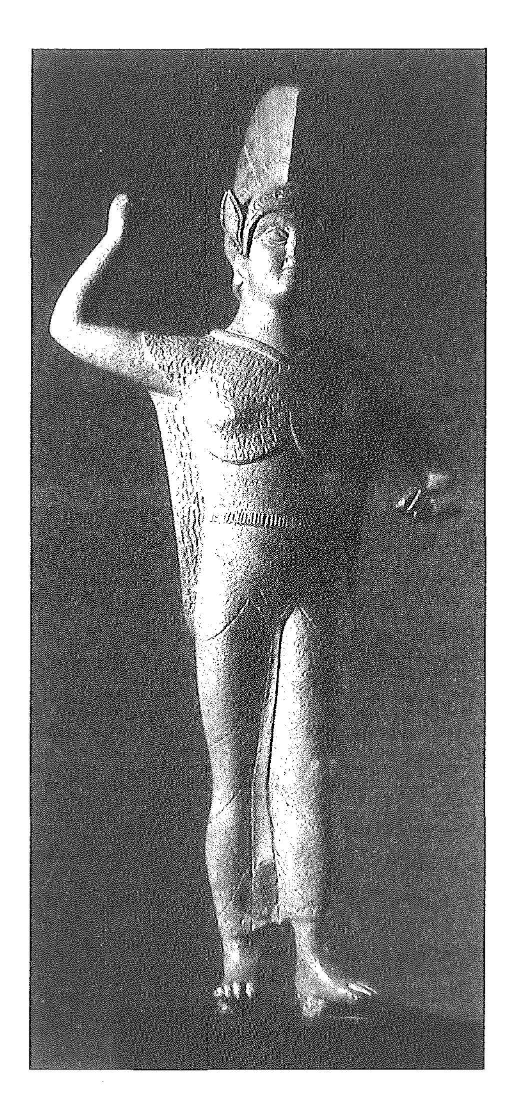
El nombre de *Uni* proviene del latino *Junon,* dado a una diosa romana con quien se la puede equiparar. *Uni* fue figurada armada *(Juno Quirites),* con la cabeza cubierta con los despojos de una piel de cabra, similar a *Juno Caprotina.* En algunas ocasiones fue representada combatiendo *(Juno Sospita* = «Juno libertadora»), como puede verse en un bronce arcaico del Museo de Florencia, en un ánfora *póntica* de Londres y en una lastra broncínea de Castel San Mariano de Perugia. Su imagen fue también recogida en numerosas antefijas tardoarcaicas del Lacio y de Falerii. En otras figuraciones aparece en contextos de escenas mitológicas griegas (juicio de Paris, vivencias con Heracles).

Para los cartagineses, cuya presencia en Etruria se detectó en diferentes lugares, la *Uni* etrusca era similar a la Astarté fenicia, hecho comprobable en el santuario de Pyrgi, en donde aparece citada en una de las famosas láminas de oro con el nombre de *Strt.* La diosa *Uni* contó con muchos templos en territorio etrusco, algunos de los cuales aparecen citados en la *Tégula de Capua* y en el *Liber linteus* de Zagreb. Por su parte, Caere, Veyes y Perugia contaron también con templos dedicados a tal diosa. En Cortona fue divinidad políada. En el santuario de Gravisca, hacia el 450 a.C., llegó a suplantar poco a poco a Leucóthea, venerada por comerciantes y marineros griegos que en tal puerto recalaban. En algunos espejos de bronce fue figurada introduciendo a Heracles en el Olimpo, adoptándolo como hijo *(Hercle Unial clan)* e incluso amamantándole a fin de legitimar la inmortalidad del héroe.

A partir del siglo IV a.C., su iconografía fue variando, pues pasó a ser representada semidesnuda, a imagen de *Turan* (Afrodita), cuyas funciones como diosa del amor compartió en parte, asumiendo significados de las divinidades griegas Ilitía y Leucóthea, antes citadas. *Uni* acabó siendo la protectora de la vida femenina en sentido amplio.

c) *Menrva*

La titular de las ciudades amuralladas y nodriza de distintos dioses, así como curandera y mántica, fue *Menrva,* llamada primeramente *Menarva* y mucho más tarde *Merva* y también *Mera.* Su culto, partiendo de Etruria, se extendió a partir del siglo VI a.C. por toda Italia, en donde tuvo numerosos templos, sobresaliendo por su importancia los del Portonaccio, en Veyes, y el de Santa Marinella, en el territorio de Caere. Se supone que también hubo de tener un notable santuario en Arezzo, dado que en dicha localidad se halló una interesante imagen broncínea de tal diosa.



Menrva combatiente. (Museo del Louvre, París.)

De *Menrva* han llegado numerosas estatuas votivas, localizadas en depósitos cultuales de Perugia, Caere y Arezzo, así como lastras de terracota pintada, en donde aparece ayudando a diferentes héroes (en especial a Perseo y a Heracles), y representaciones plásticas (Pyrgi, grupo de Sant'Omobono de Roma).

Según la mitología etrusca, *Menrva* poseía en propiedad uno de los rayos del firmamento *(manubiae minervalis)* con el cual se la representó en algunas ocasiones. Cuando se la rodeó de los atributos de la griega Atenea, se la figuró con la égida drapeada y con casco, blandiendo lanza y armada con escudo redondo. Asimismo, se la dotó, en algunas ocasiones, de alas (relieve de Pyrgi, por ejemplo), en clara alusión a la rapidez de la diosa y de acuerdo con modelos jonios. En los espejos (caso de uno de Bolonia) se la representa naciendo de la cabeza de *Tinia* con la ayuda de otras diosas y dioses *(Thanr, Ethauśva, Thalna, Sethlans).* En Etruria tuvo connotaciones de diosa ctónica (altares de sacrificios), así como funciones oraculares *(sors oraculi* hallada en Santa Marinella). Asimismo, se la asoció al mundo de la infancia *(kourotróphos),* ocupándose de los misteriosos niños,

llamados *Mariś,* hijos de *Laran* y de *Turan,* así como del niño *Epiur,* creído hijo de *Hercle* y de la propia *Menrva.*

En Etruria, a diferencia de la Atenea griega y de la Minerva romana, no se la conoció como protectora de los trabajos manuales ni de las artes. A pesar de su importancia, su nombre no aparece en el *Hígado de Piacenza.* Algunos etruscólogos la han identificado con la diosa *Tecvm,* que sí aparece citada en el indicado *Hígado* y también en el *Liber linteus* de Zagreb. Quizá el nombre *Tecvm* sea el de *Menrva* en una de sus funciones cósmicas.

Figuras del panteón

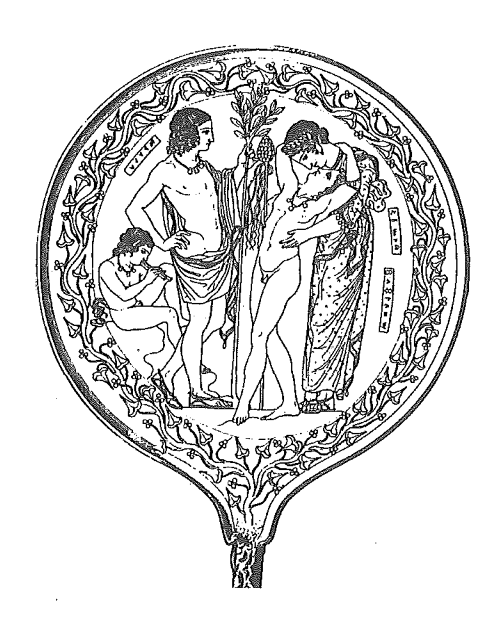
Por debajo de estas tres divinidades existió un numeroso grupo de dioses de contenido teológico, obviamente, muy diverso. Entre los más significativos hay que señalar los siguientes:

Fufluns

Este dios, de carácter ctónico en sus orígenes, tuvo una evolución teológica compleja. Durante el siglo V a.C. fue el titular del vino y de las fiestas orgiásticas, asimilado al Dioniso griego, al Pomono umbro y al *Liber* latino. Acabaría por recibir el nombre de *Pachie* (de *Pacha,* esto es, Baco), según testimonian tres inscripciones de Vulci (TLE, 336 y nota correspondiente). En el siglo IV a.C. quedó englobado en asuntos femeninos, y a partir del III a.C. fue puesto en conexión con el mundo funerario, en calidad de divinidad psicopompa.

Figurado en un trípode de Vulci, el mismo fue ofrecido en Atenas, lugar en el que determinados escritores no dudaron en conectarlo con los piratas tirrénicos *(Himno homérico VIII).* Fue representado también en pequeños bronces, en cerámicas, en gemas y en espejos broncíneos con un *kántharos* y un cuerno para beber, a menudo entre un cortejo de ménades y sátiros.

Al poner en paralelo el nombre de *Fufluns* con el de la ciudad de *Pufluna* (Populonia), se ha argumentado que quizá fue el dios políado de tal enclave. Sin embargo, llegó a alcanzar, además, una gran popularidad en toda Etruria —entre la *nobilitas* tarquiniense, por ejemplo—, contando probablemente con colegios sacerdotales específicos *(¿pachathuras, pachanac, pachanati?)* y teniendo una gran influencia sobre las posteriores agrupaciones báquicas latinas.



Espejo con Semla abrazando a su hijo Fufluns. Vulci.

Su nombre aparece en el *Hígado de Piacenza* por dos veces, junto al de *Catha;* en piezas cerámicas *(kylix* de Múnich, del *Pittore di Pentesilea);* y en espejos, en donde figura —caso de uno famoso, de Berlín, ya citado—, como protagonista de repertorios amorosos, junto a las diosas *Semla* —su madre—, a la que besa, *Areatha* y *Vesuna.* Asimismo, se halla presente bajo el pie de una crátera ática localizada en el área sur de Pyrgi (REE, núm. 37). Este texto registra, como dice D. F. Maras, la consagración del vaso a *Fufluns (mi fuflunusra:* «Yo [soy de] Fufluns»). Debe indicarse que el nombre de este dios aludiría al de *Śuris,* titular del culto pyrgense junto a *Cavatha,* y que allí éste fue venerado por su pertenencia al ámbito de culto de *Fufluns.*

El culto de *Fufluns,* ampliamente aceptado en Roma, llegaría a ser prohibido por el senado en el año 186 a.C., debido a las transgresiones morales que el mismo llegó a comportar.

Sethlans

Un dios de carácter ctónico, venerado de modo especial en Perugia, fue *Sethlans,* el titular del fuego, siendo muy similar al griego Hefesto y al romano Vulcano. Se le consideró el patrono de los artesanos y se le representó con hacha *bipennis,* martillo y tenazas y tocado con un gorro o pileo. En la figuración de un espejo tiene como colaborador a *Etule,* identificable con Epeo *(Epeiós)* el griego constructor del caballo de Troya. Otro de sus colaboradores fue *Tretu,* divinidad desconocida en los mitos griegos, y que le ayudó a la liberación de la diosa *Uni* (espejo de Dresde). En otro espejo, hoy en Corchiano —y del que ya nos ocupamos con anterioridad—, aparece el dios de espaldas, desnudo y tocado con un gorro, mirando cómo se besan *Acaviser* (aquí en forma masculina) y *Turan.* Otro personaje, desnudo también y de nombre *Uslanes,* contempla la escena, que alude a la infidelidad de *Turan,* la esposa de *Sethlans.*

A pesar de su importancia, *Sethlans,* como tantísimos otros dioses, no fue recogido en el *Hígado de Piacenza.* Populonia, dado su carácter de ciudad metalúrgica, no dudó en representarlo en sus monedas; sin embargo, no está demostrado que le tributara culto específico. Se ha pensado que *Sethlans* pudo haber sido un doble de *Velch(a),* otra divinidad etrusca más antigua, conectada también con el trabajo de la forja.

Según Servio *(Ad Aen.,* I, 42), el Vulcano etrusco fue uno de los grandes dioses lanzador de rayos.

Velch(a)

Velch(a) (Velcitanus), al que se acaba de citar, fue otra divinidad próxima a *Sethlans,* con funciones primeramente ctónicas, conectadas con la vegetación, y luego con la forja y con los artesanos, similar al Vulcanus latino y al Zeus Velchanos cretense. El mes de marzo le fue dedicado. Una de las casillas del *Hígado de Piacenza* le puede ser atribuida *(lvsl velc).*

Selvans

El titular de las selvas y el protector de los límites de los campos, de las fronteras y de los pactos entre los hombres fue *Selvans,* citado en el *Hígado de Piacenza* una vez con su nombre y otra con su epíteto *(fvl[aras]),* esto es, *tutor finium.* Sus primeras referencias se documentan ya en el siglo v a.C. en sendas dedicatorias inscritas en una paleta broncínea para incienso y en un *thymiatérion,* también de bronce. Del siglo III o II a.C. han llegado un cipo con su nombre y el epíteto *sanchuneta,* y una estatuilla de Volsinii, que lo califica de *enizpetla* (término intraducible), pieza hoy en el Museo de Villa Giulia de Roma.

De entre su repertorio iconográfico es famoso un pequeño ejemplar broncíneo, de Cortona, con una dedicatoria (TLE, 641), que lo figura desnudo, pero tocado con los despojos de una piel de felino (alusión a su tutela sobre pastos y rebaños) y enjoyado con un torques en torno a su cuello, portando en la mano algún objeto, hoy perdido. En Tarquinia su nombre se asoció al de *Śuri.*

A su onomástico se le añadió, en ocasiones, distintos epítetos y epíclesis, quizá para precisar su cometido religioso *(smucinthiunaitula, canzate, canlas, enizpetla* y *sanchuneta,* entre otros). Además de ser venerado en Cortona y en Tarquinia, también lo fue en Bolsena, Sarteano y Carpegna. Entre los romanos fue conocido como *Silvanus,* dios de contenido agrícola y pastoril, y a quien se le hizo autor de algunos tratados de los *Gromatici Veteres.* El poeta Horacio lo invocó como *pater Silvanus tutor finium* («Padre Silvano, protector de los confines»).

Turms

Otro dios importante fue *Turms,* de contenido similar al Hermes griego, de quien copió muchos de sus rasgos, conectados con el ámbito del comercio. Sus numerosas representaciones etruscas, sobre todo a partir de finales del siglo VI a.C., lo figuran en contextos mitológicos de tradición griega (nacimiento de Atenea, juicio de Paris, por ejemplo).

Si en un principio se le imaginó barbado, más tarde fue representado de modo imberbe y con rasgos juveniles. Sus atributos fueron un sombrero de ala ancha *(pétasos)* y un bastón o caduceo *(kerykéion).* Etruria, no obstante, conoció un *Turms* autóctono, deducible del nombre presente en la inscripción de un espejo del siglo IV a.C.: *Turms Aitas.* Este onomástico hacía de él un mensajero del dios de los muertos *(Aitas* fue el guía de las almas al Más Allá). En esta función psicopompa se le representó en gemas, urnas y sarcófagos de la etapa de influencia helenística, en la que asumía funciones de *Charu(n).*

Turms fue representado en el célebre grupo de terracotas que adornó el templo del Portonaccio en Veyes, así como en lastras y en estatuillas arcaicas. Su imagen quedó también fijada en la plástica arquitectónica (estatua del templo de Orvieto). Su nombre aparece en espejos y su iconografía fue muy figurada en escenas mitológicas —de corte griego— sobre vasos, espejos, monedas y objetos ornamentales. Tocado con gorro y portando un caduceo, acabó igualado al Hermes griego y al romano Mercurio. Parece que no contó con culto específico en ninguna ciudad (salvo, tal

vez, en Arezzo y Populonia, aquí recogido en monedas). Tampoco fue incluido en el *Hígado de Piacenza.*

Otros dioses significativos

A todos éstos les seguían en rango cultual otros destacados dioses. Entre ellos, se pueden citar los siguientes:

Nethuns

Con este nombre se conoció al titular de las aguas dulces, manantiales y riachuelos. El onomástico de tal dios, que aparece citado en el *Hígado de Piacenza,* proviene del vocablo umbro *nep(t)* («humedad»), por lo que se le identificaría mitológicamente con el Poseidón griego y el Neptuno romano.

En algunas representaciones a *Nethuns* se le figura haciendo salir agua del suelo, como puede verse en un espejo del Museo Gregoriano Etrusco del Vaticano. A partir del siglo V a.C. se le hizo también titular de las aguas del mar, siendo representado barbudo y con tridente (gema de Vulci) y llevando a veces un delfín en la mano o bien tocado con los despojos de tal pez. Su nombre quedó inscrito en el *Liber linteus* de Zagreb, en el contexto de un ritual a él dedicado. Se le consideró ancestro de la estirpe real de Veyes y en Vetulonia muchas de sus monedas fueron acuñadas con la efigie de dicho dios.

Laran

Laran fue el dios de la guerra, correspondiendo su figura al Ares griego y al Marte romano. Dicha divinidad fue acogida tardíamente (siglo IV a.C.) en el panteón etrusco, según documenta una inscripción sobre un espejo de Populonia. Su nombre, sin embargo, no fue consignado en el *Hígado de Piacenza.* Sus rasgos iconográficos permiten deducir que hubo de recibir una notable influencia griega, apareciendo su imagen en algunos espejos ornados con series alusivas al tema de la Gigantomaquia, como la representada en el precitado espejo de Populonia, en el que se halla combatiendo contra *Cels Clan,* el gigante «hijo de la Tierra». En algunas ocasiones se le sitúa junto a la diosa *Turan,* a modo de pareja Ares/Afrodita (un sarcófago de Tuscania, por ejemplo, los recoge en el contexto del episodio de *Los Siete contra Tebas).*

De la pareja *Laran* y *Turan* nacieron tres jóvenes dioses, llamados todos *Mariś,* identificándoselos con diferentes apelativos. Quizá la imagen que mejor representa a *Laran* es una magnífica estatua broncínea —no se sabe si de culto o votiva— hallada en Todi y conocida popularmente como *Marte de Todi,* a la que ya se aludió en páginas anteriores. El espejo de Populonia, antes citado, representa a *Laran* barbudo y con armas, pero lo usual fue que se le figurara joven e imberbe, armado sólo con escudo y lanza.

Numerosas terracotas (depósito votivo de Campetti, en Veyes) y estatuillas de bronce —que lo figuran así—, halladas en otros depósitos (Orvieto, Chiusi), documentan un culto a *Laran* no solamente en Etruria, sino también en el resto de la

península itálica. En la *Tegula de Capua*, su nombre aparece escrito bajo la forma de *Laruns*. Muy probablemente, *Laran* equivale al *Lar militaris* de Marciano Capella.

Mariś

Con el nombre de *Mariś* se conoció a tres jóvenes dioses etruscos, creídos —como se ha dicho— hijos del dios *Laran* y de la diosa *Turan*. Ninguno de ellos puede ser identificado con el Marte romano, dios de la guerra.

Determinados textos (de Chiusi, Orvieto, Heba y Bolsena, por ejemplo) califican a tales *Mariś* mediante epítetos o epíclesis en una clara denominación divina binaria: *Mariś husrnana, Mariś menitla, Mariś halna* y *Mariś isminthians*. Numerosas representaciones, que han llegado a nuestros días, los figuran junto a la diosa *Menrva*, que, al parecer, fue su nodriza. De acuerdo con la iconografía, los citados *Mariś* participaron en diferentes mitos etruscos, cuyo contenido argumental se ignora todavía hoy.

Por otra parte, el nombre de *Mariś* aparece en tres de las casillas del *Hígado de Piacenza (marisl lath, mari* y nuevamente *mar)*. El giro *marisl lath* lo designaría como una divinidad asimilable al *Lar familiaris* de la religión romana, protector de la familia en su totalidad, incluidos siervos. Su nombre se halla inscrito, asimismo, en la *lámina lenticular* de Magliano, aquí como destinatario de ofrendas. En Chiusi se halló un vaso con una dedicatoria que portaba el nombre de los tres *Mariś* (CII, 2094). También el mismo quedó consignado en varios espejos de bronce.

Sus tres apelativos motivaron figuras iconográficas distintas, apareciendo unas veces armado, otras provisto de alas o bien empuñando un cetro. Su aspecto juvenil *(Mariś husrnana* = «Maris protector de los jóvenes») y el ser descendientes de *Turan* ha dado lugar a que algunos etruscólogos hayan asimilado *Mariś* a Eros (W. Deecke) e incluso con el *Genius* romano.

Eliano *(Var. hist.*, IX, 16) habló de un *Mares* que tenía la parte anterior humana y la posterior equina. Para G. Hermansen, tal centauro pudo haber sido la forma arcaica bajo la que se concibió la figura del dios etrusco *Mariś*, aseveración no probada en la documentación de que se dispone.

Usil

Usil y *Catha* —de la que se hablará en el epígrafe dedicado a las diosas— fueron los nombres que recibieron las dos divinidades solares, en su acepción masculina y quizá femenina, respectivamente.

Usil, que acabó por agrupar en su personalidad divina todos los rasgos del Helios y del Apolo solares, aparece citado en el reverso del *Hígado de Piacenza*. Su nombre se consignó por escrito ya a partir del siglo VII a.C. y su imagen se representaría tiempo después en diversas cerámicas (ánfora de figuras negras del grupo de la Tolfa, hoy en Florencia), en numerosos espejos (caso del de Orvieto, atesorado en el Institute of Arts de Minneapolis), en bronces (como el del Museo del Ermitage, en San Petersburgo), en antefijas (templo «B» de Pyrgi) y en relieves (hipogeo de los *Volumni*, en Perugia). En los espejos aparece como un joven imberbe, con nimbo rayonado o con disco solar tras la cabeza, portando en las manos dos esferas de las que salen rayos ondulados. La concepción helénica del «Helios sobre cuadriga» también sería adoptada por los etruscos, representándosele así en algunos espejos (uno, interesante, en Berlín).

La imagen de *Usil* con sus caballos vistos frontalmente, pero sólo hasta el pecho, sería la tipología icónica más común durante los siglos IV y III a.C. En un espejo de Vulci (hoy en Londres), *Usil* aparece junto a su padre *Uprimum* (el Hyperion clásico), y en otro, del Museo de Villa Giulia de Roma, lo está junto a *Nethuns* y *Thesan*. La imagen de este espejo, originario de Tuscania, es la que más ajustadamente representa a tal dios. A veces, a *Usil* se le figuró con un arco, asimilándolo en tal caso a *Aplu*. Algunas cerámicas, como las conocidas bajo la denominación de *Fiasca da Pellegrino*, presentan una «decoración abstracta» que puede identificarse con los rayos solares lanzados por *Usil*.

Culśanś

El titular de las puertas *(cul)* fue *Culśanś*, un dios bifronte, que quizá deba ser conectado, a pesar de su diferente grafía, con la divinidad *Cvlalp* del *Hígado de Piacenza [¿Cul(śanś) Alp(an)?]*. Tal dios, probablemente de origen pelásgico o, como quiere O. Carruba, anatolio, tuvo su contrapunto femenino en una diosa *Culśu*, asimismo titular de las puertas. Al igual que el Jano romano, *Culśanś* tuvo dos caras, hecho con el que se quería simbolizar el control de lo delantero y de lo de atrás o, si se quiere, de la acción hecha y de la inacabada.

Estatuilla de *Culśanś*. Cortona.

Servio (*Ad Aen.*, VII, 607) comentó que en la ciudad etrusca de Falerii fue hallada una estatua de un Jano cuadrifronte, la cual fue llevada a Roma por orden de Numa Pompilio, y se situó en un templo con cuatro puertas. En un sarcófago chiusino de alabastro (hoy en Palermo) se figura a la diosa *Culśu* junto a *Vanth* custodiando una puerta, identificable con la entrada de los Infiernos, ámbito no extraño a tal diosa y a *Culśanś* (E. Simon).

Una pequeña estatuilla de bronce fundido (siglos IV-III a.C.), hallada cerca de una de las puertas de Cortona, figura a *Culśanś* imberbe y desnudo —pero calzado *(endromídes)* y con torques en el cuello— y con la cabeza cubierta con una piel de felino. La misma presenta una inscripción de carácter votivo (TLE, 640).

Algunas monedas de Volterra recogieron en una de sus caras la cabeza bifronte de *Culśanś*. Asimismo, diferentes cabecitas de terracota que lo representan han sido localizadas en Vulci y en Tarquinia. Por influencia romana, este dios acabaría siendo figurado con barba.

Satre

Finalmente, hay que consignar a *Satre,* dios quizá de parecido significado al Saturno romano. *Satre* aparece citado en el *Hígado de Piacenza* en su forma genitiva *(Satres),* así como en el *Liber linteus* de Zagreb, aquí bajo la forma de *Strs.* Por desgracia, se ignora su exacto contenido religioso, aunque se supone que fue un dios de las profundidades de la tierra. Se desconoce incluso su iconografía.

Familias de dioses

Aún creyeron en otros dioses que agruparon por familias con un indeterminado número de componentes (llamados por Séneca *Dii superi et involuti,* a los que consultaba *Tinia* al ir a lanzar un tipo de rayo), o en grupo de doce *(Dii consentes),* o bien de nueve *(Dii novensiles, Dii fulguratores).* De todos estos dioses apenas sabemos nada: ni nombre, ni sexo, ni forma, ni número, ni su culto, ni los santuarios donde fueron venerados.

EL DIOS «VOLTUMNA»

Una divinidad muy importante fue *Veltuna* o *Velthumna* (el *Vertumnus* romano), convertido en *Deus Etruriae princeps,* según indica Varrón *(De ling. lat.,* V, 8), cuando adquirió individualidad específica por influencias griegas. De un dios gentilicio, asociado en sus orígenes a *Tinia* (de acuerdo con una denominación binaria), pasó a convertirse en un ser divino ctónico, de extraña personalidad, creído unas veces monstruo terrible, otras responsable de la vegetación e incluso gran guerrero, para terminar por ser convertido en el titular del templo federal de la confederación etrusca, el *Fanum Voltumnae.*

Voltumna, al parecer originario de Volsinii, fue figurado como un joven imberbe y de aspecto atlético, según evidencia un bellísimo bronce de Monterazzano, hoy en el Museo Civico de Viterbo. A pesar de ser considerado el dios que presidía las fuerzas creadoras, su nombre —de muy compleja etimología, según señaló G. Devoto— no figuró en el *Hígado de Piacenza* ni tampoco en la documentación relativa al panteón etrusco. Tal ausencia onomástica de las inscripciones etruscas e incluso romanas ha hecho pensar que su nombre serviría quizá como apelativo para referirse a otro dios que, sin duda, hubo de ser *Tinia,* o a la idea de un posible contenido solar, que lo acercaría a *Catha.*

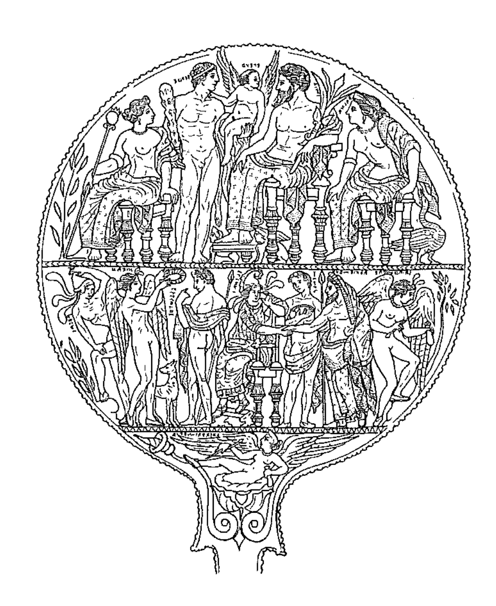
Lógicamente, su culto pasó también a Roma, en donde se le erigió una estatua en el *vicus tuscus* o barrio etrusco (Varrón, *De ling. lat.,* V, 8), así como un templo en el Aventino (Festo, 228 L). En dicha ciudad se le consideró el dios responsable del cambio de las estaciones, recibiendo por ello, como ofrenda, flores y frutos. Le fueron dedicadas también unas fiestas, las *Vertumnalia,* asociadas a la vendimia. El poeta latino Sexto Propercio, del círculo de Mecenas, testimonia la presencia de *Vertumnus* al indicar que contemplando la estatua de la divinidad recibió del dios una serie de palabras en las que el propio *Vertumnus* se declaraba de origen etrusco, aludía a la explicación de su nombre y a la facilidad de transformarse, incluso en una tierna doncella. Dicho poeta no dudó en consignarlas en una de sus elegías (Libro IV, eleg. 2):

> Tú que te asombras de que yo tenga en un solo cuerpo tantas formas, escucha los atributos originarios del dios Vertumno. Etrusco soy y de etruscos desciendo y no me pesa haber abandonado mis hogares de Bolsena durante las guerras [...]. Me llamo dios Vertumno por el río (el Tíber) que desvió su curso o bien porque recojo los primeros frutos al comienzo del año, creyó la gente que eran consagrados a Vertumno [...]. Tengo otra explicación para mi nombre [...]. Mi naturaleza se presta a todas y cada una de las formas: cámbiame en la que quieras y seré un dios bello, vísteme con seda de Cos y me convertiré en una tierna doncella...

La acogida de dioses griegos

Al tiempo que las divinidades etruscas comenzaban a helenizarse ya a mediados del siglo VII a.C., muchos dioses griegos y determinados mitos (los de Teseo, Aquiles, Ulises y Heracles) fueron acogidos con toda prontitud en el panteón de Etruria, que se había abierto a los influjos *in primis* de la Magna Grecia y luego de la Grecia asiática dentro de un proceso de muy difícil comprensión, pero altamente conectado con el deseo de las clases gentilicias. En dicho proceso tuvieron mucho que ver «los artesanos de la palabra», en feliz expresión de M. Torelli, los cuales difundieron por Etruria y por el Lacio leyendas y argumentos sacros en el ámbito de un complejo fenómeno de contacto entre culturas.

Testimonio significativo de la llegada del mito griego a suelo etrusco —y su general aceptación— lo constituye la *crátera de Aristonothos,* que se comentó en páginas anteriores, pintada hacia el 650 a.C. en Caere, cuya escena alusiva al mito de Ulises y Polifemo hubo de ser perfectamente comprendida. Aparte del posible episodio puntual, la evocación mítica del enfrentamiento entre Ulises y Polifemo pudo ser susceptible de una transposición simbólica que identificase a etruscos contra siciliotas en aquellos dos personajes.



Héroes griegos en el Olimpo y en el Más Allá. Vulci. (Biblioteca Nacional, París.)

Acomodo en el panteón etrusco

La llegada de los mitos significó también la llegada de los dioses griegos a suelo etrusco, muchos de los cuales hallarían acomodo al ser identificados o adaptados a dioses indígenas en una operación ideológica, desde luego muy compleja, mientras que otros serían tomados en préstamo.

Entre estas últimas divinidades hay que señalar a Apolo y a Ártemis, su hermana, que se convirtieron, respectivamente, en *Aplu* (o *Apulu)* y *Artume(s)* (o *Artames* y *Aritimi),* divinidades documentadas en suelo etrusco ya en la mitad del siglo VI a.C.

Lo mismo cabe decir de Heracles *(Hercle),* Letona *(Letun),* Cástor *(Castur)* y Pólux *(Pultuce),* Hades *(Aita),* Perséfone *(Phersipnai)* y Caronte *(Charu(n)).*

Aplu

Aplu tuvo unas características religiosas semejantes a las del griego Apolo. Ya desde la mitad del siglo VI a.C. fue representado a modo de joven arquero, con largos cabellos, según se observa en algunos *vasos pónticos,* en relieves broncíneos y en lastras de terracota policromada *(Placa Campana,* hoy en el Louvre), siguiendo la iconografía y el contenido mitológico griegos (había matado a Pitón y a Ticio). Por ello, su carácter teológico se hizo próximo, durante un tiempo, al de un demonio de la muerte, acompañado por genios con cabezas de lobo o de león.

Sin embargo, también fue creído un dios purificador que eliminaba la serpiente. Su máxima representación plástica, de época arcaica, se debe al escultor *Vulca,* que la hizo para el grupo que decoró el templo del Portonaccio de Veyes y a la que se aludió en su momento. En el repertorio ornamental de algunos espejos, *Aplu* aparece asociado a la figura de la diosa *Menrva.* En el siglo V a.C., la imagen de *Aplu* se transformó, pasando a ser figurado como un citarista, conductor de musas, según puede verse en determinadas figurillas de Veyes, Santa Marinella, Caere, Gravisca y Bolonia. Quedó asociado, por lo tanto, a ambientes más o menos dionisíacos.

Aplu tuvo, lógicamente, amplio culto en centros etruscos visitados por comerciantes de origen griego, caso de Gravisca, importante puerto de Tarquinia, que ya conocemos. Allí fue hallada un ancla de mármol dedicada al dios por un rico mercader griego, de nombre Sóstratos, fechada hacia el 530 a.C. Asimismo, los habitantes de Caere le tributaron un gran culto, no dudando, en torno al 540 a.C., en enviar una embajada a Grecia, al santuario de Apolo en Delfos, a fin de expiar las atrocidades que tales etruscos habían cometido después de la batalla naval de Alalia. Asimismo, los habitantes de Adria y de Spina, muy helenizados, rindieron culto a tal divinidad, según documentan vasos que le habían sido dedicados.

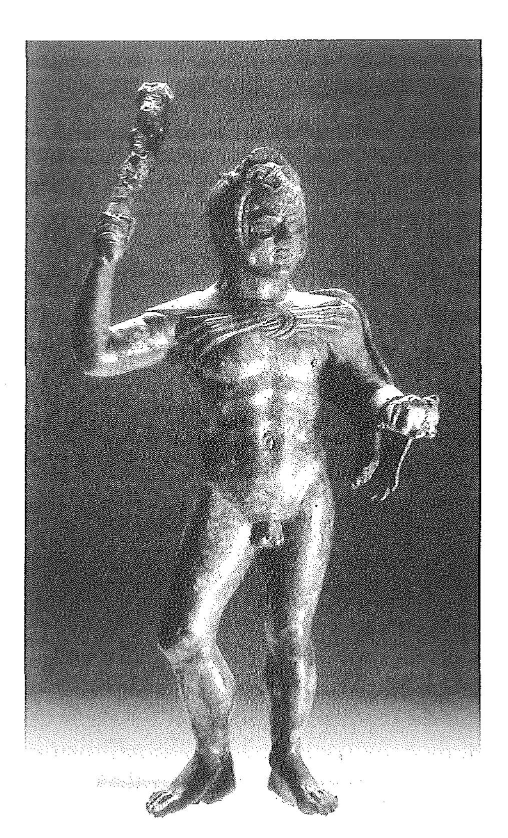
A pesar de su importancia, el nombre de *Aplu* no apareció recogido en el *Hígado de Piacenza,* dado que su figura no se pudo asimilar, al parecer, a ninguna específicamente etrusca.

Aritimi

Aritimi o *Artume(s),* la hermana de *Aplu,* fue objeto de una evolución teológica. De ser una feroz arquera, cazadora de animales *(vasos pónticos)* y cabalgar sobre ciervos, pasó a ocuparse del mundo musical, tañendo liras. En un espejo de Berlín, fechado a comienzos del siglo V a.C., se representa a ambos hermanos en una escena musical, testimoniando así su evolución teológica, que desembocó en la protección de la infancia. También aparece junto a *Aplu* en una estatuilla de bronce (hoy en París) en la que se halla una inscripción votiva en honor de *Aritimi* (TLE, 737).

Dicha diosa no tuvo templos específicos, pero se supone que el del Portonaccio pudo haberle estado dedicado en parte. Asimismo, en el templo del Ara della Regina se halló un objeto votivo con su nombre.

Aritimi/Artume(s) no tuvo las connotaciones de la Ártemis griega (señora de las fieras y de la caza), si bien en las representaciones tardías (Roma, Gravisca) se la in-



Herkle. Villa Cassarini.

cluyó en el mito de Acteón. Algunas terracotas votivas la figuraron entronizada y vestida con largo manto, sola o junto a *Aplu* y *Letun.*

Hercle

Otra gran figura griega que alcanzó gran culto entre los etruscos fue *Hercle* (también *Herecele* o *Herkle),* que, con categoría siempre de divinidad —y no de héroe, como en Grecia—, llegó a ser incluido en el *Hígado de Piacenza.* Su personalidad y nombre, que tal vez eclipsaron a alguna divinidad etrusca, quedaron atestiguados en el siglo V a.C., aunque el dios ya había sido conocido con anterioridad al permanecer figurado en el mundo del arte etrusco (grupo del santuario del Portonaccio en Veyes, «Templo B» de Pyrgi, *Hercules fictilis* que *Vulca* realizó para Roma).

Sus diferentes hazañas o «trabajos» fueron inmortalizados en numerosísimos vasos, jarras, bronces y placas decorativas de edificios públicos y templos. La tipología de sus estatuillas, cuando lo figuraban revestido de la piel de un león y armado con clava, respondía a influencias chipriotas, griegas y puramente etruscas. En tres espejos (de Aril, de Charlottenburg y de Czartoryski), en los que aparece con otros personajes, y en un escarabeo, se le representa bajo el epíteto poético de *Calanice,* nombre derivado también del griego *Kallínikos.* En otro de Volterra, ya tardío (hoy en Florencia), aparece siendo amamantado por *Uni,* de la cual se había convertido en hijo, según deja ver la inscripción (TLE, 399) que en él aparece *(Hercle unial clan).* En otras composiciones aparece junto a *Menrva,* que adopta a veces la actitud de una esposa con respecto a *Hercle.* En diferentes monedas de Populonia y de Volterra quedó improntada la cabeza del dios o bien sus símbolos.

Los etruscos lo hicieron sujeto de nuevas aventuras, totalmente locales, muchas de ellas de significación todavía no aclarada (rapto de la diosa *Mlacuch;* viaje por mar sobre una balsa de ánforas o de odres; introducción de su hijo adoptivo *Epiur* ante *Tinia, Turan* y *Thalna;* recogida de agua en un manantial —existió una *Fons Herculis* cerca de Caere—; domador del Cerbero; coronación de *Hercle* por parte de *Mean).*

Gran cantidad de gemas, vasos y monedas lo figuran unas veces joven, otras adulto con barba. *Hercle,* en resumen, fue considerado como imagen de la prosperidad, la fuerza vital, la fertilidad y la fortuna. De ahí su gran predicamento religioso. Uno de sus templos estuvo en Vulci.

Castur y *Pultuce*

Por su parte, los Dióscuros *(Diós kouroi),* esto es, Cástor y Pólux, los hijos de Zeus y de Leda, llegados desde la Magna Grecia, fueron conocidos, a finales del siglo VI a.C., como *Tinias cliniar* («hijos de *Tinia»),* según demuestra la inscripción existente bajo el pie de una *kylix* ática de Tarquinia, de figuras rojas, firmada por Oltos y Euxitheos (TLE, 156), dedicada por un tal *Venel Atelinas* a ambas divinidades guerreras, llamadas en tierra etrusca con los nombres de *Castur* y *Pultuce.* Más tarde no pocas cerámicas, algunas pinturas funerarias y diferentes espejos se decoraron con las figuras de los hermanos, representados bajo aspectos atléticos, caso del procedente de Porano (Volsinii), del siglo III a.C., hoy en Perugia. En su figuración aparece *Castur* dando el huevo, del que nacerá Elena, a su padre Tindáreo *(Tuntle)* en presencia de su madre Leda *(Latva),* de su hermano Pólux *(Pultuce)* y de Afrodita *(Turan).* En la orla floral del espejo se grabó con gruesas letras la inscripción *Ceithurneal śuthina,* esto es, «ofrenda sepulcral de Ceizurna» (TLE, 219).

Phersipnei

La esposa de *Aita* (Hades) fue *Phersipnei,* señora por tanto de la Ultratumba. Su nombre y su contenido religioso derivaron de la griega Perséfone, que luego se convertiría en la romana Proserpina. En Etruria, y a partir ya del siglo IV a.C., siempre apareció asociada a su esposo (pinturas de la *Tomba dell'Orco II* de Tarquinia; de la *Golini I* en Orvieto; crátera de Orvieto; espejo de Orbetello; varias urnas), figurándosela con serpientes en los cabellos.

Las diosas etruscas

Aunque fueron menos significativas que los dioses, los etruscos tributaron culto a diferentes diosas. Entre ellas, además de *Menrva* y de *Aritimi* o *Artume(s),* antes examinadas, deben recordarse las siguientes:

Turan

Una diosa muy venerada en toda Etruria, especialmente durante la época arcaica, fue *Turan.* Su contenido mitológico y cultual se aproximó, a partir del siglo IV a.C., al de la Afrodita griega y, más tarde, al de la Venus romana, pero sin confundirse con aquellas divinidades.

De acuerdo con su nombre *(tur* = «dar»), tal diosa sería «aquella que da», sin saberse, sin embargo, lo que realmente daría. Si se examina la etimología de su nombre, de acuerdo con la raíz griega *tyr* (de la que también se deriva la palabra *týrannos),* su nombre podría equivaler, sin más, al de «Señora». Aunque algunos etruscólogos la han asociado a prácticas conectadas con la prostitución (en el área de Pyrgi), y la han



Turan y Atunis. (Museo del Ermitage, San Petersburgo.)

hecho diosa del amor y de la belleza, su exacto significado religioso permanece todavía desconocido.

Su nombre ya se documenta en el siglo VII a.C., en la inscripción de un *arýballos* de *bucchero,* así como en otro texto (TLE, 29) existente en una *kylix* de Narce, de finales del siglo VI a.C. *Turan* fue, además, figurada en vasos, urnas funerarias, estelas y numerosos objetos de uso femenino, en especial cistas y espejos de bronce, en donde fue representada, a veces, con cuatro alas (espejo de Preneste, hoy en el British Museum), y otras, con dos. En muchas ocasiones se halla en compañía de *Atunis* (Adonis) —caso del espejo de Castel Viscardo—, de *Laran* (Marte), de *Tinia,* de *Sethlans,* de *Munthuch* (espejo de Viterbo) y de *Acaviser* (espejo de Corchiano) y, a veces, de los niños llamados *Mariś,* de quienes se la hizo madre. En un espejo de Berlín se la califica, precisamente, de «madre» *(Turan ati).* Alrededor de ella —tal como se puede ver en un espejo del Museo del Ermitage— se hallaban, asimismo, unos personajes femeninos conocidos con el nombre de *Lasa,* especie de divinidad colectiva, a la cual se aludirá después.

La diosa *Turan,* de acuerdo con la iconografía llegada, participó en muchos mitos de contenido griego (amores con Ares, juicio de Paris, sobre todo). A su imagen también se le añadieron, en ocasiones, una paloma, una oca o un cisne, aves que podían servirle de montura. En el santuario de Gravisca se le dedicaron numerosos vasos y estatuillas, al igual que en Orvieto, sobresaliendo en esta localidad (necrópolis de la Cannicella) una estatua de mármol, tal vez adscrita a ella, conocida como *Venus della Cannicella,* de la que se trató en páginas anteriores. La importancia de *Turan* se justifica porque su onomástico sirvió para dar nombre a uno de los meses del calendario etrusco *(turane* = «julio»). Sin embargo, su nombre no fue incluido en el *Hígado de Piacenza.*

Una variante de esta diosa, según algunos etruscólogos, fue tal vez *Mlacuch,* antes citada.

Thesan

Esta diosa, titular de la Aurora, fue identificada muy pronto con la griega Eos, siendo como tal la responsable de los orígenes, del nacimiento del día y de todos los nacimientos. Representada ya en el siglo VI a.C. en cerámicas de figuras negras del grupo de la Tolfa y en acróteras de Caere (en una alusiva al rapto del joven Céfalo), luego fue ya sujeto de otros argumentos (portadora de los restos mortales de su hijo Memnón, muerto por Aquiles; asistente en el duelo entre *Achle* y *Memrun).* Al prin-

cipio se la representó con alas, aunque luego le fueron quitadas y sustituidas por un calzado alado, si bien paulatinamente estos rasgos iconográficos se eliminaron. En algunas ocasiones va guiando una biga arrastrada por dos caballos, también alados. En cuanto diosa celeste aparece junto a *Usil* y *Catha,* las divinidades solares, o junto a *Nethuns,* dios de las aguas dulces, fuentes y manantiales.

Una de las representaciones más populares de la diosa *Thesan* se halla en un famoso espejo del Vaticano, en donde se la ve en compañía de *Tinia* y de *Tethis.* La diosa *Thesan* aparece citada en el *Liber linteus* de Zagreb, bajo el simple significado, muy probable, de «mañana». En Pyrgi fue venerada, según sabemos por el hallazgo de una lámina de bronce fragmentaria, en la que se consignó su nombre. No faltan etruscólogos que han asimilado *Thesan* a la diosa *Uni.*

Catha

Catha —y sus variantes *Cautha, Cavtha* y *Cath*—, registrada dos veces en el *Hígado de Piacenza* y citada en el impropiamente llamado *Plomo de Magliano* —aquí abriendo una lista de dioses—, tuvo un claro contenido solar, tanto teológico como cultual, según se ha señalado más arriba. Se le dedicaron importantes santuarios en Cortona, Populonia, Tarquinia, Magliano y otros lugares y fue muy venerada en Pyrgi, según ha demostrado la epigrafía del sector sur de tal complejo sagrado. Por otra parte, su nombre (¿derivado del verbo griego *kaío,* «quemar»?) quedó recogido en la inscripción del sarcófago del famoso *Laris Pulenas.*

En algunas ocasiones, *Catha* quedó asociada a *Fufluns,* sobre todo en el área de Tuscania y Tarquinia. En Pyrgi lo fue a *Śuri,* formando con él una pareja conyugal. Su contrapunto masculino, si es que se puede aceptar la feminidad de *Catha* —como se dijo—, fue *Usil.* En la decoración de un espejo de Orbetello, del siglo IV a.C., aparece figurada doblemente la *Catha* solar. Este *unicum* iconográfico presenta a la divinidad a modo de cochero encima de un carro, arrastrado por tres caballos alados, con la inscripción *Cathesan (¿Cathe san[ś]* = ¿«Sol genitor»? *¿Cath[a The]san* = ¿«Sol, hija de la Aurora»?). El carro —dado que se trata del sol vespertino— se dirige hacia Occidente, en donde le espera una fuente. Por encima se ve de nuevo a *Catha* retornando a Oriente en su cualidad de sol matutino, encima de una barca, acompañada de dos acólitos. En ambas figuraciones, *Catha* presenta, sin embargo, aspecto masculino. Con el paso de los tiempos, *Catha* fue adquiriendo un carácter psicopompo y tal vez iniciático. En la relación de divinidades de Marciano Capella, elaborada en el siglo V, su región coincide con la *Celeritas solis filia.*

Nortia

La diosa del Hado, *Nortia,* fue identificada con la *Fortuna* romana. Se la veneró en Volsinii *(Fortuna Volsiniensis),* en donde anualmente y en la puerta de su templo se hincaba un clavo *(clavus annalis)* para contabilizar así el paso de los años, según recordó Tito Livio (VII, 3). Su nombre etrusco, desconocido, se formaría, muy probablemente, a partir de la raíz *nurti.*

En un espejo de finales del siglo IV a.C., conservado en Berlín, la acción de hincar el clavo es efectuada por *Athrpa* (equivalente a la griega Átropo), acompañada por

dos parejas de amantes, los etrusquizados Meleagro *(Meliacr),* Atalanta *(Atlenta),* Afrodita *(Turan)* y Adonis *(Atunis),* blandiendo el *clavus annalis.*

Nortia, diosa del Hado, puede ser asimilable, además de a la *Fortuna* romana, a la diosa *Cupra,* venerada por picenos y umbros, y a la diosa *Uni,* del santuario de Pyrgi.

Cel ati

La «Tierra madre», que es lo que significa *Cel ati,* fue otra diosa etrusca, citada como *Cel* en el *Hígado de Piacenza* y a la que se dedicó el mes de septiembre, llamado con su nombre. Su paralelo religioso debe ser buscado en la griega Gea y en la latina *Tellus.* Su exacto contenido mítico se ignora y su iconografía —uno de sus símbolos fue la granada— es prácticamente desconocida, siendo venerada como una divinidad anicónica. Diversas estatuillas de oferentes del área del lago Trasimeno portan la dedicatoria de *Cel ati* («a la Tierra madre»). Allí, en su orilla chiusina, contó con un importante santuario.

Dado que su nombre aparece registrado en un cipo de San Valentino, de la zona de Perugia, junto al de la diosa *Thanr* (TLE, 621), titular del nacimiento y también de la muerte, se ha supuesto que *Cel* tendría connotaciones religiosas de similar significado. No faltan etruscólogos que la identifican con la célebre imagen de la *Mater Matuta* de Chiusi. También se conoce un tal *Celsclan,* «Hijo de Cel», figurado en un espejo de bronce de Populonia, luchando contra *Laran.*

Vea

A *Vea* (o *Vei),* diosa de contenido religioso quizá similar al de la Démeter griega y a la Ceres romana, se le tributó culto en Gravisca, así como en el santuario de la Cannicella de Orvieto (algunos la identifican con la famosa *Venus* allí encontrada) y, probablemente, en toda el área de la Etruria padana. Su nombre ha sido asociado al de la ciudad de Veyes, en donde quizá tuvo también culto. No se conoce ninguna alusión a sus mitos específicamente etruscos.

De *Vea* han llegado estatuillas de terracota, fechables en el siglo IV a.C., con los rasgos y características de Démeter, y algunas laminillas de bronce con su nombre inscrito.

Cilens

Serios problemas de interpretación presenta *Cilens,* divinidad que aparece citada en el *Hígado de Piacenza* como *Cilensl* y como *Cilen,* en este caso, junto a *Satres.* Asimismo, su nombre figura sobre una antefija de terracota del área de Volsinii, fechable en torno al 150 a.C.

Por desgracia, todo lo relativo a tal diosa se basa en simples especulaciones. Se presupone que *Cilens* hubo de ser importante, y que por su doble inclusión en el precitado *Hígado* en sectores opuestos debe asociarse con algún tipo de divinidad infernal y también del destino (especie de *Fortuna* romana).

Algunos etruscólogos hacen de *Cilens* el *Nocturnus* latino, pero no faltan quienes la equiparan a los *Favores opertanei* e incluso la personifican con una diosa generado-

ra, emparentada con *Menrva.* Tal vez su estrecho contacto con esta diosa explicaría el porqué *Menrva* no fue consignada en el *Hígado.*

Otras diosas

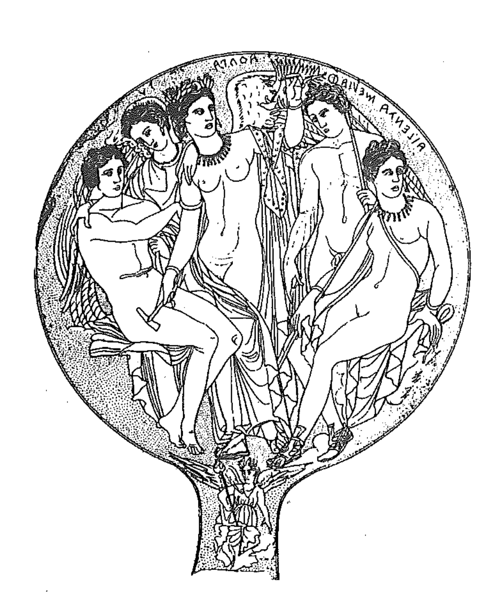
Otras diosas fueron *Thanr* —citada antes—, titular del nacimiento y conectada también en algunos aspectos con el mundo infernal y con la muerte, conocida iconográficamente por algunos espejos y, desde el punto de vista epigráfico, por una estatuilla de bronce del siglo IV a.C. (hoy en el British Museum) que representa a un joven desnudo. La pieza, proveniente quizá de Sarteano, tiene en su base una inscripción en la que aparece el nombre de tal diosa, asociado al de *Turan* y al de *Selvans* (TLE, 504).

La diosa *Thanr,* que intervenía en los momentos del nacimiento y de la muerte de una persona —«en los dos extremos de la vida», según D. F. Maras—, y, por lo tanto, susceptible de poseer una doble naturaleza, se halla citada también en tres de los grandes textos religiosos etruscos *(Tégula de Capua, Lámina lenticular de Magliano* y *Cipo de San Valentino,* éste en la zona de Perugia), además de en otros pequeños textos de carácter votivo (plato de Spina, estatuilla del Vaticano).

A tal divinidad le sigue en interés la diosa *Mlach,* titular de la Ultratumba, reseñada, asimismo, al comienzo de la *Lámina lenticular de Magliano,* en la inscripción de un *arýballos* etrusco-corintio de Marsiliana d'Albegna, en donde aparece junto al nombre de *Vanth,* y en otras inscripciones vasculares. *Mlach* (citada anteriormente con la grafía *Mlacuch)* aparece también en la escena de un espejo del British Museum, en la que se halla luchando, para evitar ser raptada, con *Herecele,* composición acorde con el mito de la diosa que sufrió violencia por parte del héroe Hércules.

Otras diosas que se pueden citar son *Leinth,* quizá la propia Muerte, conocida tanto bajo forma femenina como masculina; *Nathum,* asociada a la venganza, sin duda versión etrusca de la Furia; y *Tivr,* la luna.

Por su parte *Athrpa,* citada hace poco, fue la diosa o —más exactamente— la Parca del Destino, correspondiente a la griega Átropo, que hincaba el clavo anual; *Mean* equivalía a la Victoria; y *Aisera* fue relacionada con principios ctónicos. *Ethavśva, Lusl* y *Tecvm* fueron otras tantas diosas de oscuro significado. *Ethavśva* es conocida por los espejos (uno de Palestrina, hoy en Londres), en donde se halla asociada a escenas de nacimiento. De ella ha llegado un epígrafe de carácter erótico sobre una *kylix* de Narce (TLE, 29), si bien con la grafía de *Ithavuśva.* Para H. Rix, a quien sigue M. Cristofani, el nombre de



Athrpa en trance de hincar el clavo del Destino. (Staatliche Museen, Berlín.)

esta divinidad designa un plural colectivo; sin embargo, L. Agostiniani insiste en su singularidad.

Por otro lado, *Lusl* y *Tecvm* aparecen citadas en el *Hígado de Piacenza: Lusl* quizá deba ser identificada con la divinidad *Lusa,* presente en el *Liber linteus* de Zagreb. A *Tecvm* —de notable parecido con *Menrva* en cuanto al culto, según algunos— se le dedicó la figurilla de un niño, hoy atesorada en el Museo Gregoriano Etrusco del Vaticano.

Alpan (o *Alpanu* y también *Alpun),* figurada con alas en diversos espejos, es otra divinidad de la que sabemos muy poco. Unos reconocen en ella a una Perséfone; otros a una diosa del círculo de Afrodita o del de Dioniso, e incluso a una de las *Lasas.*

Las divinidades infernales

Además de creer en un abultado panteón de dioses y diosas, también se tuvo fe en un sinfín de divinidades infernales, sobre todo a partir del siglo V a.C., desarrolladas teológicamente de acuerdo con esquemas griegos.

A algunas de aquéllas, dado su carácter negativo y nefasto para los humanos, les fueron solicitadas maldiciones, desgracias y castigos por parte de personas que deseaban el mal de otras. Tales deseos eran escritos en láminas, normalmente de plomo, en las que se registraban los nombres de las personas que habían de maldecirse. De tales láminas *(lamellae defixionis),* que se solían enterrar en las cercanías de los cementerios, se poseen dos magníficos ejemplares. Uno, hallado en Monte Pitti, cerca de Populonia (TLE, 380), en el que una tal *Titi Śetria,* que había sido esclava y luego manumitida, pedía la extinción de varias familias. El otro, encontrado en Volterra (TLE, 401), consiste tan sólo en la enumeración de 35 nombres de persona, sin aportar ningún otro dato o indicación.

Entre las divinidades de carácter infernal se pueden recoger las siguientes:

Aita

Con el nombre de *Aita* se designó al titular de la Ultratumba, que hubo de corresponderse con el Hades griego. Su figura se representó en diferentes tumbas *(Tomba del Orco II* de Tarquinia, *Tomba Golini I* de Orvieto) y sarcófagos (caso del de Torre San Severo, hoy en Orvieto), en donde se le solía figurar en compañía de su esposa *Phersipnai* (Perséfone), antes reseñada.

A *Aita* se le caracterizó iconográficamente con una piel de lobo y a veces de perro, que le cubría la cabeza (urnas de Volterra, Chiusi y Perugia), retomando así el prototipo itálico sabino de los *hirpi Sorani* (Servio, *Ad Aen.,* XI, 785). El dios porta, en ocasiones, un cetro con una serpiente enrollada. En la *Tomba Golini I* se halla presidiendo un banquete en el Más Allá. La cabeza de *Aita* fue figurada también en otros objetos, como pueden ser cerámicas *(oinochóe* del Grupo Torcop), y en monedas de bronce. En ocasiones, suele ir acompañado de *Vanth* y de *Charu(n),* otras dos divinidades propias de los ámbitos infernales. A partir del siglo III a.C., *Aita* aparecería barbado y sin atributos diferenciadores *(Tomba Campanari* de Vulci; urnas de Volterra).

Se ha pensado que *Aita* podría haber desplazado del mundo de los muertos a un dios etrusco anterior, llamado *Calus*. El mensajero de *Aita* fue el dios *Turms*, ya recogido anteriormente.

Calus

El dios *Calus*, otro titular del Más Allá y representado con los despojos de un cánido y a quien según el texto de la *Tégula de Capua* se le debían ofrecer «víctimas perfectas», siempre al amanecer, quedó, asimismo, inscrito en la *lámina lenticular de Magliano* junto a otro ser infernal, de carácter femenino, llamado *Thanr*, y al que se ha hecho ya referencia.

En el fondo de una copa de Orvieto, una inscripción (TLE, 270) dice *Tinia Calusna*, que podría ser interpretada como «*Calu*, el *Tinia* del mundo de los muertos». En la inscripción de una urna de Perugia (ET, Pe 3.2) aparece asociado a la paredra *Peth(a)n (Pethnś Caluśnal)*. Asimismo, se conoce un pequeño bronce, hoy en el Museo de Leyden, figurando a un perrito, que porta la dedicatoria *ś: caluśtla* (TLE, 642). Otro texto, si bien mutilado, sobre el mango de un *simpulum* broncíneo de Vulci (ET, Vc 0.31), alude a *Calus (kalusnal kuc [...])*.

Conectado con esta divinidad hay que situar al grupo de los *Calusur*, venerados como unidad conjunta, parangonable a los latinos *Dii Manes*.

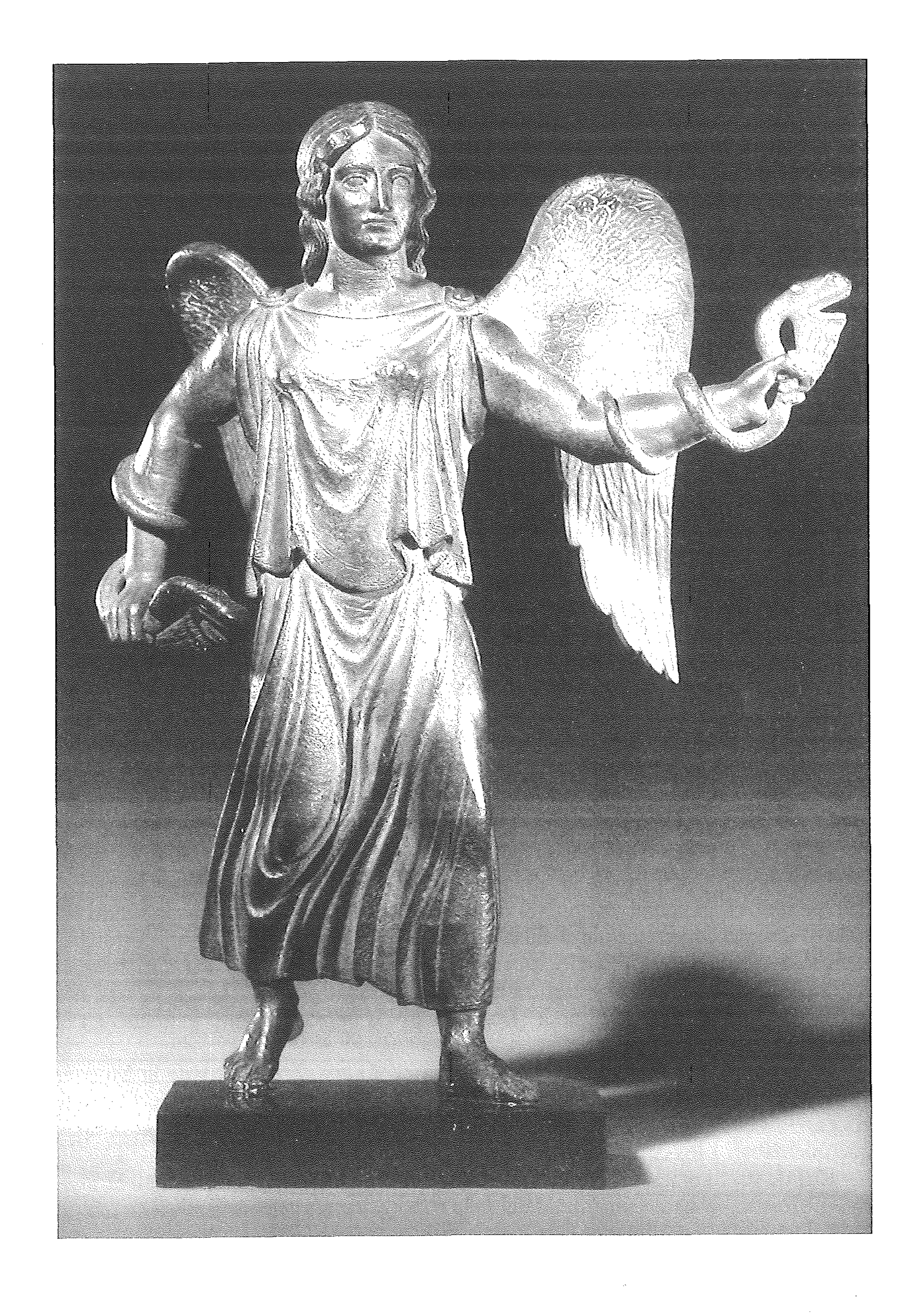
En cualquier caso, tal dios dejó su titularidad en favor de *Aita*, pasando a desempeñar funciones subalternas, limitadas exclusivamente al momento del fallecimiento de una persona.

Vanth

El demonio femenino de la Muerte, llamado *Vanth*, fue plasmado en infinidad de representaciones como conductor de los difuntos. De pálido rostro y portando un rollo —inscrito con textos quizá alusivos a una Guía del Más Allá— y una antorcha, asumió el carácter de iluminadora, para facilitar el oscuro camino a la Ultratumba. Su dimensión sobrenatural y ctónica están demostradas por las alas con las que fue adornada y por el hecho de portar serpientes en los brazos y manos e incluso en el cabello.

Se la figuró, por lo común, en compañía de *Charu(n)*, el titular de la Muerte. *Vanth* acabaría teniendo un significado plural —por influencia de las Furias o Erynias griegas—, siendo por ello representada, colectivamente, a modo de terribles Furias que quemaban a los condenados.

Dos de sus figuraciones más conocidas son las existentes en Tarquinia, en la *Tomba degli Aninas*, fechada en la mitad del siglo III a.C., y en la célebre *Tomba François* de Vulci. Una de sus estatuillas de bronce más famosa, proveniente de Campania, se atesora hoy en el British Museum. *Vanth* aparece también en el famoso sarcófago clusino de *Hasti Afunei*, del siglo II a.C. (hoy en Palermo), aunque sin alas, calzada con altas botas, con los senos desnudos y apoyada en una enorme llave que le permitía abrir y cerrar la monumental puerta del Más Allá.



Vanth figurada como Furia. (British Museum, Londres.)

Culśu y Vetis

Otras dos divinidades conectadas con el mundo infernal fueron *Culśu,* ya citada anteriormente, y *Vetis.*

La primera, *Culśu* o *Culs* —a veces confundida con *Vanth*—, fue considerada la titular de las puertas, al igual que su contrapunto masculino *Culśanś,* y también una de las diosas de la muerte, dotada de alas. Su nombre aparece registrado en la inscripción que porta *Laris Pulenas* en su sarcófago (TLE, 131), y también en el sarcófago de *Hasti Afunei,* antes citado, en el que puede verse su iconografía. La inscripción de una pátera de Adria (TLE, 938) porta la dedicatoria de un tal *Sminthi* a la divinidad *Culs Nutera.* Entre los hititas se conoció una diosa con idéntico nombre, titular de la Ultratumba.

El *Hígado de Piacenza* recoge en el borde de la *pars hostilis* el nombre de *Cvlalp,* que podría ser interpretado como *Cvl[śu] Alp[an],* esto es, «Culsu, [hija] de Alpan», y no como *Cul[śanś] Alp[àn],* tal como se propuso a la hora de hablar del dios *Culśanś,* con quien mantiene, como mínimo, una clara relación lingüística.

Por otro lado, un dios con connotaciones infernales y Señor de la noche fue *Vetisl* (forma genitiva de *Vetis).* Su nombre figura en la *pars hostilis* del *Hígado de Piacenza,* junto al de *Cvlalp.* Quizá debe ser identificado con el *Veiovis* latino, titular que fue de los marjales, pero ocupando un lugar en las puertas del mundo de los muertos.

Los dos grandes del Averno etrusco

Más importantes y sorprendentes que estos últimos fueron *Charu(n)* y *Tuchulca,* sin lugar a dudas los más horribles seres del Averno etrusco, que merecen párrafos aparte.

Charu(n)

Esta criatura, que nada tenía que ver, salvo en el parecido onomástico, con el Caronte griego, fue muy representada en sarcófagos, vasos cerámicos y pinturas de significado funerario *(Tomba del Orco I, Tomba François, Tomba dei Caronti, Tomba del Cardinale* —aquí con un total de 18 veces—, *Tomba Querciola II).*

Su instrumento típico, y el que define su iconografía, es el enorme martillo que enarbola en una mano *(stámnoi* de San Petersburgo y de Berlín), con el que, para unos estudiosos, debía asestar el golpe definitivo al difunto, y para otros, hincaría el clavo del destino de una persona (uno por año), contabilizando la duración de su vida. En la otra mano portaba serpientes. A veces, aparece con una llave, símbolo de su atributo como Portero del Infierno o como Señor de la puerta de la tumba.

Gracias a sus alas *(Tomba del Orco I* y algunas estelas sepulcrales de Bolonia) podía cruzar velozmente las tinieblas, acudiendo a donde el demonio femenino *Vanth* le indicase. Sin embargo, lo común fue representarlo de forma áptera. El rostro de *Charu(n)* es inconfundible: nariz ganchuda, pequeña e hirsuta barba, cabellos revueltos y orejas de animal, con desmesurada boca a veces significada con dos puntiagudos colmillos en lugar de caninos (máscara demoníaca de Orvieto, vaso plástico de Múnich).

No faltaron figuraciones que lo presentan tocado con una piel de león en la cabeza (urnas de Chiusi y de Perugia) y teniendo en algunas ocasiones —ya en épocas tardías— un remo en las manos (influencia clara del Caronte griego).

En las pinturas, sus carnes están coloreadas con tonos azulados o verdosos, intentando imitar el color de la carne en descomposición. En este caso, se parece al demonio griego Eurínomo, en la versión del célebre pintor Polignoto.

Charu(n) va vestido con un *chitón* corto y a veces incluso con un reducido perizoma. Su calzado usual fueron las botas. En muchos casos, el nombre de *Charu(n)* está matizado o calificado mediante epíclesis significativas. En la *Tomba dei Caronti,* de Tarquinia, aparece representado cuatro veces y llamado respectivamente como *Charun huths* («Charun, el cuarto»), *Charun chunchulis* (se ignora qué sea *chunchulis), Charun achrum(c)e* («Charun del Aqueronte») y con otro nombre, hoy ilegible. A la vista de estas denominaciones binarias hay que pensar en un ser único, pero de esencia plural *(huths* = el «cuarto»), cuyas manifestaciones visibles se distinguían por sus epíclesis. *Charu(n)* no fue, en realidad, una divinidad única del Más Allá, sino una entidad, como se ha dicho, plural, según puede observarse en algunos sarcófagos —entre ellos, el de *Laris Pulenas*—, y determinadas urnas cinerarias de época helenística, siendo comparable en este sentido pluralista a *Vanth* o a *Lasa.* Sus funciones fueron siempre las mismas, consistentes en anunciar a los moribundos el momento de su óbito, separarlos de sus seres queridos y familiares, acompañarlos en el viaje al Más Allá (previa práctica del *obolus Carontis),* caminar delante del carro de *Aita* y estar vigilando en la puerta de la tumba.

Tuchulcha

Más terrible aún que *Charu(n)* era *Tuchulcha,* a pesar de haber sido menos figurado en vasos y tumbas. Su rostro, al ser contemplado, causa todavía mayor terror, pues lo domina un grandioso pico de ave de rapiña y unos penetrantes ojos rojos. De entre su enmarañado cabello, sobre el que se agitan serpientes, surgen dos orejas de asno. Este ser demoníaco, de cuerpo humano y piel de tono cadavérico, enarbola en sus manos venenosas serpientes. Pezuñas y garras forman sus pies, al tiempo que unas grandiosas alas le permitían desplazarse.

Todas estas entidades infernales, en opinión de L. Banti, nunca atacaban a los humanos, a pesar de su amenazadora actitud. Serían, según tal estudiosa, símbolos de la naturaleza infernal más bien que instrumentos destinados al castigo de los ya fallecidos.

Tuchulcha. Tomba dell'Orco. Tarquinia.

Otros dioses de tipo complejo

En un mundo divino tan complejo como el etrusco tuvieron carta de naturaleza otros seres que formaron una especie de panteón celeste, constituido



Lasa y un difunto. (Museo Arqueológico, Florencia.)

por un elevado número de dioses y genios de ambos sexos, representados con diferentes atributos y que podemos centrar, sobre todo, en las *Lasa* y en algunos genios concretos *(Svutaf, Aminth).*

Las *Lasa*

El nombre *Lasa* fue el de un colectivo aplicado a divinidades femeninas, y que aparece recogido en forma genitiva *(lasl)* en el *Hígado de Piacenza.* A tales diosas se las representó en numerosas figurillas y espejos de bronce a modo de hermosas jóvenes, alegres y casi simpre vestidas con elegancia, vestimenta que completaban con pendientes, collares, brazaletes y espléndidas joyas. Acabaron por ser figuradas con poderosas alas.

Las *Lasa* aparecen en el entorno de la diosa *Turan,* de *Menrva* y de otras divinidades, aunque no faltan ejemplos estando junto a *Aivas* (Áyax) y *Hamphiare* (Anfiarao), caso de un espejo de mitad del siglo IV a.C., hoy conservado en el British Museum. En tal espejo, una *Lasa,* dotada de alas, aparece con un rótulo en su mano, sobre el que se leen los nombres de los dos héroes y el suyo propio en una escena en la que tal vez les anunciaba la muerte.

Por otra parte, dos de sus atributos eran un pequeño frasco de perfumes *(alábastron)* y una varita de marfil empleada para acicalarse su peinado, tal como puede verse en la *Lasa Zirna* del famoso espejo del siglo IV a.C. del Museo del Ermitage, en

San Petersburgo, antes citado, en el que se halla acompañando a *Turan* y a *Atunis,* o en la *Lasa,* tocada con gorro «frigio», presente en dos espejos localizados en sepulcros de Corchiano, no lejos de Civita Castellana.

Muchas de las *Lasa* fueron consignadas con denominación binaria, llevando diferentes epíclesis y epítetos *(Racuneta, Sitmica, Achununa, Vecuvia, Munthu(ch), Thimrae),* lo que evidencia su complejidad religiosa y su pluralidad, manifestada, a veces, bajo la forma de genios incluso personalizados *(Achavisur, Evan, Hinthial, Rescial, Snenath, Zipna, Zirna).*

Tal divinidad tuvo que ver con el destino humano, apareciéndose quizá a las personas para comunicarles su muerte.

Los genios

Los genios, por utilizar el vocablo *genii* de Marciano Capella, fueron representados iconográficamente a modo de jovencitos desnudos y alados, calzando altas botas de piel, muy semejantes en su iconografía a los erotes. Aparecen en espejos y en otros objetos (colgantes de lámparas, por ejemplo).

Uno de ellos, *Svutaf,* es conocido precisamente por un espejo, en el que se halla acariciando a la itálica *Vesuna,* en compañía de *Fufluns* y de *Hercle.* Por su parte, *Aminth* aparece en un colgante del hipogeo de los *Volumni* de Perugia, así como en un espejo junto a *Fufluns, Areatha* (Ariadna), *Castur* y *Eiasun* (Jasón).

Otro genio fue *Pulthisph,* asociado en un espejo con *Turan, Atunis* y *Snenath.*

Letham

Testimoniando una concepción primitiva no antropomórfica pervivieron en época etrusca algunas divinidades, que unas veces aparecían entendidas como hombre y otras como mujer. De ellas, la más significativa fue *Letham,* que hubo de ser, sin duda, una divinidad de gran categoría, pues no en vano aparece citada hasta cinco veces en el *Hígado de Piacenza.* En la *Tegula de Capua* se indican hasta seis tipos de ceremonias sacrificiales distintos que se le podían tributar. Por otro lado, su nombre fue conocido bajo diversas variantes *(Lethns, Letha, Lethms).*

Algunos etruscólogos han querido ver en *Letham* una especie de diosa guerrera, a imagen de las clásicas Hestia-Vesta. Otros (C. O. Thulin, entre ellos) piensan en un dios equivalente al *Lar militaris* de Marciano Capella.

De *Letham,* lamentablemente, no se conoce ninguna representación iconográfica, por lo que no puede precisarse su sexo. Aparece, por otra parte, nombrada una sola vez en un espejo, en el contexto del nacimiento de *Menrva.*

Thalna y *Achavisur*

Muy curiosa es la figura de *Thalna,* divinidad ya citada y que sólo aparece en los espejos. De 16 ejemplares conocidos con su nombre, en 15 es figurada como entidad femenina y en uno como masculina. Se la adscribe al grupo de *Turan* y aparece en contextos relacionados con el parto y con las muestras de amor y afecto. Algunos la conectan con la Eileithyia griega.

Respecto a *Achavisur* (con sus variantes *Achuvesr, Ach(u)vizr* y *Achvistr),* antes citada en el entorno de *Turan* y de las *Lasa,* ocurre otro tanto. Es femenina en cuatro veces de cinco.

Una *kylix* de *impasto* de Narce recoge su nombre (TLE, 29) junto a los de *Turan* y *Ethauśva (Ithavuśva).* Por otra parte, la figura de *Achavisur* aparece en varios espejos. En el de Corchiano, que ya conocemos, se halla besando a *Turan.* En otro de Berlín, besa a *Alpanu.* Un espejo del Museo del Ermitage, con el tema de *Turan* y *Atunis,* contiene el nombre y la iconografía (masculina) de tal *Lasa,* que no participa en la escena principal.



Cacu y los hermanos Vibenna. Bolsena. (British Museum, Londres.)

El *mantis Cacu*

Otro personaje mítico, tomado del acervo griego, fue Caco (en etrusco, *Cacu),* que en Etruria pasaría a ser considerado adivino o profeta *(mantis)* al servicio de Tarquinio. Un espejo de Bolsena, del siglo III a.C., hoy en el British Museum, lo figura tocando la lira junto al joven sirviente *Artile,* ejecutando tal vez una escena de tipo oracular ante los hermanos Aulo y Celio Vibenna, de quienes fue prisionero. Se ignora cómo pudo transmutarse su personalidad griega y romana (era un legendario pastor considerado ladrón) en la etrusca, que hizo de él un *mantis* apolíneo. La complejidad de esta figura fue estudiada por C. Robert, y modernamente por J. P. Small.

Divinidades poco conocidas

Finalmente, entre las divinidades poco conocidas hay que recoger a *Mantus,* sin duda el *Dispater* etrusco (Servio, *Ad Aen.,* X, 198), asociado a la ciudad de Mantua, y a su paredra *Manth;* a los *Thuluter,* una pareja de seres figurados en una antefija de Volsinii, y a *Eva(n)s,* entidad abstracta, unas veces creída una joven y otras un muchacho, apareciendo en los círculos de *Atunis* y *Turan.*

Muy poco conocida es también la pareja *Śuri* y *Cavtha* (también *Cavatha* o *Catha),* ya citada anteriormente, venerada en Pyrgi, según testimonia la epigrafía, caso del texto (REE, n. 36) que aparece en el pie de una *kylix* ática *(mi Śuris Cavathas). Śuri* fue una especie de dios padre, de carácter solar, cercano al Apolo *Soranus* de los capenates y faliscos y al Apolo helénico (junto a *Aplu* aparece en instrumentos de «suertes»). Por su parte, *Cavtha* fue una diosa tal vez asimilable a la diosa *Celeritas,* hija del sol, de Marciano Capella, e incluso a Medea o a Circe, la maga.

En Vulci (CIE, 11033), en época tardía, *Śuri* aparecía asociado a *Thufltha,* mientras que *Cavtha* lo hacía al dios *Pacha* en Tarquinia. Debe señalarse que *Thufltha,* también citado con anterioridad, aparece consignado varias veces en el *Hígado de Piacenza,* en dos de ellas asociado a *Tinia.* Algunos etruscólogos hacen de esta misteriosa divinidad una entidad plural, equivalente a lo que en Roma serían los *Penates.*

Tece, por su parte, fue un dios padre que figuró registrado en el *Hígado de Piacenza* bajo la forma larga de *Tecvm.*

Otra divinidad enigmática fue *Veltha,* creído genio de los campos en sus primeras manifestaciones. Después pasaría a ser considerado un demonio, figurado con la cabeza de lobo, según puede verse en un *plato póntico* del *Pittore di Tityos,* de mitad del siglo VI a.C., descubierto en Vulci, y que pasa por ser la más antigua representación iconográfica de tal divinidad.

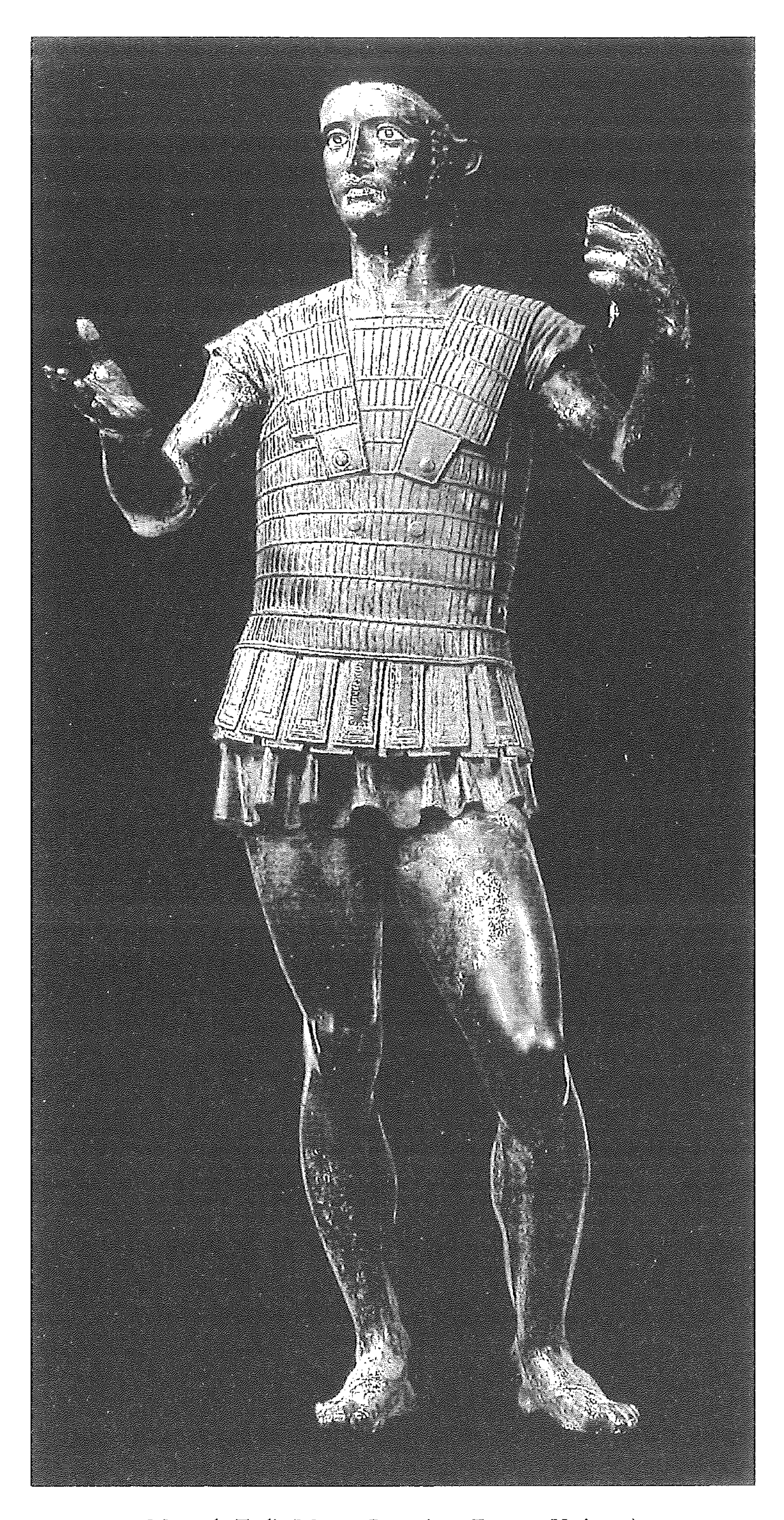
Por Plinio el Viejo *(Nat. Hist.,* II, 140) se conoce la leyenda del monstruo *Olta* o *Volta* (nombre latino del etrusco *Veltha),* quien, después de asolar los campos, amenazó con destruir la ciudad de Volsinii, acción que fue neutralizada gracias a las plegarias del rey Porsenna. En un fragmento de una *kylix* de *bucchero,* del siglo VI a.C., existente en el J. Paul Getty Museum de Malibu, se recoge el nombre de tal demonio ctónico en una escueta dedicatoria. En época helenística, la leyenda de *Veltha* inspiró los relieves de algunas urnas cinerarias de Chiusi, Volterra y Perugia, apareciendo en ocasiones saliendo del *mundus* o pozo de comunicación con el mundo subterráneo. De hecho, tal monstruo era el heredero más o menos directo, según M. Torelli, de los seres teriomorfos prehistóricos, ya presentes en urnas del siglo VIII a.C. (cinerarios de Pontecagnano y de Bisenzio).

Por influencia griega, y también para poder personificar los espíritus orgiásticos de la Naturaleza, los etruscos representaron abundantemente en acróteras y bronces parejas de Ménades —eran las bacantes divinas, seguidoras de Dioniso— y Silenos, esto es, sátiros ancianos, de los que conocemos algunos con sus nombres etruscos *(Munthuch* = «Graciosa»; *Chelphun* = «Nocivo»). Complejo es el caso de *Munthuch,* teónimo varias veces citado, y entidad todavía no bien determinada por parte de los etruscólogos.

La estructura de conjunto del panteón

Para recomponer la estructura de conjunto del panteón etrusco se dispone de una información restringida, aunque importante. Entre ella, los datos que nos proporcionan la doctrina general de los rayos, la distribución de los dioses que se hizo en el *Hígado de Piacenza* y el texto que en el siglo V de nuestra era incluyó el enciclopedista Marciano Capella —ya citado varias veces— en su obra titulada *De Nuptiis Mercurii et Philologiae* (I, 41-65), obra definida como *romanzo teologico* por L. Scarpa.

Los párrafos del primer libro de la obra precitada, en opinión de R. Bloch, probablemente transmitirían lo fundamental de los escritos rituales etruscos que, a finales de la República romana, había traducido Nigidio Figulo, junto a especulaciones e informaciones de otros orígenes. En el mismo, además de una indiscutible base etrusca y romana, existen también elementos de reflexión griega que descansan en planteamientos neoplatónicos y neopitagóricos, de acuerdo con un cosmos que se creía ordenado sobre cuatro esferas concéntricas de las que la superior era el Éter y la inferior la Tierra (A. Maggiani).



Marte de Todi. (Museo Gregoriano Etrusco, Vaticano).

La localización de los dioses en el cielo —y su consiguiente estructura jerarquizada— hubo de ser fundamental para conocer el calendario y sobre todo distribuir las fiestas religiosas etruscas.

Un pasaje del texto de Marciano Capella (I, 41-90), perfectamente estudiado por C. O. Thulin y S. Weinstock, ya hace muchos años, y recientemente por I. Ramelli, plantea la invitación efectuada por Júpiter a los demás dioses para tratar acerca de la boda de Mercurio con Filología. Los dioses habitaban 16 regiones celestes que se correspondían con las 16 casillas del borde del *Hígado de Piacenza* y con lo manifestado por algunos autores latinos (Cicerón, *De Div.*, II, 42; Plinio el Viejo, *Nat. Hist.*, II, 143) y que el autor, región a región, recogía con los diferentes dioses que en ellas residían. La lista de las divinidades, subdivididas de acuerdo con las regiones ocupadas, es, en latín, la siguiente:

1. *Iuppiter, dii Consentes Penates, Salus, Lares, Ianus, Favores Opertanei, Nocturnus.*
2. *Iuppiter, Quirinus Mars, Lar(s) militaris, Iuno, Fons, Lymphae, dii Novensiles.*
3. *Iuppiter Secundanus, Iovis Opulentia, Minerva, Discordia, Seditio, Pluton.*
4. *Lynsa Silvestris, Mulciber, Lar caelestis et militaris, Favor.*
5. *Ceres, Tellurus, Vulcanus, Terrae —pater—, Genius.*
6. *Pales et Favor, Iovis filii, Celeritas, Solis filia, Mars Quirinus, Genius.*
7. *Liber, Secundanus Pales, Fraus.*
8. *Veris Fructus.*
9. *Genius Iunonis Hospitae.*
10. *Neptunus, Lar omnium cunctalis, Neverita, Consus.*
11. *Fortuna, Valetudo, Favor pastor, (Manes refutati).*
12. *Sancus.*
13. *Fata, ceteri dii Manium.*
14. *Saturnus, Iuno Caelestis.*
15. *Veiovis, dii publici.*
16. *Nocturnus, Ianitores terrestres.*

Muchísimas de estas divinidades se correspondían con la pluralidad de genios masculinos y femeninos etruscos, aparte de los evidentes paralelos existentes con determinados dioses etruscos (por ejemplo, *Cilen – Nocturnus; Laran – Lar militaris; Mariś – Mars Quirinus).*

I. Ramelli, en su edición bilingüe (editada en 2001), comenta magistralmente los pormenores histórico-religiosos de los dioses arriba citados, habitantes de las 16 regiones celestes.

Capítulo XVI

Los hombres y la religión

El culto religioso —o como mínimo un «servicio divino»—, basado en las fuerzas elementales de la naturaleza y de la reproducción, se efectuaría en los primeros tiempos, como han señalado algunos expertos, en ambientes domésticos (restos de 30 *kýathoi* de pequeño tamaño en una de las casas de la Accesa), para pasar a ser muy pronto tributado por los jefes gentilicios *(regiae* de Murlo y Acquarossa).

Numerosos testimonios de carácter religioso pueden observarse en muchas de las piezas arqueológicas localizadas, incluso para las fases históricas más antiguas, que demuestran la existencia de prácticas cultuales sancionadoras del poder político, del culto a los antepasados y de los ritos matrimoniales, conectadas todas ellas con lo divino. No se descarta que en las casas-cabaña se rindiera también culto a la divinidad, dirigido por el jefe del clan, dando así cumplimiento al hecho religioso que hubo de afectar, al igual que a otros pueblos, a los etruscos.

Al propio tiempo, determinados restos materiales evidencian ceremonias religiosas de carácter funerario celebradas en la totalidad de las tumbas, bien en su exterior, bien en el interior de las mismas, de acuerdo con las épocas y costumbres.

Pronto, sin embargo, la sociedad etrusca, en un proceso de aculturación religiosa, mezclaría sus primigenias prácticas cultuales protohistóricas con las recibidas a través del impacto orientalizante y de las influencias griegas.

Los sacerdotes

Estructuradas social y políticamente las ciudades etruscas, los dioses recibieron en templos y santuarios adecuados el oportuno «servicio divino» *(aisna),* sometido a rígidas ceremonias y ritos. Se les tenía que invocar *(nunthen),* ofrecerles alimentos *(fasei)* y entregarles presentes *(turce).* De estas acciones se ocuparon los sacerdotes *(cepen,* en etrusco), constituidos, al parecer, en confraternidades o colegios, sin duda jerarquizados, pero de los que ignoramos su organización.

Una gema, hoy en Florencia, y a la que se ha aludido en dos ocasiones, ha sido evaluada por algunos especialistas (G. Pugliese Carratelli, M. Torelli) como posible prueba de la existencia de un colegio saliar etrusco, semejante a los que agruparon a los sacerdotes-guerreros danzantes latinos. El hecho de que en la citada gema dos personajes porten escudos sagrados *(ancilia)* y el haber creído los romanos —según la tradición— que un mítico broncista de Veyes, llamado Mamurio Veturio, en tiempos

del rey Numa había hecho 12 copias de un escudo caído milagrosamente del cielo, quizá aboguen por la existencia de una agrupación saliar en Etruria.

Por otra parte, no se ha podido precisar si los vocablos *sacniscstra* («comunidad de sacerdotes») y *sacnisa* («¿consagrado?») pudieron designar a un colectivo de hombres dedicados exclusivamente a una divinidad, o al clericado, en su conjunto. Tampoco se han podido determinar los significados de *cver/cvera* y *aisie/esie* —otros dos vocablos del léxico religioso etrusco—, que quizá hubieron de aludir a dos categorías de lo sagrado.

Serios problemas de contenido presentan las palabras *zacinat* y *prinisera,* presentes en la *Tabula Cortonensis* y a las que se les asigna la categoría de magistratura o función sacerdotal.

Se sabe que el sacerdote etrusco fue de extracción social noble y que, al parecer, siguiendo a Cicerón, el cargo y las correspondientes enseñanzas se transmitieron hereditariamente de padres a hijos. El distintivo que denotaba su condición sagrada era el bastón o báculo, curvo en su extremo, o *lituus,* uno de cuyos ejemplares apareció en una tumba de Caere, aunque hoy se atesora en el Museo de Villa Giulia de Roma. Se trata de un *unicum,* de comienzos del siglo VI a.C., trabajado en bronce laminado (36,5 cm de longitud), con la espiral finalizada en cabeza de ofidio. Por otra parte, debe indicarse que tal objeto, según H. Bossert, era el distintivo de los sacerdotes de la Anatolia central del segundo milenio antes de Cristo. En Roma fue el instrumento del *augurium* y del *auspicium.*

Por supuesto, en algunas obras de arte etrusco aparecen personajes portando tal báculo (relieve de una estela del siglo VI a.C., de la región de Fiésole, hoy en Berlín; relieve sobre una base circular de un monumento funerario de Perugia, del siglo V a.C.; relieve de la base de Chianciano, del mismo siglo, hoy en el Museo Barraco de Roma).

Los textos etruscos denominaron genéricamente a los sacerdotes con el título de *cepen,* antes consignado (Dionisio de Halicarnaso los llamó *kadmiloi),* nombre que se puede leer en diversos contextos, así como en el *Liber linteus* de Zagreb y en la *Tegula de Capua* (aquí bajo la forma de *cipen).* Dicho título se completaba con otros epítetos de acuerdo con la función que el sacerdote realizase: el sacerdote urbano —si se permite esta expresión— era el *cepen śpurana;* el encargado de las honras fúnebres era el *cepen thaurch;* el de los sacrificios era el *cepen aisna,* conocido también como *eisenev.*

Debe indicarse, por otra parte, que en las ceremonias sacrificiales —cuya formulación externa presentaba profundas influencias griegas— era obligada la presencia de músicos («auletas»), según demuestran numerosos relieves, terracotas y espejos de bronce.

Hasta el momento no se sabe si existieron sacerdotisas etruscas (los vocablos *hatrencu* y *atren(c)* —sólo documentados en Vulci— han sido conectados con una clase de ellas), aunque, si se relaciona lo dicho por Pausanias (VI, 20) relativo a la presidencia de los Juegos Olímpicos por parte de la sacerdotisa de Démeter Chamina y las pinturas de la *Tomba delle Bighe,* quizá pueda hablarse de sacerdotisas etruscas, al menos en lo concerniente a los juegos funerarios.

Los arúspices

Los arúspices, expertos en el examen de las vísceras de los animales, recibieron el nombre de *netśvis trunvt* y también el de *pava.* Iban vestidos con túnicas, sobre las que ponían un manto corto, de bandas *(tebenna),* hechos en ocasiones con pieles, y se cubrían la cabeza con un alto birrete cónico *(apex),* que ataban con un lazo por de-

bajo del mentón, según sabemos por algunas esculturillas de bronce que los representan, caso de la muy divulgada de *Vel Sveitus* (17 cm de altura), del siglo III a.C., del Museo Gregoriano Etrusco del Vaticano, o por algunos espejos (el magnífico de Tuscania —hoy en Florencia—, en el que *Pava Tarchies* enseña la aruspicina). F. Roncalli ha demostrado que el modo de vestir de los sacerdotes etruscos era reliquia de un antiquísimo vestido ligado al mundo pastoril.

Muchos de ellos, tanto en plena época etrusca como en época de dominio romano, alcanzaron justa fama. A pesar de las opiniones en contra de algunos arúspices, poco prestigiosos, por parte de Cicerón, Plauto y Pomponio, lo cierto es que tal profesión sacerdotal se mantuvo hasta bien entrado el siglo V, practicada por descendientes de etruscos, ya aculturados.

En Tarquinia se han hallado listas de arúspices que, a comienzos del Imperio romano, llegaron a constituir una comunidad mucho más honorífica que funcional, listas estudiadas por M. Torelli en sus *Elogia Tarquiniensia.* En el siglo V, el historiador griego Zósimo (V, 41 y ss.) indicó que en el año 408, ante la proximidad de los godos sobre Roma, el prefecto de la ciudad y el propio papa Inocencio I no habían dudado en consultar a arúspices etruscos acerca del destino que aguardaba a Roma.

Identidad de algunos arúspices

A pesar de la proliferación de arúspices que hubo de existir en algunos momentos de la historia etrusca, con el consiguiente descrédito de muchos de ellos, tenidos más por charlatanes que por verdaderos expertos, tanto Etruria como Roma no dudaron nunca en utilizar a tales personajes cuando las circunstancias lo requerían. A veces, incluso, me-



Arúspice etrusco. (Museo Gregoriano Etrusco, Vaticano.)



Sarcófago de *Laris Pulenas.* (Museo Arqueológico, Tarquinia.)

diante la violencia, caso, por ejemplo, del anciano arúspice etrusco raptado en el sitio de Veyes en el año 396 a.C., a quien se le había oído profetizar que la conquista de tal ciudad la lograrían los romanos «sólo si las aguas del lago Albano —distante de Veyes y que había crecido de forma alarmante sin saber por qué— no se mezclasen con las del mar». Enviado el arúspice a Roma, fue obligado a dar explicaciones, al tiempo que se enviaban comisionados romanos a Delfos a consultar el oráculo pitiano. Desecado el lago y distribuidas sus aguas en arroyos para regar las tierras, además de aplacar a los dioses, la victoria de Roma sobre Veyes fue inevitable. Este prodigio, recogido, entre otros autores, por Tito Livio (V, 15-17), Cicerón *(De div.,* I, 44) y Plutarco *(Cam.,* 3-4), ha sido estudiado por J. Hubaux, Ch. Guittard, F. Coarelli y D. Briquel.

Por otro lado —siguiendo a M. Torelli y a S. Montero—, sabemos que ya en la temprana fecha del 389 a.C., el senado romano, según noticia del erudito neoplatónico Macrobio *(Saturnales,* I, 16), consultó a un tal Lucio Aquinio *(Lucius Aquinius)* —muy probablemente de origen etrusco— para que evaluara la bondad o no de unos ritos que se debían efectuar durante la batalla que iba a tener lugar a orillas del río Allia.

En tiempos posteriores alcanzaron justa fama diferentes arúspices, entre ellos, el varias veces citado *Laris Pulenas,* importante sacerdote de Tarquinia, que vivió a finales del siglo III a.C., especializado en tal arte y autor de un tratado *(zich)* de aruspici-

na *(nethsrac),* según se sabe por la inscripción existente en el *volumen* que desenrolla ostensiblemente en su sarcófago.

En la misma época o quizá a comienzos del siglo II a.C. vivió *Petru Sceva,* importante personaje de Cortona, quien, además de arúspice *(pava),* fue también oficiante escanciador *(traula)* e incluso astrólogo *(tiurtelathur),* según testimonia la *Tabula Cortonensis.*

Cayo Postumio *(Gaius Postumius),* arúspice particular de L. Cornelio Sila, quizá descendiente de una familia *Pustminas* de Pyrgi, interpretó la aparición de una serpiente debajo de un altar como un signo favorable (Cicerón, *De div.,* II, 65).

Muy interesante es la relación de 25 arúspices aportada por M. Torelli en sus *Elogia Tarquiniensia,* obra más arriba citada. De entre ellos recogemos a Herennio Sículo (Valerio Máximo, 9, 12), personaje tal vez de Volsinii, que, involucrado en asuntos políticos, se suicidaría en el año 121 a.C.; y a Cayo Postumio (Cicerón, *De div.,* I, 33, 72), quien, gracias a la interpretación de un prodigio —la aparición de una serpiente—, ayudó a Sila, en el 89 a.C., a apoderarse de un campamento samnita instalado ante Nola.

Tras ellos pueden ser recordados P. Coelio —del *ordo LX haruspicum*—, y Espurina *(Spurinas,* en etrusco), arúspice de C. Julio César, a quien le predijo, según contaron Suetonio *(Vit. Caes.,* 81) y el retórico romano Valerio Máximo (VIII, 11), que su muerte ocurriría en los idus de marzo del 44 a.C., como así aconteció. Aquella fecha, refrendada poco tiempo después con la aparición de un cometa *(Iulium sidus),* también fue evaluada, según Servio *(Ad Buc.,* IX, 46), como la señal del «noveno siglo» de la historia etrusca y el comienzo del «décimo» por el arúspice Vulcanio *(Vulcanius),* de probable origen etrusco. Este personaje, que murió repentinamente tras haber desvelado aquel *secretum,* sería incluso mencionado mucho más tarde por Isidoro de Sevilla en sus *Etimologías* (XV, 31).

Muy famosos fueron los componentes de una saga familiar sacerdotal relacionada con la aruspicina, la de los Tarquicio Prisco, originarios de Tarquinia. El primero de ellos —identificable con el Tarquenna de Varrón *(De re rustica,* I, 2)— fue traductor, a finales del siglo I a.C., de diferentes libros de la *Etrusca disciplina,* así como autor de una colección de prodigios *(Ostentarium Arborarium, Ostentarium tuscum)* y copista de los *Libri haruspicinales* y *fulgurales.* Su obra, que contribuyó a popularizar la religión etrusca entre los romanos, llegó a ser consultada hasta el siglo IV de nuestra era, según sabemos por el historiador latino Amiano Marcelino (XXV, 2). Del indicado arúspice y de su hijo, que también había aprendido la ciencia de los rayos, tenemos noticia gracias a dos inscripciones de Tarquinia (CIL, XI, 3370 y 7566). Un tercer Tarquicio Prisco, que enseñó el arte de la aruspicina en Roma durante unos 30 años, llegó a ser consejero religioso del emperador Claudio, experto etruscólogo.

Otro tanto debe decirse de la *gens Caecina* (en etrusco, *Ceicna),* natural de Volterra, algunos de cuyos componentes alcanzaron notoriedad en el campo de la política. De ellos, el más famoso fue *Avle Ceicna,* autor de unos comentarios sobre la ciencia de la adivinación y sobre algunos aspectos de la *Etrusca disciplina,* trabajos que fueron consultados por Cicerón, Séneca y Plinio el Viejo. Sería incluso defendido judicialmente en el año 68 a.C. por Cicerón, su compañero de estudios, dada la amistad que se profesaban (Discurso *Pro Caecina).*

Arúspices etruscos que merecen ser recordados, aunque su onomástica nos haya llegado latinizada, fueron:

El mítico Oloeno Caleno *(Oloenus Calenus),* que hubo de vivir a finales del siglo VII a.C. Tal personaje en época del rey Tarquinio Prisco intentó descifrar un por-

tento acaecido en los trabajos de cimentación del templo de Júpiter Capitolino en Roma (Plinio el Viejo, *Nat. Hist.,* 28, 15).

Emilio Potense *(Aemilius Potensis),* el cual explicó la fórmula expiatoria para contrarrestar los efectos que un rayo había causado en el precitado templo de Júpiter Capitolino en el año 102 a.C.

Cafacio *(Cafates Larth),* antes citado, que vivió en el siglo I a.C., conocido por la inscripción bilingüe etrusco-latina de Pesaro (CIL, I, 2, 2127; TLE, 697; ET, Um. 1.7), en la que se le define como *netśvis trutnvt* y *frontac,* esto es, arúspice y *fulguriator.*

Volusio *(Volusius),* también del siglo I a.C., arúspice recordado por Cicerón *(Verr.,* III, 54) junto al médico Cornelio y al pregonero Valerio, colaborador que fue de Verres y partícipe en el juicio contra Ninfón.

Festeyo Capitón *(Fasteius Capito),* identificado con el *pontifex maximus* y *consul sufectus* del año 33 a.C. de igual nombre, que comentó los *Libri tegetici* y escribió una obra sobre los truenos y su significación, conocida como *Tonitruale.*

También en época augústea vivió Clodio Tusco *(Clodius Tuscus),* autor de un calendario astrológico y aruspicinal, que no se ha conservado; además, tradujo al latín parte de la *Etrusca disciplina.*

La relación puede continuarse con un posible liberto de Mecenas, llamado Julio Aquila *(Iulius Aquila),* quien escribió algunos comentarios relativos también a la *Etrusca disciplina,* consultados por Séneca y Plinio el Viejo. No debe olvidarse que el citado Mecenas, el gran caballero romano, amigo de los poetas Virgilio, Propercio y Horacio, y sobre todo de Augusto, era de origen etrusco. Para M. Torelli, este Aquila debería ser identificado con C. Julio Aquila, *praefectus Aegypti* en los años 10-11.



Tomba degli Auguri. Tarquinia

Hay que citar también a C. Umbricio Melior *(C. Umbricius Melior)*, arúspice personal del emperador Galba y luego de Vespasiano y sus hijos, quien conoció en detalle la *Etrusca disciplina*, de la cual escribió un comentario. Citado por Tácito *(Hist.*, I, 27, 2) y por Suetonio *(Vit. Gal.*, 19), sería calificado por Plinio el Viejo *(Nat. Hist.*, X, 19) como *haruspicum [...] peritisimum.*

Recordemos, finalmente, a Tages, tal vez de origen etrusco, que fue *magister* del *ordo LX haruspicum* en tiempos de Diocleciano (69-79), y cuya influencia sobre dicho emperador quizá fue determinante para desencadenar la Gran persecución contra los cristianos. Este Tages no debe ser confundido con el legendario profeta de igual nombre.

Por su parte, C. O. Thulin en su célebre estudio sobre la *Etrusca disciplina* reseñó, además de los citados anteriormente, otros numerosos nombres de arúspices, que se mencionan tanto en las fuentes clásicas como en las inscripciones epigráficas.

M.-L. Haack en su reciente estudio sobre los arúspices en el mundo romano enumera las referencias arqueológicas de seis arúspices etruscos, anónimos, que vivieron en el siglo IV a.C. y de dieciséis que lo hicieron en el siglo I a.C., algunos de nombre conocido y todos ellos latinizados, si bien conectados con antepasados etruscos *(C. Fulvius Saluis* de Ostia, *L. Veturis Rufio* de Gubbio y *L. Vinulleius Lucullus* de Roma).

Por otro lado, no parece que en Etruria hubiesen existido mujeres dedicadas a la aruspicina, si bien se sabe por Arnobio *(Adv. Nat.*, V, 18) que Tanaquil había sido experta en la *Disciplina.*

Los «fulguratores»

Los intérpretes de los rayos fueron llamados *trutnvt frontac* (los romanos los denominarían *fulguratores)*. Acerca de la expresión *trutnvt frontac*, los especialistas no se han puesto de acuerdo. ¿Ambas palabras designaban un único cargo: el de *fulgurator*? ¿Designaban el cargo y un étnico? ¿O el cargo sacerdotal asociado al título de una magistratura? Todavía se ignora, a pesar de disponerse de una inscripción del siglo I a.C., latina y etrusca —conocida como «la bilingüe de Pesaro», aludida más arriba—, en la que puede leerse en latín: *Haruspe[x] Fulguriator* y en etrusco *netśvis trutnvt fronta(c)*, títulos pertenecientes a un personaje de nombre Cafacio *(Cafates Larth*, en etrusco).

Esta inscripción ha generado todo tipo de interpretaciones, según ha señalado J. Hadas-Lebel, quien destaca la pobreza en contenido lexical de las bilingües etrusco-latinas que han llegado.

Muy interesantes son las observaciones de A. Zavaroni, publicadas en la revista *Latomus* (62, 2, 2003), acerca de esta famosa bilingüe. Según este autor, *netśvis trutnvt frontac* son tres palabras etruscas frente a dos latinas, *haruspex* y *fulguriator.* No pueden equivaler sin más a lo mismo. La voz *trutnvt* designaría la acción verbal de «escrutar» y debería conectarse con *netśvis*, significando algo así como «el escrutador de vísceras», esto es, «arúspice». El vocablo *frontac* y sólo él equivaldría al *fulguriator* latino de la inscripción.

A los *fulguratores* les sería encargada, sin duda, la redacción de los *Libri fulgurales.*

Los astrólogos

La astrología, de raíz oriental o helenística, llegó a Etruria y a Roma muy tardíamente, tal vez a finales del siglo III o comienzos del II a.C. Sin embargo, muy pronto los astrólogos —designados quizá con el vocablo etrusco de *tiurtelathur*— incorporaron a su quehacer algunas técnicas de la *Etrusca disciplina,* y supieron hacerse imprescindibles en la vida pública. Todo tipo de personas requirieron sus servicios para las necesidades más peregrinas, y a las que daban solución tomando como referente la influencia de las estrellas.

La profusión de los mismos y sus actuaciones se verían mediatizadas, en el caso de Roma, por las constantes expulsiones oficiales, decretadas contra ellos, denominados en las fuentes como *chaldaei* (F. H. Cramer contabilizó 13 expulsiones, efectuadas entre el 139 a.C. y el 93 d.C.).

Se sabe que en los últimos siglos de la República romana la *Etrusca disciplina* asimiló, a su vez, no pocos principios astrológicos, tanto más cuanto que los elementos astrales eran susceptibles de hallarse presentes en la aruspicina etrusca, caso del significado de los rayos o de la presencia de divinidades astrales en las vísceras de los animales *(Hígado de Piacenza).*

Los primeros astrólogos romanos, además del estudio de la religión etrusca y de su *disciplina* —que tradujeron al latín (caso, entre otros, de Nigidio Figulo)—, se especializaron también en la confección de horóscopos, como el elaborado por Lucio Tarucio acerca de la propia ciudad de Roma, y en los cálculos astrológicos (T. Claudio Trasilo, T. Claudio Balbilo). Sin duda, también los astrólogos que trabajaron en Etruria redactarían horóscopos, tanto de carácter personal como relativos a ciudades.

Entre los etruscos que cultivaron la astrología deben ser citados *Asilas,* «célebre intérprete de hombres y dioses» al decir de Virgilio *(Eneida,* X, 175), y, sobre todo, *Petru Sceva,* prestigioso personaje de Cortona, entendido en aruspicina, astrología y otras técnicas y funciones sacerdotales *(Tabula Cortonensis,* A, 5-7). En cualquier caso, en Etruria, la astrología estuvo muy por debajo de la aruspicina en importancia y práctica.

Los «maru», «zili cechaneri» y «tamera»

Otros sacerdotes, aunque sus funciones exactas son todavía desconocidas, fueron los *maru,* que participaban en el culto del dios *Fufluns,* y también los llamados *zili cechaneri.* Un término, conectado con el mundo religioso, pero de significado ignorado, es el de *tamera,* sobre el cual los especialistas aún no se han pronunciado.

Religión y ciencia

Todo el proceso de culto, en el que las consultas de los libros sagrados, las plegarias, las ofrendas de alimentos y bebidas y el sacrificio de animales ocupaban un lugar preeminente, iba encaminado, sobre todo, a averiguar la voluntad de los dioses

para, una vez sabida, adoptar de modo adecuado las disposiciones que debían seguirse, esto es, invocar la ayuda o el perdón.

En el supuesto de los arúspices, su labor puede resumirse en cuatro apartados: 1) identificación del dios —o de los dioses en su caso—, cuya cólera había hecho necesaria la intervención y consulta del arúspice; 2) análisis de los motivos que habían provocado la cólera del dios o de los dioses; 3) evaluación de los peligros que los signos anunciaban, previo examen del hígado de una víctima, y 4) programa de ceremonias expiatorias para apaciguar al dios o dioses y así alejar los peligros anunciados por las señales.

De hecho, todo el proceso religioso funcionaba como una verdadera ciencia, dándole a este concepto el valor que le hubo de conferir la Antigüedad. También podría decirse que la ciencia para los etruscos fue el arte de comprender la voluntad divina, siendo, pues, la ciencia toda ella religión, si se acepta lo dicho por Séneca *(Quaest. Nat.,* II, 32), quien indicó que los etruscos sometían todas las cosas a los dioses.

Pero siendo la religión etrusca una religión fatalista no se comprende muy bien el porqué de la rígida observancia de los ritos que debían ser cumplidos en determinadas fechas. El famoso *Liber linteus* de Zagreb, al que luego se aludirá, contiene diferentes ceremonias rituales que debían cumplirse en días concretos en honor de diferentes dioses. F. Roncalli, por su parte, ha detectado la presencia de tales «libros de lino» en diferentes monumentos etruscos, lo que habla de la difusión de los calendarios de culto y de los ritos. Se trata de figuraciones en piedra de pliegues de tejidos, doblados varias veces, y que adoptaban la forma de un cojín.

Ahora bien, si el Destino lo fijaba todo, ¿de qué servían los ritos y los conjuros?, ¿de qué los calendarios? Al parecer con tales reglamentaciones lo único que el sacerdote podía lograr —si conocía los preceptos y los ritos— era demorar las desgracias. Y esa posibilidad la facilitaba una serie de libros que recogían las normas que debían cumplirse, normas que abarcaban todos los campos de la actividad humana y que debían dominar los sacerdotes. Elló motivó que los etruscos, controlados por sus dirigentes clericales —éstos en conexión muy directa con el poder político de la ciudad respectiva— vivieran en una constante teocracia al igual que vivieron los egipcios y los hebreos.

La voluntad de los dioses

La relación entre el hombre etrusco y los dioses se reducía a un monólogo mantenido exclusivamente por la divinidad. Por lo que sabemos, el hombre estaba privado de actuar con iniciativa propia en el campo religioso; tan sólo podía recurrir al cumplimiento escrupuloso de las normas exigidas por los dioses. Sin embargo, los etruscos creyeron que la voluntad divina se podía averiguar gracias al estudio de una serie de textos que formaron la *Etrusca disciplina.*

Tal *Disciplina,* transmitida por vía hereditaria e interpretada de modo adecuado, facilitaba conocer la intención de la divinidad, el mensaje divino, presente —según se creía— en determinadas «señales» que se podían observar sobre todo en el hígado de animales sacrificados *(Libri haruspicini),* también en los rayos *(Libri fulgurales),* en los vuelos de las aves *(auspicia)* y en otros prodigios sobrenaturales *(Libri ostentaria).*

Según los etruscos, cualquier espacio podía ser orientado de acuerdo con los puntos cardinales y dividirlo en determinadas partes. Con ello se hacía de él algo sagrado, susceptible de poder observar en tales partes la voluntad divina. Una ciudad, un templo, el cielo o el hígado de un animal admitían, por lo tanto, aquellas divisiones. Así, los cuatro puntos cardinales unidos por dos rectas cruzadas *(cardo* y *decumanus)* posibilitaban la creación de espacios sagrados, en los cuales los arúspices podían «leer» la voluntad de los dioses, en cuanto habitantes de sus respectivas *sedes,* en el sentido de residencias o casas. Estos espacios en nomenclatura latina (Festo, 244, L) eran la *pars postica* (la de atrás) y la *pars antica* (la de delante), la *pars sinistra* (izquierda) y la *pars dextra* (derecha).

El cielo —o mejor, la bóveda celeste *(templum coeleste)*— admitía, lógicamente, aquella división que luego, a su vez, se subdividió en otros 16 sectores (Cicerón, *De div.,* II, 42; Plinio el Viejo, *Nat. Hist.,* II, 137-148), en los cuales creyeron que se hallaban las moradas de los dioses. De acuerdo con Festo (454, L), que a su vez citaba a Varrón, al aceptar que la orientación más corriente se efectuaba mirando al sur —por ser el norte el lugar en donde habitaban los dioses— señaló que las moradas favorables se localizaban en el sector oriental *(pars sinistra),* y las nefastas en el occidental *(pars dextra);* lo mismo ocurría con la ubicación de los rayos y el vuelo de las aves, conociendo así, por el sector en el que se manifestasen, su carácter favorable o de mal agüero.

Debe indicarse que fueron posibles otras orientaciones, atestiguadas también entre los etruscos. Para la *limitatio* de los campos, por ejemplo, el observador miraba hacia el oeste, teniendo el sur a su izquierda y el norte a su derecha. Cuando Numa —como recordó A. Grenier— consultó los auspicios, él mismo miraba hacia el sur, pero el augur que estaba a su lado miraba al este. Para evitar confusiones, los augures latinos, más tarde, definieron expresamente su campo de observación, con lo cual unas veces el lado izquierdo podía coincidir con el este y otras con el oeste, adquiriendo carácter de sector positivo o negativo a conveniencia.

El «Hígado de Piacenza»

Un hígado de carnero (TLE, 719), hecho de bronce y hallado en 1877 en Giavenasco di Settima de Gossolengo, cerca de Piacenza —y hoy atesorado en el Museo Civico de esta ciudad—, constituye una pieza de inapreciable valor para conocer el nivel de la hepatoscopia (examen del hígado de los animales) que alcanzaron los etruscos. Tal objeto, al que se ha aludido con anterioridad en numerosas ocasiones, elaborado en algún lugar del área de Chiusi o de Cortona, entre finales del siglo II y la primera mitad del I a.C., según A. Maggiani, es de muy pequeñas dimensiones (12,60 × 7,60 cm). En opinión de P. Ducati, «habría sido propiedad de un arúspice que seguía a una legión romana y que lo habría perdido». En cualquier caso, es de clara influencia oriental, muy parecido a la treintena de modelos hallados en Mesopotamia y Anatolia.

En general, los hígados de bronce o de terracota hubieron de funcionar como instrumentos auxiliares de los arúspices —en nuestro caso, etruscos—, que los consultarían a modo de *vademecum* cuando fuera pertinente. También algunos de ellos fueron utilizados como elementos didácticos para enseñar a los futuros especialistas.

El *Hígado de Piacenza* reviste una importancia singular por la precisión anatómica con que se representaron sus diferentes partes. La cara de su base o diafragmática es convexa y se halla dividida en dos sectores o lóbulos, separados por la *incisura umbilicalis.* En uno de ellos, en el sector creído favorable *(pars familiaris* o derecha del



Hígado de Piacenza.

lado convexo), está escrito el nombre *Usils (Usil* significa «Sol» y la «*s*» indica la marca del caso genitivo), y en el otro, o sector adverso *(pars hostilis* o izquierda del lado convexo), el nombre *Tivs* (caso genitivo de *Tiv,* la «Luna»). Su lado cóncavo —que, en realidad, adopta una estructura lisa— recoge en el lóbulo derecho la vesícula biliar *(vescica fellea)* y una especie de pequeña pirámide de base triangular *(processus pyramidalis).* Del lóbulo izquierdo lo separa el *processus papillaris* o pequeña excrecencia semicircular, así como el *ligamentum coronarium.*

En suma, puede decirse que este ejemplar de bronce reproducía, aunque de modo esquemático, todos los componentes anatómicos de un hígado, órgano que era considerado centro de la vida y capaz de reflejar manifestaciones divinas en sus teóricos espacios y casillas, teniendo en cuenta que el lóbulo derecho era el asiento propio de las divinidades positivas y el izquierdo el de las negativas.

En el caso que nos ocupa, su borde se presenta subdividido en 16 casillas o *sedes,* cada una de ellas asignada a una determinada divinidad. Dichas casillas, que se hallan en proyección o correspondencia con los sectores celestes, venían a ser el reflejo de lo que ocurría a escala cósmica en el momento del sacrificio. Además, toda la superficie del *Hígado* está, a su vez, dividida en otras 24 *sedes* o compartimentos, dedicados a otros tantos dioses, cuyos nombres etruscos aparecen grabados en el interior de los mismos. Lógicamente, las divinidades inscritas en la *pars hostilis* eran con mucho las más inquietantes y negativas.

Nómina de dioses

De acuerdo con la nueva lectura y la numeración de A. Maggiani (debe indicarse que en el *Hígado* no aparece ningún tipo de numeral), los nombres de las divinidades de las 16 casillas del borde o cinta periférica, con sus correspondientes particiones léxicas por razón de espacio, son:

En la *pars familiaris* (lóbulo derecho del lado cóncavo):

1. *tin /cel /en;* 2. *tin / thuf;* 3. *tins / thne;* 4. *uni / mae;* 5. *tec / vm;* 6. *lvsl;* 7. *neth;* y 8. *cath.*

Y en la *pars hostilis:*

9. *fuflu / ns;* 10. *selva;* 11. *lethns;* 12. *tluscv;* 13. *cels;* 14. *cvl alp;* 15. *vetisl;* y 16. *cilensl.*

Los 24 compartimentos de la superficie aparecen repartidos como sigue:

a) En el lóbulo derecho: 17. *pvl* —para otros autores, *tvl*—; 18. *lethn;* 19. *la / sl;* 20. *tins /thuf;* 21. *thufl / thas;* 22. *tinsth / neth;* 23. *catha;* y 24. *fuf / lus.*

b) Inscritos sobre la propia vejiga de la hiel se hallan consignadas cuatro divinidades, dos desfavorables y dos favorables: 25. *tvnth;* 26. *marisl / lath;* 27. *leta;* y 28. *neth.*

c) En torno a dicha vejiga, y de carácter favorable: 29. *herc;* y 30. *mari.*

d) En la «rueda» del lóbulo izquierdo se hallan seis nombres: 31. *selva;* 32. *letha;* 33. *tlusc;* 34. *lvsl / velch;* 35. *satr / es;* 36. *cilen.* A la derecha de la «rueda» se leen otros dos nombres: 37. *letham;* y 38. *metlvmth.*

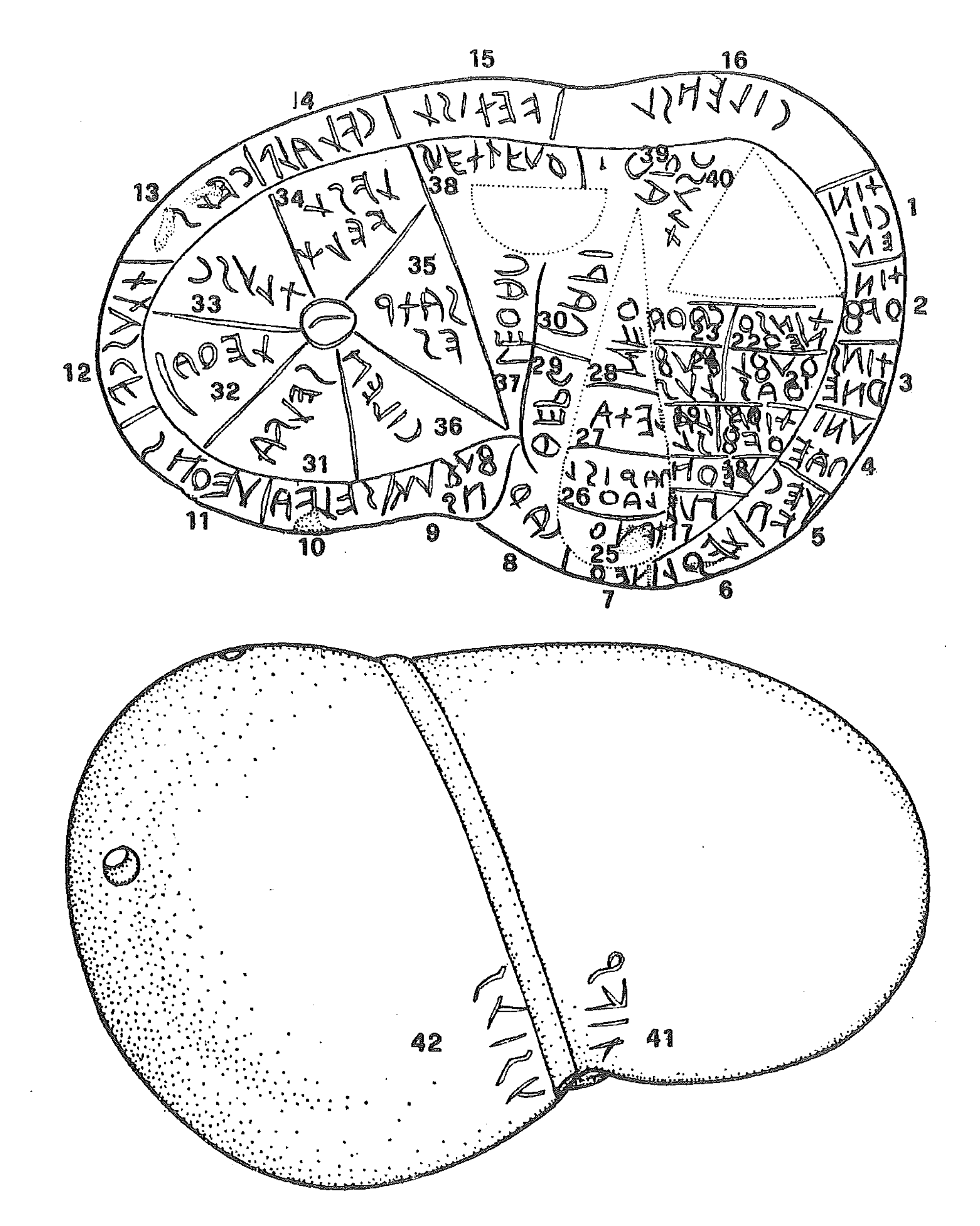
e) Y por encima del *processus pyramidalis* se recogen los de las divinidades, aquí con contenido desfavorable: 39. *mar;* y 40. *tlusc.*

De hecho, las casillas del borde pueden subdividirse en cuatro bloques de divinidades organizadas en tétradas: del cielo (1-4), del mar (5-8), de la tierra (9-12) y del Más Allá (13-16), divinidades no sólo orientadoras del espacio, sino también proyectoras de las regiones del panteón etrusco. Las casillas internas aparecen también estructuradas en otros cuatro bloques, si bien cada uno organizado, en este caso, en tríadas (19-21; 22-24; 31-33 y 34-36). Asimismo, determinadas casillas externas presentan correspondencias con otras internas (por ejemplo, 2 con 10; 8 con 23; 9 con 24; 10 con 31; 12 con 33, 16 con 36).

Tin (o *Tins)* aparece citado en cinco casillas (1-3, 20, 22), lo mismo que *Lethans* (11, 18, 27, 32, 37); cuatro corresponden a *Nethuns* (3, 7, 22, 28), aunque en dos casillas aparece en calidad de inquilino (3 y 22) y tres corresponden a *Maris* (26, 30, 39) y a *Tluscv* (12, 33, 40). Este último nombre constituye el único *hápax* del *Hígado,* si bien C. O. Thulin lo asimiló al *Consus* latino. Por su parte, G. Colonna lo interpreta como perteneciente a un epíteto local y no como un teónimo y lo adscribe a la divinidad citada inmediatamente antes, a *Maris.* Con dos menciones están *Lusa, Selvans, Fufluns, Cilens* y *Catha.* Y con una *Pul* (o *Tul), Uni, Lasa, Ethauśva, Satre, Vetis, Cel, Thufltha, Tu(n)th, Hercle* y *Culśanś* —el *Janus* etrusco— recordado como *Cvlalp,* que hay que descomponer tal vez, como ya se señaló, en *Cul[su],* divinidad infernal, y *Alp[an],* del círculo de *Turan.*

Algunos problemas de interpretación

Según A. J. Pfiffig, algunos de los nombres parece que están claramente escritos en genitivo *(cilensl, vetisl, thuflthas, marisl, satres),* en el sentido de «(Casa) de *Cilens*», «(Casa) de *Vetis*», etc. De ello se puede suponer que los otros nombres cuyas morfologías tienen la marca del nominativo o se hallan de forma abreviada también se tie-



Lados cóncavo y convexo del *Hígado de Piacenza.* (Tomado de A. Maggiani.)

nen que leer como genitivos. Asimismo, en 30 de las 38 casillas sólo existe el nombre de un dios, y se supone que en las otras ocho debe de haber una divinidad más un epíteto.

Por su parte, G. Colonna, que modifica la numeración de A. Maggiani, lee algunos nombres de dos casillas como si fuera uno solo. Caso, por ejemplo, de las casillas 39 y 40 de Maggiani, que hace *mar tlusc* (la 30 recoge *mari),* y de las 37 y 38 que lee, juntas *(letham metlvmth),* cuya interpretación podría ser «*Letham* (que está) en la

ciudad», dando al nombre *metlvmth* el valor del supuesto *numen loci* de la comunidad en que se manejase el hígado. Colonna interpreta la casilla 17 como *tvl,* haciendo de tal palabra un epíteto abreviado del dios *Selvans* —citado en la casilla 10— reintegrando *tvl(aras),* haciendo así de tal dios un *tutor finium.*

Igualmente, ve en algunos nombres formas locativas construidas sobre genitivos, originándose con ello el hecho de unas divinidades que hospedan a otras en sus sedes (por ejemplo, en la casilla 3, que lee *tinsth ne(thunsl),* y en la 22, *tinsth neth* —de similar lectura—, que equivaldrían a «*Neth[uns]* en (casa) de *Tina*»).

Ausencia de algunas divinidades

Determinadas divinidades etruscas, por razones que se ignoran, no quedaron consignadas en tal instrumento religioso. Entre las ausencias más significativas podemos recoger la de *Voltumna* —nada menos que el *deus Etruriae princeps*—, así como las de *Menrva, Turan, Turms, Sethlans* y *Thesan.* En cambio, fueron aceptados el sabino *Usil* y los latinos *Satre/Saturnus, Vetis/Vediovis/Veiovis* y *Selvans/Silvanus.*

Ubicación de sectores y significado astrológico

Un problema no resuelto todavía lo constituye la exacta orientación del sistema de casillas del *Hígado* (A. Grenier, M. Pallottino, A. Maggiani, G. Colonna, L. B. Van der Meer), que marcarían exactamente los puntos cardinales delimitando así los cuatro sectores fundamentales: *felicitas, summa felicitas, regiones dirae* y *regiones maxime dirae.*

Asimismo, algunos especialistas han visto claros elementos astrológicos en el *Hígado de Piacenza,* al igual que influencias griegas de tipo platónico.

Dicho *Hígado* intenta plasmar, de hecho, la reproducción del universo entero, entendido como un microcosmos en sí, dadas las subdivisiones o compartimentos, pero reflejando el macrocosmos de dioses y hombres.

Numerosos etruscólogos —entre ellos, V. Poggi, C. O. Thulin, P. Ducati, S. Weinstock, M. Pallottino, A. J. Pfiffig, A. Maggiani, L. B. Van der Meer y G. Colonna— se han ocupado del estudio de esta importantísima pieza, universalmente conocida y objeto todavía de profundos debates científicos.

Otras representaciones de hígados

Además de la pieza que se acaba de describir, también han llegado otros ejemplares de hígados y algunos materiales que testimonian la práctica de la hepatoscopia entre los etruscos.

Entre ellos, debemos citar un segundo ejemplar de hígado *(Hígado de Falerii),* elaborado en *impasto* y hoy atesorado en el Museo de Villa Giulia de Roma. Pertenece al siglo III a.C. y es de mayor tamaño (28 × 20 cm) que el de Piacenza, si bien está peor conservado y carece de inscripciones.

Asimismo, en la tapadera de una urna cineraria de alabastro (53 cm de altura) de Volterra, del siglo II a.C., se halla figurado un arúspice recostado, de nombre *Avle Lecu,* portando en su mano izquierda un hígado de ovino con la cara interior del mismo vuelta hacia arriba y en la que se observan sus detalles anatómicos.

Una estatua acéfala, fechada entre los siglos V y IV a.C. (25 cm de altura), hallada en Paterno y hoy en el Museo Arqueológico de Florencia, también representa a un personaje togado con un hígado en su mano izquierda. Una placa broncínea (tipo *schabelkanne),* del siglo IV a.C., de muy pequeñas dimensiones, hoy en el Allard Pierson Museum de Amsterdam, muestra a un arúspice barbudo, con un hígado (tal vez de buey) en su mano izquierda, sobre el que coloca la derecha. Bajo el brazo porta un bastón. Del mismo siglo es un escarabeo de cornalina (hoy en Múnich) en el que también aparece grabado un arúspice barbudo, vestido con *himátion,* manipulando con su mano derecha un gran hígado, quizá de buey, en el que sobresale la *cistifellea.* Por detrás de la figura representada se halla la inscripción *Natis.* En dos fragmentos cerámicos (hoy en Tubinga y Berlín), ya tardíos, se figuran, asimismo, dos arúspices manejando hígados.

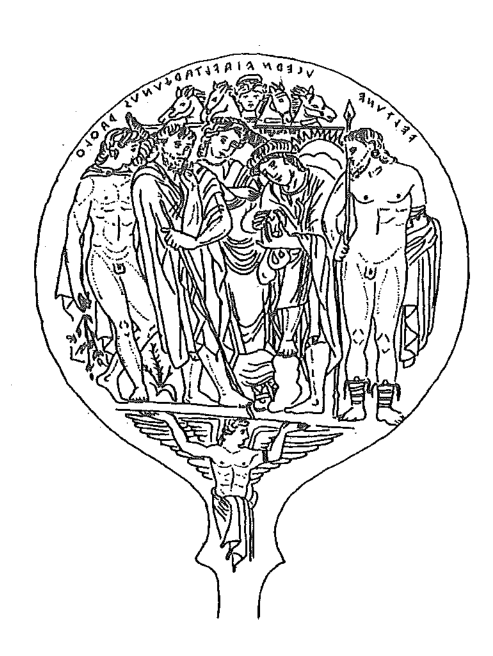
Finalmente, hay que reseñar dos magníficos y famosos espejos de bronce con escenas de aruspicina.

En uno (14,8 cm de diámetro), de finales del siglo V a.C., encontrado en Vulci y hoy en el Museo Gregoriano Etrusco del Vaticano, se representa a *Chalchas,* el adivino del sitio de Troya, barbado, tocado con alas y revestido de un largo manto, apoyando su pie izquierdo sobre una roca. Se halla inclinado, examinando con toda atención un hígado que sostiene en su mano izquierda. En la mesa sobre la que practica su arte aparece un grupo de vísceras del animal inmolado, tal vez el corazón, la tráquea y los pulmones.

En el otro (12,3 cm de diámetro), fechado a finales del siglo IV a.C., localizado en Tuscania y hoy en Florencia, se recoge una nueva escena de aruspicina, encuadrada entre la cuadriga de la Aurora, que aparece en la parte superior, y un genio alado que, en la base del espejo, sostiene el horizonte de la tierra. En el motivo central se halla un joven, de nombre *Pava Tarchies* —a quien ya conocemos—, revestido de amplio manto prendido con una fíbula, deduciendo presagios a la vista de un hígado que sostiene con la mano izquierda y que manipula con el índice y el pulgar de la mano derecha. En la figuración aparecen otros personajes: el también arúspice *Avl(e) Tarchunus,* barbudo, con manto o *tebenna* y portando un largo bastón; una mujer de nombre *Ucernei* y de seria expresión. A ambos lados se encuentran, respectivamente, a la derecha el dios *Velthune* (sin duda, *Velthumna,* el titular del santuario federal), desnudo y



Chalchas examina un hígado. Vulci. (Museo Gregoriano Etrusco, Vaticano.)



Pava Tarchies. Tuscania. (Museo Arqueológico, Florencia.)

con barba, apoyado en su lanza y con una clámide que enrolla en uno de sus brazos, y a la izquierda, un hombre joven, también desnudo, con clámide que le cae por la espalda y con una rama de laurel en su mano, de nombre *Rathlth* (¿identificable con Apolo o con un genio apolíneo?).

La escena de este espejo es de compleja interpretación, habiéndose entendido como un acto de transmisión de conocimientos del arte de la aruspicina (de *Tages,* aquí figurado como *Pava Tarchies,* a *Tarchunus,* el legendario fundador de Tarquinia) y también como una escena de *responsum,* necesaria ante la aparición de un inesperado sol radiante que se ve al fondo de la escena y que indicaría la señal del nacimiento de un nuevo niño (¿quizá Servio Tulio?), de acuerdo con los presagios que tuvieron lugar poco antes de ser dado a luz por Ocresia *(¿Ucernei?),* su madre. No faltan quienes interpretan que la escena aludiría a la fundación de Tarquinia.

El ritual del examen de las vísceras

El ritual del examen de las vísceras de los animales —el más sacrificado fue la oveja— consistía en «actos precisos» que se debían llevar a cabo rigurosa y minuciosamente.

El arúspice abría el tórax y el vientre del animal y después de haber observado su interior, por si hubiera alteración o carencia de alguna víscera, analizaba los últimos movimientos del intestino, así como el lugar y el color de los demás órganos. Tras ello procedía a extraerlos. Un asistente los depositaba en una mesa, sobre la cual se procedía a una mayor inspección ocular, órgano por órgano. Se examinaban —y por este orden— el hígado, el corazón, los pulmones, el estómago, los intestinos, el bazo y los riñones.

El hígado era lo que se examinaba con mucho más detalle, puesto que era considerado —como se ha dicho— el órgano esencial de la vida. El sacerdote lo cogía con su mano izquierda, en una determinada posición de modo que la *incisura* estuviese vuelta hacia él y la cara inferior del órgano quedase dispuesta hacia arriba. A partir de esta postura se fijaban la parte izquierda *(pars hostilis)* y la derecha *(pars familiaris).*

Del hígado se observaba su volumen, su color, su consistencia, sus hipertrofias y atrofias, su *processus caudatus,* además de los lóbulos, las venas, el conducto biliar, la vejiga de la hiel y el *processus* piramidal.

De los intestinos se observaban su posición, el número de sus asas, los movimientos peristálticos, el meteorismo y la eventual presencia de anomalías, además de

la existencia o no de posibles parásitos, tuberculosis intestinal, abscesos, cicatrices o adherencias.

A partir del examen de todos aquellos componentes y de su adecuada evaluación, de acuerdo con ancestrales saberes, el arúspice emitía sus presagios favorables o desfavorables. En el supuesto de que tales exámenes no dieran ninguna respuesta *(muta exta* o «vísceras mudas»), se procedía a analizarlos de nuevo o bien a arriesgarse a actuar o emprender algo sin tener en cuenta «los avisos» de los dioses.

Junto a este tipo de examen *(hostiae consultatoriae),* mediante el cual se conocía el tipo de presagio, también se practicó otro tipo de sacrificio particular *(hostiae animales),* de carácter soteriológico, en virtud del cual se identificaba la sangre de los animales inmolados con el alma humana. La ofrenda de tal sangre permitía obtener la inmortalidad a la persona en cuyo favor se hubiese realizado el sacrificio, es decir, se convertía en un dios a partir de un *anima,* de un alma proveniente de un animal sacrificado, por lo común una cabra. Se está muy mal informado del ritual de las *hostiae animales,* pero su práctica posibilitaba que la sangre del animal (esto es, su *anima),* ofrecida a los dioses del Infierno, reemplazase a la del difunto. Así, el alma de éste escapaba a la muerte y accedía a la divinización bajo la forma de un dios, «formado» a partir —como se ha dicho— de un alma (D. Briquel). Nos hallamos así ante una religión de salvación, soteriológica, cuya efectividad no dependía de las personas en particular, sino del cumplimiento de determinados ritos por parte de sus familiares. Como ha señalado muy bien S. Montero, la religión etrusca «tampoco era una doctrina moral que pusiese su acento en los conceptos de recompensa o de castigo por la actitud que el difunto hubiera adoptado en vida. La concepción etrusca era una simple cuestión de ritos. Para asegurar la supervivencia de las almas de los difuntos era suficiente proceder a la realización de ciertos sacrificios. La finalidad de este rito de ofrenda *[hostiae animales]* era, como precisa Arnobio, hacer que las almas devinieran divinas y fueran liberadas de las leyes de la mortalidad».

Tales prácticas rituales fueron recordadas, entre otros, por Publio Nigidio Figulo, en el siglo I a.C., para quien existían cuatro tipos de dioses Penates etruscos —el cuarto era el de los «hombres mortales», divinizados gracias a las *animae* de las víctimas animales—; por Cornelio Labeo, en el siglo III, que dejó escrita una obra sobre tal asunto *(De diis animalibus),* y por otros autores un poco más tardíos: Arnobio *(Adv. Nat.,* II, 62; III, 40), Servio *(Ad Aen.,* IV, 56) y Macrobio *(Saturnalia,* III, 5).

Arrunte interroga a los dioses

Debemos a R. Bloch unos interesantes párrafos conectados con el interrogatorio a los dioses que efectuó el arúspice *Arrunte,* según puede leerse en la *Farsalia* de Lucano (I, 610-638).

Gracias a tal narración podemos revivir la atmósfera dramática de una consulta aruspicial, cuando los dioses eran adversos. La consulta en cuestión fue efectuada con vistas a conjurar y comprender los presagios funestos que se habían multiplicado en Roma con ocasión de los prolegómenos de la Guerra civil (luchas entre César y Pompeyo), de inminente estallido, y que iban ensangrentando, poco a poco, el mundo romano. En consecuencia, el senado de Roma solicitó el concurso del arúspice etrusco más anciano a fin de que esclareciera lo que se avecinaba.

He aquí la impresionante narración de la consulta a los dioses mediante la extapiscina:

> Luego, Arruns, tomando a un macho por la nuca lo acerca al altar. Ya comienza a regar el vino y a esparcir con su cuchillo la harina del plato. La víctima —largo tiempo rebelde al sacrificio, los salvajes cuernos firmemente tenidos por los ministrantes que visten ropas cortas—, las rodillas dobladas, ofrece su cerviz vencida. Pero la sangre no fluye como de costumbre; por la abierta llaga, en lugar de sangre, corre un humor corrompido y funesto. Arruns, estupefacto ante el sacrificio de lúgubres efectos, palidece y rebusca en las entrañas nuevos signos de la cólera celeste. Su color mismo aterroriza al arúspice. Las pálidas vísceras pardean de oscuras manchas, impregnadas de una sangre helada que multiplica sus placas sanguinolentas sobre el tinte lívido. El pulmón palpita, pierde del todo su calor vital y un leve surco se abre sobre sus partes vitales. El corazón está inerte, las vísceras dejan escapar sus humores por las fisuras abiertas, por donde los intestinos muestran sus recónditos repliegues. Vio, por último, un prodigio indecible que jamás aparece impunemente en las entrañas: en la parte superior del hígado vio crecer otro pedúnculo; una parte pende, pues, enferma y fláccida, mientras la otra palpita y sacude las venas con pálpitos desmesurados. Cuando estos indicios le hicieron comprender la amplitud de los males previstos por el destino, el arúspice exclamó: «Difícilmente me es permitido, dioses del cielo, revelar a las gentes lo que estáis a punto de desatar sobre ellos. Porque no eres tú, oh muy grande Júpiter, quien ha aceptado el sacrificio. Son los dioses infernales quienes han penetrado en las entrañas del toro. Nuestro temor sobrepasa ahora los límites de la expresión, pero los acontecimientos superarán aún el temor mismo. ¡Quieran los dioses volver favorable lo que mis ojos han visto! ¡Quiera Tages, inventor de nuestro arte, haberse equivocado y haber mentido las vísceras que he palpado!

Con estas palabras el arúspice etrusco buscaba modificar los presagios y los anunciaba envolviéndolos en términos ambiguos.

El arte fulguratorio

Respecto al arte fulguratorio —según se sabe por Plinio el Viejo *(Nat. Hist.,* II, 138) y por Arnobio *(Adv. Nat.,* III, 38)—, los etruscos creyeron que existían once tipos de rayos *(manubiae),* que tan sólo podían manejar nueve dioses, identificables tal vez con los *Dii novensiles* de Marciano Capella, dioses supervisados por *Tinia* (o *Tin),* el titular de los tres primeros de aquellos rayos. Lamentablemente, no ha llegado ninguna lista con los nombres de los nueve dioses *fulguratores,* pero se puede argumentar que los mismos, en el supuesto de que hubieran existido —tal concepción es extraña a la ceraunoscopia etrusca—, habrían sido *Iuppiter, Iuno, Minerva, Volcanus, Mars, Saturnus, Summanus, Hercules* y *Auster* (nombres romanos y listado según G. Capdeville).

En cualquier caso, la creencia en varios dioses *fulguratores* es asunto secundario, pues era *Tinia* quien, en definitiva, controlaba y lanzaba el *fulmen praesagum,* o primer rayo que equivalía a la «señal de advertencia». Asimismo, tenía poder sobre el *fulmen ostentarium,* rayo que venía a ser la demostración de su ira, y que tenía como misión asustar a los humanos, y también sobre el tercer tipo o *fulmen peremptorium,* que había sido creado para la destrucción y la transformación de todo tipo de cosas.

Aunque *Tinia* podía lanzar los tres tipos de rayos que se acaban de citar, Séneca señaló *(Quaest. Nat.,* II, 41) que el segundo debía arrojarlo con el permiso de los doce *Dii consentes,* y el tercero —el más peligroso y que era de tonalidad rojiza— sólo si se lo autorizaban los dioses superiores y su consejo *(Dii superiores et dii involuti),* de quienes se ignora su número, nombre y aun sexo.

Para determinar el valor exacto de los rayos —que era una manera empleada por los dioses para informar de sus intenciones a los mortales—, el arúspice debía proceder con todo rigor, averiguando un sinfín de detalles o de casuística en torno a los mismos, y que conocemos por Séneca *(Quaest. Nat.,* II, 48). Entre ellos, la identidad del dios que los enviaba, el punto de partida —de acuerdo con la cartografía celeste—, la dirección y el trayecto recorridos, el tipo *(fatidicum, brutum, vanum* y *regale),* la intensidad («que perfora», «que se dispersa», «que golpea», «que abrasa»), las circunstancias (siempre múltiples), así como evaluar la hora de la caída, la forma y el color del relámpago (blanco, negro, rojo), el lugar u objeto que había tocado y los efectos materiales que había provocado. En no pocas ocasiones —y ante un rayo que se presuponía nefasto—, el arúspice debía ser capaz incluso de desviarlo, de lograr que el fenómeno no se manifestase, convirtiéndose entonces así en un verdadero mago.

La significación que podía extraerse de un rayo dependía también, como señaló R. Bloch, de las intenciones del arúspice. Si estaba en trance de planificar algo, el rayo le podía dar consejo *(fulmen consiliarum).* En el supuesto de que ya lo estuviese poniendo en práctica, el rayo le podía mostrar su acuerdo o desacuerdo *(fulmen auctoritatis).* Si no tenía proyectos de ningún tipo, el rayo podría servir para promoverlo *(fulmen monitorium).*

Séneca *(Quaest. Nat.,* II, 32) no dudó en destacar que para los etruscos los rayos eran fenómenos conectados con los dioses, que no eran hechos naturales. El autor cordobés dice así: «Nosotros pensamos que el rayo es lanzado porque ha habido una colisión de nubes; según ellos, la colisión se produce para que el rayo sea lanzado; relacionando todas las cosas con la divinidad, están convencidos no de que los rayos significan señales porque se han producido, sino que se producen porque tienen un significado.»

Por supuesto, el lugar y las cosas tocados por un rayo eran objeto de específicos ritos, destinados en unos casos a proteger sacralmente los restos de la presencia divina y en otros a purificar cuanto había «sido tocado por el cielo», dado que el contacto con lo sagrado era altamente peligroso al contagiar de impureza a lo afectado por él (R. Bloch).

Gracias a las referencias de las fuentes latinas se deduce que las normas de expiación consistirían en «sepultar» el rayo *(fulmen condere)* en un adecuado pozo *(puteal)* y en sacrificar un carnero (en Roma se inmolaba un *bidens,* esto es, un corderillo con los dientes incisivos muy desarrollados, en una ceremonia denominada *bidental).*

No nos ha llegado información acerca de cómo podían desviar o atraer a voluntad las tormentas y los rayos, a pesar de la creencia que, entre los romanos, se tuvo en la capacidad de los etruscos para actuar en tales circunstancias. Tito Livio (I, 31) señaló que las ceremonias y las *precationes* para conjurar las tormentas siempre estuvieron ocultas, y Plinio el Viejo *(Nat. Hist.,* II, 140) recordó que existeron muchas fórmulas contra el poder de las tormentas y rayos. Verrio Flaco, por su parte, nos ha conservado dos palabras etruscas *(arse verse)* que, escritas sobre las puertas de las casas, eran, al parecer, eficaces para alejar tormentas.

Sabemos, finalmente, por Columela (X, 334-347) que en los consejos dados al agricultor para propiciar los vientos, tener controlados los rayos y tormentas, recor-

daba los ejemplos dejados por *Tages* y por *Tarconte*. El primero colocaba un cráneo de asno en los lindes del campo y *Tarconte* rodeaba sus viñas con un seto de vides blancas.

El calendario brontoscópico

Los truenos, junto a los rayos, también fueron objeto de análisis y estudio reservados a los arúspices etruscos. Ha llegado un documento muy importante en traducción griega que el *cornicularius* bizantino J. Lorenzo Lydo *(ca.* 490-565) incluyó en su obra *De Ostentis* (27-38). Tal documento —último tratado de Astrología del Mundo antiguo— lo estableció sobre el texto latino que, en el siglo I a.C., el adivino, astrólogo, mago y filósofo de tendencias pitagóricas y órficas Publio Nigidio Figulo *(P. Nigidius Figulus)* —recordado por Lucano en su *Farsalia* (I, 640)— había redactado a la vista de escritos originales etruscos del siglo III a.C., pero adaptándolos a las necesidades romanas.

El documento en cuestión —estudiado en su día por A. Piganiol y D. Liuzzi y recientemente por C. Ampolo— constituye un «Calendario brontoscópico» *(Ephémeros brontoskopia),* esto es, la significación o presagios que se pueden extraer de los truenos de acuerdo con los días y los meses en que se podían producir.

Tal y como está redactado, no hay duda de que el original del calendario hubo de tener una base babilónica, pues se asemeja muchísimo en disposición, contenido y planteamientos a los textos astrológicos y hemerológicos hallados en distintas ciudades de Mesopotamia.

El calendario se estructura en 12 meses, que comienzan a partir del 1 de junio, en períodos de 30 días, incluso para el mes de febrero. La serie de interpretaciones que se dan sirven para reconstruir muchos de los aspectos de la vida cotidiana, con datos concernientes a los agricultores, a los ganaderos, a los ciudadanos e incluso al propio Estado.

Por su interés, he aquí el texto del mes de junio:

> 1 de junio: Si truena, habrá cosechas abundantes, pero la cebada será la excepción. Se abatirán sobre el hombre enfermedades peligrosas.
>
> 2: Si truena, los alumbramientos serán menos penosos para las madres. El ganado morirá. Habrá pesca en abundancia.
>
> 3: Si truena, el calor será muy seco. Por lo tanto, no sólo los frutos secos sino también los blandos resultarán abrasados por la sequía.
>
> 4: Si truena, el aire será húmedo y lluvioso hasta el extremo de que las cosechas se pudrirán y se perderán.
>
> 5: Si truena, será funesto para el campo. Aquellos que gobiernan las aldeas y los pequeños pueblos tendrán dificultades.
>
> 6: Si truena, un bicho dañino nacerá en el interior de la cosecha ya madura.
>
> 7: Si truena, aparecerán enfermedades; sin embargo, matarán a poca gente. La cosecha de frutos secos será buena, los demás se quemarán.
>
> 8: Si truena, es anuncio de lluvias abundantes y de la muerte del trigo.
>
> 9: Si truena, los rebaños morirán a causa del ataque de los lobos.
>
> 10: Si truena, los fallecimientos serán numerosos, pero habrá una gran cosecha.
>
> 11: Si truena, se producirán calores inofensivos, la «república» conocerá la abundancia.
>
> 12: Si truena, ocurrirá lo mismo que el día anterior.

13: Si truena, amenaza de ruina para un hombre muy poderoso.

14: Si truena, el aire será muy caliente y, sin embargo, habrá una cosecha muy abundante y una gran abundancia de pescado de río. Los cuerpos, no obstante, se debilitarán.

15: Si truena, los volátiles se sentirán muy incómodos a causa del verano. Los peces morirán.

16: Si truena, no solamente será presagio de la mengua de la cosecha, sino también de la guerra. Un hombre muy afortunado desaparecerá.

17: Si truena, habrá abundancia; también muerte de ratas, de topos y de langostas. Sin embargo, el año proporcionará riqueza al pueblo «romano» y también crímenes.

18: Si truena, es el presagio de una desastrosa penuria de frutos.

19: Si truena, morirán los animales que dañan los frutos.

20: Si truena, es una amenaza de disensiones en el pueblo «romano».

21: Si truena, es un presagio de la escasez de vino, pero de abundancia para otros productos, así como de pescado.

22: Si truena, el calor será desastroso.

23: Si truena, es el anuncio de júbilo, del fin de los males, del término de las enfermedades.

24: Si truena, es una promesa de abundancia de bienes.

25: Si truena, las guerras y las desgracias serán innumerables.

26: Si truena, el invierno que vendrá dañará las mieses.

27: Si truena, existirá un peligro procedente del ejército para los dirigentes de la «república».

28: Si truena, la cosecha de grano será abundante.

29: Si truena, mejorarán los asuntos de la ciudad.

30: Si truena, se producirán muchas muertes, sin tardanza.

Los auspicios y los prodigios

Los vuelos de aves encerraban también determinados mensajes divinos, deducidos del sector celeste en el que hubiesen tenido lugar. Los etruscos fueron, por lo que se sabe, notables expertos en el análisis de los mismos *(tyrrenike ornithoskopia),* al decir de Dionisio de Halicarnaso. Por su parte, Tito Livio (I, 34) recoge un auspicio etrusco, extraído del vuelo de un águila, aplicado a Lucumón, el futuro Tarquinio Prisco, extraña acción que ocurrió durante su marcha, en compañía de su esposa, a Roma. Tal ave le quitó primero el gorro y después se lo volvió a colocar, hecho que fue interpetado por Tanaquil, su esposa, como señal de gran prosperidad.

Asimismo, en las pinturas de la *Tomba François* de Vulci, que ya vimos, se halla representada en la pared derecha otra escena de *auspicatio.* En la misma, *Vel Saties,* cubierto con una magnífica *toga picta,* se halla observando el vuelo de un pájaro, al tiempo que junto a él, un servidor, llamado *Arntha,* tiene un pájaro en su mano izquierda sujeto con una cuerda que sostiene con la derecha. Esta escena ha sido interpetada como un auspicio conectado con la guerra. En la *Tomba degli Auguri* de Tarquinia, un hombre portando en su mano derecha un *lituus* tiende su izquierda hacia un pájaro rojo.

La adivinación mediante la ornitoscopia o avispicina fue, asimismo, practicada por los arúspices y augures romanos, según confirma Plinio el Viejo *(Nat. Hist.,* X, 19) al aludir al arúspice C. Umbricio Melior, ya citado, experto en ornitología y autor de un tratado sobre el tema.

Por otro lado, determinados espejos recogen escenas nupciales, cuya composición puede evaluarse como un *auspicium nuptiarum,* tipo conocido también por referencias textuales clásicas.

Asimismo, cualquier anomalía que alterase el curso de lo cotidiano entraba dentro del campo de lo prodigioso, pudiendo por su propia naturaleza ser evaluada como una manifestación de la voluntad divina. Los prodigios *(ostenta)* podían, de hecho, ser infinitos, según conocemos por referencias tardías, recogidas en fuentes romanas. Así, determinadas hierbas, plantas o árboles con frutos o bayas negras —excepto el laurel—, la manera de posarse un enjambre de abejas, la acción de los ratones y de las serpientes, las aves nocturnas y de presa, el nacimiento de animales o de personas con malformaciones, los cometas, las estrellas fugaces, las tormentas y lluvias —de sangre, como la ocurrida en Saturnia, o de tierra que tuvo lugar en Auximia, según refiere Tito Livio—, los temblores o los ruidos de la tierra, las voces y sonidos misteriosos, en fin, los sudores de las estatuas o las pesadillas de las embarazadas, todo ello constituía señales inequívocas de los dioses. Eran los sacerdotes especializados los encargados de explicar e interpretar aquellos prodigios —en general, señales de malos augurios— y, en su caso, buscar soluciones a fin de evitar las grandes calamidades que podían perturbar el orden social y político de la ciudad.

En ese sentido, con una minuciosidad inimaginable, previeron, codificaron, clasificaron e interpretaron cuanto hacía referencia al poder de los dioses. Sin embargo, ante la cruda realidad —siempre inalterable, aunque se pudiese prever—, el hombre etrusco se veía incapacitado para actuar.

Las suertes y los oráculos

A partir del siglo III a.C., y por influencia griega, la práctica de las *sortes* («respuestas» o «suertes») fue de uso generalizado, si bien restringida casi siempre a la esfera privada. Su ejecución consistía en el lanzamiento o extracción de astrágalos, plaquitas rectangulares, fichas, bolas (de madera, de hueso, de bronce) o pequeños guijarros, grabados con nombres de divinidades (la más usual *Śuri/Aplu)* y con inscripciones que daban a sobrentender la respuesta de las mismas suertes.

Testimonios de aquella cleromancia, que declinaría a partir del siglo I, son: una pequeña lámina rectangular de bronce, con la inscripción *savcnes Śuris,* procedente de Viterbo y hoy en Roma (CII, 2083); otra, también de plomo, de forma circular, de Arezzo, con la palabra *Suriś* (en grafía del etrusco septentrional); y una tercera, consistente en un nódulo de sílex, de Arezzo, de forma ovoide, con la inscripción en relieve en ambos lados: en uno, el dios titular del oráculo, *Aplu puteś* («De Apolo Pitio»), y en el otro, la respuesta: *tur farthnś* («ofrece a *Farthan»).*

A estos testimonios hay que añadir una interesante urna, tal vez de Volterra (hoy en Florencia), fechable a finales del siglo II a.C., decorada con una escena de *sortitio* en la que participan un arúspice, una mujer que extrae una «suerte» de un gran vaso, y otra persona, sin duda el consultante. También al mundo cleromántico de las «suertes» pertenece un pequeño cofre de *bucchero* (sólo restan dos fragmentos), localizado en el santuario del Portonaccio (Veyes), que serviría para contener las tablillas, según opinión de G. Colonna. En el santuario de Punta della Vipera (Caere) se localizó un disco de plomo agujereado con la inscripción *mevelces,* lugar en el que según Tito Livio (XXI, 62) se practicaban las *sortes.*

Finalmente, hay que mencionar a un denario de M. Pletorio Cestiano, descendiente de la *gens* prenestina de los *Cestii,* emitido entre el 69 y el 66 a.C., en donde figura una escena de *sortitio.*

No ha llegado ninguna mención de arúspice etrusco que practicara esta modalidad de adivinación, pero sí la de tres personajes, dados a ella, que habitaron en el área de influencia etrusca: *C. Fulvius Saluis,* natural de Ostia, *C. Clipearius* y *Ancos Marcios,* de origen falisco.

Muy parecidos en su espíritu fueron los oráculos o respuestas a preguntas concretas. Acerca de éstos poseemos testimonios escritos y también restos arqueológicos, aunque nada haya llegado del celebérrimo templo oracular de *Fortuna Primigenia,* existente en Palestrina (Preneste). En el primer caso, puede recordarse lo señalado por Heródoto (I, 167) acerca de la consulta que los caeretanos hicieron a la Pitia de Delfos después de haber lapidado a prisioneros focenses tras la batalla de Alalia. En el segundo, el célebre espejo de Marcianella (Chiusi), de finales del siglo IV a.C., hoy en Siena, en cuyo reverso se figura una escena oracular. En la misma se ve a *Atunis* (Adonis) y a *Euturpa* (Euterpe) consultando un oráculo que transmite la boca de *Urphe* (Orfeo), cuya cabeza (el cuerpo falta) ha sido recuperada y llevada por un pescador llamado *Umaele.* Todas las palabras dichas por el héroe son copiadas sobre una tablilla por una mujer de nombre *Aliunea.*

En otro espejo —de Bolsena, ya citado con anterioridad— puede verse otra escena oracular. En el mismo, el adivino *Cacu,* acompañándose del sonido de una lira, está en trance de profetizar, al tiempo que el joven *Artile,* un colaborador suyo, anota el contenido de sus vaticinios en un díptico. Junto a ellos están los guerreros y hermanos Aulo y Celio Vibenna. Parecida escena sirvió para decorar también algunas urnas de la región de Chiusi.

Los exvotos

Dado que el hombre etrusco, como se acaba de decir, no podía hacer nada para modificar el curso de las cosas, en el supuesto de las enfermedades que presumían crónicas o incurables no dudaron en acudir ante sus dioses a pedirles remedio, recurriendo a una forma de devoción particular consistente en la deposición de ofrendas *(anathémata)* y exvotos en templos y ámbitos religiosos.

Asimismo, cualquier acción de gracias recibida también fue susceptible de ser elevada a los dioses mediante dichos exvotos, cuyo ejemplo más significativo se puede hallar en la figura del rey tirreno Arimnesto, recordado por Pausanias (V, 12) por haber ofrecido un trono, símbolo de su soberanía, en el templo de Zeus en Olimpia, a mitad del siglo VII a.C. El mismo rey, además, llegó a consagrar otro objeto (tal vez, un instrumento musical) en el templo de la diosa Hera en Samos.

Sin duda, el *Fanum Voltumnae* fue el templo que más exvotos y dones sagrados hubo de recibir, acumulando con ellos un efectivo poder económico (no hay que olvidar que de tal santuario los romanos, en el 264 a.C., se llevaron a Roma 2.500 estatuas). Tampoco faltaron, por otro lado, exvotos en los recintos sagrados de Tarquinia, Veyes, Caere y Vulci. O en el llamado *Ninfeo Rosa,* próximo a Falerii Veteres, que ha facilitado un buen número de ejemplares anatómicos, cabezas votivas y máscaras.

La documentación arqueológica nos ha permitido conocer las formas más humildes de piedad, al haber localizado numerosísimos exvotos de terracota, habiéndose perdido, salvo excepciones, muchísimos otros de bronce y oro.

Dejando de lado los millares de figurillas de bronce y plomo figurando a oferentes y depositadas en santuarios y templos —ejemplares estudiados por G. Colonna, E. Richardson y A. Romualdi, entre otros—, los exvotos más comunes, sin planteamientos estéticos de ningún tipo, reproducían, de hecho, la totalidad de las partes anatómicas humanas, entre ellas, cabezas, torsos, piernas, pies, brazos, manos, corazones e incluso tráqueas, no faltando tampoco hígados, úteros, penes, testículos ni intestinos. Muchos de aquellos exvotos han sido perfectamente analizados por P. Decouflé y J. Macintosh. Incluso se depositaron figurillas con incisiones que dejaban ver casi todos los órganos internos, al igual que placas de terracota con la representación de diferentes órganos (conjuntos «poliviscerales») a los que se aludió en páginas anteriores.

El uso de tales piezas —que evidenciaban señales inequívocas de una religión popular que sabía dar gracias por los beneficios recibidos y solicitar remedios para sus desgracias— se difundió ya en la época arcaica, siendo Veyes, Tarquinia y Caere los lugares en los que se detecta una mayor entrega de dichos exvotos. A partir del siglo IV a.C. puede decirse que se extendió aquella costumbre por todo el territorio etrusco, excepto por el área septentrional, adonde llegaría su utilización mucho más tarde, durante la etapa helenística.

Entre los más famosos exvotos llegados, hay que recordar los bronces de Brolio, en el valle del Chiana, los de Pozzarello (Bolsena), los del monte Falterona, los de Caere —magnífico un *Lanzador de jabalina,* hoy en París— y los de Campetti (Veyes). Entre las piezas singulares baste recordar dos por su extraordinaria calidad, ya vistas anteriormente. Una es la estatuilla de un niño (26 cm de altura) que porta *bulla* discoidal colgada al cuello y una paloma en la mano, conocida como *Putto Graziani,* procedente de las cercanías del lago Trasimeno, y hoy en el Museo Vaticano, pieza que fue dedicada a la divinidad *Tece Sanś;* y la otra, el famoso e impresionante *Orador,* popularmente denominada *l'Arringatore,* del que ya hablamos.

Tampoco faltaron entregas de exvotos simplemente artísticos, como la *Quimera* de Arezzo, ofrendada a *Tinia* por parte de alguna familia aristocrática, cuyo nombre ignoramos, o el *Marte* de Todi, cuya inscripción en lengua umbra está grabada con letras etruscas. Gracias a la misma sabemos que un tal *Ahal Trutitis,* como tuvimos ocasión de señalar, había entregado la estatuilla en calidad de don.

No faltaron en las *favissae* de los santuarios, a partir del siglo IV a.C., exvotos en forma de figuritas de divinidades etruscas, que adoptaban tipos físicos, disposiciones y actitudes de los dioses griegos, caso del *Aplu de Ferrara* (hoy en París), dedicado por *Fasti,* esposa de *Rufri,* en agradecimiento de algún bien recibido por su hijo.

De todos modos, al ignorar los específicos poderes de los dioses, es muy difícil establecer un código para poder relacionar exvotos con precisas y concretas divinidades. Sí podemos decir, por ejemplo, que *Turan* estaría especializada en ámbitos eróticos y matrimoniales (cipos, pechos, manos, estatuillas de parejas) y *Uni* en el de la reproducción (úteros, penes, niños).

El «mundus»

Un elemento religioso importante, estudiado por C. Dognini desde un punto de vista etimológico, lo constituyó el *mundus,* vocablo de origen etrusco (raíces *mun-, munth-* = «fosa de comunicación con el mundo subterráneo»), que también los roma-



El *mundus* de la acrópolis de Marzabotto.

nos adoptarían, dándole varios significados, sirviendo lo mismo para designar la totalidad del universo, como, de modo adjetivo, todo aquello que fuese limpio, elegante o exquisito. Utilizada tal palabra en plural servía para aludir a las joyas femeninas y más tarde a las estrellas, en verdad, joyas de los cielos.

Para Festo (154-157), gramático del siglo III de nuestra era, y para Macrobio *(Saturnalia,* I, 16), autor de fines del siglo IV, *mundus* equivalía a «mundo infernal» o, si se quiere, «a los infiernos».

En el contexto cultual etrusco, la palabra se conectaba tanto con los ritos de fundación de las ciudades —a partir de él se procedía a trazar las líneas ideales de la ciudad— como con la tumba, con lo subterráneo, con el Averno. En suma, se asociaba con la evocación de los muertos, de los antepasados, que venían a ser una especie de Manes de la creencia romana.

Con el concepto *mundus* se designaba también una fosa coronada con una bóveda, construcción que, simbólicamente, servía para poner en contacto el mundo de los vivos con el de los difuntos, ámbito ctónico en donde, en ocasiones, se manifestaban extraños sonidos que, desde la profundidad telúrica, alteraban el ritmo normal de los seres vivos. También por su forma abovedada evocaba la bóveda celeste, sede de los *dii caelestes.* En consecuencia, el *mundus* conectaba también al hombre con los dioses de arriba y no sólo con los dioses de las profundidades.

Anualmente, en determinados meses y días (tres en Roma, según Festo, coincidiendo con festividades agrícolas), días catalogados como «religiosos», durante los cuales estaban prohibidos los asuntos públicos y privados, tal fosa —verdadera boca de los Infiernos— se abría para posibilitar a los espíritus del Más Allá su salida a la tierra para así poderse confundir con los humanos. Asimismo, debían abrirse las

puertas de las casas a fin de que tales espíritus pudieran entrar y calentarse en los hogares. Finalizados los días señalados, los espíritus volvían a sus tumbas, procediéndose a cerrar el pozo o *mundus.*

Conectado con el mismo aparecía el dios *Culśanś,* titular de las puertas, así como una diosa, identificada con el teónimo *Munthuch* (¿forma plural de *Munthu?),* figurada tanto desnuda como elegantemente vestida y acompañada de otras divinidades o con algún genio o sátiro, según aparece en algunos espejos de bronce.

En la acrópolis de Marzabotto, junto a numerosos restos templares, se localizó un *mundus* («Estructura B»), al que ya se aludió con anterioridad, sin duda, elemento religioso conectado con la fundación de dicha ciudad. En otros lugares etruscos se han localizado altares-podio o simples altares colocados sobre fosas, luego rellenadas (Veyes-Portonaccio, Pyrgi-Área C, Pyrgi-Área Sur, Santa Marinella, Bolsena, Pogetto, Orvieto, Bagnorregio), con evidentes finalidades ctónicas, acercándolos a lo que se entiende por *mundus.*

Muy interesantes son los altares *iota* y *ny* del Área Sur del santuario de Pyrgi, los cuales aparecieron totalmente ocultos bajo bloques de arenisca. Al ser destapados, quedaron las bocas de los mismos al aire, dejando ver su específica condición de *mundus.* Debemos recordar aquí las palabras de G. Colonna al comentar tales altares y su significación. Dicho etruscólogo indica que se habría podido verdaderamente exclamar cuando se destaparon los mismos las palabras que por tres veces cada año se repetían para el mundo romano: *Mundus patet* (¡Se ha abierto el *mundus!).*

Por otro lado, las decoraciones de numerosas urnas cinerarias de época helenística —sobre todo del área de Chiusi, Volterra y Perugia—, de vasos cerámicos y de algunas tumbas (por ejemplo, *Grotte delle Bighe* de Corneto y *Tomba della Scimmia* de Chiusi) nos han conservado la representación gráfica de tal pozo, testimoniando con ello la creencia de un contacto entre vivos y el mundo de ultratumba. En dichas figuraciones suele aparecer un lobo o un monstruo con cabeza de lobo (o simplemente la cabeza de un hombre revestido de piel de lobo) que, saliendo del brocal de un pozo, se lanza contra un personaje vencido y arrodillado. En cada uno de sus lados se halla, a veces, un hoplita que, espada en mano, amenaza al monstruo, y un hombre que, con una cuerda, intenta dominarlo. Otro personaje, detrás del pozo, vierte sobre la cabeza del lobo el contenido de una *phiále* de libación. Suele, a veces, asistir *Vanth,* la diosa de la muerte, dispuesta a guiar al personaje vencido y en trance de ser atacado por el lobo, identificado con *Orcus* (K. Meuli) o con el monstruo *Olta* o *Volta* (F. Messerschmidt, A. J. Pfiffig), nombre latino, en realidad, del dios etrusco *Veltha.*

Acerca de *Olta* se tejió un mito (Plinio el Viejo, *Nat. Hist.,* II, 140) en el que también participaba el rey de Chiusi, *Porsenna,* quien lograría eliminar a tal ser al evocar un rayo. Para E. Simon, sin embargo, las urnas peruginas y volterranas con el tema del lobo, en sus diversas variantes, recogían el mito de Sísifo.

Por otra parte, algunos tipos de pozos en forma de embudos invertidos pueden también conectarse con este *mundus,* que si primero fue expresión de creencias gentilicias, luego pasaría al acervo cultual común.

Ubicación de la ciudad del Más Allá

Se ignora dónde ubicaron los etruscos la ciudad de la Ultratumba, si bien se hallaba, a lo que parece, en dirección noroeste. Las representaciones plásticas sólo se centraron en reproducir escenas con la partida del difunto al Más Allá, su adiós a los

vivos y la marcha hacia aquella sombría ciudad e incluso, en unos pocos casos, su llegada.

La frecuencia de la temática marina en el contexto funerario podría explicar, en parte y a partir del siglo VI a.C., la creencia de que el mar o, si se quiere, el Océano —que marcaban por entonces los límites de la tierra conocida— constituyeron el lugar de paso o frontera por excelencia entre el mundo de los vivos y el de los muertos, frontera líquida repleta de peligros y con la presencia siempre de monstruos marinos más o menos pisciformes. En ese sentido, la ciudad de la Ultratumba se hallaría más allá del Océano, en un punto incierto, fuera del ámbito conocido.

Muy probablemente, los *Libri Acheruntici* describirían el itinerario que había de recorrer el difunto hacia aquella ciudad sin retorno, que sabemos estaba protegida por murallas, en las que se abría una gran puerta. Para la representación de ésta podemos recurrir al sarcófago de *Hasta Afunei,* de Chiusi (hoy en el Museo de Palermo), del que se habló en páginas anteriores, y en el que se veía la puerta del Infierno etrusco protegida por *Vanth* y ante la cual *Culsu* esperaba la llegada de la difunta *Afunei,* o a la pintura de una tumba de Tarquinia (la número 5636), ya tardía, del siglo II, en la que se la figura de medio punto, cerrada y constituida por dos altas hojas reforzadas con listones metálicos y clavos remachados. En la escena aparecen, además del difunto y sus deudos, los demonios *Charu(n)* y *Vanth.* Y también en el *sarcófago Bruschi,* de Tarquinia, en cuyo relieve se presenta la puerta, asimismo, de medio punto, sobre un lienzo de muro almenado, pero entreabierta, esperando la llegada del difunto que, a caballo, y entre los consabidos demonios *Charu(n)* y *Vanth,* se halla en sus inmediaciones.

Sin salirnos de Tarquinia, la *Tomba degli Demoni Azurri,* en la necrópolis del Calvario, recoge en uno de sus frescos las cercanías de la ciudad del Más Allá, figuradas por una roca que separa dos ambientes acuáticos —aparece también la barca de *Charu(n)*—, imagen visual muy semejante a la descrita por Homero en la *Odisea* (X, 515), en uno de cuyos pasajes Circe le indica a Ulises la entrada del Hades, un lugar en el que los ríos Piriflegetón y Kotyto, separados por una roca, desembocaban en el Aqueronte. Parecida temática presenta uno de los frontones de la *Tomba dei Tori* en el que se ve, frente a una masa rocosa con algunos árboles (identificable con una especie de «Isla de los Bienaventurados»), a un hombre totalmente desnudo que cabalga sobre un hipocampo, escoltado por un pájaro y un monstruo pisciforme, escena que tiene lugar sobre la sinuosa línea del mar.

Muy otro es el significado ritual y simbólico de las falsas puertas que se incluyeron en la ornamentación pictórica de diferentes tumbas, asociadas por lo general a árboles y arbustos. En estos paisajes vegetales, casi constantes en las tumbas hasta el siglo IV a.C., A. Rouvert ha visto una delimitación de espacios sagrados y no un simple complemento ornamental, como podría deducirse de la precitada *Tomba dei Tori,* cuyos árboles al presentar diferentes aspectos evocan —a primera vista— el ciclo natural de la vegetación.

La presencia de las falsas puertas pintadas (como en la *Tomba degli Auguri* de Tarquinia, primera en la que aparece este motivo, o en las de Poggio al Moro y del Colle, ambas en Chiusi), prescindiendo de su simple significado decorativista o arquitectónico, tal vez señalaría el primer paso del viaje a la ciudad del Más Allá, para el cual era preciso abandonar la tumba a través de dicha puerta que, si cerrada era una frontera infranqueable entre el mundo de los vivos y el de los muertos, una vez traspasada por el alma le permitía a ésta iniciar el viaje al otro mundo.

Dada la anulación completa de la personalidad humana ante los dioses, la idea que los etruscos se forjaron del Más Allá descansó primero en la creencia de una vida eterna no expiativa, sino continuadora de la terrena, para pasar luego a ser imaginada con temor y angustia. El repertorio de seres infernales en los que creyeron así deja suponerlo.

Si, en un principio, tras la etapa villanoviana, ya con creencias escatológicas, las ceremonias funerarias anuales —ritos, juegos, banquetes, sacrificios, danzas de reanimación— tuvieron como finalidad transformar la naturaleza de los difuntos (entiéndase los de la clase aristocrática) y hacerlos héroes para así poder sobrevivir en la Ultratumba, más tarde, a partir del siglo v a.C., y por la influencia de los planteamientos órficos y pitagóricos griegos, se vislumbró la esperanza de que todos los etruscos, mediante los ritos apropiados, pudieran alcanzar una cierta deificación tras la muerte.

Los relieves de un magnífico sarcófago de Vulci, de la segunda mitad del siglo iv a.C. (hoy en la Ny Carlsberg Glyptotek de Copenhague), permiten testimoniar la presencia del orfismo entre los etruscos. En su lado izquierdo menor aparece la partida de un caballero hacia el Más Allá en compañía de un demonio femenino que se halla detrás de él (indicación de final del viaje); en el lado derecho menor aparece un *unicum* etrusco: una serpiente —manifestación del alma del difunto heroizado—, asociada a un grifo alado, motivo que debe conectarse —según F.-H. Massa-Pairault— con el país del Apolo Hiperbóreo (sin duda, las «Islas de los Bienaventurados») y, por tanto, con el paraíso del orfismo y del neopitagorismo.

En la parte frontal se ve un cortejo en el que el mismo caballero, ahora conduciendo una biga, va seguido de sus dos hijos a caballo. Frente a él avanza otro cortejo, encabezado por una divinidad femenina de triple rostro, sentada sobre un *carpentum,* tirado por dos mulos, seguida por una sirvienta con un vaso de libaciones y por un *Charu(n),* portador de un martillo. La diosa, equiparable con la Hécate griega, asociada a Hermes Psicopompo *(Turms,* en etrusco), preludia, sin duda, la heroización y marca el comienzo del camino sagrado del difunto, que habría llevado una vida totalmente correcta. Cumplidos los ritos (vaso de libaciones de la sirvienta), *Charu(n)* abriría la puerta del Más Allá al caballero.

Asimismo, un interesante espejo de Porano (Volsinii) —del que ya nos ocupamos al hablar de los Dióscuros en páginas anteriores—, que había pertenecido a una tal Ceizurna *(Ceithurne),* recoge en su decoración una escena conectada con el orfismo y la filosofía pitagórica. En el lado ornamental —recordemos— aparece *Castur* (Cástor), uno de los Dióscuros, tendiendo a *Tuntle* (Tindáreo) el huevo que contenía el embrión de la diosa Elena (heroína órfica representada como reina de Leuke en otro espejo), huevo que sería fecundado por Zeus. Sentados se hallan, frente a frente, Tindáreo y *Latva* (Leda) y entre ellos *Turan* (Afrodita) y *Pultuce* (Pólux).

Por otra parte, tal vez la deificación *post mortem* que se les tributó a determinados etruscos exigió la «representación real» del difunto, que podríamos verla en los vasos canopos y osuarios más evolucionados, caso de uno, capital, de Chiusi, del siglo vii a.C., en el que el difunto, a gran tamaño y de pie, se halla rodeado mágicamente de danzantes funerarios. Elementos de retratística, dentro de una evidente tosquedad, pue-

den significarse en una urna antropomorfa de arenisca, del siglo VI a.C., procedente también de Chiusi (hoy en el British Museum), y que figura a un hombre de pie. Por supuesto, la «representación real» se evidencia en los más recargados sarcófagos (piénsese en los llamados *de los esposos,* antes comentados) o en las urnas de terracota o alabastro con tapadera, en la cual se figuraba al finado sentado o semisentado (caso de las numerosas halladas en la *Tomba Inghirami* de Volterra, hoy en el Museo Arqueológico de Florencia).



Difunto banqueteando. Urna de Volterra. (Museo Guarnacci, Volterra.)

No han faltado autores que han argumentado que estas representaciones constituirían el sustituto del cuerpo destruido e incluso la «envoltura corporal» que encerraría una de las almas de la persona fallecida.

Una antigua teoría, retomada por A. J. Pfiffig en su *Religio Etrusca,* planteaba la posible creencia etrusca en una dualidad de almas —idea ya adelantada en páginas anteriores—, creencia que es posible deducir a partir de numerosos elementos arqueológicos funerarios. Una de aquellas almas —copia o reflejo de la persona viviente— marcharía a la ciudad del Más Allá y la otra —el «alma vital»— seguiría viviendo junto al cadáver.

La explicación de tal creencia puede argumentarse en las propias prácticas de los ritos funerarios etruscos: incineración e inhumación. Herederos o descendientes de la cultura villanoviana, al incinerar a sus deudos hubieron de comprender por simple empirismo que, al desaparecer el cuerpo, el alma había de marcharse a un mundo de Ultratumba.

Tiempo después, cuando las cenizas comenzaron a ser recogidas en vasos canopos y a éstos se les dio formas humanas e incluso se llegaron a humanizar al colocarlos sobre tronos, se pasó a creer que el alma de alguna manera ganaba «corporeidad» y que se iba vinculando a la «envoltura corporal», permaneciendo en ella.

Cuando, a partir del siglo VI a.C., las tumbas adoptaron forma de casa y la incineración se sustituyó por la inhumación, obviamente se acabó por aceptar la idea de que el alma permanecía junto a su cuerpo. De ahí el interés en acondicionar las tumbas del modo más parecido a las viviendas, con infinidad de utensilios y de las más variadas escenas pintadas —banquetes, juegos atléticos, relaciones amorosas— para así contentar al alma. A ello se unía las periódicas ofrendas de alimentos entregados con ocasión de los cultos familiares. Con todo lo cual, las almas no tendrían necesidad de salir de sus tumbas y, por lo tanto, de molestar a sus deudos. Sin embargo, la necesidad de conectar con los dioses del Más Allá había motivado la creencia en una segunda alma, conocida como *hinthial,* alma que, atravesando las puertas figuradas en las paredes de las tumbas y utilizando diferentes medios de locomoción, arribaba, quizá tras recorrer un largo y peligroso camino, a la ciudad del Más Allá, ubicada en los confines del Océano.

Frente a aquel Más Allá, según testimonian los *Libri Acherontici* (de Acheron, nombre de uno de los ríos del Infierno), los etruscos adoptarían durante un par de siglos una serena actitud. En el otro mundo, las almas participarían de la compañía de sus familiares, banqueteando eternamente, asistirían a juegos y espectáculos variados, siempre y cuando sus descendientes vivos cumplieran unos ritos concretos, centrados en la inmolación de animales, costumbre que había derivado de los primitivos sacrificios humanos. Los titulares del Infierno, con tales sacrificios, recibirían, a cambio del alma del difunto, la sangre —esto es, el alma— de una víctima animal inmolada. Así, el alma humana podría quedar libre en el Más Allá para terminar, si el ritual se ejecutaba con todo rigor, identificándose con los propios dioses, alcanzando con ello la inmortalidad. Dicho de otra manera —y de acuerdo con R. Bloch, que sigue a Arnobio *(Adv. nat.,* II, 62), «las almas humanas, mediante la sangre de ciertos animales ofrecidos en sacrificio, podían convertirse en divinas y escapar a su condición». Aquellas almas, transformadas en divinas, recibieron el nombre de *dii animales.*

Pero aquella identificación no significó, al parecer, la recompensa a una vida vivida con orden, sino más bien a la bondad de determinadas operaciones mágico-religiosas presentes en los rituales. Ésta era la miseria de sus concepciones ritualistas.

Estas creencias escatológicas variaron por completo a partir del siglo IV a.C., siglo que marcaría la etapa de máxima influencia griega y también el período de los enfrentamientos militares con Roma. En consecuencia, ya no imaginaron el Más Allá como un lugar paradisíaco, sino más bien como una morada de seres demoníacos y terroríficos, dispuestos a apoderarse de cuantas almas arribaran a aquellos confines. Sin duda, en aquel Más Allá se reflejó parte de la fauna del Infierno babilónico que por mediación jonia se había ido infiltrando en Etruria. Aquel temor y zozobra motivaron, por otra parte, que se despreocupasen por el alma que permanecía junto al cadáver, sin duda también atemorizada por las pinturas de extraña mitología que la rodeaban en la tumba.

Pervivencia de la religión etrusca en Roma

Los romanos fueron siempre conscientes de que su religión y otras muchas actividades e instituciones debían mucho al quehacer de los etruscos. También, y aunque en menor medida, debieron otras cosas a otros pueblos itálicos, entre ellos, los sabinos y los campanios sobre todo. Pero sería Etruria la que les marcaría para siempre numerosas pautas de comportamiento, especialmente en lo relativo al campo de la religión. Su influencia partió ya del propio rito fundacional de Roma, ciudad a la que Rómulo delimitó sacralmente *(sulcus primigenius)* empleando un arado con reja de bronce uncido a una vaca y un toro blancos, siguiendo así el ritual etrusco. Ni que decir tiene que con los Tarquinios el impacto religioso sobre Roma fue extraordinario, tanto en asuntos tecnoreligiosos (templo de Júpiter con la tríada etrusca, disposición del *mundus* o fosa de contacto con el ámbito de los muertos), como en materias exclusivamente religiosas (tipo de funerales, aceptación de diversos dioses etruscos, textos sagrados, estructuras de los *collegia)* y en prácticas rituales (enseñanza de la aruspicina, consultas a sacerdotes etruscos).

En tiempos de la República

En época republicana romana, y cuando ya la religión había adquirido organización estructural propia (congregaciones de los Salios, Arvales, *sodales Titii)* para administrar el *ius divinum,* fue cuando los Libros religiosos etruscos se fijaron en sus formas canónicas tanto en lengua etrusca como latina. En esta labor de traducción —y, tal vez, de *adaptación* a las necesidades políticas— participaron, entre otros, Tarquicio Prisco, *Avle Ceicna,* Nigidio Figulo (arúspice este y autor del libro *De extis* y de otro sobre brontoscopia) y Festeyo Capitón.

Llegarían entonces a instituirse las bases para la creación de colegios sacerdotales en algunas ciudades (CIL, IX, 1540; XIII, 6765), formados exclusivamente por personajes etruscos. Sabemos que, en el año 154 a.C., el senado romano, mediante un *senatusconsultum,* recordado por Cicerón en su *De divinatione* (I, 92), ordenó la recogida y conservación de todos los libros de la *Etrusca disciplina* para que tal ciencia —estudiada por hijos de familias etruscas— no se dispersase y con ello desapareciera la *pietas* en ella contenida. No faltaron jefes militares (Mario, Sila, C. Graco, César) y gobernadores provinciales (Verres) que no dudaron en rodearse de arúspices de origen etrusco.

Igualmente, se sabe que algunos descendientes de familias peruginas actuaron en Roma como arúspices públicos, caso de un tal C. Volcacio (CIL, VI, 379), cuyo *nomen* podría derivar del gentilicio perugino *Velcha.* Hubo de desempeñar sus funciones a finales del siglo II a.C.

El propio Augusto ordenaría guardar los libros etruscos en el templo de Apolo del Palatino, al hacérsele conocer la importancia religiosa de los mismos, muy superior al contenido de los nuevos cultos exóticos que arribaban a Roma desde distantes puntos geográficos.

En tiempos del Alto Imperio

Calígula (37-41), por su parte, quiso que su hermana Drusila fuese acercada al pecho de una estatua de Minerva para que tal diosa la protegiera. Con ello rememoraba una costumbre etrusca. Su sucesor, Claudio (41-54), de una gran formación intelectual, no dudó —como dijimos— en componer en veinte tomos una monumental *Tyrrheniká* o Historia de Etruria, lamentablemente perdida, salvo algunos pequeñísimos fragmentos citados por Tácito y Plinio el Viejo. En el año 47 defendió muchos de los aspectos de la religión etrusca (Tácito, *Anales,* XI, 15) en un memorable discurso relativo al colegio de los arúspices. Con sus palabras intentaba revitalizar la «más antigua *disciplina*» de Italia frente a las supersticiones extranjeras. Durante su mandato se reforzó en Tarquinia el *ordo LX haruspicum* —ya reorganizado por Augusto, en opinión de E. Rawson—, destinado a mantener y legar a la posteridad las viejas creencias etruscas. Tal *ordo,* con sede tiempo después en Roma, llegó a pervivir hasta el siglo IV de nuestra era.

Aunque con la muerte del emperador Claudio finalizaba, según la tradición, el último siglo etrusco, el décimo, la religión etrusca permanecería en el contexto sagrado romano.



Un arúspice en un fragmento de *terra sigillata.* (Instituto de Arqueología Clásica, Tubinga.)

Todavía en tiempos de Nerón (54-68) y de Trajano (98-117) los arúspices del *ordo LX* eran escogidos entre familias de origen etrusco, casos como los de *L. Vinulleius Lucullus* (CIL, VI, 32439), ya citado, cuyo *nomen* deriva de la *gens* de los *Venullei* de Volsinii, o de *L. Caesennius Sospitanus* (CIL, VI, 2162), descendiente de los *Caesenii Sospites* de Tarquinia, así lo confirman. Sin embargo, un arúspice del *ordo LX, M. Oppius Placidus,* que no era de origen etrusco —era sabino— ha sido documentado en Lyon (CIL, XIII, 1821).

Los arúspices acabaron incardinados en la estructura funcionarial del Imperio, sometidos a las élites de municipios y colonias, según se sabe por referencias epigráficas (I. Remelli enumera varios). Sin embargo, con el paso del tiempo, durante el siglo II, se asistió a un claro declive de la aruspicina, que pudo reactivarse con los emperadores Pértinax (193), Pescenio Níger (193-194) y Didio Juliano (193).

Sería Septimio Severo (193-211) quien sacaría el mayor provecho de la interpretación de signos y prodigios *(omina imperii)*, dada su inclinación a los sacrificios y a las consultas oraculares (Herodiano, II, 11) para hacerse con el poder. Una vez en él, con ocasión de los *ludi saeculares* del 204, no dudó en ritualizarlos de acuerdo con las antiguas prácticas etruscas, según apuntó J. F. Hall. Asimismo, tal emperador llegó a hacer del *haruspex* un oficial militar (A. von Domaszewski), creándose el *haruspex legionis* (S. Montero, S. Perea) dentro de la serie de reformas militares a las que dio impulso, creación que, aunque no era innovadora, pues ya se conocía en tiempos de la República, sí significaba la sanción legal de tal tipo de arúspices, especializados en el «asesoramiento» religioso a mandos y tropas y también en prácticas terapéuticas.

Durante el siglo III

Incluso, muchísimo más tarde, y según el gramático y mitólogo latino F. P. Fulgencio *(Expositio serm. antiq.*, 4), el filósofo neoplatónico Cornelio Labeo intentó revitalizar la *Etrusca disciplina* a mitad del siglo III, llegando a ponerla por escrito en nada menos que quince volúmenes.

Por su parte, el emperador Alejandro Severo (222-235) no dudó en crear escuelas de arúspices en Roma, subrayando con ello el carácter técnico que la misma había alcanzado. De esta manera, los viejos secretos de la aruspicina etrusca se difundieron entre personas —siempre de condición libre—, para ejercerla en el ámbito público.

Durante la crisis del siglo III, el senado romano, constituido en parte por influyentes familias de origen etrusco (M. Torelli), continuó asistido por los más prestigiosos arúspices. Uno de los emperadores de tal época, que no tuvo inconveniente en favorecer los ancestrales cultos etruscos, fue Treboniano Galo (251-253), natural de Perugia, según se deduce de algunas monedas que ordenó acuñar, en cuyos reversos aparecía un dios sobre una montaña, portando en su mano izquierda una serpiente, y que completaba la leyenda *Arn.azi,* interpretada por J. Heurgon como una variante del nombre *Arruntius* (etrusco, *Arruns)*, divinidad gentilicia, por entonces, de tal emperador.

Diocleciano (285-305), iniciado en las prácticas de la aruspicina —el historiador Aurelio Víctor le calificó de *imminentium scrutator*—, quizá desencadenó la *Gran persecución* contra los cristianos —como se dijo más arriba— motivado por dos razones: una, las influencias que sobre él tenía Tages, persona probablemente de origen etrusco y que había alcanzado el cargo de *magister* del *ordo LX haruspicum,* y dos, por el hecho de que los sacrificios a los dioses no daban los resultados esperados, circunstancia achacada a la presencia de personas profanas —esto es, de culto cristiano—, según sabemos por varios pasajes de la obra del apologista cristiano Lactancio, *De mortibus persecutionum,* que escribiría entre los años 318 y 321.

En tiempos de Constantino I

Por su parte, el emperador Constantino I el Grande (306-337), que había incluido arúspices en su ejército en vísperas de la batalla del Puente Mulvio contra Majencio, su rival —que también utilizaba los servicios de aquéllos—, no dudó en ordenar



Sarcófago de *Velthur Partunus.* (Museo Arqueológico Nacional, Tarquinia).

reunir todos los escritos religiosos etruscos. Sin embargo, sus propósitos personales le llevaron a ir alejándose gradualmente de los servicios de la aruspicina. Para distanciarse del politeísmo tradicional y reprimir algún tipo de conspiración, al socaire de las interpretaciones interesadas que pudieran derivarse de las prácticas adivinatorias, promulgó tres edictos sucesivos (años 319 y 320) en los que regulaba la actividad de los arúspices, prohibiéndoles entrar en las casas privadas y ser consultados. Sin embargo, a aquellos que quisieran «permanecer servidores de su superstición» les autorizaba a practicar públicamente sus ritos propios. En el tercer edicto se ocupaba del arte fulgural.

No tuvo reparos, sin embargo —y a pesar del famoso Edicto de Milán del 313—, en acudir en el año 320 a los arúspices, verdaderos *interpretes prodigiorum,* para que explicaran el significado que encerraba el rayo que había alcanzado el anfiteatro romano. Sin duda, los arúspices lo resolverían en sentido favorable, según A. Kugener, indicándole al emperador que aquel prodigio significaba la victoria sobre su rival Licinio y que gobernaría en solitario sobre la totalidad del mundo romano. Como consecuencia de aquella respuesta no dudó Constantino en publicar una nueva disposición, en el mismo año 320, por la que permitía que, en caso de que un rayo cayera sobre un edificio público, fuesen consultados los arúspices, de acuerdo con las viejas tradiciones etruscas, siempre y cuando los resultados de la consulta le fuesen remitidos por escrito.

También se ha argumentado (A. Alföldi) que las ceremonias con motivo de la fundación de Constantinopla, en el 324, se llevaron a cabo siguiendo costumbres paganas, que reproducirían, sin duda, ceremonias fundacionales etruscas. Una de las personas asistentes fue Vetio Agorio Pretextato, *corrector Tusciae et Umbriae* además de *hierophántes,* esto es, conocedor de las técnicas aruspiciales etruscas.

Constantino fue, de hecho, muy respetuoso con las tradiciones etruscas, según se evidencia a través del célebre *Rescripto de Hispellum* (CIL, XI, 5265) —la actual

Spello en Umbría—, fechado en los últimos meses de su vida, texto muy bien estudiado por J. Gascou. Según tal rescripto, el emperador autorizaba a los toscanos y umbros a celebrar ceremonias religiosas y juegos en la ciudad de Volsinii, de acuerdo con sus antiguas tradiciones, esto es, a celebrar las fiestas etruscas del *Fanum Voltumnae.*

Por lo que sabemos, según Eusebio de Cesárea (VC, II, 3), también Licinio, rival de Constantino, anduvo siempre rodeado de arúspices, adivinos y vates egipcios.

En tiempos de Juliano el Apóstata

Después de unos años de endurecimiento contra las prácticas de la aruspicina, magia y oráculos (Constante, Constantino II), suscitado más por razones de Estado que religiosas, alcanzó el poder Juliano el Apóstata (360-363). La actitud de tal emperador hacia la ciencia y las prácticas de los arúspices, como ha señalado S. Montero, la conocemos básicamente a través de Ammiano Marcelino, historiador latino y profundo conocedor de la *Etrusca disciplina.* Juliano, que decretaría un año antes de su muerte la tolerancia para cualquier tipo de religión practicada en Roma, autorizó la consulta a los arúspices —*etrusci haruspices* los denomina Ammiano Marcelino—, no dudando él en acudir personalmente a los mismos en diferentes ocasiones o llevarlos consigo, caso de la campaña persa del 363, según sabemos por el precitado historiador (XXIII, 5). Aquellos expertos consultaban los *Tarquitiani libri,* que no eran otros que la traducción latina de la *Etrusca disciplina,* hecha por Tarquicio Prisco. No obstante, mucho antes de su muerte había retirado su confianza en los mismos para entregársela a los filósofos.

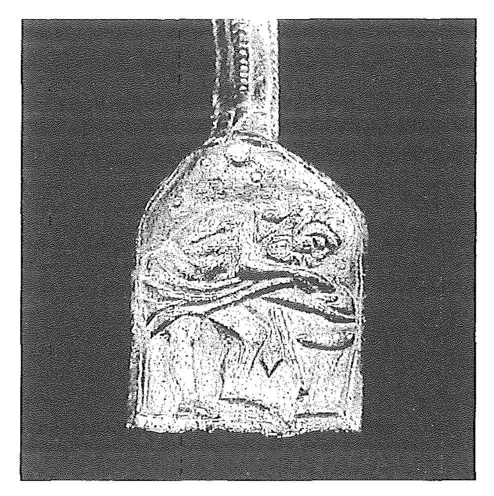
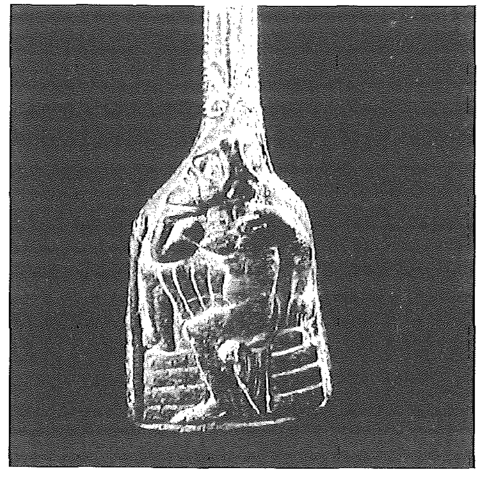
Como consecuencia de aquella apertura religiosa, los arúspices surgieron como «horribles serpientes de las cavernas de la tierra», según frase del escritor latino, del siglo IV, Rufino en su *Historia eclesiástica* (I, 34).

Bajo los últimos emperadores

Los emperadores Joviano (363-364), Valentiniano I (364-375), Valente (364-378) y Graciano (367-383) no prohibieron la práctica de la extispicina con hígados, cosa que sí hizo Teodosio (379-395), el cual ordenó en más de dieciocho ocasiones el castigo con el tormento de la hoguera a quien consultara a un arúspice.

Numerosos miembros de la aristocracia pagana (Pretextato, Nicómaco Flaviano, Avieno y Servio), que conocían los *Libri Etruscorum,* quedaron silenciados. Durante la usurpación de Eugenio (392-394) resurgió un intento de restauración pagana, aceptándose las profecías oraculares, los *Libri Sybillini* y las respuestas de los arúspices etruscos.

El hijo y sucesor de Teodosio, Honorio (395-423), prohibió primero los *Libri Vegoici,* guardados en el templo de Apolo Palatino, y luego ordenó quemarlos junto con los *Libri Sybillini,* siguiendo los consejos del jefe de sus ejércitos, el germano Estilicón (Rutilio Namaciano, *De Redito suo,* II, 52). Con aquella acción, Etruria, la *mater superstitionum,* era aniquilada de «modo oficial», aunque no definitivamente, pues siguieron circulando copias durante todo el siglo V, alcanzando incluso la época bizantina, en la cual se redactaron obras con fuertes influencias etruscas,

Plaquitas de bronce con arúspice y augur. (Allard Pierson Museum, Amsterdam, y Museo C. Cilnio Mecenate, Arezzo).

caso de las dos de tema astrológico *(De Mensibus* y *De Ostentis)* escritas por el *cornicularius* antes citado, del siglo VI, J. Lorenzo Lydo, autor de otra acerca de los funcionarios imperiales *(De Magistratibus rei publicae romanae),* estudiada recientemente por S. Perea.

Con anterioridad, entre el 408 y el 410, con ocasión de los sitios de Roma por parte del godo Alarico, el prefecto de la ciudad, llamado Gabino Bárbaro Pompeyano, y —lo que es sorprendente— el papa Inocencio I, según cuentan Zósimo *(Hist. Nov.,* V, 41) y Sozomeno *(Hist., ecl.,* 9, 6, 1-7), no dudaron en consultar a arúspices etruscos acerca del destino que aguardaba a Roma. Los arúspices le indicaron que estaban dispuestos a hacer caer rayos sobre el enemigo para así alejarlos. Dado que habían exigido que querían mostrar sus artes ante todo el pueblo, el Papa no aceptó aquella proposición, pues imponía que se practicasen en secreto. Respetaba en mucho el poder de los sacerdotes etruscos. Roma sería tomada el 24 de agosto del año 410 y saqueada durante tres días.

Capítulo XVII

La lengua etrusca

La lengua etrusca todavía no ha sido descifrada, a pesar de que los estudiosos, partiendo de los notables esfuerzos que en su día hicieron W. Corsen (1874-1875), V. Thomsen (1899) y J. Martha (1913), hayan podido fijar la comprensión de unas 400 palabras e intuido el significado de otras muchas. Esta imposibilidad constituye uno de los casos excepcionales en el campo de la Lingüística, ciencia que todavía no ha podido determinar si el etrusco perteneció al tronco de las lenguas indoeuropeas o semitas.

Puede afirmarse que hoy se manifiesta a los expertos como una lengua aislada, sin parentesco, como ocurre con la rética (hablada hacia el siglo v a.C., en el país de los Rethos, en el norte de Italia), con la lemnia (de la isla de Lemnos, en el Egeo) y con la ibérica de la España prerromana.

Abundancia de textos

Los textos llegados hasta nuestros días alcanzan el considerable número de 13.000; sin embargo, la gran mayoría la constituyen *cortos epitafios,* reducidos a la indicación del nombre del difunto y a unos pocos datos estereotipados, relativos a la filiación, edad, hechos y cargos desempeñados.

Un ejemplo podría ser una inscripción de Tarquinia, fechada entre los siglos III y I a.C. (TLE, 888), que dice así: *metli arnthi puia amce spitus larthal svalce avil LXIIII ci clenar anacnas arce.* Su traducción puede ser: «Arnthi Metli fue mujer de Larth Spitu, vivió 64 años [y] engendró tres hijos.»

A los epitafios les siguen textos con *marcas de propiedad* (consistentes en formularios del tipo *mi* (= «yo») + nombre del poseedor en caso genitivo), estudiados con detalle por L. Agostiniani. Así, en los TLE, 54, puede leerse: *mi larthia* = «Yo [soy] de Larth». Y también los *textos votivos,* con fórmulas más o menos idénticas, aunque por lo común más largas, como podemos ver en los TLE, 156: *itun turuce venel atelinas tinas cliniiaras,* cuya traducción equivale a: «Esto ha dedicado Venel Atelinas a los hijos de Tinia [los Dióscuros]».

Menos interés tienen los textos didascálicos, consistentes en los nombres de los personajes figurados en pinturas, vasos, espejos o en cortos enunciados en relación con las escenas representadas.

Los textos más largos pueden reducirse a tres *(Liber linteus* de Zagreb, *Tegula de Capua* y *Cipo de Perugia),* pero tampoco aportan, dado el desconocimiento que se posee,

nada positivo. Tampoco ha significado mucho, si bien su importancia es notable, la *Tabula Cortonensis.*

En su conjunto, todos los textos parecen encerrar la misma lengua. Sin embargo, su homogeneidad fonética y conceptual no hubo de ser siempre igual, dado que las inscripciones abarcan un período cronológico, como mínimo, de siete siglos. Los especialistas los han dividido en dos etapas: textos correspondientes al etrusco arcaico (siglos VII al V a.C.) y textos del etrusco reciente o neoetrusco (siglos IV al I a.C.).

Los repertorios epigráficos

Toda esta masa epigráfica comenzó a ser publicada a finales del siglo XIX, en Leipzig, momento de la edición del *Corpus Inscriptionum Etruscarum* (CIE) del que tan sólo aparecieron dos volúmenes y dos suplementos en varios tomos (1893-1923). En 1935 se editó la *Nuova Raccolta di Iscrizioni Etrusche,* debida a M. Buffa, hoy totalmente envejecida. Tras una larga interrupción del *Corpus,* los etruscólogos italianos procedieron a su continuidad editorial. Así, en 1970, bajo la dirección de M. Cristofani, se publicaron diferentes fascículos, que completaban el volumen II, y en 1982 se publicó el tomo III, 1, dirigido por M. Pandolfini Angeletti, complementado con otro (III, 2) en 1987 a cargo de Magini, Porada y Pandolfini. Junto a esta obra se había emprendido, en 1978, por iniciativa de M. Pallottino, la realización de un *Thesaurus Linguae Etruscae* (ThLE), tutelado por M. Pandolfini, que incluía, clasificadas alfabéticamente, todas las palabras de las inscripciones publicadas hasta 1977. El mismo ha sido completado con un primer suplemento (1984) y con un Índice inverso (1985) que agilizan su manejo.

De manera puntual, presentando los últimos descubrimientos epigráficos, la revista *Studi Etruschi* ofrece en cada uno de sus números una sección titulada *Rivista d'Epigrafia Etrusca,* de notabilísimo interés. Para un manejo más comodo de las principales inscripciones etruscas y sus datos básicos, se cuenta con los *Testimonia Linguae Etruscae* (TLE), de M. Pallottino (2.ª ed. en 1968) y los *Etruskische Texte. Editio Minor* (1991) de H. Rix, en dos volúmenes (ET).

Métodos de estudio

Los textos más significativos, y a falta de una inscripción bilingüe de largo contenido que permitiera un desciframiento, han sido analizados mediante cuatro tipo de métodos, perfectamente evaluados y criticados por M. Pallottino.

El primero es el *etimológico,* que ha propuesto interpretar el etrusco a través del griego, el finés, el albanés, el hitita, el vasco, el dravídico y otras lenguas —¡incluso la azteca!—, pero sin soluciones positivas. Este método hoy ha sido abandonado por los lingüistas científicos, pero no por los aficionados.

Un segundo método es el *combinatorio,* que, mediante análisis comparativos y combinatorios de los elementos lexicales y morfológicos efectuados dentro del propio texto etrusco y el cotejo con las pocas inscripciones bilingües existentes, va obteniendo, aunque muy lentamente, positivos resultados.

Otro método, el tercero, es el *paralelo* o *bilingüístico,* que se fundamenta en la comprobación de las posibles igualdades entre los formularios religiosos o jurídicos

de etruscos, umbros y latinos. Determinados filólogos han considerado este método como un aspecto o desarrollo del método *combinatorio,* entendido éste en su sentido amplio. Así, H. Rix distingue entre un «método combinatorio contextual» y otro «estructural». Por su parte, A. J. Pfiffig alude al «método combinatorio complejo», en el que, junto a elementos epigráficos y filológicos, deben consignarse también los factores arqueológicos e históricos.

A partir de los estudios de H. Rix (1971), teniendo como referencia el esquema estructuralista de L. Hjemlev, se ha podido hablar de un cuarto método de estudio, el *estructuralista,* que ya fue insinuado por tal estudioso en otros trabajos previos referentes al «combinatorismo estructural». Aunque determinados elementos alusivos a la descripción externa convienen con este método, sin embargo, las fórmulas estructuralistas aplicadas no han ayudado en absoluto al conocimiento del significado de las palabras y textos etruscos.

De todos modos, la clave para descifrar el etrusco, que pareció lograrse en 1964 con el descubrimiento de las célebres láminas de oro de Pyrgi, todavía no ha sido hallada, a pesar de conocerse el sentido general de cada uno de los textos.

El alfabeto etrusco. Su introducción

Existen cuatro teorías acerca de cuándo los etruscos adoptaron el alfabeto. De acuerdo con A. Kirchhof, A. Minto y L. Pareti, el alfabeto fue tomado, a finales del siglo VIII a.C., directamente de Cumas, colonia calcidia establecida en Italia. Esta teoría cuenta en su apoyo con una inscripción, hallada en una necrópolis de Ischia, incisa sobre un *skýphos* y fechable a finales del siglo VIII a.C., conocida como la *Copa de Néstor.*

Para A. Grenier los etruscos lo tomarían antes del 750 a.C., fecha de la fundación de Cumas, y se basa en que el alfabeto etrusco posee la letra *sigma* de los occidentales y la *sade* de los orientales, además de otros signos que repiten fonemas idénticos y que no se suprimieron. Esta teoría ha sido aceptada por A. Neppi Modona y D. Diringer. Para este último, el alfabeto de Marsiliana d'Albegna copiaría uno de carácter griego situable en el siglo X a.C.

Una tercera teoría la aventuró M. Lejeune, el cual, apoyándose en la Estela de Lemnos, aceptó la posibilidad de que el alfabeto se adoptara en el siglo VII a.C., habida cuenta del origen egeo —según dicho autor— de los etruscos y los contactos mantenidos entre Etruria y el ámbito egeo.

Una última teoría, hoy descartada, aventuró que los etruscos tomarían el alfabeto directamente de los fenicios.

De todos modos, es imposible señalar el momento exacto de la introducción del alfabeto en Etruria y el lugar exacto de dónde se tomó. Parece aceptado el hecho de que el alfabeto primordial —según A. Hus— se tomaría de Cumas por parte de los caeretanos. A partir, pues, de Caere, de acuerdo con las vías comerciales y los intereses culturales, cada región etrusca habría tomado de otras fuentes, quizá corintias o sicilianas, los elementos que considerara necesarios para su específico alfabeto. De esta manera se explicarían, desde el siglo VII a.C. en adelante, las diferencias y variantes locales de los alfabetos etruscos. Luego, a partir del siglo VI a.C., la escritura se difundiría por toda Etruria, Campania y norte de Italia.

Cronología y difusión de los textos etruscos

Los textos etruscos, tras una fase previa en la que la oralidad fue la característica, comenzaron a fijarse por escrito hacia el 700 a.C. La más antigua inscripción parece ser un *graffito* sobre una copa de importación corintia, conocido como *Antiquissimum de Tarquinia* (CIE, 10159). Aunque el sentido del texto es incierto, aparentemente recoge la realización o entrega de la copa por un tal *Velthu* a un *Numerius.* Los textos más tardíos, por otro lado, alcanzaron la época de Augusto, considerándose la inscripción bilingüe sobre una urna cineraria de Arezzo (TLE, 661) como el último de los textos etruscos. La misma recuerda a un *V. Cazi (Caius Cassius).* No obstante, el etrusco se siguió utilizando como lengua sagrada hasta comienzos del siglo V.

Según hemos indicado, se sabe por Zósimo (V, 41) que, cuando el rey godo Alarico amenazó en el año 408 con destruir Roma, algunos *fulguratores* etruscos acudieron al emperador para ofrecerle fórmulas mágicas a fin de evitar la destrucción de la ciudad, que asimismo presentaron al papa Inocencio I. Lógicamente, debemos pensar que tales fórmulas debían pronunciarse o escribirse en etrusco.

En cuanto a la difusión de tal lengua, prescindiendo de los escasos *graffiti* extraitálicos, nada significativos (por ejemplo, el del santuario de Afaia en Egina o el del hábitat hallstáttico de Montmorot, en Francia), parece ser que su geografía lingüística hubo de reducirse a Etruria, así como a las llanuras padana y campana. No obstante, en el África septentrional también se escribió en etrusco, según han demostrado tres cipos hallados en el Valle del *wadi* Miliane (Túnez). Los mismos, que servirían para delimitar un territorio asignado a colonos de origen etrusco, fueron estudiados por O. Carrubia y J. Heurgon no hace muchos años. Asimismo, y como ya se dijo, en Cartago (necrópolis de St. Monique) se halló una plaquita con el nombre de un mercader etrusco.

También en el Languedoc francés —en el *oppidum* de Lattes— se localizaron unos pocos *graffiti,* y más al oeste de tal enclave, en el *oppidum* de Pech-Maho (laguna de Sigean), se halló una lámina de plomo con dos inscripciones, una griega y otra etrusca, sobre cada una de sus caras, ambas mutiladas.

El alfabeto etrusco y los «alfabetarios»

A pesar de desconocerse la lengua etrusca, que no comenzaría a hablarse de improviso en Etruria y que hubo de conocer dos grandes períodos (etrusco arcaico y neoetrusco), no existe, sin embargo, ninguna dificultad para su lectura, pues su alfabeto, que los etruscos habían recibido de los griegos, según Tácito *(Annales,* XI, 14), no presenta problemas de interpretación, ya que los sonidos quedaron registrados mediante específicos signos de tipología gráfica próxima al alfabeto de los griegos (el origen griego del alfabeto etrusco fue reconocido en 1728 en la obra de Edmund Chisull, *Antiquitates Asiaticae Christianum aeram antecedentes,* publicada en Londres).

Tales signos o abecedarios se completaron o eliminaron con el paso del tiempo e incluso fueron variando de unas localidades a otras. Ésa es la razón de que nos hayan llegado numerosos alfabetos, «alfabetarios» (por mantener la expresión

de A. Prosdocimi y M. Pandolfini) y silabarios. En concreto, cerca de una cincuentena, según registra el *Thesaurus Linguae Etruscae.*

Debe subrayarse, como ha observado justamente M. Lejeune, que tales abecedarios, asociados a creencias populares, tuvieron algo de aura mágica o, si se quiere, de virtud apotropaica, conclusión deducida del hecho de que la mayoría de los mismos se ha localizado en contextos funerarios. No han faltado quienes han señalado que el conocimiento y la práctica de la escritura fue un elemento de distinción social, queriéndolo resaltar incluso en sus ajuares funerarios, al hacerse enterrar con modelos de alfabetos o alfabetarios (G. Sassatelli).

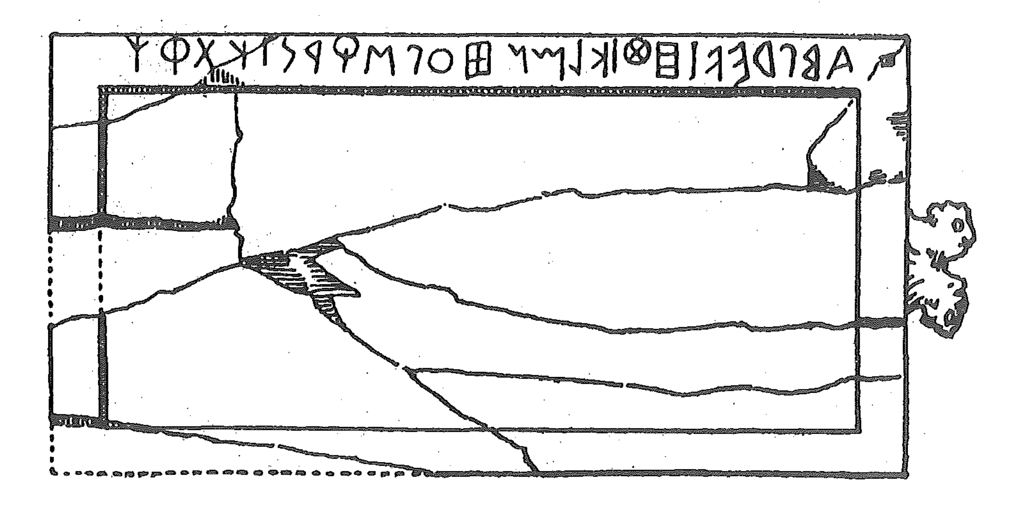
Los más importantes alfabetos

Entre ellos son de interés, en primer lugar, el grabado sobre el borde de una pequeña tablilla de marfil (8,80 × 5,10 cm) o *tabula cerata,* hallada en 1915 en la *Tomba degli Avori* de Marsiliana d'Albegna, realizado hacia el año 700 a.C., o muy poco después, con 26 letras, y hoy atesorado en el Museo Arqueológico de Florencia. Tal alfabeto, con letras de la serie euboica y corintia más un signo propio, verdadero ejemplar de lujo, está considerado como «modelo», aun cuando algunas de sus letras nunca llegaron a usarse en la práctica.

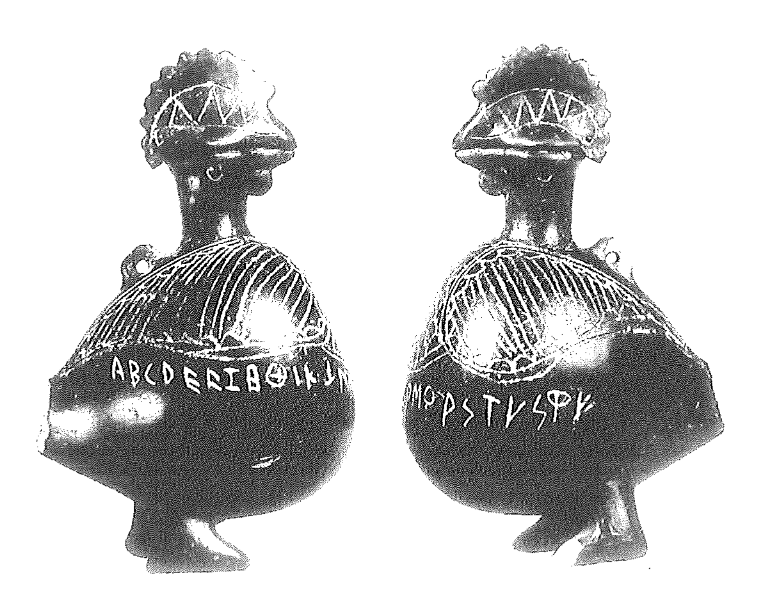
Debe señalarse que, junto a la tablilla escritoria, se hallaron también un estilo de bronce con mango de marfil y dos espátulas del mismo material. Como se ve, todos los instrumentos necesarios para la escritura.

Le sigue el que se grabó entre los años 700 y 600 a.C. sobre la panza de un recipiente de cerámica de *bucchero* (10,30 cm de altura), modelado en forma de gallo (CIE, 10494), considerado por A. Neppi Modona y M. Torelli como tintero. Fue descubierto también en otra tumba (¿en Viterbo?) y hoy es propiedad del Metropolitan Museum of Art de Nueva York.

Asimismo, en una tumba, cercana a la famosa *Tomba Regolini-Galassi* de Caere, se halló un vasito de *bucchero* de 16,40 cm de altura (hoy en el Museo Gregoriano Etrus-



Alfabeto etrusco. Marsiliana d'Albegna.



Alfabeto etrusco en un vaso de *bucchero.* Viterbo. (Metropolitan Museum, Nueva York.)

co del Vaticano), considerado un tintero por G. Dennis, conteniendo otro alfabeto etrusco (TLE, 55), completado con un largo silabario, fechable en el siglo VII a.C., que ponía en juego todas las consonantes asociadas a las vocales *-i, -a, -u, -e.*

Por último, deben reseñarse otros dos alfabetos, ambos del siglo VI a.C. Uno, completo, se halla graffitado sobre el pie de un vaso de Perugia, pero presenta como novedad la existencia de otro alfabeto de mayor tamaño, grabado también en la misma pieza por otra mano, pero consistente en tal sólo cuatro letras *(a, b, a, t).* Debe observarse que en estas abreviaturas se incluye la oclusiva *b,* consonante no empleada por los etruscos. El otro alfabeto, también de desarrollo completo y repetido, derivado de un modelo euboico, se halla graffitado sobre una anforita de *bucchero,* de 17 cm de altura (TLE, 49), descubierta en Monte Acuto (Formello), cerca de Veyes, del siglo VI a.C., hoy en el Museo de Villa Giulia de Roma. Tal anforita, conocida como *vaso Chigi,* lleva también inscritos los nombres de su propietario *(Atianaia),* del donante *(Achapri)* y del ceramista *(Velthur),* así como otras letras y nexos silábicos, de los que se ignora su sentido.

Todavía podrían recogerse otros alfabetos más tardíos, llegados de Ruselas, Narce, Chiusi, Bomarzo, Vulci, Nola y Spina. En Castellazzo della Garolda, cerca de Mantua, se halló también otro modelo de alfabeto, inciso sobre el pie de una taza, sin duda en uso a comienzos del siglo III a.C. Se trata del único ejemplar conocido hasta ahora en la Italia septentrional. La presencia de tal alfabeto evidencia que las invasiones célticas no eliminaron el empuje lingüístico etrusco al norte del Po.

Los «alfabetarios»

Conectado con estas letras singulares y nexos silábicos se hallan algunos signos escriturarios que aparecen, en su mayoría, incisos en numerosos vasos cerámicos, signos que constituirían de hecho unos «alfabetarios» de los cuales se conocen unos se-

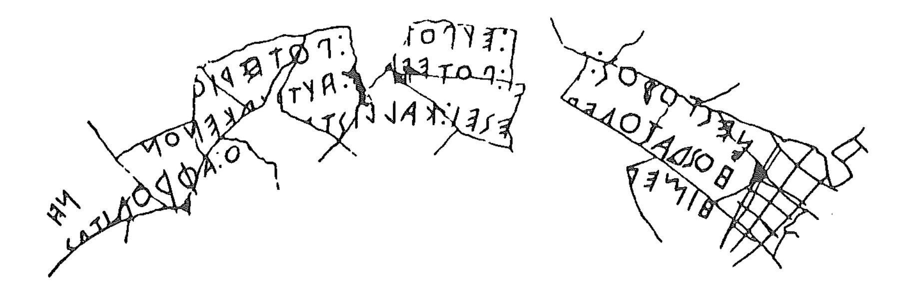
tenta y cinco ejemplares. Casi todos constan de tan sólo dos letras, las cuales, según G. Sassatelli, evocarían la entera secuencia alfabética.

La mayoría de tales objetos se han localizado en la Etruria propia, pero no han faltado en la Etruria campana (con 5 muestras) ni en la Etruria padana (con 22 ejemplares), sin olvidar 3 del área falisca.

En cualquier caso, se ignora el significado y la exacta función de tales letras incisas, sobre las que se han emitido diversas hipótesis. Para algunos, denotarían una marca de fábrica; para otros, aludirían a la propiedad y características del objeto o intentarían, al menos, personalizarlo. No faltan quienes sostienen que harían alusión a la identidad de la función del propio objeto o a simples indicaciones de contabilidad (peso, volumen, fin de secuencia contable).

La «Copa de Néstor» y el origen del alfabeto

A pesar de lo dicho por Tácito, todavía no se sabe de quiénes recibieron los etruscos el alfabeto. Algunos —los que defienden el origen oriental de tal pueblo— piensan que lo aprendieron ya en su patria originaria, en las costas del Asia Menor, mientras que otros —los más—, basándose en una antiquísima inscripción griega de los úl-



Copa de Néstor, Pitecusa. (Museo de Ischia.)



La más antigua inscripción etrusca sobre una *kotýle* protocorintia. *ca.* 700 a.C.

timos decenios del siglo VIII a.C., incisa sobre un *skýphos* (la denominada *Copa de Néstor,* a la que ya se ha aludido) —descubierta en Ischia (isla Pitecusa)—, argumentan que lo tomaron de los calcidios de Cumas, una colonia griega establecida en Campania.

El texto de tal objeto arqueológico, estudiado por G. Buchner, C. F. Russo, M. Guarducci, H. Mühlestein, J. Latacz, B. B. Powell y C. O. Pavese, entre otros, contiene una alusión —en términos comparativos— a la famosa copa descrita por Homero *(Ilíada,* XI, 632-637) y que Néstor era capaz de levantarla sin esfuerzo para beber la mixtura preparada por la hermosa sierva Hecamede.

Su traducción aproximada podría ser: «Soy la copa de Néstor, agradable para beber. Quien beba de esta copa, al instante le prenderá el deseo de Afrodita, la de hermosas trenzas.»

Este famoso texto, que se fecha hacia el 735-720 a.C., si se conecta con los textos homéricos, obliga a plantearse diferentes problemas en torno a la fecha en que hubo de ser puesta por escrito la *Ilíada,* que fue fijada, evidentemente, mucho después. La inscripción de la *Copa de Néstor* no es, pues, dependiente de la obra de Homero, sino que se trata de una simple coincidencia entre el Néstor de Pilos y un Néstor real que vivió en Pitecusa, cuya copa se halló en la tumba de un niño incinerado que se llamó así (C. O. Pavese).

Sea lo que fuere, el texto de la *Copa de Néstor* evidencia la presencia de escribas griegos en tan temprana fecha en la colonia de Pitecusa, enclave que ha facilitado un total de 35 inscripciones —todas muy fragmentarias—, reveladoras, según J. Signes, de un «verdadero uso de la escritura por esas fechas».

A tales inscripciones debe añadirse el corto texto —y no muy claro— sobre una vasija, hallada en el Lacio (Osteria dell'Osa), fechable en el 770 a.C., que testimoniaría la rápida, aunque muy primaria, difusión del alfabeto griego (R. R. Holloway).

La disposición de la escritura

El etrusco se escribió de modo usual de derecha a izquierda (escritura retrógrada), al contrario que el griego clásico y el latín, y se leyó también en esa misma dirección; sin embargo, no faltan textos escritos en doble dirección (modalidad que ha venido en llamarse *boustrophedón,* «así como el buey ara») e incluso algunos, a partir del siglo III a.C., de izquierda a derecha, por influencia latina, tal como lo hacemos nosotros.

Al principio, las palabras, todas con letras capitales, se escribieron juntas *(scriptio continua),* pero, a partir del siglo VI a.C., comenzaron a separarse mediante uno o varios puntos dispuestos verticalmente. Asimismo, y aunque de forma esporádica, en la Etruria meridional y en Campania se empleó una puntuación en el interior mismo de las palabras, al igual que lo hicieron los vénetos. Se ignoran las causas de tal modo de puntuar, que, para A. J. Pfiffig, obedecerían a una alta especialización de los escribas. Sin embargo, para E. Vetter y Fr. Slotty, se trataría del manejo de un escritura silábica.

Los «silabarios»

Dicha escritura tiene su confirmación gracias a la existencia de tres «silabarios» arcaicos, aunque todos incompletos. Uno es el inciso sobre la *lékythos* de la *Tomba Regolini-Galassi,* antes citada, y los otros dos provienen de Monteriggioni y Orbetello.

Para algunos especialistas (E. Vetter, A. J. Pfiffig), tales «silabarios» constituirían un recuerdo posible de un «silabario» tirreno y micénico. El profesor Pfiffig aventu-

ró la hipótesis de que los dos tipos de escritura etrusca (la silábica y la alfabética) se utilizaran a un mismo tiempo, pero obedeciendo a dos fines diferentes. Para los documentos administrativos se emplearía la silábica y para las inscripciones monumentales la alfabética. La ausencia de documentos administrativos etruscos justifica el desconocimiento que se posee del primer tipo de escritura.

En contra de esta hipótesis está M. Lejeune, quien —además de considerar absurdo el uso de dos tipos de escritura a un tiempo y durante tres siglos (y, paradójicamente, la más complicada para las necesidades administrativas)— ve en el empleo de los «silabarios» un tipo de escritura religiosa reservado a los iniciados y que, tras la introducción de la escritura alfabética, se habría intentado enseñar en áreas meridionales, incluso para emplearla en usos profanos.

Difusión de la escritura en Italia

Los etruscos propagaron su alfabeto entre los oscos, umbros, vénetos y latinos, difundiéndose así, gracias a ellos, la escritura por toda Italia, con la excepción de algunas zonas del extremo meridional.

He aquí lo que dice a este respecto el enciclopedista y poeta romano M. Terencio Varrón *(Annales,* XI, 14):

> Los primeros que, mediante figuras de animales, expresaron sus conceptos fueron los egipcios. Sus inscripciones, las más antiguas de la Historia, se ven todavía grabadas en piedra. De aquí los fenicios, porque eran los más poderosos por mar, llevaron la escritura a Grecia y consiguieron por ello la gloria, como si hubiesen inventado lo que recibieron de otros. La tradición cuenta que Cadmo, sobre barcos fenicios, llevó la escritura a los pueblos todavía incultos de Grecia. Otros dicen que el ateniense Cécrope, Lino de Tebas o el argivo Palmedo, en la época troyana, inventaron dieciséis caracteres de letras; después otros, y sobre todo Simónides, inventaron las restantes. En Italia los etruscos aprendieron el alfabeto del corintio Demarato, y los aborígenes lo aprendieron de Evandro de Arcadia. En su forma los caracteres latinos son iguales a los más antiguos de los griegos. Nosotros primeramente tuvimos pocas letras y después se añadieron otras.

Nociones de fonética etrusca

En cualquier caso, el alfabeto etrusco completo comportó 26 letras y derivó de un alfabeto griego de tipo occidental, pero conservando las sibilantes fenicias *(samekh, sade* y *shin),* aunque en la práctica no utilizó tales sonidos.

Vocales y consonantes

Como han demostrado eminentes lingüistas y etruscólogos, el perfil fonético etrusco, con algunas reservas interpretativas, es perfectamente conocido. Así, se puede decir que emplearon cuatro vocales *(a, e, i, u),* no utilizando la *o,* que se confundiría con la *u.* De acuerdo con la *Tabula Cortonensis* (y en opinión de L. Agostiniani), se conocerían dos *e* (normal y retrógrada) que gráficamente denotarían dos sonidos vo-

ALFABETO ETRUSCO

Alfabeto modello	Arcaico VII-V sec. a.C.	Neo-etrusco V-I sec. a.C.	Pronuncia e trascrizione
			a
			k
			e
			w (v)
			ts
			h
			th
			i
			k
			l
			m
			n
			s
			p
			š (sc)
			k
			r
			s
			t
			u
			s
			ph
			kh (ch)
			f

NUMERALI ETRUSCHI

I	I (1)
Λ	V (5)
X	X (10)
↑	L (50)
C Ж	C (100)
⊕	C (100) o M (1,000)?
⊕	M (1,000) o M̄ (10,000)?

Tabla de los alfabetos y cifras etruscos. *(Thesaurus Linguae Etruscae.)*

cálicos distintos (abierto y cerrado, similar a los sonidos franceses *é* y *è*); una semivocal (*v*), que a menudo sustituía a la *u*; tres consonantes aspiradas (*ch, th, ph*) y tres oclusivas sordas (*c, t, p*); la aspirada *h*, empleada en inicio de palabra; una espirante labiodental (*f*); tres espirantes dentales (*ś, s, z*); dos consonantes líquidas (*l* y *r*) y dos nasales (*m* y *n*). No se conocieron las consonantes oclusivas sonoras (*b, g* y *d*).

Las espirantes dentales, por su parte (dejando a un lado la *z*, que presenta serios problemas fonéticos y fonemáticos), conocieron en su notación una desemejanza gráfica, circunstancia que ha originado entre los lingüistas (A. L. Prosdocimi, por ejemplo) la llamada doble «área *s*». Así, en el «área meridional» etrusca la *S* equivaldría a *s* y la *M* a *ś*; en cambio, en el norte («área septentrional») existió una inversión de estos valores (*S* es *ś* y *M* es *s*). Acerca de esta particularidad sobre las dos sibilantes, se ha argumentado que quizá existió voluntad de distinción cultural en ambas áreas y sobre todo influencias directas griegas.

Por otro lado, salvo en la fase arcaica, no acostumbraron a utilizar consonantes dobles o geminadas. A veces espirantes, líquidas y nasales aparecen en la sílaba en el lugar de las vocales, funcionando como verdaderas sonantes (*cnl, clthi*).

En la lengua se aprecian frecuentes variaciones de las vocales, como la *a* en *e*, la *i* en *e* y la *u* en *v* (*clan* = «hijo», pasa a ser en el genitivo *clens* = «del hijo»), así como mutaciones en los verbos (*muluvanice* y *muluvenice*) y la tendencia a usar monotimbres vocálicos, buscando tal vez la armonía fonética (*fuflunsul* = «de Baco» y *aritimi* = «Artemide»). Se han detectado también fenómenos de transformaciones vocálicas por razones de acentuación (*ramatha* pasó a ser *rametha*, después *ramutha* y por último *ramtha* debido a la caída de la vocal átona). Algunas veces, las vocales internas caídas dejan paso sin más a las consonantes nasales y líquidas que les seguían (caso de *menerva* que pasa a *menrva* o de *mulach* que dio *mlach*).

Se conocieron los diptongos *ai, ei* y *av* en la etapa arcaica, a los que se añadieron *eu, ev, ui* y *uv*. Por lo general *ai* tendió a transformarse en *ei* o a monovocalizarse en *e*; por su parte, también el diptongo *au* y sobre todo el diptongo *eu* pasaron a vocalizarse, respectivamente, en *av* y en *ev* (*lautn* pasó a *lavtn*).

En los textos recientes hubo oscilación de escritura con la tendencia del paso de las oclusivas sordas a aspiradas y, en parte, de las aspiradas a las espirantes (*c* en *ch; t* en *th; p* en *ph*, etc.).

Otras características fonéticas fueron la fuerte acentuación de la primera sílaba y la síncopa o caída de la vocal de la sílaba átona.

Datos morfológicos y gramaticales

Sin ánimo de ser exhaustivos ni de pretender sintetizar cuanto se sabe de gramática etrusca, séanos permitido recoger someramente algunas de las características de la misma para evidenciar la complejidad que presenta su estudio.

De todos modos, remitimos al lector a la última síntesis sobre la lengua etrusca realizada por H. Rix e incluida en la interesantísima obra colectiva, dirigida por E. D. Woodard, *The Cambridge Encyclopedia of the World's ancient Languages* (págs. 943-966), editada en Cambridge en 2004.

Respecto a la morfología etrusca, cuyo análisis se centra en el aspecto formal de la lengua, pueden señalarse algunas particularidades de sus flexiones nominales y verbales. Una de ellas fue la tendencia a anteponer una vocal protética *e-* (arcaica *i-*), tal

vez de origen eufónico, a todo tipo de palabras (sustantivos: *purthne* > *eprthne;* verbos: *scuna* > *escuna;* números: *zal* > *esl;* pronombres: *ca* > *eca;* partículas: *pul* > *epl).*

La flexión nominal

En cuanto a la flexión nominal podemos decir que los sustantivos, salvo los de origen extranjero que fueron indeclinables, dispusieron de algunos «casos gramaticales» para las dos únicas declinaciones (genitivos en *-s* y en *-l)* que se supone existieron. El principal caso fue el absolutivo (especie de nominativo), que, sin sufijo, podía confundirse a veces con una simple raíz verbal *(zich* = «el escrito» o «escribir»). Con sufijo indicaba de modo claro su función de caso recto *(zichu* = «escritor»).

El caso genitivo se formaba añadiendo al sustantivo los sufijos *-s* o *-l.* Dadas las diferentes funciones del genitivo (subjetivas, objetivas, posesivas, genealógicas, partitivas, temporales), existieron otras desinencias en tal caso para marcar con ellas dichas funciones: *(-as, -us (i)s, -s, -ssa, -i(a), -la, -al, -l, -usi).* Además existió un genitivo arcaico en *-n (puian* = «de la esposa»). Destaquemos como se ha señalado, la diferenciación de la desinencia *-s* en la zona sureña y *-ś* en el norte *(Vel(u)s, Veluśa* = «de Vel»).

La combinación del doble genitivo se originaba acumulando dos terminaciones. Por ejemplo, *Vel Larthal [Vel+Larth+a+l],* que equivale a «Vel (hijo) del (hijo) de Larth», es decir, «Vel, nieto de Larth». O también *Larth Velusal [Larth Vel+us+al],* que traduce el giro de «Larth (hijo) del (hijo) de Vel», esto es «Larth, nieto de Vel».

Existía también una combinación triple, formada por el doble genitivo más el posesivo. Ejemplo con las terminaciones desglosadas: *Larth-al-iś-la [...] puia,* que significa: «Mujer [...] del (hijo) del (hijo) de Larth», esto es, «Mujer [...] del nieto de Larth».

Respecto al caso acusativo puede decirse que careció de desinencia, si bien en ocasiones, cuando tenía carácter de acusativo enfático, estuvo reforzado con el sufijo *-ni (spureni lucairce* = «la ciudad, él [la] gobernó como lucumón»).

También se conoció un caso dativo, definido por las desinencias en *-si, -s, -ale, -ane* o *-i (uslane* = «para el sol»), indicador tanto del objeto indirecto como de una función muy cercana a la del «ablativo absoluto» de la lengua latina; en algunos casos tuvo valor de dativo agente.

Para indicar circunstancias de modo o instrumentales se utilizó el caso ablativo, cuya desinencia fue en *-e* (en época última, lo fue en *-es).* En el caso de los complementos de origen, de agente o de lugar, la desinencia fue en *-is* y en *-(a)ls.* El locativo, a veces, se formó con los sufijos *-th, -thi* o *-ti (śpura* = «ciudad», *śpurethi* = «en la ciudad»).

En funciones de locativo del genitivo está el llamado por H. Rix caso «pertinentivo», constituido por las desinencias *-s-i* (dos morfemas) indicando una doble función gramatical. Dos ejemplos: *mi mulu Aulesi* («Yo [he sido] dado en el [ámbito] de Aule») o el típico pertinentivo *Atranesi* («[producido] en el [taller] de Atrane»).

El género y el número

En el etrusco antiguo faltaba la distinción del género, si bien poco a poco, junto a los masculinos y femeninos formalmente diferenciados en sus lexemas *(apa* = «padre»; *ati* = «madre»), se pudieron establecer palabras de la misma raíz, pero con morfemas específicos, marcadores del masculino y del femenino.

Se puede señalar que los nombres masculinos frecuentemente finalizan en *-e, -i, -u, -th, -n (athre* = «edificio»; *lautni* = «liberto»), con algunos que lo hacen en *-a* o en *-s.* El masculino pasaba a ser femenino con la adición de una *-i.* Los nombres femeninos, por su parte, adoptan las desinencias *-a, -i, -ia, -ai, -c, -l, -tha (puia* = «esposa»; *lautnitha* = «liberta»).

En el caso de los gentilicios, y por influencia de las lenguas itálicas, los femeninos se marcaron con las desinencias *-i* o *-ia* (masculinos *Anina, Velthina* > femeninos *Aninai, Velthinei).* Lo mismo ocurría con algunos prenombres (masculinos *Larth, Vel* > femeninos *Larthi, Velia).* En Etruria meridional, el nominativo del gentilicio masculino estuvo marcado con *-s,* no distinguiéndose del genitivo *(Avle Vipinas* = «Aule Vipinas»; *Avles Vipinas* = «de Aule Vipinas»). Parece ser que no existió el género neutro.

Por otro lado, para conformar el plural se añadió el sufijo *-r* a las palabras finalizadas en vocal y *-ar, -er, -ur* después de las consonantes o, si se quiere, del tema puro *(clan* = «hijo», *clenar* = «hijos»; *methlum* = «distrito», *methlumers* = «de los distritos»). Asimismo, el etrusco conoció diferentes plurales en *-chva, -chve, -va, -ia,* quizá designando valor colectivo (de *avil* = «años»: *avilchva* = «perenne»; de *fler* = «estatua sagrada»: *flerchva* = «grupo de estatuas sagradas»).

También un nombre podía denotar tanto la singularidad como la pluralidad, según su contexto y sobre todo si iba determinado por un numeral *(avil* = «año», *ci avil* = «tres años»). Se han encontrado también formas de plural finalizadas en *-l (murśl* = «urnas»).

Los sufijos

El etrusco, además del sufijo *-r* (vocalizado *-ar, -er, -ur),* específico para construir el plural, conoció bastantes más para formar determinadas palabras, las cuales, gracias a ellos, quedaban matizadas conceptualmente. Uno de los sufijos más frecuentes fue *-na,* que daba origen a formas derivadas de pertenencia o de especificación, de tipo adjetival *(śuthina* = «tumbal», de *śuthi* = «tumba»). Con *-(a)ch, -(a)te* y *-(a)the* se obtuvieron derivados geográficos *(Rumach* = «romano») y abstractos *(mulach* = «ofrenda»). Mediante el sufijo *-thur* y su plural *-thura* se señalaba pertenencia a una colectividad familiar o social *(velthinathuraś* = «de los pertenecientes a la familia *Velthina»).* Con *-icu* e *-ichu* se formaron los *nomina agentis (cirichu* = «constructor», de *car* = «construir»). Algunos sufijos parece que dieron matices de diminutivos, caso de *-za (murza* = «urnita», de *murś* = «urna»).

La adición, aparentemente ilimitada, de sufijos, teniendo carácter de segmentos con su propia individualidad fonológica, daba al etrusco una cierta afinidad con las lenguas aglutinantes. Como ejemplo se puede recoger la forma *thevruclnas,* que se puede descomponer en *thevru+cl+na+s,* esto es, en el gentilicio *thevru,* en el demostrativo *cl,* en la forma temática *na* y en la desinencia gramatical *-s.*

Los pronombres

Se han podido identificar algunas formas de pronombres personales, demostrativos, posesivos, interrogativos, relativos e indefinidos. Los personales de primera persona adoptan las formas *mi* para el nominativo («yo») y *mini* y *me-* para el acusativo

(«a mí», «me»). Como ejemplos: *velchaie pustminas mi* = «De Velchaie Pustmina yo [soy]»; *mini muluvanece avile vipiennas* = «Me ha ofrecido Aulo Vibenna». Como pronombre de segunda persona se ha identificado el vocablo *un* («tú»), con la variante *unl* («para ti»). Pronombre plural de segunda persona fue *unuch* («vosotros»). Y respecto a los de tercera se tiene conocimiento de un único pronombre sin distinción de género: *an,* que significa tanto «él» como «ella». Este pronombre también se ha detectado en su forma de genitivo o de plural *(enaś* = «de él», «de ella», «de ellos»).

Se conocen, asimismo, diferentes formas de pronombres demostrativos, incluso con flexión propia (casos) por haber sido utilizados como sustantivos, adjetivos y «artículo» enclítico. Las formas base de los demostrativos en la época arcaica fueron *ika* (y también *ica)* e *ita.* En época reciente, *eca, eta* y también *ca* y *ta.* Un ejemplo: *ca śuthi cutus velus* = «Ésta [es] la tumba de Cutu Vel».

Como formas locativas aparecen, entre otras, *calti* y *eclthi* (ésta con dos variantes: *celthi* y *clth).* Así: *calti śuthiti* = «en esta tumba». De la forma *ita,* el locativo fue *-itale, -italte* e *-itultei.*

En algunas ocasiones, los demostrativos podían añadirse enclíticamente a los nombres, como puede verse en el ejemplo *selvans sanchuneta,* «Silvano, aquel de Sanco».

La terminación *-n* señala el caso acusativo o complemento objeto de los pronombres *(cn* = «esto»; *itan* = «aquello»). En el caso de objetos inanimados o impersonales, el pronombre correspondiente adoptó las formas *an, in, en* o *ein.* Los demostrativos también tuvieron función de relativo en contextos de frases en pasado o en textos rituales.

Se ha supuesto que el elemento enclítico *-(i)śa,* ampliamente testimoniado y declinado en singular y plural, pospuesto al nombre declinado en genitivo, fue la manera de indicar la posesión pronominal, como se ve en el giro *Lathialiśa* («suyo, de Larth») o *Larthialiśule* («suyo, de Larth»).

El pronombre relativo «que» o «cual» fue *ipa* para el masculino e *ipei* para el femenino. Esta última forma tenía carácter locativo, al igual que *iperi.* Se conocieron dos formas del relativo en su caso genitivo *(ipas* e *ipal),* además de un acusativo con flexión interna *(inpa).*

Al no habernos llegado textos dialogados, como se ha dicho, faltan los pronombres interrogativos propiamente dichos, si bien las formas relativas *ipa* e *ipas* podían funcionar con tal carácter *(ipas ikam* = «¿de quién [es] esto?»).

Los adjetivos

En cuanto a los adjetivos —que fueron de tres tipos: cualidad, posesión, colectividad— hay que señalar que se formaron mediante la adición de sufijos a la raíz nominal.

Así, los que denotaban cualidad se formaron con los sufijos *-u* o *-iu* (entre dos vocales la *i* caía) y también *-c* y *-ch.* Por ejemplo: *ais* = «dios», *aisu* = «divino»; *hinth* = «debajo», *hinthiu* = «subterráneo»; *zamathi* = «oro», *zamathic* = «áureo»).

Los de posesión o pertenencia finalizan en *-na, -ina, -ena, -ane, -nhe* y *-ni (suthi* = «tumba», *suthina* = «funerario»; *laut* = «familia», *lautni* = «liberto»). Los *nomina gentilia* pertenecen a este grupo: *Velthurna* = «de la familia de Velthur».

Los adjetivos que incluyen la expresión de una idea colectiva se distinguen por los sufijos *-cva, -chva, -ua, -va, -ia, -ie*. Ejemplos: *avil* = «año», *avilchva* = «eterno». No se han podido aislar formas que puedan con seguridad indicar comparativos o superlativos.

Respecto a los adjetivos numerales se sabe que los etruscos manejaron un sistema decimal, mientras que las cifras las dibujaron con formas parecidas a las grafías alfabéticas. Los seis primeros numerales cardinales que conocemos son los escritos con palabras en dos dados de marfil, descubiertos en Tuscania y hoy conservados en la Biblioteca Nacional de París. De acuerdo con ellos, y tras diferentes estudios (desde los antiquísimos de A. Torp, J. Taylor y K. Pauli, hasta los más modernos de D. Campanari, A. Neppi Modona, A. J. Pfiffig, R. Staccioli y M. Pallottino), la serie numérica del 1 al 6 ha quedado establecida definitivamente como: *thu* = 1, *zal* = 2, *ci* = 3, *śa* = 4, *mach* = 5, *huth* = 6. Otros números han sido conocidos gracias a otras inscripciones: *semph* = 7, *cezp* = 8, *nurph* = 9, *śar* = 10. Para decir 20 se empleó la palabra *zathrum*.

Del 1 al 6, según M. Pallottino, de quien se toman los ejemplos, se contaba por adición *(huthiś zathrumiś* = «en el [día] 6 y 20» > «en el día 26»). Y del 7 al 9 por sustracción y con la inclusión del sufijo *-em (esl-em-zathrumiś* = «en el [día] 2 menos 20» > «en el día 18»). Para el número 2, además de la forma *zal* y sus variantes (*zel-* y *zl*), se contaba con las formas *esl* y *esal*. Este sistema tan sólo se encuentra —que sepamos— en el etrusco y el latín, debiéndose pensar que los romanos lo adoptarían de los etruscos y no al revés.

Las decenas se formaban con la adición a las unidades del sufijo *-alc* o *-alch* *(ci* = 3, *cialch* = 30, *śealch* = 40, *muvalch* = 50). Quizá con los vocablos *semphalch, cezpalch y nurphalch* se designaron los números 70, 80 y 90. El número 100 tal vez sería *snuiaph,* si bien G. Giannecchini ha propuesto recientemente que correspondería a la cifra 12. La palabra para el número 1.000 no se ha detectado. Los numerales también admitían declinación.

Los numerales ordinales se formaban, al parecer, añadiendo al genitivo del numeral correspondiente el sufijo *-sna (thu* = 1: *thusna* = «primero»; *zathrums* = 20: *zathrumsna* = «vigésimo»). Se conocen multiplicativos en *-ar* o *-ur (ciar* = «triple»; *zelar* y *zelur* = «duplo»; *śar* = «cuádruple»).

Debe indicarse que unos pocos sustantivos derivaron a partir de numerales, así *zelarvena* = «duunviro» y *śaruvena* = «quattuorviro».

Las cifras

Para anotar las cifras, los etruscos emplearon distintos símbolos, según sabemos por un peso de Bieda, por algunas inscripciones, por un ábaco y por las monedas.

Así, anotaron I = 1; ∧ = 5, X = 10; ↑ (↓) = 50, * = 100, Δ = 500, ⊗ = 1.000, ⊕ = 10.000. En las monedas también aparece el signo C que equivalía a 1/2. La *Tabula Cortonensis* ha facilitado un nuevo signo (E) que podría ser, para algunos etruscólogos, una nueva cifra del sistema numérico etrusco o quizá una unidad monetaria o de peso. Sin embargo, tal signo (una E retrógrada) denota un sonido vocálico sin más.

Las formas adverbiales

Aun cuando no son muy seguras las formas adverbiales en etrusco, se puede señalar que las mismas tenían como característica un final en *-m (ratum* = «velozmente»; *etnam* = «nuevamente»). Junto a estos vocablos con su típica desinencia aparecen formas adverbiales propias, por ejemplo: *nac* = «como», *thui* = «aquí», *ein* = «no» o *eth* = «así».

Por su parte, los adverbios numerales se formaron con el sufijo *-z(i), -tzi (thunz* = «una vez»; *ciz* = «tres veces»). Estos adverbios aparecen cuando se especifica cuántas veces un personaje ha desempeñado una magistratura.

Las partículas pronominales

Partículas de tipo pronominal, como *thi, khi, ri, pi, tra, tli, in, an, estac, hia, heva,* etc., podían funcionar como demostrativos, relativos o indefinidos. De todas ellas, ya pospuestas, ya proposicionales, se ignora su exacto significado, si bien se ha intuido. Un ejemplo: *rene-thi.* = «en la mano», «a disposición».

Las conjunciones y las preposiciones

El etrusco fue rico en conjunciones de coordinación. La forma *-c* (detrás de la *l* se escribía *-che)* podía presentarse de modo enclítico. Así, tanto podía escribirse *apac ati* como *apa atic,* «el padre y la madre».

Respecto a las partículas funcionando como adverbios las hubo con valor temporal *(etnam* = «nuevamente»; *(e)nac* = «después»; *thuni* = «apenas»), modal *(ic* = «como»; *nac* = «así», *sve* = «igualmente») y locativo *(thui* = «aquí»; *pul* = «en»).

Que sepamos, hasta el presente tan sólo se tiene trazas de dos preposiciones: la tardía *epl* («hasta que») y *tis* («de»).

La flexión verbal

Existen muchísimos problemas en cuanto al verbo etrusco. Para algunos (tesis argumentada por K. Pauli), su origen sería puramente nominal, dado que coinciden raíces verbales con formas nominales: *zich,* «escribir»; *zich* «escritura».

El paradigma verbal distingue categorías de modos y de tiempos junto al de voces —muy evidentes en formas de pasado— y personas (de difícil identificación, salvo la tercera). El número, en los casos conocidos, no se distingue.

Parece ser que el presente utilizaría sin más la forma radical o terminaría en *-a* en su tercera persona *(ara* = «él hace»). Las formas finalizadas en *-e* tendrían valor exhortativo *(are* = «que él haga»), si bien en el *Liber linteus* funcionan como infinitivo o ingiuntivo (acción sin tener en cuenta el tiempo: *scuvune* = «pon a disposición»). El morfema *-i* indicaría la segunda persona del presente de indicativo o tal vez el imperativo *(ari* = «él hace» o «haz tú»). También podía usarse la simple raíz verbal con valor imperativo *(ar* = «haz»).

Las formas terminadas en *-th(i)* o *-t(i)* suelen indicar la segunda persona singular del imperativo y también los gerundios *(turthi* = «da tú», «dando»). La terminación en *-u* equivaldría, tal vez, al participio perfecto *(zichu* = «escrito», «que está escrito») y las terminaciones en *-an* y en *-en* al participio presente *(turan* = «que dan», «dando»). Por su parte, el participio pasivo de obligación se reconoce por sus desinencias en *-eri* o *-ri (thezeri* = «debe ser hecho»).

Las formas verbales que finalizan en *-ve,* y *-ue* denotarían gerundios *(tenve* = «habiendo ejercido»). Los sufijos *-ce* y *-ke* (muy abundantes en etrusco) señalarían formas de tiempos perfectos de primera y tercera persona y tanto singular como plural *(turce* = «he dado» y también «han dado»), y las formas terminadas en *-as(a)* y *-thas(a)* denotarían participios presentes activos y participios pasados activos respectivamente *(achanas* = «que ha tenido»; *salvathas* = «habiendo vivido»). El participio pasado pasivo adoptó las desinencias *-u*, *-icu* o *ichu (lupu* = «muerto»). Por su parte, el sufijo *-che* parece ser que marcaría el pretérito perfecto pasivo *(zikhuche* = «ha sido escrito»).

De algunas desinencias se ignora su valor temporal. Tal vez las formas terminadas en *-ne* equivaldrían a futuros *(turne* = ¿dará?») y las finalizadas en *-sa* a aoristos *(tursa* = «¿dio?»). Muchas otras desinencias verbales son totalmente desconocidas *(-il, -ri, -eri, -in),* a pesar de haberse buscado acomodos temporales.

El verbo «ser» se escribía con la raíz o tema *am-* y cuando actuaba como copulativo su forma solía elidirse. Del indicado verbo se conocen hasta ahora sólo las formas *ama* (presente de indicativo), *ame* (presente conjuntivo y perfecto o imperfecto) y *amce* y *amuce* (perfecto).

Para muchos lingüistas (tesis iniciada por K. Olzscha), el verbo etrusco denotaría en todos los casos carácter pasivo.

Para todo lo relacionado con la morfología del verbo etrusco deben consultarse las excelentes monografías de K. Wylin (2000) y de G. M. Facchetti (2002), con aportaciones de gran valor.

El etrusco, una lengua aglutinante

Algunos lingüistas han afirmado que el etrusco, tanto en su aspecto fonológico como en el morfológico, presenta claras concomitancias con el sistema lingüístico indoeuropeo, sistema que acabaría por sumergirlo o absorberlo.

Sin embargo, y a pesar de las concomitancias evidentes —explicables por haber convivido muchos siglos al lado de pueblos de habla indoeuropea—, el etrusco tiene ciertos caracteres morfológicos y lexicales que abogan por afirmar que el etrusco no fue una lengua indoeuropea, como el desaparecido sumerio, el húngaro, el finés o el turco. No fue, por lo tanto, una lengua flexional semejante al griego o al latín, sino aglutinante, caracterizada por acumular sufijos.

En el caso, por ejemplo, de la palabra *clan,* «hijo», si quería denotar el dativo plural no fusionaba sufijos, sino que los aglutinaba, anotando con los mismos y por separado las nociones de dativo, por un lado, y de plural, por otro. Con ello obtenía la palabra *clenarasi (clen* = radical modificado vocálicamente; *-ar* = marca de plural; y *-asi* = marca del caso dativo), con el significado de «para los hijos». Además, y frente a otra de las características del indoeuropeo, el femenino de *clan* no se construía modificando su desinencia, sino empleando otra palabra radicalmente distinta: *sech,* «hija». Las numerosas tentativas que se han efectuado para adecuar el etrusco

a una lengua indoeuropea han fracasado hasta el momento (M. Imperato, G. M. Facchetti).

La sintaxis

Dado que los textos etruscos conocidos hasta ahora son en su mayoría breves y que su literatura —como se verá más adelante— no ha sobrevivido, puede decirse que su sintaxis es prácticamente desconocida.

No obstante, lo poco que de ella puede deducirse la acerca en su estructura a las lenguas indoeuropeas, sin que esto indique una relación genética con las mismas.

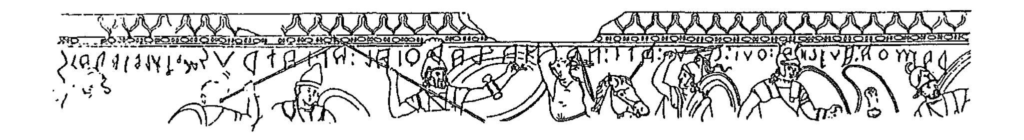
En etrusco, el sujeto suele ir al comienzo de la frase, mientras que el predicado nominal va en segundo lugar, antes del verbo que suele elidirse, si se trata de un verbo copulativo. Por ejemplo: *eca mutana cutus velus* = «Esto [es] el sarcófago de Cutu Vel» (TLE, 115). Un ejemplo sin elisión verbal y con el predicado en segundo lugar podría ser *an zilath amce mechl rasnal* = «Él fue pretor de los pueblos de Etruria» (TLE, 87).

Los casos oblicuos presentan sus valores gramaticales normales y suelen ir colocados entre el sujeto y el verbo, que en muchísimas ocasiones aparece figurado al final de la frase (caso de la inscripción de los TLE, 282: *mi titasi cver menache* = «Yo fui ofrecido en don por Tita»).

El caso genitivo suele ir inmediatamente antes o también detrás de su régimen (*flerchva nethunsl* = «El sacrificio de (a) Nethuns», TLE, I, VIII, 3). Si la proposición comienza con el pronombre en caso acusativo, el verbo sigue a dicho pronombre (*mini muluvanece avile vipiiennas* = «Me ha ofrecido Aulo Vibenna», TLE, 35). El adjetivo atributivo sigue a su sustantivo (*marunuch śpurana* = «Maru (edil) de la ciudad», TLE, 165).

El relativo, por su parte, suele ir colocado antes del verbo, al igual que los demostrativos (*ipa ama hen naper XII* = «los XII «naper» (?) que están aquí», TLE, 570).

ramϑa : huzcnai ϑui ati : nacnva : larϑial
apaiatrus zil eteraias



ramϑa : huzcnai : ϑui : cesu : ati : nacna : larϑial : apiatrus ≡ zil eterais

Inscripciones del *Sarcófago de las Amazonas.*

En muchísimas oraciones nominales, el verbo está, como se ha dicho, elidido. Por lo común, el imperativo suele ir situado en primer lugar en las oraciones en que se exige su presencia *(rachth tura nunthenth tel fasél* = «Prepara el incienso, ofrece este sacrificio», TLE, I, II, 10).

Otra característica específica es la llamada «flexión de grupo», consistente en poner la desinencia del caso gramatical únicamente en el último nombre de un grupo, por lo común, de dos sustantivos, dejando el primero en su puro tema: *maerce paziathes mi* = «Yo [soy] de Ma(m)erco Paziathe» (CII, 2754). Sólo Paziathe tiene la desinencia del genitivo *-s*.

Léxico etrusco y préstamos lingüísticos

Hoy por hoy, el léxico etrusco está limitado a palabras conectadas, sobre todo, con el mundo funerario, familiar, social y jurídico, en razón del tipo de inscripciones que nos han llegado. La carencia de obras literarias impide conocer el vocabulario etrusco, que sin duda hubo de ser muy rico. A partir de las poco más de 13.000 inscripciones conocidas se han podido comprender tan sólo unas 350 palabras, muchas de las cuales todavía no han sido correctamente interpretadas.

Aunque unas pocas pueden conectarse con raíces indoeuropeas (por ejemplo, en etrusco: *lautn* = «familia»; indoeuropeo: *leudho* = «estirpe»), la inmensa mayoría del vocabulario etrusco no presenta ninguna conexión etimológica indoeuropea, excepción hecha de los préstamos griegos, itálicos y latinos de época histórica.

Los textos de mayor longitud —algunos de los cuales se relacionarán después—, que son los que han aportado un mayor número de lemas o asuntos, ofrecen la posibilidad de analizar la estructura sintáctica etrusca; sin embargo, una verdadera traducción de su vocabulario todavía no ha sido fijada, con excepción de algunos de los términos que aparecen en determinadas inscripciones de carácter bilingüe etrusco-latino.

Las esferas semánticas que abarcan las palabras etruscas conocidas hasta hoy aluden, según M. Pandolfini, a conceptos de parentela familiar, Estado y sociedad, mundo divino, religioso y sacerdotal, mundo funerario, música, acciones verbales de «dar», «ofrecer», «hacer», «existir», «vivir», «morir», duración temporal y calendario, cuerpos celestes, términos de lugar, tipología de vasos y objetos de uso cotidiano, plantas, animales, productos y numerales.

Debe subrayarse que tales esferas semánticas se hallan representadas por unos pocos vocablos en cada una de ellas.

La onomástica constituye también una importante parcela en el léxico etrusco. Nos referimos a los nombres propios de persona, de divinidades específicamente etruscas y de seres mitológicos y sobrenaturales, así como a los nombres de lugar (toponomástica), de los que se conocen muy pocos, caracterizados por los sufijos *-(u)na (Pupluna* = Populonia; *Tarchna* = Tarquinia) y *-thri (Velathri* = Volterra; *Suthri* = Sutri).

Las palabras de origen extranjero se reducen, por otra parte, a los nombres de héroes griegos y divinidades griegas y latinas (por ejemplo, *Hercle,* tomado de *Heracles; Apulu,* de *Apollon: Nethuns,* de *Neptunus,* etc.), y a términos propios de las formas cerámicas griegas *(lechtum* proviene de *lékythos; culichna,* de *kylix,* etc.), así como a unas cuantas palabras tomadas de los latinos, umbros, vénetos, oscos y otros pueblos itálicos.

LAS GLOSAS DE PALABRAS ETRUSCAS

Alrededor de unas 60 palabras etruscas fueron citadas de modo ocasional —con su traducción griega o latina— por escritores clásicos o fueron incluidas en glosarios.

Las mismas se encuentran en Varrón *(De lingua latina)*, en Verrio Flaco *(De verborum significatione)*, en Dionisio de Halicarnaso *(Antigüedades romanas)*, en San Isidoro de Sevilla *(Etymologicum)* y, sobre todo, en el *Lexicon* de Esiquio, de época tardía, en el *Liber Glossarum* de Plácido y en el *Vocabularium* de Papias. Tres de ellas, contenidas en los *Scholia* de la *Alexandria* de Cofrón, fueron compiladas por el tardo-bizantino J. Tzetzes.

Excepcionalmente, palabras etruscas se hallan citadas en obras de Varrón, Tito Livio, Suetonio, Festo, Estrabón, Plutarco, Dión Casio, Macrobio, Servio y Lydo.

De hecho, tales glosas —o lemas— poco ayudan a la comprensión de las inscripciones etruscas. Además, las formas de las palabras no son al parecer originarias, sino que se adecuaron a la fonética y a la morfología de las lenguas en que fueron recogidas (ejemplo, etrusco: *arse verse* = latín: *averte ignem* = «aleja el fuego»).

Un núcleo notable de glosas etruscas lo constituyen nombres de plantas *(apianam* = «camomila» *[chamaemelon,* en griego]; *odia* = «hierba cana»; *mutuca* = «tomillo»), materias médicas (Dioscórides) y relación parcial de los meses del calendario, siete de ellos claramente identificados (Papias).

En general, las glosas pertenecen al lenguaje sagrado *(aisar* = «dios»), a fenómenos naturales y atmosféricos *(falado* = «cielo»; *aukelos* = «aurora»), a la agrimensura y construcción *(atrium* = «atrio»). Muy pocas se refirieron a temática política *(lucumon* = «rey»; *drouna* = «poder»), al mundo del espectáculo *(histrio* = «actor»; *subulo* = «tocador de flauta») o a nombres de animales *(antar* = «águila»; *arimos* = «mono»; *damnos* = «caballo», *capys* = «halcón»).

Todas las glosas pueden verse en los TLE, 801-858, y en el *Thesaurus Linguae Etruscae* (vol. I, parte II).

Por otro lado, las observaciones fonéticas y gramaticales sobre algunas palabras etruscas por parte de Varrón, Agrecio y Marciano Capella son de escasísimo valor.

EL BILINGÜISMO ETRUSCO-LATINO

Los contactos etrusco-latinos originaron el nacimiento de un bilingüismo totalmente necesario para que ambos pueblos pudieran comunicarse, hecho de gran importancia apenas recordado en las fuentes griegas y latinas. Se ha argumentado la existencia de un primer bilingüismo arcaico, de carácter aristocrático, practicado tanto por romanos que aprendieron etrusco como a la inversa. No hay duda de que este aprendizaje ya habría tenido lugar en el siglo VI a.C., aprendizaje presente también entre las clases populares bajo el reinado de los Tarquinios, facilitado por la presencia de artesanos etruscos en Roma y por los enfrentamientos armados entre ambos pueblos, hecho documentado por Titio Livio (V, 15).

Tal bilingüismo tuvo lugar tanto en las ciudades latinas (etruscófonos) como en las etruscas (latinófonos), si bien la parquedad de fuentes hace que el mismo deba ser evaluado como fenómeno individual y marginal, dado que la influencia de Roma to-

davía era muy modesta en los siglos VI y V a.C. Tampoco los etruscos tuvieron mucho interés por la lengua de sus vecinos meridionales, excepción hecha con ocasión de los contactos comerciales en los que era preciso un mínimo conocimiento del latín. Únicamente Veyes, por la larga duración de sus luchas con Roma, se interesó por la lengua de sus enemigos.

Pocas noticias se tienen también acerca de la existencia de intérpretes, siempre necesarios con ocasión de las embajadas. Ni Tito Livio ni Dionisio de Halicarnaso aluden en sus obras a ellos, aunque el primer autor sí recoge la cita de que Escipión y Aníbal, antes de Zama, los tuvieron (XXX, 30) y de que en el ejército romano hubo un grupo de etruscos romanizados utilizados como intérpretes (X, 4). Dionisio de Halicarnaso, por su parte, deja suponer la existencia de un heraldo etrusco bilingüe en el enfrentamiento Roma-Veyes (IX, 21).

No se puede dudar de la existencia en Roma de intérpretes especializados en etrusco, dado que algunos individuos de familias romanas etruscófonas serían bilingües. En casos precisos de entre tales personas se habrían improvisado los intérpretes. Además, se sabe que Mucio Scevola había aprendido etrusco junto a su nodriza y que, en el siglo IV a.C., era de buen tono enseñar la lengua etrusca a los jóvenes romanos. A esto debe añadirse la presencia en Roma durante un siglo de una monarquía etrusca. Poco se sabe de si los etruscos de Etruria se interesaron o no por el latín.

Después de la captura de Veyes en el 396 a.C. se produjo un proceso de latinización que abocó en un segundo bilingüismo, lento pero progresivo, inmerso en la romanización de las tierras conquistadas. El caso de Caere es significativo (Tito Livio, X, 4), así como el de no pocas familias etruscas (los *Cilnii,* por ejemplo) que hablaban latín.

Igualmente, parte de la población etrusca, en proceso de romanización, también se hizo bilingüe, proceso en el que tal vez tuvo carta de naturaleza una política lingüística romana, según se deduce de algunos textos de Plinio el Viejo *(Nat. Hist.,* III, 39) y de Valerio Máximo (II, 2). Si este segundo bilingüismo fue al comienzo lento, a partir de la *Lex Iulia* del 90 a.C. se aceleró totalmente, ya que los etruscos en tanto que ciudadanos romanos hubieron de aprender latín, lo que no significó, por otro lado, que el etrusco desapareciera, pues se seguían leyendo y comprendiendo los textos religiosos etruscos, además de ser hablado con normalidad, según puede deducirse de algunas citas de Lucrecio, Varrón, Verrio Flaco, Dionisio de Halicarnaso y Tito Livio. Lengua que se mantendría viva en el siglo II si se interpreta correctamente un pasaje de Aulo Gelo (XI, 7) y, probablemente, todavía leída, dado entonces su ya carácter religioso, en el siglo IV, al decir de Ammiano Marcelino (XXIII, 5).

Es muy probable que durante el final de la República y comienzos del Imperio el etrusco fuese hablado tan sólo por algunos eruditos romanos. Tras haber cohabitado con la latín, la lengua etrusca se convirtió en superflua y, abandonada por su propio pueblo, acabó por desaparecer.

Desde el punto de vista epigráfico, el latín no se impuso de inmediato sobre el etrusco en las inscripciones, sobreviviendo ambos tipos gráficos hasta finales del siglo IV o principios del III a.C., a partir del cual las inscripciones latinas —primero las latinógrafas, luego las latinas— fueron ganando terreno hasta lograr la desaparición epigráfica del etrusco, hecho ocurrido a comienzos del siglo I a.C.

Puede argumentarse que las inscripciones bilingües etrusco-latinas llegadas a nuestros días son la mejor prueba de la existencia del bilingüismo en Italia, que al-

canzó su máxima expresión desde la mitad del siglo II a.C. hasta los inicios del Imperio, en total unos 120 años.

En número de 32, tales inscripciones —enumeradas últimamente por J. Hadas-Lebel— nos testimonian fielmente la transición etrusco-latina, transición que había obligado a los nuevos ciudadanos romanos —que todavía hablaban la lengua de sus padres— a saber latín si querían participar en la vida política y económica de Roma. El bilingüismo etrusco-latino quedó fijado en tales inscripciones al ser presentadas con las grafías de los dos alfabetos, el etrusco y el latino. De las inscripciones aludidas, 30 son epitafios, una alude a una marca doble de fabricación, y otra última a una marca de propiedad. Geográficamente, 22 de ellas provienen de Clusium y de su zona, 4 de Perugia, 3 de Arretium y otras tres, respectivamente, de Volsinii, Tarquinia y Pesaro. Están inscritas sobre piedra (travertino, mármol, ágata), arcilla y terracota, en sarcófagos, urnas, cipos, tejas funerarias, ollas, un dintel y, en un caso, sobre una gema. Son, obviamente, de muy corta extensión —algunas con una sola palabra (etruscas y latina) y muy pobres en cuanto a su contenido semántico, reducido a fórmulas estereotipadas.

Capítulo XVIII

Los textos etruscos

Como se ha dicho, hoy se conocen algo más de 13.000 inscripciones, pero al ser en su gran mayoría de corta extensión e invariablemente de tipo funerario y religioso, redactadas con fórmulas estereotipadas, apenas si han servido a los sabios para descifrar la lengua escondida en tales caracteres.

De todas ellas, algunas merecen ser citadas, bien por sobrepasar el número de vocablos usuales en los textos hasta ahora conocidos, bien por su propio y singular contenido.

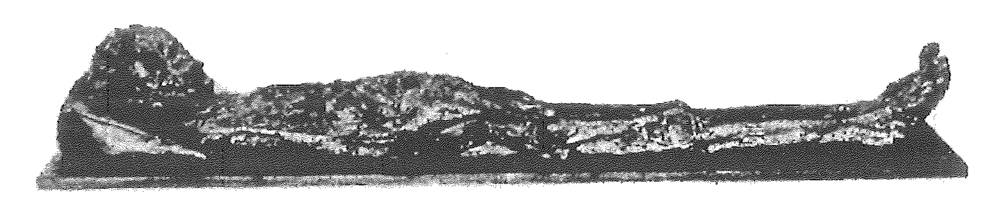
Las principales inscripciones etruscas

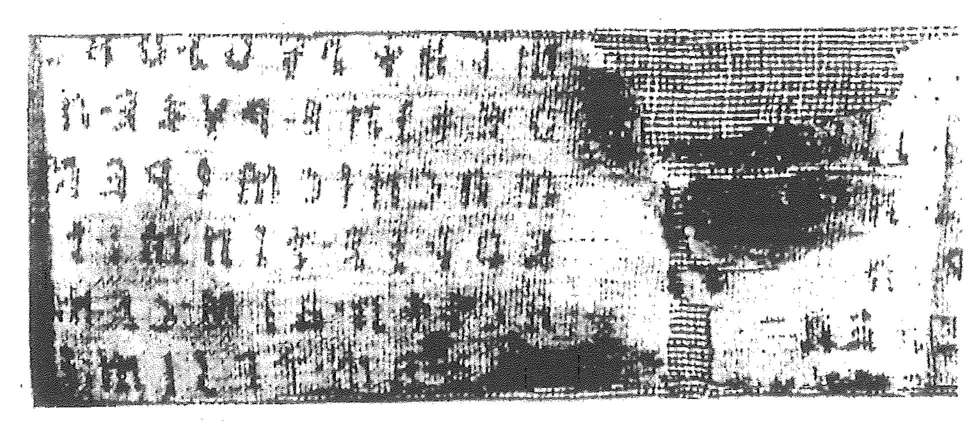
a) *Textos de naturaleza religiosa*

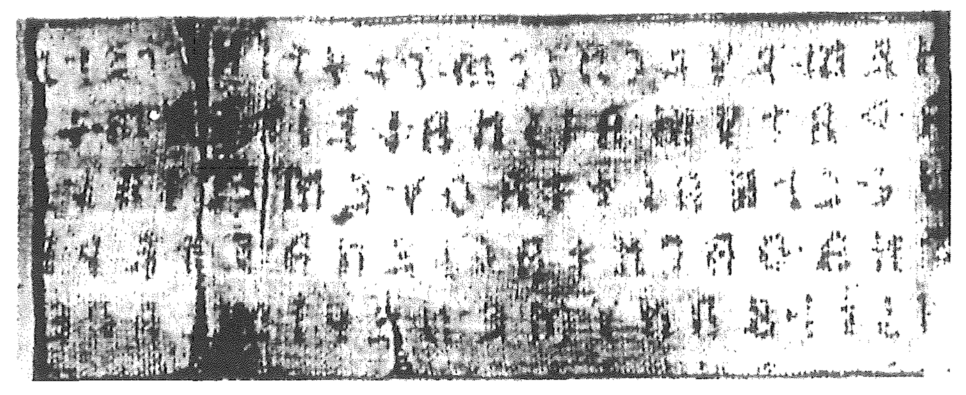
1. El *Liber linteus* de Zagreb (TLE, 1). Dentro de los textos religioso-rituales, la inscripción etrusca más larga —aunque técnicamente no lo sea— es la existente en el famoso *Liber linteus* («Libro de lino»), hoy depositado en Zagreb (Yugoslavia), importantísimo texto de unas 1.350 palabras (en casi 400 unidades lexicales diferentes), en 12 columnas de 34 a 40 líneas, escritas con tinta, a mediados del siglo II a.C., con letras regulares, sobre una pieza de lino, que se rasgó en vendas, de unos 13,45 m de longitud y 39 cm de anchura (para F. Roncalli y H. Rix, un siglo antes).

Tal pieza, que hubo de ser escrita en ambiente perugino-cortonés, sería llevada a Egipto, en donde sirvió como texto ritual para una colonia de emigrados etruscos de tiempos tardoptolemaicos. Reaprovechada después, cuando ya su texto no interesaba, fue recortada, como se ha dicho, en largas vendas que sirvieron para envolver una momia de mujer. La momia, comprada en 1849 por un coleccionista croata establecido en Viena y llamado Michel de Baric, acabaría siendo propiedad de la Academia de Zagreb, al ser donada a esta ciudad por el hermano de aquél, Elias de Baric.

En los textos de las vendas, que fueron dados a conocer en 1891 por el vienés J. Krall, se recoge por cuatro veces una secuencia litúrgica compuesta por ceremonias rituales, sacrificios, plegarias y ofrendas, todas ellas reguladas por un calendario litúrgico, tal vez inspirado en los *Libri Rituales.* Las cuatro ceremonias rituales paralelas son, según H. Rix, una en honor de *Nethuns (flere nethunsl),* otra en honor de una divinidad llamada *flere in crapśti* (de la que no se sabe nada) y otras dos en favor de los *aiser śic śeuc.*







Momia de Zagreb y *Liber linteus.*

Cada una de las cuatro ceremonias rituales puede estructurarse, según K. Olzscha y H. Rix, en el siguiente esquema: a) secuencia introductoria (fecha, tipo de sacrificio y nombre de la divinidad a la que se le dedica); b) fase preparatoria (descripciones de las diferentes acciones preliminares relativas al sacrificio); c) fase ejecutiva (descripción del ritual articulado en el recitado de cinco plegarias), y d) secuencia conclusiva (breve fase al final del ritual).

Entre los dioses que se citan aparecen, además de los tres ya indicados, *Veltha, Thanr, Thesan, Culśu, Tin, Uni, Veive* y *Catha.*

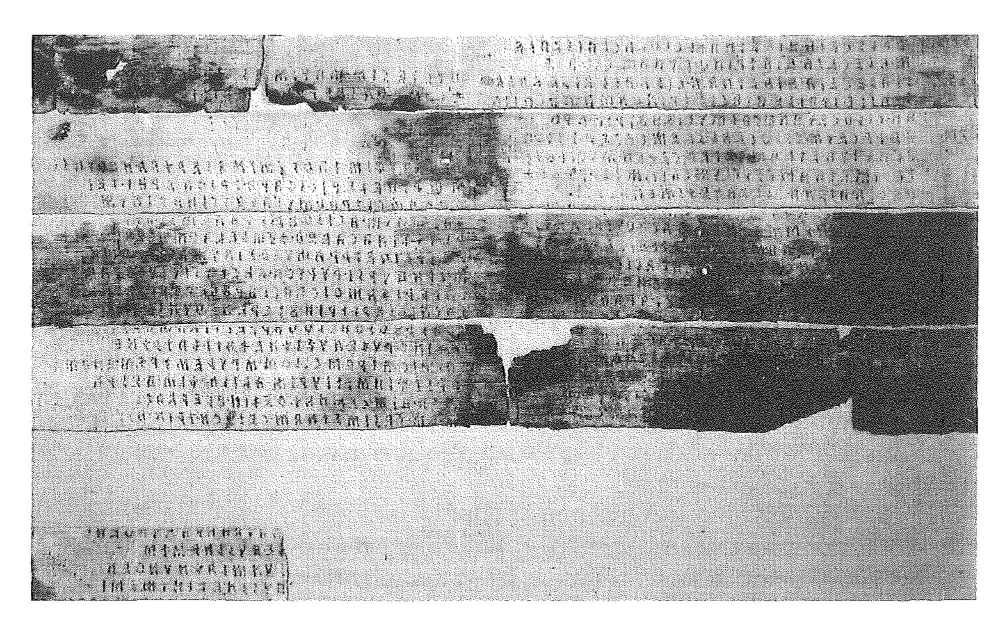
Este texto —que ha llegado incompleto y del que todavía no se ha desentrañado todo su significado, dadas sus variantes de lectura y sus *hapax legomena*— ha sido objeto de importantes estudios, destacando los realizados por E. Lattes, S. P. Cortsen, K. Olzscha, M. Pallottino, A. J. Pfiffig, F. Roncalli y H. Rix.

2. La *Teja de Capua* (TLE, 2) —conocida también como *Tegula de Capua* (62 × 49 cm)—, fechable entre los siglos V y IV a.C. y hoy en el Museo de Berlín (lamentablemente, rota en su extremidad superior y muy destrozada en su mitad inferior), contiene unas 390 palabras legibles (con cerca de 200 unidades lexicales), distribuidas en las 62 líneas que se han conservado. De las mismas, las 31 primeras son manejables, si bien la falta de puntuación divisoria (aparece en el texto la llamada «puntuación silábica», mucho más compleja) hace muy difícil su lectura e interpretación.

Su texto, en disposición de *boustrophedón,* habla de un ritual funerario —sin duda, de época arcaica— con listas de sacrificios —y consiguientes ofrendas— distribuidas según un calendario litúrgico, en honor de diversos dioses, entre los que aparecen *Letham* —diosa que tiene aquí especial significación—, *Calus, Laruns, Fulinuśna, Sethum* y *Śuri.* También quedan recogidos *Tinia* y *Uni* y otros dioses muy secundarios *(Aphe, Qanur, Savcne* y *Savalsie).* El calendario litúrgico se halla dividido en 10 secciones, correspondientes a los 10 meses del año de un calendario antiquísimo, que comenzaba en marzo *(velchitna)* —debemos recordar que el primitivo calendario romano también tuvo diez meses siendo marzo el primero de ellos—. Al parecer, el ritual se aplicaría en favor de uno o más difuntos de la familia *Icni.*

3. La *lámina lenticular de Magliano* (TLE, 359) es el tercero de estos documentos. Se trata de un pequeño disco lenticular *de bronce,* conocido, sin embargo, impropiamente, como *Plomo de Magliano* (8 × 7 cm), hallado en tal localidad (exactamente en Le Sassaie, no lejos de la romana Heba) y hoy conservado en el Museo Arqueológico de Florencia.

En la lámina hay inscritas en sus dos lados 70 palabras dispuestas en espiral, desde el exterior hacia el centro, que aluden genéricamente a los dioses *(aiseras)* y en particular a *Tins, Calus, Cautha, Mariś, Śuri* y *Thanra,* así como a ofrendas funerarias que había que cumplir en determinados tiempos y lugares. Al parecer, fue inscrito en el siglo V a.C.



Liber linteus. Fragmentos. (Museo Nacional, Zagreb.)

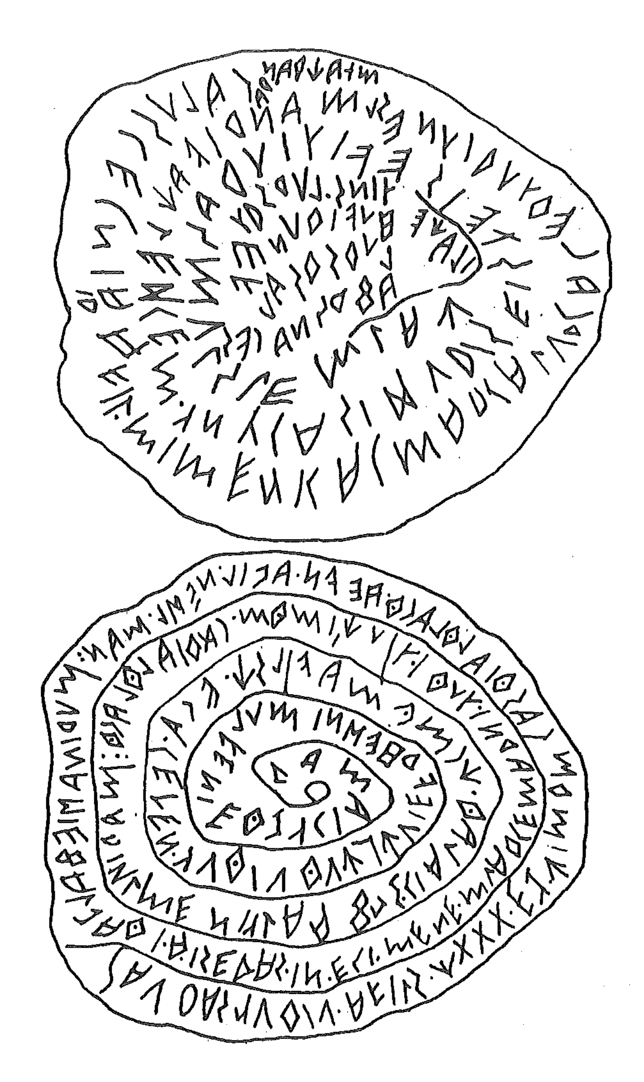


Lámina lenticular de Magliano.

4. La *lámina de Santa Marinella* (TLE, 878), hallada en el fondo de un pozo del santuario de *Menrva* en Punta della Vipera, y hoy en el Museo de Villa Giulia de Roma, presenta escritas sus dos caras. Dicha lámina de plomo, de la que han llegado dos fragmentos, fue redactada hacia el año 500 a.C., y de sus casi 90 palabras en las 11 líneas de sus dos lados son legibles tan sólo algo más de una treintena; otras 20 pertenecen al vocabulario ritual.

El texto conservado, de muy compleja interpretación —y que comienza con la cifra 3.300, anómala en el uso etrusco—, alude a una respuesta oracular, tal vez a algún calendario de ofrendas e incluso, quizá, a fórmulas rituales. M. Pallottino la calificó de «pequeño *liber* ritual». M. Cristofani, por su parte, pensó que sería un texto conservado como documento de archivo del santuario.

5. La *lámina de Volterra* (TLE, 401), fechable en el siglo III a.C. y hoy en el Museo Guarnacci de tal ciudad, consiste en un plomo con la incisión muy ligera de 11 líneas con más de 60 palabras en sus dos caras. Su contenido consiste en la relación de 35 personas, algunas con su filiación en el contexto de una maldición *(defixio)* de la que no se especifica nada.

6. La *defixio de Monte Pitti* (TLE, 380), conocida también como la *lámina de Campiglia Marittima,* se halló en una tumba de Monte Pitti, cerca de Populonia (hoy en el Museo Arqueológico de Florencia). Fue escrita entre los siglos III y II a.C., sobre una lámina de plomo, y consta de unas 55 palabras distribuidas en 10 líneas. En el texto, de maldición, la liberta *Titi Śetri* declara su voluntad de aniquilar, mediante un ritual (que no se especifica), a diferentes personas de dos grupos familiares (de los *Velsu* y los *Suplu)* y también singulares *(Hasmuni, Cleuste, Pluns'[—].)*

7. El *arýbalos Poupé* (7 cm de altura) (TLE, 939), llamado así por su descubridor, el belga J. Poupé, que lo rescató del anonimato de una colección particular (hoy se halla, sin embargo, en el Museo de Villa Giulia), presenta una inscripción de 29 palabras en líneas en espiral, incisas en su parte superior, desde el asa hacia abajo y desde izquierda a derecha.

Su texto es muy arcaico, de finales del siglo VII a.C., y alude, de acuerdo con lo que se puede comprender, a la expresión de afecto de una madre, llamada *Elusisni,* por su hijo *Velusinas.* El texto fue compuesto por un tal *Asi,* según se especifica en la última línea.

8. El *Aequipondium de Caere.* En el Museo de Villa Giulia de Roma se halla un contrapeso en forma ovoidea con anillo de suspensión, fabricado en plomo y bronce fundidos (10 cm de altura), fechado en el siglo III a.C y hallado en Sant'Antonio (Cerveteri). En su superficie, y en 10 líneas, con unas 25 palabras, se recoge una dedicatoria. El contrapeso, perteneciente a *Turms,* pero con anterioridad a un tal *Vel* de *Archunsi,* fue dedicado por *Larce Penthe* a *Vel Lape* en el santuario de *Hercle,* mientras aquél era *zilath.*

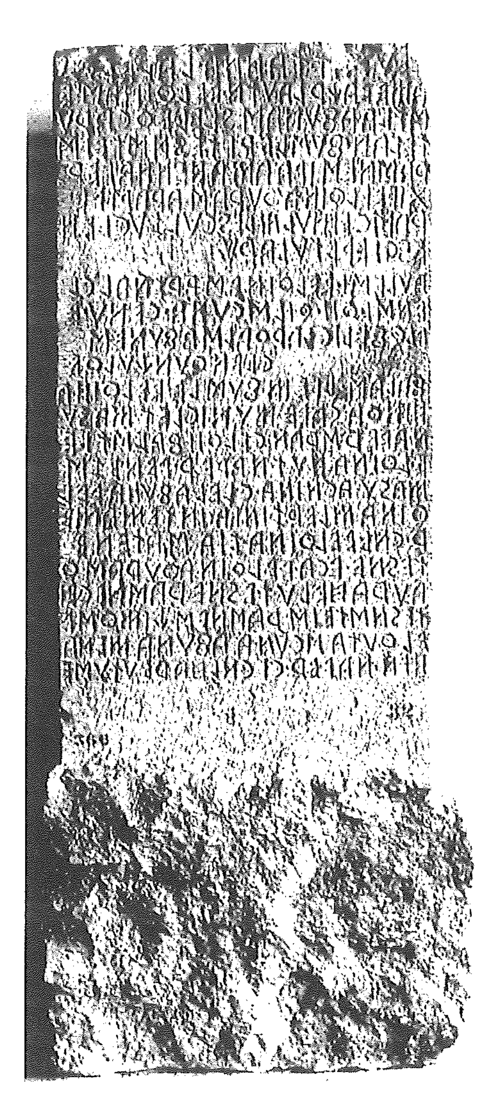
9. La *lámina de plomo de Poggio Gaiella* (TLE, 478), descubierta en unas excavaciones clandestinas en 1943, constituye un interesante documento cuyo contenido ha sido asociado a temas de magia, conectados quizá con una *defixio.* El texto es breve y todas sus líneas (5 en total) se hallan perdidas en su inicio. Se ignora el número de palabras que tuvo dicha lámina, de las cuales hoy sólo son legibles unas 18. Entre ellas, se ha podido aislar el teónimo *Śuri* y diferentes nombres personales *(Nisnas, Nanakamune).* Su cronología ha sido fijada en el siglo IV a.C. Para el especialista H. Rix, se trata de una lámina falsa.

10. El último texto de tipo ritual que aquí relacionamos es el contenido en el *Hígado de Piacenza* (TLE, 719), del que ya se ha hablado en páginas anteriores. Tal texto de uso práctico o didáctico entre los sacerdotes nos pone en contacto con 52 nombres de dioses de origen etrusco, algunos conocidos también por otras fuentes.

b) *Textos de naturaleza jurídica y sacerdotal*

Entre estos textos debemos relacionar:

1. La *Tabula Cortonensis,* de reciente descubrimiento, y que constituye el tercero de los grandes documentos etruscos por su extensión. De la misma se dará cuenta en páginas posteriores.



Cipo de Perugia.

2. El *cipo de Perugia* (TLE, 570), de 1,45 m de altura, conservado en el Museo de dicha ciudad, que con sus 46 líneas y 190 palabras, grabadas en una de sus caras (24 líneas) y en un costado (22 líneas), recoge un texto jurídico fechable entre los siglos III y I a.C. Su contenido, que puede ser dividido en tres apartados, factibles de subdividirse en nueve cláusulas, reproduce el laudo pronunciado por un juez o árbitro compromisario, llamado *Larth Rezu,* escogido por dos familias, acerca de un litigio mantenido por los *Velthina,* naturales de Perugia, y los *Afuna* de Chiusi, pero afincados también en Perugia, en torno a dos propiedades limítrofes, sometidas a delimitación de lindes, a servidumbre de agua y a la ubicación de un sepulcro, propiedad de una de las familias, pero situado en la finca de la otra.

3. La *lámina de plomo de Pech-Maho* (ET, Na 0.1). En una de las terrazas adyacentes al *oppidum* de Pech-Maho (laguna de Sigean), no lejos de Narbona (Francia), se halló en 1950 una lámina de plomo (hoy en el Musée des Corbières de Sigean) con una inscripción del siglo V a.C., sobre cada una de sus caras, ambas mutiladas.

Una de ellas, en dialecto jónico, alude a asuntos comerciales: la adquisición de una embarcación de Emporion —la Ampurias gerundense— por parte de dos mercaderes, Kyprios y Heronoiyos, en presencia de varios testigos de nombre ibérico.

La otra cara, en etrusco y escrita con anterioridad (hacia el 450 a.C.), recoge una operación que comportaba un cálculo o suma de dinero *(kisne* = «un tercio»), tenida en Massalia *(Matalia)* por dos comerciantes de la Córcega etrusca —¿o por sus operadores en territorio galo?—, llamados *Venel* y *Utavu.*

Aunque los contenidos de ambos textos son de tipo comercial, no hay relación directa entre ellos. Se trata de una lámina que sería reaprovechada para consignar un nuevo asiento. Diversos especialistas se han ocupado tanto del texto etrusco (M. Lejeune, J. Pouilloux, Y. Solier, H. Rix, M. Cristofani) como del texto griego (J. Chadwick, H. van Efenterre, J. Vélissaropoulos-Karakostas, C. Ampolo, T. Caruso, H. Rodríguez Somolines, J. De Hoz Bravo).

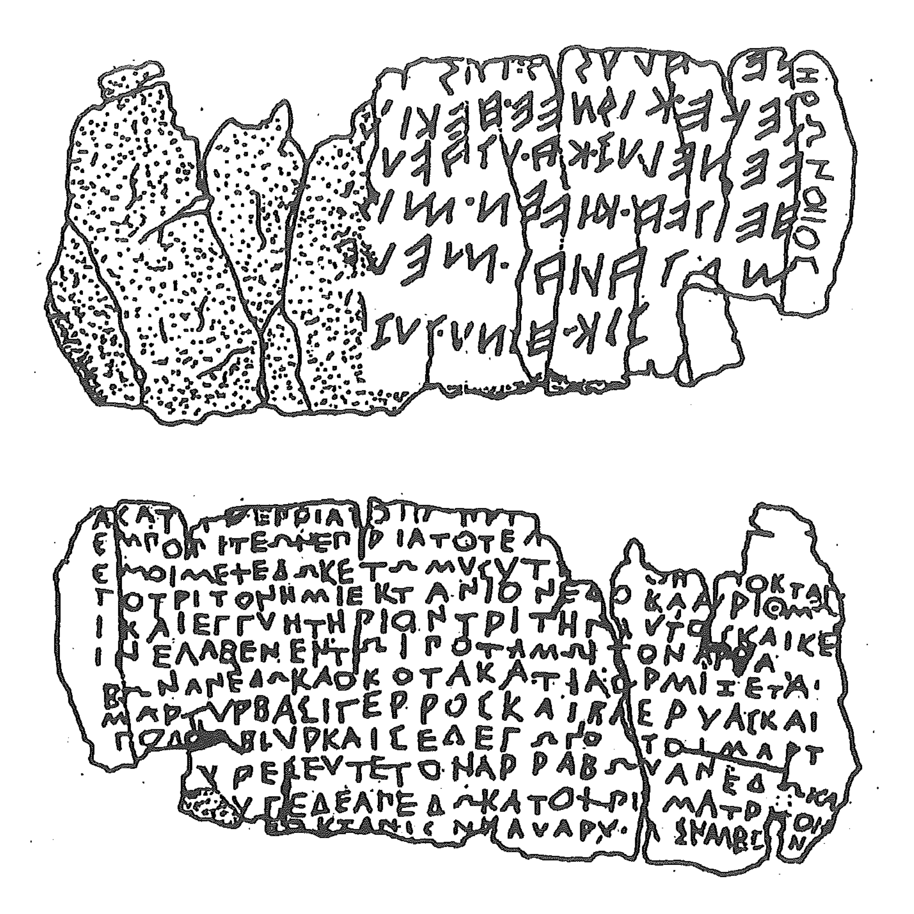


Lámina de plomo de Pech-Maho.

4. La *lámina de Tarquinia* del sector sagrado del Ara della Regina (ET, Ta 8.1). Dicha pieza de bronce (13 × 14,5 cm), que hubo de estar fijada sobre algún otro objeto, ha llegado despedazada, restando tan sólo su parte derecha. Consta de 9 líneas con 18 palabras completas y 14 fragmentarias, y su contenido hace alusión a un testamento con varias disposiciones, relacionadas con la cesión de tierras y otros bienes. El propietario de la misma fue un tal *Vel Clevsinas,* nombre que va precedido por el de dos magistrados supremos anuales que gobernaron la ciudad (el segundo nombre, incompleto). Parece ser que tal personaje fue encargado de cumplir cuatro cláusulas, explicitadas por su hermano en el testamento.

5. El *texto etrusco de la anforita de Felsina* (SEtr., XLIX, 1981), fechado a finales del siglo VII a.C. Tal texto, que contaba originariamente con unas 160 letras y que tras su restauración ha facilitado alrededor de 30 palabras, todavía de problemática lectura, recoge la dedicatoria de la anforita de *impasto* por parte de un tal *Kumen,* liberto de *Remese,* a *Venu Utus (?)* y a su esposa *Uku Tharmi,* libertos a su vez de la familia *Uneitha.* La presencia de este vaso (9,9 cm de altura) en la necrópolis boloñesa de Melenzani, firmado por el ceramista *Ana* —primer artesano padano de nombre conocido—, testimonia que en Felsina (Bolonia) se hablaba ya etrusco a

finales del siglo VII a.C., esto es, en la fase tardovillanoviana (fase *Certosa),* lo que demuestra que en tal localidad no existió cesura entre la Felsina villanoviana y la Felsina etrusca. Dicho de otra manera: los villanovianos felsineses eran protoetruscos o etruscos.

c) *Textos funerarios*

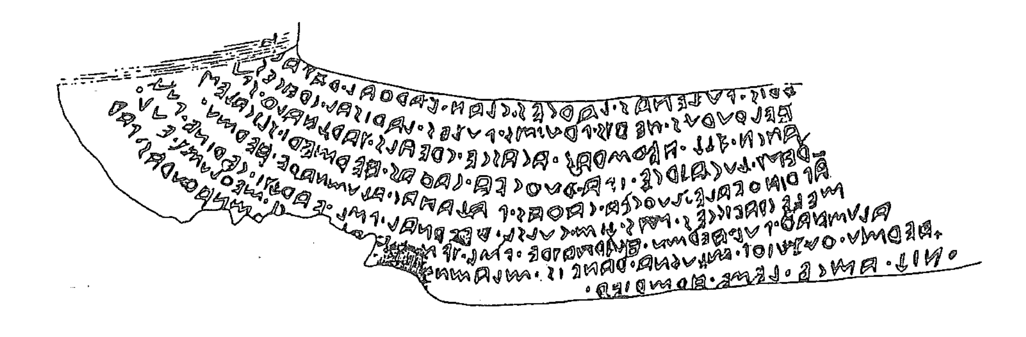
Entre los textos funerarios más significativos podemos reseñar:

1. *Inscripciones de la Tomba dell'Orco I* de Tarquinia. Se trata de textos muy fragmentados, en los que aparecen los nombres de algunos de los componentes de la familia de los *Churinas* (o *Murinas),* propietaria de la tumba. La más larga (TLE, 87) la forman 5 líneas incompletas con casi una veintena de palabras y por ella se sabe que el *Churinas* o *Murinas* citado había llegado a ser en vida *zilath mechl rasnal.*

2. Las *inscripciones de la Tomba degli Anina* (TLE, 880-883). En 1963, en uno de los hipogeos de Tarquinia, famoso por contener pintadas las figuras de *Charu(n)* y de



Detalle del sarcófago de *Laris Pulenas.*



Texto del epitafio de *Laris Pulenas.*

Vanth, se descubrieron seis textos sepulcrales alusivos a la familia de los *Anina,* la titular de la tumba, pintados en las paredes y que totalizaban más de 75 palabras. Cada uno de los textos perteneció a un personaje diferente: tres hermanos, fallecidos todavía jóvenes *(Arnth, Larth* y *Vel),* y tres parientes: *Larth Aninas,* muerto muy anciano (76 años), *Vela Lethi,* esposa de un *Larth Aninas Canthu,* y, finalmente, *Vel Aninas.*

3. Las *inscripciones de la Tomba dei Clavtie* (CIE, II, 6213-6220) de la necrópolis de la Banditaccia (Caere). En diferentes paredes y pilastras de esta tumba gentilicia, de finales del siglo IV a.C., se recoge en algo más de 31 palabras la conmemoración de la fundación de la tumba. La misma perteneció a una rama de la *gens* romana de los Claudios *(Clavtie)* que, acogida en Caere, se unió a la familia etrusca de los *Ursu.*

4. El *epitafio de Laris Pulenas* (TLE, 131), importante personaje de Tarquinia, a quien ya conocemos, que había sido esposo de *Thancvil Acnatrui* y descendiente él mismo de un griego *(Laris Pule creices).* De finales del siglo III o principios del II a.C., data tal epitafio, escrito sobre el *volumen* que el difunto sostiene entre sus manos, figurado en la tapadera de su sarcófago (Museo de Tarquinia). El mismo contiene 59 palabras distribuidas en 9 líneas en las que se hace el *elogium* fúnebre de *Pulenas,* notabilísimo magistrado que había escrito textos de aruspicina. Además de su genealogía, se recogen algunas de sus acciones benéficas y los cargos que había desempeñado.

5. *Inscripción de la Tomba del Tifone,* de Tarquinia (CIE, 2279). En este texto, que fue primero grabado y luego pintado, consistente en unas 45 palabras desarrolladas en 14 líneas, se alude al carácter gentilicio de la tumba, propiedad de la *gens Pumpu,* familia que decretó una serie de condiciones relativas al uso de la tumba en cuanto a ceremonias —se cita una, de nombre *matan,* en honor de *Tinia*— y acogida de difuntos.

6. Las *inscripciones de la Tomba François* de Vulci (TLE, 293-303). En esta tumba, que perteneció a la familia *Saties,* se ofrecen tres grupos o ciclos pictóricos, alusivos a algún episodio de la revolución de los hermanos Vibenna, a temas mitológicos griegos y al sacrificio de los prisioneros troyanos ante la «sombra» o alma de Patroclo. Los personajes que aparecen figurados (tanto los de existencia real como los mitológicos) se hallan individualizados con su nombre propio, tal como se dijo en páginas anteriores.

Además, en un cipo funerario, situado en el ingreso de la tumba, se recoge el nombre de *Ravnthu Seitithi.* En otras inscripciones existentes, se leen la palabra *cela* y los nombres de *Tarnai Tana* y *Laris Saties,* dos de los componentes de la familia titular de la tumba.

7. Inscripción del *hipogeo de la gens Precu* (TLE, 619). En un hipogeo de San Manno, cerca de Perugia, del siglo III-II a.C., aparece un texto de carácter funerario, formado por 28 palabras, distribuidas en 8 líneas, sobre su pared, relativo a la familia *Precu*. En el mismo se alude a la construcción de una capilla lateral en el sepulcro gentilicio de *Aule* y *Larth Precu*, pero con la prohibición de colocar urnas, y jarras en el área del doble sarcófago con los restos de ambos hermanos.

8. El *epitafio de Vel Lathites* (TLE, 233). Este texto, presente en una pared de la *Tomba Golini I* de Volsinii, se halla junto a un hombre que banquetea. Compuesto por 21 palabras en 3 líneas, constituye un inapreciable documento que recoge parte del *curriculum vitae* del personaje, que perteneció a la familia *Leinies* de Volsinii, y que fue posible dirigente militar contra Roma en las luchas el 295 a.C. Fue *maru ṡpurana, purth* y Jefe de la Liga chiusina de Etruria *(zilachnve mechlum rasneas clavsinsl).*

9. Inscripción de la *Tomba degli Scudi* de Tarquinia (TLE, 91). En una de las paredes de esta tumba, del siglo IV-III a.C., aparece una inscripción, formada por 13 palabras, en la que se señala que durante la magistratura de *Vel Hulchnies* un tal *Larth Velchas* consagró una serie de ofrendas en la mencionada tumba.

10. Inscripción del *sarcófago de Larth Tute* (TLE, 324). En un sarcófago de Vulci, del siglo III a.C., se halla el epitafio de tal personaje que había llegado a ser *zilath* hasta ocho veces y *purtśvana* una vez. El texto se compone de 16 palabras.

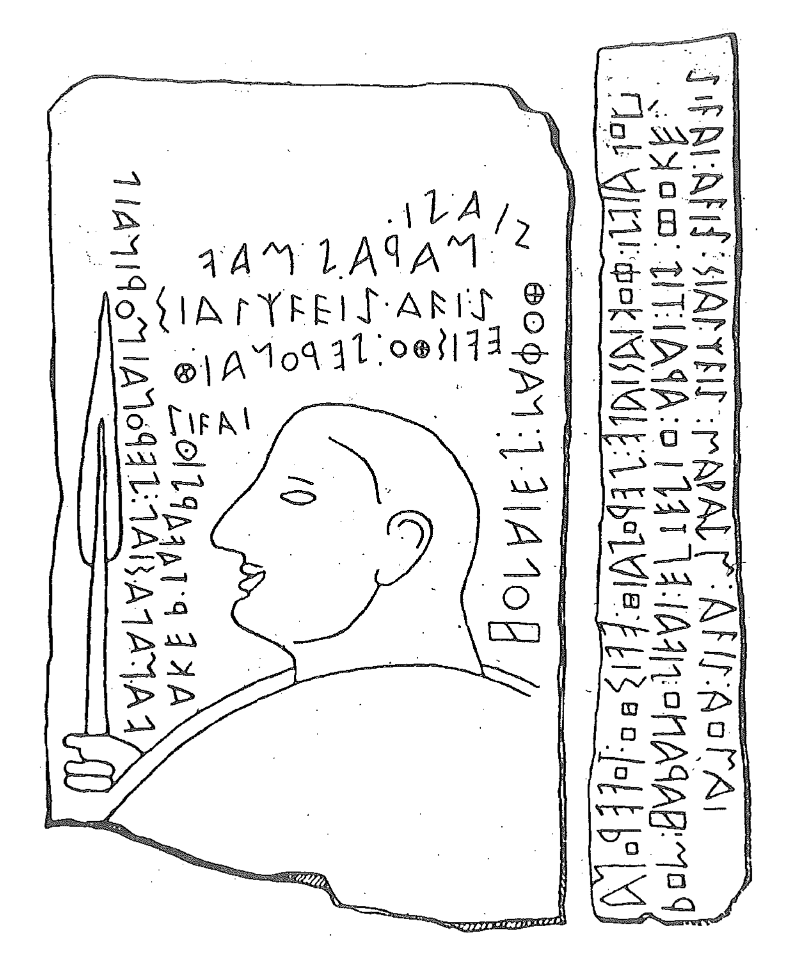
11. Inscripción del *sarcófago de Tute Sethre* (TLE, 325). En la misma sepultura del sarcófago anterior apareció inscrito otro texto, de la misma época, que perteneció a *Tute Śethre.* El mismo, formado por 14 palabras, recoge el hecho de haber sido *zilath* tres veces y el de que había fallecido mientras desempeñaba el cargo de *zilc purtśva.*

12. Inscripción del *sarcófago del Magnate* (TLE, 126). En este sarcófago de la tumba de la *gens Partunu*, de Tarquinia, del siglo IV o III a.C., se halla un texto formado por 12 palabras que recogen el epitafio de *Velthur Partunus*, que había sido *zilch cechaneri* («pretor de las cosas sagradas»). Llegó a vivir nada menos que 82 años.

13. Inscripciones de la *gens Alethnas* (TLE, 169-175). Siete sarcófagos de época helenística, hallados todos en la tumba de la familia *Alethnas* de Musarna, en el territorio de Tarquinia, contenían otras tantas inscripciones funerarias. Uno (TLE, 169) había pertenecido al hijo de *Vel*, llamado *Alethnas*, muerto a los 66 años, que había sido *zilath parchis, zilath eterav* y *zilath thelusa.* Otro era de *Arnth Alethnas*, muerto a los 38 (¿o 43?) años, tras haber desempeñado el cargo de *tamera* y *zilc marunuchva* (TLE, 170). En otros de los sarcófagos habían sido sepultados *Avle Alethenas*, que fue *zilach [—] spurethi* y *marunuchva cepen*, así como *eprthnev* (TLE, 171); *Larth Alethnas*, de 60 años y personaje que, además de haber sido *tamera*, había ampliado la tumba (TLE, 172); *A[rnth] Alethnas*, que murió con 70 años, mientras desempeñaba el cargo de *zilach* (TLE, 173); otro *Arnth Alethnas*, asimismo *zilath* en Tarquinia (TLE, 174); y, finalmente, un último *Alethnas* (su inscripción está muy deteriorada), que también había sido *zilath* y *marunuchva* (TLE, 175).

d) *La Estela de Lemnos*

En un alfabeto afín al de los etruscos fue escrito, hacia el siglo VI a.C. —quizá por vía autónoma y en ambiente egeo—, un texto sobre una estela de piedra arenisca que se localizó en 1884 en Kaminia, en la isla de Lemnos. Sobre la misma, destruida en su parte inferior, se halla esculpido el perfil de un guerrero, armado de lanza y escudo redondo.



Estela de Lemnos. (Museo Nacional, Atenas.)

La Estela (hoy atesorada en el Museo Nacional de Atenas), mencionada por primera vez por G. Cousin y F. Durrbach al año siguiente de su descubrimiento y editada por C. Pauli en Leipzig, contiene una inscripción de carácter funerario con 198 letras, agrupadas en 34 palabras, en su parte frontal (texto «A») y lateral (texto «B»), algunas dispuestas por el método del *boustrophedón,* según la antigua transcripción de F. Ribezzo, modificada por J. Friedrich.

Es muy difícil aventurar su traducción, dado el carácter de *unicum* de la Estela, si bien el texto —un epitafio— alude (de acuerdo con las últimas traducciones ensayadas) a un difunto *(Aker Tavarsio)* que vivió 40 años y que llegó a ser magistrado por un año en Serona, del territorio de Morina (Myrina), capital de Lemnos. En el texto se cita también a su madre, *Vanalaśi,* y a un tal *Holaie Phokiaś* («el focense»), de origen griego, también magistrado en Serona. En la inscripción lateral, mutilada, se hace referencia, tal vez, a celebraciones funerarias en honor del precitado *Aker,* en las cuales tomó parte un tal *Haralio* y en las que estuvo presente otro focense, de nombre *Eptesio.* La Estela le fue dedicada por su pariente político, el ya citado *Holaie Phokiaś.*

He aquí una posible traducción. *Texto frontal.* «[Él {Aker Tavarsio} fue] nieto legítimo y magistrado por un año. Vivió durante 40 años, aquí, en Serona. Aker Tavarsio [hijo de] Vanalasi, [estuvo] en Serona, territorio de Morina. *Texto lateral.* [Durante la magistratura] de Holaie Fokias, en Serona, aquí [...] Haralio vivió. Eptesio vino de Focea. [Aker Tavarsio] vivió durante 40 años y fue magistrado durante un año.»

Sin embargo, para J. Heurgon el texto de la Estela conmemoraría el acto heroico de *Holaie Phokiasale,* natural de Efestia, muerto a los sesenta años, tal vez, luchando contra los persas.

Este importantísimo documento, que ha generado numerosos estudios monográficos, constituye, desde el punto de vista lingüístico, como mínimo un «parentesco tipológico» del etrusco con el lemnio, no descartándose un verdadero «parentesco genético» de ambas lenguas.

Para L. Agostiniani y C. De Simone, la lengua de la Estela constituye una variante del etrusco arcaico. El segundo de los autores citados, en diversos estudios monográficos (1995-2000), argumenta que el alfabeto de Lemnos fue introducido desde Etruria, siendo el lemnio, por lo tanto, una variante etrusca en sentido propio.

Debe decirse, además, que para algunos estudiosos esta Estela es el argumento definitivo en favor de la emigración por mar de los etruscos desde el Asia Menor a Italia. Sin embargo —y distanciándonos de la opinión de M. Lejeune—, este argumento se podría plantear a la inversa. Quizá a Lemnos pudo llegar a finales del siglo VIII o inicios del VII a.C. un alfabeto que los villanovianos, en trance de devenir etruscos, o los propios etruscos, acabarían de recibir de los colonos griegos de Pitecusa. Allí, tal alfabeto pudo haber evolucionado bajo influencias locales y sobre todo asiáticas durante dos siglos antes de aparecer en la Estela de Kaminia y en otras cuatro inscripciones fragmentarias sobre vasos, en un amplio horizonte arqueológico situable en los siglos VII y VI a.C. Ello, en opinión de M. Gras, justificaría la parentela de los dos alfabetos —el lemnio y el etrusco—, así como las diferencias existentes entre ambos, generadas en su evolución independiente.

Para el experto H. Rix, el lemnio no fue un «dialecto etrusco emigrado en tiempos históricos» desde Occidente a la isla, en razón precisamente de las diferencias de ambos alfabetos.

Muy interesantes son las precisiones de C. De Simone y G. Chiai, publicadas recientemente. Para tales estudiosos, la Estela de Lemnos no puede considerarse como tal, sino como una lastra, que iría puesta horizontalmente sobre una tumba, tesis basada en el poco grosor y escasa calidad material de la lastra —verticalmente se exponía a su rotura— y en la comodidad de la lectura de sus líneas (dos son continuas y bustrofédicas), si se observa colocada de modo horizontal.

Asimismo, el estudio de su interpuntuación (silábica y verbal a un tiempo) aboga por argumentar que fue grabada por dos lapicidas que provendrían de una escuela de la Etruria meridional. La única objeción que puede hacerse, reconocida por ambos especialistas, es que en el siglo VI a.C. no se conocía en la isla la inhumación, por lo cual es problemático que sirviese como lastra tumbal.

e) *Las láminas de Pyrgi*

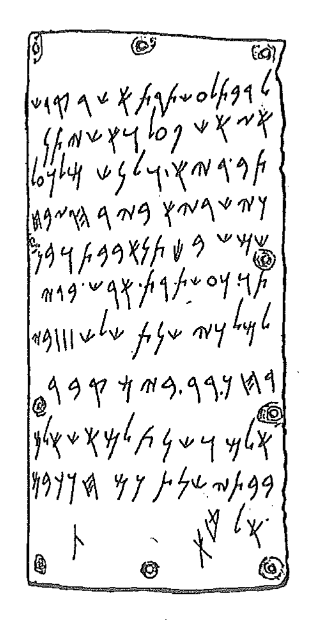
Mención aparte merecen las tres celebérrimas *láminas de Pyrgi* (TLE, 874-875), halladas, como ya se ha dicho, en el año 1964, en una pila de piedra situada en un foso del «área C» del complejo cultual de Pyrgi, y que hoy se atesoran en el Museo

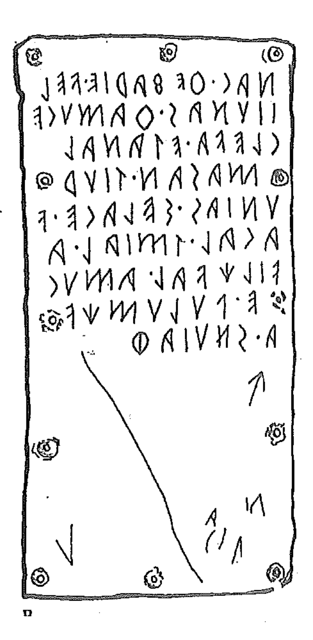
de Villa Giulia de Roma, inscritas sobre otras tantas láminas de oro y que se fijaron en la entrada de uno de los templos (el denominado «B») de tal lugar. La dimensión de dichas láminas es de 19 × 9 cm, (las dos mayores) y de 13 × 9 cm (la menor), y fueron descubiertas en buen estado de conservación.

Dos de ellas están redactadas en etrusco y la tercera en púnico. Como es natural, causaron una gran expectación nada más descubrirse por suponer los especialistas que encerrarían la clave para descifrar el etrusco.

La contribución más importante de tales láminas se ha evidenciado en el campo de la religión y de la historia, así como en el conocimiento de los números etruscos. Tales documentos han probado la presencia de los fenicios en Italia —más exactamente, de los púnicos— ya a finales del siglo VI a.C. y la excelente relación que mantuvieron con el rey de Caere, quien no tuvo inconveniente en que su texto de dedicación religiosa en lengua etrusca apareciera también recogido en lengua púnica.

Los textos en ellas escritos hacen referencia a un acontecimiento histórico de significado local. El contenido de la *lámina púnica* parece bastante claro: la dedicatoria, hecha con toda probabilidad en los meses de octubre o noviembre, de un lugar de culto —un edículo santo—, y quizá también de una estatua, a la diosa fenicia Astarté, aquí identificada con la etrusca *Uni,* por parte de Tiberio Velianas *(Thefarie Velianas),* tirano o «señor» de Kyshry (nombre fenicio de la ciudad de Caere o Cisra). Aquel personaje, en señal de gratitud por un favor recibido (¿rito del matrimonio sagrado de *Thefarie* tenido con su esposa o con una hieródula, en funciones ambos de Melqart y de Astarté?, ¿el haber alcanzado el trono de Caere con la ayuda de Cartago?), le dedicaría un lugar sagrado (edículo) en su tercer año de gobierno.





Láminas de Pyrgi. (Museo de Villa Giulia, Roma.)

La referencia al *día de la sepultura de la divinidad,* que aparece en el texto, ha sido interpretada por M. Torelli como una alusión a los funerales de Adonis, festividad que se celebraba en Pyrgi y en Gravisca, en donde —como se dijo con anterioridad— se han hallado restos de templos dedicados a tal dios.

Después de la ceremonia, se hincaría un clavo con cabeza en forma de disco o de estrella en las paredes del templo, bien por el rey, bien en su nombre. Este último rito sería una manera de indicar que la ceremonia debía ser renovada cada año en el aniversario de su primera celebración.

La lámina escrita en púnico

La lámina púnica es la más larga en cuanto a texto. Consta de 11 líneas, con cerca de 39 palabras, sin contar los prefijos y los sufijos. Su contenido textual, perfectamente comprensible, se articula en tres puntos: objeto de la dedicatoria; causa de la misma; y fórmula de conclusión. Sin tener en cuenta los matices dados por los especialistas (S. Moscati, J. G. Fevrier, J. A. Fitzmyer, F. Vattioni, A. Garbini, A. Dupont-Sommer, G. Levi della Vida, G. Pugliese Carratelli), su traducción podría ser:

> A la divina Astarté. Éste es el sagrado lugar que ha hecho y ha donado Thefarie Velianas (TBRY' WLNSH), rey sobre Cisra (KYSHRY'), en el mes de Zebah (SHMSH o *Sacrificio del Sol),* como ofrenda en el templo. Y le ha construido un edículo, porque Astarté ha favorecido a su devoto en el año tercero de su reinado, en el mes de KRR, en el día de la sepultura de la divinidad. ¡Ojalá que los años de la estatua de la divinidad en su templo sean tantos años cuantas estas estrellas!

Las láminas escritas en etrusco

Por su parte, las dos láminas escritas en etrusco contienen, respectivamente, 16 líneas y 36 o 37 palabras y 9 líneas y 15 palabras. La más larga de ellas describe además los ritos que tuvieron lugar como agradecimiento por el favor que la diosa había manifestado al rey de Caere. La más breve se refiere a otros procedimientos rituales que había establecido el rey para ser celebrados anualmente.

He aquí una propuesta interpretativa provisional de ambos textos etruscos, sobre los que todavía existen numerosos problemas de traducción, comprensión y exégesis histórica:

> *Inscripción larga:*
> Éste es el templo y éste es el lugar de la estatua (?) que él ha dedicado a Uni-Astarté, el señor del pueblo, Thefarie Velianas, *sal cluvenias* (?) lo entregó, este lugar (?); porque de una parte ella le favoreció en el tercer año (de su reinado), de este modo, *churvar tesiameitale* (?) y porque, por otra parte, él ha estado protegido, aquí está la estatua. Y puedan los años (¿de la estatua?) ser tantos cuantas las estrellas.
>
> *Inscripción breve:*
> (He aquí) lo que Thefarie Velianas estableció: la oferta del *cleva* [¿tipo de ofrenda o de víctima?] en el mes de *masan* [¿diciembre?] él ofrece; para la purificación anual del templo él hizo numerosos *snuiaph* (?).

f) *Otras láminas de Pyrgi*

Junto a estas láminas de oro, que han generado abundante literatura (M. Pallottino, J. Heurgon, K. Olzscha, O. Szemerenyi, G. Pugliese-Carratelli, W. Fischer, G. Devoto, J. Ferron, M. Cristofani), aparecieron también dos fragmentos —y otros minúsculos pedazos con letras aisladas— correspondientes a otra lámina de bronce de comienzos del siglo v a.C. (TLE, 873), cuya precariedad textual ha impedido aclarar su significado. El nombre de *Tina,* sin embargo, aparece muy explícito en un par de ocasiones, así como el de *Uni.* También se lee un nombre de persona *(¿Spuriazes?),* que quizá fuese el dedicante.

Gracias a una minuciosa y magistral reconstrucción de M. Pallottino se sabe que su temática alude a un texto ritual, con la mención de ceremonias o de dedicatorias en honor de la precitada diosa *Uni.* Quizá su contenido pudo referirse a un prodigio relacionado con el famoso castigo que azotó a Caere a causa de la lapidación de los prisioneros focenses en la playa de Pyrgi después de la batalla de Alalia.

Una segunda lámina, también de bronce (TLE, 876), fechable en la primera mitad del siglo v a.C., fue descubierta frente a la fachada del templo «A». Su contenido no es ritual, sino de carácter votivo a una estatua de la diosa *Thesan* (la Aurora). Son reconocibles en ella los nombres de *Tina* y de *Uni.* La lámina fue dedicada, con toda probabilidad, por una mujer llamada *Thanachvilus Catharnaial* (Tanaquil Cazarnia).

g) *Los cipos etruscos de Túnez*

Entre 1907 y 1915 fueron hallados tres cipos —hubieron de existir algunos más— en distintos puntos del valle del *wadi* Miliane, en Túnez.

Los mismos delimitaban la distancia que regulaba la fundación de la colonia llamada *Dardania (Dardanivm* en los originales), un territorio concedido a colonos de origen etrusco, que hubieron de emigrar, en el año 82 a.C., desde Volterra —o desde Chiusi, según J. Heurgon— a tierras africanas, huyendo de las represalias del dictador romano Sila.

Tales cipos (ET, Af. 8.1.8) nos dan a conocer el nombre de *Marce Vnata Zutas,* el responsable de la indicada colonia, que había sido consagrada a *Tins* (Júpiter).

Los tres ejemplares presentan una corta inscripción, siempre igual: *m[arce] vnata zvtas tul[ar] dardanivm tins* (más el signo indicativo de 1.000 pasos). Dos de los cipos tienen el texto en ambas caras, el tercero tan sólo en una. La letra «d» (de *dardanivm),* no conocida por los etruscos, está transcrita con un signo cruzado y acentuado en lo alto con un pequeño arco. Tal característica constituye un hecho gráfico único, según señaló F.-H. Massa-Pairault. Los cipos se fechan hacia el 80 a.C., aunque M. Sordi prefiere la fecha del 103 a.C., momento aprovechado por los veteranos de Mario —el rival de Sila— para recibir tierras, como recompensa, en virtud de la *lex Saturnia.*

Muy sugerente es la interpretación que les da O. Carrubia, quien no acepta la sigla *m* como elemento de abreviatura onomástica, sino que la conecta con *vnata,* traduciendo el giro *munata* como «este lugar», al tiempo que conecta *dardanivm* con el dios *Tins.*

La mención de Dardania evoca, sin duda, la estirpe mítica de Dárdano, hijo de Zeus, en cuyo seno nacerían Anquises y Eneas, éste tan vinculado a la primitiva historia romana.

h) *La inscripción musivaria de Musarna*

Como elemento anecdótico debemos recoger aquí la única inscripción que hasta hoy —según sepamos— ha aparecido en lengua etrusca sobre un mosaico (ET, AT, 6.1.2). Se trata de dos nombres propios que se han hallado inscritos en la base de un edificio de unos 1.500 m^2 de superficie en la localidad de Macchia del Conte *(civitas* Musarna), a pocos kilómetros de Viterbo.

Tal enclave, fundado en la segunda mitad del siglo III a.C., por Tarquinia, ha facilitado a partir de 1983, fecha del inicio de su excavación, diferentes restos arqueológicos (entre ellos, un tesorillo con casi un millar de denarios de plata romanos).

El indicado edificio de Musarna, que sirvió al parecer de gran almacén, tenía delimitada su fachada por dos templos. Uno, dedicado a Heracles, y que en 1992 deparó una estatua marmórea de tal dios, y otro, que muy pronto fue reconvertido en unos baños de tipo helenístico.

Los dos magistrados que sufragaron tales obras dejaron en ella sus nombres: *Vel Alethnas* y *Vel Hulchnies,* ya conocidos por otros textos. Ambos onomásticos aparecen en el mosaico del suelo, enmarcando un rectángulo decorado con meandros en cuyo interior se desarrolla una gran roseta central. Es muy posible que los dos nombres obedezcan a una fórmula de datación, indicando la pareja de *zilath* tarquinienses durante cuyo año de gobierno se reconvertiría el precitado edificio en unas termas.

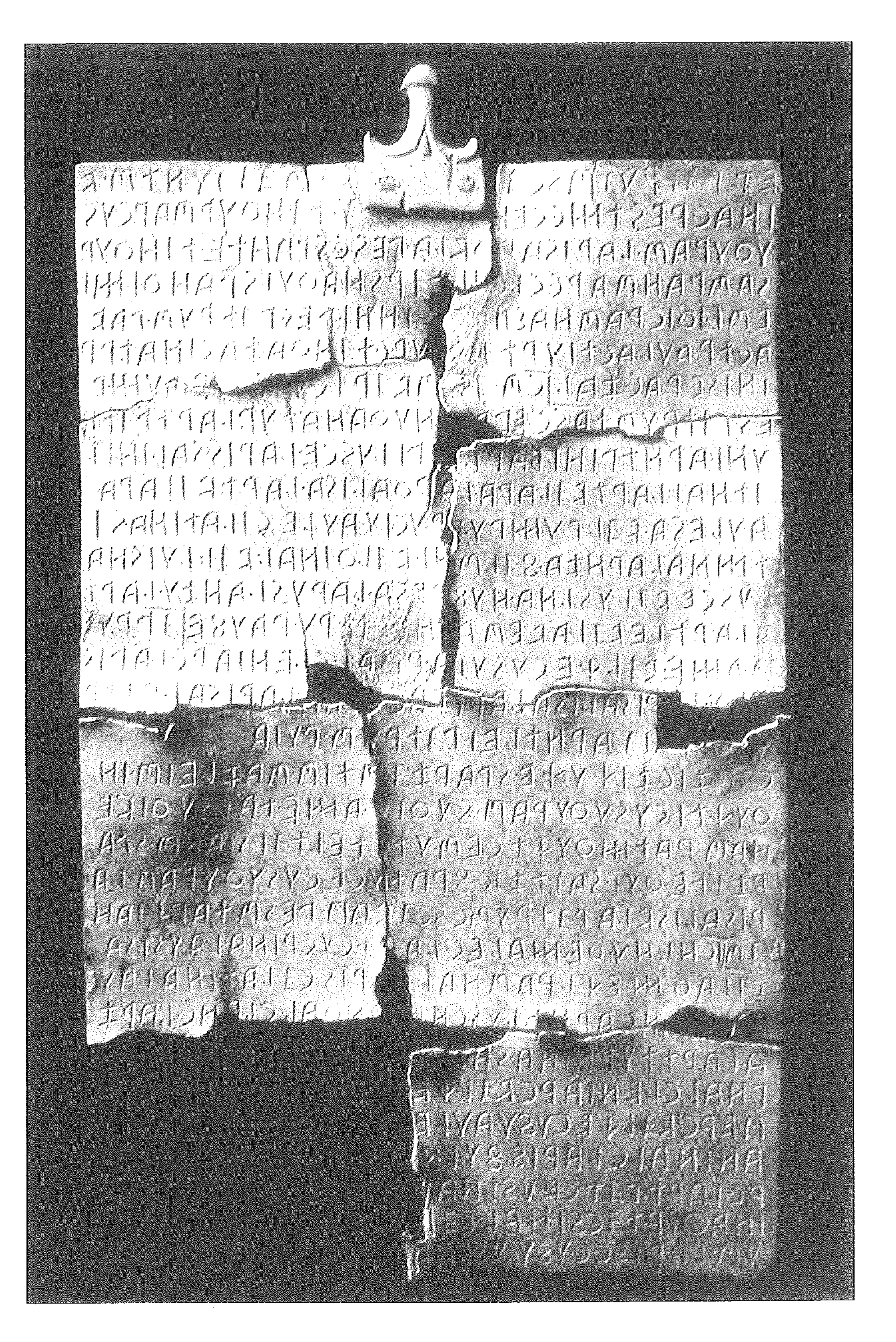
i) *La «Tabula Cortonensis»*

Una lámina de bronce (45,80 × 28,50 cm), descubierta en 1992 en algún lugar cercano a Cortona y en extrañas circunstancias (su descubridor llegaría a ser procesado y absuelto), y dada a conocer en Florencia a finales de junio de 1999, ha venido a engrosar el número de epígrafes etruscos conocidos. Lamentablemente, la misma no ha permitido en absoluto avanzar en el desciframiento de dicha lengua. Aunque no es la inscripción etrusca más larga (la sobrepasan el *Liber linteus* y la *Tegula de Capua),* sí que constituye el documento de mayor relieve hasta el presente, tanto lingüístico como histórico, de la epigrafía etrusca.

Al parecer, la lámina sería una copia de archivo (en total se confeccionarían cuatro ejemplares), fechable por su tipo de alfabeto (reformado del área septentrional) a finales del siglo III a.C. o a principios del II. Presenta, como novedad, el uso de una nueva letra (la «e» retrógrada), y contiene 206 palabras —de las que unas 27 hasta ahora eran totalmente desconocidas— grabadas por ambas caras, en 40 líneas (32 en el anverso y 8 en el reverso). Dada la diferencia de grafía que puede observarse, se ha supuesto que en el proceso de su grabación intervendrían dos escribas diferentes.

Por desgracia, la pieza ha llegado fragmentada en ocho partes, una de ellas perdida, ignorándose si ya se destruyó en la Antigüedad o bien durante las circunstancias de su hallazgo por razones especulativas.

La pérdida del octavo fragmento y algunas incrustaciones dejadas por la pátina del tiempo impiden efectuar la lectura completa del texto, que ha permitido conocer 41 gentilicios directos y 18 indirectos, además de varias palabras etruscas hasta ahora ignoradas.



«Cara A» de la *Tabula Cortonensis.*

Tan importante documento ha sido editado y estudiado por C. De Simone (ASN, Pisa, en su número fechado en 1998), L. Agostiniani y F. Nicosia (Roma, 2000) y V. Scarano Usanni y M. Torelli (Nápoles, 2003). La extraordinaria importancia de la indicada *Tabula* propició la reunión de un *incontro di studio,* celebrado en Roma el 22 de junio de 2001, en el que se analizó la misma en sus diversas variantes lingüísticas e histórico-arqueológicas y cuyas conclusiones se publicaron al año siguiente.

Dada la complejidad de tal documento, las soluciones hasta ahora propuestas sobre su contenido pueden agruparse en torno a dos «centros hermenéuticos» totalmente dispares. Uno (que podemos llamar «solución jurídica») que defiende la hipótesis de que el contenido alude a un contrato relativo a la cesión de tierras, a modo de una *in iure cessio,* y otro («solución cultual») que se decanta por ver una ceremonia fúnebre familiar, realizada según un adecuado rito, esto es, una especie de *parentatio* o culto familiar en honor de los antepasados.

Entre los seguidores de la primera solución se hallan, entre otros, L. Agostiniani, H. Rix, A. Maggiani, G. M. Facchetti, V. Scarano Usanni, F.-H. Massa-Pairault y M. Torelli. Defensor de la segunda solución (la *parentatio)* es C. De Simone, quien en su monografía *La Tabula Cortonensis: Tra Linguistica e Storia,* enfocada bajo planteamientos filológicos, ensaya un intento de traducción. Dicho autor en una crítica recensión del libro conjunto de Scarano Usanni y Torelli se decanta por respetar los fundamentos filológicos etruscos —tan endebles todavía—, sin extrapolarlos, advirtiendo de la ligereza de interpretar leyes etruscas bajo plantemientos jurídicos romanos. Fundadas reservas y cautelas de orden histórico-jurídico relativas a la interpretación exclusivamente jurídica de la *Tabula* son también mantenidas por el especialista L. Capogrossi Colognesi.

El contenido de la *Tabula Cortonensis,* en opinión de G. M. Facchetti *(Frammenti di diritto privato etrusco,* publicado en el 2000), encierra un contrato o negocio jurídico, alusivo a diferentes bienes que se enumeran en la misma (terrenos plantados de viña y prados en el área del lago Trasimeno), dividido, como mínimo, en siete secciones o cláusulas, signado por dos familias, pertenecientes a las *gentes Scevas* y *Cusu,* de Cortona. Dicho negocio tuvo lugar ante dos magistrados *(zilath),* llamados *Larth Cusu* y *Laris Salini,* y numerosos testigos (cláusula III) y controladores (cláusula VII), entre éstos, *Lart Cucrina Lausisa,* que era *zilath mechl rasnal* (título entonces sólo de carácter religioso u honorífico).

Por su parte, la opinión de C. De Simone es totalmente distinta a la de G. M. Facchetti en cuanto a su interpretación. Para De Simone, la *Tabula Cortonensis* presenta como novedad, y por primera vez, un documento oficial de notable longitud relativo a la deliberación de una hermandad o cofradía etrusca —cortonesa—, que había tomado el nombre del gentilicio *Cusu,* perteneciente a una rica familia de la propia Cortona.

La *Tabula* registra, en opinión de este estudioso, una ceremonia fúnebre familiar, decretada por la precitada hermandad cortonesa, consistente en diferentes ritos y actos litúrgicos con la presencia de estatuas y máscaras de personas difuntas, ceremonia realizada según un rito concreto en honor de los antepasados de los *Cusu,* descendientes de *Laris.*

Asimismo, se recoge una ofrenda, probablemente de carne o de cereales, ofrecida al pueblo cortonense por parte de *Petru Sceva,* arúspice y astrólogo, en un recinto sagrado. Este contenido textual se grabó quizá en varias versiones (originales y de archivo) para testimonio de lo acordado. La redacción fue debida al escriba o *eliun* lla-

mado *Etru Sceva* (tal vez hermano de *Petru),* a quien se la encargaría la asamblea de los *Cusu,* siendo supervisores cuatro personas, durante el *zilacato* de *Lart Cusu* y de *Laris Salini.* En el documento aparecen además otros 13 nombres de personas, miembros de la hermandad, seguidos de otros 4, que actuarían como garantes del acto registrado. Asimismo, se enumeran otros 15 nombres de personas participantes en los sacrificios y en las invocaciones de la ceremonia.

Estas interpretaciones tan opuestas evidencian lo precario del conocimiento filológico de la lengua etrusca. En cualquier caso, es de esperar que futuros estudios faciliten el contenido de tan importante *Tabula.*

La literatura etrusca

Por lo que se refiere a las letras, sabemos por las noticias de los escritores grecolatinos que los etruscos tuvieron una floreciente literatura popular, historiográfica, religiosa y científica, toda ella desaparecida, incluida su traducción y adaptación, según M. Pallottino, al igual que sus ciudades y su civilización. Un caso excepcional, sin embargo, es el fragmento de la denominada *Profecía de Vegoia,* recogida en la colección de los *Gromatici* latinos y del que ya dimos cuenta.

No se puede señalar, en consecuencia, hasta qué grado de desarrollo y calidad evolucionó tal literatura, ni cuáles fueron los géneros cultivados con exactitud, ni la originalidad o no de la misma. En cualquier caso, no hay dudas de que hubo de ser importante, si atendemos las palabras de Tito Livio (IX, 36), quien señaló que los niños de las mejores familias romanas acostumbraban, en el siglo IV a.C., a educarse aprendiendo las «letras etruscas», expresión que obviamente debe entenderse como «literatura».

El teatro y la poesía

Por otro lado, existen pruebas para afirmar que la pasión por el teatro —y por los espectáculos en general— fue innata en el pueblo etrusco. Varrón en su *De lingua latina* (V, 40) nos ha transmitido el nombre de un autor etrusco de tragedias, llamado *Volnius* (en etrusco, *Velna* o *Velina),* que compuso obras a finales del siglo II a.C., aunque nada sabemos de su vida y menos de sus escritos (¿argumentos etruscos?, ¿argumentos griegos en lengua etrusca?), que hubieron de estar influidos, sin duda, por las obras griegas.

El propio Tito Livio, en otro pasaje de su obra (VII, 2) alusivo a la organización de los juegos escénicos *(ludi scaenici)* en Roma, en el año 364 a.C., tendentes a obtener el favor de los dioses y vencer una epidemia de peste, señaló que los actores *(ludiones)* reclutados para las representaciones provenían de Etruria.

Si nos atenemos a objetos arqueológicos, muchos de ellos son susceptibles de una interpretación en clave teatral. Un clarificador ejemplo podría ser el *stámnos* metálico cinerario de Bisenzio, citado ya varias veces, en el cual aparecen figurillas itifálicas alrededor de un enigmático cuadrúpedo encadenado por el cuello, así como guerreros, desnudos pero armados, ejecutando una danza. Esta composición totémica puede aludir a un rito de fertilidad o de tipo sangriento en el cual los participantes bien podrían actuar como actores. Lo mismo puede decirse de un relieve funerario de Chiusi, del siglo V a.C., en el que se ve a una Ménade en actitud de danza, se-

guida de un Sátiro, de ritmo más vivo, papel interpretado, sin lugar a dudas, por un hombre a quien se le ha aplicado una cola de caballo y una adecuada máscara.

También podría interpretarse en clave teatral el juego del *Phersu,* cuyo personaje, cubierto con una máscara, se hallaría, quizá, actuando en tan trágico juego.

Sin embargo, la primera representación teatral etrusca, según G. Camporeale, podemos verla en un vaso, fragmentado, del siglo V a.C., de figuras negras, hoy en el Museo del Louvre. En él puede observarse a dos hombres travestidos de sátiros, uno portador de lira y en acto de danza. Sus vestidos —*chitón* corto y gorro puntiagudo— denotan, quizá, a actores locales.

Tampoco se debe olvidar que los actores profesionales romanos, que representaban sátiras y piezas cómicas, recibieron —según recuerda Tito Livio (VII, 2)— el nombre de *histriones,* palabra derivada de la etrusca *ister.* Los dos personajes de la pared del fondo de la *Tomba degli Auguri* de Tarquinia, figurados en el acto de cumplir el gesto de saludo y de lamento en dirección a la simbólica Puerta de los Infiernos, se hallan definidos en las inscripciones de la tumba como *apas tanasar* y *tanasar,* voces que, según G. Camporeale, deben entenderse como «histriones de ceremonia fúnebre». Si ello es así, podría afirmarse que determinados actores (¿de condición libre, libertos, siervos?) actuarían como tales en contextos funerarios, realizando gestos o mimos que no eran bien vistos si los hacían los familiares del difunto en atención a su rango social. Por otro lado, las palabras *scaena* («escena») y *persona* («máscara») no pudieron llegar al latín nada más que por el etrusco.

Asimismo, hay que indicar que muchísimas de las escenas figuradas en urnas y sarcófagos etruscos de su fase helenística, sobre todo de Volterra, dejando a un lado su simbolismo funerario, contienen temas griegos típicos de los ciclos troyano y tebano y que quizá pudieron haberse representado con actores, temas que luego también asumirían en sus argumentos las tragedias latinas arcaicas.

Un vaso de Vulci (hoy en el Cabinet des Médailles de París), que representa el adiós de Admeto y de Alceste, contiene una inscripción (TLE, 334) que comenta la escena figurada. La frase *eca ersce nac achrum phlerthrce,* que podemos traducir como «Ésta dice adiós y se ofrece a Aqueronte», podría constituir el coro de una tragedia de la que no sabemos nada. El famoso espejo de Volterra que representa a *Hercle* amamantado por *Uni,* y del que ya hemos hablado, también contiene una frase (TLE, 399) que parece la conclusión de una tragedia: *eca sren tva ichnac hercle unial clan thra sce.* Su traducción, todavía hipotética, así lo confirmaría: «Esta imagen muestra cómo Hércules, hijo de Uni, succionó leche».

Ambas inscripciones han sido evaluadas por F.-H. Massa-Pairault como los únicos posibles restos de textos literarios hasta hoy conocidos, susceptibles incluso de ser sometidos a ritmo y escansión.

Debemos señalar que conectado con el mundo teatral —si bien ya del siglo II a.C.— se halla el complejo arqueológico de Castelsecco (Arezzo), en el que han aparecido los basamentos de la *orchestra* y de algunas hileras de la *cavea* de un teatro estable, en piedra, asociado al santuario local, del que ya hicimos mención en su lugar oportuno.

También se cultivó la poesía lírica heroica, así como la poesía épica y aun la popular, de raigambre campesina, siendo reflejo de esta última los famosos *Cantos fesceninos (Saturae fescenninae)* de la ciudad falisca de Fescenio, enclave fuertemente etrusquizado, consistentes en improvisaciones satíricas. En Roma, a mitad del siglo II a.C., un cierto Anniano recogió y tradujo un buen número de dichos cantos, según se sabe por Aulo Gelio, autor romano del siglo II, que vertió tal noticia en sus *Noctes Atticae.*

Popularísimos fueron también los cantos báquicos *(carmen convivale),* que luego pasarían a Roma.

Literatura histórica

Los etruscólogos, en su mayoría, están convencidos de la existencia de una literatura histórica etrusca, habida cuenta de las citas que acerca de las *historiae tuscae* efectuaron historiadores griegos y latinos.

Ya Varrón aludió a las mismas al hacerse eco de la duración de los *saecula* y de los prodigios y señales que anunciaron el final de la civilización etrusca. También lo hizo el emperador Claudio, quien escribió, manejando a los *auctores Tusci,* según se dijo, una historia *(Tyrrheniká)* en 20 libros sobre aquel pueblo.

De los textos históricos específicamente etruscos, redactados en diferentes épocas y de modo especial en el siglo II a.C., no ha llegado nada, salvo un pequeño pasaje de *Aulus Caecina* alusivo a la conquista de la Etruria padana por parte de Tarcón, el héroe de Tarquinia.

En cualquier caso, todo el material historiográfico sería aprovechado por los diferentes escritores griegos y latinos que trataron temas etruscos. De lo escrito por Estrabón, Dionisio de Halicarnaso, Marco Verrio Flaco, Tito Livio y Plinio el Viejo —por citar unos cuantos— se deduce claramente la existencia de «historias etruscas». Lo mismo puede decirse de Servio, el comentarista de Virgilio.

A todo lo que dijeron los historiadores clásicos se le suma la arqueología, la cual ha permitido constatar la antigüedad de las tradiciones etruscas que, fijadas sin duda por escrito, hubieron de existir.

No se puede decir de qué tipo ni enfoque sería tal literatura histórica, pero se piensa que —excepción hecha de narraciones de tipo cosmogónico— se recogería a modo de «anales» y de *res gestae* para significar las historias locales o bien genealógicas y biográficas de las grandes familias aristocráticas, todo ello —al menos para las grandes narraciones— en un claro contexto religioso, muy unido a la *Etrusca disciplina.*

En efecto, tal *Disciplina* hubo de estar ligada a la Historia —como señaló acertadamente M. Sordi—, dado que era a un tiempo cosmogonía (Historia del mundo), profecía (adivinación de la historia futura de pueblos, ciudades y hombres) y, por supuesto, acción sobre la Historia (posibilidad de determinarla mediante plegarias y ritos expiatorios). De cualquier modo, la Historia fue concebida por los etruscos como una duración concreta *(saecula)* marcada por un final, duración acompasada, sin embargo, a la ciencia de la adivinación, capaz ésta de desentrañar las señales divinas y los portentos que marcaban el final de los *saecula.*

Prescindiendo de las indicaciones de carácter fabuloso (las *fabulae Etruscae* citadas por Plinio el Viejo), conectadas con las historias de fundación, o de las referencias a datos locales de las singulares ciudades —basadas en la *vetus fama Etruriae*— y de las luchas entre ellas o contra Roma, la historia sirvió también para detallar datos biográficos de grandes personajes (Mastarna, los hermanos Vibenna, Porsenna, por ejemplo) o para resumir en adecuados *elogia* actuaciones de importantes personajes, que se inscribieron en sarcófagos, tumbas y lastras de mármol honoríficas. Pensemos en el *elogium* de *Laris Pulenas,* inscrito en el *volumen* que exhibe entre sus manos, o en el de los tres miembros de la familia *Spurinna,* que, ordenados redactar probablemente

por *Vestricius Spurinna* en honor de tales antepasados suyos, se expusieron junto al Ara della Regina, el templo de Tarquinia, en el siglo I de nuestra era. Escritos en lengua latina, rememoraban acontecimientos de los siglos IV y III a.C., lo que demuestra la existencia de verdaderos archivos familiares entre determinadas familias etruscas, constatados, por otra parte, por Tito Livio (VIII, 40). Si el *elogium* del primer miembro está perdido, los *elogia* de los otros dos componentes —*Velthur Spurinna* y su hijo *Aule Spurinna*— han llegado a nuestros días, aunque incompletos. El *elogium* de *Velthur* (mármol de 46,50 × 43,60 cm, hoy en el Museo Nacional de Tarquinia) alude a su cargo de pretor, que desempeñó dos veces, y al hecho de ser «el primero de todos los etruscos en atravesar el mar con un ejército» (clara referencia a la ayuda que prestó a los atenienses en la campaña de Siracusa del 414-413 a.C.). El de *Aule* (mármol de 26,50 × 56 cm) recuerda que había depuesto a Orgolnio Velthurne, rey de Caere, además de haber controlado una sublevación de siervos en Arezzo, haber capturado a los latinos nueve ciudadelas del Lacio y haber mantenido contactos con los faliscos.

Textos más tardíos recuerdan *elogia* de otros personajes de estirpe etrusca, especialmente los relativos a Tarquinia. Podemos citar el existente en el llamado *Fragmento Borman 1869,* hoy perdido, pero conocido gracias a los estudios de M. Torelli. En el mismo se alude a un anónimo personaje que intervino en política y en enseñanzas religiosas —*Etrusca disciplina*— durante más de 30 años.

No faltan epígrafes de personajes que, en diversos períodos de la historia romana, desempeñaron el honorífico cargo de *praetor Etruriae XV populorum,* o de aquellos que formaron parte del *Ordo haruspicum LX,* testimonio inequívoco del arraigo de las tradiciones etruscas.

En cualquier caso, la visión histórica de los etruscos siempre estuvo sometida a un determinismo divino, si se ha de hacer caso al tope de los famosos diez *saecula* en que habían calculado el tiempo de su duración como pueblo y nación.

Literatura técnica y científica

Debemos suponer que los alcances técnicos logrados en obras de ingeniería, agrimensura, náutica y metalurgia los habrían fijado por escrito total o parcialmente, pero nada de ellos ha llegado. Otro tanto debe decirse de sus decretos, leyes y jurisprudencia, cuyo pálido reflejo puede verse en el ya comentado *cipo de Perugia.* Tampoco nos han llegado los tratados de agricultura que sin duda llegaron a escribir. Lo único conservado, alusivo a esta materia, son algunos fragmentos de una variopinta obra del agrónomo de origen etrusco *Saserna,* que vivió a finales del siglo II a.C., fragmentos citados por Varrón, Columela y Plinio el Viejo. Si bien han llegado párrafos de un *Ostentarium arborarium,* obra del arúspice Tarquicio Prisco, en donde se recoge una pequeña relación de árboles y plantas de carácter nefasto, a la que ya se aludió, nada se puede decir de tal obra.

Literatura mitológica

La dependencia mitológica de Etruria respecto a Grecia es una realidad muy evidente, según prueban la onomástica y las imágenes de los héroes y dioses helénicos figurados en infinidad de espejos de bronce, sarcófagos, pinturas y otros objetos me-

nores del arte etrusco, según han subrayado, entre otros, R. Hampe, I. Krauskopf, E. Simon y G. Camporeale.

Uno de los casos más significativos puede ejemplarizarse en el magnífico espejo de bronce (18 cm de diámetro), del siglo IV a.C., hallado en Preneste y hoy atesorado en el British Museum, en cuyo reverso se recoge la escena del nacimiento de *Menrva,* que, en forma de Palas Atenea alada, surge de la cabeza de *Tinia,* el principal dios de Etruria. A dicho nacimiento ayudan las damas aladas *Ethausva* y *Thanr* en calidad de comadronas. Tal temática, que nuevamente aparece en otros espejos, responde a la leyenda griega sobre el nacimiento de la diosa de la sabiduría, que los etruscos hubieron de conocer a la perfección.

Muchos de los nombres mitológicos griegos fueron escritos bajo formas etruscas, siempre reconocibles. Entre ellos, y para no alargarnos, baste citar los de *Achle* (Aquiles), *Aplu* (Apolo), *Athrpa* (Atropos), *Atunis* (Adonis), *Cacu* (Cacu), *Casntra* (Casandra), *Cluthumustha* (Clitemestra), *Chalchas* (Calcante), *Charu(n)* (Caronte), *Elina* (Elena), *Epiur* (Euforion), *Euturpa* (Euterpe), *Hercle* (Hércules), *Thevrumines* (Minotauro), *Menle* (Menelao), *Menrva* (Minerva), *Patrucle* (Patroclo), *Turms* (Mercurio), *Urphe* (Orfeo), *Urusthe* (Orestes) y *Utusthe* (Odiseo, Ulises).

Sin embargo, todavía se ignora si los etruscos llegaron a comprender los mitos griegos o bien si por desconocimiento los banalizaron (G. Camporeale), dada la aculturación que hubieron de sufrir en esta temática. Asimismo, tampoco sabemos cuántos mitos de creación etrusca se esconden bajo las escenas de tipología genuinamente griega en su tratamiento, que aparecen en el arte etrusco, mitos que hubieron de contar con el soporte de una literatura específica, hoy también desaparecida, pero cuyo rastro puede seguirse en un buen número de héroes, cuyos nombres no se corresponden de modo exacto con los de la mitología griega.

Entre estos héroes podemos citar unos cuantos: *Achvizr,* figurado unas veces como personaje masculino y otras femenino, componente de la corte de *Turan;* los sátiros *Aulunthe, Chelpun, Sime* y *Puanea; Chaluchasu,* identificado por algunos con el mítico Talos; *Clesclan,* el hijo de la diosa Sol; el joven o la joven *Leinth;* la novia *Malavisch,* muy representada en los espejos y que fue sujeto de un mito relacionado con una boda; *Munthuch,* enigmática figura representada en escenas mitológicas de aseo personal; *Nathum,* tal vez versión etrusca de una de las Furias griegas: *Phulphusna;* el jovencito *Pulthisph; Thalna,* mujer presente en escenas de parto; *Tuchulcha,* el demonio de la muerte; *Usil,* el dios Sol; y *Zipna,* figura femenina del círculo de *Turan.*

Personalidad propia —con leyendas singulares etruscas— tuvieron *Tages,* el niño profético salido de un surco de la tierra; la ninfa *Vegoia* o *Bogoe,* autora de textos religiosos, y *Tarchun* (Tarconte), el legendario fundador de Tarquinia, imaginado en un espejo como arúspice.

A todos estos personajes citados, que no agotan ni muchísimo menos la mitología etrusca, pueden añadirse otras figuras menores, representadas sólo una o dos veces en los espejos y de las cuales prácticamente no se sabe nada: *Arle, Chais, Rathlth, Ucernei* y *Zinthrepus.*

Literatura religiosa

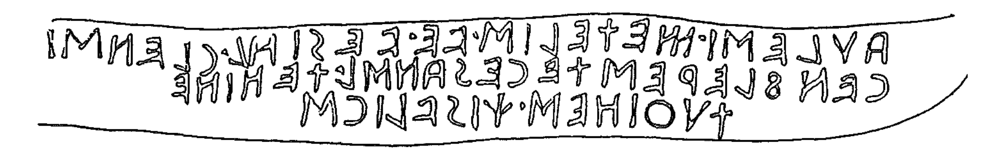
Mucho más importantes fueron los textos religiosos que podemos considerar «mayores» y que, como dijimos en el apartado de la *Etrusca disciplina,* les fueron revelados a los etruscos por el divino niño *Tages* y por la ninfa *Vegoia* o *Begoe,* antes ci-

tados, y que, transmitidos primero de generación en generación por vía oral, serían fijados finalmente por escrito, y en lengua latina, en el siglo I a.C.

El conjunto de todos aquellos libros sagrados, que no pueden ser considerados textos literarios propiamente dichos, constituyó, como sabemos, la *Etrusca disciplina*, dividida en tres grupos o series de textos: los *Libri haruspicini* (atribuidos a *Tages*), que enseñaban las reglas para el examen de las entrañas de los animales sacrificados, en especial el hígado; los *Libri fulgurales* (atribuidos a *Vegoia*), relativos a la interpretación, rechazo e invocación de rayos y relámpagos; y los *Libri rituales*, conjunto de variado contenido, que ya conocemos.

No se sabe si algunos de ellos —en todo o en parte— estuvieron estructurados en versos, como parece deducirse de la cita del poeta latino Lucrecio (*De Rerum Natura*, VI, 381), quien, manejando algunos preceptos relativos a la voluntad de los dioses a través de los rayos, citó expresamente los *Tyrrhena carmina*.

En el siglo I a.C., personas de origen etrusco, como el volterrano y amigo de Cicerón *Aulus Caecina*, educado en Roma, además de Tarquicio Prisco, Nigidio Fígulo o Julio Aquila divulgaron y publicaron en latín el contenido de tales libros, proporcionando así, a modo de una gran *vulgata*, una amplia base de información científico-religiosa, recogida y utilizada en algunas obras de Varrón, Cicerón, Censorino, Plinio el Viejo, Séneca, Macrobio, Marciano Capella, Servio, Festo y otros muchos autores.



Inscripción de la estatua *dell'Arringatore*.

Cronología de la historia y de la tradición legendaria de los etruscos

(Todas las fechas son anteriores a Jesucristo.)

I. Los orígenes

1800 Cultura apenínica en Italia.

1440-1300 Primeros contactos entre los micénicos y las poblaciones del centro-sur de Italia, Sicilia y Cerdeña.

1300-1200 Civilización protovillanoviana.

Migración de un grupo de pelasgos por el «golfo jónico» (actual mar Adriático).

Migración legendaria de los lidios hacia las costas de Italia dirigidos por el príncipe Tirreno *(Tyrrhenos).*

Establecimiento de los lidios en las costas itálicas, entre el Tíber y el Arno («en la tierra de los umbros», según Heródoto).

Posible sinecismo étnico y cultural en la península itálica.

Pisaeus, hijo de Tirreno, inventa los espolones navales *(rostra).*

Caída de Troya y emigración legendaria de Eneas al Lacio. Muchas ciudades etruscas le ayudan.

1184 La tradición etrusca quiso hacer del mítico Eneas *(Lare Aineia)* el fundador de varias ciudades etruscas (entre ellas, Veyes).

Mezenzio *(Mezentius),* rey de Caere, lucha contra algunas ciudades latinas a las que impone pesados tributos (que debían pagar en vino). Moriría, según la tradición, a manos de Eneas.

El hijo de Mezenzio, llamado Lauso *(Lausus)* y que fue un famoso cazador de fieras, también murió a manos de Eneas.

Asentamientos humanos en el valle del Fiora, en los montes de la Tolfa y de Cetona.

El poeta griego Hesíodo consideró a los míticos príncipes etruscos Agrio *(Agrius),* Latino *(Latinus)* y Telégono *(Telegonos)* descendientes de la maga Circe y de Ulises.

Tibris *(Thybris),* rey de Veyes. De tal rey habría tomado el nombre el río Tíber *(Tiberis),* llamado hasta entonces Albula («río de los montes»).

1000-900 Desarrollo de asentamientos preurbanos.

969-968 Inicio del *I saeculum* etrusco.

900-800 Comienzo de la civilización villanoviana y formación del *éthnos* etrusco.

En fecha sin determinar del siglo IX a.C. se sitúa la fundación de Tarquinia, considerada la más antigua ciudad etrusca.

Posible constitución de la Confederación de las doce ciudades o pueblos *(Duodecim Etruriae Populi).*

800 Apogeo de la civilización villanoviana.
Conclusión del proceso formativo del pueblo etrusco.
Fecha tradicional de la fundación de Capua.
El rey de Veyes, Vipe, ayudará, sin éxito, a Numitor contra su hermano Amulio, el usurpador del reino de Alba Longa.
Contactos entre centros tirrenos y centros de Cerdeña.
Inicio del *II saeculum* etrusco.

770 Establecimiento de los calcidios en Pitecusa (isla de Ischia).
Contactos entre poblaciones itálicas y mercaderes fenicio-púnicos.

753 Fecha tradicional de la fundación de Roma por el mítico Rómulo según el rito etrusco.
Creación de las tribus de los *Tities, Ramnes* y *Luceres.*

750 Fundación de la colonia de Cumas por los calcidios.
Establecimientos griegos en otros puntos costeros, itálicos y sicilianos.
Formación de las primeras comunidades con concienciación de civilización etrusca *(nomen etruscum).*
Los colonos griegos introducen el alfabeto que será tomado por los etruscos.
Llegada de manufacturas próximo-orientales y de ámbar de zonas marítimas.
Aparición de los primeros elementos materiales y culturales de significación etrusca.
Cartago domina el Mediterráneo occidental.

736 Incursiones de la flota etrusca en aguas de Sicilia para obstaculizar la colonización griega.

734 Fundación de Siracusa, colonia de Corinto.

729-690 Fundación de numerosas colonias griegas en la llamada Magna Grecia (Catania, Síbaris, Crotona, Taranto, Metaponto, Gela, Mesina, etc.).

707 Inicio del *III saeculum* etrusco.
Contactos entre itálicos, etruscos y colonos griegos.

706 Inicio de la expansión etrusca en el Lacio.
Encuentros armados entre Roma y Veyes por la posesión de las salinas de las bocas del Tíber.
Cerámica de importación greco-geométrica.

700-650 El rey de los etruscos Arimnesto *(Arimnestos)* es recordado por un exvoto (un trono) entregado en el santuario de Zeus en Olimpia.
Tarconte *(Tarchun)* de Tarquinia recibe de Tages la verdad revelada.
Tarqueto *(Tarchetius),* rey etrusco, en Alba Longa.
La leyenda hace de Tarratio *(Tarratius)* y de su mujer Acca Larentia los padres de los gemelos Rómulo y Remo.
Prosigue la expansión etrusca en el Lacio.
Civilización orientalizante en Italia.
Desarrollo de las ciudades etruscas y de las Tumbas principescas (Veyes, Caere, Tarquinia, Vulci, Vetulonia).
Primeras inscripciones etruscas.
Los etruscos controlan los mares itálicos.
Estilo orientalizante del arte etrusco.
Diferentes ciudades costeras etruscas exportan metales y productos elaborados por todo el ámbito mediterráneo.
Vulci exporta vino a Sicilia y a las costas sureñas de la Galia.

675 *Larthia,* princesa o reina de Caere, fue sepultada en la *Tomba Regolini-Galassi.*
Tomba Bocchoris de Tarquinia.
Vetusia, princesa etrusca en la ciudad latina de Preneste.

660 Constitución efectiva de la Confederación etrusca de doce ciudades o pueblos *(Duodecim Etruriae Populi).*
Llega a Caere el ceramista griego Aristonothos.

654 Los púnicos ocupan las islas Baleares.
650 Los etruscos dueños del Lacio.
Llegada a Italia del baquíada y rico mercader Demarato *(Demaratos)*, exiliado de Corinto. Fue acogido en Tarquinia junto a diferentes artistas y artesanos que le seguían.
El célebre pintor de origen griego Aristonothos emigra a Caere.
Difusión del *bucchero*.
Construcción palacial en Murlo.
630 Llegada a Vulci del *Pittore delle Rondini* desde Grecia oriental y del *Pittore della Sfinge Barbuta* desde Corinto.

II. Apogeo del poderío etrusco

616-578 Reinado en Roma de Lucumón, con el nombre de Lucio Tarquinio Prisco, descendiente de Demarato.
Actuación política y personal de la reina Tanaquil.
607 Inicio del *IV saeculum* etrusco.
Exportación de vino y de perfumes etruscos por el Mediterráneo.
606 Gobierno de *Avleste*, rey de Perugia y padre de Ocno *(Avcnos)*, el fundador de Felsina y Mantua.
605 Hechos de *Avle Feluske*, el «Vencedor», *condottiero* de Vetulonia, y de su compañero *Hirumina Phersenachs*.
600 Se inicia la expansión etrusca por Campania.
Fundación de la colonia de Massalia por parte de los focenses.
Fundación del emporio de Gravisca con su correspondiente templo.
Fundación del «Templo B» de Pyrgi, el puerto de Caere.
Residencias principescas en Murlo y Acquarossa en su fase antigua.
Primeras oleadas célticas en la Italia septentrional.
580 Aventuras militares de los hermanos etruscos Aulo y Celio Vibenna, de Vulci.
Encuentro naval entre la flota etrusca y la de rodios y cnidios en aguas de Lípari.
Influencia corintia en las diferentes artes figurativas etruscas.
Naufragio de una nave etrusca en las aguas de Cap d'Antibes (Francia).
Se echan los fundamentos del templo de Júpiter Capitolino, del primer nivel del Foro y del Foro Boario, así como del Circo Máximo en Roma, auspiciado todo por Tarquinio Prisco.
Trabaja en Roma el gran coroplasta veyense *Vulca*.
578 Revolución de los hermanos Vibenna de Vulci en Roma contra la monarquía de los Tarquinio *(Tomba François)*.
577-534 Con el apoyo de los hermanos Vibenna, el etrusco Mastarna *(Macstrna)* se convierte en rey de Roma con el nombre de Servio Tulio.
Construcción del muro serviano.
Ordenamiento centuriado de Roma, de acuerdo con las reformas de Servio Tulio.
565 Fundación de la colonia focense de Alalia en Córcega por iniciativa de Massalia.
550 Fundación de Marzabotto.
Alianza de etruscos y cartagineses contra los griegos.
Funcionamiento de las tres Dodecápolis etruscas (Etruria, Padania y Campania).
Se inicia el declive de Vetulonia.
545 Artistas jonios, tras la ocupación persa de Jonia, emigran a Etruria.
540 Vulci destaca por su industria del bronce.
Templo de Diana en Roma.
Batalla naval del mar Sardo entre etrusco-cartagineses y focenses en Alalia (Córcega).

	La ciudad conquistada por los etruscos en tal isla será llamada *Meane,* en honor de la diosa *Mean* (Victoria).
	Los etruscos ocupan Córcega y los cartagineses Cerdeña.
	Talasocracia etrusca.
535	*Velthur Tulumnes* y *Karcuna Tulumes,* reyes de Veyes.
	Apogeo del arte arcaico, de influencia jónica y ática.
	Prosiguen las pinturas funerarias de Tarquinia y los bronces de Vulci.
	Los famosos luchadores etruscos *Teitu* y *Latithe* son recordados en la *Tomba degli Auguri.*
	Fundación focense de Velia.
534-509	Reinado de Tarquinio el Soberbio, tercer rey etrusco, en Roma.
	Finalización del templo de Júpiter Capitolino.
	Leyenda de la *Biga de Veyes* y episodio del auriga *Ratumenna.*
525	Fundación de la Felsina etrusca por Ocno *(Avcnos),* hijo del mítico *Avleste* de Perugia.
524	Etruscos, umbros y daunios asedian, aunque sin resultado positivo, Cumas. La victoria correspondió al cumano Aristodemo.
	Asentamientos etruscos más allá del río Po (Mantova).
520	Lars Porsenna, *lucumón* de Chiusi y, tal vez, de Volsinii.
	Época de las grandes esculturas de la ciudad de Veyes.
	Pinturas funerarias de Tarquinia.
	Bronces de Vulci.
	Grandes sarcófagos de Caere, labrados en terracota.
	Batalla naval entre etruscos y liparenses.
510	Crotona y Siracusa obstaculizan el comercio marítimo etrusco, en particular el efectuado a través del estrecho de Mesina.
	Larth Ninie, condottiero de Fiésole; *Thucer Hermenas* en Rávena, y *Avle Tite* en Volterra.
	Florecimiento de la Capua etrusca.

III. Declive de los etruscos

509	Derrocamiento de Tarquinio el Soberbio, que debe exiliarse a Caere.
	Fin de la «monarquía etrusca» en Roma.
	Primer año de la República romana, proclamada por nobles etruscos de la *gens* de los Tarquinios.
	Dos etruscos, L. Junio Bruto y Tarquinio Colatino, son nombrados cónsules en Roma.
508	Primer tratado político comercial entre Roma y Cartago.
	Ofensiva de Lars Porsenna, *lucumón* de Clusium, contra Roma.
	Conjura en Roma para restaurar la monarquía de los Tarquinios. Fueron condenados componentes de las familias de los *Aquili* y *Vitelli,* así como dos hijos de L. Junio Bruto, Tito y Tiberio.
	Intentona de Tarquinio el Soberbio, con la ayuda de las ciudades de Veyes y Tarquinia, de reconquistar Roma.
507	Inicio del *V saeculum* etrusco.
	Lars Porsenna, *lucumón* de Clusium, conquista Roma.
506	Los etruscos T. Herminio y Espurio Larcio son nombrados cónsules.
504	Victoria de Aristodemo, tirano de Cumas, y de los latinos en Aricia (montes Albanos) sobre Arrunte *(Arruns),* hijo de *Porsenna.*
	Inicio de las invasiones celtas en Italia.
500	En Roma habitan numerosos etruscos, ocupando el llamado *Vicus Tuscus.*
	Thefarie Velianas, rey de Caere.

Comunidad cultural púnico-etrusca en Pyrgi.
Láminas de oro de Pyrgi.
Ataques etruscos contra las islas Lípari.
Fundación de *empória* etruscos en Aleria y Génova.
Gran actividad comercial en Adria y Spina.

499 Victoria de Roma sobre los latinos en el lago Regillo.

495 Muerte de Tarquinio el Soberbio en Cumas, en donde había sido acogido por Aristodemo.

494 Secesión de la plebe en el monte Sacro, en Roma.
Institución en Roma de los tribunos de la plebe.

493 Anaxilao, tirano de Rhegion, cierra con un muro el istmo de Scilleion para detener las incursiones tirrénicas en Calabria.

485-480 Los etruscos intentan ocupar las islas Lípari.

485-475 Primera guerra romano-veyense.

480 Victoria de los siracusanos sobre los cartagineses en Himera.
Construcción del «templo A» de Pyrgi.

477 Derrota de la *gens Fabia* de Roma en la batalla del Cremera a manos de los veyenses. Murieron 306 componentes de la citada *gens.*
Lucha de Roma contra los etruscos, sabinos, ecuos y volscos.

474 Victoria de los griegos de Siracusa sobre etruscos y cartagineses en la batalla naval de Cumas.
Hierón I entrega en Olimpia en acción de gracias diferentes despojos etruscos obtenidos en Cumas.
El poeta griego Píndaro celebra en su primera *Oda pítica* la victoria siracusana.
Los etruscos pierden parte del control del mar Tirreno.
Tumbas pintadas en Tarquinia.

454 Expedición siracusana contra las costas etruscas del Tirreno septentrional, dirigida por el almirante Failo, que es sobornado por los etruscos.

453 Ataques siracusanos contra las islas de Elba y Córcega dirigidos por el navarca Apeles.
Terracotas arquitectónicas de Orvieto y Falerii.
Fundición en bronce de las obras *Quimera* de Arezzo y *Loba capitolina.*
Crisis de las metrópolis costeras etruscas.
Populonia alcanza gran importancia debido a sus recursos mineros.

450 Comienza a circular moneda acuñada en Etruria.
Ampliación del santuario de Gravisca.

445 Larte Tolumnio *(Larth Tolumnes),* rey de Veyes.
Estatua sedente de la *Mater Matuta* de Chianciano.

438-426 Segunda guerra romano-veyense.
Muerte de C. Fulcinio, Clelio Tulo, Sp. Ancio y L. Roscio, embajadores romanos, por orden de Larte Tolumnio. Se argumentó como pretexto una jugada de dados.

437 Muerte de Larte Tolumnio, rey de Veyes, sobrevenida durante un combate ecuestre contra el tribuno militar romano A. Cornelio Coso.

436 Saqueo por parte de los romanos de los territorios de Veyes y de Falerii.

435 Roma, castigada por una epidemia, no puede hacer frente a los pillajes de Veyes, Fidenes y Falerii.

426 Roma ocupa y destruye la ciudad de Fidenes, cabeza de puente de Veyes sobre el Tíber.

425 Los romanos conceden una tregua de 20 años a los etruscos de Veyes.

423 Toma de Capua por los samnitas.
Fin del dominio etrusco en Campania.

421 Los samnitas se apoderan de Cumas.

414-411 Apoyo de los etruscos a la expedición ateniense (fallida) con naves y tropas contra Siracusa.
Velthur Spurinna, que mandó tales tropas, sería recordado como el primer *condottiero* etrusco en atravesar el mar con un contingente militar.
Incursiones de bandas celtas en Italia septentrional.
Concesión del *hospitium publicum* por parte de Roma a la ciudad de Caere.
406-396 Tercera guerra romano-veyense.
403 Ocupación y destrucción de Veyes, cuyo territorio es anexionado a Roma.
400 Invasiones de galos por el norte de Italia.
399 El pirata etrusco Postumio *(Pustminas)* es ajusticiado en Siracusa, tras haber sido capturado con sus doce naves por Timoleonte.
397 Incursiones de los tarquinienses en territorio romano.

IV. La conquista romana

396 Invasión del valle del Po por los galos.
Los galos se apoderan de Melpum (Milán).
Conquista de diferentes ciudades etruscas por los romanos guiados por el dictador M. Furio Camilo.
Captura de Veyes y destrucción del templo de *Uni.* La estatua de la diosa será venerada en Roma como *Iuno Regina.*
Los faliscos impulsan la prosperidad de Narce, Nepi, Vignanello, Nazzano y Corchiano.
Petición de paz por parte de los capetanos.
Batallas de Sutri y de Nepi en la Etruria meridional.
Derrota de los romanos junto al río Allia, afluente del Tíber, a manos de los galos.
Los jóvenes de la nobleza romana acuden a Etruria a recibir cultura.
394 Rendición de Falerii, en territorio falisco.
390 Fundación de Ancona, Adria e Issa en el Adriático por parte de los siracusanos.
388 Luchas de los romanos contra los tarquinienses, a quienes arrebatan Cortuosa y Contenebra.
387 Los galos senones, conducidos por el caudillo Brenno, asedian, saquean e incendian Roma.
Las Vestales, los sacerdotes y los objetos sagrados encuentran refugio en Caere.
386 Alianza de Roma y Caere.
Asalto etrusco sobre Sutri y Nepi.
384 Inicio del *VI saeculum* etrusco.
384-383 Ataque de Dionisio I el Viejo, tirano de Siracusa, contra la costa toscana, que es saqueada.
Ataque siracusano contra Caere y saqueo de su puerto, Pyrgi, así como del santuario federal consagrado a la diosa *Uni.*
Ocupación de las islas de Elba y Córcega por los siracusanos.
Fin del poderío marítimo etrusco sobre el mar Tirreno.
Velia Velcha de Tarquinia. *Tomba dell'Orco.*
Revuelta servil en Arezzo.
383 Conquista romana de Sutri *(Sutrium),* que pasó a ser colonia latina.
Fin de la Etruria padana.
373 Fundación de una colonia latina en Nepi.
367 Muerte de Dionisio I el Viejo, tirano de Siracusa.
Ascenso de su hijo Dionisio II.
Inicio de la anarquía en Siracusa y en la isla de Sicilia.

364 Juegos expiatorios con danzantes etruscos para aplacar a los dioses que habían castigado a Roma con el cólera.

358 Nuevas guerras romano-tarquinienses, bajo el consulado de C. Fabio Ambusto y C. Plautio Próculo.
Derrota del cónsul M. Fabio Ambusto y matanza de 307 prisioneros romanos en Tarquinia.

354 Alianza de Roma con los samnitas.
Preneste y Tívoli se alían con Roma.
Represalia romana contra Tarquinia. Tras una sangrienta batalla, son enviados a Roma y sacrificados en el Foro 358 nobles etruscos.

353 Victoria romana sobre Caere, antigua aliada de Roma, que fue admitida a continuación como *civitas sine suffragio.*

352 *Avle Spurinna* expulsa de su trono a *Orgolnio (Orgolnius), rex* de Caere.

351 Sometimiento definitivo de Caere a los romanos.
Firma de un tratado de paz (armisticio durante 40 años) entre Roma, Tarquinia y Falerii.
Marzabotto es ocupada por los galos.
Expediciones de los galos por la Italia central.

350 Los galos conquistan la Etruria padana.
Caída de Felsina en manos de los galos.
Tomba François de Vulci.
Tomba degli Scudi de Tarquinia.
Repoblamiento de la región de las «necrópolis rupestres».
Cista Ficorini (Preneste).

348 Segundo tratado entre Roma y Cartago.

346 Nueva invasión de los galos.

343-341 Primera guerra samnítica.

340-338 Guerra de Roma contra latinos, volscos y campanos.
Formación de un Liga romano-latina-campana.
Guerra de Roma contra Tarquinia, Arezzo y Perugia.
Piratería etrusca en Sicilia.

335 Capua, Cumas y otras ciudades de Campania se alían contra Roma.
Paz firmada entre romanos y galos.

326-304 Segunda guerra samnítica.

325 Protección por parte de Atenas del comercio griego en el mar Adriático, atacado por prófugos etruscos tras la ocupación gálica de la llanura padana.
Fundación de Musarna, cerca de Tuscania, por Tarquinia.

323 La leyenda sitúa en este año el envío de embajadores etruscos a Babilonia ante Alejandro Magno.

314 Ayuda etrusca con naves a Agatocles de Siracusa en contra de los cartagineses.

311 Alianza de ciudades etruscas con los samnitas en guerra contra Roma.
Ruptura de la tregua entre Tarquinia y Roma.
Batalla de *Sutrium* entre los etruscos y las legiones del cónsul Q. Emilio Barbula.
Insurrección de Tarquinia, Perugia, Arezzo y Cortona.

310 Conquista de la Etruria interior por parte de los romanos.
Las legiones romanas alcanzan el impenetrable bosque Cimino al mando de Q. Fabio Rulliano.

309 Toma de Arezzo, Cortona y Perugia por Roma.
Establecimiento de un presidio militar romano en Perugia.

308 Sumisión de Tarquinia, que obtiene un nuevo armisticio de 40 años.
La Etruria interior queda abierta a los romanos.

307 Ayuda etrusca a Agatocles de Siracusa ante el bloqueo por parte de los cartagineses.

306 Tercer tratado entre Roma y Cartago.

302 Sublevación servil en Arezzo contra la dinastía principesca etrusca de los *Cilnii,* de posición política filo-romana. Fue controlada por el *dictator* romano M. Valerio Máximo.
Revuelta servil en Volsinii.
Victoria romana sobre los etruscos de Ruselas.

299-290 La Tercera guerra samnítica contra Roma provoca la alianza de samnitas, sabinos, umbros, etruscos y galos.

298 Derrota de un ejército etrusco por parte de los romanos en las cercanías de Volterra.

296 Colocación del famoso bronce de la *Loba capitolina* en el Foro romano.

295 Derrota de los galos senones, umbros, samnitas y etruscos por los romanos en Sentino, cerca del actual Sasso Ferrato, al norte de Umbría.

294 Los romanos asaltan Volsinii y conquistan Ruselas (L. Postumio Megelo). Por su parte, Volsinii, Perugia y Arezzo se ven obligadas a pactar una tregua de 40 años con Roma.

293 Enfrentamiento de los romanos con los faliscos de Falerii.
Toma de la ciudad etrusca de Troilum (todavía desconocida) por el cónsul Sp. Carvilio Máximo.

289 Fundación de la colonia romana de Sena Gallica.

284 Ofensiva de etruscos y galos senones que asedian Arezzo y la conquistan.

283 Victoria de las tropas romanas, mandadas por el cónsul P. Cornelio Dolabella, en el lago Vadimón sobre los galos y otros pueblos coaligados, entre ellos, los etruscos.
Los etruscos se ven obligados a firmar la paz.

281 Sometimiento de Tarquinia y de sus coaligados por parte de Q. Marcio Filipo.

280-273 Conversión de los territorios de Vulci y de Caere en *ager publicus populi romani* y establecimiento de colonias romanas.

280 Saqueo de Volsinii y Vulci por Tiberio Coruncanio *(De Vulsiensibus et Vulcientibus).*
Tratado de alianza entre Roma y varias ciudades etruscas (Volsinii, Arezzo, Perugia, Vulci, Ruselas, Vetulonia, Populonia).
Los etruscos no aprovecharon la llegada de Pirro, rey del Epiro, que había venido para apoyar a la ciudad de Tarento contra Roma.

279 Cuarto tratado entre Roma y Cartago.

275 Romanos y cartagineses derrotan a Pirro, rey del Epiro, en Benevento.

273 Sublevación de Caere, que es sometida, tal vez militarmente, por el cónsul C. Genucio Crepsina.
Fundación de la colonia latina de Cosa, cerca de Orbetello, en el territorio de Vulci.

268 Fundación de la colonia romana de Ariminum (Rímini) para controlar el *ager Gallicus.*

265-264 Conflictos políticos y sociales en Volsinii. Roma interviene en favor de la facción aristocrática.
Conquista y destrucción de Volsinii, última ciudad independiente, por parte de M. Fulvio Flacco.
Deportación de los etruscos supervivientes de Volsinii a otro emplazamiento nuevo: *Volsinii Novi* (Bolsena).
Transporte a Roma, según la tradición, de 2.000 estatuas de bronce procedentes del saqueo del santuario de Voltumna. También el culto de tal dios pasa a Roma.
Colonias romanas en Castrum Novum, Alsium y Fregenae.
Inicio del *VII saeculum* etrusco.

264-241 Primera Guerra Púnica.
Producción de sarcófagos en la Etruria meridional.
Labra de urnas en el norte de Etruria.
Etruria se halla en calma.
264 Fundación de una colonia de derecho romano en Castrum Novum.
En Roma se efectúan juegos, con espectáculos de gladiadores en honor de los muertos, según la costumbre etrusca.
247 Fundación de la colonia marítima de derecho romano de Alsium, en el territorio de Caere.
245 Fundación de la colonia marítima de derecho romano de Fregenae, también en territorio de Caere.
241 Victoria de los romanos sobre la sublevada Falerii (Civita Castellana) y destrucción de la ciudad. Sus habitantes son deportados a la llanura, en Falerii Novi (S. Maria di Falleri).
Construcción de la Vía Aurelia por el censor M. Aurelio Cotta.
232 Construcción de la Vía Flaminia por el tribuno de la plebe y luego cónsul C. Flaminio.
225 Irrupción gálica en Etruria.
Victoria de los romanos sobre los galos en Telamón. Las tropas romanas las mandaban los cónsules C. Atilio Régulo y L. Emilio Papo, teniendo como aliados a los etruscos.
Construcción de la Vía Clodia.
222 Ocupación de la Galia Cisalpina por los romanos y toma de Milán.
218-201 Segunda Guerra Púnica.
Etruria es recorrida por Aníbal. Muchas ciudades etruscas lo ven como un libertador.
Los romanos conquistan la Galia Padana.
Terracotas de Arezzo.
Frontón en terracota de Telamón.
Se funde en bronce el llamado *Bruto del Campidoglio.*
218 Fundación de colonias latinas, entre ellas, Placentia y Cremona.
217 Victoria de Aníbal en el lago Trasimeno.
216 Derrota romana en Cannas ante Aníbal.
Aníbal ocupa la Campania.
210 Entrega de trigo etrusco, cumpliendo la petición de M. Ogulnio.
209 Desórdenes en Arezzo.
Voluntarios griegos y también, aunque las fuentes no lo dicen, etruscos, se unen a los cartagineses Aníbal, Asdrúbal y Magón.
Procesos por alta traición en Etruria.
205 Contribución (en realidad, tributo de guerra) de algunas ciudades etruscas (Caere, Populonia, Tarquinia, Volterra, Arezzo, Perugia, Chiusi y Ruselas) a la expedición de L. Cornelio Escipión contra el cartaginés Aníbal.
203 Aníbal abandona Italia para ir a defender Cartago.
El puerto de Populonia acoge a la flota romana, mandada por el cónsul Tiberio Claudio, sorprendida por una imprevista tormenta.
202 Batalla de Zama.
Cipo de Perugia.
Arnth Paipnas de Tarquinia.
196 Revuelta de esclavos en Etruria, reprimida duramente por el pretor Acilio Glabrión.

195 *Laris Pulenas* de Tarquinia, escritor de aruspicina.
Hígado de Piacenza.
191 Pyrgi se convierte en colonia romana.
189 Fundación de la colonia romana de Bononia en el emplazamiento de la antigua Felsina.
Práctica de misterios dionisíacos en la nueva Volsinii.
186 Escándalo de las Bacanales en Roma y *senatusconsultum* subsiguiente.
183 Fundación de las colonias romanas de Parma, Módena y Saturnia.
181 Fundación de la colonia romana de Gravisca.
180 Fundación de la colonia de derecho latino de Pisa.
177 Fundación de la colonia romana de Luni en territorio ligur por iniciativa de M. Emilio Lépido.
Fundación de la colonia latina de Lucca, al norte de Pisa.
157 Fecha probable de la fundación de la colonia romana de Heba.
154 Finalización de la construcción de la Vía Cassia.
149-146 Tercera Guerra Púnica.
146 Destrucción de Cartago por Escipión Emiliano.
Inicio del *VIII saeculum* etrusco.
135 Viaje de Tiberio Graco por Etruria.
133-121 Reformas agrarias de los hermanos Tiberio y Cayo Graco que no afectaron al territorio etrusco.
Decoración en terracota del frontón del templo de Telamón («templo B»), con escenas del mito de *Los Siete contra Tebas.*
130 El etrusco Marco Perperna elegido cónsul en Roma.
120-100 *Avle Meteli,* importante hombre político de Perugia, de quien ha llegado una famosa estatua *(l'Arringatore).*
Avle Lecv, arúspice de Volterra.
Velna, escritor de tragedias etruscas.
Los *Saserna,* padre e hijo, célebres escritores de agronomía y medicina.
Liber linteus de la Momia de Zagreb.
91 Comienzo de la Guerra Social.
Marcha de los etruscos contra Roma al no aceptar las leyes del tribuno de la plebe M. Livio Druso.
Presentación de la *lex Iulia* para la concesión de la ciudadanía romana a los itálicos.
90-89 Guerra Social.
Tarquenna, agrónomo y médico amigo de Varrón.
Postumio Aruspice posibilita a Sila la toma de Nola al interpretar a su favor un prodigio.
Fin de las culturas regionales de Italia.
El latín se afirma como lengua oficial en Italia.
Inicio del *IX saeculum* etrusco.
88-87 Enfrentamiento y luchas de Sila contra Mario. Numerosas ciudades etruscas, partidarias de Mario, participan en tal guerra civil.
87 Represión de Sila contra Fiésole, Arezzo y Volterra.
Fundación de colonias de veteranos silanos.
Los etruscos en virtud de la *Lex Iulia de civitate danda* obtienen la ciudadanía romana.
83-82 Fundación de la colonia romana de Capua.
Regreso de Sila.
Sila retira el derecho de sufragio a Arezzo y Volterra y confisca parte de sus territorios.
El etrusco *Avle Latini,* partidario de Sila, es puesto al frente de Chiusi y de su territorio.

Las ciudades etruscas, partidarias de Mario, sufren duras represalias por parte de Sila.
Incendio del templo de Júpiter Capitolino.
Nigidio Fígulo, iniciador del movimiento neopitagórico, traduce al latín el *Calendario brontoscópico.*

80 Un grupo de etruscos de Volterra huyen de las represalias de Sila. Dirigidos por Marce Unata Zutas, se establecen en el área de Cartago, colonia entonces llamada Dardania.

79 Capitulación de Volterra.

78 M. Perperna Veiento encabeza una revuelta en contra del expolio de tierras etruscas.

72-71 Guerra servil de Espartaco.

69-68 Gaio Cilnio Mecenas, de estirpe etrusca, destaca como político, protector de artistas y literato.

63 Represión romana sobre Fiésole por haberse adherido a la conjura de Catilina, personaje que había encontrado refugio y apoyo en Etruria.

60 Primer triunvirato (César, Pompeyo y Craso).

49-42 Concesión de la ciudadanía romana a las poblaciones de la Italia septentrional.

44 El arúspice etrusco *Spurinna* previene a César de los *idus* de marzo.
El vidente etrusco *Vulcantius* proclama el fin del siglo IX etrusco.
Inicio del *X saeculum* etrusco.

43 Segundo triunvirato (Octavio, Antonio y Lépido).

41 Durante la Segunda guerra civil, Perugia, ocupada por los partidarios de Marco Antonio, será conquistada por Octavio.

40 Destrucción de Perugia.

37 Mecenas pasa a ser consejero de Augusto.

31 Fin de la Segunda guerra civil y paz octaviana.
Los etruscos «se disuelven» en la nueva Italia romana.

29-19 Publio Virgilio Marón escribe la *Eneida.*

27 División de Italia en once regiones por parte de Augusto. Etruria fue incluida en la *Regio VII.*

10 Últimas inscripciones etruscas.

Bibliografía

Los estudios etruscológicos han generado una ingente bibliografía que puede seguirse en revistas periódicas especializadas (entre ellas, y sobre todo, *Studi Etruschi,* que ha publicado más de 60 volúmenes) y en las consiguientes *Actas* de los Congresos celebrados sobre tal temática.

Ante la imposibilidad de recoger aquí siquiera los trabajos monográficos más importantes, remitimos al lector a la mencionada revista, que enumera, a su vez, otras muchísimas, las cuales incluyen —aunque de modo esporádico— trabajos acerca de los restos arqueológicos etruscos y las antigüedades itálicas, que de modo impresionante se van descubriendo día a día.

Tampoco se han reseñado aquí las obras de carácter colectivo (VV.AA.) ni los Catálogos editados con motivo de las diferentes exposiciones etruscológicas.

Una cómoda consulta bibliográfica la facilita el magnífico volumen que se editó en Milán coincidiendo con la *Mostra* que sobre *Gli Etruschi e l'Europa* tuvo lugar en París (1992) y Berlín (1993). Muy útil por su carácter selectivo y puesta al día es el aparato bibliográfico recogido por D. Briquel en su obra *La civilisation étrusque,* publicada en París, en 1999.

Son de obligada consulta los dos últimos catálogos, ambos con amplia bibliografía, editados con motivo de las magníficas exposiciones, inauguradas a finales de 2000, habidas en el Palazzo Grassi de Venecia *(Gli Etruschi)* y en el Museo Civico Archeologico de Bolonia *(Principi etruschi tra Mediterraneo ed Europa).*

Sólo resta decir que la bibliografía aquí seleccionada se ha centrado exclusivamente en libros y monografías de autores modernos, habiendo omitido los estudios considerados como fuentes, por haber envejecido científicamente en su casi totalidad.

ADAM, A.-M., *Bronzes étrusques et italiques de la Bibliothèque Nationale,* París, 1984.
ADAM, R., *Recherches sur les miroirs prénestins,* París, 1980.
AGOSTINIANI, L., *Le «iscrizioni parlanti» dell'Italia antica,* Florencia, 1982.
AGOSTINIANI, L. y HJORDT-VETLESEN, O., *Lessico etrusco cronologico e topografico,* Florencia, 1988.
AGOSTINIANI, L. y NICOSIA, F., *Tabula Cortonensis,* Roma, 2000.
AIGNER-FORESTI, L., *Tesi, ipotesi e considerazioni sull'origine degli Etruschi,* Viena, 1974.
— *Die Integration der Etrusker und das Weiterwirken etruskischen Kulturgutes im republikanischen und kaiserzeitlichen Rom,* Viena, 1998.
ALFÖLDI, A., *Early Rome and the Latins,* Ann Arbor, 1965.
ALTHEIM, F., *Der Ursprung der Etrusker,* Baden-Baden, 1950.
ANDRÉ, J. M., *Mécène, essai de biographie spirituelle,* París, 1967.
ANDREN, A., *Marmora Etruriae,* Berlín, 1967.
ANTICO GALLINA, M. (ed.), *Popoli italici e culture regionali,* Milán, 1997.
ANZIDEI, A. P. *et al., Roma e il Lazio dall'età della pietra alla formazione della città,* Roma, 1985.
AUBET, M. E., *Los marfiles orientalizantes de Preneste,* Barcelona, 1971.
AZIZ, Ph., *Los etruscos,* Madrid, 1985.

BAGLIONE, M. P., *Il territorio de Bomarzo,* Roma, 1976.
BAGNASCO GIANNI, G., *Oggetti iscritti di epoca orientalizzante in Etruria,* Florencia, 1996.
— *L'Etrusco dalla A a la 8. L'acquisizione della escritura da parte degli Etruschi,* Milán, 2000.
BAGNASCO GIANNI, G. y CORDANO, F. (eds.), *Scritture mediterranee tra il IX e il VII secolo a.C.,* Milán, 1999.
BAKHOUCHE, B., *L'astrologie à Rome,* Lovaina-París, 2002.
BALLAND, A., *Céramique étrusco-campanienne à vernis noir,* París, 1969.
BANTI, L., *Il mondo degli Etruschi,* Roma, 1969, 2.ª ed.
BARBIERI, G. (ed.), *L'alimentazione nel mondo antico: gli etruschi,* Roma, 1987.
— *Viterbo e il suo territorio,* Roma, 1991.
BARGELLINI, P., *Die Kunst der Etrusker,* Hamburgo-Viena, 1960.
BARKER, G., *Ambiente e Società nella Preistoria dell'Italia centrale,* Roma, 1984.
BARKER, G. y RASMUSSEN, T., *The Etruscans,* Oxford, 1998.
BARTOCCINI, R., *Il tempio grande di Vulci,* Lovaina, 1963.
BARTOCCINI, R. *et al., Tarquinia. La Tomba delle Olimpiadi,* Milán, 1959.
BARTOLINI, G., *La cultura villanoviana all'inizio della storia etrusca,* Roma, 2002, 2.ª ed.
BARTOLINI, G., *La società dell'Italia primitiva,* Roma, 2003.
BARTOLINI, G. *et al., Veio,* vol. 1, Roma, 1979.
BARTOLINI, G. *et al., Etruschi, L'Arte,* Milán, 1981.
BARTOLINI, G. *et al., Le urne a capanna rinvenute in Italia,* Roma, 1987.
BATTAGLINI, S., *Le lamine di Pyrgi e le origini etrusche,* Roma, 1991.
BAYET, J., *Croyances et rites dans la Rome antique,* París, 1971.
BEAZLEY, J. D., *Attic Black-figured Vase Painters,* Oxford, 1956.
— *Etruscan Vase-Painting,* Nueva York, 1976.
BEDELLO, M., *Capua preromana. Terrecotte votive III. Testine e busti,* Florencia, 1975.
BENELLI, E., *Le iscrizioni bilingui etrusco-latine,* Florencia, 1994.
BENOTTI, M., *L'Arte medica degli Etruschi,* Orbetello, 1982.
BENTZ, M., *Etruskische Votivbronzen des Hellenismus,* Florencia, 1992.
BÉRARD, J., *La colonisation grecque de l'Italie du Sud et de la Sicile dans l'Antiquité: l'histoire et la légende,* París, 1957.
BERTI, F. y GUZZO, P. G. (eds.), *Spina. Storia di una città tra Greci ed Etruschi,* Ferrara, 1993.
BIANCHI BANDINELLI, R., *Arte etrusca e arte italica,* Roma, 1963.
— *L'arte etrusca,* Roma, 1982.
BIANCHI BANDINELLI, R. y GIULIANO, A., *Etruschi e Italici prima del dominio di Roma,* Milán, 1973.
BIANCHI BANDINELLI, R. y TORELLI, M., *L'arte dell'antichità classica. 2. Etruria. Roma,* Turín, 1976.
BIETTI SESTIERI, A. M. (ed.), *Preistoria e protostoria nel territorio di Roma,* Roma, 1984.
BISPHAM, E. y SMITH, C. (eds.), *Religion in Archaic and Republican Roma and Italy. Evidence and experience,* Edimburgo, 2000.
BIZARRI, M., *Orvieto etrusca, arte e storia,* Orvieto, 1967.
BLANCK, H. y PROIETTI, G., *La Tomba dei Relievi di Cerveteri,* Roma, 1986.
BLÁZQUEZ, J. M., *Imagen y Mito,* Madrid, 1977.
BLOCH, R., *Art et civilisation des Étrusques,* París, 1955.
— *Arte etrusco,* Barcelona, 1965.
— *Les origines de Rome,* París, 1967.
— *Les Étrusques,* Ginebra-París-Múnich, 1969.
— *Recherches archéologiques en territoire volsinien,* Roma, 1972.
— *Los etruscos (Archaeologia Mundi),* Barcelona, 1973.
— *Prodigi e divinazione nel mondo antico. Greci, Etruschi e Romani,* Roma, 1977.
— *La divination dans l'Antiquité,* París, 1984.
BLUMHOFER, M., *Etruskische Cippi: Untersuchungen am Beispiel von Cerveteri,* Colonia, 1993.
BOËTHIUS, A. (ed.), *Etruscan Culture, Land and People,* Nueva York, 1962.
— *Etruscan and Early Roman Architecture,* Harmondsworth, 1978.
BOËTHIUS, A. y WARD-PERKINS, J. B., *Etruscan and Roman Architecture,* Harmondsworth, 1970.

BOITANI, F. *et al.* (eds.), *Le città etrusche,* Verona, 1974. (Hay traducción inglesa de 1978.)
— *Strade degli etrusche: vie e mezzi di comunicazione nell'antica Etruria,* Roma, 1985.
BONAMICI, M., *I buccheri con figurazioni graffite,* Florencia, 1974.
— *et al., Orvieto. La necropoli di Cannicella,* Roma, 1993.
BONFANTE, L., *Etruscan Dress,* Londres-Baltimore, 1975.
— *Out of Etruria. Etruscan Influence North and South,* Oxford, 1981.
— *Etruscan Life and Afterlife: A Handbook of Etruscan Studies,* Detroit, 1986.
— *(Reading the Past). Etruscan,* Londres, 1990.
BONFANTE, L. y BONFANTE, G., *Lingua e cultura degli Etruschi,* Roma, 1985.
BONGHI JOVINO, M., *Capua preromana. Terrecotte votive,* 3 vols., Florencia, 1965-1974.
— *Depositi votivi d'Etruria,* Milán, 1976.
— (ed.), *Gli Etruschi di Tarquinia,* Módena, 1988.
— (dir.), *Artigiani e botteghe nell'Italia preromana. Studi sulla coroplastica di area etrusco-laziale-campana,* Roma, 1990.
— (ed.), *Produzione artigianale ed esportazione nel mondo antico. Il bucchero etrusco,* Milán, 1993.
BONGHI JOVINO, M. y CHIAROMONTE, C. (eds.), *Tarquinia. Ricerche, scavi e prospettive,* Milán-Roma, 1987.
BONGHI JOVINO, M. y CHIAROMONTE TRERÉ, C., *Tarquinia,* Roma, 1997.
BOOSEN, M., *Etruskische Meeresmischwesen: Untersuchungen zu Typologie und Bedeutung,* Roma, 1986.
BORDENACHE BATAGLIA, G. y EMILIOZZI, A., *Le ciste prenestrine,* 4 vols., Part. I, 1-2, Roma, 1990.
BOSIO, B. y PUGNETTI, A., *Gli Etruschi di Cerveteri,* Módena, 1988.
BOULOUMIÉ, B., *Les oenochoés en bronze du type «Schnabelkanne» en Italie,* Roma, 1973.
— *L'épave étrusque d'Antibes et le commerce en Méditerranée occidentale au VIe siècle avant J.-C.,* Marburgo, 1982.
BOUND, M., *The Giglio Wreck,* Atenas, 1991.
BRACCESI, L., *La Grecità adriatica,* Bolonia, 1977, 2.ª ed.
BRAUN, R., *L'empereur Julien. De l'histoire à la legende (331-1715),* París, 1988.
BRAVI, F., *Il sacro dei mediterranei. Reti ed Etruschi: genesi, evoluzione, sopravivenze,* Roma, 1994.
BRAVO, G., *Historia del Mundo Antiguo. Una introducción crítica,* Madrid, 1994.
BRENDEL, O. J., *Etruscan Art,* New Haven-Londres, 1995, 2.ª ed.
BREYER, G., *Etruskisches Sprachgut im Lateinischen unter Ausschluss des spezifisch onomastischen Bereiches,* Lovaina, 1993.
BRIGUET, M. F., *Le sarcophage des époux de Cerveteri du Musée du Louvre,* Florencia, 1989.
BRIQUEL, D., *Les Pélasges en Italie. Recherches sur l'histoire de la légende,* Roma, 1984.
— *L'origine lydienne des Étrusques. Histoire de la doctrine dans l'Antiquité,* Roma, 1991.
— *Les Tyrrhènes, peuple des tours, l'autochtonie des Étrusques chez Denys d'Halicarnase,* Roma, 1993.
— *Les Étrusques, peuple de la différence,* París, 1993. (Nueva edición aumentada: *La civilisation étrusque,* París, 1999.)
— *Le regard des autres. Les origines de Rome vues par ses enemis (début du IV siècle / début du Ier siècle av. J.-C.),* Besançon, 1997.
— *Chrétiens et haruspices. La réligion étrusque, dernier rempart du paganisme romain,* París, 1997.
BRIQUEL, D. y GAULTIER, F. (eds.), *Les Étrusques, les plus religieux des hommes,* París, 1997.
BROWN, A. C., *Ancient Italy before the Romans,* Oxford, 1980.
BROWN, W. L., *The Etruscan Lion,* Oxford, 1960.
BRUNI, S., *I lastroni a scala,* Roma, 1986.
— *Pisa etrusca. Anatomia di una città scomparsa,* Milán, 199[illegible].
BRUSCHETTI, P., *Il Lampadario di Cortona,* Cortona, 1979.
BRUSCHETTI, P. y ZAMARCHI GRASSI, P., *Cortona etrusca. Esempli di architettura funeraria,* Cortona, 1999.
BRUUN, P. *et al., Studies in the Romanization of Etruria,* Roma, 1975.
BUGLI, M. y GELATI, E., *Gli Etruschi e Cerveteri,* Milán, 1981.
BUONAMICI, G., *Fonti de storia etrusca tratte degli autori classici,* Florencia, 1939.
BURANELLI, F., *La necropoli villanoviana «Le Rose» di Tarquinia,* Roma, 1983.

— *L'urna Calabresi di Cerveteri,* Roma, 1985.
— (ed.), *La Tomba François di Vulci,* Roma, 1987.
BUZZI, G., *Guida alla civiltà etrusca,* Milán, 1984.
BUZZI, G. y GIULIANO, A., *Etruscos. Esplendor de una civilización,* Madrid, 1992.
CABRERO, J., *Vida y costumbres en la Antigüedad. Los etruscos,* Madrid 2006.
CAEROLS, J. J., *Los Libros Sibilinos en la historiografía latina,* Madrid, 1991.
CAFFARELLO, N., *Avviamento allo studio delle lingua etrusca,* Florencia, 1975.
CAMERINI, E., *Il bucchero etrusco,* Roma, 1977.
CAMOUS, T., *Le roi et le fleuve. Ancus Marcius Rex aux origines de la puissance romaine,* París, 2004.
CAMPOREALE, G., *La Tomba del Duce,* Florencia, 1967.
— *I commerci di Vetulonia in età orientalizzante,* Florencia, 1969.
— *Buccheri a clindretto di fabrica orvietana,* Florencia, 1972.
— *La caccia in Etruria,* Roma, 1984.
— (ed.), *L'Etruria mineraria,* Milán, 1985.
— (ed.), *L'abitato etrusco dell'Accesa. Il quartiere B,* Roma, 1997.
— (ed.), *Gli Etruschi fuori d'Etruria,* Venecia, 2001.
— *Gli Etruschi. Storia e civiltà,* Turín, 2002, 2.ª ed.
CAMPOREALE, G. y MOROLLI, G., *Gli Etruschi. Mille anni di civiltà,* 2 vols., Florencia, 1986.
CANCIANI, F. y VON HASE, F. W., *La Tomba Bernardini di Palestrina,* Roma, 1979.
CANTINI, P., *Costa degli Etruschi,* Florencia, 1997.
CAPECCHI, G. (ed.), *Alle origini di Firenze. Dalla preistoria alla città romana,* Florencia, 1996.
CAPOZZA, M., *Movimenti servili nel mondo romano in età republicana,* Roma, 1966.
CAPUIS, L., *I Veneti. Società e cultura de un popolo dell'Italia preromana,* Milán, 1993.
CAPUTO, G. y NICOSIA, F., *La Tomba della Montagnola,* Sesto Fiorentino, 1969.
CARANDINI, A. (ed.), *La romanizzazione dell'Etruria: il territorio di Vulci,* Milán, 1985.
— *La nascita di Roma,* Turin, 1997.
CARANDINI, A. y CAPELLI, R. (eds.), *Roma. Romolo, Remo e la fondazione della città,* Roma, 2000.
CARANDINI, A. y SETTIS, S., *Schiavi e padroni nell'Etruria romana,* Bari, 1979.
CARNABUCI, E. y PALOMBI, D., *Guida ai luoghi etruschi,* Novara, 1993.
CARRATELI, G. P. (ed.), *Rasenna. Storia e civiltà degli etruschi,* Milán, 1986.
CASCIANELLI, M., *La Tomba Giulimonde di Cerveteri,* Ciudad del Vaticano, 2003.
CATALDI, M., *I sarcofagi etruschi delle famiglie Camna, Partunu, e Pulena,* Roma, 1988.
— *Tarquinia. Museo Archeologico Nazionale,* Roma, 2001.
CATALDI, M. y RICCIARDI, L., *Tarquinia,* Roma, 1993.
CATALLI, F., *Monete etrusche,* Roma, 1988.
CATENI, G. (ed.), *L'acropoli di Volterra: nascita e svilupo di una città,* Pisa, 1981.
— *Etruschi. Scene di vita quotidiana,* Pisa, 1990.
— *Volterra. Museo Guarnacci,* Pisa, 2004.
CATENI, G. y FIASCHI, F., *Le urne di Volterra e l'artigianato artistico degli Etruschi,* Florencia, 1984.
CAVAGNARO, L., *Tombe tarquiniesi di età ellenistica,* Roma, 1996.
CERCHIAI, L., *Le officine etrusco-corinzie di Pontecagnano,* Nápoles, 1990.
CHARSEKIN, A. I., *Zur Deutung etruskischer Sprachdenkmäler,* Frankfurt, 1963.
CHERICI, A., *L'Aratore di Arezzo e altre monumenti,* Arezzo, 1992.
— *La Chimera e il suo mito,* Arezzo, 1994.
CHIARO, M. A. del, *Etruscan Red-Figured Vase-Painting at Caere,* Londres, 1974.
— *The Etruscan Funnel Group. A Tarquinian Red-Figured Fabric,* Florencia, 1974.
— *Etruscan Art from West Coast Collections. The Art Gallery, University of California, Santa Barbara,* Santa Bárbara, 1976.
— *Etruscan Ghiaccio Forte, Exhibition at University Art Galleries, University of California,* Santa Bárbara, 1976.
CHIESA, F., *Tarquinia. Archeologia e prosopografia tra ellenismo e romanizzazione,* Roma, 2005.
CHIESA, F. y FACCHETI, G. M., *Guida insolita ai luoghi, ai monumenti e alle curiosità degli Etruschi,* Roma, 2002.

CIANFARINI, V. (ed.), *Antiche civiltà d'Abruzzo,* Roma, 1969.
— *Culture adriatiche d'Italia,* Roma, 1970.
CIATTINI, A. *et al., Itinerari etruschi,* Pistoia, 1971.
COARELLI, F. (coord.), *Le città etrusche,* Milán, 1974, 2.ª ed.
— *Il Foro Romano, I. Il periodo arcaico,* Roma, 1983.
— *Il Foro Boario. Dalle origine alle fine della Repubblica,* Roma, 1988.
— *Lazio (Guide Archeologiche Laterza),* Roma-Bari, 1993, 3.ª ed.
COEN, A., *Complessi tombali di Cerveteri con urne cinerarie tardo-orientalizzanti,* Florencia, 1991.
COLONNA, G., *Bronzi votivi umbro-sabellici a figura humana, I. Periodo «arcaico»,* Roma, 1970.
— *Pyrgi: Scavi del santuartio etrusco (1959-1967),* 2 vols., Roma, 1972.
— (ed.), *I Santuari d'Etruria,* Milán, 1985.
— *L'altorilievo de Pyrgi. Dei ed eroi greci in Etruria,* Roma, 1996.
COLONNA DI PAOLO, E., *Le Necropoli rupestri del Viterbese,* Novara, 1978.
COLONNA DI PAOLO, E. y COLONNA, G., *Castel d'Asso,* 2 vols., Roma, 1970.
— *Norchia,* 2 vols., Roma, 1978.
COLONNA, G. y PELAGATTI, P., *Pyrgi: il santuario etrusco e l'antiquarium,* Roma, 1990.
COMELLA, A., *Il materiale votivo tardo di Gravisca,* Roma, 1978.
— *Il deposito votivo presso l'Ara della Regina,* Roma, 1982.
— *I materiali votivi di Falerii,* Roma, 1986.
COMELLA, A. y STEFANI, G., *Materiali votivi del santuario di Campetti a Veio,* Roma, 1990.
COMSTOCK, M. y VERMEULE, C., *Greek, Etruscan and Roman Bronzes in the Museum of Fine Arts, Boston,* Boston, 1971.
CORNELL, T. J., *The Beginnings of Rome. Italy and Rome from the Bronze Age to the Punic Wars (c. 1000-264 BC),* Londres, 1995. (Hay edición española: Barcelona, 1999.)
CORRESI, A. y BOTTI, R., *Vetulonia. Appunti di storia di una città etrusca,* Roma, 1985.
COSENTINO, R. *et al., Cerveteri e il suo territorio,* Roma, 1995.
CRADDOCK, P. T. (ed.), *Aspects of Early Mining and Etruscan Mettallurgy,* Londres, 1980.
CRISTOFANI, M., *La Tomba delle iscrizioni a Cerveteri,* Florencia, 1965.
— *Statue-cinerario chiusine di età classica,* Roma, 1975.
— *Città e campagna nell'Etruria settentrionale,* Arezzo-Novara, 1976.
— *Etruschi. Cultura e società,* Novara, 1978.
— *The Etruscans. A New Investigation,* Londres, 1979.
— (ed.), *Gli Etruschi in Maremma. Popolamento e attività produttive,* Milán, 1981.
— *L'Etruria mineraria,* Florencia, 1981.
— (ed.), *Contributi allo studio della ceramica etrusca tardo-classica,* Roma, 1985.
— (dir.), *Dizionario della civiltà etrusca,* Florencia, 1985.
— *L'Arte degli Etruschi. Produzione e consumo,* Turín, 1985 (reimp.).
— (coord.), *Civiltà degli Etruschi,* Milán, 1985.
— (ed.), *Etruria e Lazio arcaico,* Roma, 1987.
— *La ceramica degli etruschi: la pittura vascolare,* Novara, 1987.
— *Saggi di storia etrusca arcaica,* Roma, 1987.
— *Gli Etruschi del Mare,* Milán, 1989, 2.ª ed.
— (ed.), *La grande Roma dei Tarquinii,* Roma, 1990.
— *Introduzione allo studio dell'etrusco,* Florencia, 1991, 2.ª ed.
— *Tabula Capuana. Un calendario festivo di età arcaica,* Florencia, 1995.
— *Etruschi e altre genti nell'Italia preromana. Mobilità in età arcaica,* Roma, 1996.
— (ed.), *Gli Etruschi. Una nuova imagine,* Florencia, 2000 (reimp.).
CRISTOFANI, M. y BOCCI PACINI, P., *Gli etruschi in Maremma: Popolamento e attività produtive,* Milán, 1981.
CRISTOFANI, M. y BOITANI, F., *Strade degli etruschi: Vie e mezzi di comunicazione nell'antica Etruria,* Roma, 1985.
CRISTOFANI, M. y MARTELLI, M. (eds.), *Caratteri delle'ellenismo nelle urne etrusche,* Florencia, 1977.
— *L'oro degli etruschi,* Novara, 1983.

CRISTOFANI, M. y NARDI, G., *Caere, vol I. Il parco archeologico,* Roma, 1988.
CRISTOFANI, M. *et al., I Bronzi degli Etruschi,* Novara, 1985.
— *et al.* (eds.), *Urne volterrane. Vol. I. I complessi tombale. Vol. II. Il Museo Guarnacci,* Florencia, 1975-1977.
CRISTOFANI MARTELLI, M. (ed.), *Tyrrhenoi philotechnoi,* Roma, 1994.
CURRI, C. B., *Vetulonia, I,* Florencia, 1978.
D'AGOSTINO, A., *Fiesole. La zona archeologica e il museo,* Roma, 1962, 2.ª ed.
— *Veio, la storia, i ruderi, le terrecotte,* Roma, 1965.
— *Populonia. La città e le necropoli,* Roma, 1965.
D'AGOSTINO, B., *Tombe «principesche» dell'orientalizzante antico da Pontecagnano,* Roma, 1977.
D'AGOSTINO, B. y GASTALDI, P., *Pontecagnano II, 1. La necropoli del Picentino: le tombe della prima età del ferro,* Nápoles, 1988.
DAL MASO, L. y VIGHI, R., *Southern Etruria,* Florencia, 1975.
DAREGGI, G., *Urne del territorio perugino,* Roma, 1972.
D'AVERSA, A., *L'Etruria e gli Etruschi negli autori classici,* Roma, 1995.
DE CARO, S. y GRECO, A., *Campania (Guide Archeologique Laterza),* Roma-Bari, 1993, 3.ª ed.
DECOUFLÉ, P., *La notion d'ex-voto anatomique chez les Étrusco-Romains. Analyse et synthèse,* Bruselas, 1964.
DE GIOVANNI, L., *Costantino e il mondo pagano,* Nápoles, 1977.
DE GRUMMOND, N. Th. (ed.), *A Guide to Etruscan Mirrors,* Tallahassee, 1982.
DEL CHIARO, M. A., *Etruscan Red-Figured Vase-Painting at Caere,* Londres, 1974.
— *The Etruscan Funnel Group. A Tarquinian Red-Figured Fabric,* Florencia, 1974.
DELLA CASA, A., *Nigidio Figulo,* Roma, 1962.
DELLA FINA, G. M., *La antichità a Chiusi,* Roma, 1983.
— *Etruschi. La vita quotidiana,* Roma, 2005.
DE MARINIS, S., *La tipologia del banchetto nell'arte etrusca arcaica,* Roma, 1961.
— (ed.), *Gli Etruschi a nord del Po,* 2 vols., Mantua, 1986-1987.
DE MARTINO, E., *Morte e pianto rituale nel mondo antico,* Turín, 1975.
DEMUS-QUATEMBER, F., *Etruskische Grabarchitectur,* Baden-Baden, 1958.
DENNIS, G., *Cities and Cemeteries of Etruria,* Londres, 1968 (1.ª ed., 1848).
DENTZER, J. M., *Le motif du banquet couché,* Roma, 1982.
DE PUMA, R. D. y PENNY SMALL, J. P. (eds.), *Murlo and the Etruscans. Art and Society in Ancient Etruria,* Madison, Wisconsin, 1994.
DE SIMONE, C., *Die griechischen Entlehnungen im Etruskischen,* 2 vols., Wiesbaden, 1968-1970.
— *Le iscrizioni etrusche dei cippi di Rubiera,* Reggio Emilia, 1992.
— *I tirreni di Lemno. Evidenza linguistica e tradizioni storiche,* Florencia, 1996.
DEVOTO, G., *Le Tavole di Gubbio,* Florencia, 1977.
DI CAPUA, G., *Gli Etruschi e le goie terrene. Canti, cosmesi, cucina, danze, giochi, moda, musica, spettacoli, sport,* Nápoles, 1994.
— *Tarquinia,* Valentano, 2000.
DIEBNER, S., *Reperti funerari in Umbria,* Roma, 1986.
DI GENNARO, F., *Forme d'insediamento tra Tevere e Fiora dal Bronzo finale al principio dell'età del Ferro,* Florencia, 1986.
DOGNINI, C., *Mvndvs. Etruria e Oriente in un'istituzione romana,* Roma, 2001.
DOHRN, T., *Der Arringatore. Bronzestatue im Museo Archeologico von Florenz,* Berlín, 1968.
— *Die Ficoronische Ciste im der Villa Giulia im Rom,* Berlín, 1972.
— *Die etruskische Kunst im Zeitalter der Klassik: Die Interimsperiode,* Maguncia, 1982.
DONATI, L. *La Casa dell'Impluvium. Architettura etrusca a Roselle,* Roma, 1994.
DOWNEY, S. B., *Architectural Terracottas from the Regia,* Ann Arbor, 1995.
DUMÉZIL, G., *La religion romaine archaïque: avec un appendice sur la religion des Étrusques,* París, 1974, 2.ª ed.
EDLUND-BERRY, I. E. M., *The gods and the place. Location and function of sanctuaries in the country side of Etruria and Magna Grecia (700-400 B.C.),* Estocolmo, 1987.

— *The Seated and Standing Statue Akroteria from Poggio Civitate (Murlo),* Roma, 1992.
EGG, M., *Italische Helme: Studien zu den ältereisenzeitlichen Helmen italiens un der Alpen,* 2 vols., Maguncia, 1986.
EICHBERG, M., *Scutum. Die Entwicklung einer italischen-etruskischen Schildform von den Anfängen bis zur Zeit Caesars,* Darmstadt, 1987.
ELVIRA, M. A., *El enigma etrusco,* Madrid, 1988.
EMILIOZZI, A., *La collezione Rossi Danielli nel Museo Civico di Viterbo,* Roma, 1974.
— (ed.), *Carri da guerra e principi etruschi,* Roma, 1987.
ESPOSITO, A. M. (ed.), *Principi Guerrieri. La necropoli etrusca di Cassale Marittimo,* Milán, 1999.
ÉTIENNE LE DINAHET, R. (ed.), *L'espace sacrificiel dans les civilizations méditerranéens de l'antiquité,* París, 1991.
FABRIZI, F., *Chiusi. Il labirinto di Porsenna, leggenda e realità,* Cortona, 1988.
FACCHETTI, G. M., *L'enigma svelato della Lingua Etrusca,* Roma, 2000.
— *Frammenti di diritto privato etrusco,* Florencia, 2000.
— *Appunti di morfologia etrusca,* Florencia, 2002.
FALCHETTI, F., *La civiltà etrusca,* Milán, 1980.
FALCONE AMORELLI, M. T., *Vulci,* Roma, 1983.
FEDELI, F., *Populonia. Storia e territorio,* Florencia, 1983.
FEDELI, F. *et al.*, *Populonia e il suo territorio. Profilo storico-archeologico,* Florencia, 1993.
FEO, G., *Il mistero delle vie cave etrusche,* Viterbo, 1993.
FERUGLIO, A. E., *Porano: Gli Etruschi,* Perugia, 1995.
FIORAVANTI, A. y CAMERINI, E., *Gran Carro. L'abitato villanoviano summerso nel lago di Bolsenna,* Roma, 1977.
FISCHER-GRAF, U., *Spiegelwerkstätten in Vulci,* Berna, 1980.
FIUMI, E., *Volterra etrusca e romana,* Pisa, 1976.
FLEISCHHAUER, G., *Etrurien und Rom (Musikgeschichte in Bildern, 5),* Leipzig, 1964.
FOERST, G., *Die Gravierungen der pränestinischen Cisten,* Roma, 1978.
FOGOLARI, G. y SCART, B. M., *Adria antica,* Venecia, 1970.
FORMIGLI, E. (ed.), *Preziosi in oro: Avorio, osso e corno. Arte e tecniche degli artigiani etruschi,* Siena, 1995.
FORTE, M. y VON ELES, P. (eds.), *La pianura bolognese nel villanoviano: Insediamenti della prima età del ferro,* Florencia, 1994.
FOSSATI, I., *Gli Eserciti Etruschi,* Milán, 1987.
FRAU, B., *Gli antichi porti di Tarquinia,* Roma, 1982.
FREDERIKSEN, M., *Campania,* Londres, 1984.
FREYTAG GE. LÖRINGHOFF, B. von, *Das Giebelrelief von Telamon und seine Stellung innerhalb der Ikonographie der «Sieben gegen Theben»,* Maguncia, 1986.
FUGAZZOLA DELPINO, M. A., *La cultura villanoviana. Guida ai materiali della prima età del Ferro nel museo di Villa Giulia,* Roma, 1984.
GABALDÓN MARTÍNEZ, M. M., *Ritos de armas en la Edad del Hierro,* Madrid, 2004.
GADALETA, G., *La Tomba delle Danzatrice di Ruvo di Puglia,* Nápoles, 2003.
GAGÉ, J., *La chute des Tarquins et les débuts de la République romaine,* París, 1976.
GAGGIOTTI, M. *et al.*, *Umbria. Marche (Guide Archeologiche Laterza),* Roma-Bari, 1993, 2.ª ed.
GALESTIN, M. C., *Etruscan and Italic Bronze Statuettes,* Warhuisen, 1987.
GAMBETTI, C., *I coperchi di urne con figurazioni femminili nel Museo Archeologico di Volterra,* Milán, 1974.
GASTALDI, P. y MAETZKE, G. (eds.), *La presenza etrusca nella Campania meridionale,* Florencia, 1994.
GAUDIO, A., *Les étrusques: une civilisation retrouvée,* París, 1969.
GAUGLER, W. M., *The Tomb of Lars Porsenna at Clusium and its Religious and Political Implications,* Maine, 2002.
GAULTIER, F. y BRIQUEL, D. (dirs.), *Les plus religieux des hommes. État de la recherche sur la religion étrusque (Actes Coll. Intern. 1992),* París, 1997.
GEMPLER VON DIEMTIGEN, R. D., *Die etruskischen Kanopen. Herstellung. Typologie. Entwicklungsgeschichte* [Küsnacht-Einsiedeln, 1974].

GENTILE, G. V., *Il problema del Villanoviano sull'Adriatico. Introduzione alle Antichità adriatiche,* Bolonia, 1971.
GENTILI, M. D., *I sarcofagi etruschi in terracotta di età recente,* Roma, 1994.
GEORGIEV, V. I., *Hethitisch und Etruskisch,* Sofía, 1962.
GERHARD, E., *Etruskische Spiegel,* 5 vols., Roma, 1960 (reimp.).
GIANNINI, P., *Centri etruschi e romani del Viterbese,* Viterbo, 1970, 2.ª ed.
GIGLIOLI, G. Q., *La religione degli Etruschi,* Milán, 1971.
GINGE, B., *Ceramiche etrusche a figure nere,* Roma, 1987.
GIOVANNONI, F. y FORTUNA, A. M., *Il lago degli idoli. Testimonianze etrusche in Falterona,* Florencia, 1989, 2.ª ed.
GIUFFRIDA IENTILI, M., *La pirateria tirrenica. Momenti e fortuna,* Roma, 1983.
GIULIANO, A. y BUZZI, G., *Splendeurs étrusques,* París, 1992.
GJESTARD, E., *Early Rome,* 6 vols., Lund, 1953-1973.
— *Legends and Facts of Early Roman History,* Lund, 1962.
GRACIA ALONSO, F. y MUNILLA, G., *Protohistoria. Pueblos y culturas en el Mediterráneo entre los siglos XIV y II a.C.,* Barcelona, 2004.
GRAN-AYMERICH, J., *L'Étrurie entre Orient et Occident. Recherches sur les vases en bucchero et leur diffusion,* 4 vols., París, 2002.
GRANDAZZI, A., *La fondation de Rome. Réflexion sur l'histoire,* París, 1991.
GRANT, M., *The Etruscans,* Londres, 1980.
— *Le città e i metalli. Società e cultura degli Etruschi,* Florencia, 1982.
GRAS, M., *Trafics tyrrhéniens archaïques,* Roma, 1985.
GRASSI, B., *Capua preromana. Vasellame e oggetti in bronzo. Artigiani e committenza,* Pisa-Roma, 2000.
GRASSI, M. T., *I Celti in Italia,* Milán, 1991.
GRECO, E., *Magna Grecia (Guide Archeologique Laterza),* Roma-Bari, 1981, 2.ª ed.
GRECO POTRANDOLFO, A., *I Lucani. Etnografia e archeologia di una regione antica,* Milán, 1982.
GRENIER, A., *Les religions étrusque et romaine,* París, 1948.
GROS, P., *Bolsena. Guida agli scavi,* Roma, 1981.
GRÖTEKE, F., *Etruskerland: Geschichte, Kunst, Kultur,* Stuttgart, 1973.
GROTTANELLI, C., *Il sacrificio,* Roma, 1999.
GRUMMOND, N. T. de, *A Guide to Etruscan Mirror,* Tallahassee, 1982.
GRUMMOND, N. T. de y SIMON, E (eds.), *The Religion of the Etruscans,* Texas, 2006.
GUIDI, A., *Studi sulla decorazione metopale nella ceramica villanoviana,* Florencia, 1980.
GUIDONI, E. y MARINO, A., *Territorio e città della Val di Chiana,* Roma, 1970.
GUZZO, P. G., *Le fibule in Etruria dal VI al I secolo a.C.,* Florencia, 1973.
HAACK, M.-L., *Les haruspices dans le monde romain,* Burdeos, 2003.
HACKENS, T. (ed.), *Flotte e commercio greco, cartaginese ed etrusco nel Mar Tirreno,* Bruselas [1988], 1992.
HADAS-LEBEL, J., *Le Bilinguisme étrusco-latin. Contribution à l'étude de la romanisation de l'Étrurie,* Lovaina-París, 2004.
HAFNER, G., *Etruskische togati,* Berlín, 1969.
HALL, J. F. (ed.), *Etruscan Italy: Etruscan influences on the Civilizations of Italy from Antiquity to the Modern Era,* Provo (Utah), 1996.
HAMPE, R. y SIMON, E., *Griechische Sagen in der frühen etruskischen Kunst,* Maguncia, 1964.
HAMPTON, C., *The Etruscan and the Survival of Etruria,* Londres, 1969.
HANFMANN, G. M. A., *Etruskische Plastik,* Stuttgart, 1956.
HANNESTAD, L., *The Paris Painter. An Etruscan Vase Painter,* Copenhague, 1974.
— *The Followers of the Paris Painter,* Copenhague, 1976.
HARARI, M., *Il «Gruppo Clusium» della ceramografia etrusca,* Roma, 1980.
HARREL-COURTES, H., *Etruscan Italy,* Edimburgo-Londres, 1964.
HARRIS, W. V., *Rome in Etruria and Umbria,* Oxford, 1971.
HAYNES, S., *Etruscan Sculpture,* Londres, 1971.
— *Etruscan Bronze Utensils,* Londres, 1974 (ed. rev.).

— *Etruscan Bronzes,* Londres-Nueva York, 1985.
— *Etruscan Civilization. A Cultural History,* Londres, 2000.
HEINTZ, J. G. (ed.), *Oracles et prophéties dans l'Antiquité,* París, 1997.
HEMELRIJK, J. M., *Caeretan Hydriae,* 2 vols., Maguncia, 1984.
HENCKEN, H., *Tarquinia, Villanovans and Early Etruscans,* 2 vols. Cambridge, Mass., 1968.
— *Tarquinia and Etruscan Origins,* Londres, 1968.
HERBIG, R., *Die jüngeretruskischen Steinsarkophagen,* Berlín, 1952.
— *Götter und Dämonen der Etrusker,* Maguncia, 1965 (2.ª ed. a cargo de E. Simon).
HERES, G., *Corpus Speculorum Etruscorum,* Berlín, 1986.
HESS, R., *Das etruskische Italien,* Colonia, 1974, 2.ª ed.
HEURGON, J., *La vie quotidienne chez les Étrusques,* París, 1961. (Hay edición española de 1994.)
— *Rome et la Méditerranée occidentale jusqu'aux guerres puniques,* París, 1969. (Hay edición española de 1971.)
— *Recherches sur l'histoire, la religion et la civilisation de Capoue préromaine,* París, 1970, 2.ª ed.
HINARD, F., *Les Proscriptions de la Rome Républicaine,* Roma, 1985.
HIRATA, R., *L'onomastica falisca e i suoi rapporti con la latina e l'etrusca,* Florencia, 1967.
HÖCKMANN, U., *Die Bronzen aus dem Fürstengrab von Castel San Mariano dei Perugia,* Múnich, 1982.
HOLLOWAY, R. R., *The Archaeology of Early Latium and Rome,* Londres, 1994.
HOMO, L., *L'Italie primitive et les débuts de l'imperialisme romain,* París, 1953, 2.ª ed. (Hay edición española de 1960.)
HOSTETTER, E., *Bronzes from Spina,* vol. 1, Maguncia, 1986.
HUBAUX, J., *Rome et Véies,* París, 1958.
HUBER, K., *Gravisca. Scavi nel santuario greco. L ceramica attiche a figure rosse,* Bari, 1999.
HULS, Y., *Ivoires d'Étrurie,* Bruselas-Roma, 1957.
HUS, A., *Recherches sur la statuaire en pierre étrusque archaïque,* París, 1961.
— *Vulci étrusque et étrusco-romaine,* París, 1971.
— *Les bronzes étrusques,* Lovaina, 1975.
— *Les siècles d'or de l'histoire étrusque (675-475 avant J.C.),* Bruselas, 1976.
— *Les Étrusques et leur destin,* París, 1980.
IAIA, C., *Simbolismo funerario e ideologico alle origini di una civiltà urbana. Forme rituali nelle sepolture villanoviane a Tarquinia e Vulci nel loro entroterra,* Florencia, 1999.
JANNOT, J.-R., *Les Reliefs archaïques de Chiusi,* Roma, 1984.
— *Á la rencontre des Étrusques,* Rennes, 1987.
— *Devins, dieux et démons. Regard sur la religion de l'Étrurie antique,* París, 1998.
JOHANNOWSKY, W., *Capua antica,* Nápoles, 1991.
JOHANSEN, F., *Reliefs en bronze d'Étrurie,* Copenhague, 1971.
JOHNSTONE, M. A., *The dance in Etruria. A comparative study,* Florencia, 1956.
JUCKER, I., *Italy of the Etruscans,* Maguncia, 1991.
KAHL-FURTHMANN, G., *Die Frage nach dem Ursprung der Etrusker,* Meisenheim am Glan, 1976.
KAIMIO, J., *The Ousting of Etruscan by Latin in Etruria,* Roma, 1972.
KASTELICE, J., *Arte delle situle dal Po al Danubio,* Padua, 1961.
KELLER, W., *Historia del pueblo etrusco,* Barcelona, 1973.
KLAKOWICZ, B., *Il museo civico archeologico di Orvieto,* Roma, 1972.
KNOOP, R. R., *Antefixa Satricana. Sixth Century Architectural Terracottas from the Sanctuary of Mater Matuta at Satricum (Le Ferriere),* Assen, 1987.
KRAUSKOPF, I., *Griechische Mythen in Etrurien: Der thebanische Sagenkreis und andere griechische Sagen in der etruskischen Kunst,* Maguncia, 1974.
— *Todesdämonen und Totengötter im Vorhellenistichen Etrurien,* Florencia, 1987.
— *Heroen, Götter und Dämonen auf Etruskischen skarabäen,* Mannheim, 1995.
LAMBRECHTS, R., *Essai sur les magistratures des républiques étrusques,* Bruselas-Roma, 1959.
— *Les inscriptions avec le mot «tular» et le bornage étrusque,* Florencia, 1970.
— *Les miroirs étrusques et prénestins des Musées Royaux d'Art et d'Histoire à Bruxelles,* Bruselas, 1978.
LATTANAZI, M. S., *Le antiche città dell'Etruria. Saggio di geografia urbana,* Florencia, 1974.

LAVIOSA, C., *Scultura tardo-etrusca di Volterra,* Florencia, 1964.
LEIGHTON, R., *Tarquinia. An Etruscan City,* Londres, 2004.
LEMOINE, F., *Martianus Capella. A Literary Reevaluation,* Múnich, 1972.
LERICI, C. M., *Italia sepolta,* Milán, 1962.
LEVICK, B., *Claudius,* New Haven-Londres, 1990.
LEWELLYN BROWN, F., *The Etruscan Lion,* Oxford, 1960.
LICIANO, M., *Architettura etrusca in relazione col mondo mediterraneo e transalpino,* Turín, 1987.
LIOU, B., *Praetores Etruriae XV Populorom,* Bruselas, 1969.
LIPPOLIS, E., *La necropoli del Palazonne di Perugia,* Roma, 1984.
— *L'acropoli della città etrusca di Marzabotto,* Bolonia, 2001.
LIUZZI, D., *Nigidio Figulo, «astrologo e mago». Testimonianze e frammenti,* Lecce, 1983.
LOPES PEGNA, M., *Storia del popolo etrusco,* Florencia, 1959.
— *Storia di Massa Marittima,* Massa Marittima, 1962.
LOPES REGINA, M., *Problemi di storia e di topografia etrusca,* Florencia, 1967.
MAAS, D. (ed.), *John Lydus and the Roman Past. Antiquarianism and politics in the Age of Justinian,* Londres-Nueva York, 1992.
MACNAMARA, E., *The Everyday Life of the Etruscans,* Londres-Nueva York, 1973. (Hay traducción italiana.)
— *The Etruscans,* Londres, 1990.
MACOR, M., *Gli Etruschi e la musica,* Valentano, 2002.
MAETZKE, G. (ed.), *La coroplastica templare etrusca fra il IV e il II secolo a.C.,* Florencia, 1992.
— (ed.), *La civiltà di Chiusi e del suo territorio,* Florencia, 1993.
— (ed.), *Aspetti della cultura di Volterra etrusca fra l'età del ferro e l'età ellenistica,* Florencia, 1997.
MAFFEI, A. y NASTASI, F. (eds.), *Caere e il suo territorio da Agylla a Centumcellae,* Roma, 1990.
MAGDELAIN, A., *De la royauté et du droit de Romulus à Sabinus,* Roma, 1990.
MAGGIANI, A. (ed.), *Artigianato etrusco,* Florencia-Milán, 1985.
— *La Chimera e il suo mito,* Arezzo, 1990.
— *Vasi attici figurati con dediche a divinità etrusche,* Roma, 1997.
MAGGIANI, A. y PELLEGRINI, E., *La media valle del Fiora dalla Preistoria alla Romanizzazione,* Pitigliano, 1985.
MAGGIANI, A. y MONTANARI, G. B., *Il fegato etrusco di Piacenza,* Plasencia, 1989.
MALNATI, L. y MANFREDI, V., *Gli Etruschi in Val Padana,* Milán, 1991.
MANSUELLI, G. A., *Etruria,* Milán, 1963.
— *Etruria and Early Rome,* Londres, 1966.
— *Guida alla città di Marzabotto,* Bolonia, 1982.
— *Studi sulla città antica: l'Emilia-Romagna,* Roma, 1983.
— *L'Ultima Etruria,* Bolonia, 1988.
MARCHESINI, S., *Studi onomastici e sociolinguistici sull'Etruria arcaica: il caso di Caere,* Florencia, 1997.
MARKUSSEN, E. P., *Painted Tombs in Etruria: A Bibliography,* Odense, 1979.
— *Painted Tombs in Etruria: A Catalogue,* Roma, 1993.
MARTELLI, M. (ed.), *La ceramica degli Etruschi. La pittura vascolare,* Novara, 1987.
MARTELLI, M. y CRISTOFANI, M. (eds.), *Caratteri dell'elenismo nelle urne etrusche,* Florencia, 1977.
MARTÍNEZ-PINNA, J., *Los orígenes del ejército romano,* Madrid, 1981.
— *El pueblo etrusco,* Madrid, 1989.
— *Tarquinio Prisco,* Madrid, 1996.
— *Los orígenes de Roma,* Madrid, 1999.
MARTINI, W., *Die etruskische Ringsteinglyptik,* Heidelberg, 1971.
MASSA-PAIRAULT, F.-H., *Recherches sur quelques séries d'urnes de Volterra à représentations mythologiques,* Roma, 1972.
— *Recherches sur l'art et l'artisanat étrusco-italiques à l'époque hellénistique,* Roma, 1985.
— *Iconologia e politica nell'Italia antica. Roma, Lazio, Etruria dal VII al I secolo av. Cr.,* Milán, 1992.
— *La cité des étrusques,* París, 1996.
— (ed.), *Le mythe grec dans l'Italie antique. Fonction et image,* Roma, 1999.

MASSEI, L., *Gli askoi a figure rosse nei corredi funerari delle necropoli di Spina,* Milán, 1978.
MASTANDREA, P., *Un neoplatonico latino. Cornelio Labeone,* Leiden, 1979.
MASTROCINQUE, A., *Lucio Giunio Bruto,* Trento, 1988.
— *Romolo (la fondazione di Roma tra storia e leggenda),* Este, 1993.
MAYER-PROKOP, I., *Die gravierten etruskischen Griffspiegel archaischen Stils,* Heidelberg, 1967.
MAZZARINO, S., *Dalla monarchia allo stato republicano,* Milán, 1992, 2.ª ed.
MAZZOLAI, A., *Roselle e il suo territorio,* Grosseto, 1960.
— *Gli Etruschi della costa tirrenica,* Florencia, 1977.
MELLER PADOVANI, P., *Le stele villanoviane di Bologna,* Capo di Ponte, 1977.
MELLINI, V. y MONACO, G., *Memorie storiche dell'Isola d'Elba,* Florencia, 1965.
MENICHETTI, M., *Archeologia del potere. Re, immagini e miti a Roma e in Etruria in età arcaica,* Milán, 1994.
MEYER, J. Ch., *Pre-republican Rome. An Analysis of the Cultural and Chronological Relations 1000-500 B.C.,* Odense, 1983.
MICHELUCCI, M., *I Galli e l'Italia,* Roma, 1978.
MICOZZI, M., *«White-on-Red». Una produzione vascolare dell'Orientalizzante etrusco,* Roma, 1994.
MILES, G. B., *Livy. Reconstructing Early Rome,* Ithaca-Londres, 1995.
MINTO, A., *Il vaso François,* Florencia, 1960.
MOLTESEN, M. y WEEBER-LEHMANN, C., *Etruskische Gabmalerei. Faksimile und Aquarelle,* Maguncia, 1992.
MOMIGLIANO, A., *Roma arcaica,* Florencia, 1989.
MONTAGNA PASQUINUCCI, M., *Le kelebai volterrane,* Pisa, 1971.
MONTERO, S., *Política y adivinación en el Bajo Imperio: emperadores y harúspices (193-408 d.C.),* Bruselas, 1991.
— *Diccionario de Adivinos, Magos y Astrólogos de la Antigüedad,* Madrid, 1997.
— *Trajano y la adivinación. Prodigios, oráculos y apocalíptica en el Imperio romano (98-117 d.C.),* Madrid, 2000.
MORA, F., *Il pensiero storico-religioso antico. Autori greci e romani. I: Dionigi d'Alicarnaso,* Roma, 1995.
MORANDI, A., *Epigrafia etrusca,* Roma, 1982.
— *Epigrafia di Bolsena etrusca,* Roma, 1990.
— *Nuovi lineamenti di lingua etrusca,* Roma, 1991.
MOREAU, J. y TURPIN, J.-C. (eds.), *La magie du monde babylonien au monde hellénistique,* Montpellier, 2000.
MOREL, J.-P., *Céramique campanienne: les formes,* París-Roma, 1981.
MORELLI, C., *Volsinii etrusca e il problema orvietano,* Roma, 1989.
MORETTI, M., *Tarquinia. La Tomba della Nave,* Milán, 1961.
— *Nuovi monumenti della pittura etrusca,* Milán, 1966.
— *Pittura etrusca in Tarquinia,* Milán, 1974.
— *Museo Nazionale di Villa Giulia,* Roma, 1975.
— *Cerveteri,* Novara, 1983.
— *Il Museo Nazionale Etrusco di Villa Giulia,* Roma, 2002.
MORETTI, M. y MAETZKE, G., *The Art of the Etruscans,* Londres, 1970.
MORETTI, M. y SGUBINI MORETTI, A. M., *I Curunas di Tuscania,* Roma, 1983.
MOSCATI, P., *Ricerche matematico-statistiche su gli specchi etruschi,* Roma, 1984.
MOSCATI, S., *I Cartaginesi in Italia,* Milán, 1977.
MÜLLER, K. O. y DEECKE, W., *Die Etrusker,* 2 vols., Graz, 1965. (Edición anastática de A. J. Pfiffig.)
MÜLLER-KARPE, H., *Vom Anfang Roms,* Heidelberg, 1959.
NAGY, E., *Votive terracotatas from La Vignaccia, Veies,* Roma, 1988.
NASO, A., *La tomba dei Denti di Lupo a Cerveteri,* Florencia, 1991.
— *Architetture dipinte. Decorazioni parietali non figurate nelle tomba a camera dell'Etruria meridionale (VII-V sec. a.C.),* Roma, 1996.
NEGRONI CATACCHIO, N. (ed.), *Preistoria e protostoria in Etruria* (Atti del Secondo Incontro di Studi), Milán, 1995.

NEPPI MODONA, A., *Guida delle antichità etrusche,* Florencia, 1973, 6.ª ed.
— *Cortona etrusca e romana nella storia e nell'arte,* Florencia, 1977, 2.ª ed.
— *L'Etruria mineraria,* Florencia, 1981.
NESTLER, G. y FORMIGLI, E., *Granulazione etrusca,* Siena, 1994.
NICOSIA, F., *Il tumulo di Montefortini e la Tomba dei Boschetti a Comeana,* Florencia, 1966.
NIEMEYER, H. G. (ed.), *Phönizier in Western,* Maguncia, 1982.
OGILVIE, R. M., *Early Rome and the Etruscans,* Londres, 1976.
OLESON, J. P., *The Sources of Innovation in later Etruscan Tomb Design (ca. 350-100 B.C.),* Roma, 1982.
OLZSCHA, K., *Interpretation der Agramer Mumienbinde,* Aalen, 1962, 2.ª ed.
ORTA GARCÍA, E., *El problema de la expansión etrusca hacia Occidente,* Madrid, 1986.
ÖSTENBERG, C. E., *Luni sul Mignone e problemi della preistoria d'Italia,* Lund, 1967.
— *Case etrusche di Acquarossa,* Roma, 1975.
PAGLIERI, S., *Origine e diffusione della navi etrusco-italiche,* Florencia, 1961.
PAILLER, J.-M., *Bacchanalia. La répression de 186 av. J.-C. à Rome et en Italie,* Roma, 1988.
PALLOTTINO, M., *L'origini degli Etruschi,* Roma, 1946.
— *La scuola di Vulca,* Roma, 1948, 2.ª ed.
— *La peinture étrusque,* Ginebra, 1952.
— *La necropoli di Cerveteri,* Roma, 1960, 5.ª ed.
— *Testimonia Linguae Etruscae,* Florencia, 1968, 2.ª ed.
— *La langue étrusque. Problèmes et perspectives,* París, 1978.
— *Saggi di Antichità,* 3 vols., Roma, 1979.
— *Il Museo Nazionale Etrusco di Villa Giulia,* Roma, 1980.
— *Genti e culture dell'Italia preromana,* Roma, 1981.
— *Civiltà artistica etrusco-italica,* Florencia, 1985 (reimp.).
— *Storia della prima Italia,* Milán, 1985, 2.ª ed. (Hay traducción alemana [1987], holandesa [1987] e inglesa [1991].)
— *Origini e Storia primitiva di Roma,* Milán, 1993.
— *Etruscologia,* Milán, 2002, 15.ª ed.
PALLOTTINO, M., MANSUELLI, G. y PRODOSCIMI, A. L. (coords.), *Popoli e civiltà dell'Italia Antica,* 4 vols., Roma, 1964-1975.
PALLOTTINO, M. y NYLANDER, C., *Les Étrusques et l'Europe,* París, 1992.
PALLOTTINO, M. y PANDOLFINI, M., *Thesaurus linguae etruscae,* Roma, 1978-1984.
PALMUCCI, A., *Virgilio e Cori(n)to-Tarquinia. La leggenda troiana in Etruria,* Tarquinia, 1998.
PANDOLFINI, M. y PROSDOCIMI, A. L., *Alfabetari e insegnamento della scrittura in Etruria e nell'Italia antica,* Florencia, 1990.
PANNUCCI, U., *Bisenzo e le antiche civiltà intorno al lago di Bolsena,* Grotte di Castro, 1975, 2.ª ed.
PAOLI, L. y PARRINI, A., *Corredi di età ellenistica dalla necropoli di Spina,* Ferrara, 1988.
PAOLUCCI, F., *Italia Etrusca (Guida completa),* Florencia, 2003, 2.ª ed.
PAPI, E., *L'Etruria dei Romani: opere pubbliche e donazione private in età imperiale,* Roma, 2000.
PARISE BADONI, F., *Capua preromana: ceramica campana a figure nere,* Florencia, 1968.
PARISI, C., *La Lupa Capitolina,* Roma, 2000.
PASCHINGER, E., *Die etruskische Todesgöttin Vanth,* Viena, 1992.
PASQUINUCCI, M., *Le kelebai volterrane,* Florencia, 1968.
PATURZO, F., *Arezzo antica. La città della preistoria alle fine del mondo romano,* Cortona, 1997.
PAULI, L., *Studien zuir Golasecca-kultur,* Heidelberg, 1971.
PAUTASSO, A., *Il deposito votivo presso la porta nord a Vulci,* Roma, 1995.
PELLEGRINI, E., *La necropoli di Poggio Buco,* Florencia, 1989.
PELLEGRINI, G. B., *L'etrusco e le lingue dell'Italia antica,* Pisa, 1985.
PENNY SMALL, J., *Cacus and Marsias in Etrusco-Roman Legend,* Princeton, 1982.
PENSABENE, P., *Le Terracotte del Museo Nazionale Romano, II. Materiali dai Depositi votivi di Palestrina,* Roma, 2001.
PERONI, R., *L'età del bronzo nella penisola italiana. L'antica età del bronzo,* Florencia, 1971.
— *L'Età del Bronzo finale in Italia,* Florencia, 1979.

PERUZZI, E., *Aspetti culturali del Lazio primitivo,* Florencia, 1978.
PESETTI, S., *Capua preromana. Terracotte votive,* Florencia, 1994.
PETTENA, G., *Gli Etruschi e il Mare,* Turín, 2002.
PFIFFIG, A. J., *Die Ausbreitung des römischen Städtewesens in Etrurien, und die Frage der Unterwerfung der Etrusker,* Florencia, 1966.
— *Ein Opfergelübde an die etruskische Minerva. Studien und Materialien zur Interpretation des Bleistreifens von S. Marinella,* Viena, 1968.
— *Die etruskische Sprache. Versuch einer Gesamtdarstellung,* Graz, 1969.
— *Einführung in die Etruskologie. Probleme, Methoden, Ergebnisse,* Darmstadt, 1972.
— *Religio Etrusca,* Graz, 1975.
— *Herakles in der Bildenwelt der etruskischen Spiegel,* Graz, 1980.
PFISTER-ROESGEN, G., *Die etruskischen Spiegel des V Jahfhunderts v. Chr.,* Berna-Frankfurt, 1975.
PHILLIPS, K. M., *In the Hills of Tuscany: Recent Excavations at the Etruscan Site of Poggio Civitate (Murlo, Siena),* Filadelfia, 1993.
PHILLIPS, K. M. y TALOCCHINI, A. (dirs.), *Poggio Civitate (Murlo, Siena). Il santuario arcaico,* Florencia, 1970.
PIANU, G., *Ceramiche etrusche a figure rosse,* Roma, 1980.
— *Ceramiche etrusche sovradipinte,* Roma, 1981.
PIERACCINI, L. C., *Around the Hearth Caeretan Cylinder-Stamped Braziers,* Roma, 2003.
PIGANIOL, A., *La conquête romaine,* París, 1974.
PINCELLI, R. y MORIGI GOVI, G., *La necropoli villanoviana di San Vitale,* Bolonia, 1975.
PISANI, V., *Le lingue dell'Italia antica oltre il latino,* Turín, 1964.
PITAU, M., *Testi etruschi,* Roma, 1990.
POHL, I., *The Iron Age Necropolis of Sorbo at Cerveteri,* Estocolmo, 1972.
PONTRANDOLFI, G. (ed.), *Gli Etruschi e la loro lingua,* Livorno, 1977.
POTTER, A., *Storia del paesaggio dell'Etruria meridionale. Archaologia e trasformazione del territorio,* Milán, 1985.
POTTER, D., *Prophets and Emperors. Human and Divine Authority from Augustus to Theodosius,* Cambridge, 1994.
POTTER, T. W., *The Changing Landscape of South Etruria,* Londres, 1979.
POUCET, J., *Les Rois de Rome. Tradition et histoire,* Bruselas, 2000.
POULSEN, F., *Etruskische Kunst,* Königstein, 1969.
— *Etruscan Tomb Paintings: Their Subjects and Significance,* Roma, 1970.
PRAYON, F., *Frühetruskische Grab- und Hausarchitektur,* Heidelberg, 1975.
— *Etruskische Möbel,* Roma, 1979.
PROIETTI, G. (ed.), *Il Museo Nazionale Etrusco di Villa Giulia,* Roma, 1980.
— *Cerveteri,* Roma, 1987.
PROSDOCIMI, A. L., *Le tavole Iguvine, I,* Florencia, 1984.
PUGLIESE CARRATELLI, G. (dir.), *Rasenna. Storia e Civiltà degli Etruschi,* Milán, 1986.
— (dir.), *Storia e civiltà della Campania. L'evo antico,* Nápoles, 1991.
— (ed.), *The Western Greeks: Classical Civilization in the Western Mediterranean,* Londres, 1996.
PUGLISI, S., *La civiltà appenninica,* Florencia, 1959.
PY, M., *Les gaulois du Midi. De la fin de l'Âge du Bronze à la conquête romaine,* París, 1993.
QUILICI, L. y QUILICI GIGLI, S., *Fidenae,* Roma, 1986.
QUILICI GIGLI, S., *Tuscania,* Roma, 1970.
— *La Via Clodia nel territorio di Blera,* Roma, 1978.
RALLO, A., *Lasa. Iconografia e esegesi,* Florencia, 1974.
— (ed.), *Le donne in Etruria,* Roma, 1989.
RAMELLI, I., *Marziano Capella. Le nozze di Filologia e Mercurio,* Milán, 2001.
— *Cultura e religione etrusca nel mondo romano. La cultura etrusca dalla fine dell'independencia,* Alejandría, 2003.
RASMUSSEN, T. B., *Bucchero Pottery from Suothern Etruria,* Londres-Cambridge, 1979.
RASTRELLI, A. (coord.), *Chiusi etrusca,* Chiusi, 2000.

RASTRELLI, A. *et al., Le necropoli etrusche di Chanciano Terme,* Montepulciano, 1986.
REBECCHI, F. (ed.), *Spina e il delta padano,* Roma, 1998.
REBUFFAT-EMMANUEL, D., *Le miroir étrusque d'après la collection du Cabinet des Médailles,* Roma, 1973.
REDEN, S. von, *Die Etrusker,* Bergisch Gladabach, 1978.
REMESAL, J. y MUSSO, O. (coords.), *La presencia de material etrusco en la Península Ibérica,* Barcelona, 1991.
RENDELI, M., *Città aperte: ambiente e paesaggio rurale organizzato nell'Etruria meridionale costiera durante l'età orientalizzante e arcaica,* Roma, 1993.
REUSSER, Ch., *Etruskische Kunst,* Basilea, 1988.
RICHARD, J.-C., *Les origines de la plèbe romaine. Essai sur la formation du dualisme patricio-plébéien,* París, 1978.
RICHARDSON, E. H., *The Etruscans. Their Art and Civilization,* Chicago, 1976 (reimp.).
— *Etruscan Votive Bronzes. Geometric, Orientalizing, Archaic,* Maguncia, 1983.
RICHTER, G. M. A., *The Engraved Gems of the Greeks and the Etruscans and Romans,* II, Londres, 1971.
RIDGWAY, D., *The First Western Greeks,* Cambridge, 1992.
— *The World of the Early Etruscans,* Jonsered, 2002.
RIDGWAY, D. y RIDGWAY, F. R. (eds.), *Italy Before the Romans: The Iron Age, Orientalizing, and Etruscan Periods,* Londres-Nueva York-San Francisco, 1979.
RIIS, P. J., *An Introduction to Etruscan Art,* Copenhague, 1953.
— *Vulcentia Vetustiora. A Study of Archaic Vulcian Bronzes,* Copenhague, 1997.
RILLI, N., *Gli Etruschi a Sesto Fiorentino,* Florencia, 1964.
RIX, H., *Das Etruskische Cognomen,* Wiesbaden, 1963.
— *Die Göttin von Pyrgi,* Florencia, 1981.
RIX, H., *et al., Etruskische Texte. Editio minor,* 2 vols., Tubinga, 1991.
RIZZO, M. A. (ed.), *Un artista etrusco e il suo mondo: il pittore di Micali,* Roma, 1988.
— (ed.), *Pittura etrusca al Museo di Villa Giulia,* Roma, 1989.
— *Le anfore da trasporto e il commercio etrusco arcaico. I. Complessi tombale dell'Etruria meridionale,* Roma, 1990.
ROCCHI, G., *Il panteon etrusco del fegato di Piacenza,* Fermo, 1993.
ROMANELLI, R., *Necropoli dell'Etruria rupestre: Architettura,* Blera-Castel d'Asso-Castro, 1986.
ROMUALDI, A., *Guida archeologica di Populonia,* Roma, 1983.
— (dir.), *Populonia in età ellenistica. I materiali della necropoli,* Florencia, 1992.
— *Populonia e il suo territorio. Profilo storico-archeologico,* Florencia, 1993.
RONCALLI, F., *Le lastre dipinte da Cerveteri,* Florencia, 1965.
— *Il Marte di Todi: Bronzistica etrusca ed ispirazione classica,* Vaticano, 1973.
— *Scrivere etrusco,* Milán, 1985.
RONZITTI ORSOLINI, G., *Il mito dei Sette a Tebe nelle urne volterrane,* Florencia, 1971.
ROSSI DANIELLI, R., *Ferento,* Viterbo, 1959.
RYSTED, E., *Early Etruscan Akroteria,* Estocolmo, 1983.
SÄFLUND, G., *Etruscan Imagery: Symbol and Meaning,* Jonsered, 1993.
SALMON, E. T., *Samnium and the Samnites,* Cambridge, 1967.
SALVINI, M., *Fiesole. Contributi alla ricerca delle origini,* Florencia, 1990.
SANTORO, P., *Magliano. Origini e sviluppo dell'insediamento,* Roma-Pisa, 1997.
SASSATELLI, G., *Corpus Speculorum Etruscorum, Italia 1, Bologna: Museo Civico,* Roma, 1981.
— *La città etrusca di Marzabotto,* Casalecchio di Reno-Bolonia, 1989.
— (ed.), *Iscrizioni e graffiti della città etrusca di Marzabotto,* Bolonia, 1994.
SAULNIER, Ch., *L'armée et la guerre dans le monde étrusco-romain (VIIIè-IVè s.),* París, 1980.
SCARANO USSANI, V. y TORELLI, M., *La Tabula Cortonensis. Un documento giuridico, storico e sociale,* Nápoles, 2003.
SCHWARZ, J. S., *The Iconography of the Archaic Etruscan Herakles,* Maryland, 1974.
SCULLARD, H. H., *The Etruscan Cities and Rome,* Baltimore-Londres, 1998 (reed.).
SEMERANO, G., *Il popolo che sconfisse la morte. Gli etruschi e la loro lingua,* Milán, 2003.
SERRA RIDGWAY, F. R., *I corredi del Fondo Scataglini a Tarquinia,* 2 vols., Milán, 1996.

SETTIS, S. (ed.), *La terra degli etruschi,* Florencia, 1985.
SGUBINI MORETTI, A. M. *et al., Vulci e il suo territorio,* Roma, 1993.
SHANZER, D., *A Philosophical and Literary Commentary on Martianus Capella's De Nuptiis Philologiae et Mercurii,* Berkeley-Los Ángeles, 1986.
SIGNES CODOÑER, J., *Escritura y Literatura en la Grecia arcaica,* Madrid, 2004.
SIMON, E., *Die Götter der Römer,* Múnich, 1990.
SMALL, J. P., *Studies Related to the Theban Cycle on Late Etruscan Urns,* Roma, 1981.
— *Cacus and Marsyas in Etrusco-Roman Legend,* Princeton, 1982.
SMITH, C. J., *Early Rome and Latium. Economy and Society c. 1000 to 500 B.C.,* Cambridge, 1992.
SMITH, H. R. W. y MAULE, Q., *Votive Religion at Caere: Prolegomena,* Berkeley-Los Ángeles, 1959.
SÖDERLIND, M., *Late Etruscan Votive Heads from Tessennano,* Roma, 2003.
SOLARI, A., *Topografia storica di Etruria,* Roma, 1976.
SORDI, M., *I rapporti Romano-ceriti e l'origine della «ciuitas sine suffragio»,* Roma, 1962.
— *Il mito troiano e l'eredità etrusca di Roma,* Milán, 1989.
— *Prospettive di Storia Etrusca,* Como, 1995.
SPIVEY, N., *The Micali Painter and His Followers,* Oxford, 1987.
— *Etruscan Art,* Londres, 1997.
SPIVEY, N. y STODDART, S., *Etruscan Italy: An Archaeological History,* Londres, 1990.
SPRENGER, M., *Die etruskische Plastik des V Jahrhunderts v. Chr. und ihr Verhältnis zur Griechischen Kunst,* Roma, 1972.
SPRENGER, M. y BARTOLONI, G., *Etruschi. L'arte,* Milán, 1981.
— *The Etruscans. Their History, Art and Architecture,* Nueva York, 1983.
STACCIOLI, R. A., *Modelli di edifici etrusco-italici. I modelli votivi,* Florencia, 1968.
— *Storia e civiltà degli Etruschi,* Roma, 1991, 3.ª ed.
— *Il «mistero» della lingua etrusca,* Roma, 1987, 2.ª ed.
— *Gli etruschi. Un popolo tra mito e realtà,* Roma, 2001, 4.ª ed.
STARY, P. F., *Zur eisenzeitlichen Bewaffnung und Kampfweise in Mittelitalien (ca. 9. bis 6. Jh. v. Chr.),* Maguncia, 1981.
STARY-RIMPAU, J. S., *Die Bologneser Stelen des 7. bis 4. Jh. v. Chr.,* 2 vols., Marburgo, 1988.
STEINGRÄBER, S., *Etruskische Möbel,* Roma, 1979.
— *Etrurien: Städte. Heiligtümer, Nekropolen,* Múnich, 1981.
— *Città e necropoli dell'Etruria,* Roma, 1983.
— *Etruscan Painting,* Nueva York, 1985.
— (dir.), *Catalogo ragionato della pittura etrusca,* Milán, 1985.
STERPELLONE, L., *La medicina etrusca, Demoiatria di un'antica civiltà,* Roma, 1990.
STEUERNAGEL, D., *Menschenopfer und Mord am Altar. Griechische Mythen in etruskischen Gräbern,* Wiesbaden, 1998.
STOLTENBERG, H. L., *Etruskische Sprachlehre mit vollstaendigem Wörterbuch,* Leverkusen, 1950.
STOPPONI, S., *La Tomba della «Scrofa nera»,* Roma, 1983.
— *Case e palazzi d'Etruria,* Milán, 1985.
STROM, I., *Problems Concerning the Origin and Early Development of the Etruscan Orientalizing Style,* 2 vols., Odense, 1971.
STRONG, D. E., *The Early Etruscans,* Londres, 1968.
STUART LEACH, S., *Subgeometric Pottery from Southern Etruria,* Goteburgo, 1987.
STÜTZER, H., *Die Etrusker und ihre Welt,* Colonia, 1975.
SZILÁGYI, J. G., *La ceramica etrusco-corinzia figurata,* vols. I (630-580 a.C.) y II (590/580-550 a.C.), Florencia, 1992-1998.
TABANELLI, M., *Gli ex-voto poliviscerali etruschi e romani. Storia, ritrovamenti, interpretazione,* Florencia, 1962.
— *La Medicina nel mondo degli Etruschi,* Florencia, 1963.
TAGLIONI, C., *L'abitato etrusco di Bologna,* Imola, 1999.
TAMBURINI, P., *Un abitato villanoviano perilacustre. Il «Gran Carro» sul lago di Bolsena (1959-1985),* Roma, 1995.

TASSI SCANDONE, E., *Verghe, scuri e fasci littori in Etruria. Contributi allo studio degli Insignia Imperii*, Pisa-Roma, 2001.
TAYLOUR, W., *Mycenean Pottery in Italy and Adjacent Areas*, Cambridge, 1958.
TEITZ, R. S., *Masterpieces of Etruscan Art*, Worcester, Mass., 1967.
TESTA, A., *Candelabri e thymiateria*, Roma, 1989.
THOMSEN, R., *King Servius Tullius*, Copenhague, 1980.
THOMSON DE GRUMMOND, N., *A Guide to Etruscan Mirrors*, Tallahassee-Florida, 1982.
THUILLIER, J.-P., *Les jeux athlétiques dans la civilisation étrusque*, Roma, 1985.
— *Gli Etruschi. Il mistero svelato*, Milán, 1992.
— (ed.), *Spectacles sportifs et scéniques dans le monde étrusco-italique*, Roma, 1993.
— *Les Étrusques. Histoire d'un peuple*, París, 2003.
THULIN, C. O., *Die Etruskische Disciplin*, Darmstad, 1968 (1.ª ed., 1905-1909, en varios fascículos).
TORELLI, M., *Aspetti e problemi dell'Etruria interna*, Florencia, 1974.
— *Elogia Tarquiniensia*, Florencia, 1975.
— *Lazio arcaico e mondo greco*, vols. 1-5 (La Parola del Pasato), Nápoles, 1977.
— *Storia degli Etruschi*, Roma-Bari, 1981.
— *La società etrusca. L'età arcaica, l'età classica*, Roma, 1987.
— *Etruria (Guida Archeologica Laterza)*, Bari, 1993.
— *Il rango, il rito e l'imagine. Alle origini della representazione storica romana*, Milán, 1997.
— *L'arte degli Etruschi*, Roma-Bari, 2001, 2.ª ed.
TOSCANELLI, N., *La medicina nel mondo degli Etruschi*, Florencia, 1962.
TOUCHEFEU-MEYNIER, O., *Les thèmes odysséens dans l'art antique*, París, 1968.
TRIPPONI, A., *Marzabotto. Saggio di clasificazione della ceramica locale*, Bolonia, 1970.
TRONCHETTI, C., *I Sardi. Traffici, relazioni, ideologie della Sardegna arcaica*, Milán, 1988.
TRUMP, D. H., *Central and Southern Italy Before Rome*, Londres, 1966.
UGAS, G. y ZUCCA, R., *Il commercio arcaico in Sardegna. Importazioni etrusche e greche (620-480 a. J.C.)*, Cagliari, 1984.
VACANO, O. W. von, *The Etruscans in the Ancient World*, Bloomington, 1965, 2.ª ed. (Hay traducción italiana de 1970.)
— *Il frontone di Talamone e il mito dei Sette a Tebe*, Florencia, 1982.
— *Gli Etruschi a Talamone. La baia di Talamone dalla preistoria ai giorni nostri*, Bolonia, 1985.
— *Der Talamonaccio. Alte und neue Probleme*, Florencia, 1988.
VAGNETTI, L., *Il deposito votivo di Campetti a Veio*, Florencia, 1971.
VALVO, A., *La «profezia di Vegoia». Propietà fondiaria e aruspicina in Etruria nel I secolo a.C.*, Roma, 1988.
VAN DEN DRIESSCHE, B., *Antiquités italiques, étrusques et romaines: choix de documents graphiques*, vol. I, Lovaina, 1977.
VAN DER MEER, L. B., *De Etrusken*, La Haya, 1977.
— *The Bronze Liver of Piacenza. Analysis of a Polytheistic Structure*, Amsterdam, 1987.
— *Interpretatio Etrusca. Greek Myths on Etruscan Mirrors*, Amsterdam, 1995.
VÁZQUEZ HOYS, A. M.ª, *Historia del Mundo Antiguo. t. II. El mundo mediterráneo hasta Augusto*, Madrid, 2005.
VERNOLE, V. E., *Servius Tullius*, Roma, 2002.
VERSNEL, H. S., *Triumphus. An Inquiry into the Origin, Development and Meaning of the Roman triumph*, Leiden, 1970.
VIGOURT, A., *Les présages impériaux d'Auguste à Domitien*, París, 2001.
VILLE, G., *La gladiature en Occident des origines à la mort de Domitien*, Roma, 1981.
VITALI, D. (ed.), *Celti ed Etruschi nell'Italia centro-settentrionale dal V secolo a.C. alla romanizzazione*, Bolonia, 1987.
— *Tombe e necropoli galliche di Bologna e territorio*, Bolonia, 1992.
— *et al.*, *L'acropoli della città etrusca di Marzabotto*, Bolonia, 2001.
VORLAUF, D., *Die etruskischen Bronzeschanbelkannen. Eine Untersuchung anhand der technologisch-typologischen Methode*, 2 vols., Espelkamp, 1997.

WARDEN, G., *The Metal Finds from Poggio Civitate (Murlo),* Roma, 1988.
WARD-PERKINS, J. B., *Veii: The Historical Topography of the Ancient City,* Londres, 1961.
— *Cities of Ancient Greece and Italy,* Nueva York, 1974.
WATMOUGH, M. M. T., *Studies in the Etruscan Loanwords in Latin,* Florencia, 1997.
WEEBER, K. W., *Geschichte der Etrusker,* Stuttgart, 1979.
WELLARD, J., *The Search for the Etruscans,* Londres, 1973.
WIESELGREN, T., *Luni sul Mignone. The Iron Age Settlement on the Acropolis,* Lund, 1969.
WYLIN, K., *Il verbo etrusco. Ricerca morfosintattica delle forme usate in funzione verbale,* Roma, 2000.
ZAPICCHI, B., *Cerveteri. Le necropoli della Banditaccia,* S. Severa, 1993.
ZAZOFF, P., *Etruskische Scarabäen,* Maguncia, 1968.
ZECCHINI, M., *L'archeologia nell'arcipielago toscano,* Pisa, 1971.
— *Gli Etruschi all'isola d'Elba,* Pisa, 1978.
ZIFFERERO, A. (ed.), *L'architettura funeraria a Populonia tra* IX *e* VIII *secolo a.C.,* Siena, 2000.
ZIMMER, G., *Etruskische Spiegel,* Berlín, 1995.
ZINDEL, Ch., *Frühe etruskische Keramik,* Zúrich, 1987.
ZSCHIETZSCHMANN, W., *Etruskische Kunst,* Frankfurt, 1969.

Índice